Giuseppe Ricciotti

PABLO APÓSTOL

BIOGRAFÍA. - INTRODUCCIÓN CRÍTICA.
ILUSTRACIONES.

TRADUCCIÓN DEL ITALIANO POR
XAVIER ZUBIRI

EDITORIAL CONMAR
MADRID

OBISPADO DE MADRID-ALCALÁ

NIHIL OBSTAT
Dr. Andrés de Lucas
Madrid, 14 de febrero de 1950

IMPRÍMASE
† *Casimiro*
Obispo Auxiliar y Vicario General

Impreso en España.-Printed in Spain.

A LA CRISTIANA MEMORIA
DE MI HERMANO GIACOMO, MUERTO EL 29 DE MAYO DE 1943,
Y DE SU HIJA FAUSTA, MUERTA EL 7 DE ENERO DE 1946,
HASTA QUE PUEDA VERLES
EN LA LUZ DE DIOS

SECRETARIA DE ESTADO DE SU SANTIDAD

N.º 137088

Del Vaticano, a 5 de agosto de 1946.

Reverendísimo Padre:

El homenaje de su nuevo volumen "Pablo Apóstol" ha sido para el Santo Padre un nuevo y elocuente testimonio del trabajo activo con que sirve a la causa de la Religión y de la Ciencia en un campo tan importante como éste al que Su Reverendísima Paternidad consagra el talento poco común de su sacerdocio.

El nuevo fruto de sus estudios y de su celo apostólico, que alumbra en su luz propia la gran figura del Apóstol de las Gentes, sin duda, rinde un servicio precioso al mundo de la cultura; y en el renaciente fervor del estudio y de la difusión de los Libros Sagrados, será una ayuda valiosa para la mejor comprensión de la historia y de la doctrina paulinas.

Agradeciéndole este presente, Su Santidad se complace en augurar para su persona y su actividad una especial asistencia divina. Su corazón de Pastor supremo hace votos para que pueda Su Reve-

rencia aportar nuevas y útiles contribuciones a la literatura.

Y mientras tanto, en prenda de su paternal complacencia le envía de corazón, la Bendición Apostólica, signo de benevolencia, y propiciadora de las luces y favores divinos.

Aprovecho muy gustoso la ocasión para reiterarme con religioso respeto, afestísimo de Su Paternidad Reverendísima, devoto en el Señor,

(f.) G. B. Montini
Sust.

Reverendísimo P. Abad D. Giuseppe Ricciotti.
Piazza S. Pietro in Vincoli, 4 A. ROMA.

PROLOGO A LA EDICION ESPAÑOLA

El estímulo, tan honroso para mí, con que el Rvdmo P. Abad José Ricciotti ha querido que unas líneas del Presidente del Patronato Nacional de San Pablo presenten a los lectores de habla española su libro «Pablo Apóstol», no desvanece la sencillez y la sincera emoción con que las redacto. Es cierto que he hecho cuanto me ha sido posible para que este libro magistral, esta biografía del gran Apóstol, fuese editado y difundido en castellano. Pero lo que escribo a guisa de prólogo no puede ser una presentación editorial de esta obra tan valiosa, universalmente conocida y traducida a varios idiomas en multitud de ediciones. Mis líneas son la justificación del entusiasmo con que, desde que la conocí, la estimo una de las publicaciones más logradas de entre los estudios históricos de nuestro tiempo.

El Apóstol San Pablo dejó en la gloria de esa curva radiante que fué su vida muchos rasgos resplandecientes para dar lugar a lo que propiamente llamamos una biografía. En sus cartas, en sus viajes, en sus maravillosos discursos, dejó la huella de su paso por el mundo de los albores cristianos de una manera clara, precisa y, a la vez, profunda y sin perder nunca la significación de su alto sentido de apóstol de la verdad.

Si, según San Lucas, en la vida del Apóstol Pablo se cuentan cinco flagelaciones, tres fustigaciones, una lapidación, tres naufragios y una larga serie de lo que el sentido novelesco de la existencia suele considerar aventuras, no cabe duda que, aun para los menos compenetrados con la misión providencial del Apóstol, queda su vida como un prodigio de acción sorprendente, como un ejemplo milagroso de ímpetu apasionado y fecundo. Su grandeza es tanta, los frutos de su sacriccio en aras del apostolado fueron tan grandes, que hasta a la ligera consideración profana se le impone esa vida como algo de irresistible hermosura. Y es que leyendo esta biografía de Pablo Apóstol se aprende a amar al prójimo hasta el sacrificio, a luchar con fe por motivos sobrenaturales, a ofrecer en cada momento la propia comodidad para servir de forma guerrera al bien.

Para estudiar esta ciencia, es decir, para hallar un motivo intenso de vivir y de morir por Dios, es magnífica esta obra del Abad Ricciotti. Con un rigor meticuloso y paciente, en el que ni la fe ni la veneración por San Pablo excluyen la ponderación objetiva de cada dato, la crítica del ilustre historiador va recomponiendo el ambiente, el medio moral,

la geografía y todo el complejo mundo de la cultura y la religión antiguas en los que Pablo irrumpió como un meteoro.

Y así toda una vida de investigación, dedicada a esas tareas colosales, consigue el premio de este libro único que hoy llega a las manos de los lectores de habla española de todo el mundo y que nos muestra el relieve ejemplar de la figura gigante del Apóstol.

Este es un libro que ha de influir profundamente en los hombres de nuestro tiempo. Epoca la nuestra de crisis patéticas en muchas conciencias alejadas de Dios, el conocimiento de un San Pablo humano y sobrenatural a la vez puede ser como una revelación para los que, aun en medio de la oscura incredulidad, esperan el resplandor de la gracia en su camino de Damasco.

No he pretendido hacer una nota crítica a la admirable obra del Profesor Ricciotti, sino tan sólo, y a ruegos de su autor, poner en esta primera edición castellana mi aportación como presidente del Patronato Nacional de San Pablo, ya que la imagen del Apóstol, su nombre y por la gracia de Dios el espíritu de su apostolado son los que de verdad presiden la gran obra de este Patronato Nacional. En esta obra tan española aspiramos todos los días a practicar la exhortación paulina del amor activo, de la generosidad sin límites y sin excepción, como nos muestra el Apóstol en su carta a Filemón, escrita en defensa del esclavo Onésimo, que había delinquido.

Como lector fervoroso de San Pablo, que acaso es el título más seguro para no equivocarme, quiero augurar a esta biografía del Apóstol una siembra fecunda, un apostolado eficaz y un clamor de entusiasmo entre quienes, en la confusión actual del mundo, miran a la Iglesia católica como a la eterna vivificadora de la sola verdad, única capaz de hacer libres y justos a los hombres.

TOMÁS BOADA FLAQUER
Conde de Marsal

Madrid, marzo de 1950.

INTRODUCCIÓN



I. EL MUNDO MATERIAL DE PABLO

1. Tarso.—Vista en un mapa, la gran península del Asia Menor parece un húmero humano, privado de antebrazo, y que se alza horizontalmente en dirección a Occidente. Exactamente bajo la axila de este húmero—esto es, en el ángulo inferior, donde la península se une al continente—está Tarso, patria del apóstol Pablo y antigua capital de Cilicia (1).

El viajero que arriba hoy día por mar, desembarca en Mersina, puerto muy mediocre, y tras recorrer 25 kilómetros de país casi desierto llega a Tarso Es una miserable ciudad turca de 22.000 habitantes, sin un hotel y carente de todas las comodidades europeas. La colina sobre que se asienta se une a los últimos contrafuertes de la cadena montañosa del Tauro; el río Cidno, que corre a breve distancia de la ciudad, ha acumulado tanta arena a lo largo de los siglos, que ha privado a Tarso de su antiguo puerto marítimo, sustituído hoy por el de Mersina.

2. Los orígenes de Tarso son tan oscuros como antiguos. Remontánse tal vez a los tiempos de la decadencia del Imperio Hitita; su nombre aparece por vez primera en el obelisco negro de Salmanassar III, hacia mediados del s. IX a. de C., y desde entonces su historia puede reguirse, con más o menos lagunas, hasta los tiempos modernos. Las diversas civilizaciones que se aposentaron sobre este centro comercial del Asia Menor han dejado todas cierta impronta: a los semitas asirios los rechazaron los persas arios; a éstos, los griegos y, después, los romanos. El elemento griego se complace en mezclar su propia leyenda a los orígenes de Tarso, uniéndola con los mitos heroicos de los poetas homéricos, Algunas monedas del tiempo de Caracalla confirman la leyenda transmitida por Estrabon (XIV, 5, 12), que habla de los antiguos argivios, compañeros de Tritolemo, como fundadores de la ciudad. Lucano (*Pharsalia*, III, 225) la une con el mito de Perseo.

Jenofonte, que atravesó la ciudad siguiendo a Ciro el Joven, la llama «ciudad grande y feliz» (*Anabasis*, I, 2, 23); pero las tropas del príncipe persa la saquearon, porque en ella se encontraba el palacio del soberano de Cilicia, Sienesis, fiel al rey de Persia. Pompeyo Magno, con

(1) Para todo este capítulo véase el mapa en las guardas del libro.

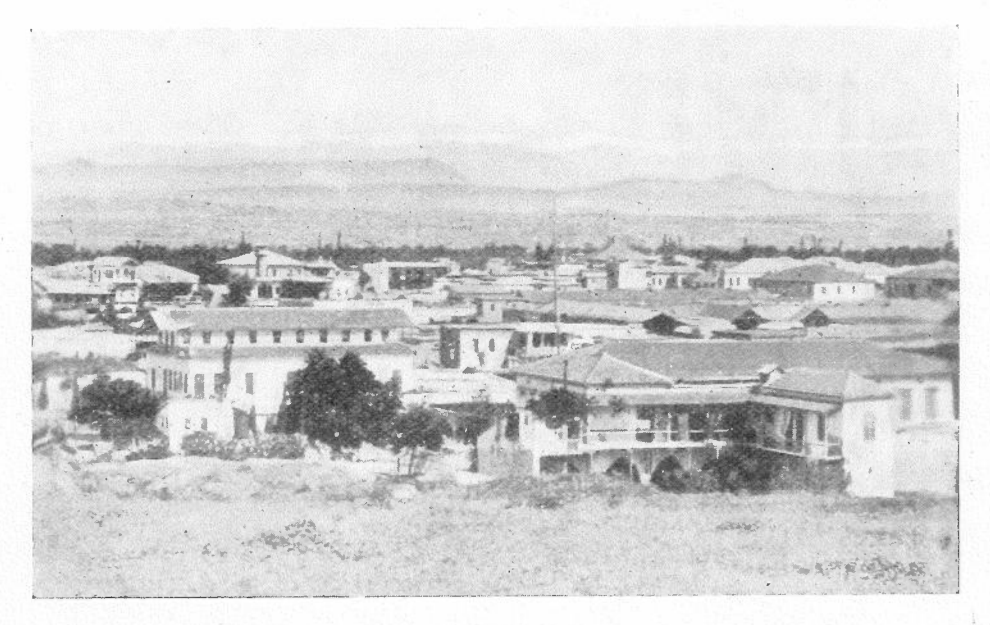


Fig. 1.—TARSO ACTUAL
(de RAMSAY: *The cities of St. Paul*)

su victoria sobre los piratas (67 a. de C.), agregó definitivamente al Imperio Romano Cilicia y su capital, Tarso. Después aparece Tarso siempre fiel a Julio César, y por esto recibió el nombre de *Juliópolis*, y permaneció al lado de los imperiales, aun cuando los republicanos Bruto y Casio triunfaban en Siria. Marco Antonio, que se encontró con Cleopatra por vez primera a las orillas del Cidno, concedió la autonomía a la ciudad. Augusto, que había tenido en Apolonia estrechas relaciones con Atenodoro, insigne ciudadano de Tarso, aumentó a la ciudad los favores que ya le había concedido anteriormente.

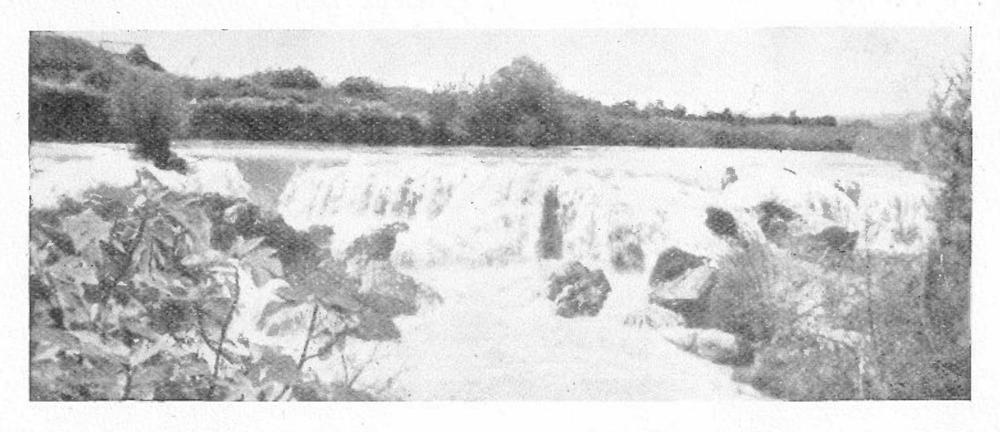


Fig. 2.—CASCADA DEL RIO CIDNO JUNTO A TARSO
(de MONMARCHÉ: *Les pays d'Asie*)

3. El comercio traía a Tarso gentes de todo el mundo. Desde el gran puerto marítimo, llamado Rhegma o Rhegmoi, pequeñas galeras remontaban la dulce corriente del Cidno, bordeado de almacenes y arsenales, y llegaban al centro de la ciudad; porque, hasta los tiempos de Justiniano, el río atravesaba Tarso. El trabajo tenaz de los habitantes mantenía fértil incluso la lengua de tierra entre el mar y la ciudad, que ahora, muy crecida, ofrece un espectáculo desolador, con sus pantanos llenos de miasmas.

Dentro del recinto se podían encontrar los tipos más dispares de la raza humana y oírles hablar en sus lenguas extranjeras. Eran montañeses de Cilicia Montañosa (*Tracheia*) o de Licaonia y de Capadocia, que por las *Ciliæ portæ,* que atraviesan el Tauro, traían a Tarso sus tejidos de pelo de cabra; campesinos de Siria o de Mesopotamia llegagan por las rutas de las caravanas o por los puertos del Mediterráneo para cambiar sus productos.

4. Tarso no era tan sólo un gran emporio, sino también un centro de cultura, que bajo algunos aspectos superaba incluso a Atenas y a Alejandría. Sus sabios se difundían por el mundo: *Roma está llena de tarsianos y de alejandrinos,* dirá Estrabon (XIV, 5, 13, 15), y entre los nombres citados por este geógrafo nos interesan especialmente los

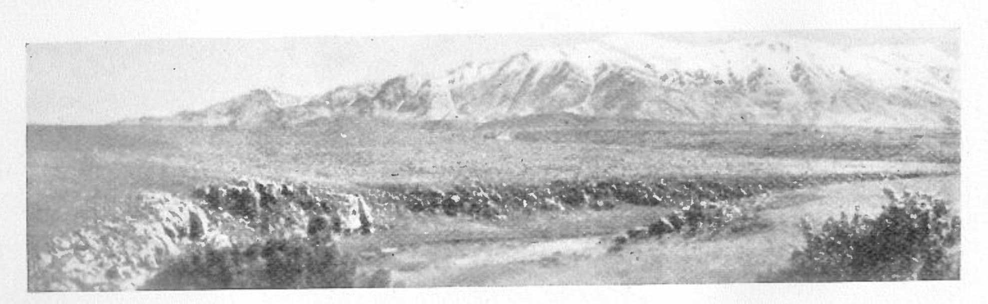


Fig. 3.—UNA VISTA DE LA CADENA DEL TAURO
(de MONMARCHÉ et TILLION : *Les pays d'Asie*)

de Atenodoro y Nestor, filósofos estoicos. El primero, hijo de Sandon, que no hay que confundir con Atenodoro Cordylion, amigo de Catón de Utica, ganó cierta fama como filósofo; Cicerón buscaba sus escritos mientras componía *De officiis,* y Séneca citaba con calurosa aprobación algunas sentencias suyas, que le parecían dictadas por un moralista cristiano (*De tranquillitate animi,* 3; *Ad Lucilium,* 1, 10, 5); a principio de la Era Cristiana, el emperador Augusto envió a Tarso, como distinción y recompensa, a Atenodoro para remediar el mal gobierno de Boeto, *mal poeta y mal ciudadano* (Estrabon, XIV, 5, 14), y el enviado no defraudó las esperanzas puestas en él. El otro filósofo estoico, Nestor, fué también llamado a la corte imperial como preceptor de Marcelo, para quien Virgilio escribía versos auspiciales (*Eneida,* VI, 869 sigs.).

Sin embargo, hay que contraponer a las alabanzas que Estrabon, Dion Crisóstomo y Amiano Marcelino dispensaban a la ciudad, los de-

nuestos, un poco exagerados, de Filostrato, que en la vida novelesca de Apolonio de Tiana (I, 7) censura el lujo ostensivo y la pereza de los tarsianos.

5. También en la religión de Tarso se reflejaba su carácter cosmopolita. Elementos indígenas, asirios, persas y griegos se superponían y mezclaban de manera discordante. Una antiquísima divinidad, tal vez el anatolio Tarku, aparece como el señor supremo de Tarso (*Ba'al Tarz*). Junto a él está el joven dios viril, Sandon, bien pronto identificado con el griego Heracles. Todos los años, cuenta Dion Crisóstomo (*Tarsica prior*, XXXIII, 47), se quemaba solemnemente en Tarso una gran pira sobre la que se había colocado la estatua del dios. La ceremonia tenía primero carácter funerario; mas inmediatamente seguía la resurrección del dios, celebrada en medio de un desenfreno sin límite: era la representación de la naturaleza vegetal, que moría bajo los rayos ardientes del sol para resurgir a una nueva vida.

La *polis* griega, si bien aceleró el proceso de helenización en Tarso, sobre todo en tiempo de Atioco IV Epifanes, no destruyó nunca su carácter oriental primitivo, de modo que todavía en tiempo de Pablo predominaban las costumbres orientales; cuando éste amonesta a las mujeres de Corinto para que asistan a las reuniones religiosas con el velo sobre la cabeza (*I Cor.*, 5 sigs.), debía de tener en la mente el recuerdo de esta costumbre, vigente en Tarso, atestiguada también por Dion Crisóstomo, que recuerda a las mujeres tarsianas caminando con recatada compostura y recubiertas de amplios velos (*Tarsica prior*, XXXIII, 48). La palestra y el gimnasio, recordados por Estrabon, contribuyeron a acentuar la helenización; sin embargo, muchos, y tal vez los más, permanecieron reacios a tales novedades y no se conmovieron ante el ideal de belleza helénico. También la religión de Tarso, aun cuando impregnada de elementos del Olimpo griego, permaneció siempre apoyada sobre las dos divinidades primitivas de Anatolia. Bajo el aspecto político, la ciudad, es cierto, se había distinguido por su adhesión a la causa imperial; sin embargo, no debe olvidarse la fría indiferencia que le demostró uno de los primeros gobernadores de Cilicia, Cicerón, que apenas si recuerda un par de veces a Tarso, ciudad principal y sede del *koinon* de la región. Cassio hablará con rencor de los tarsianos, *pessimi socii* (Cicerón, *Ad familiares*, XII, 13, 4).

· La comunidad judía local, que debía de ser bastante numerosa, contribuyó no poco a conservar el fondo oriental de la ciudad. La presencia de judíos en Tarso enlaza con el vasto movimiento de la Diáspora (1), uno de cuyos centros importantes debía ser la capital de Cilicia, a causa de su activísimo comercio, que atraía a muchos judíos. Si se admite con Ramsay (2) que el incremento mayor de la colonia judía tarsiana tuvo lugar bajo Antioco IV Epifanes, hay que concluir que en su mayoría estaba compuesta por judíos con sentimientos helenizantes, dados los conocidos sentimientos de aquel rey, el cual, al restable-

(1) Cf. *Historia de Israel*, vol. II, § 180 y sigs.
(2) W. Ramsay: *The cities of St. Paul*, London 1907, p. 173 y sigs.

cer el orden en Tarso (II *Maccabeos*, 4, 30 sigs.), reconoció como ciudadanos también a los judíos, agrupados en una tribu particular, puesto que un judío observante y riguroso no podía considerarse a sí mismo como perteneciente a una tribu pagana. Finalmente, los romanos debieron conceder a miembros aislados el derecho de ciudadanía romana. De modo que los συλλενεῖς de Pablo, que aparecen en *Romani* (16, 7; 11, 21), designarán a los miembros de esta tribu; sin embargo, otros expresan de modo diverso el derecho de ciudadanía romana de Pablo (§ 229).

En resumen, Tarso aparecía como una verdadera ciudad cosmopolita de los mejores tiempos del Imperio Romano, con su emporio mundial; con tradiciones de carácter oriental; con sabios helenizantes; con filósofos estoicos y cínicos que se detenían en su ágora o paseaban a las orillas del silencioso Cidno para debatir sus eruditas cuestiones; con sus funcionarios romanos.

7. Cilicia.—Tarso era la ciudad principal de la región de Cilicia. Cilicia se dividía en dos distritos geológicamente diferentes: Cilicia Plana (Πδιάς, *Campestris*), que se extendía entre la cadena del Tauro y el mar hasta el monte Amano, por oriente, y por occidente hasta la ciudad de Soles (famosa en la antigüedad por los *solecismos*, esto es, por las incorrecciones de su lenguaje), y Cilicia Montañosa (Τραχεῖα, *Aspera*), que se extendía desde Soles, por occidente, hasta Panfilia. En realidad, era Cilicia toda la costa meridional de Asia Menor, desde el ángulo en que ésta se separa del continente hasta la mitad de su extensión hacia occidente.

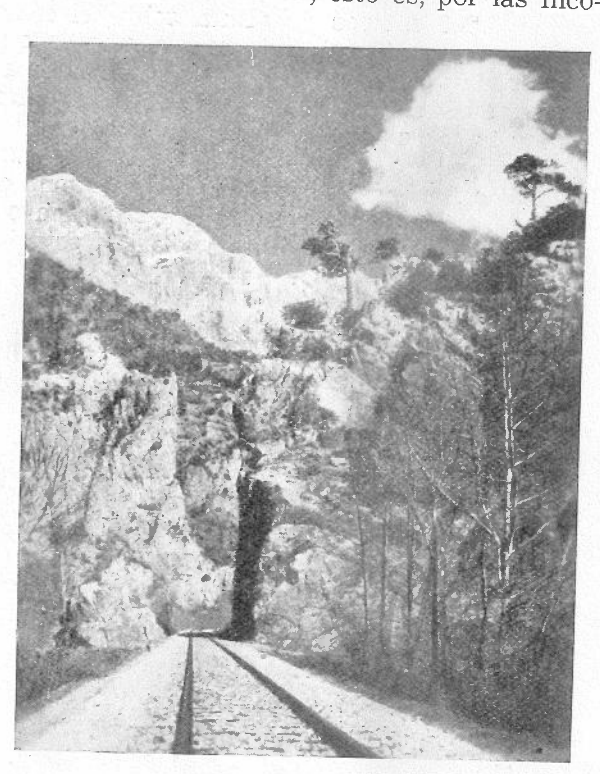


Fig. 4.—Las gargantas del Tauro, por donde en un tiempo se adentró Pablo; hoy pasa el ferrocarril

La parte oriental de Cilicia, que riegan el Saro (el actual *Seihum Irmac*) y el Piramo (*Djahan Nehri*), estaba en estrecha relación con la vecina Siria, a la que se llegaba atravesando la cadena del Amano por dos pasos: uno, un poco más arriba de Antioquía, llamado *Syriæ portæ* (Σύριαι Πύλαι), y otro más al septentrión, llamado *Amanides portæ*. El paso del Tauro ofrecía dificultades mayores. Esta cadena montañosa, larga y compacta, que se yergue no lejos de la costa, frente a la

isla de Chipre, separa de un modo tajante la franja costera de las regiones internas del Asia Menor; tan sólo hacia oriente, donde decrece la altura de los montes frente a la cadena del Antitauro, se abre un paso, llamado antiguamente *Ciliciæ portæ* (Κιλίκιαι Πύλαι); es el actual Gülek Bogaz, a 1.100 metros sobre el nivel del mar. Por aquí pasaba la vía principal de comunicación con las regiones septentrional y oriental de Cilicia; mas sea por la aspereza del lugar, sea por la mala fama de los ladrones que anidaban en aquella zona, el paso sólo era franqueble en la buena estación, cuando desaparecían las nieves, como explicaba en una carta Cicerón (*Ad Atticum,* V, 21, 14).

8. Los terrenos de aluvión que forman gran parte de la Cicilia Plana se prestan a casi todos los cultivos mediterráneos; y, sin duda, antiguamente, cuando existían grandes zonas de bosques en torno al Amano, la parte cultivable era más extensa que la actual, rodeada de amplias zonas esteparias. Además de Tarso, antiguamente también era Adana un importante centro comercial.

La Cilicia Montañosa, que tenía límites inciertos por la parte de Isaura y Panfilia, siempre estuvo menos poblada que la Cilicia Plana, debido a sus escarpados montes y profundos barrancales. En el septentrión domina el Tauro de Cilicia, que en su pico más elevado, Bulgar Dagh, alcanza 3.560 metros de altura sobre el mar. Al aspecto hórrido de la región se une la soledad, pues a medida que se sube, la vegetación se hace cada vez más escasa, hasta que desaparece por completo; sin embargo, en las zonas más practicables no faltan los bosques de encinas y de los famosos cedros del Líbano. La región es pobre en cursos de agua. Tan sólo el Göle Su, el antiguo Calycadnus, donde encontró la muerte Federico Barbarroja, constituye una buena cuenca hidráulica, y la vegetación se hace lujuriante en algunas zonas costeras. Hasta el clima es muy diverso en las distintas zonas y estaciones.

9. Análogamente, la población es heterogénea. En tiempo de los reyes asirios, que en sus inscripciones se glorían de haber llegado con sus conquistas hasta la lejana *Kilakku* (Cilicia), se fusionaron aquí razas y culturas diversas. Los indígenas anatolios se mezclaron sucesivamente con los semitas asirios, con los arios persas, mucho más con los griegos y, finalmente, con los romanos; sin embargo, y a pesar de los contactos precedentes con el mundo griego, tan sólo se puede hablar de una helenización efectiva de la región despues de Alejandro. Se acentuó bajo los diversos sucesores del conquistador macedonio; a éstos dominaron los romanos, los cuales, por lo demás, tan sólo mucho más tarde hicieron sentir la influencia de su propia cultura.

El interés efectivo de Roma por estos países empezó a fines del siglo II a. de C., cuando, a la muerte del rey Atalo III de Pergamo (133 antes de Cristo), Roma quedó dueña de gran parte del Asia Menor. Las molestias pertinaces que ocasionaban los piratas a la creciente potencia marítima de Roma provocaron repetidas intervenciones de ésta, principalmente en Cilicia Montañosa, donde se guarecían los bandidos del mar. Los mejores generales romanos, tales como Metelo, Sila, Servilio Vatia, a quien se otorgó el sobrenombre de Isaurico, hasta el infortunado Pom-

peyo, que llevó a término la lucha tenaz, se cansaron por expulsar a los piratas de sus abruptos refugios. Cicerón fué uno de los primeros administradores de la nueva provincia romana; la gobernó como procónsul, pero con poca satisfacción personal, en el 51-50 a. de C. Tras diversas alternativas, al parecer, Augusto unió Cilicia a la provincia de Siria. Esta ordenación jurídica fué válida, en líneas generales, durante el siglo I de C.; pero al mismo tiempo se reconoció la autonomía de algunos pequeños principados, tales como el de Olba, en el Tauro, al norte de Soles. Durante un breve tiempo, Cilicia Montañosa estuvo sometida al rey de Capadocia, Arquelao, y después al de Comagenes.

10. PANFILIA-LICIA.—Las regiones al sur y al occidente de Cilicia ocupan el resto de la gran península llamada Asia Menor, y desde el siglo x de C., también Anatolia. Esta gran altiplanicie, rica en cadenas montañosas, es bastante abrupta en su costa occidental, mide 500.000 kilómetros cuadrados de superficie, 1.200 kilómetros de largo, y de 480 a 680 de ancho. Las actuales condiciones generales han decaído mucho con respecto a la antigüedad, y las regiones desiertas, pantanosas e insalubres han aumentado grandemente bajo el dominio turco. Pasaremos una breve revista a las regiones que más aparecerán en nuestro relato.

Hacia occidente, inmediatamente después de Cilicia, a lo largo de la costa meridional, se extiende *Panfilia*. Limita al norte con Pisidia y al oeste con Licia. Pantanos y marismas ocupan parte de su costa y hacen

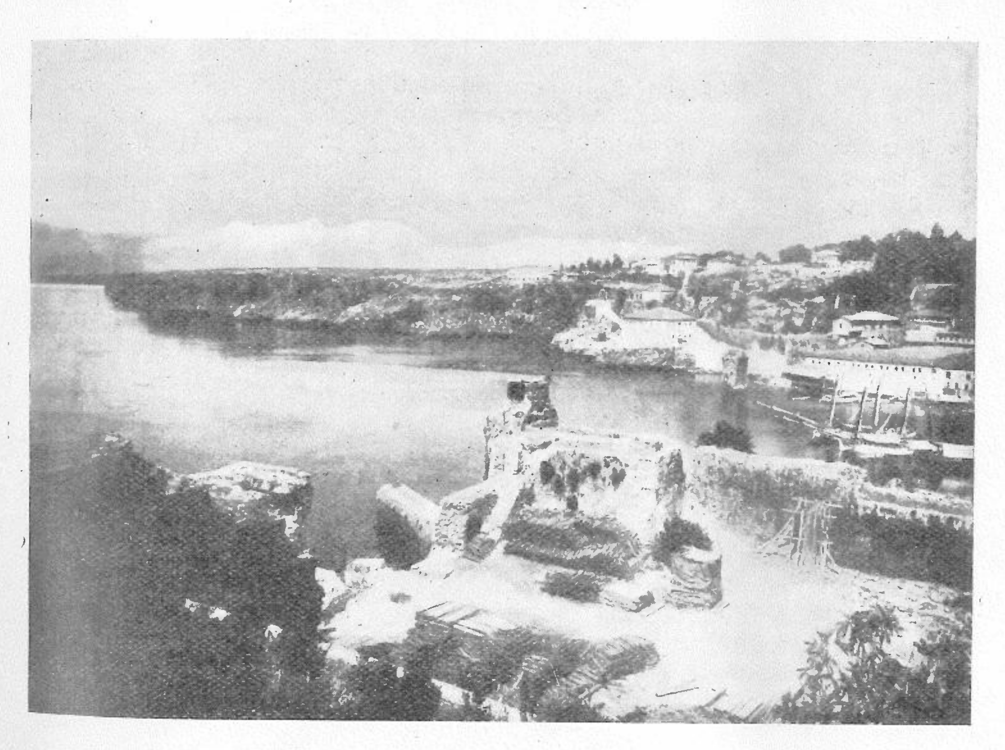


Fig. 5.—ATALIA (ADALIA): EL PUERTO

el clima por demás insalubre; son pocos los pastores nómadas que se aventuran por estos pantanos durante algunos meses. En verano impera la malaria. El clima es más salubre en algunos puntos de la costa más occidentales y en la zona interna, entre los montes que preceden a Pisidia; y aquí surge una buena vegetación, con frutales, terrenos cultivados y pueblecitos. A lo largo del mar, tan sólo la bahía de Atalia (Adalia) ofrece un aspecto ameno, con sus jardines exuberantes de limoneros. La gentil ciudad era en la época romana, como hoy, el único centro importante de su región, medio vacía.

De Panfilia y de las demás regiones de Asia Menor se tienen noticias que se remontan a tiempos muy antiguos. También padeció las diversas dominaciones que se sucedieron a lo largo de los siglos, y después de la muerte de Atalo, rey de Pergamo, acabó bajo el dominio de los romanos. La administración romana la unió primero a la provincia de Cilicia, después a la de Siria, y, por fin, el emperador Claudio constituyó la provincia Licia-Panfilia, uniendo las dos regiones limítrofes. Los centros principales de Panfilia en el siglo I de C. eran Side, tal vez considerada como la metrópoli; Perge, célebre por el santuario de Diana Pergea, y, finalmente, Atalia (Adalia), único puerto de la región; hoy Adalia es capital del *vilâyet* de Atalya, que se extiende también por una parte de la antigua Licia.

11. La pequeña región de Licia, comprendida entre Panfilia, Pisidia, Caria y el mar, está constituída por una altiplanicie rocosa, con valles profundos y zonas esteparias; región carente de caminos, tiene una población menguada, reunida en centros pequeños y sin importancia. En el siglo I de C., Licia aún conservaba residuos de una antiquísima civilización prehelénica, con lengua propia, en la que han sobrevivido algunas inscripciones. Bajo el Imperio Romano sufrió graves daños en las luchas que siguieron a la muerte de César; pero, por su adhesión a la causa del dictador, fué más tarde favorita de Augusto. En el 43 de C., Claudio reunió, como hemos dicho, Licia y Panfilia en una sola provincia, la cual sufrió algunas variaciones hasta que Vespasiano la hizo provincia imperial. Tácito menciona en tiempo de Nerón a un Eprio Marcelo, gobernador de licios, contra el que se querellaron sus súbditos cerca del emperador (*Annal,* XIII, 33).

En la antigüedad, las naves que zarpaban de la costa fenicia o egipcia hacían escala muchas veces en Mira, buscando refugio contra la tempestad o contra el viento del oeste. Situada en la desembocadura del río Andriaco (hoy *Andraki*), Mira era la capital y el mejor puerto de la región. Patara, más al occidente, frente a la islilla de Castelrojo y junto a la desembocadura del Xanthus, era otro refugio para los navegantes de las costas superiores y los procedentes de Licia.

12. La provincia de Asia.—A principios del siglo I de C. el territorio del Asia Menor occidental que se extiende al septentrión de Licia y de Pisidia formaba la provincia romana de Asia. Al sur, el río Indo la separaba de Licia; al norte tenía por límite el Propontis y una línea sinuosa que corría de Cicico a Dorida, sobre la cual estaba la provincia de

Bitinia; más inseguro y oscilante fué el límite oriental, que separaba la provincia de Asia de Galacia, propiamente dicha, y de Licaonia.

Este vasto territorio podía considerarse unificado administrativamente y unido por una helenización más amplia y profunda que la de sus regiones limítrofes; sin embargo, en aquel tiempo todavía se distinguían los diversos grupos étnicos establecidos en la provincia, algunos de los cuales podían gloriarse de una historia antiquísima y heroica.

En la parte más meridional, comprendida entre el Indo (actual *Delaman*) y el Gran Meandro (*Menderes*), se extendía Caria. La insalubridad del clima y la falta de comunicaciones han convertido esta región casi en un desierto; antiguamente, en zonas costeras, hoy pantanosas y malsanas, había centros habitados, florecientes por el comercio y el cultivo de los valles circundantes. Entre todos sobresalían Mileto, que las aguas arcillosas del Meandro separaron después del mar, contribuyendo a su rápida decadencia, y Halicarnaso, antigua colonia doria, frente a la isla de Cos. La primera de estas ciudades, según Plinio (*Nat. hist.* V, 31 al 29), era capital de Jonia y poseía colonias un poco por todas partes, hasta en el Mar Negro y en el Mar de Mármara. Mientras a lo largo de la costa y en las islas adyacentes prevalecía desde hacía siglos el elemento griego, especialmente de estirpe jónica, en el interior; incluso en tiempo de los romanos, sobrevivían los descendientes de los antiguos carios, célebres por su carácter belicoso, que les encarecía como soldados mercenarios. Antes de que el griego suplantase al idioma indígena, estos carios hablaban una lengua de la que quedan pocos restos; era muy afín al licio, de índole preindo-europea. Ya Homero había llamado a los carios *los que hablaban bárbaramente* (βαρβαρόφνοι, *Ilíada,* II, 867).

13. Por el contrario, la región situada entre Caria, Misia y Frigia, con límites inciertos y modificados con frecuencia, estaba casi totalmente helenizada aun antes de Alejandro. Esta rica región, que tiene las cuencas del Caistro y del Hermón (respectivamente, los actuales Pequeño Meandro y *Gedız chay*), debía su importancia al hecho de ser el puente de paso natural entre el continente europeo y el Asia anterior, porque en la antigüedad se desarrollaba un comercio activísimo a través de las ciudades costeras de Lidia, casi todas antiguas colonias griegas. Las más célebres eran Efeso, Colofón, Clazomene, Esmirna y Magnesia, la actual *Manisa,* en la falda del Sipilo, muy cerca de donde los romanos ganaron la famosa batalla sobre Antioco III el Grande de Siria (190 a. C.). En el interior, Sardes, en la falda del monte Etmolo, había sido la capital del reino lidio; pero había perdido su prestigio con el florecimiento de las ciudades vecinas, especialmente Efeso y Pérgamo.

Las maravillas que los escritores clásicos cuentan de Efeso han salido a luz, en parte, en las recientes excavaciones practicadas en su zona. Hoy, alejada del mar a causa del acarreo de tierras del Caistro, ofrece un aspecto desolador. Entre otros descubrimientos se han encontrado los restos monumentales del teatro, adosado al lado occidental del monte Pion, donde desembocaba la arteria principal de la ciudad (llamada, en tiempo del emperador Arcadio, la vía Arcadia); en la amplia *cavea* de este teatro, que podía contener 23.000 personas, tuvo lugar un episodio bastante peligroso para el apóstol Pablo (§ 468 sigs.). Varios edificios

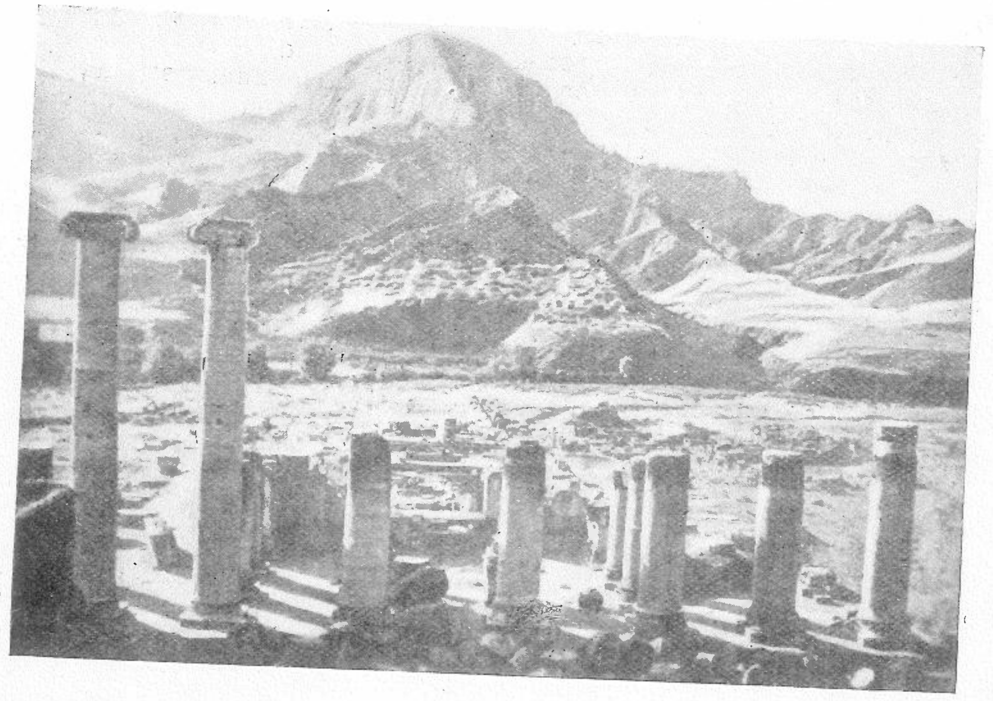


Fig. 6.—SARDI: RUINAS
(de MONMARCHÉ: *Les pays d'Asie*)

embellecían la capital de la provincia de Asia, tales como un ágora helénica al sur del teatro, con un gran reloj, probablemente hidráulico; otra ágora romana, con columnatas y propileo, varios gimnasios, un estadio y otras soberbias construcciones.

Tras un largo período de guerras y calamidades, Efeso volvió a gozar de una paz próspera bajo Augusto. Los favores del emperador renovaban casi los tiempos del Lisímaco, el diádoco, que había dado gran incremento a la ciudad del Caistro, ciñéndola de murallas y llamando a ella muchos habitantes de los centros vecinos, Lebedus y Colofon (Pausanias, 1, 9, 7). Su puerto, aun cuando ya amenazado por las arenas del río, pero hasta entonces el mayor de la provincia, era animadísimo: en sus amplios almacenes, dispuestos a orillas del río y en las pendientes del monte Coresos, se guardaban todo género de mercaderías de Oriente y de Occidente. La descripción del Apocalipsis refleja la de Tiro hecha por Ezequiel (*Ez.*, 27), y refleja también la escena real que el autor había contemplado en Efeso durante muchos años: «*Las mercaderías de oro, de plata, de piedras preciosas, de perlas, de lino, de púrpura, de seda, de grana; toda madera olorosa, todo objeto de marfil y todo objeto de madera preciosa, de bronce, de hierro, de mármol, cinamono y aromas, mirra e incienso, vino, aceite, flor de harina, trigo...*» (*Apoc.*, 18, 12-13)

14. Mas aún gozaba Efeso celebridad mayor por su carácter de ciudad consagrada a Artemisa, de quien poseía un famoso templo. Has-

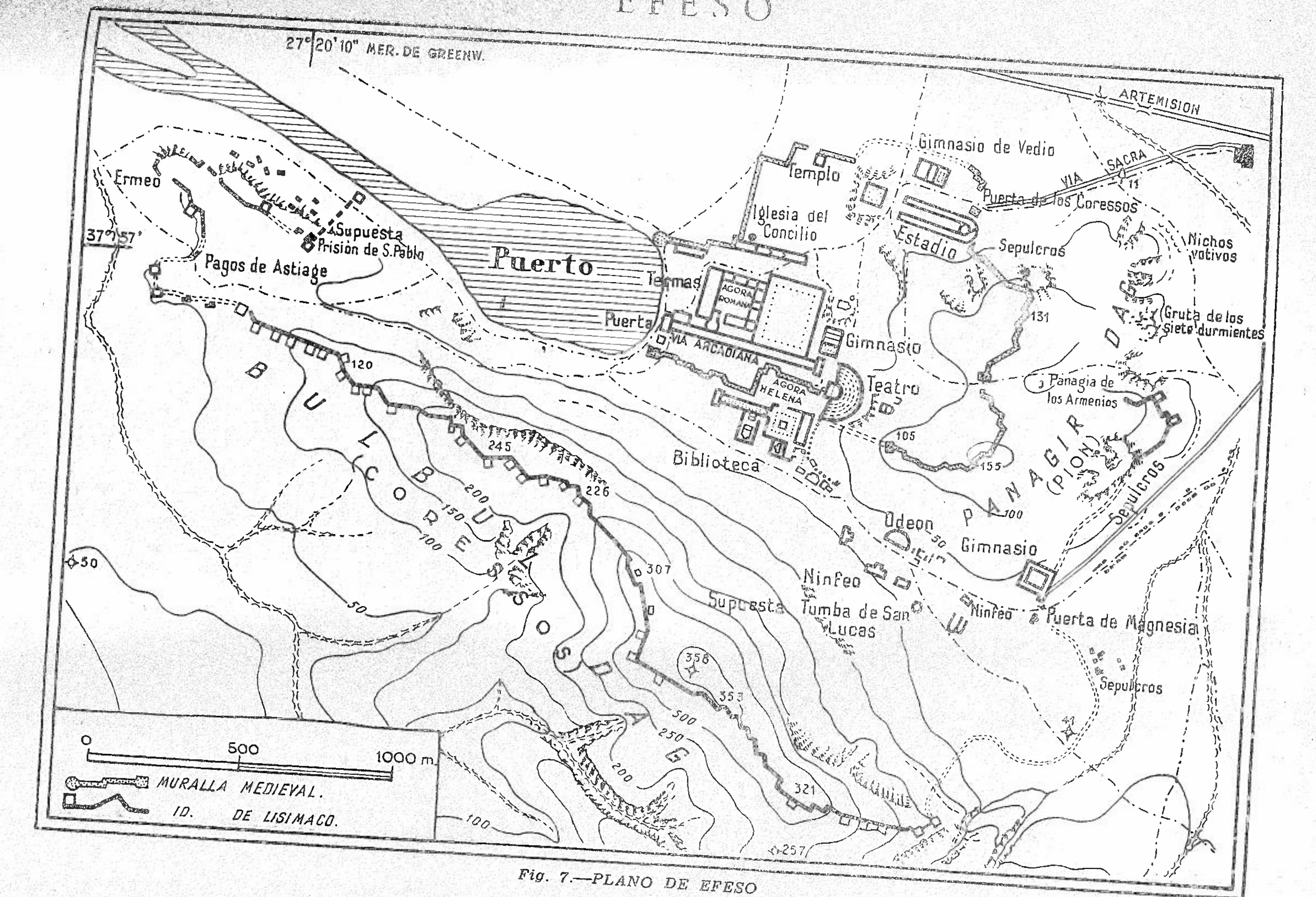


Fig. 7.—PLANO DE EFESO

ta 1869 se conocían tan sólo los elogios ditirámbicos que los escritores antiguos habían tributado a este templo; pero en ese año el arqueólogo inglés Wood logró reconocer su emplazamiento preciso. Las excavaciones, que en realidad fueron menos fructuosas de lo que podía esperarse, han confirmado genéricamente la grandiosidad de la construcción. Este templo, el Artemisión, situado entre las dos colinas Aya-Soluk y Pion, era uno de los mayores en la antigüedad y ocupaba un área equivalente a dos tercios del área de la basílica de San Pedro, en Roma.

Sus orígenes son, naturalmente, legendarios. Cuando, en 559 a. de C., Creso se adueñó de Efeso (Herodoto, I, 26), no sólo respetó la ciudad, en consideración a su carácter sagrado, sino que prometió una total reconstrucción del templo, que resultó espléndida, tanto como la siguiente, que describe Plinio. Sucedió que en el año 356 se quemó el suntuoso edificio de tiempo de Creso, precisamente la misma noche en que la diosa—según la explicación de complacientes teólogos contemporáneos—asistía al nacimiento de Alejandro Magno. Esta vez la reconstrucción subsiguiente fué lentísima, pero no dejó nada que desear en cuanto a magnificencia. Este nuevo templo, según Plinio (*Nat. hist.*, XXXVI, 21, al. 14), contaba 127 columnas, regaladas por otros tantos reyes, cada una de 60 pies de altura, y 36 de ellas estaban decoradas con bajorrelieves; los mejores artistas griegos, Policleto, Praxiteles, Escopas, habían realizado obras de gran valor. Los romanos, a su vez, continuaron aumentando y favoreciendo el célebre templo; pero ya Augusto estable-

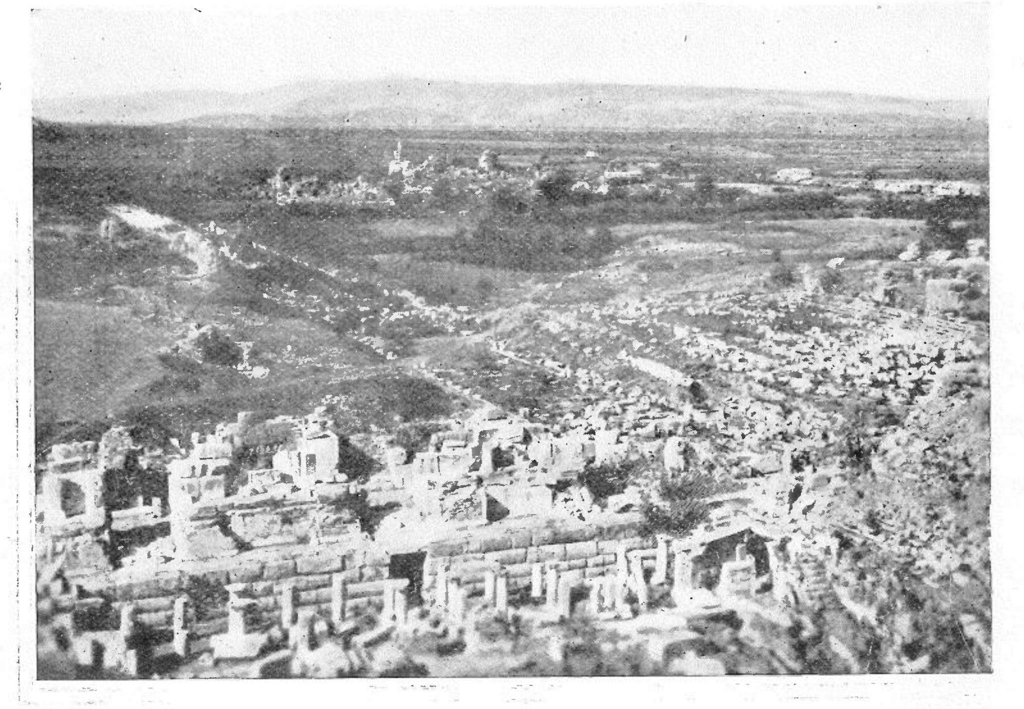


Fig. 8.—EFESO: PANORAMA CON LAS RUINAS DEL TEATRO Y DE LA VIA ARCADIA

ció en él un recinto en honor de la diosa Roma y de Julio César (Dion Casio, LI, 20, 6), y poco a poco el culto del emperador, practicado con servilismo oriental, se fundió con el de Artemisa; más tarde se introdujeron también cultos de divinidades extranjeras, como el de Isis.

15. En cuanto a la diosa, señora del templo, Jerónimo hacía notar ya que no se trataba de la Artemisa o Diana de la mitología griega, representada poco cubierta y con el arco de cazadora, sino de una divinidad con innumerables mamas (*multimammia*, πολύμαστος); de su misma imagen pueden deducirse sus características, que eran *vestiarum et viventium esse nutricem* (*Prologus in Epist. ad Ephesios*, en Migne, *Patr. Lat*, 26, 470). Debía de ser un primitivo fetiche que la fantasía popular consideró caído del cielo. Las mamas, que pendían numerosas del pecho, como aparece en algunas reproducciones conservadas en Roma y en otras partes, hacen pensar en la Magna Mater frigia (§ 68 y sigs.) o en la Astarte fenicia; pertenecía al grupo de las divinidades naturales que personifican la fecundidad: como engendradora y conservadora de la vida, se le atribuía la protección de los animales y la tutela de los nacimientos. Durante el año se celebraban en su honor muchas fiestas. En el santuario de Ortygia, al sur del Koresos y cerca del monte Solmiso, se celebraban misterios especiales para recordar el nacimiento de la diosa en cuanto Artemisa: en estos misterios parece que llevaba la parte principal el colegio sacro de los *Cureti*. Procesiones nocturnas, celebradas en primavera, conmemoraban el nacimiento de dos gemelos: Apolo y Artemisa; se daban grandes gritos para asustar a la celosa Era, que insidiaba a su madre, Latona. Autores griegos, como Estrabon, hablan de orgías desenfrenadas celebradas con ocasión de los ritos.

En tiempo de Pablo, el culto de la diosa no estaba ya presidido, como en el pasado, por un sumo sacerdote eunuco (llamado el *Megabyzos*), sino confiado a sacerdotisas, las cuales debían conservar la virginidad durante el período de su servicio: era una alusión puramente legal a la «diosa virgen» Artemisa, pero que no tenía la menor influencia sobre la moralidad del culto.

El templo gozaba de «derecho de asilo», y por esto no faltaban malhechores de toda suerte que se refugiaban en su recinto para huir de la justicia; cuando, bajo Tiberio, se pensó en abolir este privilegio, una legación de Efeso se apresuró a patrocinar el derecho adquirido (Tácito, *Annal.*, III, 60-61). Además de asilo, el templo servía de banca, sea para las múltiples ofertas que llegaban de todas partes, sea para los depósitos que dejaban en él los particulares, para mayor seguridad (1).

16. No hay que olvidar la mención de una costumbre de Efeso que se relaciona con el templo de Artemisa y con los hechos de Pablo, esto es, los *Ephesia grammata*. Eran pequeños grupos de letras del alfabeto, o de palabras, o breves fórmulas, a las que se atribuía una virtud mágica en cuestiones de enfermedad, de juego o de amor, etc.: al principio fueron probablemente la copia de los sonidos inarticulados y carentes

---

(1) También el templo judío de Jerusalén servía de depósito de valores; cf. *Historia de Israel*, vol. II. § 144, 225.

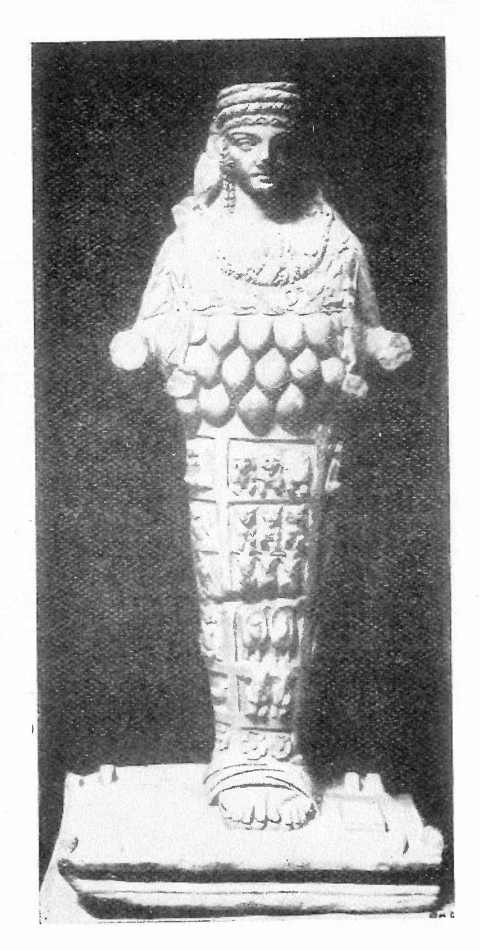


Fig. 9.—ESTATUA DE ARTEMISA EFESIA HALLADA EN LEPTIS MAGNA
(Foto Romanelli)

de significación, que emitían los adivinos del templo; después, poco a poco, apareció toda una industria de estas hojitas o librillos, que podían ser útiles en mil circunstancias de la vida, si se llevaban consigo. Clemente de Alejandría refiere algunas breves historias (1); la difusión de la industria existía también en Efeso, donde la encontró Pablo, y en donde muchos de los nuevos cristianos habían seguido esta costumbre (*Act.*, 19, 19).

Después de la muerte de Creso, el desgraciado adversario de Ciro el grande, Lidia sufrió la suerte de los países vecinos, y pasó, sucesivamente, bajo las dominaciones persa, griega y romana. La helenización, profunda ya en tiempo de los romanos, había borrado casi todos los caracteres indígenas, incluso la lengua, de la que tan sólo se han conservado escasos restos.

17. Misia estaba situada al nortete de Lidia, entre Troade, Frigia Menor y el mar Egeo. Su pobreza y abandono en los tiempos actuales contrasta con la importancia y la opulencia que esta región tenía en la antigüedad. Hoy se encuentran en ella pocos centros que reúnan algunos millares de habitantes (Balikesir, capital del *vilâyet*, con unos 26.000 habitantes); varios cursos fluviales, entre los que está el río Bagir (el antiguo Caico) y el Susurluq, favorecen el cultivo de cereales, que, de todos modos, no puede compararse con el antiguo.

Misia contaba en su territorio varias colonias griegas, instaladas a lo largo de la costa, abruptísima, y en importantes ciudades del interior. Entre éstas hay que mencionar Thyatira y Pérgamo. La primera, renombrada por su comercio de púrpura, era una colonia de macedonios situada en la parte más meridional de Misia, en el límite con Lidia, que estaba debajo: precisamente por esta razón se consideraba como perteneciente a Lidia. Pérgamo había sido la capital del reino homónimo: los liberales reyes atálidas, que habían sustituído en el gobierno a Filereto, embellecieron la ciudad con monumentos insignes, en parte hallados por

(1) *Stromata*, V, 8, 45, 2. (Ed. Stählin, vol. II, p. 356.)

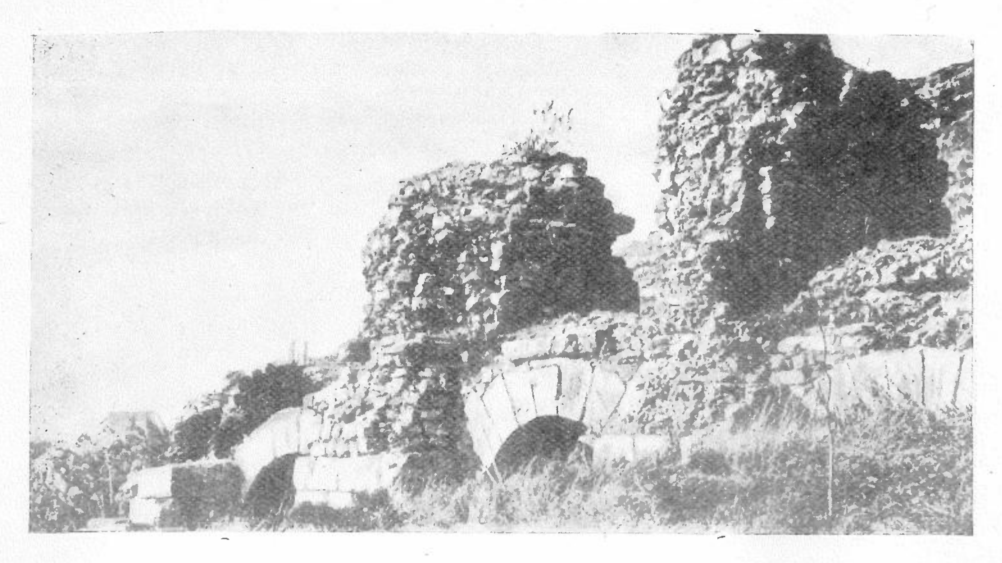


Fig. 10.—EFESO: RUINAS DEL ODEON

las exploraciones arqueológicas, y que atestiguan el refinamiento helénico de la dinastía atálida. Entre los puertos de esta región hay que recordar Adramyttium, en el amplio golfo de su nombre, donde tenían lugar las reuniones (*conventus*) del distrito occidental de Asia Menor.

18. El extremo nordoccidental de la «provincia de Asia» y de toda el Asia Menor lo ocupaba Troade, pequeña región limitada por el golfo de Adramyttium y el Helesponto. Estaba recorrida en parte por la cadena montañosa del legendario Ida y por los ríos, no menos célebres, el Escamandro y el Simoenta. En esta región, sembrada de colonias helénicas, estaba la importante Alejandría troyana, que recibió todos los privilegios de los descendientes de la *gens Julia,* por sus recuerdos homéricos relacionados con los orígenes de la familia. Ya en su tiempo Julio César pensaba precisamente en hacerla capital del Imperio Romano (Suetonio, *Divus Julius,* 79). Augusto la convirtió en colonia romana. Las aventuradas y venturosas excavaciones de Schliemann sobre la colina de Hissarlik han sacado a luz los restos de Troya-Ilion, la ciudad de los poemas homéricos. Las excavaciones arqueológicas continuadas por la Universidad de Cincinnati han permitido seguir el aposentamiento de diversas civilizaciones en el mismo sitio, desde las épocas más remotas hasta la romana.

Además de numerosísimas islas, entre las cuales están las grandes de Rosas, Samos, Chio y Lesbos, célebres en la cultura griega, pertenecía entonces a la provincia de Asia la península de Kersoneso tracio, que forma parte del continente europeo; pero estos lugares no aparecerán en nuestro relato.

19. A septentrión y a levante de todas las demás regiones (Troade, Misia, Lidia, Caria) que constituían la «provincia de Asia» se extendía

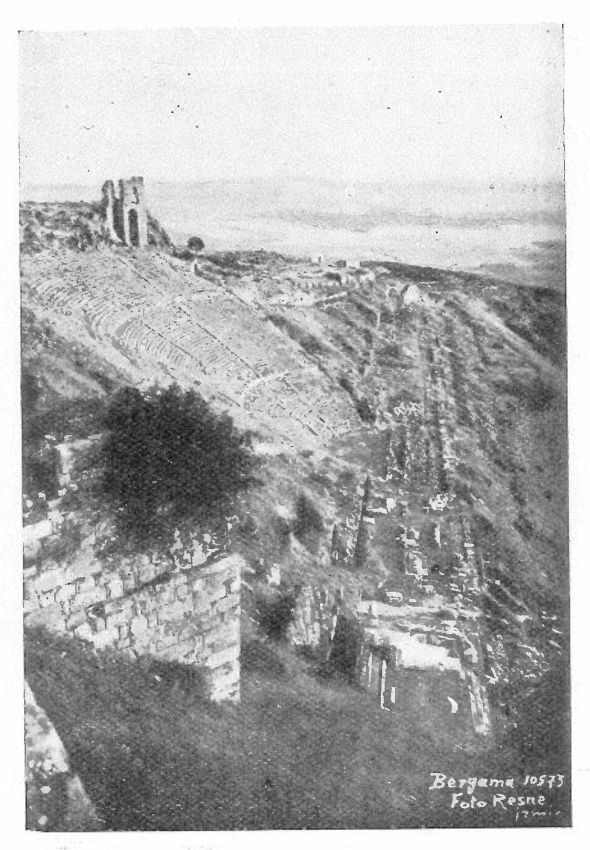


Fig. 11.—PERGAMO: TEATRO

la gran Frigia, que pertenecía a la misma provincia, y que en ciertas épocas llegaba desde el Helesponto hasta el río Halys; Frigia limitaba al norte con la provincia de Bitinia, al este y al sudoeste con Galacia y Licaonia, y al sur con Pisidia. En realidad, comprendía la mayor parte de la altiplanicie occidental del Asia Menor.

Los antiguos griegos hablan de un antiquísimo reino frigio, formado por emigrados de Tracia (Herodoto, VII, 73; Estrabon, VII, 3, 2) antes de la destrucción de Troya (Estrabon, XIV, 5, 29); pero se sabe bien poco de esta época legendaria, como tampoco se sabe apenas de la civilización de este pueblo. En los tiempos históricos siguió la suerte de los demás grupos étnicos limítrofes, que fueron pasando de dominación en dominación, hasta llegar a la de los romanos. La gran región, aun antes de que el emperador Diocleciano la subdividiese por motivos administrativos en Frigia *primera* y *segunda*, o *Pacatiana* y *Salutaris*, se consideraba dividida en Frigia Menor, debajo de Propontide, y Frigia Mayor, en el macizo central.

20. Entre las ciudades de Frigia, a nosotros nos interesan las tres situadas en el valle del Lico, afluente del Meandro, próximo a Caria; esto es: Laodicea, Colosos y Hierápolis.

Plinio describe así Laodicea: *Imposita est Lyco flumini, latera adfluentibus Asopo et Capro, appellata primo Diospolis, dein Rhoas* (*Nat. Hist.*, V, 29). El nombre de Laodicea le fué impuesto por su fundador el seleucida Antioco II (261-246 a. C.), en honor de su esposa. Estrabon (XII, 8, 16) la describe como ciudad riquísima a causa de su activo comercio, basado principalmente en una floreciente cría de ganado. Muy quebrantada por un terremoto en el año 60 de C., reparó con sus propias riquezas, sin ayuda extranjera, los graves daños sufridos (Tácito, *Annal.*, XVI, 27). Hoy no quedan más que algunas pobres ruinas en Eski-Hissar.

El incremento progresivo de Laodicea causó el lento declinar de Co-

losos, situada a orillas del alto Lico. Su importancia se debía al hecho de su situación al borde de la ruta comercial que unía Sardes con Apamea (Celene). Estrabon (XII, 8, 13) la llama justamente una pequeña ciudad (πόλισμα), mientras que Plinio (*Nat. Hist.*, V, 41, al. 32), tal vez recordando su historia, la cita entre las *oppida celeberrima.*

Sobre Hierápolis, «ciudad sagrada», se tienen aún más escasas noticias. Se llamaba sagrada por su carácter religioso. También era célebre por sus aguas minerales, ricas en sales calcáreas, y por una piedra muy semejante al travertino. La industria de la lana y de la tintorería estaban muy adelantadas; su centro principal era, sin embargo, Laodicea.

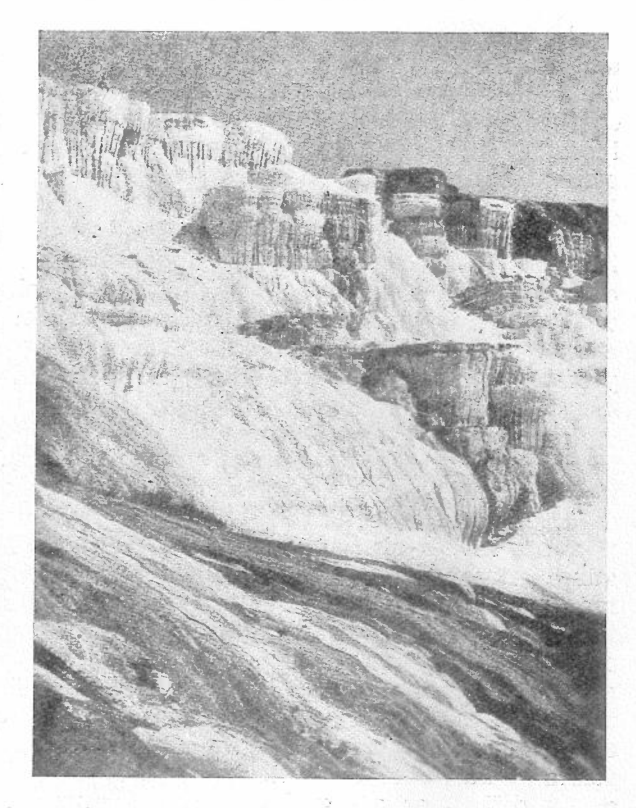


Fig. 12.—PAISAJE TIPICO JUNTO A JERAPOLIS

21. Roma, desde el comienzo del siglo II antes de Cristo, había comenzado a extender su influencia sobre todas estas regiones, profundamente helenizadas. Pero tan sólo por el testamento de Atalo III, rey de Pérgamo, el pueblo romano recibió en herencia los territorios que poseía la dinastía atálida (133 a. C.). Tras no pocas dificultades, debidas principalmente a una fuerte resistencia capitaneada por el nacionalista Aristonico, Roma estableció reciamente su dominio sobre la meseta de Asia Menor, erigiéndola en provincia. En su reordenación del Imperio, Augusto declaró Asia, depauperada por las consecuencias de las guerras civiles, provincia senatorial, otorgándole favores y privilegios: fué el *Asia proconsularis*, porque, lo mismo que en la provincia de Africa, el oficio de gobernador estaba confiado a un ex cónsul, al que se concedía el privilegio de doce haces lictorios. El procónsul, que tenía las atribuciones corrientes de un gobernador de provincia, residía habitualmente en Efeso; a intervalos, personalmente o por medio de enviados. inspeccionaba las capitales de los diversos distritos judiciales (*conventus*) para ejercer la justicia. Teniendo en cuenta una lista de Plinio (*Nat Hist.*, V, 29-33, al. 28-30), tal vez incompleta, estas asambleas judiciales se celebraban en Laodicea (o en Cibyra), Synnada, Apamea, Alabanda, Sardes, Esmirna, Efeso, Adramyttium y Pérgamo.

La recaudación de impuestos y de tributos varios estaba confiada a administradores, a los que ayudaba una turba de publicanos, que con abusos y estafas desangraban la provincia, como se desprende de no pocas protestas de los expoliados, que han llegado a nosotros por algunas inscripciones supervivientes, por el discurso de Cicerón *pro Flacco* y por otros testimonios de historiadores romanos (Tácito. *Annal.*, XII, 63; XIII, 33).

En Asia, como en otras partes, no faltaban las ciudades declaradas inmunes, es decir, exentas de pagar impuesto al fisco imperial, y libres, es decir, con una amplia autonomía para elegir sus propios magistrados y para establecer leyes particulares. Sin embargo, los romanos se reservaban siempre el derecho de revocar los privilegios de inmunidad y de libertad, y este derecho se ejerció muchas veces sobre ciudades que mostraban poca sumisión a Roma.

22 En tiempo de Augusto adquirió gran desarrollo e importancia una institución de carácter religioso, y fué la asamblea asiática (κοινὸν 'Ασίας). Se reunía con intervalos no bien determinados, y a ella le correspondía proveer al culto de la diosa Roma, a la cual la cortesía asiática añadió pronto el culto del emperador, siguiendo el ejemplo de Pérgamo. Esta asamblea, a la que toda ciudad principal enviaba sus representantes, venía acompañada de fiestas y juegos solemnes; además de en cuestiones de carácter religioso, podía manifestar opiniones propias en materia administrativa, alabar o denigrar a un gobernador, invocar la modificación de algunas leyes o el descargo de algunos tributos elevados (cf. *Corpus Inscriptionum Græcarum,* vol. II, n. 3.487); pero, en realidad, su poder en materia política y administrativa era muy limitado, y difícilmente lograba corregir abusos o reprimir violencias, aun cuando servía de útil ligazón entre el gobernador y sus súbditos. El presidente de esta asamblea tenía el gran título de «asiarca»: a él le incumbía la dirección de las fiestas y de los juegos en honor del emperador, y muchas veces también el honor de los gastos. El carácter religioso de la asamblea se recuerda en el título del sumo sacerdote de Asia (ἀρχιερεὺς 'Ασίας), que parece prácticamente sinónimo de «asiarca», y que se daba algunas veces al presidente. Al multiplicarse las ciudades «neocoros», esto es, con el privilegio de erigir un templo en honor del emperador, y por la ambición de títulos honoríficos entre los asiáticos, este honor se atribuyó a muchas personas, y por estas mismas razones conservaron el título incluso aquellos que ya habían abandonado el cargo. Gracias a estas instituciones, que daban la ilusión de una gran libertad, y gracias a la política vigilante y tolerante de los romanos, puede decirse que en el siglo I de C. la «provincia de Asia» gozaba de todos los privilegios de la *pax romana,* los cuales debían ser tanto más apreciados cuanto que la provincia salía de un período infausto de guerras y expoliaciones. Con cierta sorpresa se lee el elogio que Augusto se atribuye a sí mismo en el Monumento Ancirano: *En los templos de todas las ciudades de la provincia de Asia, yo, víctor, volví a poner los ornamentos de los que, despojando a los templos, se había adueñado aquél contra el que he luchado* (1). Y efectivamente, bajo el Imperio, los asiáticos se ha

(1) *In templis omnium civitatium provinciae Asiae victor ornamenta reposui.*

llaban óptimamente, en comparación de los precedentes gobiernos; de modo que, si bien atenuadas, se podrían repetir aún las palabras de Cicerón: *Asia es tan rica y fértil, que supera, sin duda, a todas las demás regiones por la fecundidad de sus campos, por la variedad de sus cultivos, por la extensión de sus pastos y por la abundancia de sus exportaciones* (1).

23. GALACIA, LICAONIA, PISIDIA, ISAURIA.—En tiempo de los romanos, la región del centro de Asia Menor, que limitaba—límites un poco inciertos—al norte con Bitinia, al este con Capadocia y al oeste con Frigia, se llamaba Galacia. Geológicamente, Galacia es también un país de transición entre la meseta montañosa occidental y la extensión oriental, más plana; las cimas montañosas no alcanzan los 2.000 m., mientras que son más extensos los valles de aluvión formados por los ríos, como el Kizil Irmac (el antiguo *Halys*), el Delice y el Sakarya (el antiguo río sagrado *Sangarius*), y no faltan las zonas esteparias y las áridas mesetas calcáreas. Predominan los pastos, intercalados de terrenos con cultivo de cereales en los valles pendientes. Entre las ciudades modernas sobresale, además de Ankara (Ancira, Angora), capital de la república turca, el centro minero de Keskin y algunas otras.

En la segunda mitad del siglo III a. de C., esta región fué invadida por pueblos celtas, que después de haber recorrido Balcania, guiados por Lotario y Leonorio, vinieron a establecerse en esta zona, para ellos completamente nueva. Estos celtas o galos (2), que sembraban el terror donde llegaban, dividieron el territorio entre las tres razas de que se componían; esto es: los tolistobogos se fijaron en occidente, en torno a Pesino (*Pessinus*); los trocmios, en oriente, tuvieron por capital Tavio (*Tavium*), y los tectosagos, en el centro, en torno a (Ankara) Ancira. Siendo, como eran, de carácter belicoso, participaron en casi todas las guerras que tuvieron lugar, a lo largo del siglo II a. C., entre los pequeños monarcas del Asia Menor, puesto que por su valor eran buscados como mercenarios. En la segunda mitad del siglo I a. C., Deiotario, tetrarca de los tolistobogos, rechazó al invasor Eumaco, sátrapa del Ponto, y reunió bajo su poder a las tres estirpes celtas en un territorio común, llamado desde entonces Galacia. Pompeyo reconoció el título de rey a este aliado de los romanos en la guerra mitridática y ensanchó su territorio. Después de la muerte de este rey, a cuyo servicio Cicerón había puesto su elocuencia (*Oratio pro rege Deiotario*), el reino pasó a su secretario, Aminta. El triunviro Antonio favoreció al nuevo rey, dándole parte de Pisidia (Appiano, *Bellum civile,* V, 75, 319), de Licaonia y de Panfilia (Dion Cassio, XLIX, 32, 3). Posteriormente, Aminta extendió su dominio sobre Isauria y sobre Cilicia montañosa. Augusto reconoció estas posesiones al rey, que se unió en Anzio a su partido; pero después de

---

quae spoliantis templis is (Antonio) *cum quo bellum gesseram privatim possederat.* («*Res gestae divi Augusti*», IV, lín. 49-51.)

(1) *Asia vero tam opima est ac fertilis, ut et ubertate agrorum, et varietate fructum et magnitudine pastionis et multitudine earum rerum, quae exportantur, facile omnibus terris antecellat.* (De *Imperio Cn. Pompeii*, 6, 14.)

(2) Julio César, con su competencia en la materia, atestigua este doble nombre: *Gallia est omnis divisa in partes tres, quarum unam incolum Belgae, aliam Aquitani, tertiam qui ipsorum lingua Celtae, nostra Galli appellantur.* (De *Bello gallico*, I, 1.)

la muerte de Aminta, en 25 a. C., separó del reino las regiones de Cilicia y de Panfilia y formó con ellas una provincia romana (Estrabon, XII, 5, 1; Dion Cassio, LIII, 26, 3).

24. Esta provincia, acrecentada con algunos distritos de Paflagonia, estaba constituída por Galacia propiamente dicha, Licaonia, Psidia e Isauria, y así permaneció hasta el tiempo de Vespasiano, en que sufrió modificaciones. El carácter heterogéneo de esta provincia lo atestiguan incluso las denominaciones usuales, que distinguían las zonas de las provincia llamándolas a cada una con su primitivo nombre. Así, en las inscripciones al gobernador de la provincia, en vez de designársele del modo más cómodo, «Legado... de Galacia», se le designa con la incómoda, pero precisa nomenclatura de *Legatus Augusti pro praetore provinciae Galatiae, Pisidiae, Phrygiae, Lycaoniae, Isauriae, Paphlagoniae,* etc. (en *Corpus Inscr. Lat.*, III, 291, supl. 6.818; cf. 312, 318). La designación de *regione Galatica* (Γαλατικὴ χώρα) se refería al territorio ocupado originariamente por los gálatas, esto es, la parte septentrional de la provincia; de hecho Frigia se diferenciaba de este territorio (*Act.* 16, 6; 18, 23), si bien ambas pertenecían a la provincia de Galacia (§ 376). Esta distinción de las varias regiones que componían la provincia viene confirmada por el hecho de que en el siglo II de C. cada una de ellas tenía su asamblea κοινόν particular: hasta ahora se tienen documentos de la coexistencia del κοινόν de Licaonia y del de Galacia, que se reunía en Ancira o en Pesino.

Galacia albergaba, junto con un escaso elemento romano, una mezcla de invasores celti-galos, con frigios y griegos, anteriores habitantes del lugar; y esta mezcla se revelaba en el término de denominación usual de Galogrecia (Estrabón, XII, 5, I) o Grecogalia (Livio, XXXVIII, 17). Sin embargo, no se puede hablar de una profunda helenización de los gálatas, puesto que aun en el siglo IV Jerónimo podía afirmar que en Galacia estaba en uso una lengua particular muy afín de la hablada en Treveris, en Galia (*In Epistolam ad Galatas*, lib. II, *Praefatio*, en Migne, Patr. Lat., 26, 382).

25. Al sur de la región de Galacia se extendía Licaonia, meseta de 1.000 metros de altura media sobre el nivel del mar, encerrada entre los montes de Frigia y de Isauria, limitada al sur por la cadena del Tauro y al noroeste por Capadocia. Esta meseta tiene algunos lagos salados, como el de Tuz; recientemente se ha irrigado racionalmente empleando el agua de los lagos Beisehir y Sogla, para disminuir las grandes zonas esteparias debidas a la escasez de lluvia.

En la antigüedad Licaonia pasó por varias dominaciones extranjeras, hasta que los romanos la incorporaron a la provincia de Galacia, con la que permaneció unida, al menos hasta Antonino Pío. Ni siquiera los escritores antiguos están de acuerdo sobre la atribución a Frigia o a Licaonia de la importante ciudad de Iconio (hoy *Konia*). Jenofonte (*Anab.*, I, 2, 19) la incluye entre las ciudades frigias, y también Plinio (*Nat. hist.*, V, 41 al 32); en cambio, Cicerón (*Ad familiares*, XV, 4, 2) y Estrabón (XII, 6, 1) la asignan a Licaonia. Lucas, en *Hechos* (14, 6), parece considerarla ciudad frigia. Aun cuando de antiguo origen y capital de una tetrarquía, Iconio tuvo importancia muy tardía; el helenismo



Fig. 13.—ICONIO ACTUAL
(de MONMARCHÉ et TILLION: *Les pays d'Asie*)

penetró poco, y predominaron, en cambio, las costumbres indígenas; en tiempo de Pablo, en las regiones vecinas, se hablaba licaonio, antigua lengua anatolia (*Act.*, 14, 6). Los romanos concedieron Iconio a Polemón, rey de Cilicia; mas pronto aparece unida a la provincia de Galacia. El emperador Claudio, probablemente sin llegar a hacerla *colonia,* le concedió el título honorífico de *Claudiconium*. Adriano hizo de ella una *Colonia Aelia Hadriana Augusta Iconiensis*.

26. En las faldas del Kara Dagh, majestuoso volcán extinto, se recuesta la pequeña ciudad de Listra, que sólo adquirió cierta fama a principios del Imperio. Los romanos, después de la muerte de Aminta, la agregaron a la provincia de Galacia, situando en ella fuerzas militares para la lucha contra los ladrones de las montañas próximas. Todo rastro de Listra se había perdido hasta 1885, cuando Sterret reconoció sus ruinas junto a la actual Katyn Serai; el único descubrimiento arqueológico de algún relieve es una tosca piedra de altar pagano, con una inscripción dedicada a Augusto por los decuriones de la colonia romana.

También pertenecía a Licaonia la pequeña ciudad de Derbe, que Esteban de Bizancio describe erróneamente como *fortaleza y puerto de Isauria*. A comienzos del siglo I de C. no debía ser más que un pequeño centro, provisto de fuerzas militares para la seguridad de las comarcas vecinas. En honor de Claudio se llamó *Claudioderbe*; poco antes de que llegara a ella Pablo parece que permaneció separada durante breve tiempo de la provincia de Galacia, porque—según la interpretación más atendible de la vaga expresión de Dion Cassio (LIX, 8, 2)—fué cedida por Calígula a Antioco IV, rey de Commagene, en el año 38; pero al poco tiempo Antioco fué destronado por el mismo Calígula y vuelto a entronizar por Claudio en el año 41 (Dion Cassio, LX, 8, 1). Se ha propuesto la identificación de Derbe con la actual Gudelisin, junto a Zosta o Losta.

27. Al norte de Panfilia y de Licia se extendían otras dos pequeñas regiones entre Licaonia, Frigia y Caria: eran PISIDIA, en la parte occidental, e ISAURIA, en la oriental. De carácter montañoso, contienen muchas cuencas lacustres; entre los lagos mayores, son conocidos el Kirili-göl (a 1.150 m. sobre el mar), el Bundur-göl (a 920 m. sobre el mar) y el lago alpino de agua dulce, Egherdir-göl. Isauria presentaba un aspecto hórrido, y sus habitantes tenían fama de ser especialmente feroces.

Los griegos, al penetrar en estas regiones, procuraron establecer puestos de vigilancia para defensa de los pasos forzosos; lo mismo hicieron los romanos, que tomaron el gobierno del distrito después de la muerte del rey vasallo Aminta (25 a. de C.). En el siglo I de C., Pisidia e Isauria, junto con Licaonia, formaron parte de la provincia de Galacia; sin embargo, conservaron cierta autonomía administrativa, sobre todo Pisidia, acentuada por la presencia en el territorio de varias colonias romanas fundadas por Augusto, como Sagalasso, Olbia, Comana y Cremna.

Comúnmente se citaba entre las ciudades de Pisidia también a Antioquía, situada propiamente en territorio frigio; sus ruinas se han encontrado junto al pueblo turco de Yavolach (al norte del lago Egherdir, sobre una altura, frente a la cadena del Sultán Dagh. La ciudad fué fundada por Seleuco Nicator, hacia 280 a. de C., sobre el emplazamiento de un pueblo habitado por emigrantes venidos a Meandro (Estrabón, XII, 8, 14). Los romanos la declararon ciudad libre desde tiempo de Antioco el Grande (189 a. de C.), y la usaron como puesto avanzado de frontera. Augusto estableció en ella una colonia de veteranos, y desde entonces el nombre oficial fué *Colonia Caesarea Antiochia,* mientras los escritores griegos la denominaron justamente Antioquía, junto a Pisidia o Pisidica (Ἀντιόχεια πρός (τῇ) Πισιδίᾳ,, Estrabón, XII, 6, 4; Ἀντιόχειαν τὴν Πισιδίαν, *Act.,* 13, 14). Antioquía tuvo particular importancia para los romanos con ocasión de la guerra contra los homonadenses, cuando el senador P. Sulpicio Quirino la hizo el centro de su campaña contra aquellos ladrones (1).

Las excavaciones han sacado a luz restos del antiguo culto del dios lunar Men—en latino *Lunus*—y de otras divinidades frigias, particularmente Cibeles. Grandes propileos y el acueducto romano testimonian aun hoy día la importancia de la ciudad. Entre los recuerdos del emperador Augusto tienen especial valor muchos fragmentos de sus *Res Gestae,* con los cuales se han podido completar algunos pasajes del Monumento Ancirano. Una amplia basílica cristiana conserva su pavimento de mosaico y una inscripción fechada por el obispo Optimus (375-381).

28. Después de lo ya dicho en este rápido resumen de sus regiones, poco puede añadirse con respecto a la población de Asia Menor. Se distinguían dos zonas: la costera, con carácter cosmopolita, y la interna de la altiplanicie, donde la propia configuración geográfica favorecía la conservación de las razas indígenas y de las que habían emigrado allí desde hacía tiempo. En los centros menores, esparcidos entre las montañas de Frigia y a lo largo de la cadena del Tauro, o en la llanura de Galacia, el

---

(1) Cf. *Vida de Jesucristo* (§ 185, sigs.); allí (§ 186) se alude a una inscripción encontrada en esta Antioquía y referente a Quirino.

elemento predominante era siempre el indígena, tenazmente adherido a la lengua y a las tradiciones atávicas, a pesar de la continua expansión del helenismo. En cambio, a lo largo de la costa, y, en general, en las grandes ciudades del interior próximo, como Sardes, Pérgamo, Filadelfia, Laodicea, Apamea, etc., situadas a lo largo de los grandes caminos, prevalecía el elemento griego, que en tiempos remotos había cimentado aquellas ciudades. Eran colonias antiquísimas, que sostuvieron épicas luchas contra Persia, permaneciendo unidas a la madre patria por la comunidad de idioma y de cultura, puesto que la literatura griega más antigua, en casi todas sus formas, se había iniciado precisamente en estas lejanas colonias. En su mayoría se debían a emigraciones de antiguos jonios, de donde el nombre de Jonia, dado habitualmente a la franja costera más próxima del continente europeo; pero no faltaban representantes de las otras dos razas, esto es, la doria y la eolia. Estas circunstancias son una de las razones principales de la fuerza expansiva desarrollada por el helenismo, que con Alejandro avanzó triunfante, en primer lugar, por el Asia Menor.

29. Pero más importante a nuestro propósito es recordar que en esta heterogénea población se había infiltrado la Diaspora judía. Esta «diseminación» de la nación judía fuera de Palestina constituía una fina red de hilos y de nudos que envolvía ya a la mayor parte del mundo antiguo, y, por tanto, también al Asia Menor. Pablo, en sus viajes, se encontró con judíos en casi todas partes, y siempre se dirigió a ellos antes que a los paganos; el núcleo judío, establecido sea en una aldea solitaria de Licaonia o de Pisidia, sea en un centro cosmopolita del Asia proconsular, era su meta directa: estos nudos aislados de la red espiritual eran sus puntos de apoyo regulares, y pasaba de uno a otro siguiendo los hilos de la misma red, es decir, las relaciones sociales de toda especie que ligaban a un nudo con otro.

Como en otra parte hemos examinado los documentos que atestiguan tanto la extensión y la tenacidad de la Diáspora judía, cuanto la constitución interna y la actividad espiritual de los núcleos establecidos fuera de Palestina, nos permitimos remitir al lector a aquel tratado (1).

30. Siria.—También Siria tiene gran importancia en la vida de Pablo, esto es, la región asiática que confinaba al norte con el límite meridional del Asia Menor (una línea ideal que iba desde el golfo de Alejandreta al Eúfrates), al oeste con el Mediterráneo, al sur con Palestina y al este con el desierto arábigo y con el Eufrates. Geológicamente está formada por una llanura costera con pocos macizos montañosos y una meseta interior que alcanza una altura máxima de 1.000 metros. En la parte meridional, sobre el río Nahr-el-Qasimiye, que inicia ya Palestina, es característico un profundo valle geológico entre el Líbano y el Antilíbano, llamado el-Beqa'a, que por el sur halla su continuación natural en el Ghor, por donde corre el Jordán; en la parte septentrional se elevan los montes que señalan la separación de Cilicia, como el Kizil Dagh, el Amano y el Ghiaur Dagh. El río principal de Siria es el Oronte, que, tras

(1) Cf. *Historia de Israel*, vol. II, § 180-214.

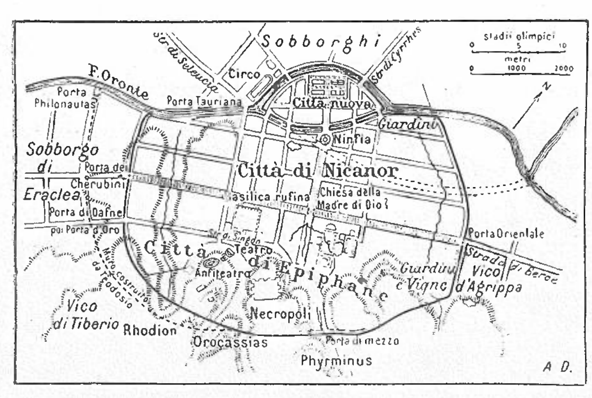


Fig. 14.—PLANO DE ANTIOQUIA ANTIGUA
(de la *Enciclopedia Italiana*)

correr por el mencionado valle, se ensancha cerca de Antioquía en una gran cuenca de aluvión.

Siria fué durante milenios el paso necesario entre Egipto y las regiones mesopotámicas, o sea, entre los dos centros de civilización humana más antigua, y por esto es natural que tuviese ciudades cuyos orígenes se remontaban a muchos milenios antes de Cristo, entre las cuales Byblos, Tiro, Sidon, Alepo, etc. En el período grecorromano la ciudad principal de toda Siria fué Antioquía, sobre el Oronte, abastecida por el vecino puerto de Seleucia; ciudades florecientes eran también Apamea, Laodicea, y más al sur, Damasco, todas en los umbrales del desierto árabe. Después del período de la dominación persa, Siria fué el reino de los Seleucidas, hasta que, abatida por incesantes guerras y revueltas, cayó bajo la dominación romana. Pompeyo, ya presente en Asia, se aprovechó de la anarquía general, y en el año 64 a. de C. reorganizó Siria, constituyéndola en provincia romana; ésta varió sus límites durante los primeros decenios de la dominación romana, comprendiendo, durante algún tiempo, también parte de Cilicia, de Commagene y de Palestina, que, sin embargo, en el siglo I de C. tuvo una historia particular y diferente.

La riqueza natural de Siria y su posición limítrofe frente a los partos, tradicionales enemigos de Roma, confirieron capital importancia a esta provincia. Augusto, en el año 20 a. de C., realizó un viaje por la región, durante el cual dispensó grandes mercedes, concediendo la libertad a muchas ciudades e introduciendo muchos cambios en la administración. En la distinción de las provincias en senatoriales e imperiales, Siria se halló entre las segundas; su gobernador, *legatus Augusti pro praetore,* tenía bajo su mando importantes fuerzas armadas para defender las fronteras de los partos y de los nabateos y, generalmente, se escogía entre los que pertenecían al rango consular al término de su carrera.

31. Antioquía, sede del gobernador, tuvo orígenes muy humildes. A fines del siglo IV a. de C., Seleuco Nicator le dió el primer gran impulso y cambió su originario nombre, Antigonia, en Antioquía, en honor de su padre Antioco. Los siguientes seleucidas compitieron en embellecer su capital; la gran llanura que se extiende en torno (entonces no existía el actual lago insalubre), los majestuosos contrafuertes del Amano y del Casio, el verde del Silpio, la abundancia de agua, formaban un marco de belleza natural; el puerto de Seleucia, tan sólo a 35 kilómetros y de cómodo acceso por la navegabilidad del Oronte, ponía a la ciudad en comu-

nicación con todos los puertos del Mediterráneo, mientras numerosas rutas de caravanas conducían a las inmensas regiones del interior, y de allí al Eufrates, y hasta la India misteriosa.

Pero más que ciudad comercial, Antioquía era un lugar de placer. A diez kilómetros de la ciudad, pasando por villas y jardines sucesivos, se llegaba a Dafne, famoso lugar de delicias. En medio de espesos bosques de laurel (de donde el nombre de Dafne), que leyes severas impedían cortar, surgía el templo de Apolo: allí, dentro y en torno, donde todo invitaba al goce, se celebraban ritos religiosos de la más refinada sensualidad, que terminaban generalmente en desenfrenadas orgías, como reconocían ya los autores paganos (cf. Libanio, *Oratio,* XLV, 23). Multitud de voluptuosos y de cortesanos acudían desde Antioquía y desde lugares remotos para adorar a Apolo y a Artemisa en aquel templo de la licencia. El cual, como otros templos, tenía el privilegio del derecho de asilo (§ 15), y por esto—¡ironía de la suerte!—a él había venido a refugiarse Onías, sacerdote de Jerusalén, huyendo de los sicarios de Menelao (*II Mac.,* 4, 33-34) (1).

Después de Roma y Alejandría, y excluyendo Atenas, aun cuando ya estaba en decadencia, ninguna ciudad pudo competir con Antioquía en belleza monumental. La amena islilla, que al septentrión deja el Oriente, estaba cubierta de magníficos palacios, morada de los reyes seleucidas y después de los gobernadores romanos. Una larguísima vía, la «vía de las columnas», atravesaba toda la ciudad de este a oeste; muchos extranjeros ricos habían contribuído a embellecer esta magnífica «avenida», entre los cuales el rey de los judíos, Herodes el Grande, que la había hecho enlosar de mármol y adornar con columnatas cubiertas a lo largo de veinte estadios (Flavio Josefo, *Antigüedades judías,* XVI, 148; *Guerra judía,* I, 425). Otra vía, de norte a sur, igualmente adornada con columnas, cruzaba con la «avenida». Aquí y allá se levantaban edificios suntuosos, embellecidos con obras maes-



Fig. 15.—LAS CASCADAS DE DAFNE JUNTO ANTIOQUÍA
(Foto Vester, *American Colony*)

(1) Cf. *Historia de Israel,* vol. II, § 233.

tras del arte griego, mientras por la zona meridional y las laderas del Silpio estaban las espléndidas villas de los hacendados. Una poderosa muralla, levantada por Antioco IV Epifanes, cercaba la ciudad y la defendía; por los restos de muralla de Justiniano se puede medir su perímetro, que era de unos 30 kilómetros, con torres colosales intercaladas de cuando en cuando. Corroboraban su encanto la abundancia de agua, que brotaba en los surtidores de los nínfeos, y una magnífica iluminación nocturna, al menos en tiempo del rector Libanio.

La población, naturalmente, reflejaba en sí tal ciudad: era una población frívola y ligera, amante sólo de fiestas y espectáculos, según el testimonio de Herodiano (II, 7, 9; III, 1, 3; 4, 1.); Luciano (Περὶ ὀρχήσεως, *De salutatione,* 76) describe una danza especial, propia de los antioquenos. En resumen, una población que interpretaba la vida como esparcimiento.

32. Al borde del desierto, en la llanura flanqueada al oeste por los contrafuertes del Antilíbano, y al sur por el Gebel el-Aswad, se alza Damasco, *esh-Sham* de los árabes. Gracias a una sabia irrigación, en uso ya desde tiempos antiquísimos, Damasco está rodeada de huertos y jardines exuberantes, que cubren el llano de *el-Ghutah,* atravesado por el río Barada, el *Chrysorrhoas* de los griegos. Centro natural, comercial y político, Damasco ha ocupado siempre un puesto de capital importancia en las varias civilizaciones que se han subseguido, y su historia se eleva, ininterrumpida, desde hoy, por lo menos, hasta el segundo milenario antes de C., figurando su nombre en monumentos egipcios de la dinastía XVIII (Cf. *Génesis.* 14, 15). Bajo el dominio de Roma, entró en el



Fig. 16.—DAMASCO ACTUAL

siglo I a. de C., cuando Pompeyo, durante su campaña de Armenia, la hizo ocupar por Lolio y Metelo en el 65 a. de C. (*Antigüedades judías*, XIV, 29; *Guerra judía*, 1, 127),, y desde entonces la ciudad formó parte de la provincia romana de Siria. Según Plinio (*Nat. hist.*, V, 16 al 18) y Ptolomeo (V, 14, 18), Damasco era una de las ciudades confederadas de la Decápolis (cf. *Marcos*, 5, 20; 7, 31). En tiempo de Adriano tenía el título de «metrópoli»; bajo Alejandro Severo se hizo colonia romana. Como ciudad libre, podía acuñar modena propia, y de hecho tenemos monedas de Damasco acuñadas en tiempo de Augusto, de Tiberio y de Nerón; mas como faltan monedas del tiempo de Calígula y, por otra parte, en *II Corintio*, II, 32, se dice que *el etnarca del rey Aretas puso guardia en la ciudad de los damascenos*, se ha supuesto que durante cierto tiempo Damasco permaneció bajo el dominio de los vecinos nabáteos, a quienes la cedió espontáneamente Calígula. Semejante cesión es posible por parte del paranoico emperador; sin embargo, otros interpretan diversamente la mención de *II Corintios* (§ 152).

33. La población de Siria estaba tan helenizada como la del Asia Menor, con la diferencia de que aquí el elemento griego se había superpuesto y mezclado a un fondo en su mayor parte semita. Los antiquísimos centros de Siria, especialmente los meridionales, eran todos de origen semita, y los estratos más bajos y numerosos de la población siempre habían permanecido semitas de lengua, de costumbres y de religión, aun después de la irrupción del helenismo, el cual había ganado de preferencia a las clases más altas, no sin incorporar, también entre éstas, elementos semitas.

En semejante ambiente, los semitas judíos que llegaban procedentes de Palestina se sentían menos extranjeros que en otras regiones; por esto se difundieron ampliamente y se aposentaron firmemente. La situación de los judíos en Siria, especialmente en la capital, Antioquía, la resume en el siglo I de C. Flavio Josefo, diciendo: *La raza de los judíos, que se había extendido bastante por toda la tierra entre los aborígenes de cada país, y se había mezclado con ellos, sobre todo en Siria, dada la vecindad* (*de ambas regiones*), *era especialmente numerosa en Antioquía, a causa de la grandeza de la ciudad, mas, sobre todo, porque los sucesores de Antioco le ofrecían allí un albergue seguro. Antioco Epifanes, en efecto, había saqueado Jerusalén y expoliado el santuario, pero quienes le sucedieron en el reino restituyeron a los judíos de Antioquía todos los objetos votivos hechos de bronce, depositándolos en su sinagoga, y les concedieron el que gozaran de los mismos derechos de ciudadanía que los griegos. Favorecidos del mismo modo por los sucesivos reyes. crecieron en número*, etc. ... (*Guerra de Judea*, VII, 43-45). El mismo historiador confirma en otro lugar (*Antigüedades judías*, XII, 119) la paridad de derechos entre judíos y griegos en Antioquía, y atribuye la concesión de los mismos a Seleuco Nicanor, fundador de la ciudad. El favor dispensado por los monarcas seleucidas no se interrumpió con los gobernadores romanos, y su protección salvó a los judíos de las fáciles represalias de sus enemigos, incluso durante los años trágicos de la revuelta de Palestina. (*Guerra de Judea*, VII, 54, sig., 100 sigs.)

Mucho más antiguas que con Antioquía de Siria eran las relaciones

de los judíos con Damasco, con quien el antiguo reino de Israel había tenido trato constante, aun cuando no siempre amistoso. En el siglo I tenemos noticia de la abundancia de judíos en Damasco, además de por *Act.*, 9, 2, por Flavio Josefo, el cual refiere que al comienzo de la guerra de Judea se asesinaron en venganza, dentro de esta ciudad, 10.500 judíos (*Guerra de Judea,* II, 561), cifra que en otro pasaje se eleva a 18.000 (Ibid., VII, 368). Aun cuando se consideren exageradas estas cifras, fuerza es admitir que en Damasco eran muy numerosos los descendientes de Abraham, pues las damas damascenas de otras razas casi todas habían sido *ganadas por la religión judía* (Ibíd., II, 560). Un hecho semejante se había producido en Antioquía (Ibíd., VII, 45) respecto al proselitismo judío entre el elemento griego.

34. Chipre.—La isla más grande del Mediterráneo oriental, Chipre, dista apenas 64 kilómetros de la costa meridional de Asia Menor, frente a Cilicia. Tiene una superficie de 9.280 kilómetros cuadrados; la longitud máxima de Este a Oeste es de 225 kilómetros, y está constituída por dos grandes cadenas montañosas que avanzan casi paralelamente, dejando en medio la gran llanura de Mesaria; aun cuando presenta una configuración irregular, es pobre en ensenadas que puedan servir de puertos. La falta de grandes cursos de agua y la escasez de lluvias hacen deserticas algunas zonas, que eran menos extensas en los tiempos antiguos debido a la existencia de grandes bosques. Los escritores clásicos (Estrabón, XIV, 6-5; Amiano Marcelino, XIV, 8, 14) atestiguan la fertilidad del suelo y la riqueza de sus bosques .Otra fuente de riquezas eran las abundantes minas de cobre, raro y apreciadísimo por los antiguos, de tal manera, que el metal circuló por el mundo bajo el nombre de *ciprio* (*cyprium, cuprum*), nombre que ha pasado a las lenguas modernas (*cuivre, Kupfer, copper*).

Chipre fué posesión romana en el año 58 a. de C. Tras una breve anexión a la provincia cilicia, fué constituída provincia en sí misma, primero imperial, después, en el año 22 a. de C., senatorial. Estuvo gobernada por un propretor mientras fué provincia imperial (Estrabón, XIV, 6, 6; XVII, 3, 25), pero al convertirse en provincia senatorial fué gobernada por un procónsul, también de grado pretorio (Dion Cassio, LIII. 12, 7; 13, 3; 15, y especialmente LIV, 4, 1) (§ 324).

35. La población no debía ser muy densa. Plinio (*Hist. Nat.*, V, 35 al 31) recuerda quince centros habitados (*oppida*); de todos modos, los principales estaban en la parte inferior de la isla, unidos entre sí por una calzada, y eran Salamina, en la bahía de Famagosta, frente a la costa de Siria; Citium y Amatum, en la costa meridional, el primero en la bahía de Larnaka, el segundo en la de Akrotiri. Salamina era la ciudad más grande y el puerto principal; sin embargo, en el mundo antiguo era más famosa por razones religiosas Pafos (hoy Baffo), junto a la moderna Ktima, en la costa occidental de la isla. Fué la residencia del procónsul y más favorecida por Roma; tras un violento terremoto, Augusto la reconstruyó de nueva planta, un poco más lejos, y fué la Nueva Pafo, llamada oficialmente Sebaste (Dion Cassio, LIV, 23, 7). En una inscripción del siglo II aparece bajo el apelativo de *Sebaste Claudia Flavia*



Fig. 17.—PAFOS NUEVA: EL PUERTO

Paphos sacra metropolis civitatium Cypri. En tiempo de Jerónimo era un montón de ruinas (Vida de San Hilarión, 17, en Migne, *Patr. Lat.*, 23, 25). A unos 60 estadios al sudeste estaban las ruinas de la Vieja Pafos, la que destruyó el terremoto, donde se encontraba el templo de Afrodita. Los orígenes de este santuario se remontan a tiempos prehelénicos, pero en el siglo I de C. gozaba aún de gran fama, y multitud de paganos, aun de fuera de la isla, acudían para celebrar, muchas veces con ritos vergonzosos, a la diosa de la reproducción y del amor. Durante la guerra de Judea Tito quiso también él visitar este templo, *inclytum per indigenas advenasque*; Tácito, que refiere el episodio, se muestra perplejo ante el hecho de que el simulacro de la diosa no tuviese forma humana, sino fuese una burda piedra mal desbastada; *Simulacrum Deae non effigie humana: continuos orbis latiore initio tenuem in ambitum, metae modo, exurgens*, y, con cierta desilusión acaba deciendo que no conoce la causa de un espantajo de tal forma: *Sed ratio in obscuro* (*Hist.*, II, 2, 3).

En Chipre, especialmente después que el rey Herodes el Grande alquiló a Augusto las minas de cobre (*Antigüedades judías*, XVI, 129), los judíos fueron muy numerosos en todas las ciudades. En tiempo de la sublevación, bajo Trajano, los judíos debieron matar en Chipre 240.000 paganos y arrasaron por completo la ciudad de Salamina (Eusebio, *Cronicón*, ed. Schöne, vol. II, p. 164: Migne, *Patr. Gr.*, 19, 558). Dion Cassio (LXVIII, 32) nos informa de cómo tras la represión romana se mataba a cualquier judío que pusiera el pie en la isla, aun cuando fuese a causa de un naufragio.

36. Macedonia.—Con la victoria de Pidna (168 a. de C.), Roma extendió su influencia por el reino de Macedonia; sin embargo, sólo más tarde, en 146 a. de C., se constituyó en provincia esta región, y desde entonces se convirtió en el centro de sucesivas luchas e invasiones. Augusto, en el reparto de las provincias, la asignó al Senado, concediéndole la facultad de acuñar moneda propia (Suetonio, *Claudius*, 25; Dión Casio, LX, 24, 1). El propretor, con el título de procónsul, residía en Tesalónica; el κοινόν, por el contrario, se reunía en Berea, porque Tesalónica, como ciudad libre, no formaba parte de esta asamblea.

La provincia cambió con frecuencia de límites; en el siglo I de C. comprendía Macedonia propiamente dicha (limitada al norte por Tracia, Mesia e Iliria; al sur por Tesalia y al oeste por el Epiro) y, además, Tesalia, el Epiro y las ciudades del Adriático, Apolonia y Durazzo (*Dyrrachium*), extendiéndose hasta el río Drilon (Drin). Los romanos, para facilitar la romanización de esta provincia, cuidaron mucho las vías de comunicación y establecieron en varios lugares colonias de veteranos. Entre las calzadas tenía gran importancia la *Vía Egnatia,* que, atravesando toda la región de Durazzo, llegaba hasta Neapolis y el Helesponto; en ella desembocaban otras muchas calzadas secundarias de la red de comunicaciones de la antigua Balcania. Mas, a pesar del empeño de los romanos, Macedonia absorbió muy poca romanidad y siguió, en cambio, impregnada por el helenismo de que anteriormente se había empapado.

Macedonia, de forma geológica bastante accidentada, contaba con pocos centros habitados en el interior, y sus principales ciudades estaban en la costa, tanto en la Egea como en la Adriática. Entre ellas nos interesan para nuestro fin Neapolis, Filipos, Tesalónica y Berea.

37. Neapolis era una pequeña ciudad frente a la isla de Thasos, en el lugar donde hoy se levanta Cavalla; estaba situada sobre un promontorio cuyos lados baña el mar. Su posición de avanzada frente al Asia Menor le concedía cierta importancia; una ramificación de la vía Egnatia la unía con la próxima Filipos, y a través de Macedonia, con Durazzo, frente a Brindis, donde terminaba la vía Apia. En Neapolis existía el mismo cruce de razas y de lenguas que en cualquier puerto del Asia Menor, porque esta ciudad era el primer punto de contacto entre los dos continentes.

Filipos debía su esplendor al favor de Augusto, que no podía olvidarse del lugar donde había surgido la fortuna de la *gens Julia*; sin embargo, la ciudad debe su nombre y su origen al rey de Macedonia Filipo II, padre de Alejandro, que, atraído por el monte Pangeo, ocupó la localidad y construyó una ciudad en sustitución del antiguo poblado existente, Krenides. En su llanura, a lo largo del Gangite, se apagaron en el año 24 a. de C. los últimos sueños de la libertad republicana de Roma. Octavio, en recuerdo de la difícil batalla, estableció allí una colonia de veteranos con el nombre honorífico de *Colonia Augusta Julia* (*Victrix*) *Philippensium*; al conferirle el *jus italicum,* la ciudad quedó exenta de impuestos y disfrutó de muchos privilegios. En ella, además del elemento indígena, siempre considerable, hubo numerosos itálicos, porque, después de la batalla de Anzio (31 a. C.), Augusto envió a Filipos a muchos de los antiguos partidarios de Antonio, que fueron des-

poseídos de sus bienes, los cuales se distribuyeron entre los veteranos del emperador (Dion Cassio, LI, 4, 6).

El recuerdo de la antigua Filipos se conserva en el actual nombre de Filibedjik. Las excavaciones arqueológicas han dado a conocer el vario panteón de esta colonia romana, en cuyo Campidoglio, junto con las divinidades romanas, seguían recibiendo culto las griegas, tracias y asiáticas, además de las egipcias Isis y Serapis, tan difundidas en tiempo del Imperio. Los restos de la acrópolis, del teatro y de los templos, en la ciudad alta, y los del foro, en la zona baja, evocan la vida de este rincón de Macedonia, al que los itálicos llevaron la lengua y las costumbres romanas. Los magistrados, llamados arcontes o estrategas, se elegían por una asamblea ciudadana y tenían derecho a hacerse preceder de los haces lictores.

Anphipolis se levantaba sobre una pequeña península formada por el río Strymon (hoy Struma), a su salida del lago Cercinites (Tachynos), y a una hora de distancia de su desembocadura en el mar: porque estaba medio circundada por dos brazos del río, se le llamaba así, «*Ciudad entre dos* (ríos)». Aun cuando era ciudad libre (Plinio, *Nat. Hist.*, IV, 17-10) y capital, en la división diocleciana, de *Macedonia Prima,* esto es, oriental, no tenía importancia mayor, debido al gran desarrollo de la vecina Filipos.

38. Importantísima era, en cambio, Tesalónica, la ciudad fundada en 315 a. C. por uno de los generales de Alejandro Magno, Casandro, que le había dado el nombre de su esposa, hermana de Alejandro, nombre transformado hoy en Salónica. Situada en el vértice del golfo Termaico, Tesalónica estaba muy floreciente en tiempo de Pablo; la vía Egnatia la enlazaba por oriente con los puertos de Jonia, y por occidente, con Durazzo, en el Adriático, mientras vías menores, derivadas de la vía Egnatia, la unían con el centro de Balcania; a su puerto llegaban las naves de todo el Mediterráneo. Era «ciudad libre» y residencia del gobernador de la provincia romana. A la cabeza de su «asamblea popular», o δῆμος, había, en tiempo de Pablo, cinco o seis «politarcas», según la denominación precisa de Lucas (*Act*, 17, 6), confirmada por las inscripciones. La población de Tesalónica era un mosaico de razas, en el que, sin embargo, predominaba el elemento griego. Los judíos, atraídos por el fácil comercio, eran muy numerosos; su sinagoga, probablemente, servía de centro religioso también a los judíos de Filipos, Anphipolis, Apolonia y de otros lugares de Macedonia.

Berea estaba a cierta distancia de la costa. Era una *pequeña ciudad a trasmano,* como la define Cicerón (*In Pisonem,* 36), situada sobre la orilla izquierda del Haliacmon (actual Vistritza). Un poco hacia el sur se levantaba el majestuoso Olimpo, y ante él una amplia llanura, cruzada de acueductos y acequias, le infundía plácida serenidad. Cerca de allí, tres siglos antes (289 a. C.), Demetrio I de Macedonia había sido derrotado por Pirro, el enigmático rey del Epiro (Plutarco, *Pirro,* II). Después de la batalla de Pidna, Berea fué la primera ciudad que abrió sus puertas a los romanos (Livio, XLIV, 45), los cuales la incluyeron en la *tercera región* de Macedonia (Livio, XLV, 29). Cuando Pablo entró en Tesalónica la ciudad estaba, sin duda, más próspera que la moderna



Fig. 18.—TESALONICA: VISTA DE LA CIUDAD Y EL PUERTO

Verria o Kara-Verria, que ocupa su lugar. La presencia en ella de judíos notables hace pensar en un activo comercio.

39. ACAYA. EPIRO.—Con la destrucción total de Corinto se hundió en 149 a. de C. la liga Aquea y todo su territorio pasó a los romanos, que lo unieron a la provincia de Macedonia. En la gran reforma administrativa de Augusto, el año 27 a. C., Acaya fué separada de Macedonia y hecha provincia senatorial (Dion Cassio, LIII, 12, 4). Tal organización duró hasta Diocleciano, a excepción de dos breves períodos, el primero en los años 15-44 de C., cuando Acaya aparece de nuevo unida a Macedonia, y el segundo en los años 67-74, en que gozó de la autonomía concedida por Nerón durante su histriónico viaje a aquella comarca (Suetonio, *Nero,* 24; Plino, *Nat. Hist.,* IV, 10-6).

La provincia de Acaya tuvo límites movibles: durante un tiempo incluyó también Tesalia y Epiro, pero casi siempre la jurisdicción del procónsul se limitó al Peloponeso y a la región de Balcania inmediata a Tesalia, además de a muchas islas del archipiélago circundante. Los romanos tuvieron especiales consideraciones frente a varias ciudades de esta provincia, por deferencia hacia su nobilísima historia y su tradición cultural. Atenas se declaró bien pronto ciudad *fœderata,* esto es, con su libertad garantizada por un tratado; fueron muchas las ciudades *liberæ et inmunes,* con amplios privilegios; otras se declararon colonias romanas, como Corinto y Patras (Estrabon, VIII, 7, 5; Pausanias, VII, 18, 7). En Epiro se concedió este privilegio a Actio y a Buthrotum (Brutinto) (Plinio, *Nat. Hist.,* IV, 1-2). Siguieron en pie algunas de las confederaciones locales o anfictiones; pero, en general, se convirtieron en ligas de carácter sacro, con el fin preciso de guardar el culto imperial o decretar honores a algunos magistrados de la región. Siguieron también los comités para las tradicionales fiestas nacionales, que se ocupaban de los juegos. Particular celebridad alcanzaron en tiempo de Augusto las fiestas actiacas (*Actia*), celebradas cada cuatro años. Pero, en general, la ocupación romana señaló para Acaya un período de decaden-

cia. Grecia, ahora, empobrecida en su economía y en su arte, no vivía más que del pasado glorioso. En vano se buscaría, entre aquellos *græculi* locuaces que circulaban por las ciudades decadentes, algún digno heredero de los grandes pensadores y artistas, florecientes en la edad de Platón y de Pericles. El campo tenía aún más triste aspecto, devastado por la guerra y depauperado por un constante despoblamiento.

40. Entre las ciudades, nos importan sólo Atenas, centro cultural del mundo clásico, y Corinto, capital de la provincia romana.

Comparada con la de cinco siglos antes, la Atenas del siglo I de C. parecía una sombra, si bien esta sombra lucía aún tanto, que atraía las miradas de todo el mundo intelectual romano. Sus murallas custodiaban un museo incomparable de bellezas artísticas, pero a la vez albergaban a multitud de ociosos, petulantes y altivos, que parecían como las sombras oscuras de aquellos monumentos. Las maravillas de Atenas estaban reunidas, además de en la Acrópolis, en su ágora famosa y en la espléndida vía, bordeada de pórticos, que unía el ágora con la puerta Dipylon. Examinando las listas interminables de obras de arte que filólogos y arqueólogos han intentado identificar en esta zona de Atenas, parece que se vaga por un laberinto de arquitectura y estatuaria. Los dioses más familiares a los griegos—Zeus, Atenea, Apolo, Afrodita—poseían sus templos particulares; los espacios entre templo y templo estaban ocupados por estatutas de semidioses, de epónimos, de héroes y hasta de simples mortales, hombres y mujeres, que se habían señalado por alguna razón, incluso por sus vicios: hacia el tiempo en que llegó allí Pablo se había levantado una estatua también a Berenice (1), la reina judía ante quien el apóstol pronunció un discurso en Cesárea, y que era tan famosa por su belleza como por sus divorcios y sus relaciones concubinarias e incestuosas (2).

El Pórtico Regio, el de Zeus Eleuterio o Soter y el famoso Poikilo de Zenón estaban adornados de estatuas y pinturas de los mejores artistas de la Hélade clásica. Como elemento central se levantaba el altar de los doce dioses (Herodoto, II, 7), junto al que la estatua de Demóstenes recordaba tiempos bien diferentes.

La parte más sagrada y augusta de la ciudad era la Acrópolis, que en el siglo I de C. conservaba todavía casi todos sus monumentos (a los que, sin embargo, el servilismo político había añadido un templo más en honor de Augusto y de Roma). El conjunto estaba consagrado al padre de los dioses, honrado, como protector de la ciudad, con el título de Zeus Polieus, y a Palas Atenea, la diosa del turgente olivo, riqueza del Atica. En honor suyo se había entronizado el Partenón, prodigio de belleza, dentro del cual se encerraba otro prodigio, la estatua de Palas Atenea, obra maestra de Fidias. En el Erecteión, un pabellón de marmol muy próximo, se custodiaba el olivo de la diosa: una lámpara de aceite purísimo ardía perenne en honor suyo, como símbolo de gratitud (Plutarco, *Silla,* 13); en medio del pabellón, la estatua de Palas Poliades, que se decía caída del cielo, tutelaba la ciudad; muy cerca del pabellón, todavía otra estatua, la de Atenea Promachos, recordaba las

(1) *Corpus Inscriptionum Græcorum,* vol. I, núm. 361.
(2) Cf. *Historia de Israel,* vol. II, § 402.

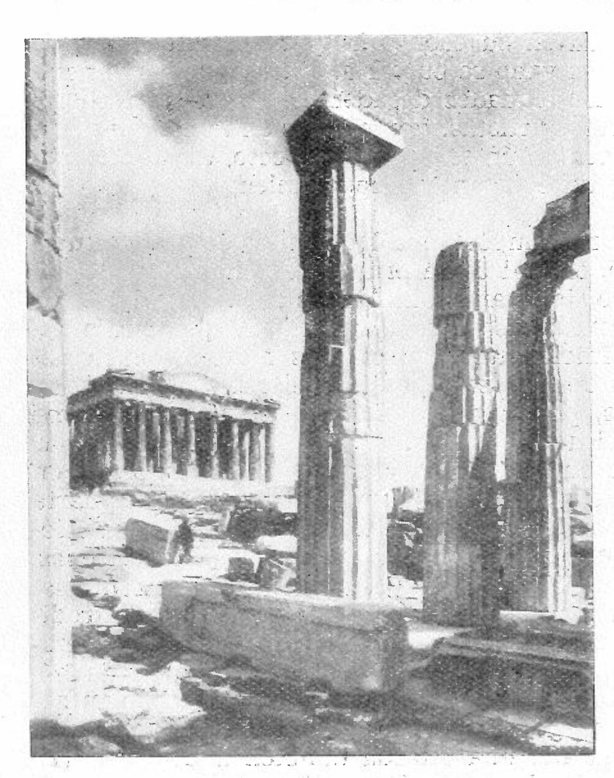


Fig. 19.—ATENAS: EL PARTENON CON LOS PROPILEOS

empresas épicas de la Hélade contra Persia. Así honraba Atenas a la más noble de las divinidades paganas, a la diosa de la sabiduría, imaginada como virgen pura (de donde el nombre de Partenón), casi en contraposición a los cultos licenciosos de Afrodita y de Dionisio; esta virgen ideal, dotada de *fuerza y de sensatez* (Hesiodo, *Teogonia*, 896), representaba la cima más sublime alcanzada por la belleza griega.

41. De Atenas, Pablo fué a Corinto. La moderna Corinto se llama justamente *Nea Korinthos* (Nueva Coto), porque, excepto el nombre, nada tiene en común ni con la ciudad griega destruída en el año 146 antes de C., ni con la romana que le sucedió. La nueva Corinto, de hecho, se fundó después del terremoto de 1858, que aniquiló cuanto quedaba de la ciudad precedente; el incremento que está tomando hoy en día muestra la importancia de su posición y explica la potencia de la antigua ciudad.

A unos 7 kilómetros de la ciudad moderna, las excavaciones arqueológicas han sacado a luz el perímetro de la antigua, la

Corinto feliz, antesala
del señor marino, del joven alegre...
(Píndaro, *Olimp.*, 13, 4-5.)

El estrato de la reconstrucción romana sigue, casi sin interrupción, al de la ciudad griega. Esta se extendía sobre dos terrazas al norte del Acrocorinto, que era la ciudadela: sobre la cima del Acrocorinto estaba el templo de Afrodita, donde más de mil cortesanas ejercían la prostitución sagrada (Estrabon, VIII, 6, 2). Los hallazgos arqueológicos en el Acrocorinto han permitido reconocer casi toda la planta de la ciudad baja. El templo de Apolo (siglo VI), de estilo dórico, ocupaba una de las dos terrazas, mientras sobre la otra, al sur y al oeste, se extendía el ágora; de este importante elemento de la urbanización griega quedan ruinas que pertenecían a la construcción romana. Otra característica de

la antigua Corinto, ya señalada por los historiadores clásicos, ha aparecido en sus excavaciones. esto es, su riqueza de agua: entre otras, se han descubierto la fuente *Glauke* y la famosa fuente *Pirene*, en Acrocorinto (Plinio: *Nat. Hist.*, IV, 5, al. 4), que Herodes Atico recubrió de mármol, añadiéndole un ninfeo. A este rico mecenazgo se debe también el Odeón, muy semejante al que hizo construir en Atenas.



Fig. 20.—CORINTO: RUINAS CONTRA EL FONDO DEL ACROCORINTO

En tiempo de Pablo no quedaba nada de la Corinto griega: monumentos, templos, fuentes, todo había sido arrasado en 146 antes de C. Así se había cerrado la historia plurisecular de Corinto, émula de Atenas, Esparta y Tebas en la hegemonía de Grecia. Pero una ciudad en aquella situación geográfica no podía permanecer derruída. Cuando Horacio recuerda las *bimaris Corinthi mœnia* (*Carmina*, I, 7, 23), da la razón de por qué revivió la ciudad: el istmo sobre que se levantaba, con el puerto de Cencrea hacia oriente y el de Lechaeum hacia occidente, era un punto tan vital para el mundo antiguo, que no toleraba en sí un campo de ruinas. De modo que la ciudad. por decreto de Julio César, fué reconstruída y se llamó *Colonia Laus Julia Corinthus*. Inmediatamente acudieron a ella colonos itálicos, en su mayoría libertos y veteranos, y de oriente, comerciantes de todas las razas, comprendidos los judíos; resultó de ello una población híbrida, en la que tal vez estaba en minoría el elemento griego (Pausanias, II, 1, 2).

42. Toda esta gente vivía en gran parte del tráfico que se establecia entre ambas partes de la ciudad: de hecho, muchas naves, para evitar el largo periplo del Peloponeso, descargaban en uno de los dos puertos mencionados, y sus mercancías se transportaban por tierra a través del istmo y se cargaban en el puerto opuesto; además, para los barcos menores, se había hecho un pasaje adecuado—el *diolco*—, por el cual la misma barca, con sus mercaderías dentro, alcanzaba el puerto contrario (Estrabon, VIII, 2, 1). El corte del istmo, comenzado teatralmente por

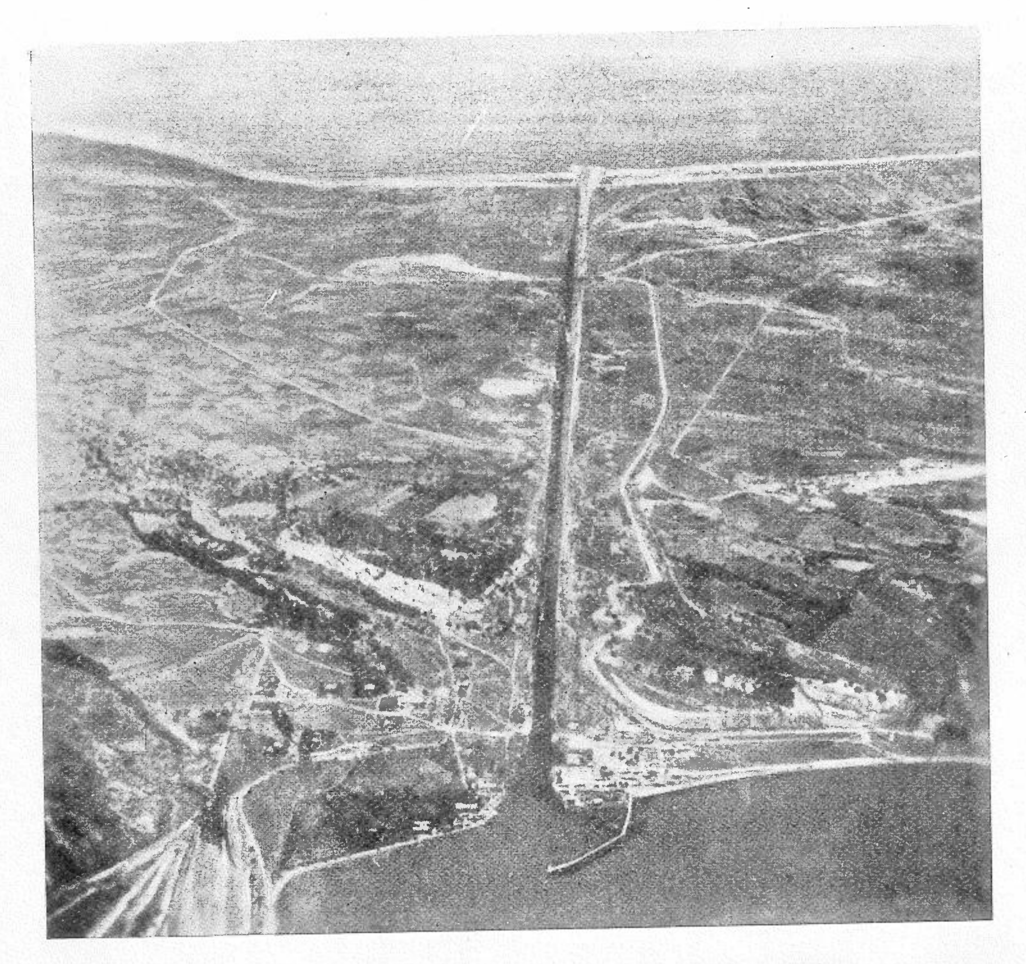


Fig. 21.—CORINTO: TODO EL CANAL VISTO DESDE AVION
(de MONMARCHÉ: *Les pays d'Europe*)

Nerón (Flavio Josefo, *Guerra de Judea,* III, 540; Suetonio, *Nero,* 19; Dion Casio, LXIII, 16), se detuvo, más o menos, a los dos kilómetros. (El canal actual, realizado en 1893, mide 6,300 kilómetros.)

Desde los dos puertos, Pablo estuvo en relación con Cencrea (hoy Kenkri), el puerto del Egeo, hacia oriente. En su tiempo tenía mucha más importancia que hoy, que casi está desierto. Junto al puerto se alzaba el templo de Afrodita y uno de Asclepios y de Isis. Fué la cuna de una pequeña comunidad cristiana (*Romanos,* 16, 1), fundada seguramente por Pablo.

43. El Epiro, situado entre el mar Jonio y Tesalia, se unió en tiempo de los romanos, sucesivamente, a Macedonia y a Acaya, y por fin, bajo Trajano, se convirtió en provincia romana; en él adquirió gran importancia la ciudad de Nicopolis, levantada por voluntad de Augusto,



Fig. 22.—CORINTO: EL GOLFO, CON EL PARNASO NEVADO

que quería perpetuar allí el recuerdo de su victoria sobre Antonio. Acogió populaciones de Etolia y de Acarnania, además de a muchos veteranos romanos. Augusto la constituyó colonia romana y concedió más favores y privilegios a esta ciudad, situada precisamente en el lugar donde había sido ordenado su ejército antes de la batalla del año 31 a. de C. Plinio la llama ciudad libre (*Nat. Hist.*, IV, 2). En la parte opuesta del golfo Ambracico, o sea al sudeste, se eleva el promontario de Accio, que dió el nombre a la histórica batalla.



II. EL MUNDO MORAL

44. Tan vasto y vario es el mundo que Pablo recorre en su incansable esfuerzo, que prácticamente resulta imposible presentarlo adecuadamente desde un punto de vista social y cultural. Bajo una aparente uniformidad, fruto de la helenización, persistían muchos elementos de las culturas propias a cada grupo étnico. Documentos recientemente hallados, como papiros y escrituras privadas, han puesto de manifiesto qué incompletos y unilaterales son los juicios acerca de las condiciones morales del Imperio Romano, basados tan sólo sobre las afirmaciones de los escritores antiguos célebres, que, en general, tan sólo reflejan en ellas ciertas clases sociales. Mucho menos podría probarse la homogeneidad moral por el hecho de que todas las regiones recorridas por Pablo formaban parte de un único Imperio, desde la salvaje Licaonia hasta España, de Palestina a Iliria. Porque Roma. con gran prudencia, se contentaba con que se reconociese su soberanía, dejando cierta autonomía a los reinos sometidos y respetando las tradiciones locales, tanto sociales como religiosas.

La gran asimilación realizada por el helenismo es un hecho innegable; sin embargo, le daría demasiada importancia quien se basase tan sólo en el documento de la gran literatura para juzgar la sociedad de aquel tiempo. Aquella sociedad no se componía únicamente de hombres acaudalados, *honestiores,* que podían alcanzar un evidente nivel de cultura, sino que junto a ellos, y mucho más numerosos que ellos, vivían los rústicos, la masa de *humiliores,* que habían permanecido unidos a las propias tradiciones atávicas, alejados de los grandes centros y poco afectados por la cultura internacional helénica. Ahora bien; la obra misional de Pablo se desarrolló, naturalmente, en las grandes ciudades; pero no descuidó a estas gentes más simples y más duras, menos cultas y menos corrompidas. Sin olvidar el peligro en que se incurre si se generaliza con demasiada facilidad, recogeremos, no obstante, algunos elementos que aclaran las condiciones sociales y culturales de las diversas partes del Imperio Romano.

45. La vida familiar, basada en el matrimonio monógamo, se caracterizaba en la sociedad romana por una absoluta potestad del *pater familias.* Era considerado como el único propietario de todas las personas que componían la *familia,* sobre las que ejercía una potestad amplísima; podía exponer a sus propios hijos, venderlos y hasta hacerles morir a vergajazos. El hijo, mientras estaba en casa del padre, no podía

tener bienes propios, y todo cuanto adquiría venía a manos del padre. La sujeción de la mujer respecto al marido era menos dura, porque ésta, en general, no podía ser vendida, ni tampoco podía matarla. Sobre todo en Roma, la madre de familia ocupaba una posición dignísima: compartía con el marido la *divini et humani juris communicatio* (*Digest.*, XXIII, 2, 1); estaba encargada de modo particular de la educación de los hijos; ejercía el oficio de *domina* sobre toda la casa, aun cuando participaba con sus esclavas en las labores domésticas, puesto que—según atestiguaba Suetonio (*Divus Augustus,* 64, 2)—también hilaban y tejían las mujeres de la familia de Augusto. La matrona romana comía con su marido, frecuentaba lugares públicos, como el teatro (Suetonio, ibíd., 44, 2-3), y todo el mundo mostraba deferencia hacia una matrona digna (Valerio Máximo, V, 2, 1). Bajo el Imperio, la libertad de la mujer había crecido grandemente, y se mostraba incluso en la nueva forma de contraer matrimonio: había caído en desuso la antigua forma de jurarse fidelidad ante el *Pontifex Maximus* con ritos religiosos; tampoco se practicaba mucho la llamada *coëmptio,* por la que se establecía un simulacro de venta entre el padre de la esposa y el esposo, en el que éste recibía a la esposa, teniendo sobre ella casi los mismos derechos que sobre una hija, y así había verdadera sumisión de la mujer a la *patria potestas* del marido. En el siglo I de C., por el contrario, se difundió cada vez más la forma del matrimonio libre, *sine in manu conventione*, mediante la cual, la mujer, aun cuando permaneciendo bajo la autoridad de su padre, y dueña de sus haberes, se unía a un hombre, del que fácilmente podía separarse, conservando siempre el derecho sobre su dote la cual administraba a su arbitrio. Una mujer casada en estas condiciones podía ejercer también cierto derecho sobre su marido, como señala agudamente Horacio: *Dotata regit virum... coniux* (*Carmina,* III, 24, 19-20).

La mujer griega se hallaba en condiciones muy inferiores a la mujer romana, y aun en peores las de otras regiones orientales, estando totalmente sometida al marido y dedicada casi exclusivamente a los quehaceres domésticos. La diferencia entre ellas, ya señalada por los antiguos, la expresa Cornelio Nepote (*Præfatio,* 6-7) en estos términos: *¿Qué romano se avergüenza de llevar a un banquete a su mujer? ¿Qué madre de familia no ocupa el primer puesto en casa y no está rodeada de respeto? Estas cosas suceden muy diversamente en Grecia; de hecho, allí (la mujer) no es admitida sino en un convite entre parientes, y no vive sino en la parte interior de la casa, llamada gynæconitis, donde no penetra nadie que no sea pariente cercano.*

46. En cuanto a la moralidad sexual en tiempo del Imperio, sería fácil compilar una abundante antología obscena con trozos de varios autores que con increíble serenidad narran repugnantes lascivias, lo cual es hoy sorprendente y era entonces absolutamente natural. La razón se encuentra en el ambiente en que escribían, el ambiente que precisamente Pablo describe con cruda objetividad. Según él, los paganos que no sometieron su conducta moral al conocimiento natural de Dios que poseían, *y alardeaban de sabios se hicieron necios, y trocando la gloria del Dios incorruptible por la semejanza de la imagen del hombre*

corruptible y de aves, cuadrúpedos y reptiles. Por esto los entregó Dios a los deseos de su corazón, a la impureza con que deshonran sus propios cuerpos, pues trocaron la verdad de Dios por la mentira, y adoraron y sirvieron a la criatura en lugar del Creador, que es bendito por los siglos, amén. Por lo cual los entregó Dios a las pasiones vergonzosas, pues las mujeres mudaron el uso natural en uso contra naturaleza; e igualmente los varones, dejando el uso natural de la mujer, se abrasaron en la concupiscencia de unos por otros, los varones de los varones, cometiendo torpezas y recibiendo en sí mismos el pago debido a su extravío Y como no procuraron conocer a Dios, Dios los entregó a su réprobo sentir (1) *que les lleva a cometer torpezas y a llenarse de toda injusticia, malicia, avaricia, maldad; llenos de envidia, dados al homicidio, a contiendas, a engaños, a malignidad; chismosos, calumniadores, aborrecidos de Dios, ultrajadores, orgullosos, fanfarrones, inventores de maldades, rebeldes a los padres, insensatos, desleales, desamorados, despiadados.* (*Romanos*, I, 22-31). Todo lo sombrío que se quiera, el cuadro es auténtico, como puede percibir quien tenga cierta familiaridad con los clásicos griegos y romanos.

Hoy día se evita incluso hablar de las relaciones homosexuales denunciadas por Pablo, mientras en los tiempos antiguos se hacía la apología abierta de ellas: el nombre de la isla de Lesbos designaba a aquellas mujeres (λεσβιάζω), y aquellos hombres hallaron defensores suyos en Sócrates y en Plutarco, considerándose comúnmente que esto era una prerrogativa de guerreros, políticos y escritores, y que, a diferencia del humilde matrimonio, favorecía los sentimientos heroicos.

47. El matrimonio era monógamo sólo en teoría. En Grecia, las hetairas eran casi una institución; en Roma, al menos en tiempo de Séneca (*De benficiis*, III, 16, 2), contemporáneo de Pablo, entre las matronas de la alta sociedad era un rasgo de ingenio contar los años, no por el nombre de los cónsules, sino por el de sus maridos. En la misma familia de Augusto, el reformador de las costumbres públicas, hubo escándalos célebres, y el emperador no tuvo más remedio que desterrar a su hija Julia a la isla Pandataria; tan grande era su desvergüenza, a pesar de haber tenido tres maridos y ser madre de cinco hijos. Durante el intento de reforma hecho por Augusto, Horacio señalaba el origen de la decadencia del pueblo romano en el estado lamentable de la moral familiar:

Facunda culpæ sæcula nuptias
primum inquinavere et genus et domos:
hac fonte derivata clades
in patriam populumque fluxit.

(*Carmina*, III, 6, 17-20.)

En la comparación que hace Tácito entre las costumbres viciosas de los romanos y las sencillas de los germanos, alude a la causa principal de tanta corrupción, esto es, a los espectáculos obscenos: el elogio de las costumbres de los bárbaros hecho por este historiador sirve como testimonio contra el mundo romano de aquel tiempo: *Nadie allí se ríe*

(1) Nótese el juego de palabras que existe en griego: no aprobaron..., reprobaron (οὐκ ἐδοκίμασαν... ἀδόκιμον).

del vicio; ni el corromper ni el estar corrompido se llama moda (*sæculum*) (*Germania,* 19). Tan explícito como él es Séneca al denunciar la corrupción femenina, el cual alaba a su madre porque no había cedido a la práctica habitual del aborto (*Ad Helviam matres, de consolatione,* 16, 3); también él ve un incentivo para el vicio en los espectáculos y en las termas, donde *muchas veces (se halla) la voluptuosidad, que se esconde y busca las tinieblas..., muelle, enervada. llena de vino y de ungüentos, pálida o pintada, está ya cerca de la tumba* (*De vita beata,* 7, 3-4).

Para remediar esto, Augusto, decíamos, había dado ciertas disposiciones, como, por ejemplo, las leyes *de adulteriis coërcendis* y *de maritandis ordinibus,* completadas por la medida radical de la ley Papia Poppea, relativa al famoso «derecho de los tres hijos» (*jus trium liberorum*), que concedía privilegios a las familias numerosas. Sin embargo, estas disposiciones, a pesar de sus buenos propósitos, tuvieron escasa eficacia, tanto más cuanto que el mal ejemplo venía de arriba, y como en las familias de los Césares continuaron las Mesalinas, así, en la clase poderosa, continuaron los Trimalciones.

48. No todo, sin embargo, fueron Mesalinas o Trimalciones, y un historiador ecuánime, así como no disimula las sombras, debe recordar las luces, pocas o muchas, que hayan existido. Incluso Tácito, que pinta con oscuras tintas a tantas matronas romanas, se conmueve ante la fidelidad y el heroísmo de las mujeres que siguieron voluntariamente a sus hijos y a sus maridos al destierro, compartiendo sus sufrimientos (*Hist.,* I, 3), y describe con gusto el valor de la mujer de Séneca (*Annal.,* XV, 63 sig.) y de otras mujeres (Ibíd., XV, 10 sigs.; XVI, 30 sigs.), dignas de la mejor tradición romana. De estoicismo casi tétrico, pero a la vez de profundo afecto humano, son los dos hechos, recordados por Plinio el Joven, de dos matronas romanas que se mataron con sus maridos respectivos para no separarse de ellos en trance de muerte (*Epist.,* III, 16; VI, 24).

Pero, además de estos hechos tan salientes, sin duda hubo muchísimas familias que vivieron su vida cotidiana con paciente firmeza y pasaron inadvertidas, porque no ofrecían materia a la crónica o a la sátira. Si el Imperio Romano siguió victorioso durante algunos siglos, superando todavía pruebas difíciles, no lo hizo ciertamente en virtud de las Mesalinas o de los Trimalciones, que se holgaban en las orgías de la capital, sino en virtud de los muchos *cives,* que en la milicia o en los cargos civiles, en la patria o en las *colonias,* conservaban aún, más o menos hondo, un sentido moral y familiar Esto atestiguan las numerosas inscripciones sepulcrales—cuya sinceridad no puede negarse sistemáticamente—y los toscos grafitos de los templos, con los que los peregrinos se lamentaban de la lejanía de sus familiares queridos (1).

49. Otra vieja plaga del mundo antiguo fué la esclavitud. Tampoco aquí puede juzgarse con arreglo a la moderna mentalidad cristiana una institución social que sólo se ha condenado hace pocos años. La sociedad antigua estaba montada de tal forma, que ni en la vida pública ni

(1) Cf. A. J. Festugière: *Le monde greco-romain au temps de Nôtre-Seigneur.* París, 1935, vol. II, p. 192.

en la privada podía prescindirse de los esclavos, el número de los cuales era fabuloso. Tácito afirma que los mejores entre los cristianos veían con preocupación el aumento de este tropel de infelices, procedentes de todas las regiones (*Annal.*, IV, 27; XIV, 44), que con mucha frecuencia ni siquiera conocían a su propio amo. Los esclavos debían ejecutar entonces casi todos los trabajos del campo, desertado por los libres; además, muchos de ellos desempeñaban delicados oficios en las grandes casas patricias de la ciudad, encargados con frecuencia del cuidado de los niños y de su instrucción.

La situación jurídica de los esclavos era muy desgraciada, pues ninguna ley les protegía contra el arbitrio del amo; es cierto que al comienzo del Imperio se empezaron a dar algunas disposiciones en favor suyo, pero tuvieron muy escasa eficacia. Los escritores más antiguos hablan de los esclavos como de «objetos», que frente a su dueño no gozaban de mayores derechos que los demás objetos reseñados en el inventario de una propiedad (Varrón, *De re rustica*, I, 17, 1). Es famoso el episodio descrito por Juvenal, en el cual se decreta el castigo del esclavo con palabras bufas: *No ha hecho nada, está bien. Pero yo lo quiero, así lo mando; sirva la voluntad de razón* (1).

50. Tampoco aquí faltan casos contrarios, felices, que demuestran relaciones afectuosas entre esclavos y amos: conocidísima es aquélla entre Cicerón y Tirón, su esclavo, después liberto, muy alabado en los escritos de su amo y amigo, y muy querido por él (Cicerón, *Ad familiares*, XVI, 4, 3; cf. XVI, 17, 1). Especialmente el estoicismo intentó introducir la idea de una cierta igualdad entre los hombres, en cuanto todos formaban parte de un universo identificado con la divinidad. Son célebres las palabras de Séneca: *¡Siervos! Sí, pero hombres. ¡Siervos! Sí, pero coinquilinos. ¡Siervos! Sí, pero amigos humildes... Recuerda que aquél a quien tú llamas siervo ha nacido de la misma raza humana, ha sonreído bajo el mismo cielo, respira, vive y muere como tú. Podrías verle libre, como él podría verte esclavo* (*Ad Lucilum*, V, 6, 1-10). Pero éstas eran ideas particulares de unos pocos espíritus nobles, mientras no faltaron filósofos que se plantearon la cuestión de si los esclavos tenían alma racional; de todos modos, eran ideas abstractas que casi nunca se hacían concretas; tanto, que el mismo Séneca—que acaba de hablar tan prudentemente—se guardó muy bien de emancipar a sus múltiples esclavos.

En Grecia y en Asia Menor hay pruebas de mayor benignidad frente a los esclavos. Incluso podían participar en los misterios de Eleusis, y con ello se les concedía una prueba considerable de igualdad humana (2).

También en el mundo oficial romano, lentamente (cf. Suetonio, *Di-*

---

(1) *O demens, ita servus homo? nil fecerit, esto;*
Hoc volo, sic iubeo, sit pro ratione voluntas.
(*Satiras*. VI, 222-223.)

(2) Cf. V. Magnien: *Les mystères d'Eleusis*. París, 1938, p. 150-151.—Resulta de un fragmento del poeta cómico Teófilo (*Fragmenta comicorum græcorum*, ed. Meineke, vol. III, p. 724). que una vez iniciado en los misterios, el esclavo no era considerado como tal, sino como un hombre libre que permanecía junto a su antiguo amo.

Incidentalmente, es oportuno recordar que entre los antiguos judíos la esclavitud era mucho más humana, sobre todo con respecto a los esclavos connacionales, los

vus Claudius, 25, 2), se formularon leyes dirigidas a aliviar la suerte de los esclavos, como hizo, por ejemplo, Adriano aboliendo las terribles *ergástulas* y coartando el arbitrio de los amos en el castigo (Elio Espartiano. *Hadrianus,* 18).

Es superfluo recordar la degradación en que acababa la masa de estos humanos separados de la sociedad, degradación que muchas veces se reflejaba sobre los patricios jóvenes confiados a su custodia. Y aun cuando un esclavo se emancipase y se hiciera libre, sus costumbres, por principio, se juzgaban siempre reprobables: de donde ha venido el uso de dar a la palabra *libertino, libertinaje,* el sentido que todos conocemos.

Costumbre inhumana, pues, pero tan inveterada y compenetrada con la sociedad de entonces, que halla muchas razones para su propia persistencia, y hubieron de transcurrir varios siglos de cristianismo hasta que fué efectivamente abolida.

51. La cultura del mundo antiguo variaba según las clases sociales. A los esclavos, generalmente, les estaban cerradas todas las vías para instruirse; hombres cultos, caídos en esclavitud, solían servir en casa del amo como *gramáticos* o *escritores,* según ya dijimos. Incluso para la mayor parte de los hombres libres, pero *humiliores,* era muy limitada la posibilidad de instruirse. Carentes de patrimonio, les faltaban medios económicos y comodidad práctica. Los hijos de las familias ricas, por el contrario, cuidaban mucho su educación, que generalmente iban a perfeccionar en alguna gran ciudad, las más veces a Atenas, considerada siempre como la más adecuada, debido a sus recuerdos incomparables. En sus vías y plazas, donde un día resonaron las enseñanzas de Sócrates, se reunían en tiempo de Pablo turbas de profesionales de la palabra y del sofisma; sin embargo, entre ellos tampoco faltaban personas que tuvieran serios conocimientos morales, como se desprende de varios testimonios que se remontan al siglo I de C. (1).

El ideal de un griego bien educado consistía en adquirir aquellas virtudes que se incluían en el concepto de la σωφροσύνη, noble fusión de la «virtud», la «justicia» y la «probidad» El hombre probo dominaba sus instintos más bajos con gran justicia y prudente fuerza; en las relaciones con el prójimo quería observar las prescripciones dimanadas de los espíritus más nobles, los cuales respondían exactamente a los dictados

---

cuales tenían derecho a ser puestos en libertad cada siete años (sabático). (*Exodo,* 21; 1. sigs.). Véase el precioso consejo del Siracida:

> *Si tienes un siervo, trátale como a ti mismo...*
> *es para ti tan necesario como tú mismo.*
> *No te enfurezcas contra tu propia sangre.*
> *Si tienes un siervo, trátale como a ti mismo.*
>
> (*Eclesiástico,* 33, 31-32.)

Sin embargo, el consejo viene precedido de esta dura recomendación:

> *El forraje, el palo y la carga para el asno;*
> *El pan, la corrección y el trabajo para el siervo.* (*Ibid.,* 25.)

Y seguido de la interesante consideración:

> *Si le maltratas y maldiciéndote huye,*
> *¿Por qué caminos le buscarás?*
>
> (*Ibid.,* 33.)

(1) Cf. A. Festugière: *L'idéal religieux des Grecs et l'Evangile.* París, 1932.

de la propia naturaleza que resuenan en el corazón de todos los hombres. En cuanto a la divinidad, se consideraba prudente una actitud de respeto reverencial hacia sus misteriosos decretos, puesto que:

Por mucho que afines la mirada,
mortal no verás
que pueda escapar al destino,
si un Numen le impele.

(Sófocles, *Edipo en Colonna,* 274-277.)

Las vicisitudes de la vida, alegrías y dolores, alternados, constituían una férrea ley del inexorable Fatum, y de una divinidad inescrutable. Tender hacia este ser, tratar de asimilarse a él por medio de la especulación filosófica había sido el sueño máximo de la Hélade, comenzado por Platón; en la contemplación de la Idea, el hombre se perfeccionaba intelectual y moralmente y se hacía partícipe de ella: su meta última. Todo lo hacía el hombre, que se redime por sí mismo mediante su actividad espiritual: y en este proceso de autoapoteosis venía alguna ayuda del Olimpo a reforzar el propósito del hombre. Por el contrario, a semejante concepción filosófico-religiosa se oponían las liturgias de los «misterios», que, reiterando en el «mysto» las vicisitudes del dios preelegido, prometían la participación en la felicidad de este dios: en tales liturgias la aportación humana quedaba reducida al mínimo, porque todo dependía del dios, que graciosamente concedía sus dones al iniciado (§ 67 y siguientes).

52. Los filósofos más en boga en tiempo de Pablo eran los epígonos de Zenón de Cittium y los de Epicuro, si bien ambos grupos se habían alejado mucho de los principios de sus respectivos maestros. Tanto los primeros, esto es, los estoicos, como los segundos, eran perfectos materialistas: en el campo moral, todos se proponían igualmente alcanzar la perfecta impasividad (ἀταραξία), que, sin embargo, se concebía diversamente: ambas escuelas admitían también un principio divino, pero bajo diverso aspecto.

El dios de los estoicos, naturalmente material. era una especie de alma del mundo; pero un alma helada, que ni amaba ni era amada. Así podían afirmar: *Si tenemos razón, ¿acaso nosotros tenemos que hacer, en público o en privado, algo más que cantar himnos a la divinidad, alabarla y admirar sus dones?* (Epicteto, *Disertaciones,* I, 16, 15 sigs.); pero semejantes acentos—además de ser excepcionales—tenían un sentido muy diferente del que pueden darle hoy mentes cristianas. Encerrado en la materia, el estoico es pesimista por principio. Con la muerte, los elementos del hombre se disuelven, retornando al gran todo; el estoico, ignorante de lo que le espera en el más allá, acelera con el suicidio la propia disolución.

Los discípulos de Zenón tuvieron bastante fama, sobre todo entre los romanos, por su lado práctico. Los romanos, poco conmovidos por las especulaciones de Platón sobre las ideas eternas, demasiado vagas para ellos, y poco satisfechos con las consideraciones abstractas de Aristóteles sobre el acto puro, se sentían más bien dispuestos a resolver prácticamente el enigma de la vida. La filosofía estoica se presentaba como

medicina saludable para el alma, que debía ser liberada de todos los males que le torturaban: de aquí el esfuerzo constante para alcanzar la impasividad, que eleva al sabio verdadero sobre los turbios azares de la vida, pero que es fruto de reiteradas victorias sobre las pasiones. Moral ésta que, en teoría, parecía casi sublime, como las ideas eternas de Platón; pero que, llevada a la práctica, corría el riesgo de dejar tan insatisfecho como aquellas ideas: por esto, a fines del siglo *II* de C., Sexto Empírico, un escéptico, sostendrá que el verdadero sabio es un ser inencontrable, que jamás ha existido (J. Armin, *Stoicorum veterum fragmenta,* vol. II, Lipsia, 1923, p. 216, 39), mientras, hacia el mismo tiempo, Diogeniano, epicúreo, admitía que ha habido uno o, a lo más, dos (Ibíd., p. 167, 34). A pesar de lo arduo de esta meta, los estoicos multiplicaban las listas de los males varios que había que eliminar, y al mismo tiempo formulaban preceptos de una moral bastante austera y por completo autónoma: casi se llega al *imperativo categórico* de Kant, por el que las leyes se imponen en virtud de sí mismas, y no de un legislador superior.

53. El dios material de los estoicos lleva al concepto panteísta del mundo, cuya bondad y perfección son reconocidas como consecuencia de un fatalismo que todo lo decreta y sanciona. Reconocer y reverenciar este orden fijo, inamovible, es el deber del verdadero sabio: suceda lo que suceda, no debe descomponerse, porque todo ha sido preestablecido; en todo caso, como las cosas tienen un valor intrínseco, del que depende una gradación en su preferibilidad, el sabio, guiado por su virtud, sabrá escoger lo mejor de las cosas, pero guardando siempre una indiferencia superior. De aquí deriva la ética que guía al sabio en su discernimiento.

Refiriendo todo al concepto panteísta, el estoicismo afirmaba también la igualdad humana; pero no por un principio filantrópico, sino en cuanto consideraba a todos los hombres como componentes de una ideal «ciudad del mundo», *civitas mundi,* muy por encima de las diferencias sociales y nacionales. Especialmente en el siglo I a. de C., después de la tendencia ecléctica de Panecio de Rodas y de la del enciclopédico Posidonio de Apamea, el estoicismo parece retornar a su postura originaria, acercándose al concepto cínico de que derivaba, y con el que tenía de común la negación del deseo y la exaltación de una libertad apática y autárquica. Los mejores exponentes de esta nueva corriente son Atenodoro de Tarso y Séneca, a quienes siguieron Epicteto, Marco Aurelio y otros.

Aun hoy, después de tanto pensamiento cristiano, no se leen sin sentir profunda impresión las sentencias de «Séneca moral» (Infierno, IV, 141), las *Disertaciones* y el *Manual* de Epicteto, y las meditaciones del emperador filósofo. Sus sentimientos humanitarios contribuyeron ciertamente a mejorar un tanto la sociedad antigua, sobre todo mitigando las leyes sobre la esclavitud; pero, examinada de cerca, toda la construcción estoica parece hoy un castillo levantado en el aire, o un códice de leyes que jamás ha sido promulgado. Al castillo le faltan los cimientos de Dios; al códice, la promulgación divina.

Muchas veces se ha acercado el estoicismo al cristianismo, sobre todo

por el carácter cristiano que aparece en algunas páginas de Epicteto y de Séneca; se sospechó incluso una influencia directa, ejercida por Pablo sobre su contemporáneo Séneca, así como ya en la segunda mitad del siglo IV se fabricó toda una correspondencia epistolar entre ambos (1). Pero quien no se detenga en las apariencias y busque el alma de las cosas hallará, bajo la semejanza exterior, una divergencia espiritual profundísima: en resumen, más o menos, la semejanza que existe entre el chimpancé y el *homo sapiens*.

54. Los estoicos usaban mucho, en escritos y en discursos, la διατριβή, y porque se ha creído encontrar su huella también en los escritos de Pablo (2), es preciso examinarla brevemente.

La διατριβή no era la «diatriba»; consistía en un especial tipo de discusión filosófica que reunía en sí elementos del método expositivo y del método dialogado: algo, pues, entre el diálogo y el debate. Los primeros orígenes de esta forma hay que buscarlos en el diálogo inquisitivo de Sócrates; muy empleado por los estoicos y por los cínicos, este modo llegó a ser forma literaria por obra de Bion de Boristenes a principio del siglo III a. de C. Mientras la simple exposición de conceptos tenía poco éxito entre los oyentes de las calles y de las plazas, a los que se dirigían los filósofos, se comprobó, en cambio, que la diatriba mantenía su atención; los pasajes dialogados, posibles gracias a la introducción de personajes ficticios que interrogan, daban a la exposición una nitidez grata para los oyentes de aquel género, que además adquiría especial viveza cuando en la discusión se intercalaban duras invectivas y ocurrencias salaces: a ellas alude Horacio cuando dice: *Bioneis sermonibus et sale nigro* (*Epist.*, II, 2, 60).

La «diatriba», por su diálogo, era apta para las gentes griegas, siempre agudas y prontas a discutir; en su parte expositiva se adaptaba a las miras de los filósofos que la empleaban, y en virtud de este compromiso afincó la nueva forma literaria, que es en sí misma un compromiso entre las dos formas mencionadas.

Pero este compromiso es espontáneo, porque halla su correspondencia natural en dos momentos diversos del espíritu, la búsqueda y la afirmación, representados, respectivamente, por el diálogo y la exposición. Por esto, nada tiene de particular que más tarde después de la creación y difusión de la nueva forma literaria, otros escritores emplearan algunos aspectos de la «diatriba», aun sin conocer su verdadera forma literaria y sin amoldarse a ella. Emplearon esta estructura porque procedía no de ejemplos literarios anteriores, sino del propio espíritu que llevaba en sí los gérmenes. Pablo puede contarse entre el número de éstos; es difícil que leyera «diatribas» escritas por filósofos estoicos o cínicos; más fácilmente pudo oírles discutir en público, empleando la «diatriba» oral; pero, en todo caso, pudo emplear aspectos de la «diatriba», sólo por el hecho de que con su propia mente hacía raciocinios.

---

(1) Cf. W. Barlow: *Epistolæ Senecæ ad Paulum et Pauli ad Senecam (quæ vocantur)*, en *Papers and Monographs of the American Academy in Rom*, X, 1938.

(2) Cf. R. Bultmann: *Der Stil der Paulinischen Predigt und die kynisch-stoische Diatribe*, Göttingen, 1910.

55. La corriente filosófica mejor representada en tiempo de Pablo, después de la de los estoicos, era el epicureísmo, difundido en el mundo romano, especialmente por la poesía filosófica de Lucrecio (muerto tal vez en 51 a. de C.). En la concepción epicúrea, suprimida del mundo toda causalidad trascendente, se reducía todo a la pura eventualidad; en moral se pedía una prudente moderación de las necesidades y una sana búsqueda de los placeres con el fin de lograr evadirse del mal; esta era la meta suprema del hombre. Siendo materia todo cuanto existe, también los dioses—que sin duda existen—son materiales, si bien etéreos y formados por átomos más sutiles que los que componen al hombre. En el mismo hombre hay átomos más pesados y crasos, los del cuerpo, y átomos más ligeros que forman el alma, también corpórea. Con la muerte, los átomos del alma se desperdigan por el espacio. No hay ninguna interferencia de los dioses con las cosas humanas, de las cuales, en efecto, no se preocupan; y el «miedo a los dioses» es origen de males sumos y prueba de suma ignorancia:

O genus infelix humanum, talis divis
cum tribuit facta atque iras adiunxit acerbas!
Quantos tum gemitus ipsi sibi, quantaque nobis
volnera, quas lacrimas peperere minoribus nostris!

(LUCRECIO. *De rerum natura,* V, 1.194-7.)

56. Las doctrinas profesadas por el orfismo y el neopitagorismo tenían carácter más religioso que filosófico. El primero se presentaba como una doctrina de salvación, una ascesis de inspiración dualista: prometía a sus adeptos una purificación progresiva, hasta liberar la partícula divina encerrada en el hombre. El mito órfico se concentraba en torno o Dionisio, identificado con Zagreo (§ 71). Del concepto de que en el hombre existen unidos los elementos dionisíaco y titánico, esto es, el bien y el mal, nace la moral órfica que tiende a liberar el elemento luminoso, divino, que constituye el alma del tenebroso, titánico, que es el cuerpo, concebido como cárcel del alma. La liberación se consigue con una larga serie de transmigraciones o metempsicosis.

Superada la primera desconfianza que suscita su doctrina esotérica, el orfismo se difundió ampliamente en el mundo romano, y en los primeros siglos del cristianismo, especialmente en el IV, hubo una amplia producción literaria que rivalizaba con la hermética.

También el neopitagorismo era una corriente filosóficomística, que aspiraba a la unión con la divinidad. El héroe que mejor realizó esta unión fué en el siglo I de C., Apolonio de Tiana, cuya biografía novelesca escribió el rector Filostrato en el siglo III. Parece que Apolonio vagó por casi todo el mundo predicando una moral austera, y—según Filostrato—realizando no pocos prodigios, de donde su apelativo de taumaturgo. Sin embargo, ni el estoicismo, ni tampoco el neopitagorismo, supieron llegar al concepto de un dios personal; su «mónada» se identifica a veces con la parte más alta del universo, a veces con el éter, a veces con el aire sutil; el parentesco (συγγένεια) afirmado entre la «mónada» y el alma humana consiste únicamente en la capacidad de ésta para unirse con la «mónada», cuando se libere del cuerpo.

III. EL MUNDO RELIGIOSO

57. El Imperio romano había alcanzado en el siglo I de C. una gran cohesión política, pero no la había logrado en el campo religioso; por lo demás, tampoco se había propuesto lograrla. Las religiones particulares de los varios pueblos agregados poco a poco al Imperio, en general permanecieron incólumes, y continuaron viviendo su vida, de manera que el territorio de Roma acabó por albergar un panteón desmesurado, venerado con ritos variadísimos y rodeado de innumerables tradiciones y creencias. Sin embargo, los nuevos lazos políticos ocasionaron contactos religiosos, que a su vez provocaron «contaminaciones» y fusiones. Ya el primitivo helenismo había iniciado una aproximación entre el panteón de la antigua Grecia y las divinidades halladas en su vasta difusión; pero el proceso continuó acrecentándose bajo el Imperio, y el panteón grecorromano, fundido con otras divinidades locales, dió origen a muchas religiones sincretistas, que reunieron en sí cultos y creencias de los más dispares orígenes.

A este proceso interno se añadieron externamente las influencias del pensamiento filosófico. Todos los filósofos antiguos se han ocupado inevitablemente del concepto de la divinidad, y vimos ya a este propósito las opiniones de los estoicos y de los epicúreos (§ 52, sigs.); las conclusiones de los filósofos no fueron letra muerta e influyeron profundamente en la religiosidad efectiva de los pueblos entre los que se difundían sus doctrinas. Quien seguía a los estoicos aceptaba con convicción la doctrina de su inmutable Fatum (Εἱμαρμένη), no podía, seriamente, pedir a Esculapio su propia curación, ni a Mercurio el éxito de un asunto comercial; como por su parte un epicúreo, al oír hablar del Hades o de los Campos Elíseos, se sonreiría como ante una bella fábula. Y, en general, el pensamiento filosófico fué hostil a las antiguas religiones, sea negándolas, sea interpretándolas de un modo racional, sea minándolas de otra manera.

58. Pero también llegó la reacción, que fué de carácter místico. Si filosóficamente había que rechazar ésta y aquella religión, y si, por su parte, el pensamiento filosófico no ofrecía nada que las sustituyese adecuadamente en el ánimo del hombre, no quedaba sino abandonar a los viejos dioses y los antiguos ritos y volverse hacia cualquier divinidad

que ofreciera realmente «salvación». Esta divinidad, aun cuando se había conocido recientemente, debía representar lo perenne, lo eterno, esto es, aquel ansia de vida que se percibe incluso en la naturaleza física. De semejantes divinidades debía esperarse la «salvación», casi la infusión de su anhelo perenne: ella misma lo extendía cuando el implorante hubiera realizado algunas acciones que simbolizaban a un tiempo su implantación en la divinidad y la aceptación por parte de ésta de tal implantación. De este modo se formaron las religiones de «misterios», algunos de cuyos elementos procedían de antiguos mitos, pero adaptados a la psique humana e imbuídos de un nuevo espíritu místico.

Esta persistencia del sentimiento religioso, para vergüenza del veredicto negativo de la filosofía, era en sí mismo un hecho de gran importancia y que parecía la respuesta clara a aquel veredicto. Los filósofos replicaron recurriendo al expediente (usado otras muchas veces por ellos mismos en todos los tiempos) de abandonar el terreno doctrinal por el pragmático, y admitieron que a las masas ignorantes se les podía conceder la religión, porque las diversas creencias y ritos cultuales contribuían a mantener cierta moralidad (Epicteto, *Disertaciones,* II, 20, 32, sigs.; Cicerón, *De natura deorum,* I, 22, 61); de aquí la conclusión escéptica, pero utilitaria, de Ovidio: *Expedit esse deos, et, ut expedit, esse putemus* (*Ars amandi,* I, 637). Y de tal modo, con o sin la aprobación de los filósofos, siguió el proceso evolutivo de las religiones, cuyas principales líneas trataremos de reseñar.

59. En los campos itálicos y en los *pagos* (que más tarde darán su nombre al paganismo), seguían vivas en el siglo I de C. las antiguas formas de la religión primitiva, pobres de adornos mitológicos, pero ricas en prácticas susceptibles de captar la benevolencia divina. Todos los acontecimientos exteriores al hombre, los meteoros, las plantas, los animales, las enfermedades, los sueños, mostraban la presencia de númenes particulares, que presidían cada uno de los sucesos agrícolas o familiares, como aparece en las antiguas *Indigitamenta.* Con la mentalidad práctica característica de los latinos se había delimitado la competencia de cada numen y se realizaban los ritos más eficaces para congraciárselos. Las relaciones entre el hombre y la divinidad se concebían como un contrato bilateral, un verdadero *do ut des,* por el que el hombre se obligaba a ejercer determinados actos del culto y el numen a secundar las peticiones que le dirigieran aquellos campesinos o pastores: de aquí la importancia atribuída incluso a los actos más nimios y a los gestos que debían acompañar el culto, a las prescripciones minuciosas acerca de las especiales calidades de la víctima y hasta al calendario que fijaba con precisión las festividades, en general agrícolas, del primitivo ferial del Lacio y del que han llegado hasta nosotros varios ejemplares

El cristianismo tuvo un contacto muy tardío con esta religiosidad; sin embargo, Pablo la encontró ya en uno de sus viajes, y el episodio hace conocer su persistencia y difusión en los centros más apartados. En la salvaje Licaonia, el Apóstol, que más tarde en Atenas no rehuirá las expresiones filosóficas en su discurso del Areópago, se adapta, por el contrario, a la mente de los burdos licaonios y habla del Dios que concede desde el cielo *las lluvias y las estaciones fructíferas* (*Act.,* 14, 17); si

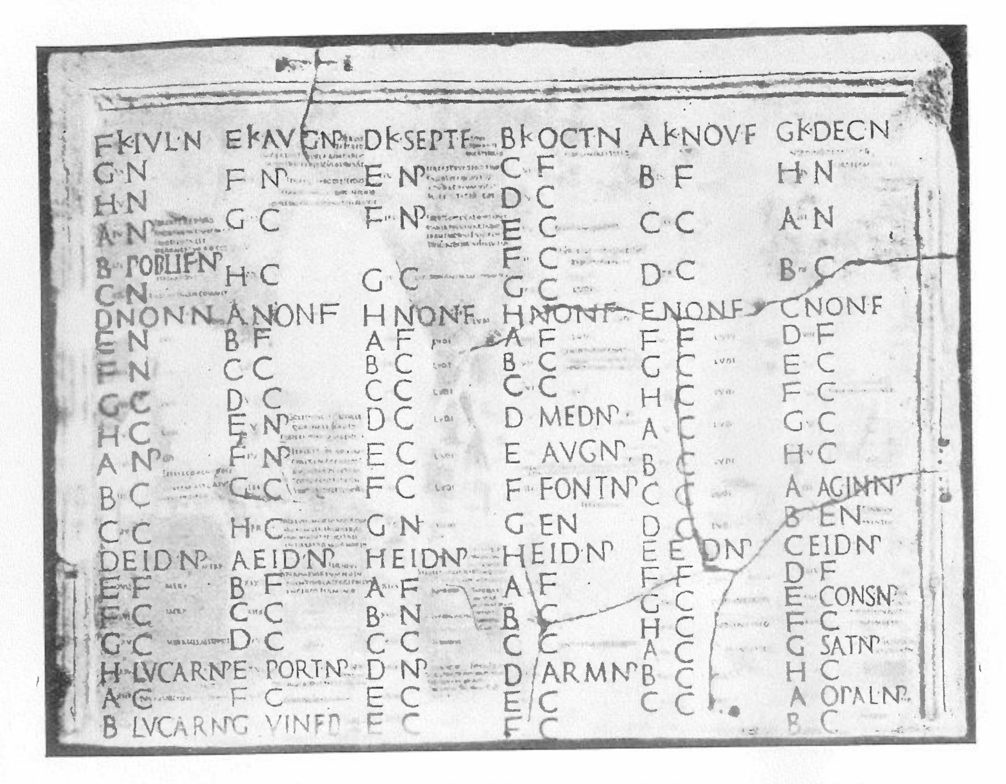


Fig. 23.—CALENDARIO AMITERNINO. Siglo I de C. Museo de Aquila
Contiene en letras mayúsculas las fiestas religiosas de Roma desde julio a diciembre (en letras minúsculas las fiestas civiles)

bien un poco antes la narración había nombrado a Zeus y a Hermes (Ibíd., 12), la religiosidad de aquellos montañeses difícilmente superaba su carácter primitivo, natural, que se refleja en los documentos religio scs más antiguos (§ 341, sigs.).

60. Esta primitiva religión del Lacio, de carácter austero y profun damente ética, se consideró con mucha razón como uno de los factores principales de la grandeza de Roma. Este juicio fué expresado por Cicerón en el Senado en 65 a. de C., el cual, después de haber recordado por extenso las instituciones religiosas de los antiguos romanos, concluyó diciendo: *Por grande que sea el amor que sentimos hacia nosotros mismos, Padres conscriptos, sin embargo (debemos reconocer), que no hemos superado a los hispanos en número, ni a los galos en fortaleza, ni a los cartagineses en astucia, ni a los griegos en las artes, ni, finalmente, a los itálicos mismos y a los latinos en aquella sagacidad que es familiar y congénita a esta raza y a esta región, aun cuando superamos a todas las gentes y a todas las naciones por la piedad, la religión y por la única sabiduría de reconocer que toda cosa está regida y gobernada por la providencia de los dioses* (deorum numine) (*De haruspicum responsis*, 9, 19). Polibio, anteriormente, ya había expresado el mismo juicio: *Lo que*

mas ha contribuído al progreso de la república romana es la opinión que este pueblo tiene de los dioses. Lo que entre otros pueblos sería despreciado, aquí es, a mi parecer, precisamente lo que rige a Roma, entiendo la mucha religiosidad (δεισιδαιμονία). *La religión ha adquirido tal autoridad sobre las mentes, y de tal modo influye en los asuntos, tanto públicos como privados, que es imposible que la aumente, cosa que a muchos parecerá extraña. En cuanto a mí, estoy seguro de que los primeros que la introdujeron lo dispusieron de este modo, teniendo en cuenta las masas* (Polibio, VI, 56, 6-9).

61. Pero el carácter de la primitiva religión de Roma comenzó a alterarse en tiempo de las guerras púnicas, cuando entró en contacto con el sabio panteón griego; desde entonces se difundió entre los habitantes del Lacio un espíritu de indiferencia ante sus propios dioses y de escepticismo, favorecido por la literatura mitológica procedente de Alejandría, libre de prejuicios. Los complicados mitos helénicos, donde la fantasía de los poetas había proyectado con pocas luces las muchas sombras de las pasiones humanas, fueron muy pronto utilizados por la comedia latina, que hizo reir a las masas con las irreverencias de los poetas griegos; la influencia de las teorías filosóficas, como las que habían salido de la escuela de Epicarmo o de Evemero, contribuyó al desconcierto religioso entre las personas cultivadas; la baja plebe se mantuvo, en general, fiel a las antiguas divinidades, pero aun en ella ejercía influencia la postura escéptica de algunos insignes representantes del culto. Precisamente, Agustín expresa su maravilla ante las palabras audaces del Pontífice Q. Mucio Scevola, según el cual, *se han introducido tres especies de dioses, una por los poetas, otra por los filósofos y la última por los políticos; la primera especie de dioses es fabulosa, puesto que se les atribuyen cosas indignas de sí mismos*; *la segunda no es adecuada a los estados, porque contiene cosas excesivas, y algunas que, una vez conocidas, pueden perjudicar a los pueblos*. (*De civitate Dei,* IV, 27; en Migne, *Patr. Lat.*, 41, 133) (1).

Por otra parte, el carácter cívico y colectivo de la religión romana mal toleraba el contacto con las religiones helénicas, de carácter más individual y, por tanto, extensible a personas no comprendidas en la *polis*; y el frío aspecto jurídico que habían tomado entre los romanos antiguos las relaciones entre el hombre y la divinidad parecía inferior al carácter de entusiasmo exultante que distinguía a muchas religiones orientales. El conjunto de estas causas aumentó el sincretismo y, a la vez, el desconcierto y el escepticismo.

62. Augusto intervino al enfrentarse con semejante estado de cosas y se propuso hacer florecer de nuevo la religión oficial. Se cuidó de la reparación de numerosos templos—afirma haber reparado por lo menos 82 (*Res gestae divi Augusti,* IV, 20)—, y volvió al uso muchas antiguas

(1) La tercera especie de dioses no se menciona explícitamente, ni siquiera en el texto latino; pero implícitamente está contenida en la sentencia final del propio Scevola: *expedire igitur existimant falli in religione civitates.* Será la especie de los dioses que son falsos, pero que deben considerarse verdaderos por razones prácticas sociales y políticas.

costumbres abandonadas por indiferencia religiosa o intromisión de cultos extranjeros. Conociendo las intenciones del *princeps,* muchos escritores quisieron contribuir a este renacimiento religioso; el licencioso Ovidio evoca en sus monumentales *Fastos* las principales tradiciones religiosas de los romanos; Virgilio encarna en el piadoso Eneas el sentimiento reverencial hacia los númenes indígenas; Horacio compone el *Carmen sæculare* para la fausta conmemoración querida por Augusto, y señala a los romanos los templos abundosos y llenos de riquezas (*Carmina,* III, 6, 2, sigs.).

Pero el celo desplegado por Augusto tenía otros fines, sobre todo, un fin político: tendía a cimentar, también mediante la religión, a la masa heterogénea del Imperio; por esto, una de sus medidas principales fué la de difundir el culto a la diosa Roma, a la que después se unió el del Emperador.

63. En verdad la apoteosis del soberano se inventó primero en las cortes orientales, que divinizaron a los príncipes seleucidas y lagidas; más tarde se juzgó oportuno usar de ella también en Roma para tener siempre mejor unidas con el centro las diversas regiones del Imperio. En realidad, ya el año 195 a. de C. se había levantado un templo en honor de la diosa Roma, pero esto había sucedido en Oriente, en Esmirna (Tácito, *Annal,* IV, 56), como también el año anterior se habían decretado en Calcedonia honores divinos a T. Quintio Flaminio, vencedor de Filipo (Plutarco, *Flaminino,* 16); sin embargo, en Roma, el primero en entrar en el Olimpo fué Julio César, a quien se concedieron tales honores en vida y después de muerto (Suetonio, *Divus Julius,* 76, 1). Augusto fué bastante prudente en esta materia; muy entregado a los quirites, favoreció el culto de la diosa Roma y de Julio César, como también aceptó para sí, con gusto, apelativos reservados a los dioses y la proposición del Senado de que se prestasen a su Genio los honores propios de los dioses Lares; pero nunca quiso oír hablar de templos o altares erigidos en su honor en Roma: *in Urbe quidem pertinacissime abstinuit hoc honore* (Suetonio, *Divus Augustus,* 52). Más tarde los aceptó en ciudades lejanas de Roma, como Pérgamo, Nicomedia (Dion Cassio, LI, 20), y también en Cesarea de Palestina, totalmente reconstruída por Herodes el Grande (Flavio Josefo, *Guerra de Judea,* I, 414); en estas ciudades mencionadas se levantaron templos dedicados a Augusto, pero al mismo tiempo a la diosa Roma, porque esta dualidad era la condición expresa puesta por Augusto: *templa... in nulla tamen provincia nisi comuni suo Romaeque nomine recepit* (Suetonio, *Divus Augustus,* 52). Después de su muerte, el Senado le decretó verdaderos honores divinos, a los que atendía una comunidad de sacerdotes, los *Sodalis Augusti.*

La misma repugnancia mostró Tiberio, que concedió tan sólo a Esmirna la prerrogativa de erigirle un templo, si bien no menos de doce ciudades asiáticas deseaban levantarlo (Tácito, *Annal.,* IV, 55-56). Más tarde, debido a los emperadores siguientes, sobre todo a Calígula, el culto imperial se difundió por todo el Imperio, y se multiplicaron las ciudades que custodiaban el templo (imperial), esto es, *neocoras* (1).

(1) Así se denomina en *Act.,* 19, 35, Efeso, por su templo de Artemisa.

Pero en la práctica este culto a la persona del emperador fué considerado tan sólo una medida política, un acto de administración corriente, que no tuvo efectividad ninguna dentro del verdadero sentimiento religioso de las diversas populaciones del Imperio. Si Augusto rechazó el título de *dominus* (Suetonio, *Div. Aug.*, 53), lo hizo más por razones políticas que religiosas. También Tiberio se mostró adverso al título divino (Suetonio, *Tiberius*, 26); en cambio, sus sucesores lo aceptaron; pero qué poco en serio se tomaba semejante título se ve, sobre todo, después de Claudio. A su muerte, el Senado decretó, como de costumbre, la apoteosis, esto es, la «exaltación», mientras que Séneca, por su parte, compone para esta ocasión una sátira ingeniosa, pero atroz, contra el dios nuevo, titulada *El almibaramiento del divino Claudio* (1). O sea, su conversión en calabaza en vez de en dios. Si así pensaba y escribía el filósofo de la corte, se puede asegurar que los satíricos quirites próximos y los cáusticos griegos lejanos, no mostraron reverencia mayor ante las usuales apoteosis de los amos del Palatino (cf. *I Cor.*, 8, 5-6). Y este fué el efecto del culto imperial en el campo verdaderamente religioso.

64. Abstracción hecha de este culto, hay que reconocer que la reconstrucción promovida por Augusto causó cierto efecto. Pero, en primer lugar, se debió exclusivamente al poder del promotor; además, fué una mejora sólo material y exterior, el remozo de un edificio a medio caer y añoso. Intimamente, muy pocos se sentían satisfechos con el panteón oficial; poco les agradaba a muchos conservadores y a las poblaciones rurales, porque estaba contaminado de divinidades extranjeras, ajenas al genio latino, y eran muchísimos los que entre las clases cultivadas, sea por principios filosóficos, sea por indiferencia en materia religiosa, habrían vendido muy gustosos por un «óbolo» todo el panteón oficial. Juvenal habrá exagerado satíricamente, pero, sin duda, no ha inventado por completo cuanto afirma acerca de su tiempo, o sea, después de la restauración de Augusto, que ni siquiera los niños creían en la existencia de los dioses manes y del reino subterráneo con la laguna Estigia y su barca (2), y, sin embargo, casi todas las inscripciones funerarias comenzaban con las tradicionales palabras *D(iis) M(anibus)*.

65. Hasta aquí hemos escrutado el horizonte religioso del Imperio, contemplándolo desde Roma, su centro político; si nos trasladamos ahora a Grecia, máximo centro cultural, pocas observaciones podrán añadirse a nuestro propósito.

También en Grecia, en el siglo I de C., quedaban restos de las primitivas formas religiosas naturales y anímicas; sin embargo, se habían introducido innovaciones profundas desde los tiempos de Homero, y se

---

(1) *Apocolocyntosis divi Claudii*; este título procede del Dion Cassio (LX, 35), y es el más autorizado. Los manuscritos llevan el titulo *Divi Claudii Apotheosis per saturam.*

(2) *Esse aliquos manes et subterranea regna*
Et pontum et Stygio ranas in gurgite nigras
Atque una transire vadum tot milia cymba,
Nec pueri credunt, nisi qui nondum acre levantur.
(*Satiras*, II, 149-152.)

habían desarrollado después por los mitólogos y los filósofos, que mostraban una vaga tendencia monoteísta. Pero el carácter fantaseador y voluble de las masas, muy distintas de los fríos y tradicionalistas romanos, favoreció al máximo el sincretismo; a éste siguieron, como reacción inevitable, la indiferencia y la abierta negación. El ateísmo griego es anterior al romano.

En Grecia el sincretismo alcanzó su culminación con Alejandro y los Diadocos, y no halló la desconfianza que inicialmente encontró en Roma Alejandro se apresuró a hacerse iniciar en las religiones locales de los países a que llegó victorioso, Egipto, Babilonia, como si quisiera aparecer investido del poder de los respectivos dioses; al contrario, Augusto, tres siglos más tarde, viajando por Egipto, eludirá hacer una visita al venerado buey Apis, y alabará a su sobrino porque, viajando por Palestina, no había rendido un acto de homenaje al templo hebreo de Jerusalén (Suetonio, *Div. Aug*, 93).

66. Por esto entraron en el panteón griego dioses de todas partes y con paridad de derechos respecto a los de la Hélade; en cierto momento la abundancia y la confusión fueron tan grandes, que se empezó a fundir entre sí a las divinidades más semejantes y a unificar los diversos ritos. En este programa se distinguieron sobre todo los Ptolomeos de Egipto, los cuales recurrieron a un medio que debía haber sido incluso más radical: el de proponer una divinidad que, sin desterrar a las demás, las resumiera a todas; el nuevo dios fué Serapis, ya existente en el panteón helénico, pero juzgado digno para hacer de equivalente de todos sus compañeros. Serapis tuvo una rápida difusión, incluso en Italia, en Pozzuoli, existía un Serapeio anterior a 105 a. de C. Pero también aquí aparece la diferencia de mentalidad entre el Lacio y Grecia: Roma, al comienzo, se mostrará hostil al nuevo dios compilador, y procurará oponerse a su culto con varios senadoconsultos; sin embargo, la hostilidad debió ceder después; el culto entró en Roma, y los nombres de Isis y Serapis unidos darán la denominación a la *III regio* de la urbe.

Pero el helenismo que exportó a Oriente la civilización griega, importó, en cambio, elementos religiosos de gran relieve, que ya en los últimos siglos anteriores a Cristo, se hallan difundidos en los regiones griegas, a donde, naturalmente, penetraron más tarde que en las latinas. Mencionamos ya más arriba las religiones de misterios o misteriosas, que son las más importantes entre las que proceden de Oriente, pero hemos dejado hasta este punto el presentarlas, siquiera sea someramente

67. La novedad de los misterios está en el carácter místico que envuelve sus ritos. Estos ritos pueden ser de época antigua y de origen remoto, natural y agrario; pero sólo en edades bastante recientes llegaron a tener carácter de símbolos, en cuanto representan un drama espiritual operado en el fiel que acepta sobre sí el misterio. El drama se revela al fiel en el rito de la iniciación, pero debe ocultarse a los no iniciados; el fiel debe mantener los «labios cerrados» sobre lo que ha visto y oído en la iniciación, y este deber del secreto dará el nombre al rito: μύω, «cierro (los labios)», de donde μυστήριον, el rito del «misterio»; de aquí μύστης, el «miste», el iniciado al rito.

Las religiones de misterios tienen como fin el individuo. No representan ya los intereses de un grupo de agricultores o de pastores que provocan mágicamente la fecundidad de los campos o de los rebaños, como sucede en las primitivas religiones naturistas, y ni siquiera invocan sobre el conjunto de la *polis* o de la *respública* la protección del numen tutelar a que están confiadas estas colectividades, como sucede en las religiones oficiales, sino que se dirigen al individuo, abstracción hecha de todas sus calidades nacionales, políticas y sociales y le promete una «salvación», una vida de ultratumba calcada sobre la del dios, y ya comenzada simbólicamente en el momento de la iniciación. Sin embargo, históricamente este sentido simbólico-individual es posterior a los elementos del mismo rito: los elementos son de antiguo origen naturista, mientras que el significado simbólico es algo *superadditum,* que responde a las exigencias de los espíritus no satisfechos con las religiones políticas y que desconfían de las múltiples mitologías. El carácter individualista de las religiones de misterios, unido a su base psicológica y a su relación esencial con ultratumba, señalan verdaderamente un nuevo período en la religiosidad pagana.

68. Las religiones de misterios fueron varias, según el dios que venerasen y el rito que practicaran. De algunas de ellas se pueden seguir sus elementos primitivos hasta el siglo VII a. de C., teniendo, sin embargo, presente que su valor simbólico y su difusión fuera de la región de origen son mucho más tardíos. Cibeles de Anatolia, Dionisio de Tracia, Adonis de Siria, Mitra de Irán, iniciaron su carrera triunfal a través del mundo helénico. La primera en llegar a Roma fué Cibeles, la *Magna Mater,* que entró el año 204 a. de C.; pero la oposición oficial frente a los misterios persistió más o menos hasta comienzos de la era cristiana, cuando algunos emperadores mostraron benevolencia hacia ciertas formas de misterios; el pleno florecimiento tuvo lugar en los siglos II y III, sobre todo bajo la dinastía de los Severos, que era de origen sirio. Nos detendremos brevemente sobre algunos misterios que tienen mayor relación con nuestro tema.

69. El culto de Cibeles, la Magna Mater de los dioses, es oriundo de Asia Menor. En pocas regiones la Naturaleza mostraba su poder de producción como en la salvaje y quebrantada altiplanicie de Anatolia. Extensos bosques que, al desaparecer las nieves, casi por un toque mágico, ofrecían exuberantes brotes, y amplias llanuras que en pocos días se cubrían de vegetación densa, sugerían a las mentes de los habitantes la existencia de una fuerza arcana fecundadora de bosques y valles. Era la divinidad generatriz del Todo, designada con el apelativo de Magna Mater. A diferencia de las mitologías corrientes, que distinguían en las divinidades dos sexos, en la altiplanicie anatolia el Gran Principio de la vida no tuvo sexo, porque tenía ambos en sí; de hecho, la distinción entre el elemento masculino y el femenino implica la idea de la caducidad, reparada por el contacto de los dos elementos, mientras la vida perfecta supera la distinción, porque de continuo se está engendrando a sí misma. Ya en la antigüedad se unió a la figura de la Magna Mater la de Atis, joven pastor, cuya historia mitológica se cuenta de dos ma-

neras diversas, una lidia y otra frigia, pero ambas concuerdan en afirmar la evirilación y muerte violenta de Atis. La evirilación de Atis, en tanto se relacionaba con la idea de asexualidad del Gran Principio de la vida, era una norma fundamental en el rito de este misterio: los sacerdotes de Cibeles, de quien Atis era el prototipo mítico, eran eunucos, y esta condición se mantuvo incluso en tiempos tardíos cuando el rito salvaje se atenuó al difundirse por occidente; antiguamente, los devotos de Cibeles, incluso no sacerdotes, se castraban durante orgías frenéticas, y al ofrecer su propia virilidad a la Magna Mater, se reunían con ella, como antes había hecho Atis después de su muerte. En la forma tardía atenuada, esta oferta se sustituyó, para los iniciados no sacerdotes, por la de los órganos masculinos del toro sacrificado para la iniciación (taurobolio); de todas maneras, la oferta, personal o vicaria, era indispensable, porque constituía la hierogamia por la que el «mysto» se unía con la diosa. Los sacerdotes eran los galos, presididos por un archigalo y asistidos por sacerdotisas.



Fig. 24.—ARCHIGALO CON LAS INSIGNIAS DE ATIS
Roma: Museo Capitolino
(de TURCHI: *La religione di Roma Antica*)

70. Oriundo de Pesino, en Galacia, el rito se difundió por otras partes, pero fué perdiendo poco a poco mucho de su primitivo carácter salvaje y orgiástico. Después que penetró en Roma, cuando se cernía sobre la Urbe el peligro de Aníbal, el Senado mostró desconfianza frente a él; se prohibió a los ciudadanos, no sólo iniciarse en el misterio, sino incluso asistir a él. La espontánea repugnancia que se sentía hacia la evirilación introdujo el taurobolio o el criobolio, esto es, la muerte de un toro o de un borrego, con cuya sangre se rociaba al «mysto», mientras las órganos masculinos del animal servían para la sustitución ya mencionada.

El secreto religioso (μόησις), que obligaba a los iniciados, ha hecho que tengamos muy pocas noticias con respecto a las diversas ceremonias del rito, del que tan sólo hablan algunos documentos cristianos de época tardía; estas ceremonias se celebraban en la segunda mitad de marzo y culminaban el día 24, llamado «de sangre» (*IX Kal. Apr. Sanguem*), porque entonces tenía lugar la evirilación y la flagelación paroxística

de los galos. Clemente de Alejandría (*Protreptico,* II, 15; en Migne, *Patr. Gr.,* 8, 76), transmite la fórmula, confirmada por Firmicio Materno (*De errore*, 18, 1), que pronuncia el nuevo iniciado una vez realizada la ceremonia esencial: *Yo he comido en el tímpano, he bebido en el címbalo, he llevado el kernos* (plato ritual), *he yacido en la cámara nupcial.* Prudencio (*Peristephanon,* X, 1.011, sigs.) describe con abundancia de detalles el complejo rito taurobólico, que tenía sobre todo valor de rescate saludable; pero su eficacia no duraba más de veinte años, por lo cual estaba indicada su repetición. Realizada la iniciación, el «mysto» queda místicamente unido a la Magna Mater y participa ya de su indefectible vida.



Fig. 25.—MISTERIOS DE ISIS: Arriba, un sacerdote sostiene un vaso con agua del Nilo para las lustraciones; abajo, un ministro agita el sistro entre dos filas de fieles. Nápoles: Museo Nacional (de TURCHI: *La religione di Roma antica*)

71. A pesar de la abundancia mayor de documentos antiguos, quedan muchas cosas por esclarecer con respecto a los misterios dionisíacos y órficos. Algunos eruditos consideran idénticas a las tres divinidades, Dionisio, Sabacio y Zagreo, otros, en cambio, las consideran diversas, asignando a cada una de ellas origen y significado diferente, si bien muy semejante; la gran difusión del culto de Dionisio en Grecia y sus interferencias con el orfismo, hacen aún más complicada la cuestión acerca de su origen y del significado de algunos de sus ritos.

El tumultuoso culto dionisíaco, oriundo de la salvaje Tracia, penetró en Grecia sólo muy lentamente y con abierta oposición, porque sus habitantes, más equilibrados, no comprendían el paroxismo orgiástico de las celebraciones. En cuanto a Roma, además de la fidedigna relación de Tito Livio (XXXIX, 14 sigs.), tenemos el texto preciso del senadoconsulto que prohibía severamente las bacanales en el año 186 a. C. (*Corpus Inscriptionum Latinarum,* I, n. 196.) A pesar de esta oposición, los misterios de Dionisio se difundieron mucho, como atestigua también la famosa «Villa de los Misterios», conservada en Pompeya. Ningún misterio llevaba la exaltación hasta el paroxismo como el de Cibeles. Durante la noche, a la luz vacilante de las antorchas, que se movían entre vertiginosos bailes, acompañados de una música sonora, se celebraban las orgías sagradas, en las que intervenían, sobre todo, mujeres. Estas, disfrazadas extrañamente con pieles de cabritos (*nebridi*) y con cuernos en la cabeza, se excitaban con músicas, danzas y gestos feroces, empuñando puñales y tirsos, hasta que se sentían invadidas por el numen; entonces se precipitaban sobre los animales del sacrificio, los desmembraban y devoraban la carne aun sanguinolenta. Este rito salvaje se encuadró después en la compleja teología órfica, que le atribuyó un valor catártico y escatológico. De hecho, los órficos, partiendo del mito de Zagreo, desmembrado y devorado crudo (ὠμοφαγία) por los titanes, presentaban la homofagia como medio de atraer al espíritu del dios. representado por el cervatillo, y así realizaban la unión mística con la divinidad protectora, prenda de inmortalidad feliz.

72. Entre los demás misterios, eran famosos en la antigüedad los nacionales griegos de Eleusis, que conservaron ritos antiquísimos de carácter mágicoagrario. Habían surgido en torno al mito de Demeter, que representaba la tierra fértil y cultivable, y de la joven divinidad Kores o Proserpina. Sin embargo, no faltan en ellos interferencias antiguas del mito de Dionisio.
difundido por Europa y Asia. Tenían fama sus desenfrenos sexuales: en

Debemos a Apuleyo (*Metamor.,* XI, 1-30) la información más amplia acerca de los misterios de Isis y de Osiris, que, desde Egipto, se habían difundido por Europa y Asia. Tenían fama sus desenfrenos sexuales: en 17 a. de C. el emperador Tiberio hizo demoler en Roma el templo de esta divinidad y arrojar su estatua al Tíber, a causa de un escándalo que sucedió entonces (Flavio Josefo, *Antigüedades judías,* XVIII). Juvenal hablará con sarcasmo de los *Isiacae sacraria lenae* (*Sátiras,* VI, 489).

El misterio de Mitra alcanzó la máxima difusión en los primeros siglos de la era cristiana. De origen persa, encontró adeptos, especialmente

en la clase militar, con lo cual pudo llegar a las regiones más occidentales del Imperio. Aun cuando daba una parte importante al elemento astral, jamás perdió su carácter agrario, expresado en el sacrificio de un toro como símbolo de la fecundidad de la Naturaleza.

A veces estos misterios diversos influyeron unos sobre otros, o sus dioses respectivos se trocaron con las divinidades semejantes del panteón greco-romano, prevaleciendo una vez más la gran corriente sincretista.

73. En general, puede afirmarse que entre la confusión creada por el sincretismo y la desconfianza difundida por el racionalismo filosófico, los misterios aparecían a muchas mentes como el único medio de elevarse a un mundo superior, en donde dominar, o al menos amortiguar la ley férrea del Fatum. Prometían satisfacer el anhelo angustioso que se elevaba de muchos corazones, y que Séneca formuló con sus desconsolantes palabras: *Nadie es por sí capaz de elevarse; necesita que alguien le tienda una mano y que alguien le empuje* (*Ad Lucilium,* V, II 2). Los misterios señalaban la divinidad benévola que libraría del mal: a ellos recurría, pues, quien anhelaba el bien, tanto más cuanto que los misterios se dirigían al hombre interior, hecho de espíritu y de sentidos; y mientras consolaban al espíritu con la promesa del futuro, alegraban los sentidos con la emoción de los símbolos, con la embriaguez de los cánticos, con los banquetes de los festejos.

El anhelo de una «salvación» y de una «inmortalidad» en los iniciados era lo que mantenía vivos estos misterios. Y este anhelo, indefectible en el alma humana, se afirma incluso en humildes documentos de la época. Por ejemplo, en la tumba de un joven se inscribió: *Madre, no me llores. ¿Qué ganarías? En cambio, venérame; me he convertido en el astro divino que se levanta al caer de la tarde* (1). Conmovedora es también la carta siguiente, del siglo III de C., por su íntima religiosidad, hallada entre los papiros de Oxirrinco: *Sereno a Diógenes su hermano, salud. Con la asistencia de los dioses* (*nuestra*) *hermana ha mejorado y el hermano Arpocracione se ha salvado, y está bien, porque nos asisten nuestros dioses patrios continuamente y nos dan salud y salvación* (ὑγίαν καὶ σωτηρίαν)... *Ruego por tu salud y por* (*la*) *de toda la familia* (2).

(1) A. J. Festugière: *L'ideal réligieux des Grecs et l'Evangile.* París, 1932, p. 150
(2) B. Grenfell-A. Hunt: *The Oxyrhynchus Papyri,* vol. VI. London, 1908, p. 302, número 935.

IV. LA JERUSALEN ACADEMICA

74. La Jerusalén material y moral del tiempo de Pablo es la que ya hemos descrito en otras obras (1). Sin embargo, aquí es preciso examinarla más detenidamente bajo el aspecto que podría llamarse «académico».

En el segundo decenio de nuestra era, Pablo se trasladó a Jerusalén precisamente para completar su formación cultural: en efecto, allí brotaba la fuente más pura y más abundante de la auténtica doctrina judía; allí tenían cátedra los maestros más venerados de la tradición nacional-religiosa, los cuales, con su sola presencia en la ciudad, la convertían toda en una universidad sagrada; de modo que un judío ferviente que hubiese preferido a Jerusalén otro punto de cultura judía—por ejemplo, Alejandría de Egipto—habría cometido un grave error, semejante al de cualquier joven patricio romano de aquellos tiempos que para aprender la cultura griega hubiera preferido cualquier ciudad del Peloponeso o de Jonia a Atenas.

Los grandes maestros de Jerusalén daban lecciones en edificios privados, pero muchas veces también en los atrios del Templo, que eran el gran lugar de reunión de toda la ciudad (2). Allí, bajo las columnas de un pórtico, tenían lugar amigables discusiones entre los partidarios de las diversas escuelas, y los discípulos de determinado maestro le oían exponer un pasaje de la Ley a la luz de la «tradición», o bien escoger un elegante caso práctico. El rabí autorizado se sentaba sobre un escabel, mientras que sus discípulos permanecían acurrucados sobre el suelo, en torno suyo, sosteniendo entre las rodillas las tabletas donde escribían: aun hoy día, quien haya visitado en El Cairo la célebre universidad musulmana que tiene su sede en la mezquita de el-Azhar, habrá visto grupos de estudiantes acurrucados en el suelo, aquí y allá, en torno a sus maestros respectivos, los cuales se sientan con la espalda apoyada a una columna. Debido a esta costumbre, los contemporáneos de Pablo podían vanagloriarse de haber sido instruídos en Jerusalén, *a los pies del Rabbi tal o del Rabbi cual* (*Act.*, 22, 3).

---

(1) *Historia de Israel*, II, § 364-418; *Vida de Cristo*, § 13-86.
(2) Cf. *Vida de Jesucristo*, § 48, 262.



Fig. 26.—CAIRO: MEZQUITA DE EL-AZHAR
Maestro que enseña a los estudiantes sentados en el suelo en torno a él
(de *Le vie del mondo,* 1938)

75. En Jerusalén no escasearon los maestros famosos un poco antes y un poco después de la Era Cristiana, y cuando Pablo llegó a estudiar allí estaba en un período áureo. Unos decenios antes habían enseñado las dos luminarias Hillel y Shammai, cuyas luces estaban destinadas a brillar durante siglos en el judaísmo, y que habían iniciado dos corrientes o direcciones diversas en la interpretación de la Ley, llamadas, respectivamente, la «escuela de Hillel» y la «escuela de Shammai».

El estudiante Pablo frecuentó las lecciones de Gamaliel, *doctor de la Ley muy estimado de todo el pueblo* (*Act.*, 5, 34): éste es el Gamaliel que los escritos rabínicos designan como *Gamaliel el Viejo,* esto es, Gamaliel I, para distinguirlo de su nieto, Gamaliel II, que floreció en el año 100 de C. Los mismos escritos atribuyen a Gamaliel I el título de *Rabban,* más honorífico que el de simple Rabbi y jamás atribuído a nadie antes, reservado tan sólo a cuatro o cinco eminencias docentes un poco posteriores a él; este título, sin embargo, no muestra que fuese presidente del Sanedrín (como se ha creído a veces, con evidente anacronismo), si bien era ciertamente un miembro muy autorizado de este colegio (*Act.*, 5, 33-39). Una sentencia rabínica afirma de él: *Desde que ha muerto Rabban Gamaliel el Viejo ha cesado el honor de la Ley, se han extinguido la pureza y la abstinencia* (*Sotah,* IX, 15) En cuanto a sus ascendientes, es posible que fuera hijo de Hillel, menos probable que fuera su nieto, pues debería entonces haber sido hijo de un hijo de Hillel, un tal Simeón, cuya existencia es problemática; sin embargo, faltan las

pruebas seguras de ambas descendencias en los antiguos escritos rabínicos, los cuales, además, cuando refieren sentencias de Gamaliel, muchas veces ni siquiera distinguen entre Gamaliel I y Gamaliel II. Pero, aun cuando Gamaliel no heredase la sangre de Hillel, heredó el espíritu de benignidad, como resulta ya del discurso que hizo en el Sanedrín en defensa de los primeros cristianos (*Act.*, 5, 34 sigs.) (1): benignidad que transmitió en sus enseñanzas, pues siguió la «escuela de Hillel», que era casi siempre más flexible y benigna que la «escuela de Shammai», habitualmente rígida y severa.

76. En tiempo de Pablo, en las escuelas de Jerusalén se estudiaba la Ley (*Torah*) según los principios de los fariseos. Principio fundamentalísimo de los fariseos, por el que, además, se distinguían de los saduceos (2), era que Dios en el Sinaí había confiado la Ley a Moisés en forma doble, escrita y oralmente; la Ley escrita contenía, tan sólo, 613 preceptos, mientras que la oral contenía un número impreciso, pero ciertamente mucho mayor; la primera había sido fijada por escrito una vez y para siempre; la segunda se transmitía a lo largo de los siglos por la «tradición» (παράδοσις), de la que eran custodios los Escribas y los doctores de la Ley. Pero en sus dos formas la Ley era absolutamente única, y análogamente protegida por la autoridad del dios revelador; sin embargo, en la práctica tenía más valor la Ley oral, tal como la proponían los Escribas, que no la Ley escrita, de modo que se sentenció: *Peor es ir contra las palabras de los Escribas que contra las palabras de la Torah* (escrita). (*Sanedrín*, XI, 3.)

El material contenido en la Ley entera se distribuía en dos categorías según su naturaleza: una cateogíra era la *halakah* («camino»), de naturaleza jurídica, porque a ella pertenecían las normas que debían dirigir el camino moral del judío observante; la otra categoría era la *haggadah* («narración»), de naturaleza principalmente histórica, porque a ella pertenecía el restante material, que era, sobre todo, histórico-narrativo. Entre las dos categorías tenía una importancia mucho mayor la jurídica, la *halakah*, porque las enseñanzas rabínicas tenían un fin sobre todo pragmático, tendiendo a establecer una legislación minuciosísima que debía dirigir al judío piadoso en cada una de las acciones de su vida religiosa y civil. La *haggadah* se unía con la *halakah como* un pedestal se une con la estatua que sostiene; a la base de innumerables decisiones rabínicas, que debían dirigir al piadoso judío, había siempre hechos históricos, que daban a aquellas decisiones su sanción legal. El hecho histórico más amplio y genérico era que Dios había hablado en la revelación, de la que los rabinos se presentaban como custodios; hechos específicos eran, además, que Dios había ordenado la circuncisión, el descanso del sábado, la pureza legal y todas las demás prescripciones que los rabinos extraían de la Ley escrita o de la oral. De aquí que cada prescripción debiera estar relacionada, al menos mediatamente, con un hecho histórico que de-

(1) La leyenda cristiana lo considera un cristiano: cf. *Recognit. Clement.* I; 65 siguientes, en Migne, *Patr. Lat.*, 41, 807-818.
(2) Cf. *Vida de Jesucristo*, § 30 y sigs.

mostrase su origen divino y sobre el que se apoyara exactamente como una estatua se apoya sobre su pedestal.

77. Naturalmente, entre la Ley escrita y la Ley oral no podía existir contradicción alguna; así, era tarea urgente de los rabinos demostrar cómo las prescripciones que extraían de la Ley oral se hallaban más o menos explícitas también en la Ley escrita. La Ley oral, de hecho, era rechazada por los saduceos como invención humana carente de toda autoridad divina; por el contrario, los fariseos se dedicaron a apoyar la Ley oral sobre la escrita, apuntalando las prescripciones de la «tradición» con textos escriturarios y con venerandas tradiciones transmitidas por la *haggadah*.

Es evidente, por tanto, que un perfecto doctor de la Ley debía estar, en primer lugar, bien ducho en Biblia (Ley escrita); de hecho de su texto se podían sacar muchas normas jurídicas, siguiendo algunas reglas hermeneúticas que se fijaron aun antes de tiempo de Pablo (1).

Además, el perfecto doctor debía con igual precisión conocer la «tradición» (Ley oral), sea en su material jurídico, o *halakico*, sea en el narrativo o *haggadico*. En cuanto al material jurídico debía conocer las decisiones que ya se habían pronunciado por los doctores del pasado sobre determinados casos prácticos, y debía transmitir (*tradere*, «tradición») estas decisiones a los doctores del futuro. En cuanto al material *haggadico*, no tenían deber alguno de ocuparse de las ciencias profanas, comprendida la historia de los pueblos extranjeros (cosas que jamás entraron en las enseñanzas rabínicas); pero debía conocer lo mejor posible el conjunto de historias, creencias, costumbres, etc., que eran patrimonio del pueblo judío, y que siendo sobre todo de índole religiosa tenían muchísima relación con la Biblia y la historia nacional; podía suceder muy bien que en este folklore nacional-religioso hubieran penetrado esporádicamente algunos elementos de ciencia y de historia profana, pero en tal caso estos elementos valían en cuanto incorporados a la «tradición» judía, y convertidos en cierta medida en material sacro. A todo este material *haggadico*, que se apoyaba principalmente sobre el bajo pueblo (a diferencia de los saduceos, que pertenecían a la aristocracia), los fariseos le daban una gran importancia, porque lo consideraban justamente como un genuino producto de la nación entera, lo cual era extremadamente

(1) Las reglas hermenéuticas para extraer determinada ley jurídica de un pasaje de la Ley escrita eran siete, y se atribuían a Hillel; más tarde, R. Ismael, mediante fusiones y aditamentos,las extendió a trece. Nos limitaremos a señalar las siete de Hillel: 1) «Ligero y pesado» (argumento de menor a mayor); 2) «Norma igual» (argumento *a pari*); 3) «Núcleo de una sentencia» (norma sacada de un solo pasaje de la Ley); 4) «Núcleo de dos sentencias» (norma sacada de dos pasajes); 5) «Genérico y específico, y específico y genérico» (argumento de la confrontación entre los dos términos mencionados); 6) «De lo semejante en otro pasaje» (norma sacada de la confrontación de dos pasajes diferentes de la Ley); 7) «Cosa que se aprende por las circunstancias» (norma sacada del contexto de un pasaje). (Tosefta: *Sanhedr.*, VII, 11; *Aboth de R. Nathan*, 37.) Estas reglas tenían verdadera fuerza demostrativa para los rabinos si luego, al aplicarlas a determinado pasaje bíblico, no se lograba obtener una demostración verdadera, el pasaje podía contener, sin embargo, una simple «reminiscencia» (*zeker*). Téngase presente, además, que estas reglas valían tan sólo para los argumentos jurídicos que constituían la *halaka*, mientras en los demás argumentos de la *haggadah* se seguían otras reglas.

grato al pueblo y muy útil a su labor de edificación espiritual. De manera que el doctor perfecto debía estar en situación de recurrir también a la *haggadah* y de emplear sabiamente sus materiales con arreglo a determinadas normas (1).

78. ¿De qué modo podía adquirir todos estos conocimientos un judío pío que quisiera llegar a ser un doctor perfecto de la Ley? En cuanto a la Ley escrita, no había más posibilidad que su asidua lectura; que llevaba a familiarizarse de tal modo con el texto bíblico, que muy en breve tenían a disposición pasajes determinados, y a veces se recordaba íntegramente de memoria. En cambio, para la «tradición» en tiempos de Pablo no había textos escritos, porque la transmisión de su material estaba aún confiada tan sólo a la memoria de los eruditos, conforme a la antiquísima usanza de los semitas, que tuvieron siempre en gran aprecio la actividad de la memoria (2)

Por esto a quien quería adueñarse de la materia no le quedaba sino recoger informaciones a diestra y siniestra donde se hallasen personas expertas, reunir y custodiar fialmente en su memoria el material recogido de este modo y eventualmente acrecentarlo con deducciones y reflexiones personales suyas. El Siracida describe este noble esfuerzo a principios del siglo II a. de C., cuando traza el retrato del sabio judío que *medita en la Ley del Altísimo*. Dice así: *Este investiga la sabiduría de todos los antiguos y dedica sus ocios a la lectura de los profetas. Guarda en la mente las historias de los hombres famosos; penetra en lo intrincado de las parábolas. Investiga el sentido recóndito de los enigmas y se ocupa en descifrar las sentencias oscuras.* (*Eclesiástico*. 39, 1-3.)

De este modo el material de la «tradición» permaneció tan sólo mnemónico durante más de un siglo después de Pablo; pero ya a fines del siglo II de C. apareció una recopilación (después de intentos parciales, de los que estamos mal informados) que tuvo valor oficial y que tímidamente comenzaba a circular escrita. Es nuestra *Mishna,* esto es, «repetición» de la Ley, debida al Rabbi Juda ha-Nasi, llamado también Judá el Santo (entre 135 y 220 más o menos), y en ella se resumieron las decisiones de los doctores que florecieron a lo largo de los siglos I-III, llamados Tannaiti (3).

79. Para nuestro deseo de conocer la Jerusalén «académica» del siglo I de C. encontraremos una ayuda magnífica en la Mishna, que nos llevará directamente *in media res*. En efecto, esta colección es un flori-

(1) Las normas referentes a la interpretación de la *haggadah* se redactaron por escrito muchos siglos después de Pablo, pero su empleo es ciertamente muy anterior a su redacción. Resultaron ser cuatro, resumidas en acróstico en la palabra hebrea PRDS («paraíso»), y eran: 1) *Peshat,* «sencillo» (interpretación en sentido literal); 2) *Remez,* «alusión» (interpretación en sentido típico o alegórico); 3) *Darash,* «búsqueda» (interpretación acomodaticia o homilética); 4) *Sod,* «arcano» (interpretación mística).

(2) Cf. *Historia de Israel,* § 188, sigs.; *Vida de Jesucristo,* § 150-151.

(3) La Mishna, más tarde, tuvo un amplio comentario (*Ghemara*) de índole, sobre todo jurídico, en el que se resumieron las decisiones de los doctores que florecieron a lo largo de los siglos III-V, llamados Amorei; la Mishna y este comentario constituyen el Talmud. en su doble recensión palestina y babilonia.

legio, un destilado de las academias rabínicas del género, y—como se verá más tarde (§ 89)—la fecha de su redacción escrita no obsta a nuestro propósito.

Al querer dar un juicio general acerca del espíritu y de la mentalidad moral que revela la Mishna, hay que decir que aquellos supremos maestros de la Ley tenían como programa de toda su labor el más largo de los salmos (119, Vulg. 118), interpretado, sin embargo, según los principios de los fariseos. Aquel salmo, en efecto, es toda una glorificación de la Ley divina, que se designa con una decena de diferentes nombres (1)

A lo largo de más de 176 versículos de aquel salmo, se expresaba del modo más diverso el deseo de alcanzar el ideal supremo del perfecto israelita, que es el de profundizar cada vez más el conocimiento de la Ley divina, practicarla en sus más mínimos detalles con toda exactitud, considerarla como luz que iluminará los propios senderos (v. 105), apreciarla más que inmensas riquezas (v. 72) y saborearla más que la miel (v. 103), meditarla todos los días (v. 97), y también las noches (v. 148), etc. Pero la «Ley» de que trata el salmo es la Revelación entera divina, considerada como soporte y guía del israelita fiel y como principio animador de toda la vida; los maestros fariseos, por el contrario, restringieron su sentido jurídico, legislativo, normativo, de manera que para ellos el estudio de la Ley consistía en proponer y resolver una serie determinada de «casos» legales, y por esto acabó en el piélago de la casuística.

Fig. 27.—TALMUD PALESTINO: CODICE VATICANO DEL SIGLO XIII

80. El perfecto leguleyo judío debía saberlo todo, y con todas sus prescripciones minuciosas, con respecto a las varias prescripciones acerca de la pureza de los alimentos y de

(1) Cf. A. Robert: *Le sens du mot Loi dans le Ps. CXIX*, en *Revue Biblique*, 1937; páginas 182-206.

los objetos, sobre el reposo del sábado, los diezmos, los sacrificios, etc., y ante todo debía saberlo prácticamente, esto es, escogiendo los «casos» particulares prácticos según las decisiones de rabinos autorizados, o según su propia ciencia.

Como fácilmente se comprende, el campo era inmenso, y lo hallamos resumido en los seis grandes «Ordenes» en que se divide la Mishna. El primero se titula *Zera'im,* «simientes», y trata de las oraciones y de las normas referentes a la agricultura; el segundo, *Mo'ed,* «fiesta», trata del sábado y de las demás festividades; el tercero, *Nashim,* «mujeres», trata de la condición jurídica de la mujer, especialmente con respecto al matrimonio; el cuarto, *Neziqin,* «daños», trata de varios casos de derecho civil y penal; el quinto, *Qodashim,* «cosas sagradas», trata de la liturgia en los sacrificios; el sexto, *Tohoroth,* «pureza», trata de los casos de pureza e impureza legal. Cada «Orden» está subdividido en tratados; en conjunto son 63.

De todo este inmenso material los «casos» más frecuentes en la práctica se ofrecían en las leyes acerca de la «pureza» y el reposo del sábado; sobre ellos nos detendremos brevemente

81. Con respecto a la «pureza», un perfecto leguleyo debería saber de memoria listas interminables de objetos de toda suerte, diversos según su materia, forma, uso y lugar a que estaban destinados, para sentenciar si eran puros o impuros y para conocer en qué forma podían ser eventualmente purificados; lo mismo se puede decir de otros muchos objetos de mayor uso privado o público. desde los bancos de sentarse hasta las badilas y las sandalias, desde las cestas hasta el cálamo de escribir y los instrumentos musicales (1).

Pero la impureza podía impregnar, además de los objetos, las habitaciones enteras, especialmente por la presencia de un cadáver; de aquí la necesidad de que el legista conociera en qué casos y en qué medida una habitación se contamina, las consecuencias jurídicas de semejante contaminación y la manera de alejarla (2).

Eran también bastante frecuentes los casos de lepra humana, que acarreaban graves consecuencias jurídico-sociales; y, naturalmente, también de ellos debía entender el legista y conocer sus signos para diagnosticarlos, las precauciones legales que había de tomar, etc. Además de la lepra humana estaba la de los objetos, y el legista debía hallarse en disposición de actuar también contra ella (3).

No debía desconocer el rito de la «vaca roja» (cf. Núm 19) (4). y debían ser especialmente finos sus conocimientos respecto a las impurezas que duraban hasta la puesta del sol (5), y a los requisitos de pureza necesarios en los depósitos de agua (6), a causa de la importancia práctica de estos argumentos. Materia sumamente ardua y delicada era la mens-

(1) A este asunto está dedicado todo el tratado *Kelim,* «vasos», que es el primero de los «Ordenes» *Tohoroth* («pureza»).
(2) Tratado *Ohalot,* «tiendas» (casas), segundo del mismo «Orden».
(3) Tratado tercero *Nega'im,* «plagas».
(4) Tratado cuarto, *Parah,* «vaca».
(5) Tratado quinto, *Tohoroth,* «pureza».
(6) Tratado sexto, *Miqwa'oth,* «baños».

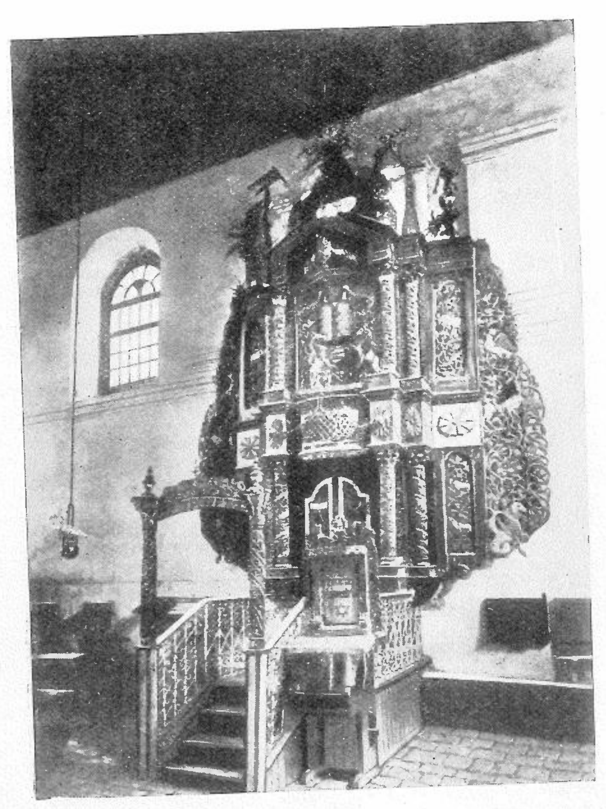


Fig. 28.—MAGNIFICO ARMARIO PARA LA CUSTODIA DE LOS VOLUMENES DE LA LEY EN UNA SINAGOGA

truación femenina, que ocasionaba innumerables prescripciones referentes al modo, al tiempo, etc., y fijadas con toda precisión (1). No había que descuidar los casos de líquidos que transmitían impureza (2), ni aquéllos de hombres afectados de pérdidas sexuales (3), ni aquéllos de personas que hubieran realizado la inmersión purificadora, no siendo, sin embargo, puros hasta la puesta del sol (4). Pero el ápice de toda importancia, en la práctica, lo alcanzaba la cuestión de la pureza de las manos (5); y aquí el legista perfecto debía estar en situación de responder con toda seguridad a preguntas de este género: ¿Con qué agua se pueden purificar las manos y con cuál no? ¿En qué vasija se deben lavar? ¿Se deben lavar con una sola agua o con dos? ¿Hasta qué parte de la mano debe llegar la primera agua? ¿Hasta qué punto la segunda? ¿Cómo deben secarse?, etc. Ultimo, pero no menor, era el argumento del pedículo de la fruta (6), que podía transmitir múltiples impurezas, de las que había que precaverse.

82. En cuanto al otro argumento de la observancia del sábado ya vimos ejemplos conocidos de cómo los fariseos contemporáneos de Cristo interpretaban el precepto bíblico de descansar en sábado (7); pero como aquí nos interesa conocer la sustancia de las lecciones que se aprendían en tiempo de Pablo y la mentalidad de los maestros que las enseñaban, dejaremos hablar a estos maestros.

---

(1) Tratado séptimo. *Niddah*, «menstruación». Tratado éste cuya empírica fisiología sirve de base a las susodichas prescripciones legales; leyendo las cuales el erudito moderno se pregunta con razón si jamás fueron puestas en práctica, o si más bien no quedaron en el campo de la teoría, dada la naturaleza del asunto.

(2) Tratado octavo, *Makshirim*, «preparaciones».

(3) Tratado noveno, *Zabin*, «vertidos».

(4) Tratado décimo, *Tebul jom*, «inmersión de día».

(5) Tratado undécimo, *Jadajim*, «manos».

(6) Tratado duodécimo, *Uqsin*, «pedículos».

(7) Cf. *Vida de Jesucristo*, § 70-71, 308-309.

Según los fariseos se violaba el precepto del sábado aun transportando un higo seco (1); en el pasaje siguiente, mientras se precisa cada vez más este punto, se señalan también algunas divergencias de opinión entre la «escuela de Hillel» y la «escuela de Shammai»

El sastre no saldrá con su aguja al caer las tinieblas (del viernes por la noche), *porque podría olvidarse y salir* (llevando la aguja durante el sábado); *así también el escriba* (no saldrá) *con su pluma* (en la oreja). *Nadie despiojará sus vestidos ni leerá a la luz del candil* (2). *Con fundamento afirman* (los Doctores) *que el maestro de escuela puede leer el pasaje que los niños leerán* (mañana sábado), *pero que él no lea. Estas están entre las normas que* (los Doctores) *establecieron en el aula de Hananjah, hijo de Ezequías, hijo de Gorion, cuando fueron a visitarle; se contaron éstas, y las de la escuela de Shammai resultaron ser más numerosas que las de la escuela de Hillel. Y en aquel día decidieron dieciocho puntos. La escuela de Shammai afirma: No se pondrán a disolver tinta, colores y arvejas, salvo que se dejen macerar mientras es de día* (viernes); *la escuela de Hillel, en cambio, lo permite. La escuela de Shammai afirma: No se metan en el horno los haces de lino, salvo que se sequen mientras es de día* (mientras es viernes aún); *la escuela de Hillel, por el contrario, lo permite* (3) *La escuela de Shammai afirma: No se tenderán redes para cazar fieras, pájaros y peces, salvo que se cojan mientras es de día* (viernes); *la escuela de Hillel, en cambio, lo permite. La escuela de Shammai afirma: No se venda nada a un forastero, ni se le ayude a cargar* (el jumento) *ni se le cargue a él, salvo que tenga tiempo de llegar a un lugar próximo* (dentro del viernes); *la escuela de Hillel, por el contrario, lo permite. La escuela de Shammai afirma: No se den pieles a un curtidor, ni paños a un batanero de fuera, a menos que los trabajos puedan ser hechos mientras es de día* (viernes); *por el contrario, la escuela de Hillel permite todas estas cosas mientras luce el día. Rabban Simeón, hijo de Gemaliel* (4), *dice: En casa de mi padre había costumbre de dar las prendas blancas al batanero de fuera tres días antes del sábado* (5). *Los de Shammai y los de Hillel concuerdan en permitir que se carguen las vigas de la almazara y los cilindros de la prensa* (en viernes por la noche) (6). (Shabbath, I, 3-9).

83. En cuanto a la ropa en general y al vestido personal, ¿qué cosas pueden llevarse el sábado sin violar el reposo prescrito? ¿Es lícito, por ejemplo, que una mujer acuda a un lugar público llevando algún adorno?

---

(1) *Vida de Jesucristo*, § 70.

(2) Porque podría, sin pensarlo, hacer algún trabajo para reanimarlo.

(3) La divergencia de opinión en este caso, como en el precedente, se basa sobre el principio de que, según la escuela de Shammai, el reposo del sábado se extiende también a los seres inanimados, mientras que según la escuela de Hillel implica tan sólo a los seres animados. De modo que para Shammai los colores que están en disolución, o el lino que se seca en el horno, violan el reposo sabático.

(4) Es Gamaliel I, el maestro de Pablo.

(5) *Tres días antes del sábado*, porque las prendas blancas requieren más tiempo para lavarse, mientras las prendas de color pueden lavarse incluso en un solo día (viernes).

(6) Si bien la almazara y la prensa seguirán vertiendo—o sea, aparentemente «trabajando»—durante el sábado siguiente.

¿O están limitados? El siguiente pasaje responde a estas cuestiones y a otras afines:

¿Con qué cosas puede salir una mujer (el sábado) *y con cuáles no puede salir? La mujer no puede salir con cintas de lana, ni con cintas de lino, ni con atados de cuero en la cabeza, porque con ellos no podría hacer la ablución sin desatarlos previamente; ni (puede salir) a un lugar público con pendientes frontales, ni con los adornos de las mejillas que no estén cosidos, ni con el pañuelo frontal, ni con corona a modo de ciudad de oro, ni con collar, ni con pendientes nasales, ni con anillo que no tenga sello, ni con aguja sin ojo; sin embargo, si sale (llevando estos objetos) no es rea de pecado. El hombre no debe salir con sandalias de clavos, ni con una sola (sandalia), a menos que tenga una herida en el pie; ni con las filacterias, ni con un amuleto higiénico, a menos que esté preparado por persona experta; ni con coraza, ni con yelmo, ni con polainas; sin embargo, si sale (llevando estas cosas) no es reo de pecado. La mujer no debe salir con aguja con ojo, ni con anillo con sello, ni con velo envolvente (en la cabeza), ni con pomos de perfume, ni con cajitas de mirra, porque si sale (llevando estos objetos) es rea de pecado. Así lo afirma el rabbi Meir. Sin embargo, los Doctores permiten el pomo de perfume y la cajita de mirra. El hombre no debe salir con la espada, ni con el arco, ni con el escudo, ni con la adarga, ni con la lanza, porque si sale (llevando estas cosas) es reo de pecado... Con el cabello trenzado—sea suyo, sea de otra mujer, sea de un animal—, con pendientes frontales y con adornos de mejillas que estén cosidos, con pañuelo en la frente, con algún rizo, puede una mujer salir al patio* (de la casa, pero no fuera de ella); *con el algodón que tiene en el oído, con el algodón que tiene en la sandalia, con el algodón preparado para la menstruación, con un granito de pimienta o de sal o con cualquier otra cosa que se haya metido en la boca, con tal de que no se lo haya puesto el sábado, y si se le cae no puede volver a metérselo. Rabbi permite un diente postizo o un pendiente de oro, pero los Doctores lo prohiben. Se puede salir* (el sábado) *con una moneda (puesta) en un callo (del pie); los de corta edad pueden salir con cintas y con los hilitos en las orejas* (en los agujeros para los pendientes).. *Un cojo puede salir en sábado con su pata de palo, según la opinión de Rabbi Meir, pero Rabbi José lo prohibe...* (Sabbath, VI, 1-8.)

84. El mandato divino había dispuesto que el sábado reposaran también los animales que poseían los israelitas (*Exodo*, 20, 10; *Deut*, 5,14). ¿En qué sentido debía interpretarse esto? ¿En el de que los animales no trabajaran o en un sentido más riguroso? El siguiente pasaje da la respuesta oficial del rabinismo:

¿Con qué cosa (encima) puede salir un animal (del establo en sábado) *y con qué cosa no puede salir? El camello puede salir con el ronzal; la camella, con el anillo nasal; los burros libios, con el freno; el caballo, con la collarada, y todos los (animales) que llevan collarada salen con la collarada y se les lleva con la collarada; estas cosas* (para purificarlas) *se rocían y se bañan* (dejándolas puestas) *en su sitio. El burro puede salir con la albarda, si le ha sido puesta antes* (del sábado). *Los machos (del*

rebaño) salgan eslingados (1); *las ovejas salgan con el rabo atado al lomo o abajo, o bien envuelto en el paño; las cabras salgan con la cubierta* (en las mamas). *Rabbi José prohibe todas estas cosas, excepto el paño que envuelve a las ovejas. Rabbi Juda afirma que las cabras pueden salir con la cubierta cuando se quiere cortarles la leche, pero no para impedir su pérdida. ¿Y con qué cosa (encima) no puede salir* (una bestia del establo en sábado)? *Un camello no puede salir con un paño atado a la cola, ni atado en la pata trasera; así, todos los demás animales No se aten los camellos uno con otro para conducirlos, sino tómese cada uno de los ronzales en la mano para guiarles, para que no se entrelacen. El asno no puede salir con la albarda, si no le había sido atada antes (del sábado); ni con la campana, aun cuando cerrada; ni con el cierre de madera al cuello, ni con la correa de cuero en la pata. Los pollos no salgan con las cintas ni con los cordelillos en las patas. Los machos (del rebaño) no salgan con la carretilla debajo del rabo* (2), *ni las ovejas salgan con el bozal de hierba* yahnun (3); *ni el ternero salga con el yugo de mimbre, ni la vaca con la piel de erizo (en las mamas)* (4), *ni con la cincha entre los cuernos. La vaca de Rabbi Eleazar, hijo de Azaria, sale con la cincha entre los cuernos, pero sin la aprobación de los Doctores.* (Shabbath, V, 1-4.)

85. Supongamos ahora que estalla un incendio en una casa particular un sábado. ¿Cómo debe comportarse el amo? ¿Puede violar el reposo sabático trabajando para apagar el incendio? ¿Qué cosas puede salvar de la casa y cuáles no? A esto se responde del modo siguiente:

(En caso de incendio en sábado) *se puede poner a salvo la comida para las tres comidas del sábado, lo propio del hombre para el hombre, lo propio de las bestias para las bestias. ¿De qué modo (debe entenderse)? Si el incendio ocurre en la noche precedente al sábado, se puede poner a salvo el alimento para tres comidas; si por la mañana, se puede poner a salvo el alimento para dos comidas; si por la tarde, el alimento para una sola comida. El Rabbi José afirma: Siempre se puede poner a salvo el alimento para tres comidas. Se puede poner a salvo una cesta llena de hogazas, aun cuando haya para cien comidas; un masa de higos y un barril de vino* (5). *El Rabbi Simeón, hijo de Nanas, afirma: Se puede extender una piel de cabra sobre un armario, una caja o un anaquel a los que se haya prendido el fuego, porque (aquella piel) se quema* (pero no da llama). *Se puede acudir con una vasija de cualquier género, sea llena de agua sea vacía, para que el incedio no se propague. Rabbi José prohibe*

---

(1) Esta disposición y la siguiente tienden a impedir la monta.

(2) Era un rabo muy gordo, lleno de grasa; por esto le aplicaban una especie de carretilla para sostenerlo.

(3) Una hierba que hacía estornudar a las ovejas, lo cual era beneficioso para su salud.

(4) La espinosa *piel de erizo* se aplicaba con el fin de que las serpientes no se bebieran la leche.

(5) La cesta con cien panes se puede transportar, porque esto constituye un solo trabajo; lo mismo se puede decir de la masa de higos y del barril, si bien en otro lugar (*Shabbath,* VII, 4) se prohibe el transporte de un solo higo seco, fuera del caso de incendio.

las vasijas de arcilla nueva llenas de agua, porque no resisten al fuego y al despedazarse extienden el incendio. Si llega un extranjero para apagar (los israelitas) *no deben decirle «¡apaga!», ni siquiera «¡no apagues!», porque su descanso sabático no les concierne a estos* (israelitas); *pero si viene un menor de edad* (israelita) *para apagar no se le puede permitir (que apague) porque su reposo sabático les concierne.* (Shabbath, XVI, 2-6.)

86. El caso de incendio es afín a otros casos, resueltos del modo siguiente:

Si un extranjero enciende el candil (el sábado), *un israelita puede servirse de su luz; pero si (lo enciende) en servicio del israelita, está prohibido (usarlo). Si (un extranjero) llena de agua (el abrevadero) para abrevar su jumento, un israelita puede abrevar (su propio jumento) después de aquél; pero si (lo hace) en servicio del israelita (a éste) le está prohibido. Si (un extranjero) dispone un desembarcadero para desembarcar, un israelita puede desembarcar después de él; pero si (lo hace) en servicio del israelita (a éste) le está prohibido. (A este propósito) hay un episodiqo de Rabban Gamaliel* (1) *y algunos ancianos, los cuales llegaron en barca, y un* goj («pagano») *dispuso un desembarcadero para desembarcar, y Rabban Gamaliel y los ancianos desembarcaron.* (Shabbath, XVI, 8.)

A quien le sorprende la oscuridad (la noche anterior al sábado) *a lo largo del camino, puede consignar su bolsa (de dinero) a un extranjero; si no hay con él ningún extranjero, colóquela sobre el asno. Cuando llegue a la casa más externa (de la ciudad), coja los objetos que se pueden coger en sábado; en cuanto a los que no pueden cogerse en sábado, afloje la cuerda, para que los sacos se caigan por sí mismos. Está permitido extender brazadas de heno (con dos nudos) ante las bestias; también pueden esparcirse ramitos, pero no haces (con tres nudos).* (Shabbath, XXIV, 1-2.)

87. Supongamos ahora que un sábado se detiene un mendigo en el umbral de una casa pidiendo limosna; el amo de la casa está dentro, y quiere darle algo. ¿De qué manera podrá el amo entregar la limosna al mendigo, y éste recibirla, sin que ninguno viole el reposo sabático? He aquí la respuesta oficial:

Un mendigo está fuera, y el amo de la casa está dentro (del recinto): si el mendigo extiende la mano al interior (del recinto) y mete algo dentro de la mano del amo de la casa, o bien si coge algo y se lo lleva, el mendigo es culpable y el amo de casa es inocente. Si el amo de casa extiende su mano al exterior (del recinto) y coloca algo en la mano del mendigo, o bien si coge algo de ella y lo introduce en el interior (del recinto), el amo de casa es culpable y el mendigo inocente. Si el mendigo extiende su mano al interior (del recinto) y el amo de casa coge algo de ella, o bien si deposita en ella alguna cosa que el (mendigo) se lleva, los dos quedan inmunes. Si el amo de casa extiende su mano al exterior

(1) No se sabe si es Gamaliel I, el maestro de Pablo, o bien su nieto Gamaliel II.

y el mendigo coge algo de dentro de ella, o bien deja en ella algo que (el amo de casa) introduce (en el recinto), ambos están inmunes. (Shabbath, I, 1.)

La enseñanza es que, en el primer caso, el mendigo es culpable porque coge y se lleva algo en sábado. En el segundo caso es culpable el amo porque toma e introduce algo. En el tercero y cuarto caso, ni el mendigo ni el amo son culpables, porque ninguno de los dos hace la acción total de coger y llevarse, o bien de coger y meter en casa.

88. Finalmente, los siguientes pasajes vuelven a la diferencia de opiniones entre la «escuela de Hillel» y la «escuela de Shammai», sobre todo con respecto al descanso del sábado.

La escuela de Shammai afirma que puede comerse un huevo que haya sido puesto en día de fiesta; la escuela de Hillel, por el contrario, afirma que no se puede comer (1). *La escuela de Shammai afirma: La levadura* (que debe reservarse alejada por la Pascua), *sea de la medida de una oliva, el alimento fermentado de la medida de un dátil; la escuela de Hillel afirma en cambio: Para ambos basta con la medida de una oliva. Quien degüella a un animal o a un pájaro en día de fiesta, la escuela de Shammai afirma que puede cavar con la azada* (ya clavada en la tierra el día antes) *y cubrir* (la sangre de la víctima); *la escuela de Hillel, en cambio, afirma: No se debe degollar, a menos de que la tierra (para recubrir) esté preparada ya desde el día* (precedente al festivo); *sin embargo, concede que si alguien ha degollado, puede cavar con la azada y recubrir, porque la ceniza del fuego está preparada. La escuela de Shammai afirma: No se transporte la escala de palomar a palomar* (en día de fiesta); *pero podrá ser bajada de ventanilla a ventanilla* (en el mismo palomar); *la escuela de Hillel, por el contrario, permite (ambas cosas). La escuela de Shammai afirma: No se deben coger las palomas* (en día festivo) *si no se han golpeado palpándolas el día* (precedente al festivo); *la escuela de Hillel, por el contrario, afirma: (Basta con que uno) se detenga* (a mirarlas sin tocarlas) *y diga: «Cogeré ésta y aquéllas.» Si* (el día anterior al festivo) *escoge (palomas) negras y (el día festivo) encuentra blancas, o bien (escoge) blancas y encuentra negras, o bien (escoge) dos y encuentra tres, están prohibidas; (si escoge) tres y encuentra dos, están permitidas; (si escoge) dentro del nido, y las encuentra fuera del nido, están prohibidas, pero si no hay más que aquéllas, están permitidas. La escuela de Shammai afirma no se tomen los impuestos* (a la puerta de las barracas públicas) *en día de fiesta; la escuela de Hillel, por el contrario, admite que se entreguen. La escuela de Shammai afirma no se tome el majadero* (2) *para batir la carne; por el con-*

(1) Aquí se considera el caso de un *día festivo* que venga inmediatamente después del sábado; si el huevo ha sido *puesto* en tal día, en realidad había sido preparado en el vientre de la gallina un día antes, esto es, el sábado; por esto, la gallina había «trabajado» durante el descanso sabático. Este es uno de los pocos casos en que la Escuela de Shammai, por lo general más rigurosa, es más indulgente que la de Hillel, en general la más indulgente siempre. Con este caso comienza un tratado entero de la Mishna, llamado precisamente *Besah* («Huevo»).

(2) Se entiende el majadero del mortero de grano, que era pesado, de modo que manejarlo era un «trabajo».

trario, la escuela de Hillel, lo permite. La escuela de Shammai afirma no se ponga una piel (de animal desollado) *ante la gente que la apisone (para curtirla) ni se cuelgue, a menos que en ella haya (todavía pegada) tanta carne como una oliva; la escuela de Hillen, en cambio, lo permite. La escuela de Shammai afirma* (en día de fiesta) *no se sacan a un lugar público ni a un niño, ni un ramo de palma, ni un libro de la Ley; la escuela de Hillel, en cambio, lo permite... La escuela de Shammai afirma* (en día festivo) *los condimentos se majan en un mortero de madera y la sal en un recipiente de barro, y en un cucharón de marmita; la escuela de Hillen, en cambio, afirma* (en día festivo) *los condimentos se majan como de costumbre* (en los días no festivos) *en un mortero de piedra, y la sal, en un mortero de madera. Quien limpia las legumbres en día festivo, según la escuela de Shammai, debe sacar lo comestible* (no lo estropeado) *y comerlo; en cambio, la escuela de Hillel enseña: pele como de costumbre* (quitando lo estropeado) *en el regazo, o en un cesto, o en un barreño, pero no en una mesa ni con un cedazo, ni con una criba. Rabban Gamaliel* (1) *afirma también se puede verter agua y tirar* (las partes malas). *La escuela de Shammai afirma no se envíen en día festivo sino parte* (de cosas inmediatamente comestibles); *la escuela de Hillel, en cambio, afirma se pueden enviar animales, caza y pájaros, sea vivos o muertos; se pueden enviar vinos, óleos, harinas y legumbres, pero no trigo (no molido). Rabban Shimeon permite también el trigo. Se pueden enviar vestidos, sea cosidos o no cosidos, aun cuando haya entre ellos de tejido mixto (de lino y de lana), con tal de que sirvan para la fiesta; sin embargo (no se pueden mandar), ni una sandalia clavada, ni un zapato sin coser. Rabbi Juda afirma (no se puede mandar) ni siquiera un zapato blanco, porque hace falta el oficial* (para ennegrecerlo). *La norma general es que toda cosa que puede ser empleada (inmediatamente) se puede mandar en día festivo.* (Besah, I, 1-10.)

En un día festivo que caiga en víspera de sábado nadie debe guisar intencionadamente el día festivo para el sábado, aun cuando cocine para el día festivo, y si algo queda, queda para el sábado. Y prepare una comida en la vigilia del día festivo y se basará sobre ella (para guisar) para el sábado. La escuela de Shammai afirma: (prepárense la vigilia del día festivo) dos comidas; la escuela de Hillel, en cambio, afirma una sola comida. Todos convienen en que un pescado y un huevo que esté sobre él son dos comidas. Si (la comida) se comió o se perdió, no se puede (basándose) en ella guisar intencionadamente (para el sábado); pero si queda algo, aun cuando mínimo, se basará sobre esto (para guisar) para el sábado...

La escuela de Shammai afirma nadie caliente (agua para lavarse) los pies (en día festivo), *salvo que sea potable; la escuela de Hillel, en cambio, lo permite (como permite también) que alguien encienda fuego y se caliente junto a él. En tres cosas es riguroso Rabban Gamaliel* (2), *según el parecer de la escuela de Shammai, esto es: que no se pueden conservar alimentos calientes del día festivo para el sábado* (inmedia-

(1) No consta si es Gamaliel I ó II.
(2) Probablemente Gamaliel, el maestro de Pablo.

tamente subsiguiente): *que en día festivo no se puede componer un candelabro* (roto en parte); *que no se cuezan hogazas gruesas, sino tan sólo finas* (en día festivo). *Dice Rabban Gamaliel: «En los días en que existía la casa de (mi) padre no se cocían panes gruesos, sino tan sólo finos». Pero le contestaron: «¿Qué tenemos nosotros que ver con los de la familia de tu padre, que fueron rigurosos consigo mismos e indulgentes para con Israel, permitiendo que cociese hogazas gruesas y tortas macizas?» El mismo es indulgente en tres puntos (afirmando): que se puede barrer entre los divanes (del comedor), y se puede poner perfume (a quemar) en día de fiesta, y se puede preparar en las noches pascuales un cabrito «armado»* (1). *Pero los doctores prohiben (estas tres cosas).* (Besah, II, 1-7.)

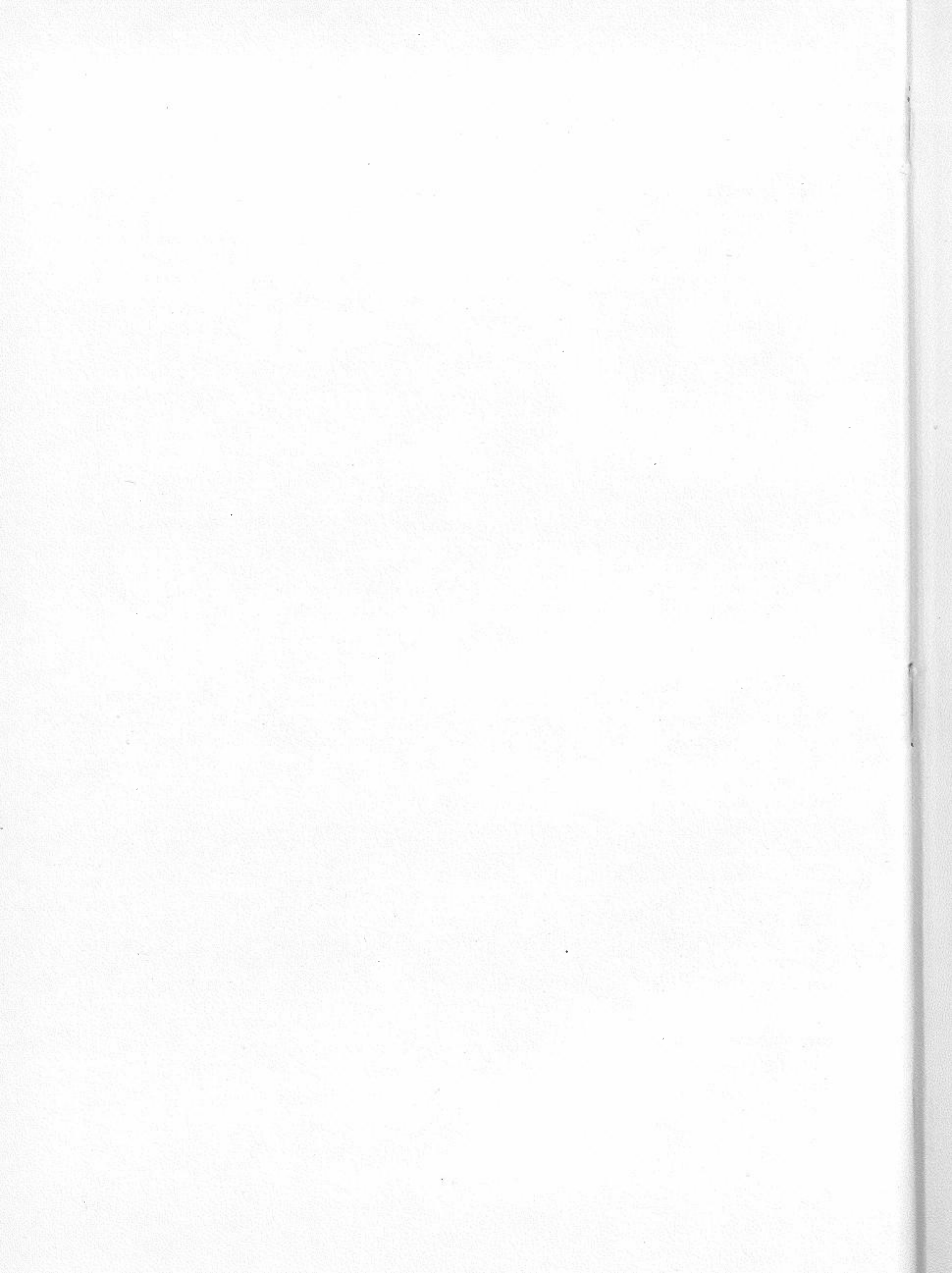
89. Nos hemos detenido citando estos documentos porque constituyen el mundo moral en que Pablo dió conscientemente sus primeros pasos, y representan las ideas religiosas y éticas sobre las que meditó largamente durante sus estudios en Jerusalén.

Se podrá objetar que la Mishna es posterior a Pablo y que, por tanto, no vale de testimonio para sus tiempos. Pero la objeción no es válida: en primer lugar, porque algunas sentencias de la Mishna son del tiempo de Pablo, o incluso anteriores; en segundo lugar, porque incluso las sentencias posteriores, que son la mayoría, sin duda, tienen también valor para nuestro propósito. Porque a nosotros no nos interesa conocer las «decisiones» jurídicas dadas por los antiguos rabinos, y ni siquiera los «casos» prácticos particulares resueltos por ellos; queremos, por el contrario, penetrar el espíritu general de aquellas escuelas; la mentalidad habitual de los docentes y de los discentes con que se relacionó Pablo. Pues bien: aquel espíritu y aquella mentalidad, celosamente custodiados, permanecieron inalterables no sólo durante el tiempo que transcurre entre Pablo y la Mishna, sino durante siglos después, y puede decirse que hasta hoy.

En conclusión: Pablo, durante sus estudios en Jerusalén, se propuso y se esforzó por hacerse un gran maestro precisamente en aquellas materias que hemos visto y en las muchísimas más que hemos vislumbrado tan sólo. Qué día radiante habría sido aquel en que hubiera podido sentenciar magistralmente sobre miles y miles de «casos» de todas aquellas materias. En aquel día él, Pablo, *hebreo hijo de hebreos y, según la Ley, fariseo (Filipenses,* 3, 5), convertido ahora en objeto de gran honor ante sus connacionales en la tierra y de suma complacencia ante Dios en los cielos, podría haber afirmado que lo había ganado todo.

Y, en cambio, acabó por afirmar: «*Todo lo he perdido y lo considero* σκύβαλα». (§ 170.)

(1) «Armado», esto es, vaciado y armado de modo especial.



V. FUENTES PARA LA BIOGRAFIA DE PABLO

90. Las fuentes todas de la vida de Pablo están contenidas en el Nuevo Testamento; fuera de éste, no hay prácticamente ninguna, porque los datos que pueda haber en algún otro documento antiguo son, además de escasos, muy poco fidedignos (1). Estas fuentes están representadas por las cartas de Pablo y los *Hechos de los Apóstoles*.

En el Nuevo Testamento se atribuyen a Pablo catorce cartas, dispuestas hoy en el orden siguiente: *Romanos, I* y *II Corintios, Gálatas, Efesios, Filipenses, Colosenses, I* y *II Tesalonicenses, I* y *II Timoteo, Tito, Filemón, Hebreos*. Hablaremos de estas cartas poco a poco, a medida que surja la ocasión cronológica, porque la serie indicada no corresponde al orden cronológico. Baste recordar aquí que se encuentran alusiones o notas a las cartas de Pablo en los escritos cristianos más antiguos, como Clemente Romano (hacia el año 95), Ignacio de Antioquía (poco antes de 107) y, sobre todo, en Policarpo de Esmirna (entre 107 y 108); las alusiones se hacen cada vez más numerosas en Justino

---

(1) Proceden, sobre todo, del extenso escrito, apócrifo, *Hechos de Pablo*, que ha llegado a nosotros en tres partes: los *Hechos de Pablo y Tecla, el Martirio de Pablo* y las *Epístolas* (apócrifas) *de Pablo a los Corintios y de los Corintios a Pablo*. Algunos eruditos modernos (cf., § 188) han indicado que en la historia de Pablo y Tecla hay tal vez datos exactos en medio de un florilegio de detalles legendarios y milagrosos. Las cartas que cruzaron Pablo y Séneca son totalmente falsas (§ 53). La carta a los *Laodiceos*, que existe aún hoy, es un centón de pasajes extraídos de las cartas paulinas neotestamentarias: parece diferente de la carta del mismo nombre señalada como Marcionita por el Fragmento Muratoriano (lín. 64-65), y fué suscitada por el pasaje de *Col.*, 4, 16.

Se ha querido ver una alusión a Pablo, casi una *damnatio memoriae*, en las frases de R. Eliezer de Modín que refiere la Mishna, *Pirge Aboth*, III, 12 (Cf.: Strack u. Billerbeck, *Komentar zum N. Test. aus Talmud und Midrasch*, II, p. 754). La cosa no es muy segura; en todo caso el pasaje no contiene datos biográficos paulinos, sino tan sólo la reprobación del rabinismo frente a él. Y, además, es de origen judío, sin duda, la trama novelesca que los ebionitas referían a Pablo; Pablo no era judío, sino un griego nacido en Tarso de padres griegos; llegado a Jerusalén se enamoró de la hija del sumo sacerdote, y para casarse con ella aceptó la circuncisión y el judaísmo; pero como no logró su propósito, para vengarse, pasó a la oposición y se entregó a la acción contra los circuncisos, el Sábado y la Ley (Epifanio: *Haer.*, XXX, 16; en Migne: *Patr. Gr.*, 41, 432 sigs.). Es evidente el propósito denigrante y calumniador de la novela, inventada por el judaísmo contra Pablo, con el mismo espíritu con que se inventaron contra Jesús las leyendas rabínicas que aluden a él (cf.: *Vida de Jesucristo*, § 88-89), y no merece siquiera que se discuta.

y en otros escritores del siglo II, mostrando que ya en la primera mitad de dicho siglo la Iglesia poseía una colección de cartas atribuídas a Pablo, comprendidas aquéllas a *Timoteo* y a *Tito*. Pasemos de aquí a examinar los *Hechos de los Apóstoles*.

91. El mejor título de este libro que atestiguan los códices es el de Πράξεις ἀποστόλων, esto es, *Hechos de apóstoles;* son variantes menos autorizadas *Hechos de los Apóstoles* o, simplemente, *Hechos*. Es un título antiquísimo, que se encuentra ya citado en el siglo II. El término Πράξεις, *Hechos,* no preconiza una historia orgánica o una biografía completa, sino tan sólo los episodios más salientes de determinado personaje; Calístenes, contemporáneo de Alejandro Magno, había escrito los *Hechos* (Πράξεις) *de Alejandro,* ciertamente en el sentido mencionado, que equivalía al término latino de *Res gestae*. La forma del título mejor atestiguada, *Hechos de apóstoles*—mejor que la de *Hechos de los Apóstoles,* con artículo—, es también la que mejor corresponde al contenido, porque el libro refiere los hechos no de todos *los* apóstoles, sino de unos pocos de ellos; en realidad, tan sólo de Pedro y de Pablo, y ni siquiera totalmente.

Este libro está colocado en el Nuevo Testamento inmediatamente después de los cuatro evangelios canónicos, y precisamente porque su tema se une sin interrupción con los últimos hechos narrados por aquéllos. Al terminar la narración de los evangelios con la ascensión de Jesús, los *Hechos de los Apóstoles* arrancan de la misma ocasión y siguen narrando la propagación del cristianismo primero en Palestina y después en Siria y otras regiones del Imperio romano. Esta propagación gradual, que es el tema genérico del libro, casi se preanuncia al comienzo del mismo, en las palabras de Jesús a los apóstoles antes de su ascensión: «*Seréis mis testigos en Jerusalén,*

Fig. 29.—PAPIRO (DE HEIDELBERG) CON EL TEXTO COPTO DE LOS HECHOS DE PABLO

en toda la Judea, en Samaria y hasta los extremos de la tierra.» (*Act.*, *I*, 8.)

92. Como Pedro y Pablo son los personajes principales de toda la narración y se presentan en dos fases sucesivas, el libro en su totalidad se divide espontánea, si no intencionadamente, en dos partes: Pedro es el protagonista de la primera parte (cap. 1-12), y Pablo, de la segunda (cap. 13-28); pero ya al final de la primera entra en escena el protagonista de la segunda, de modo que esta segunda parte tiene una especie de introducción en el final de la primera. He aquí el índice de ambas partes:

PRIMERA PARTE: *Prólogo; ascensión de Cristo; elección de Matías* (capítulo 1).—*Pentecostés; discurso de Pedro; primeras conversiones en Jerusalén* (cap. 2).—*Curación del lisiado; discurso de Pedro* (cap. 3)—*Pedro y Juan, ante el Sanedrín; caritativa asistencia de los fieles* (capítulo 4).—*Ananías y Safira; milagro de los apóstoles, que son encarcelados y entregados al Sanedrín* (cap. 5).—*Elección de siete diáconos; acusación de Esteban* (cap. 6).—*Discurso y lapidación de Esteban* (capítulo 7).—*Persecución de la comunidad de Jerusalén, con la cooperación de Saúl (Pablo); conversión de los samaritanos por obra del diácono Felipe, de Pedro y de Juan; conversión del etíope* (cap. 8).—*Conversión de Pablo; Pablo predica en Damasco; huye a Jerusalén; marcha a Tarso* (9, 1-30).—*Pedro sana al paralítico Eneas en Lida; resucita a Tabita en Joppe* (9, 31-43).—*El centurión Cornelio; Pedro en Jerusalén defiende su conducta con respecto a Cornelio* (10-11, 18).—*Comienzos de la comunidad en Antioquía; Bernabé y Pablo; hambre y viaje de las colectas* (11, 19-30).—*La comunidad de Jerusalén es perseguida por Herodes Agripa I; muerte de Santiago el Mayor y prisión de Pedro; liberación milagrosa de Pedro; muerte de Herodes Agripa; Bernabé y Pablo tornan a Antioquía* (cap. 12).

SEGUNDA PARTE: *Primer viaje misional de Pablo* (cap. 13-14).—*Concilio de los apóstoles* (15, 1-35).—*Segundo viaje misional de Pablo* (15, 36-18, 22).—*Tercer viaje misional de Pablo* (18, 23-21, 16).—*En Jerusalén se encuentra Pablo con Santiago el Menor; es arrestado en el Templo* (21, 17-40).—*Discurso de Pablo al pueblo; Pablo en prisión, y después, ante el Sanedrín* (cap 22).—*Discurso de Pablo; conjuración de los judíos en contra suya; Pablo en Cesarea* (cap. 23).—*Pablo ante el procurador Félix* (cap. 24).—*Pablo ante el procurador Festo, ante Agripa y Berenice* (cap. 25-26).—*Navegación de Pablo hacia Roma; naufragio e invernada en Malta; llegada a Roma y permanencia en ella de dos años* (cap. 27-28).

El relato emplea generalmente la tercera persona *(ellos, aquéllos, éstos)*, como sucede, de costumbre, en los libros históricos; pero en cuatro pasajes emplea la primera persona *(nosotros)*, como si el narrador hubiera participado personalmente en los sucesos narrados en aquellos pasajes, los cuales, sin embargo, surgen de improviso, sin que haya aviso previo o explicación de este súbito cambio de sujeto. Los cuatro pasajes son los siguientes: 16, 10-17; 20, 5-15; 21, 1-18; 27-

28, 16 (1); nótese cómo todos pertenecen a la segunda parte del libro (2).

93. Todos los escritores más antiguos de que tenemos noticias atribuyen, de común acuerdo, a Lucas el médico el libro de los *Hechos*. Ya conocemos a Lucas por la presentación que hicimos de él al tratar del III evangelio, que también se le atribuye (3).

Dejando aparte las alusiones o referencias que se hallan en escritos más antiguos, los testimonios explícitos son paralelos—como es natural—a los del III evangelio. En la segunda mitad, hallada en el siglo II, dice el Fragmento Muratoriano en su latín absurdo (con las correcciones necesarias para hacerlo inteligible): *Acta autem omnium apostolorum sub uno libro scripta sunt Lucas optimo Theophilo comprehendit quia sub praesentia eius singula gerebantur* (líneas 34-37). Aquí el autor desconocido señala que los hechos de los apóstoles en general se refieren en un solo libro, a diferencia de los hechos de Jesús, que se narran en los cuatro libros de los evangelios; el autor de este libro es Lucas (de quien antes ha hablado el Fragmento a propósito de su evangelio), el cual escribe para el «óptimo Teófilo» y narra hechos en los que él mismo estuvo presente.

Aproximadamente de la misma época es el testimonio de Irineo de Lyon; éste aduce varios pasajes de los *Hechos*, citando a veces también el título, y, entre otras cosas, dice: «*El que este Lucas fuese inseparable de Pablo y cooperador suyo en el Evangelio lo manifiesta él mismo, no alabándose, sino ciñéndose a la verdad misma. Habiéndose separado—dice Lucas—de Pablo sea Bernabé, sea Juan de sobrenombre Marcos, y habiendo navegado hacia Chipre, llegamos a Troade... Navegando después desde Troade dirigimos el navío hacia Samotracea... hablando con las mujeres* (cf. *Act.* 15, 39-16, 13)... *Estando presente en todos estos (hechos) Lucas, los reunió por escrito diligentemente... Porque no sólo fué seguidor, sino también cooperador de los apóstoles, y mayormente de Pablo*» (*Adv. Haer.* III, 14, 1; en Migne, *Patr. Gr.* 7, 913-914). Son igualmente del declinar del siglo II los varios prólogos coptos, griegos y latinos (4) que anteceden a las diversas partes del Nuevo Testamento, reproducidos después con ampliaciones por los Prólogos Monarquianos posteriores. En los prólogos más antiguos aparece también la mención de Lucas como autor de los *Hechos*; por lo general, se le nombra como autor del III evangelio, y después se añade *postremo scripsit idem Lucas Actus apostolorum*.

---

(1) Tal vez un quinto pasaje en II, 27-28; para el cual, véase § 317, nota.

(2) Los alemanes, dada la índole de su lengua, designan los cuatro pasajes con el término de *Wirstücke*, que a veces también emplean escritores de otros idiomas, comprendidos los italianos. No existiendo razón alguna para este servilismo lingüístico, los designaremos nosotros como «los pasajes en primera persona del plural» de acuerdo con la índole de nuestra lengua, que es, además, la misma de la latina. Los franceses dicen a veces *nous-sections*, y los ingleses *we-sections*.

(3) Cf.: *Vida de Jesucristo*, § 135-145.

(4) Textos latinos en D. de Bruyne: *Les plus anciens prologues latins des Evangiles*, en *Revue bénédictine*, 1928, págs. 193-214; los demás textos, en M. J. Lagrange: *Evangile selon saint Luc*, 3.ª ed., París 1927, págs. XIII-XVIII.

94. Del siglo II al III, los testimonios se hacen cada vez más numerosos entre los escritores latinos (por ejemplo Tertuliano, *De ieiunio,* 10; en Migne, *Patr. Lat.,* 2, 966 al 1.017) entre los griegos (Clemente de Alejandría, *Stromata,* V, 12, 82; en Migne, *Patr. Gr.,* 9, 124; Orígenes, *C. Celsum,* VI, 11; en Migne, *Patr. Gr.,* II, 1.308, y la cita hecha por Eusebio, *Hist. eccl.,* VI, 25, 14). Todos ellos citan los *Hechos* como un libro del Nuevo Testamento, y atribuyen su paternidad a Lucas.

Es inútil alargar las citas; todos admiten que en el siglo III los *Hechos* se aceptaban, sin discusión, como escrito canónico compuesto por Lucas (cf. Eusebio, *Hist. eccl.,* II, 22,1; III, 4,1-10; III, 25, 1). Por esto sorprende hallar en una homilía atribuída a Juan Crisóstomo la afirmación de que muchos no sabían quién fuera el autor de los *Hechos,* y los atribuían a Clemente Romano, o a Bernabé, o a Lucas evangelista (1), y esta afirmación es repetida más tarde por Focio (2). Pero Focio, sin duda, depende de la homilía, ya que no existe en toda la antigüedad la menor huella de que los *Hechos* se hayan atribuído nunca a Clemente romano o a Bernabé; en cuanto a la homilía en sí, probablemente es un arreglo de otro escrito de Crisóstomo y no es auténtica; de todas maneras, sea quien fuere el autor, debe haber incurrido en una confusión entre los *Hechos* y la carta a los *Hebreos,* porque ésta sí la atribuyeron algunos antiguos a Clemente romano o a Bernabé (§ 652 y siguientes).

95. Pasando al examen interno del escrito, hallamos numerosas confirmaciones de su estrecha relación con el III evangelio y de la paternidad de Lucas. El prólogo del III evangelio, que dedica aquel libro al *excelentísimo Teófilo* (3), halla su parelelo en el prólogo de los *Hechos* (1, 1-2), que se dedican igualmente a Teófilo, y menciona expresamente el anterior escrito (πρῶτον λόγον) que le ha sido dedicado, o sea, el III evangelio; menciona también el episodio final de aquel escrito, la ascensión, con la que el nuevo escrito comienza la narración; de modo que resulta clarísima la conexión entre ambos escritos.

96. Además, muestran entre sí estos escritos gran afinidad, en cuanto al modo de presentar la materia, la lengua y el estilo.

Hicimos notar muchas veces, al tratar del III evangelio, que el autor gusta de presentar la materia en forma de cuadritos unidos, a modo de dípticos, en los que una figura se contrapone a otra (4). Pues bien: la misma predilección reaparece en los *Hechos,* y aun en mayor medida, porque mayor era la oportunidad. Nos encontramos, en efecto, conque las dos figuras de Pedro y de Pablo, protagonistas respectivos de las dos partes del libro, se corresponden en algunos trazos biográficos, sobre todo taumatúrgicos Pedro cura a un paralítico (3, 2 y si-

---

(1) *Hom. II in Ascensionem et initium Actorum,* 8 en Migne: *Patr. Gr.,* 52, 780.
(2) Focio: *Quaest. ad Amphilochium,* 123 a 145, en Migne: *Patr. Gr.,* 101, 716.
(3) Ya fué examinado en la *Vida de Jesucristo,* § 140 y sigs.
(4) Cf.: *Vida de Jesucristo,* § 227, 251 y 455.

guientes) y Pablo cura a otro (14, 8 y sigs.); Pedro resucita a Tabita (9, 36 y sigs.) y Pablo a Eutico (20, 9 y sigs.); Pedro fulmina a Ananías y a Safira (5, 1 y sigs.) y Pablo ciega al mago Elimas (13, 8 y siguientes); la sombra de Pedro es milagrosa (5, 15), lo mismo que la ropa usada por Pablo (19, 12); el centurión Cornelio adora a Pedro como a un ser divino, suscitando sus protestas (10, 25-26), y los licaonios veneran a Pablo como dios Hermes, induciéndole a las mismas protestas (14, 11 y sigs.); ambos son milagrosamente liberados de la prisión, el uno en Jerusalén (12, 50) y el otro en Filipos (16, 22); y así acontece con otros muchos episodios. Semejante paralelismo es intencionado, porque, entre los múltiples episodios de la vida de Pablo, el autor ha escogido intencionadamente los más semejantes a los de la vida de Pedro, dejando otros muchos que no tenían correspondencia en la vida de Pedro; nosotros conocemos, por las cartas de Pablo, muchos episodios que no se mencionan en los *Hechos* (cf. *II Cor.*, 11, 23-27), y que el autor podía saber aún independientemente de las cartas. Por otra parte, en la elección y presentación de su material narrativo el autor se había propuesto demostrar, entre otras, una tesis secundaria, cuyo concepto puede hallarse en las palabras de Pablo: «*Pues el que* (esto es, Dios) *obró en Pedro para el apostolado (entre aquéllos) de la circuncisión, obró también en mí para el de los gentiles*» (*Gal.*, 2, 8). Esta tesis contenía una dualidad, un díptico, de acuerdo con la predilección del escritor, el cual no hizo sino iluminar las dos tablas del díptico y resultaron las dos partes del libro.

97. En cuanto a la lengua y al estilo, el III evangelio y los *Hechos* son, sin duda, obras gemelas. Esta afirmación se basa sobre minuciosos cálculos lexicográficos hechos sobre el III evangelio y los *Hechos,* confrontados entre sí y con los demás escritos del Nuevo Testamento. Como puntos de partida de estos cálculos se han tomado los pasajes en primera persona del plural (§ 92), y con razón, porque, fijadas las características de lengua y de estilo propias a aquellos pasajes, se pasa después a buscar si reaparecen en el resto de los *Hechos* o en el III evangelio; según que reaparezcan o no, se obtiene la confirmación casi plena de que el autor que narra en primera persona es el mismo que narra en tercera persona en el resto de los *Hechos* y en el III evangelio. A tal fin se han redactado con admirable paciencia erudita largas listas de palabras e interminables categorías de construcciones gramaticales y frases especiales, que, naturalmente, no podemos referir aquí (1). Sin embargo, nos parece oportuno dar un pequeño resumen.

98. Los *Hechos* constan de 805 versículos, de los cuales 97 están en primera personal del plural (casi una octava parte del libro). Excluyendo los nombres propios y los numerales, Harnack (2) ha conta-

(1) Se pueden consultar, además de las obras de A. von Harnack citadas en el § 132, J. C. Hawkins: *Horae synopticae*, 2.ª ed., Oxford 1909; E. Jacquier: *Les Actes des Apôtres*, 2.ª ed., París 1926, pág. LX sigs., CLXIV sigs.

(2) *Lukas der Arzt* (citado en nota al § 132).

do 67 palabras que se hallan en los pasajes en primera persona del plural, y aparecen también en el resto de los *Hechos,* pero nunca en los cuatro evangelios; 43 palabras que se encuentran en los pasajes mencionados y aparecen también en el resto de los *Hechos* y en el III evangelio, pero jamás en los otros tres evangelios; 20 palabras que se hallan en los pasajes mencionados y aparecen también en el III evangelio, pero nunca en el resto de los *Hechos* ni en los otros tres evangelios. Resumiendo hay 63 palabras halladas, sea en los pasajes en primera persona, sea en el III evangelio, y hay 110 palabras halladas sea en los mencionados pasajes, sea en el resto de los *Hechos;* en total, 130 palabras, que, en conjunto, representan un patrimonio particular compartido por los pasajes en primera persona, el resto de los *Hechos* y el III evangelio (excluyendo siempre los otros tres evangelios). El número parece muy elevado, si se piensa que el patrimonio lexicográfico de los *Hechos* es de unas 1.800 a 2.000 palabras, comprendidos los nombres propios (1), y que de ellas, unas 45 no se hallan en el resto del Nuevo Testamento (fuera del III evangelio). Estas 130 palabras son otros tantos eslabones de una cadena que enlazan entre sí los pasajes en primera persona, el resto de los *Hechos* y el III evangelio, mientras la misma cadena prohibe la entrada a cualquier autor extraño. Por esto se puede afirmar que los tres grupos de textos proceden de un solo autor, que ha empleado en ellos su patrimonio lingüístico habitual, el cual, como sucede siempre, es diverso del patrimonio de cualquier otro autor.

Esta conclusión la confirman otras comparaciones y cómputos respecto a las construcciones gramaticales, la sintaxis y demás variaciones estilísticas; pero no podemos detenernos también sobre estos puntos.

99. Por el contrario, se ha hecho observar que los pasajes en primera persona contienen también profundas diferencias lingüísticas, comparados con el resto de los *Hechos.* Esto es verdad; contienen, efectivamente, 111 palabras que no aparecen en ningún otro pasaje de los *Hechos.* Pero la razón es clara: estas palabras se emplean en su mayoría para referir la navegación de Pablo desde Cesarea a Roma, y son términos náuticos técnicos, y, como no hay en ningún otro lugar de los *Hechos* un relato de la misma naturaleza y amplitud, por esto no se vuelven a encontrar estos términos técnicos. Se ha objetado también que la correspondencia de material lingüístico entre los pasajes en primera persona y otras partes de los *Hechos* (fuera del III evangelio) se podría atribuir no al autor primitivo que habría escrito de corrido, sino a la habilidad de un redactor tardío que habría recopiado el estilo de los pasajes en primera persona, reproduciéndolo en las demás partes de los *Hechos.* Pero, en primer lugar, esto es preciso demostrarlo con pruebas, frente a la posibilidad contraria, que es indudablemente la más natural: además, una imitación del estilo

(1) La incertidumbre de esta cifra depende de los diversos criterios con que los eruditos hagan sus cómputos (algunos incluyen los nombres propios y algunas partículas del discurso, que en cambio otros excluyen), como también de las diferentes lecturas de variantes y de la inclusión de pasajes redundantes que ofrece el texto «occidental» de los *Hechos* (§ 119, nota).

tan perfecta, que no puede descubrirse ni siquiera en los pacientes estudios modernos, era de por sí empresa demasiado ardua y, sobre todo, que no justificaba entonces ningún interés particular (¿acaso el presunto redactor temía que su libro, apenas aparecido, sufriera el examen microscópico que padeció diecinueve siglos más tarde?); finalmente, para mejor disimularse, el redactor debía haber comenzado por hacer desaparecer la primera persona del plural en aquellos pasajes en que se encuentra, como demasiado comprometedora para él, así como también debía haber suprimido divergencias de tonalidad considerables que se encuentran entre la primera y segunda parte del libro (§ 111). Como lingüísta, este redactor habría sido demasiado hábil; como simulador, muy inhábil.

100. De manera que el examen filológico lleva a la conclusión de que fué uno sólo el autor de los pasajes en primera persona y del resto de los *Hechos* (y del III evangelio), y confirma cuanto dice la antigua tradición que atribuye estos escritos tan sólo a Lucas, el médico y discípulo de Pablo.

En cuanto a estas dos cualidades de Lucas, no podemos sino repetir lo que decíamos en otra parte (1). Por el examen de los *Hechos* únicamente, no podría deducirse que su autor fuera un médico; pero hay confirmaciones (a pesar de las cautelosas reservas de algunos eruditos), tales como algunas expresiones, más o menos técnicas, que se emplean en el relato de la curación del paralítico *(Act.,* 3, 7-8), de Publio en Malta (28, 8) y en otros lugares aislados (13, 11; 28, 3, etc.). Mucho más evidente es la afinidad conceptual que une al autor de los *Hechos* con el mundo espiritual de Pablo. Es probable que Lucas no haya conocido, o al menos que no haya empleado en los *Hechos,* las cartas de Pablo (§ 113); sin embargo, los vocablos, las frases y las expresiones especiales, que se hallan sólo en las epístolas de Pablo y en los *Hechos,* son más de un centenar; además de esto, los puntos culminantes de la doctrina de Pablo, especialmente los de la salvación operada por Cristo, de la fe justificante, de la acción del Espíritu Santo, etc., se hallan igualmente en los *Hechos.* Todo esto es claro si nos confiamos a la tradición: Lucas, discípulo de Pablo, ha recibido estas ideas y estas expresiones en la larga convivencia mutua; las mismas que Pablo comunicaba a los demás en sus cartas (§ 566).

*

*   *

101. ¿Qué fin se proponía Lucas al escribir los *Hechos*? Es espontánea la respuesta abstracta de que su fin era análogo y estaba en conexión con el que se había propuesto al escribir el III evangelio: allí, dirigiéndose a Teófilo, le había dicho que escribía *para que conozcas la firmeza de la doctrina que has recibido* (en la que has sido catequizado: κατηχήθης, *Luc,* 1, 4), aludiendo con esto a la «catequesis» apostólica que se refería a los hechos y las doctrinas del Salvador, Jesús; por esto, en

(1) Cf.: *Vida de Jesucristo,* § 137-138.

el nuevo escrito, dirigido análogamente a Teófilo, el fin de Lucas será contar lo que después de la desaparición del propio Jesús sucedió en la prosecución de su obra. En efecto, como ya señalamos (§ 91), el tema general del libro es la propagación del cristianismo, primero en Palestina, después en Siria y en otros lugares; este tema enlaza con el del III evangelio, porque Teófilo debía ser instruído también acerca de *la firmeza de la doctrina*—o sea, en la realidad de los sucesos—, referentes a la propagación de la doctrina de Jesús. Mientras Jesús estuvo presente se desarrolló el primer período de la «salvación»; cuando desapareció, se inició el segundo; Teófilo debía ser instruído acerca de los dos períodos.

102. Pero en el segundo período, Cristo, ausente, ha mandado un enviado suyo que promueva la propagación de su doctrina, el Espíritu Santo. En efecto, los *Hechos* comienzan recordando la promesa hecha por Cristo a los apóstoles poco después de su ascensión: *Seréis bautizados en el Espíritu Santo... Recibiréis la virtud del Espíritu Santo, que descenderá sobre vosotros,* y por esto, como consecuencia de este bautismo o investidura del Espíritu Santo, *seréis mis testigos en Jerusalén y en toda la Judea, en Samaria y hasta los extremos de la tierra* (1, 5... 8). Inmediatamente después se refiere la infusión de este Espíritu el día de Pentecostés, y después, las consecuencias inmediatas, y poco a poco las remotas de esta misma infusión. Pedro, apenas recibido el Espíritu, habla a la muchedumbre de Jerusalén y obtiene conversiones a la doctrina de Cristo (2, 14 y sigs.), como poco después hablará, *lleno del Espíritu Santo,* ante el Sanedrín (4, 8); los siete diáconos deben estar *llenos de Espíritu (santo),* y así lo está verdaderamente Esteban (6, 3. 5); apenas comienzan a convertirse los samaritanos cuando acuden junto a ellos Pedro y Juan, que *les impusieron las manos y recibieron el Espíritu Santo* (8, 17); apenas se convierte Pablo, Ananías va a visitarle para que *seas lleno del Espíritu Santo* (9, 17); a medida que se difunde la Iglesia por *toda Judea, Galilea y Samaria... andaba en el temor del Señor, llena de los consuelos del Espíritu Santo* (9, 31). Lo mismo puede decirse para la evangelización de los paganos: la conversión del centurión Cornelio está preparada por el Espíritu Santo (10, 19) y confirmada después por una amplia efusión del Espíritu Santo (10, 44-47); Bernabé, que estaba *lleno del Espíritu Santo* (11, 2), marchó con Pablo al primer viaje misional por mandato expreso del Espíritu Santo (13, 2), de manera que los dos fueron *mandados por el Espíritu Santo* (13, 4), y los convertidos durante aquel viaje *andaban llenos de alegría y del Espíritu Santo* (13, 52). Sería superfluo insistir, porque todo el relato está lleno de la intervención del Espíritu Santo mucho más que cualquier otro libro del Nuevo Testamento. Por tanto, es evidente que el fin que se proponía Lucas en los *Hechos* era contar a Teófilo la propagación del Cristianismo como efecto del Espíritu Santo, esto es, mostrarle la prosecución de la obra de Jesús bajo la asistencia de su «enviado».

Los antiguos ya descubrieron este propósito de Lucas, y afirmaron con perfecta verdad histórica, y con no menos brío, que *los evangelios*

son la historia de las cosas que Cristo hizo y dijo, mientras los Hechos lo son de las cosas que el otro Paracleto dijo e hizo (1).

103. De todas maneras, como ya dijimos al tratar del III evangelio, Lucas no escribe tan sólo para Teófilo, sino para otros muchos cristianos que estaban en torno, en sus mismas condiciones espirituales; detrás de Teófilo, Lucas ve especialmente a los cristianos procedentes del paganismo, pertenecientes en su mayoría a iglesias fundadas por Pablo, y particularmente aquellos de Roma (§ 106). A todos ellos, los *Hechos* debían demostrarles, a la luz de los sucesos narrados, el fundamento de una tesis propugnada especialmente por un maestro bien conocido, Pablo, o sea, que *no hay distinción entre judío y gentil. Uno mismo es el Señor de todos* (*Rom.*, 10, 12), y ante Dios no hay *griego ni judío, circuncisión ni incircuncisión, bárbaro, escita, siervo o libre, porque Cristo lo es todo en todos* (*Colos.*, 3, 11), desde el momento en que *el Evangelio es poder de Dios para la salud de todo el que cree, del judío primero, pero también del griego* (*Rom.*, I, 16). Esta es, precisamente, la tesis universalista demostrada por el relato de los *Hechos*, que acompaña paso a paso la expansión de la Iglesia, primero entre los judíos de Jerusalén y de Palestina, después entre los samaritanos, y de aquí entre los judíos de la Diáspora, y al mismo tiempo entre los incircuncisos de las diversas regiones, los bárbaros de Licaonia y de Frigia, en Asia Menor, hasta los griegos de Jonia y Acaya, para terminar precisamente en Roma, centro del poder político pagano.

104. Pero cabe inquirir si esta tesis histórico-teológica, fin esencial de los *Hechos*, puede dejar cabida en el propósito de Lucas para alguna otra tesis subordinada, de índole más práctica, que tendiera a unas ventajas directas e inmediatas. Se ha contestado afirmativamente de varios modos, incluso sustituyendo por completo la tesis histórico-teológica por otra más práctica, y a continuación veremos algunas de estas sustituciones; pero se menciona aquí una hipótesis particular, que no reniega totalmente de la tesis indicada. Desarrollando una idea ya propuesta por otros, M. Aberle, en 1855, sostuvo que los *Hechos* se habían escrito para snministrar una defensa a Pablo ante el tribunal de Nerón, en Roma (2). En efecto, sobre Pablo pesaban tres acusaciones formuladas por Tertulio, abogado de los judíos, cuando el apóstol fué entregado en Cesarea al tribunal de Félix, procurador romano: la primera, *que excita a sedición a todos los judíos* del orbe; la segunda, que es *jefe* (πρωτοστάτην) *de la secta de los nazarenos* (cristianos); la tercera, que *intentaba profanar el Templo* hebreo de Jerusalén (*Act.*, 24, 5-6) La tercera acusación no podía conmover mucho a los jueces de Roma, si bien los romanos siguieron, en general, la norma de respetar y hacer respetar las costumbres

(1) Así se expresaba Juan Crisòstomo: *In Act. hom.*, 1, 5 (en Migne: *Ptr. Gr.*, 60, 21). Y el mismo pensamiento repite Ecumeno: *Argumentum in Act. Apost.* (en Migne: *Ptr. Gr.*, 118, 29), y más tarde Teofilato: *Expositio in Act.*, prólogo (en Migne: *Ptr. Gr.*, 125, 849), que afirma en estilo lapidario: *Los Evangelios exhiben los hechos del Hijo, los Hechos, en cambio los del Espíritu Santísimo.*

(2) M. Aberle: *Ueber den Zweck der Apostelgeschichte*, en *Theolog. Quartalschrift*, 1855, p. 173-236.

religiosas de los pueblos sometidos; pero las dos acusaciones precedentes eran muy graves, porque la acusación de sedición denunciaba una amenaza contra la tranquilidad del orden, de que tan celosos guardianes eran los romanos, y la acusación de ser jefe de la secta de los nazarenos se relacionaba con la anterior, revelando la raíz del mal: los sediciosos eran los cristianos, en cuanto tales, y por esto debía ser perseguida la nueva religión como enemiga del orden público y peligrosa para el Imperio romano. Estas mismas acusaciones se adujeron ante el tribunal del emperador en Roma, al que había apelado Pablo como *civis romanus*; pero Lucas, durante el bienio que Pablo pasó aún en Cesarea, y después durante otro bienio pasado en Roma antes del proceso, debió recoger documentos en defensa del apóstol para demostrar lo infundado de estas acusaciones. Así surgieron los *Hechos*, que, en esencia, no fueron sino la defensa forense de Pablo.

105. Esta hipótesis es muy bella en abstracto, muy mezquina en concreto: su belleza atrajo a muchos eruditos más tardíos; pero su mezquindad les indujo a modificar en varias maneras las líneas generales; como después sucede, generalmente, la hipótesis, se precisó aún en algunos detalles, y se conjeturó que Teófilo fuera uno de los cristianos *de la casa del César* (*Phil.*, 4, 22; cf.: 13-14), y que formaba parte del Consejo imperial a que estaba confiada la causa de Pablo, junto con Séneca y Burro, y así, bajo el nombre simbólico de «Teófilo» podía muy bien esconderse uno de estos dos personajes célebres, y otras semejantes elucubraciones poéticas. No es, sin embargo, elucubración poética la prueba sacada del Fragmento Muratoriano, que en la línea 4 dice que Pablo tomó consigo a Lucas *quasi ut iuris studiosum*; se quiere corregir esta lectura *iuris studiosum*, pero es forzoso mantenerla (1); alude, por tanto, al oficio de casi abogado que Lucas había asumido, y al que se deben los *Hechos*.

La mezquindad de la hipótesis, sin embargo, aparece inmediatamente que se desciende a lo concreto. Si los *Hechos* fueron la defensa forense de Pablo, no se explican al menos la mitad de los episodios narrados allí; porque, ¿qué les importaba a los jueces del tribunal de Nerón la ascensión de Jesús, y la venida del Espíritu Santo, y los largos discursos llenos de citas bíblicas, y tantos otros hechos, especialmente, de la primera parte del libro? Probablemente, al leer después los milagros continuos que allí se refieren, habrían movido la cabeza, incrédulos, repitiendo las palabras de Horacio: *Credat Judaeus Apella, non ego*. No. Los *Hechos* no pueden haber sido, en la forma en que se presentan, ni una defensa forense, ni, más vagamente, un memorial de descargo.

106. Sin embargo, en esta hipótesis puede haber un núcleo de verdad. Es evidente, en efecto, que los *Hechos* no pierden ocasión de mostrar que Pablo no fué molestado por los diversos magistrados romanos con los que se encontró a lo largo de sus viajes, y que más bien fué protegido por ellos contra las persecuciones de los judíos (13, 6 sigs.; 16, 35 sigs.; 18, 12 sigs.; 19, 31 sigs.; 23, 23 sigs.; 25, 13 sigs.; 27, 3 sigs.;

---

(1) Cf.: M. J. Lagrange, *Evangile selon saint Luc*, 3.ª ed., París 1927, p. XII.

28, 7, 16, 31). Estas ocasiones, que se presentan casi todas ellas en la segunda parte del libro, dedicada especialmente a Pablo (§ 92), hacen, en efecto, que esta parte parezca una apología suya; pero es la consecuencia evidente del tema tratado en ella. Sin embargo, es muy posible que Lucas, al tratar este tema, se haya preocupado en hacer resaltar la conducta benévola de los magistrados romanos, ya mencionada, incluso para disipar voces malignas difundidas por los judíos contra Pablo, y llegadas a Roma, y para contribuir a crear allí una atmósfera favorable al cristianismo en general.

*
* *

107. Lucas no puede haber prescindido de informaciones orales o escritas para redactar una narración como los *Hechos*.

El libro, en efecto, abarca un período de casi treinta y dos años, y especialmente en la parte primera refiere muchos sucesos en los que Lucas no estuvo presente; de aquí la necesidad de recoger informaciones de varias partes. Ya en el prólogo a su evangelio, Lucas advertía a Teófilo que antes de escribir, se informó *exactamente de todo desde los orígenes;* el mismo cuidado en la preparación se puede suponer también con respecto a los *Hechos,* dirigidos al mismo Teófilo como continuación del evangelio precedente. Surge, por esto, la cuestión de las fuentes, campo preferido de la crítica moderna. ¿Cuántas y cuáles fueron las fuentes de los *Hechos?*

108. Comencemos por lo que es más claro y seguro. Para la segunda parte del libro la fuente principal fué el propio Lucas, en cuanto testigo presencial de los hechos: es lo que se deduce de los pasajes en primera persona ya mencionados (§ 92). Estos pasajes exigen un autor que junto con las demás personas (*nosotros*...) estuviera presente en lo que en ellos se narra, o sea, en los hechos sucedidos aproximadamente desde la mitad del segundo viaje misional de Pablo (*Act.*, 16, 10 sigs.) en adelante, si bien no de un modo ininterrumpido. Ahora bien, compañeros de los diversos viajes de Pablo tan sólo conocemos a cuatro: Timoteo, Tito, Sila y Lucas; pero cada uno de ellos, a excepción de Lucas, queda excluído como redactor de los pasajes en primera persona del plural: Tito está excluído porque fué compañero de Pablo en el viaje al Concilio de Jerusalén (*Gál.*, 2, 3), pero no en el siguiente, a partir del cual empiezan los pasajes en primera persona; Sila está excluído, porque ya es compañero de Pablo cuando la narración emplea la tercera persona (*Act.*, 15, 40 sigs.), y, en cambio, aparece la primera persona sólo poco después (16, 10), cuando los viajeros llegan a Troade, donde estaba el narrador; por lo demás, ninguno de los tres, Timoteo, Tito y Sila, acompañaron a Pablo en su navegación hacia Roma, mientras que aquí la narración se hace en primera persona. No queda, pues, sino Lucas, y como óptima confirmación se halla que precisamente ni en los pasajes en primera persona ni en el resto de los *Hechos* se nombra jamás a Lucas, mientras Pablo lo nombra como asistente suyo durante el primer encarcelamiento en Roma (*Col.*, 4, 14; *Fil.*, 24).

109. Estos preciosos pasajes deben proceder de una especie de «diario de viaje» que Lucas llevaba para sí. Los diarios personales no eran raros en la antigüedad; sin recurrir a los ejemplos clásicos del *Anabasis,* de Jenofonte, y de los *Comentarios,* de Julio César, tenemos un ejemplo, oportunísimo, también en el mundo palestino de aquellos tiempos. Poco menos de un decenio después de haberse escrito los *Hechos,* Flavio Josefo escribió un diario similar, estando junto a Tito en el sitio de Jerusalén, y anotó en él noticias recogidas de los desertores judíos que huían de la ciudad sitiada, o sea, de su propia observación de los hechos (*Contra Apionem,* I, 49; cf., 55); estos apuntes, escritos en arameo, fueron el núcleo de la primera redacción aramea de la *Guerra de Judea,* y aun después de la redacción griega sucesiva (1). Unos años antes, Lucas había hecho lo mismo; el culto médico helenista, que tenía, tal vez, el proyecto de sus futuros escritos históricos (como sin duda lo tenía Flavio Josefo), se preocupó de llevar un diario, y refirió en él los hechos en primera persona del plural.

Después, tomó de este «diario» los pasajes que sabemos y los trasladó a los *Hechos.* Este empleo *ad litteram* nos parece extraño a nosotros los hombres de hoy, porque deja en la narración simultáneamente la primera y la tercera persona, sin dar una explicación del pasaje que surge de improviso; pero en la antigüedad semejante procedimiento no era desconocido, y han llegado a nosotros narraciones de capitanes, viajeros, gobernadores y magistrados, según que el narrador se hallara o no presente en los acontecimientos (2).

110. Para el período más antiguo, correspondiente a casi toda la primera parte de los *Hechos,* Lucas pudo recoger noticias de toda suerte de los testigos presenciales. Siendo antioqueno, si no se halló presente en la constitución de la primera comunidad cristiana de Antioquía (11, 19 sigs.; 13, 1-3), conoció, no obstante, a sus miembros más señalados: Bernabé, Simeón el Negro, Lucio el Cirineo, Manaen; en Cesarea conoció a Felipe el Evangelista (21, 8), que era uno de los siete diáconos, y estaba bien informado de los primeros hechos de la comunidad de Jerusalén; en Jerusalén estuvo en relación con los «ancianos» de aquella iglesia-madre, entre los cuales estaba Santiago, «hermano» del Señor; Mnason, *antiguo discípulo* (21, 16-18), y a otros; a Marcos, compañero del primer viaje misional de Pablo y autor del II evangelio, lo conoció Lucas seguramente en Roma (*Col.,* 4, 10-14; *Filem.,* 23, 34), y fueron también compañeros de Lucas los diversos compañeros de los demás viajes, Timoteo, Sila, Aristarco, etc. De todos ellos pudo recoger datos fundamentales acerca de los primeros años del cristianismo en Palestina. Además, es superfluo hablar de Pablo, que sin duda era el informador más atendible en cuanto a los hechos acaecidos en la lapidación de Esteban y desde su propia conversión en adelante.

---

(1) Cf.: G. Ricciotti: *Flavio Giuseppe,* vol. I, Introduzione, Fl. *Giuseppe lo storico giudeo-romano,* Torino 1937, p. 67.

(2) Cf. E. Norden: *Agnostos Theos,* Berlín 1813, p. 316 sigs., donde se citan, entre otros documentos, cartas de Cicerón, que acompañaban a los despachos oficiales enviados al Senado, referentes a sus operaciones militares en Cilicia, 51 a. C.

111. Además de este conjunto de informadores orales, ¿se sirvió Lucas de documentos escritos? Hablando en abstracto, esto no sería necesario (salvo para los discursos); sin embargo, algunos datos inducen de hecho a considerar como probable el empleo de documentos escritos. Es evidentísimo que el examen lingüístico de los *Hechos* muestra que el autor de todo el libro de los *Hechos* es uno sólo; pero podría ser éste uno de los casos en que un autor inteligente no copia al pie de la letra los documentos que utiliza, sino que los asimila en cuanto a sus conceptos, y les da la forma literaria habitual en él. Por otra parte, es un hecho positivo que los primeros doce capítulos del libro contienen elementos literarios semíticos en mucha mayor abundancia que la segunda, y que el hilo lógico de la narración es allí menos rectilíneo y continuado; pero ni siquiera esto es suficiente para argüir la existencia de varias fuentes escritas, puesto que los semitismos podrían deberse en parte a la materia tratada, y en parte también a la comunicación oral de los informadores de lengua aramea, mientras las leves oscilaciones en el hilo de la narración se explican por la diversidad de los temas allí tratados y la abundancia de informadores cuyas comunicaciones no sufrieron siempre una elaboración análoga. De todos modos, aun cuando estas observaciones tengan cierto valor, no son decisivas, y siempre queda abierta la posibilidad y hasta la probabilidad de la existencia de documentos escritos.

112. Sin duda se tomaron de documentos escritos el decreto del Concilio apostólico (*Act.*, 15, 23-39), la carta del tribuno Claudio Lisias (23, 26-30); probablemente dependen de notas escritas los discursos de Gamaliel (5, 35-39), del escriba de Efeso (19, 35-40) y del abogado Tertulio (24, 2-8). En la parte cristiana hay muchos discursos: uno largo de Esteban, otro de Pedro, diez de Pablo y uno de Santiago. Muchos de estos discursos fueron pronunciados en arameo, por ejemplo, el de Esteban, y por esto su texto griego actual no puede ser sino una traducción; además no se trata de reproducciones exactas, sino de resúmenes abreviados, que tan sólo han conservado las líneas generales de sus textos orales pronunciados entonces. Algunas pláticas parecen improvisadas, por ejemplo, el discurso pronunciado, también en arameo, por Pablo ante la muchedumbre tumultuosa del Templo (22, 1-21), y por esto su texto no pudo prepararse con antelación, sino todo lo más se escribiría después de memoria.

Estos apuntes resumidos debían circular entre los primitivos cristianos, que los buscaban y guardaban con veneración, lo mismo que se hacía en más alta esfera con los «dichos» (λόγια) de Jesús (1), de los que en aquel momento estaba surgiendo el evangelio; pero ni en frente a estos «dichos» apostólicos, ni frente a los evangélicos, se tuvo una preocupación de servilismo verbal, y tales apuntes se empleaban como estaban o se traducían de modo que quedase respetada la verdad del sentido y no la materialidad de la letra (2). Por esto no asombra hallar en estos discursos huellas del propio Lucas; como de costumbre ha revestido de su

(1) Cf.: *Vido de Jesucristo*, § 98 sigs.; 115 sigs.

(2) Es la norma que ha seguido el traductor griego del texto arameo de *Mateo*, y que se confirma también en la confrontación de varias lecturas de los Sinópticos: cf.: *Vida de Jesucristo*, § 121-122.

atuendo literario los conceptos sacados de los mencionados resúmenes. Pero nótese, por el contrario, que existen algunas expresiones típicas que ponen en conexión los discursos de Pedro con sus propias cartas (ἀθέμιτον, tan sólo en *Act.*, 10, 28, y en *I Pedro*, 4, 3; πρόγνωσις; tan sólo en *Act.*, 2, 23, y en *I Pedro*, 1, 2), y aun son más numerosas las expresiones que unen los discursos de Pablo con sus cartas.

113. Algunos han afirmado, sin fundamento, que Lucas se ha servido de Flavio Josefo; dejando aparte la cronología de los respectivos escritos, que no admite una dependencia del primero respecto del segundo (1). Lucas era, sin duda, un historiador demasiado diligente y preciso para servirse de un comentador tan burdo y romo como Flavio Josefo, cuyas contradicciones consigo mismo son numerosas y patentes (§ 542, nota) (2). Por el contrario, es casi seguro que Lucas no se sirvió de las cartas de Pablo, si bien estaban escritas casi todas ellas cuando se compusieron los *Hechos*; también aquí carece de fundamento la opinión contraria sostenida por algunos eruditos, acerca de la independencia total del escrito de Lucas respecto a los de Pablo. No sólo los *Hechos* no aluden nunca a la laboriosidad epistolar de Pablo, pero ni siquiera mencionan determinados sucesos comentados en las cartas, que tendrían cabida oportuna en los *Hechos*: tales como la estancia de Pablo en Arabia (*Gál.*, 1, 17), y sus tres naufragios anteriores al de Malta (*II Cor.*, 11, 25), y otros episodios. Evidentemente, Lucas debió desinteresarse de aquellos escritos—si bien tuvo noticias generales de su existencia—desde el momento en que tenía a su disposición al propio escritor. Y esta independencia de los *Hechos* resalta más su valor histórico, pues aun siguiendo un camino diverso al de las cartas, jamás se contradice con ellas. *Hechos* y cartas no se conocen entre sí, pero tampoco se reniegan: *nec tecum, nec sine te*.

114. Por tanto, admitiendo que Lucas se haya servido de documentos escritos, ¿es posible hoy, reconocerlos? Sí; pero en la medida y el modo como es posible reconocer hoy en Palestina una ciudad cananea de tres o cuatro mil años que ha permanecido sepultada bajo un *tell* (como llaman los árabes a los cerros diseminados por todas partes en Oriente, y que casi siempre son de origen arqueológico); se sube al *tell*, se inspecciona y se mide en todos sentidos, y se concluye: La ciudad debía tener tantos metros de larga y tantos de ancha; la cerámica que afora del suelo la sitúa en el año tantos anterior a Cristo. Y esto es todo. En cuanto a describir la configuración de la ciudad, sus calles, sus edificios, etc., el arqueólogo es incapaz de hacerlo, salvo que pueda tener piquetas para demoler el *tell*, sacar a luz la ciudad, y reconstruirla dentro de los límites posibles; si el *tell* no se presta a ser excavado, ni la ciudad

(1) Para la cronología de los diversos escritos de Flavio Josefo, cf. G. Ricciotti: *Flavio Giuseppe*, vol. I, p. 46, 97, 157, 171.

(2) La dependencia inversa, esto es, de Flavio Josefo respecto a Lucas, la han supuesto algunos eruditos (J. Belser: en *Theolog. Quertalschrift*, 1896, p. 78; Th. Zarn: *Die Apostelgeschichte*, 4.ª ed., II, Leipzig 1927, p. 214 sigs., 393 sigs., 747 sigs.). También esta opinión es improbable, aun cuando menos inverosímil que la otra; pero no nos interesa.

a ser reconstruída, el arqueólogo preferirá dejar la descripción de la ciudad sepultada al brillante novelista.

Los críticos modernos han intentado muchas excavaciones en el metafórico *tell* que recubre los probables documentos incorporados en los *Hechos*, y veremos a continuación algunos de estos intentos (§ 131); pero las descripciones de la ciudad así excavada, todas diferentes entre sí, hacen sospechar, con fundamento, que se deban a brillantes novelistas de la crítica.

*
* *

115. En cuanto al tiempo en que se compusieron los *Hechos*, es evidente que son posteriores al III evangelio, con el que enlazan; por tanto, son posteriores a los años 62-63, que dimos como fecha del evangelio (1). Pero el intervalo entre las dos publicaciones debió ser muy breve.

En primer lugar se observa que en los *Hechos* no hay la menor alusión, ni siquiera indirecta, a la destrucción de Jerusalén y a la catástrofe del judaísmo sucedida en el año 70, lo cual sugiere fechar la composición del libro en un año anterior a éste. Más significativa es todavía su rápida y brusca conclusión, donde se dice sencillamente que Pablo se quedó durante un bienio entero en Roma en una casa alquilada, ejerciendo su ministerio con toda libertad (28, 30-31). El libro concluye de este modo inesperado. ¿Y el proceso ante el emperador? Si Pablo había venido a Roma precisamente por este proceso, ¿por qué no referir su desarrollo y su conclusión, como ya se habían referido ampliamente los hechos preparatorios acaecidos ante el tribunal del procurador en Cesarea? Es más, puede decirse que los últimos cinco capítulos del libro (cap. 24-28) convergen y apuntan todos hacia el proceso de Roma, sea enumerando las fases judiciarias de Jerusalén y Cesarea, sea describiendo el viaje a Roma; ¿por qué, pues, a estos cinco capítulos les falta su conclusión natural, o sea, el proceso y la sentencia?

116. A esta pregunta los eruditos han contestado de varias maneras. Unos han formulado la hipótesis de que Lucas había compuesto un tercer escrito que se ha perdido, o al menos pensó hacerlo y no pudo, y en él contaría el proceso de Roma y los hechos subsiguientes (2); pero la hipótesis, además de ser gratuita, queda desmentida por la conclusión normal del III evangelio que se continúa en los *Hechos*, mientras que a los *Hechos* les falta una conclusión normal. Se ha pensado también, que el manuscrito original de los *Hechos* padeció una mutilación accidental, y,

(1) Cf.: *Vida de Jesucristo*, § 139.

(2) Se aduce, como prueba filológica, la expresión πρῶτον λόγον con que al principio de los *Hechos* (1, 1) Lucas alude a su anterior evangelio, haciéndose observar que πρῶτος es el *primero* en una serie de tres o de más objetos, mientras que si se trata de dos objetos solos el *primero* es πρότερος. La prueba no sirve: πρότερος pertenece al griego clásico si bien a veces también entre los clásicos se halla πρῶτος empleado en su lugar. En tiempo de Lucas, además, πρότερος estaba casi en desuso, como muestran los papiros, y en el Nuevo Testamento se usa el neutro casi exclusivamente como adverbio. De aquí que πρῶτον λόγον pueda muy bien designar al primero de dos únicos escritos.

por fin, que Lucas se detuvo bruscamente en ese lugar porque no tenía más papel en que escribir: hipótesis fantásticas o ridículas. Otros han creído que Lucas truncó la narración precisamente para no referir el triste fin del proceso, que terminó con la condenación a muerte de Pablo en el año 64; pero, en primer lugar, durante los años posteriores al 64 Pablo viajó aún por Occidente y por Oriente, y escribió cartas; además, aun cuando la condenación a muerte tuviera lugar el año 64, ¿por qué causa Lucas no iba a referir un hecho ciertamente notorio entre los cristianos de Roma y de otras partes? La condenación a muerte del apóstol ¿no habría cerrado dignamente la narración de sus hechos, como la condenación a muerte de Jesús había cerrado dignamente el III evangelio?

Recientemente (K. Lake: *Beginnings*) se ha supuesto que el proceso no se celebró porque los judíos no se presentaron para sostener la acusación, y por esto Pablo fué puesto en libertad automáticamente; mas aun admitiendo como muy posible que los acusadores de Judea no se presentaran en Roma (§ 603), el proceso siempre podía celebrarse sobre la base de la información escrita enviada por el procurador romano de Judea; pero, además, queda en pie la pregunta de siempre, de cómo Lucas no ha aludido siquiera a esta inesperada conclusión del proceso, dando de este modo una conclusión al libro.

117. Hipótesis digna de consideración es aquélla según la cual el proceso no se había terminado aún cuando los *Hechos* se acabaron, y por esto Lucas no podía referir su conclusión; pero poco después de la publicación de los *Hechos*, entre 63 y 64, el proceso se terminó con la absolución y liberación de Pablo. Además, a tan feliz resultado habría contribuído el libro recientemente publicado por Lucas, según aquéllos que consideran los *Hechos* como la defensa forense de Pablo o, al menos, como un memorial de defensa (§ 104). Y esta hipótesis halla una de sus pruebas precisamente en la brusca conclusión del libro. Pero veremos que considerar los *Hechos* como una defensa forense tropieza con muy graves dificultades; además, en este caso ofrece una dificultad mayor aún el bienio de encarcelamiento romano. Si Lucas escribió los *Hechos* en defensa de Pablo, debió de publicarlos en los primeros meses del encarcelamiento, precisamente para influir sobre el proceso, y no después de los dos años de prisión, cuando el proceso—aun cuando no se había cerrado—había tomado tal dirección que era posible de hecho prever su resultado. Un bienio es inmensamente largo para escribir un libro tan corto como los *Hechos*; Lucas, que había recogido los materiales con anterioridad, pudo escribirlo cómodamente en un mes o dos y publicarlo ya en el tercer mes del encarcelamiento romano. Y, por el contrario, lo publica más de veinticuatro meses después, y sin la menor alusión al proceso ni a la sentencia. Si, por otro lado, no se admite que los *Hechos* sean una defensa forense, se pregunta uno por qué Lucas los publicó después del bienio, esto es, cuando todo dejaba prever que el proceso se terminaría en brevísimo tiempo; en este caso, ¿no habría sido más oportuno, esperar algunas semanas para conocer la sentencia del proceso, y poder dar una conclusión digna a la narración de los últimos cinco capí-

tulos y a todo el libro? Lucas era un escritor demasiado fino para dejar un libro realmente tan truncado si no hubiera habido para ello grave razón.

118. A nuestro parecer, esta grave razón hay que hallarla en un acontecimiento que fué, no sólo de importancia mundial, sino que tuvo consecuencias perturbadoras para el cristianismo: el incendio de Roma. Si Pablo llegó a Roma en la primavera del 61, el bienio de cárcel nos lleva a la primavera del 63; en julio del 64 estalla un terrible incendio en Roma, y arreciando durante nueve días, destruye diez de las catorce *regiones* de la urbe; inmediatamente después estalla la persecución contra los cristianos, sobre quienes las autoridades imperiales han hecho recaer la culpa del incendio. La situación entonces no sólo cambia, sino que se transtorna; el idilio entre las autoridades imperiales y el cristianismo, esbozado con tan bella aurora en los *Hechos* (§ 106), se desvanece para siempre; a partir de este momento, Roma será para los cristianos la monstruosa Babilonia, la gran meretriz apoyada sobre siete colinas, *embriagada con la sangre de los mártires de Jesús* (*Ap.*, 17, 6).

Ahora bien, en los meses inmediatamente anteriores al incendio, Pablo está en Roma con su fiel Lucas; ahora está libre, porque el proceso terminó al comienzo del 63 con una sentencia absolutoria; es muy probable que inmediatamente después, en el período entre la mitad del 63 y la mitad del 64, realizara su viaje a España (§ 636) durante unos meses, volviendo a Roma en la primera mitad del 64. En Roma se encuentra con Lucas, que hace poco ha publicado su evangelio, y ahora cuida con tranquilidad y diligencia la redacción de los *Hechos*, para los que ya posee el material; el escritor ya ha narrado el naufragio de Malta y la llegada de Pablo a Roma, y dedica muchas líneas (exactamente 21 versículos 28, 8-28) a referir los primeros siete u ocho días, más o menos, de la permanencia del apóstol en la urbe; manteniendo las mismas proporciones, se promete referir ampliamente el proceso y su éxito, y de este modo terminar el libro dignamente.

119. Pero, de golpe, el incendio y la persecución le impiden continuar el relato: primero se lo impiden materialmente, por el enorme desorden causado en la vida urbana debido a la destrucción de tres cuartas partes de la ciudad; se lo impiden también moralmente, por la enemistad surgida entre el Imperio de los Césares y el reino de Cristo. ¿Para qué, pues, continuar ya la relación minuciosa que habría demostrado la rectitud de la justicia imperial al reconocer la inocencia de Pablo? Ahora, aquella justicia se había convertido en máxima injusticia, y el reconocimiento de la inocencia de Pablo se desmentía brutalmente por la *multitudo ingens* (Tácito: *Annal.*, XV, 44) de hermanos y discípulos suyos condenados a muerte. Lo que Lucas había escrito hasta entonces podía quedar como testimonio histórico verídico de un período pasado; pero ahora, aquel período se había cerrado para siempre, y no era admisible continuar la narración elogiosa de la gran Meretriz; hubiera sido necesario disimular la realidad presente, vilipendiar *la sangre de los mártires de Jesús.*

¿Surgieron espontáneas estas consideraciones en el espíritu de Lu-

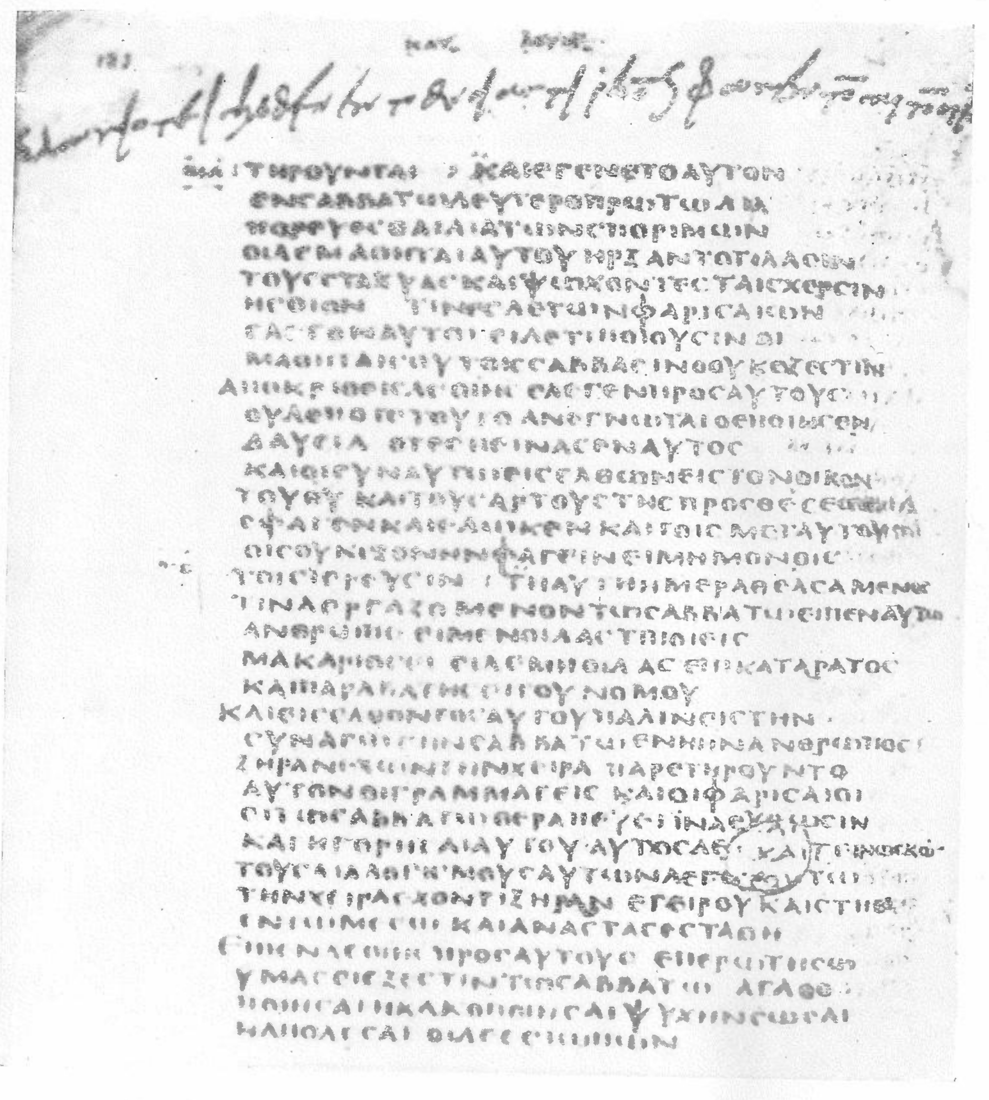


Fig 30.—CODICE DE BEZA, SIGLO IV, TEXTO «OCCIDENTAL»

cas, que ya en el II evangelio se había mostrado historiador de amplia visión? ¿Se las sugirió Pablo? Las dos cosas son posibles, si no es que estas consideraciones surgieron a la vez en el espíritu de ambos. Sea como fuere, se decidió que la narración de los *Hechos* no siguiera adelante, sino que terminara de cualquier modo.

Y entonces, a la narración minuciosa de los primeros días de la estancia de Pablo en Roma, se añadió la brusca conclusión, que resume un bienio entero en veinte palabras generales.

Los *Hechos* aparecieron en aquel mismo año 64. Eran el testimonio

de un breve día de sol al que debían seguir muchos años de tempestad (1).

---

(1) Aludiremos brevemente a la cuestión del texto original de los *Hechos*, no pudiendo detenernos largamente en ella. Este texto nos ha llegado en dos formas muy diversas entre sí. Una forma es la llamada «oriental», y está incluída en los grandes códices unciales griegos, Sinaítico, Vaticano, Alejandrino, etc., en muchos minúsculos, en la Vulgata latina y en muchos escritores antiguos (Clemente de Alejandría, Orígenes, etc.), es una forma más breve y resumida. La otra forma es la llamada «occidental» (pero inexactamente, porque también se encuentra en textos orientales), y está contenida en el uncial de Beza. en algunos minúsculos griegos, en la versión latina (Itala), en la antigua siríaca, en la copto-saidita, en varios escritores especialmente latinos (Irineo, Tertuliano, Cipriano, Lucifer de Cagliari, Agustín, etc.): se distingue por numerosos añadidos al texto de la «oriental», por transposiciones y variantes, y también por algunas omisiones. Algunos eruditos suponen una tercera forma «mixta», que tendría de las dos anteriores. Es muy difícil dar un juicio de conjunto sobre el valor de ambas versiones. Se ha supuesto (F. Blas) que el mismo Lucas se cuidó de dos ediciones de su libro, una más copiosa, destinada a la comunidad de Roma (forma «occidental»), y una más concisa, dirigida a Teófilo (forma «oriental»): esta hipótesis está muy lejos de poder ser demostrada, si bien puede alegar en su favor el caso de otros escritos editados varias veces. La divergencia entre las dos formas debe ser sopesada en cada caso; pero, en general, el texto «occidental» parece de redacción posterior al «oriental», en cuanto se quiere hacer a este último más claro y rico de noticias. Es posible que algunas de las noticias incluídas procedan de fuente autorizada, siendo antiquísimas, y atestiguadas ya a mediados del siglo II; por esto la recensión aumentada, o sea la «occidental», podría haberse compuesto a comienzos de este siglo, siendo su autor algún discípulo autorizado de los apóstoles, en Siria o en Egipto.

VI. HISTORIA DE LA CRITICA

120. ¿Quién es Pablo? El juicio que dé sobre él el historiador depende del que dé sobre las fuentes de su biografía.

Para quien acepte las fuentes a la luz de las garantías que nos ha transmitido la tradición más antigua, Pablo es un heraldo singularísimo de Cristo Jesús: es un hombre inmerso en lo sobrenatural, encuadrado entre milagros. Su adhesión inicial a Cristo, el acto de su conversión es el primer milagro; su progresiva penetración en el conocimiento de Cristo es una sucesión de hechos sobrenaturales, porque es el resultado de revelaciones particulares que le otorga Cristo: la predicación de las doctrinas reveladas por Cristo va acompañada de milagros físicos y públicos; su propia figura confrontada con otras figuras del cristianismo primitivo (a excepción de la de Juan), produce la impresión de un relieve salientísimo comparado con unos bajorrelieves apenas incididos.

Esta es, sin duda, la primera impresión que se recibe de la primera lectura de las fuentes. Por esto, apenas terminada la lectura, surge espontánea la pregunta: ¿Es posible todo esto? Antes de inquirir si el conjunto sea una realidad *de hecho,* se inquiere si es una cosa *posible*; pregunta más filosófica que histórica.

Esta pregunta filosófica hace que los estudios acerca de Pablo corran la misma suerte que los estudios acerca de Jesucristo. Los eruditos que no admiten al Dios trascendente y la posibilidad de lo sobrenatural responden negativamente a aquella pregunta, y, por tanto, rechazan sin más, como absurda, la figura de Pablo tal como la dibujan las fuentes; los otros, los que admiten estas cosas, conceden que el Pablo de las fuentes es posible, y por esto pasan a examinar críticamente las fuentes, para ver si garantizan a aquella figura. Entre los primeros eruditos es un «dogma laico» que no admite discusión; entre los segundos eruditos, una posibilidad filosófica que espera demostración real en el terreno histórico.

121. Pero el «dogma laico» es tan sólo negativo, esto es, dice lo que no es, y a sus adeptos, por tanto, les queda aún la tarea de la reconstrucción positiva: decir lo que es. Y en primer lugar, ¿ha existido Pablo verdaderamente? Si ha existido, ¿hasta qué punto es falsa su figura tradicional, y en qué punto comienza a ser verdadera? ¿Qué perfiles suyos son míticos, cuáles legendarios, cuáles tan sólo tendenciosos? ¿A través

de qué procedimientos se ha formado aquella figura tradicional? ¿Mediante qué trabajos de descomposición, llevados a cabo sobre las fuentes, se podrá derrocar la figura históricamente absurda, y de sobrenatural convertirla en «racional»? He aquí la tarea de los «racionalistas».

La tarea se realiza mediante el método de la «extracción», que vimos abundantemente aplicado en la biografía de Jesús (1). Cada erudito extrae de las fuentes aquellos elementos que, para su concepción particular, le parecen más adecuados, los retoca, los manipula, y reconstruye de este modo el Pablo histórico; todas las partes documentales que no se emplean en esta reconstrucción se abandonan al mito, o a la leyenda, o al partidismo, esto es, a la irrealidad histórica.

Las figuras de Pablo trazadas de este modo varían según los eruditos, y aun reunidas en series varían de época en época, como sucede con la pintura: lo mismo que el setecientos pintaba de modo muy diferente a como lo hacía el quinientos, y éste de modo muy diferente al trescientos, así las figuras históricas de Pablo, trazadas por la escuela liberal son la negación de las precedentes, trazadas por la escuela de Tubinga, y difieren a su vez de las trazadas más tarde por los escatólogos, o la escuela de religiones comparadas que en nada se semejan a las anteriores. Por lo demás—fuerza es reconocerlo—los pintores de estos Pablos reconstruídos no pretenden ser fotográficamente precisos, sino aspiran tan sólo a mayor o menor grado de parecido: presentan sus figuras como puras hipótesis.

122. Esto es justo. Como resulta de la misma palabra *hipo-tesis*, se supone una *tesis* sobre la que apoyarse, y a la que se intenta conceder un poco más de espacio. Ahora bien, para estos eruditos la tesis indiscutible es la absurdidez de un Pablo sobrenatural, figura que debe rechazarse totalmente; asegurada esta tesis, ya no son tan intransigentes en cuanto a las hipo-tesis. Loisy, esto es, uno de los más insignes y más radicales entre estos eruditos, comienza el último capítulo, titulado «Conclusiones», del último libro y más radical de toda su vida con estas palabras: «No es un manojo de certezas lo que ahora recogeremos, sino una gavilla de hipótesis, que intentaremos enlazar según su grado de probabilidad o de verosimilitud» (2). Y, en efecto, en los capítulos anteriores ha triturado a Pablo (como, por lo demás, al resto de los personajes del Nuevo Testamento), diseminando los pedazos a lo largo de los dos primeros siglos del cristianismo; pero para el mismo Loisy esto no es más que una gavilla de *hipotesis*. En todo caso, su *tesis* verdadera, o sea, la única certeza, la ha expuesto y afirmado en el primer capítulo del mismo libro, titulado «Lo sobrenatural bíblico», donde rechaza netamente todo verdadero concepto de lo sobrenatural, con el pretexto de que se trata de un concepto «mágico». Todo esto corresponde perfectamente a cuanto habíamos dicho antes acerca del «dogma laico» y a sus decisivas influencias sobre la investigación histórica.

---

(1) Cf.: *Vida de Jesucristo,* §§ 194-224, y especialmente § 211 sigs.

(2) A. Loisy: *Les origines du Nouveau Testament,* París 1936, cap. IX; *Conclusions,* p. 106.

123. Las fuentes de la biografía de Pablo no se discutieron especialmente hasta muy entrado el siglo XIX, y se aceptaron—cuando se aceptaron—tal como las había transmitido la tradición. Todo lo más puede recordarse la opinión de J. S. Semler que, en la segunda mitad del siglo XVIII supuso que las cartas de Pablo en su forma actual no correspondían exactamente a su forma original, porque habrían sido retocadas con ocasión de su inclusión en el Canon. J. E. C. Schmidt expresó, en 1804, algunas dudas acerca de la autenticidad de *I Timoteo,* y la duda se convirtió en certeza en F. Schleiermacher (1807), que rechazó su autenticidad tan sólo por motivos de «estética»; poco después, J. G. Eichhorn, en 1814, y W. de Wette, en 1826, negaron en bloque las tres cartas pastorales (*I-II Timoteo, Tito*). En cuanto a los *Hechos,* los primeros trabajos iban dirigidos a reconocer las fuentes empleadas, sobre todo, en la primera parte del libro, y en esta dirección trabajó Königsmann, en 1798, seguido después por Ziegler (1801), Heinrichs (1809) y algunos otros, los cuales supusieron, en general, que a la primera parte de los *Hechos* le había servido de base una narración aramea de los hechos de Pedro, algo como el *Kerygma Petri,* del que nos ha conservado fragmentos Clemente de Alejandría. Poco más tarde Scheliermacher, que atribuye en conjunto los *Hechos* a Lucas, supone, sin embargo, que los pasajes en primera persona del plural pertenecen a Timoteo, y así también lo supusieron otros (Bleek, Ulrich, etc.); otros, por el contrario, los atribuyen a Tito (Horst, Krenkel, etc.), o a Sila (Schwanbeck, van Vloten, etc.).

124. Pero todo esto no tenía importancia. Mientras tanto, contra la biografía tradicional de Jesús llegaban ataques sistemáticos, lanzados primero por Reimarus y después por Paulus y por Strauss (1), que conmovían los cimientos; era de suponer que lo mismo sucediera con la biografía de Pablo. La prerrogativa de este primer ataque a fondo parte de la estucela de Tubinga, que precisamente centró en Pablo sus estudios sobre los orígenes del cristianismo.

Ya dijimos que esta escuela tenía una idea directriz: la oposición dentro del cristianismo primitivo entre la corriente judeocristiana, representada principalmente por Pedro (*tesis*), y la corriente heleno-cristiana, representada por Pablo (*antítesis*). De esta dualidad salió más tarde la Iglesia cristiana, que fundió en sí, contemporizando con ambas, las dos corrientes (*síntesis*) (2). La filosofía hegeliana, triunfante en Alemania, era la que había inspirado esta idea directriz. En cuanto a los documentos históricos, que debían sostenerla, hubieron de hacerlo mediante el acostumbrado método de la selección, puesto que se estableció que entre el Pablo de los *Hechos* y el del epistolario había divergencias irreconciliables, porque ambas fuentes son el producto de elaboraciones tendenciosas.

---

(1) Cf.: *Vida de Jesucristo,* § 197-199.
(2) Cf.: *Vida de Jesucristo,* § 200-201.

125. En primer lugar, el epistolario, en su mayor parte, no era auténtico. El fundador de la escuela, F. Ch. Baur, desde el comienzo (1835) negó la autenticidad de las cartas pastorales, que debían fecharse a fines del siglo II, porque se resentían del gnosticismo que floreció en aquel siglo. Más tarde (1845) rechazó también el resto del epistolario, salvando tan sólo *Galatas, Romanos, I-II Corintios*. La razón fué que únicamente en estas cuatro epístolas aparecía Pablo en pugna contra la corriente judeocristiana: de modo que esta consideración se convirtió para la escuela en una verdadera piedra de toque con que probar todos los demás documentos, y distinguir los de oro de los de oropel. En consecuencia, las demás cartas no eran auténticas porque no mostraban un Pablo polemista: así, también los *Hechos*, en muchísimos pasajes, se muestran tendenciosos y antihistóricos porque están en pugna con las cuatro cartas polémicas. Leyendo los *Hechos*—decía la escuela de Tubinga—parece que Pedro y Pablo estén completamente de acuerdo, y apenas si se nota discrepancia entre ambos, esto es, entre sus respectivas corrientes. ¿Acaso demuestra esto que no existió discrepancia? No; tan sólo demuestra que se hizo desaparecer la discrepancia precisamente porque los *Hechos* propugnan una tesis preestablecida, esto es, tienden a conciliar las dos corrientes, y con tal fin presentan artificiosamente a Pedro y a Pablo concordes; pero las cuatro cartas de Pablo están ahí para probar que la tesis del libro es falsa y su trama tendenciosa.

126. Y, en realidad, muchos episodios de que hablan las cartas se callan en los *Hechos*. Estos nada dicen de los tres naufragios de Pablo, y muy poco de sus demás aventuras, mencionadas por él en *II Cor.*, 11, 23 sigs.; nada de la discusión con Pedro en Antioquía; nada de los judaizantes adversarios de Pablo en Galacia y en Corinto; los tres viajes de Pablo a Jerusalén se convierten en dos en los *Hechos;* el Concilio de Jerusalén de *Hechos*, 15, se presenta como un acuerdo privado en *Galatas*, 2; el Pablo, que en sus cartas proclama la independencia de su apostolado, parece que recibe su investidura del jefe de la comunidad de Jerusalén, según los *Hechos;* de aquí resultaría que Pedro y los ancianos de Jerusalén tomaron la iniciativa de la evangelización de los gentiles, mientras que la disputa de Antioquía deja entrever que de tales ancianos no podían venir más que obstáculos para la citada evangelización. Además de esto, la perfecta simetría de las dos figuras, por la que todo perfil de Pedro halla correspondencia en alguno de Pablo (§ 96), ponía aún más de manifiesto el carácter artificioso y convencional de ambas partes del libro, ocupada cada una por una de estas figuras.

En conclusión, el Pablo histórico era el de las cuatro cartas; el Pablo de los *Hechos*, por el contrario, era una figura trazada para seducir a los judeo-cristianos, los cuales admirarían en él al devoto y sumiso cooperador de Pedro en la evangelización del mundo pagano. Esta tesis inducía a situar los *Hechos* en el siglo II, muy avanzado, porque sólo entonces las dos corrientes rivales estuvieron maduras para una fusión. Poco anteriores a los *Hechos* serían las demás cartas atribuídas a Pablo (excepto las pastorales), que podían considerarse intentos de aproximación a la corriente judeo-cristiana.

127. Y así, la escuela de Tubinga logra un acuerdo entre su idea filosófica directriz y los documentos históricos. El acuerdo costó el desecho de tres cuartas partes de los documentos, esto es, diez cartas de Pablo y la mayor parte de los *Hechos*. Pero, ¿qué importaba? Si se salvaba la idea hegeliana de la «tesis-antítesis», todo precio era barato.

Tan sólo quedaba una posibilidad peligrosa: mañana, otra idea directriz, inspirada por otro principio filosófico, podría demandar un precio más elevado, no ya las tres cuartas partes, sino las cuatro cuartas partes de los documentos. En tal caso, los discípulos de Tubinga no tendrían derecho a protestar, porque, en realidad, protestarían contra sí mismos.

Bien pronto llegó el caso. Las conclusiones de Tubinga suscitaron gran adversidad entre los protestantes más o menos conservadores, como veremos inmediatamente; pero también aquí los hechos siguieron una trayectoria análoga a la de los estudios acerca de la biografía de Jesús (1), pues los adversarios de Tubinga más interesantes para quien siga el desarrollo de las ideas fueron aquéllos, que acusaron a la escuela de haberse detenido a medio camino, y de no haber llegado, desde sus principios, a las últimas consecuencias legítimas. A estas consecuencias últimas llegó Bruno Bauer en Alemania, y poco después la bulliciosa escuela holandesa.

128. Bauer (1859) encontró ilógico respetar siquiera las cuatro cartas de la escuela de Tubinga: no. Todo el epistolario paulino era una elaboración del cristianismo a fines del siglo II, incluso la carta a los *Gálatas*, que pasaba por ser la más auténtica, era posterior a los *Hechos*. En cuanto a la persona de Pablo, como Bauer había negado ya la existencia histórica de Jesús, se mostró muy dispuesto a negar también la de Pablo: de todos modos, aun cuando, hipótesis improbable, hubiera existido, no ofrecería el perfil moral que le confieren los *Hechos* y el *Epistolario*.

La escuela holandesa (A. Pierson, S. A. Naber, A. Loman, van Manen, D. Völter, etc.) siguió más o menos el mismo camino (2). La corriente del paulinismo había surgido en el siglo II como un intento de espiritualización del cristianismo primitivo, bajo la influencia del platonismo judaizante de Alejandría: el epistolario paulino era un amasijo de fragmentos que prácticamente no se podían discernir, para asignarlos a sus autores respectivos; el Pablo tradicional era un absurdo psicológico, colocado, como estaba, a tan poca distancia de Jesús, y que hubiera existido o no era cuestión secundaria, puesto que idealmente se le consideraba como una figura análoga a la del Juan del IV evangelio; así van Manen, invirtiendo el veredicto de Tubinga, encontró más verosímil el Pablo de los *Hechos* que el del epistolario.

La escuela holandesa continuó su alboroto hasta comienzos del siglo XX; pero la reacción contra Tubinga había comenzado ya en otra parte antes de que surgiera la escuela holandesa. Superando el primer asombro producido por las conclusiones de Tubinga, se pasó a examinar

---

(1) Cf.: *Vida de Jesucristo*, § 202.
(2) Cf.: *Vida de Jesucristo*, § 216.

si aquella clave infalible que ofrecía para abrir todas las puertas—esto es, la rivalidad entre petrinismo y paulinismo—las abría realmente; y se vió, por el contrario, que demasiadas veces los documentos no correspondían a aquella idea preconcebida, como si fueran otras tantas cerraduras rebeldes a aquella llave.

129. Y, en primer lugar, si los *Hechos* habían surgido muy entrado el siglo II, ¿qué interés tenía entonces promover un acuerdo entre las dos corrientes rivales? ¿Qué fuerza podía tener aún la corriente judeocristiana y qué amenaza representaba contra la universalidad del cristianismo, si en el presunto tiempo de la composición de los *Hechos* hacía más de medio siglo que Jerusalén y el Templo hebreo habían sido destruídos y dispersada la nación judía? ¿De veras se preocuparon los *Hechos* de combatir contra cadáveres? ¿O tal vez temían que resucitaran? Y, además, las innegables divergencias entre los *Hechos* y el epistolario, ¿eran ciertamente otras tantas contradicciones, o eran tan sólo simples divergencias de exposición? El silencio sobre determinado episodio, ¿significaba verdaderamente la negación del mismo? ¿De dónde, en los *Hechos* o en el epistolario, resulta que cada uno de estos documentos desee presentar una biografía completa de Pablo? Y un mismo hecho, por ejemplo el concilio de Jerusalén, ¿no podía referirse desde dos puntos de vista diversos, pero igualmente objetivos? Y la simetría entre las dos figuras de Pedro y de Pablo en los *Hechos*, ¿no podía ser el resultado de un método literario empleado para unir y presentar hechos históricos, método que se halla análogamente en el III evangelio, atribuído por la tradición al mismo autor de los *Hechos*? (§ 96).

Estas y otras muchas observaciones se hicieron a la escuela de Tubinga, y se desinflaron bien pronto sus hinchadas velas; impugnada enérgicamente por los protestantes conservadores, incluso por razones prácticas, la escuela perdió terreno rápidamente, y al cabo de unos veinticinco años se dispersó por completo. Sin embargo, su espíritu fué heredado en forma condensada por la citada escuela holandesa, y en forma mucho más blanda por epígonos supervivientes durante mucho tiempo.

130. La reacción contra Tubinga llevó a un estudio de los documentos, hecho con menos hostilidad hacia la tradición; pero, naturalmente, el «dogma laico», que excluía todo elemento sobrenatural, continuó pesando sobre los racionalistas y sobre muchos protestantes de izquierda. Se pasó de aquí a un período de compromiso—como estaba sucediendo en los estudios acerca de la biografía de Jesús (1)—de dimes y diretes; se rechazó Tubinga, pero se rechazaron también los testimonios de los escritores más antiguos con respecto a los *Hechos* y al epistolario; se quería un Pablo ciertamente histórico; es más: se le proclamó verdadero fundador del cristianismo, pero a condición de que toda su actividad se resolviera en hechos psicológicos y culturales puramente humanos y que en su experiencia religiosa no entrase, en efec-

(1) Cf.: *Vida de Jesucristo*, § 204 sigs.

to, la acción directa del Dios trascendente. Pero esto quedó en la penumbra, mientras la investigación acerca de las fuentes de los *Hechos* pasó a primer plano.

Eran los tiempos en que los críticos del Antiguo Testamento sabían reconocer con toda seguridad los cinco o seis documentos, cuyos fragmentos, puestos unos a continuación de otros, como en un mosaico, formaban el Pentateuco; sabían también descubrir los seis o siete redactores que habían trabajado sucesivamente sobre aquellos documentos, para formar el mosaico; sabían, finalmente, no sólo extraer las frases sueltas de cada documento, sino las palabras aisladas, haciendo de este modo en sentido inverso el trabajo de acoplamiento, ya hecho millares de años antes por aquel grupo de redactores, sagazmente descubiertos. Hoy aquellos tiempos felices han declinado inexorablemente (1). Pero entonces daban la pauta, y por esto fué necesario hacer sobre los *Hechos* lo mismo que se estaba haciendo sobre el Pentateuco. A fines del siglo XIX y principios del XX se obtuvo por esto una floración lujuriante de teorías documentales sobre la formación de los *Hechos*. Nos guardaremos muy bien de reseñarlas (2), porque parecería un paseo a través de un cementerio; pero a título de ilustración, referiremos una de tipo medio, ni demasiado complicada, ni demasiado sencilla, esto es, la primera de las varias teorías propuestas por C. Clemen (3).

131. Según estos eruditos, los *Hechos* eran una compilación de tres documentos principales: el primero, una historia de los judíos helenistas (sigla *Ellen)*, que refería los hechos de éstos, sobre todo los sucesos de Esteban y la penetración del cristianismo en Antioquía; el segundo era una historia de Pedro (sigla *Pietr.)*, que ya había incorporado documentos anteriores sobre el cristianismo de Jerusalén, la institución de los diáconos, el episodio de Simón el mago, etc.; el tercer documento era una historia de Pablo (sigla *Pa)*, resultante de la

---

(1) Como ejemplo típico de la credulidad que reinaba en aquellos tiempos se puede recordar la edición americana de la Biblia hebrea, dirigida por el P. Haupt y preparada por muchos especialistas, *The Sacred Books of the Old Testament. A critical edition of the Hebrew printed in colours with notes*, publicada simultáneamente en Estados Unidos y en Alemania a partir de 1893. Se designó familiarmente con el nombre de *Biblia Arco Iris*, a causa de los siete u ocho colores empleados en la impresión del texto hebreo; cada color señalaba una fuente particular del mismo texto. Sucedía así que en un fragmento de pocas palabras se empleaba a veces casi todos los colores, porque cada palabra se hacía derivar de una fuente diversa. Desgraciadamente, espectáculo tan deleitoso a la vista quedó inconcluso porque en 1904 se interrumpió la publicación antes de haber terminado su programa. Sin embargo, hay que reconocer que la publicación tenía un valor auténtico por sus anotaciones crítico-documentales (que nada tenían que ver con el arco iris).

(2) Se puede consultar para esta época A. Bludeau: *Die Quellenscheidung in der Apostelgeschichte*, en *Biblische Zeitscrift*, 1907, p. 166-189, 258-281. Véase también, en un sentido más general, A. Schweitzer: *Geschichte der paulinischen Forschung*, Tübingen, 1911; A. Wikenhauser: *Die Apostelgeschichte und ihr Geschichtswert*, Munster i. W. 1921.

(3) *Chronologie der paulinische Briefe*, Halle 1893. En obras sucesivas, *Paulus, sein Leben und Wirken*, 2 vols. Giessen 1904; *Die Apostelgeschichte in Lichte der neueren Forschungen*, Giessen 1905; Clemen abandona prácticamente su primera teoría.

fusión de un «Itinerario» del viaje de Pablo, con los pasajes en primera persona del plural y con varios episodios de sus misiones. Esta fusión la había realizado el primer redactor (R-1) en el siglo I. Entre los años 97-117 había intervenido un segundo redactor judaizante (R-j), que había trabajado, sobre todo, los documentos *Pietr.* y *Pa,* los había retocado, suturado y había añadido episodios nuevos que sirviesen para honrar a Pedro. Entre los años 117-138 la obra había caído en manos de otro redactor, éste antijudío (R-a), que la había sometido a una revisión general en un sentido que favoreciera a Pablo, y había insertado nuevas noticias, algunas de las cuales sacadas del epistolario paulino y aun de Flavio Josefo. Esta había sido la última fase de la composición de los *Hechos,* los cuales resultaban, por tanto, del material de los documentos *Ellen, Pietr., Pa* (que, además del «Itinerario», habían incorporado anteriormente a sí otros documentos) y de la intervención sucesiva de los tres escritores, R-1, R-j y R-a, era probable, pero no seguro, que el autor de los pasajes en primera persona del plural fuera Lucas, al cual, sin embargo, la tradición inmediata le atribuyó el libro entero.

Teorías semejantes a ésta, repetimos, hubo muchas en el período mencionado, pero hoy descansan todas en el cementerio aludido; al mismo tiempo, se trabajaba en el campo propiamente exegético y biográfico.

Poco antes de 1870 sintieron parcialmente la influencia de Tubinga E. Reuss y E. Renan, el primero de los cuales, sin embargo, atribuía los *Hechos,* en gran parte, a Lucas, fechándolos poco después del 70, mientras que el segundo los situaba entre el 80 y el 100. Uno de los adversarios más eminentes de Tubinga, a fines del siglo, fué el protestante conservador Bernardo Weiss, que puso de relieve la uniformidad literaria de los *Hechos*; su autor era Lucas, hacia el año 80, el cual había empleado, en medida varia, dentro de ambas partes del libro, fuentes anteriores.

132. Pero el representante más célebre de la vuelta a la tradición fué Harnack, que hizo de los *Hechos* uno de sus argumentos preferidos, y volvió sobre ellos en varias ocasiones (1). Los argumentos aducidos por Harnack fueron exclusivamente de crítica interna, extraídos mediante un examen minuciosísimo de la lengua y de la forma literaria, tanto de los *hechos* como del III evangelio; las conclusiones fueron que los dos libros eran dos partes bien ligadas de una sola obra, que se proponía, en primer término, referir el ministerio personal de Jesús (III evangelio) y después el ministerio del Espíritu de Jesús mediante los apóstoles *(Hechos).* Ambas partes de la obra eran del médico Lucas, discípulo de Pablo. Lucas se había servido para la primera parte de los *Hechos* de fuentes escritas, de las cuales dos o tres procedían de Jerusalén, una de Antioquía y una de Cesarea; otras noticias

(1) *Lukas der Arzt, der Verfasser des dritten Evangeliums und der Apostelgeschichte,* Leipzig 1906; *Die Apostelgeschichte,* íbid. 1908; *Neue Untersuchungen zur Apostelgeschichte und zur Abfassungszeit der synoptischen Evangelien,* ibíd. 1911, y finalmente, *Mission und Ausbereitung des Christentums,* I, 4.ª ed., ibid. 1924, p. 89-107.

las había obtenido de Pablo y de otros testigos presenciales. Para la segunda parte del libro, Lucas mismo era el testigo que hablaba por sí, mas aun cuando Lucas empleaba documentos escritos los asimilaba y los revestía de su modo literario habitual; de hecho, el examen lingüístico demostraba que quien había escrito los pasajes en primera persona del plural, procedentes del Diario de viaje, había escrito también el resto de los *Hechos,* tanto en la primera como en la segunda parte (§ 98). En cuanto a la fecha, Harnack primero situó los *Hechos* entre los años 78-93 (1); después, en el período del 79-96 (2), y, finalmente, descendió al año 60-64 (3).

En conclusión los *Hechos* eran una obra de valor histórico de primera magnitud, redactada por un escritor alerta e imparcial, Lucas, que para la segunda parte del libro había sido testigo presencial y en la primera parte se había servido de informaciones excelentes orales y escritas. Estaban, además, los hechos milagrosos que los *Hechos* narran continuamente, y Harnack, rendido también él al «dogma laico», que no admitía lo sobrenatural, rechazaba metódicamente estos hechos, considerándolos como deformaciones legendarias de algún hecho natural; pero observaba que estas leyendas se formaban en pocos años, y Lucas, al mencionarlas, no había hecho sino referir objetivamente las opiniones en curso.

133. Las conclusiones de Harnack parecieron casi escandalosas a los eruditos racionalistas, tanto más cuanto que habían sido adoptadas por uno de los más adeptos al «dogma laico». Es verdad que iban acompañadas de la reserva acerca de los hechos milagrosos; pero la reserva pareció irrisoria desde el momento que se indicaba como autor de la narración a un testigo presencial de los sucesos, que se apoyaba, a su vez, en otros testigos. ¿Acaso tendría razón la tradición, rechazada *a priori* por el «dogma laico»? ¡Imposible! Si bien la demostración de Harnack era justa, la reserva se condenaba ya por anticipado; habría sido como si un monarca desterrara de su reino a cierto partido político, y, al mismo tiempo, le suministrara secretamente auxilios de toda especie.

Muchos se empeñaron en demostrar que Harnack no tenía razón; pero la demostración no era fácil. Las conclusiones de Harnack se basaban sobre listas larguísimas de palabras y frases sacadas de las diversas partes de los *Hechos* y del III evangelio, y confrontadas, sea entre sí, sea con los otros escritos del Nuevo Testamento; las listas venían acompañadas de gran cantidad de observaciones gramaticales, estilísticas, doctrinales, etc., que convergían todas a señalar un autor único para los *Hechos* enteros y el III evangelio. A semejantes argumentos, obtenidos mediante la crítica interna, sólo se podía contestar eficazmente con argumentos de la misma especie, pero que probasen lo contrario, esto es: había que demostrar que la lengua, el estilo, las ideas, etc., descubren a más de un autor o a más de un redactor en el

(1) *Die Chronologie der altchristlich. Literatur,* I, Leipzig, 1897, p. 246-249.
(2) *Apostelgeschichte,* op. cit., p. 221.
(3) *Neue Untersuchungen zur Apostelgesch,* op. cit., p. 63-81.

texto de los dos escritos, lo cual, evidentemente, no es posible. Todo lo más que se hizo fué contestar, en general, aduciendo la diversidad entre el Pablo del epistolario y el de los *Hechos,* por lo cual el autor de éstos no podía haber sido un compañero de viaje de Pablo; y, sobre todo, se insistía sobre los hechos milagrosos—verdadero talón de Aquiles para Harnack frente a sus colegas del «dogma laico»—, sosteniendo que quien refirió aquellas leyendas no podía haber sido ni un testigo ocular de ellas, ni un espíritu elevado. Pero las listas de Harnack permanecieron intactas, y aun hoy esperan una respuesta (§ 98).

134. En los últimos treinta años, críticos independientes han publicado varias obras sobre las fuentes de la biografía de Pablo; junto a aquéllos, que son demoledores por norma, hay otros mucho más conservadores y ponderados; así, puede decirse, en general, que la tendencia moderada tiene cierta prevalencia. Casi nadie niega la autenticidad de las cartas a los *Gálatas, Romanos, I-II Cor., I Tes., Filip., Filem.* Algunos dudan con respecto a *II Tes., Col., Efe.;* casi todos niegan la autenticidad de las tres pastorales (en las que todo lo más reconocen algunos fragmentos auténticos), sobre todo *Hebreos.* En cuanto a los *Hechos,* recordaremos brevemente algunas de las obras más representativas.

La obra de F. J. Foakes Jackson y Kirsopp Lake, *The Acts of the Apostles* (1), en la que han colaborado varios eruditos, muestra una dirección bastante moderada. Es un excelente arsenal de datos científicos, pero no ofrece unidad de criterio, puesto que a los colaboradores —una veintena—se les dejó en libertad de expresar su opinión propia, aun cuando fuera contraria a la de los demás; por ejemplo, en el mismo volumen II C. W. Emmet está de acuerdo con la tradición que atribuye los *Hechos* a Lucas, mientras H. Windisch, que en parte acepta la escuela de Tubinga, los fecha entre los años 80 y el 110, y los considera reelaboración de un escrito de Lucas, no carente de contradicciones frente al epistolario paulino. Los dos volúmenes (IV-V) de traducción y comentario de los *Hechos* siguen análogamente una vía media, dejando en suspenso diversas cuestiones.

135. Uno de los principales colaboradores de la obra mencionada, H. J. Cadbury, publicó aparte un amplio estudio acerca de la índole o «hechura» que existe a un tiempo en «III evangelio-*Hechos*» (2). En efecto, los dos libros son las dos partes de un solo escrito, debido a un solo autor; que se trate de un desconocido o de Lucas, como quiere la tradición, no le importa a Cadbury, quien, por lo demás, atribuye escasa importancia a la tradición. Es cierto que este autor único era persona dotada de gran cultura—un culto *gentleman* de su tiempo—, que escribió siguiendo las normas de la historiografía del siglo I

---

(1) Vol. I, Prolegomena I; *The Jewish, Gentile and Christian backgrounds,* London 1920; Vol. II, Prolegomena 2; *Criticism.* ibid. 1922; Vol. III, *The text of Acts* (ed. crítica a cargo de J. H. Ropes), íbid. 1926; Vol. IV, *English translation and commentary,* ibíd. 1933; Vol. V, *Additional notes,* ibíd. 1933.

(2) *The making of Luke-Acts,* London 1927.

y empleando fuentes de muchas clases y diverso valor, entre las cuales, sin embargo, no estaban ni el epistolario paulino, ni Flavio Josefo; pero sus afirmaciones concuerdan generalmente con los datos del epistolario, así como también han sido confirmadas muchas veces por los descubrimientos arqueológicos. El escrito, en conjunto, se considera, al menos con mucha probabilidad, como una apología de Jesús, de la Iglesia y de Pablo, redactada en forma históricoexpositiva y dirigida a Teófilo, personaje importante que podría ejercer gran influencia sobre el proceso de Pablo al fin del primer encarcelamiento romano.

E. Meyes está, más o menos, en las condiciones de Harnak; acepta, como él, el «dogma laico», y por esto rechaza todo hecho milagroso; sin embargo, como él, acepta casi todos los datos de la tradición con respecto al epistolario y a los *Hechos* (1). Estos son la obra de Lucas, autor también del III evangelio y compañero de viaje de Pablo; tienen un valor rigurosamente histórico (abstracción hecha de los milagros, en cuanto a los cuales Lucas no hace sino aceptar la creencia común) y su historicidad recibe una confirmación sorprendente en el epistolario; el autor de los pasajes en primera persona del plural es el mismo que el de los pasajes en tercera persona, y los últimos nueve capítulos forman un conjunto compacto e inquebrantable; es histórica la estancia de Pablo en Efeso, histórica su visita a Atenas y su discurso en el Areópago. El autor de los *Hechos* muestra en todo momento que vive en el ambiente de Pablo y que ha asimilado su pensamiento. La figura del Pablo histórico es la que resulta de la fusión de los perfiles transmitidos por el epistolario con los que transmiten los *Hechos*.

136. De esta corriente relativamente moderada se pasa a la corriente de extrema izquierda, a través, naturalmente, de algunos estadios intermedios. La extrema izquierda—veremos inmediatamente—está representada por Loisy, pero su influencia se deja sentir ya en los estadios intermedios. A éstos pertenece M. Goguel (2), que rechaza los datos de la tradición y asimismo las conclusiones de los extremistas; el autor de los *Hechos* no es Lucas, sino un redactor nuevo de un escrito de Lucas, en el que ha insertado noticias tomadas de otras fuentes; es también probable que estos retoques hayan sufrido la mano de un nuevo redactor. Las fuentes no están transmitidas literalmente, sino revestidas del indumento literario del autor. Los *Hechos* enlazan con el III evangelio, pero no han conocido el epistolario paulino—respecto al cual ofrecen contradicciones—ni los escritos de Flavio Josefo. En conjunto, aun no siendo una auténtica obra histórica, los *Hechos* contienen mucho material histórico de buena índole, y constituyen así *una de las bases más esenciales sobre las que se apoya la historia del cristianismo antiguo*. La fecha de su composición puede situarse entre el 80 y el 90.

Pertenece igualmente a este estadio intermedio, con mayor tenden-

(1) *Ursprung und Anfänge des Christentums*, III, *Die Apostelgeschichte und die Anfänge des Christentums*, Stuttgart, 1923.
(2) *Le livre des Actes*, París 1922.

cia hacia la izquierda y mayor dependencia de Loisy, A. Omodeo (1), pero sus escritos no tuvieron resonancia alguna, especialmente por carecer de preparación filológica (más tarde, Omodeo hizo estudios sobre el *Risorgimento* italiano).

137. Loisy llegó gradualmente a ser el representante principal de la corriente de extrema izquierda, abandonando poco a poco las posiciones menos avanzadas que había ocupado primero; aun después de sus dos comentarios a los *Hechos* (2), los últimos desarrollos de su evolución los marcan publicaciones que se refieren a la totalidad del Nuevo Testamento, y por tanto incluyen también los *Hechos* y el epistolario paulino (3).

El problema que debía resolver Loisy era el siguiente. Para él, Jesús fué tan sólo un visionario exaltado, que esperaba el fin del mundo dentro de brevísimo tiempo; en esta expectativa, convencido, el visionario predicó durante unos pocos meses a las masas, hasta que fué capturado y muerto en Jerusalén (4). Sentado esto, surge la pregunta de cómo este Jesús histórico, pobre campesino de Galilea, muerto ignominiosamente en público hacia el año 30, aparece ya en el epistolario paulino como el Cristo glorioso, el Kyrios, el Ser superior a todo lo creado, el Hijo de Dios. Puesto que el epistolario comienza hacia el 51, ¿cómo pudo suceder entre el veintenio del 30 al 51 este proceso de sublimación sin límites, es más, de divinización, que llevó al galileo visionario a sentarse a la diestra de Dios? Además, es una consideración esencial que el proceso sucedió entre los judíos, no entre griegos y romanos; éstos, paganos de hecho, divinizaban en toda ocasión a los simples mortales, y bastaba un decreto del Senado romano para hacer entrar en el Olimpo a un emperador recién muerto; pero entre los judíos habría sido la absurdidad de las absurdidades equiparar ningún mortal al Dios Jahvé, el Dios eterno, invisible, inefable, de quien siquiera estaba permitido pronunciar el nombre; el propio Moisés, el gran legislador de los hebreos, jamás había recibido de ellos ni culto ni honores divinos. He aquí el problema que tenía que resolver Loisy.

138. El problema lo resolvió asignando a Pablo la máxima parte de responsabilidad en el proceso de divinización de Jesús. En primer lugar, Pablo no había conocido personalmente a Jesús, por esto no tenía una conciencia muy viva de su vida terrena ni de su realidad humana; además, Pablo era judío de raza, evidentemente, pero muy poco de espíritu; había nacido y se había educado en Tarso, en un ambiente helenizante, en una atmósfera de sincretismo religioso; había conocido las religiones de misterios, había oído hablar de los dioses que traían la «salvación», e inconscientemente en su espíritu se había in-

---

(1) *Prolegomeni alla storia dell'etá apostolica,* Messina 1921; *Paolo di Tarso, apostolo delle genti,* ibid. 1922.

(2) *Les Acts des Apôtres,* París 1920; ed. abreviada, ibid. 1925.

(3) Son: *La naissance du christianisme,* París 1933; *Remarques sur la littérature épistolaire du Nouveau Test.,* ibíd. 1935; *Les origines du Nouv. Test.,* ibíd. 1936.

(4) Cf.: *Vida de Jesucristo,* § 210-221.

filtrado la idea vaga de una redención, idea que fué incubando durante varios años; en el momento preciso esta idea tomó cuerpo y vida, y Pablo identificó el principio de la salvación y de la redención, no ya con un evanescente Dionisio o con una Isis crepuscular, sino con el propio Jesús de Nazareth, atestiguado para él por muchos testimonios; este Jesús era verdaderamente, además del Mesías de los hebreos, quien había obrado la redención y traído la salvación a todo el género humano mediante su pasión y muerte (1).

Ahora bien: esta solución del problema era muy precisa y muy clara, mas aparecía constituída por una serie de puras afirmaciones carentes de pruebas; aun peor: estas afirmaciones se desmentían totalmente cuando se confrontaban con sus fuentes, pues tanto los *Hechos* como el epistolario presentaban un Pablo no sólo diferente, sino precisamente opuesto al que ofrecía esta solución. El Pablo de las fuentes era un Pablo judío cien por cien, fariseo, educado en las escuelas más ortodoxas de Jerusalén, observantísimo de las tradiciones nacionales, hostilísimo a cualquier compromiso con ideologías extranjeras, enemigo implacable de la idolatría, bajo cualquier aspecto; era, en

---

(1) Estas ideas las expuso Loisy en su estudio *La Conversion de saint Paul et la naissance du christianisme,* aparecido en la *Revue d'histoire et littérature réligieuses,* 1914, p. 289-331, de donde cito algunas observaciones importantes: «*On ne conçoit pas sans peine et plusieurs se refusent à admettre que Paul se soit converti à la foi d'un prédicateur juif contemporain, en regardant celui-ci comme la manifestation d'un être divin qui serait descendu du ciel pour sauver les hommes en se faisant crucifier. La chose, en effet, serait difficilement concevable si Paul avait connu personellement Jésus, mais tout fait supposer qu'il ne l'a jamais vu*» (p. 305). «*De la personnalité de Jésus, si raprochée qu'elle ait été de lui dans le temps, Paul n'aura donc pu avoir qu'une impression attenuée, et l'on ne doit pas être étonné de trouver cette impression presque nulle*» (p. 306). «*Paul n'était pas né en Palestine, mais à Tarse, oú il a grandi et oú il aura probablement passé la plus part des années qui ont précédé sa conversion. Il est donc né en pays païen, dans un milieu de syncrétisme religieux. Sur le vieux culte national apparanté aux anciennes religions de la Syrie et de l'Asie Mineure, sétaient greffées les divinités hellenistiques, et d'autres cultes orientaux s'étaient aussi introduits, notamment le culte de Mithra, dont la Cilicie était un des centres principaux aux commencements de l'empire romain. Quelle impression ces religions païennes produisirent-elles sur l'esprit de Paul, lui-même n'a jamais pris le temps de le remarquer, et il ne le dit nulle part... il en aura connu surtout l'esprit, et de cet esprit il se sera pénétré sans s'en apercevoir*» (pp. 308-309). «*Il manquait aux mystères une doctrine ferme sur la divinité; il manquait à leurs mythes de salut un point d'attache dans l'histoire; à l'ideal moral vers lequel ils tendaient plus au moins à éléver il manquait un point d'appui dans ces mêmes mythes qui étaient censés le soutenir. Or le mystère chrétien possédait ce qui manquait aux mystères païens; il le possédait grace au judaïsme et gräce à l'Evangile de Jésus*» (p. 329). «*Paul no soupçonait pas de quel avantage étaient pour le Christ du mystére d'avoir derrière lui Jésus de Nazareth. Combien était flottante et inconsistante la legende des dieux sauveurs quand on voulait la serrer de près, il est inutile de la prouver. Leur œuvre terrestre s'était accompli dans les ombres du plus lointain passé, on ne savait pas quand, même on ne savait pas très bien comment. Combien plus nettement se dégageaient la personne et l'activité du Sauveur chrétien! Il était né au temps d'Auguste; il avait prêché sous Tibére; il avait vecu en Palestine; il avait été crucifié à Jéresalen par ordre de Ponce Pilate. Le mythe paulinien de la rédemption se présentant comme une histoire... Enfin, ce que l'on pouvait raconter de Jésús, de son enseignement, de sa vie, de son attitude devant la mort, lui faisait une physionomie digne du rôle salutaire qui lui était attribué. Sa morale était pure, et son existence avait été à la hauteur de sa morale... Quel contraste entre la passion d'Attis, même celle d'Osiris ou celle de Dionysos, et la passion du Christ!*» (p. 330).

resumen, un hombre capaz de todo, menos de preparar un puente de paso entre el Dios Jahvé y los dioses de las religiones de misterio, aun cuando se tratara de poner como pontón al Mesías hebreo. ¿Cómo, pues, habría podido Pablo construir este puente?

139. Loisy comprendió que hacía falta dar las pruebas de la solución propuesta, esto es: era preciso o cambiar la imagen del Pablo de su solución o cambiar la imagen del Pablo de las fuentes. Loisy escogió el segundo procedimiento, y se propuso delinear la verdadera imagen del Pablo histórico con el método acostumbrado de «extracción» de las fuentes; dejando, de momento, el epistolario, comenzó por los *Hechos*.

En sus dos comentarios a los *Hechos* Loisy recogió y desarrolló una idea, expresada ya por Gercke (1894) y más claramente por E. Norden *(Agnostos Theos,* 1913), según la cual los *Hechos* y el III evangelio eran originariamente un escrito auténtico de Lucas; pero en el siglo II un redactor transformó este escrito hasta tal punto, que no quedaron de él sino escasos fragmentos intercalados en la producción del redactor. El escrito de Lucas, compuesto hacia el año 80, era digno de su autor, sin duda un historiador bien informado, preciso, claro; en cambio, el redactor que elaboró este escrito fué en los *Hechos* un «abogado sin escrúpulos» un «falsario», un «mixtificador» uno que «inventa por el placer de inventar», que ha «mutilado atrozmente, cortado, amañado, retocado, interpolado», en una palabra, que ha realizado un «perpetuo cambio» (1).

A pesar de este cataclismo, Loisy no reconstruye en su totalidad la trama general del escrito de Lucas. El prólogo, hoy despedazado, daba un resumen de todo el contenido, que iba desde la resurrección de Jesús a la muerte de Pablo y, probablemente, también la de Pedro. Venía después el cuerpo de la narración: primero, un resumen de las apariciones de Cristo resucitado en Galileo; después, el regreso de los discípulos a Jerusalén, en donde comienzan a predicar el Cristo; se forma un grupo de fieles helenistas, dirigidos por siete diáconos y especialmente por Esteban, los cuales anuncian la inminencia de la parousia y la abrogación de la ley hebrea; Esteban es lapidado y los cristianos helenistas son expulsados de Jerusalén, mientras los judeocristianos permanecen allí sin sufrir molestias; los expulsados hacen propaganda en varios lugares, y fundan la comunidad de Antioquía, admitiendo en ella a muchos paganos; en este tiempo se convierte Pablo, helenista también él, y que efectivamente no estuvo en Jerusalén durante la muerte de Esteban; la narración se cuenta (en el escrito original de Lucas) en pocas palabras, como un hecho puramente interno y espiritual; Pablo y Bernabé se dedican a predicar en Siria y Cilicia, lo cual hace urgente resolver la cuestión de la observancia de las prácticas judías, puesto que los judeocristianos que quedaron en Jerusalén esperan aún la parousia de Cristo; los de Jerusalén entonces comienzan a adoptar los puntos de vista liberales de los helénico-

(1) No citamos las páginas porque semejantes términos aparecen a cada momento. (*Actes*, 1920.)

cristianos; se desencadena la persecución de Agripa I, donde encuentra la muerte con Santiago su hermano Juan (el evangelista); Pedro, refugiado en Antioquía, tiene el conocido debate con Pablo, el cual, desde entonces, marcha a sus peregrinaciones de Asia Menor; vuelve después de los sucesos de Efeso y es detenido; tiene lugar el viaje a Roma, seguido de dos años de encarcelamiento y de la condenación a muerte el año 60-62. Probablemente el escrito seguía refiriendo las persecuciones de Nerón y la muerte de Pedro.

140. Este era el argumento del escrito original de Lucas, según Loisy. Todo lo demás que se lee en los *Hechos* no es más que la aportación tendenciosa y legendaria del redactor; a esta categoría pertenecen los relatos de la Ascensión, Pentecostés, de la conversión de Pablo en el camino de Damasco, del centurión Cornelio, de la importancia de los Doce en Jerusalén bajo la primacía de Pedro, del viaje de Bernabé y de Pablo a Chipre, de Sergio Pablo, de Galión, infinidad de otros detalles y, sobre todo, los milagros y los hechos sobrenaturales. En vez de estas falsedades, el escrito de Lucas daba noticias sobre los cristianos helenistas, sobre la conversión del propio Lucas, sobre el proceso de muerte contra Santiago y Juan, sobre la contienda de Antioquía, y sobre otros muchos temas, comprendido también el proceso de Pablo en Roma: todo esto lo suprimió el redactor por una hostilidad explícita.

En efecto, el propósito del redactor es mostrar a las autoridades de Roma que la religión cristiana es el verdadero judaísmo, digno de ser protegido por ellas: un propósito simultáneo y aun más auténtico, es el de magnificar la comunidad romana, exaltando a Pedro en perjuicio de Pablo, y esto deja percibir que el total falseamiento del escrito de Lucas fué querido especialmente por la Iglesia romana, y su autor—o sea, el redactor falsario—pertenecía a la clase dirigente de dicha Iglesia. Realizada la falsificación, el escrito original de Lucas se hizo desaparecer sin que quedase la menor huella.

141. Perturbación tan radical acaecida en la historia del cristianismo primitivo—que es precisamente inversa a la perturbación que habría realizado el redactor en el escrito de Lucas—se demuestra con pruebas conceptuales y filológicas. Las pruebas conceptuales consisten en esto: cada vez que en los *Hechos* se halla un pasaje cualquiera que contradice el argumento mencionado del escrito original de Lucas reconstruído por Loisy, se concluye que el pasaje es debido al redactor. Las pruebas filológicas siguen los acostumbrados procedimientos, según los cuales si aparece a veces en la narración una construcción un poco dura, una expresión desusada, una alusión a una idea ya expresada, un hilo lógico no del todo rectilíneo, se consideran como otras tantas pruebas de la intervención del redactor; pero, por otra parte, si todo resulta llano en cuanto a expresiones, construcciones y discurrir lógico, esto demuestra la hábil astucia del redactor que ha sabido disimular bastante bien su intervención, de la cual, sin embargo, no puede dudarse.

142. Mas sucede que el argumento reconstruído por Loisy queda autorizado por su teoría escatológica con respecto a la predicación de Jesús y de sus ideas filosóficas propias, pero no ciertamente por los documentos: si el escrito original de Lucas desapareció sin dejar huellas apenas fué publicado este falso del redactador, no bastaría para reconstruirlo la fantasía de un erudito moderno, a menos que éste hubiera querido trabajar como un novelista. En cuanto a las pruebas filológicas de aquel género, cada vez producen peor impresión en los eruditos que se han familiarizado con los documentos semíticos o semitohelenistas. Porque aplicando aquellos procedimientos filológicos a textos de otra índole muy diversa, como *De bello gallico* y la *Divina Commedia,* fácilmente podría concluirse—mediante únicamente su crítica interna—que en estas obras tomaron parte varios autores, y aun numerosos redactores; y si nadie piensa en llegar a semejantes conclusiones es por los datos externos, no ya por la crítica interna. Para Loisy, las atestiguaciones externas respecto a los *Hechos* no valen nada; pero olvidaba también que para delimitar los fragmentos mínimos de fuentes eventuales, la crítica interna de un texto semita-helenista, como los *Hechos,* es aún menos válida que en textos como los de *De bello gallico* y la *Divina Commedia.*

Además, la denigración que Loisy infligía constantemente a su imaginario redactor—y a veces también a los eruditos contemporáneos que disentían de él (1), obtenía el efecto contrario entre personas ecuánimes, ya que demostraba con sus procedimientos el intento de impresionar al lector.

143. Terminada la crítica de los *Hechos,* Loisy estaba tan sólo a medio camino, porque aún quedaba el Pablo del epistolario, aquel que se decía el Pablo «gnóstico», o sea, el que se presentaba como apóstol de los gentiles por voluntad y revelación de Cristo, que proclamaba la abolición de la Ley hebrea, que anunciaba la encarnación del Hijo de Dios, que revelaba el misterio de Cristo oculto a los siglos y ahora manifestado en Jesús, que, en resumen, iniciaba el paso del cristianismo primitivo simplemente escatológico al cristianismo posterior ya sacramental y eclesiástico. ¡Qué evolución había tenido lugar en aquellos veinte años entre la muerte de Jesús y el comienzo del epistolario! (§ 137) ¿Pero no eran demasiado breves veinte años para explicar una revolu-

---

(1) Por ejemplo, cuando habla de Harnack (*Actes*, 1920, pp. 42-48). Loisy llama a los trabajos de éste sobre los *Hechos* una «apología», en tono denigratorio. En la página 45 hace una preterición malintencionada, al confrontar los propios trabajos de Harnack con respecto a su *signification et le rôle dans le mouvement général de la culture allemande en ces dernières années*» (puesto que Loisy escribe en 1920, parece aludir al pangermanismo imperante antes de la guerra mundial: tal vez Harnack fué para el pangermanismo lo que había sido el redactor-falsario de los *Hechos* para la Iglesia romana). En la página 48 termina diciendo que *l'apologétique de Harnack, pour être plus savante et plus subtilement habile que celle du rédacteur des Actes, ne paraîtra guère moins osée*». Ahora bien, si había alguien que jamás debía aludir a ciertas cosas, era el propio Loisy. Era muy fácil para Harnack contestarle preguntando si todo aquel furor que mostraba frente a su redactor-falsario de los *Hechos*, presunto alto dignatario de la Iglesia romana, no dependía tal vez de algún hecho personal que él hubiera tenido con aquella Iglesia. (Para quien lo ignore, Loisy era un sacerdote secularizado, y tenía una «excomunión mayor» recibida de la Iglesia romana.)

ción tan profunda? ¿Y sería Pablo el principal autor de tamaña y tan subitánea revolución por el sólo hecho de que en sus años juveniles, allí en Tarso, había tenido algunas noticias de los misterios paganos y de sus ritos de salvación? Desvanecido el falso Pablo de los *Hechos,* aún quedaba el del epistolario para atestiguar que la gran revolución había tenido lugar realmente, y en tan breve tiempo, y por obra, en su mayor parte, de Pablo. Pensando de nuevo en esto más maduramente, Loisy reconoció que para resolver por completo esta cuestión no quedaba sino hacer con el epistolario lo mismo que había hecho con los *Hechos*; de otro modo la demolición de los *Hechos* no sólo era inútil sino que aparecía como errónea frente al epistolario. Y se embarcó en la nueva empresa.

144. Loisy volcó sobre el epistolario, hasta 1921 y aun después, las ideas dominantes entre los eruditos racionalistas: eran auténticas las cartas a los *Gálatas, Romanos, I-II Corintios,* y también *I-II Tesalonicenses, Filipenses, Colosenses, Filemón,* exigiendo, sin embargo, adiciones secundarias en alguna de ellas (1).

Estas epístolas auténticas de Pablo databan del período comprendido entre los años 50 a 61. Pero las consideraciones que hemos referido antes forzaron a Loisy a cambiar de opinión: si las cartas desmentían su teoría, era preciso abandonar, no la teoría, naturalmente, sino las cartas. ¿Era preciso, pues, aceptar las conclusiones de Bruno Bauer y de la escuela holandesas, que había declarado que eran todas integralmente falsas? (§ 128) No, ni siquiera esto; porque Loisy ya había utilizado varios datos históricos de las cartas para demostrar como falso el Pablo de los *Hechos,* de manera que ahora hubiera tenido que volver a empezar de nuevo la demostración precedente; no le quedaba, por tanto, sino declararlas falsas con el acostumbrado método de la «extracción», esto es, aceptando o rechazando sus diversos pasajes, según que concordaran o no con su teoría.

Así sucedió; pero no seguiremos a Loisy en su nuevo trabajo, que fácilmente puede imaginarse después de la experiencia de los *Hechos.* Como ya dijimos (2), Loisy, a la zaga de J. Turmel, descompuso línea a línea las cartas consideradas antes como auténticas, y extrajo los elementos que según él atestiguaban al Pablo histórico, y tiró entre las falsifica-

---

(1) *(La question de l'authenticité) a été si longuement et si minutieusement débattue que l'on pourrait presque la qualifier de fastidieuse et qu'il est permis, en tout cas, de regarder la discussion comme à peu près clos... Rien de plus personnel et de moins convenu, soit dans le fond, soit dans la forme, que les parties apologétiques des épîtres aux Galates et aux Romains. Pour le principal ces documents son palpitants de vie, et ils ne reflètent pas la situation ni l'activité des communautés chrétiennes vers le milieu du second siècle... Même les doutes soulevés contre la première aux Thessaloniciens, les épîtres aux Colossiens et à Philémon, l'épître aux Philippiens, n'ont point paru fondés quand on a examiné ces écrits avec un meilleur sens de la réalité... Ce n'est pas à dire que les épîtres dont l'authenticité substantielle ne paraît pas contestable nous soient parvenues sans altération ni addition... De telles additions semblent exister et dan la première aux Thessaloniciens, et dans la première aux Corinthiens, et dan l'épître aux Romains».* (A. Loisy: *Les épîtres de saint Paul,* en *Revue d'histoire et de littérature religieuses,* 1921, pp. 76-78.

(2) Cf.: *Vida de Jesucristo,* § 219-20; 548.

ciones los elementos que presentaban al Pablo «gnóstico». Entre estos últimos el pasaje en que Pablo atribuye a Jesús la institución de la Eucaristía, puesto tan en duda que de hecho se negaba (1).

145. Contra esta actitud extrema de Loisy se elevaron protestas angustiosas por parte de los que eran sus fieles discípulos (2), y reservas respetuosas entre sus admiradores más cordiales (3), porque parecía que el maestro había perdido todo sentido de mesura. Pero sobre el maestro no ejercieron impresión alguna las disensiones de sus discípulos, hacia quienes, por lo demás, no había mostrado nunca atención mayor, y siguió imperturbable su camino. Y he aquí las últimas y definitivas conclusiones presentadas como «resultado más importante de la crítica (suya)» por el propio Loisy: «*De este modo se creó el Pablo gnóstico, el cual, sobre todo en la epístola a los Gálatas y en la segunda a los Corintios, ostenta la pretensión, completamente desorbitada, de ser, por voluntad y revelación de Cristo, el apóstol único de toda la gentilidad, el depositario único de una revelación única, esto es, la revelación del misterio, bajo las diversas formas o definiciones que este misterio ostenta en las epístolas mayores y en las menores. A este Pablo ficticio se ha opuesto la ficción de los Doce y la de Pedro, fuente primaria, casi única, como se pretende, del apostolado cristiano, ficción enlazada en Asia con la ficción del discípulo predilecto, autor también él de una biblioteca, Apocalipsis, Evangelio, Epístolas... El resultado más importante de nuestra crítica puede consistir en la disimulación radical del Pablo histórico, predicador de la primitiva catequesis escatológica, apenas dilatada, como la habían dilatado los misioneros de Antioquía, a fin de obtener la adhesión de los paganos ahorrándoles la violencia de las observancias legales; y del Pablo místico, con la arrogancia de sus pretensiones, con su perpetua y enojosa jactancia, las groseras injurias que lanza contra los antiguos discípulos, pretendidos judaizantes, imposible de explicar como personaje perteneciente a la historia primitiva, pero muy explicable como personaje que habla en nombre de los grupos cristianos que se decían herederos de la tradición de Pablo, y que, en realidad, introducían, no ya el principio de la universalidad de la salvación mediante la fe en Jesús resucitado, principio que fué admitido sin demasiadas dificultades desde el primer momento, sino del misterio de la salvación mediante la unión mística con un Salvador venido de lo alto y resucitado en gloria*» (4).

146. Loisy, terminada así la crítica del epistolario, había terminado su tarea; pero, en realidad, había acabado por demostrar una tesis bien diferente de la que se había propuesto. Se había propuesto explicar en qué manera el Pablo histórico, en el breve espacio de veinte años, había divinizado al hombre Jesús convirtiéndolo en Hijo de Dios redentor

(1) Cf. A. Loisy: *Les origines de la Cène eucharistique*, en *Congrès d'histoire du christianisme. Jubilé Alfred Loisy*, vol. I, París 1928, p. 77-95.

(2) Cf. E. Bounaiuti, en *Religio*, enero 1936, p. 67.

(3) M. Goguel: *La relation du dernier repas de Jésus dans I Cor.* 11, *et la tradition historique chez l'apôtre Paul*, en *Revue d'histoire et de philos. Religiueses*, 1930, páginas 61-69.

(4) *Les origines du N. T.*, op. cit., p. 331-332.

de la Humanidad (§ 137); pero acabó por demostrar, en cambio—o creyó que había demostrado—, que había que contar con un Pablo doble: uno era el Pablo histórico, predicador escatológico de la eminente parusia, y a éste se le podían atribuir algunos pasajes de la carta a los *Romanos* y de la carta a los *Gálatas*; el otro era el Pablo falso, elucubrador místico o gnóstico, que anuncia la idea de la salvación operada por Cristo redentor y comunicada mediante los Sacramentos, y a este Pablo irreal había que atribuirle las restantes partes de *Romanos* y *Gálatas*, y casi íntegramente las demás epístolas.

Pero este cambio de tesis tenía muy poca importancia para Loisy: las tesis se valían, porque, en definitiva, eran todas soluciones provisionales y periféricas, esto es—como leímos ya en él mismo (§ 122)—, todas eran *hipótesis*. La verdadera *tesis*, permanente y central, era la exclusión del Pablo sobrenatural, demostrada mediante la aplicación del «dogma laico».

147. Lejos de nosotros lanzar sobre Loisy las ruidosas protestas de sus discípulos; encontramos que mantuvo una lógica impecable, sacando noblemente las últimas consecuencias de sus principios, y que, en cambio, fueron ilógicos, y lo son, aquellos discípulos que en un cierto punto le abandonaron por pusilanimidad, haciéndose neciamente conservadores. No, y no; comenzado aquel descenso, nadie tiene derecho a detenerse, y es preciso llegar al fondo. Y en el fondo del camino está la pura y simple negación: o la cancelación total del Pablo histórico, como querían Bruno Bauer y algunos de la escuela holandesa, o algo equivalente, esto es, Pablo reducido a una sombra, como quería Loisy.

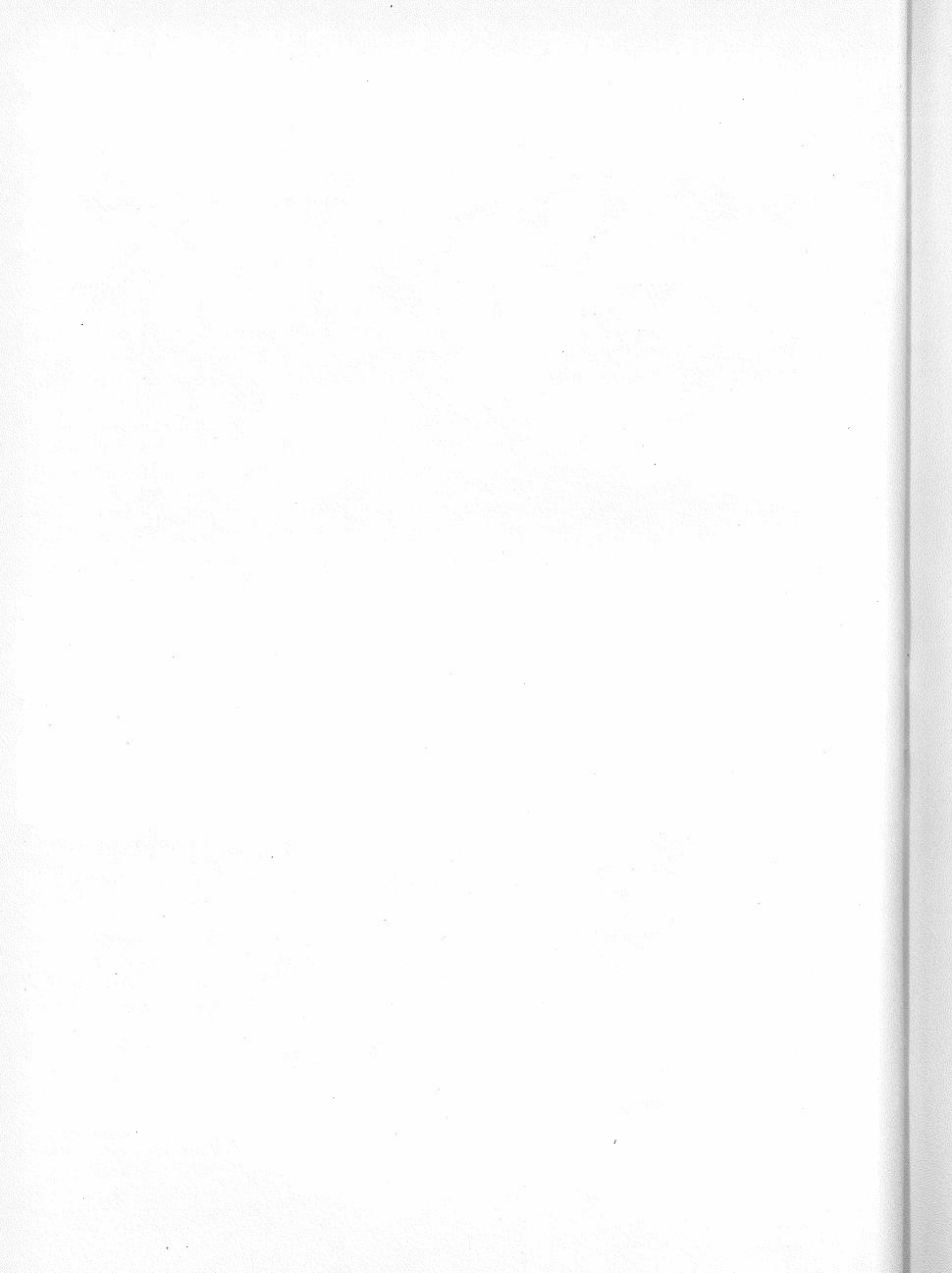
Por lo demás, este destino de Pablo moralmente es justo. Cristo, su maestro, había dicho: *No hay discípulo mayor que el maestro*; ahora bien: a aquel Cristo los críticos modernos le están decretando cada día una nueva crucifixión, puesto que le niegan la existencia histórica, o todo lo más le conceden una sombra remota de ella (1). Pablo no podía pretender que los críticos le trataran mejor que a su maestro. Es normal, pues, que éstos hayan decretado una nueva decapitación de Pablo como prolongación de la antigua.

Cada día muero, había dicho Pablo cuando estaba aún vivo (*I Cor.*, 15,31), y lo mismo puede seguir repitiendo ahora al ver cómo se trata, en nombre de la ciencia, su herencia moral. Vivo, moría todos los días porque realizaba en sí mismo *lo que falta a las tribulaciones de Cristo* (*Col*, 1, 24), y aun ahora sigue esta realización porque la pasión de Cristo se prolonga en los siglos sobre su cuerpo místico.

Y también en esta muerte renovada, Pablo imita a Cristo su maestro: cada vez resurge más vivo que nunca, y cada golpe mortal que recibe se convierte para él en gloria. El mismo lo proclama incesantemente desde su sepulcro de Roma, en torno al cual están esculpidas sus palabras: *Para mí... la muerte (es) ganancia* (*Filip.*, 1, 21).

---

(1) Cf.: *Vida de Jesucristo*, § 218, 221 sigs.



VII. CRONOLOGÍA DE LA VIDA DE PABLO

148. TABLA CRONOLÓGICA

AÑOS DE LA ERA CRISTIANA	HECHOS	DOCUMENTOS	ESCRITOS	HECHOS CONTEMPORANEOS
1 . . 5	Nacimiento.	*Act.*, 7, 58; *Filemon*, 9.		
13 . . . 18 (?)	Comienzo de los estudios en Jerusalén.	*Act.*, 22, 3; 26, 4.		Muerte de Augusto; ascensión de Tiberio: 19 agosto 14.
36	Lapidación de Esteban. Conversión de Pablo.	*Act.*, 7, 58; 9, 1-19; 22, 4-20; *Gal.*, 1, 13-16.		Pilatos Procurador: 26-36.
36-39	Estancia en Damasco, en Arabia y de nuevo en Damasco.	*Act.*, 9, 20-22; *Gal.*, 1, 17; *Act.*, 9, 23-25.		Muerte de Tiberio; ascensión de Calígula: 16 marzo 37.
39	Primer viaje a Jerusalén y estancia de quince días.	*Act.*, 9, 26-28; *Gal.*, 1, 18-20.		
39-43	Estancia en Tarso.	*Act.*, 9, 29-30; *Gal.*, 1, 21-24.		Muerte de Calígula; ascensión de Claudio: 24 enero 41.
43-44	Estancia en Antioquía	*Act.*, 11, 25-26.		
45-49 (50)	PRIMER VIAJE MISIONAL (Chipre, Asia Menor).	*Act.*, 13-14; *II Tim.*, 3, 11.		
49 (50)	Concilio apostólico en Jerusalén.	*Act.*, 15, 1-35; *Gal.*, 2, 1-10.		Claudio expulsa de Roma a los judíos. (cf. *Act.*, 18, 2).
49 (50)	Disputa con Cefas en Antioquía.	*Gal.*, 2, 11 y sigs.		
49 (50)-(52) 53	SEGUNDO VIAJE MISIONAL (Asia Menor, Macedonia, Acaya).	*Act.*, 15, 36-18, 22 (cf. *Gal.*, 4, 13-15.)		
50 (51)	Filipos.	*Act.*, 16, 11 y sigs.		

CRONOLOGIA DE LA VIDA DE PABLO

AÑOS DE LA ERA CRISTIANA	HECHOS	DOCUMENTOS	ESCRITOS	HECHOS CONTEMPORANEOS
51	Tesalónica.	*Act.*, 17, 1 y sigs.	I TESALONICENSES	
51-53	Corinto.	*Act.*, 18, 1 y sigs.	II TESALONICENSES.	Galion procónsul en Acaya, 52-53 (51-52).
53-58	TERCER VIAJE MISIONAL.	*Act.*, 18, 23-21, 17.		
53	Galacia-Frigia.			
54-57	Efeso.	*Act.*, 19, 1 y sigs.	(54) GALATAS (?). (56) I CORINTIOS.	Muerte de Claudio. Nerón elegido emperador el 13 octubre 54.
57	Salida de Efeso. Estancia en Macedonia. Viaje a Iliria (*Romanos*, 15, 19)?	*Act.*, 20, 1-6.	II CORINTIOS.	
57-58	Corinto (tres meses de invernada).	*Act.*, 20, 3.	GALATAS (?) ROMANOS.	
58	Viaje. Prisión en Jerusalén.	*Act.*, 20, 3-23, 35.		
58-60	PRISION EN CESAREA.	*Act.*, 24-26.		Porcio Festo procurador: 60-62.
60-61	Navegación, naufragio en Malta, llegada a Roma (meses invernales).	*Act.*, 27-28, 16.		
61-63	PRIMERA PRISION ROMANA.	*Act.*, 28, 17-31.	COLOSENSES-EFESIOS. FILEMÓN. FILIPENSES.	
63-64	Viaje a España.			
64	Estancia en Italia.		HEBREOS (?).	Incendio de Roma: julio 64.
64-66	Viaje a Oriente (Efeso, Creta, etc.). Macedonia. Nicopolis.	*I Timoteo*, 1, 3; *Tito*, 1, 5; 3, 12.	I TIMOTEO-TITO.	
66-67	SEGUNDA PRISION ROMANA.	*II Timoteo*, 1, 15-18; 4, 9-21.	II TIMOTEO.	Sublevación de Judea: 66-70.
67	Martirio.			Muerte de Nerón: 6 junio 68.

149. En las páginas siguientes exponemos las razones sobre las que se fundan las fechas que hemos asignado a los hechos en la tabla precedente. Como se ve, muy pocas son seguras; otras parecen más probables en relación con las fechas precedentes establecidas por otros eruditos.

NACIMIENTO.—En ningún documento aparece el año del nacimiento de Pablo. Indirectamente puede conjeturarse de dos citas ocasionales. Una en la carta a *Filemón*, 9, donde Pablo se dice *viejo* (πρεσβύτης), lo que implica, según el empleo corriente de la palabra que tenía más de sesenta años, puesto que la carta está escrita entre los años 61-63, Pablo debió nacer en uno de los primeros años de nuestra era, si no en alguno anterior.

El otro dato es aún más vago: con ocasión de la lapidación de Esteban, que puede fijarse con bastante seguridad en el año 36, a Pablo se le llama νεανίας (*Act.*, 7, 58), palabra con que los griegos designaban a a un adolescente que no tuviera aún veinte años o a un hombre próximo a los cuarenta. Tomando una media entre estas dos cifras, y considerando que Pablo, inmediatamente después se presenta como una persona de cierta autoridad en su actuación como perseguidor de los cristianos (*Act.*, 8, 3), se puede suponer razonablemente que tendría entonces de treinta a treinta y cinco años, lo cual nos lleva de nuevo a situar su nacimiento en los primeros años de nuestra era.

Si Jesús nació el año 748 de Roma, seis años antes de nuestra era (1), Pablo era de tres a ocho años más joven que él.

150. ESTUDIOS EN JERUSALÉN.—Pablo fué de su ciudad natal, Tarso, a Jerusalén para estudiar (Act., 22, 3), y esto sucedió al final de la adolescencia (ἐκ νεότητος, *Act.*, 26, 4). De nuevo la incertidumbre análoga a la del caso anterior; pero esta vez podemos rectificar en parte consultando las costumbres pedagógicas de los judíos observantes. Una norma atribuída a Judá, hijo de Tema, establece: *A la edad de cinco años, la lectura (de la Biblia); a la edad de diez años, la Mishna; a la edad de trece años, la (observancia de los) mandamientos; a la edad de quince años, el Talmud; a la edad de dieciocho, el matrimonio, etc.* (Mishna: *Aboth*, V, 21). Esta norma es muy posterior a la adolescencia de Pablo; sin embargo, suponiendo que reflejara las costumbres en uso ya en el siglo I de C., se puede concluir que Pablo fué a Jerusalén un poco antes de cumplir los quince años, esto es, entre los años 13 y 18 de nuestra era.

No consta, en modo alguno, cuánto duraron sus estudios en Jerusalén, ni si permaneció allí después de acabados éstos.

151. LAPIDACIÓN DE ESTEBAN. CONVERSIÓN DE PABLO.—El primer hecho precede en poco tiempo al segundo, tal vez tan sólo en algunas semanas (cf.: *Act.*, 7, 60; 8, 1-3; 9, 1 sigs.). Pero ¿en qué año tuvo lugar la lapidación de Esteban, y, por tanto, la conversión de Pablo?

Los datos positivos son los siguientes: Cuando matan a Esteban, la nueva comunidad cristiana está muy desarrollada, tanto en número

(1) Cf.: *Vida de Jesucristo*, § 173-174.

(*Act.*, 4, 4; 5, 14; 6, 7), como en organización interna (*Act.*, 4, 32; 6, 1 siguientes), y se ha difundido también fuera de Jerusalén y de Palestina (*Act.*, 8, 5 sigs; 9, 2-19); este desarrollo conjunto induce a suponer que había pasado algún tiempo, o sea, algunos años, desde la muerte de Jesús, sucedida el año 30.

Una consideración nos ayuda a delimitar mejor el número de estos años. En el proceso de muerte contra Esteban no interviene el procurador romano, el cual, sin embargo, debía de haber intervenido, porque tan sólo él tenía *ius gladii*, y podía aprobar una sentencia de muerte (1); así había sucedido en el proceso de muerte de Jesús, y así debía haber sucedido en el proceso de muerte de Esteban, puesto que el caso jurídico era el mismo. Y el procurador romano debía haber sido el mismo, esto es, Poncio Pilatos, que lo fué del 2 al 36—como resulta del proceso de Jesús—, y que tenía un carácter tal como para no renunciar a su *ius gladii*, ni ponerlo al servicio de los Sanedrines, a los que despreciaba. Y, por el contrario, a Esteban le juzga el Sanedrín, con su corte de satélites, sin que aparezca en absoluto el magistrado romano. ¿Cómo es posible?

Verosímilmente, porque Poncio Pilatos ya no estaba en aquel puesto, destituído por su superior Vitelio, legado de Siria, y había sido enviado a Roma para justificarse frente al emperador de las acusaciones que le hacían los judíos (2), por esto el Sanedrín habría aprovechado el momento oportuno en que el cargo de procurador estaba vacante, o tal vez ocupado desde hacía poco por el inexperto Marcelo (sucesor de Pilatos), y habría tenido un gesto de autoridad obrando por su cuenta en la lapidación de Esteban. Un caso semejante sucedió en el año 62 a la muerte del procurador Porcio Festo, cuando el Sanedrín hizo lapidar a Santiago «hermano» de Jesús aprovechando análogamente las vacaciones del procurador (3).

Suponiendo, pues, que la lapidación de Esteban tuviera lugar en esta circunstancia, esto es, en el año 36, nos encontramos, naturalmente, con que eran seis los años que suponíamos transcurridos desde la muerte de Jesús; suficientes para el desarrollo mencionado de la comunidad cristiana.

152. ESTANCIA EN DAMASCO, EN ARABIA Y DE NUEVO EN DAMASCO.— La consecución de los acontecimientos se obtiene entreverando el relato de los *Hechos* con el de los *Gálatas*. Recién convertido, Pablo entró en Damasco, y se dió inmediatamente a predicar la fe de Cristo Jesús. Permaneció allí *algunos días* (*Hechos*, 9, 19). Esta primera estancia en Damasco, brevísima, no se menciona en *Gálatas*, 1, 17, donde se habla tan sólo del retiro de Arabia y, por tanto, de la *vuelta* (nótese el término, que implica una estancia anterior) a Damasco; por el contrario, los *Hechos* (9, 20-25) no mencionan el retiro en Arabia, y presentan dos estancias en Damasco fundidas entre sí.

Si la conversión fué el 36, la primera estancia brevísima en Damasco fué el mismo año, e inmediatamente después se inició el retiro en Arabia.

(1) Cf.: *Vida de Jesucristo*, § 22, 59, 576 sigs.
(2) Cf.: *Historia de Israel*, II, § 338.
(3) Cf.: *Historia de Israel*, II, § 415.

No nos consta cuánto duró este retiro, pero probablemente fué tan sólo de algunos meses (como resultaría de los *muchos días* de la genérica predicación de Pablo en Damasco (*Act.*, 9, 23), y estuvo seguido de una vuelta a Damasco; cierto que el retiro en Arabia y la segunda estancia en Damasco, considerados juntos, no van más allá del tercer año después de la conversión (*Gál.*, 1, 18). Sería el año 39.

Pablo en este año, para huir de las insidias de los judíos, hubo de escaparse de Damasco por la noche, haciéndose descolgar dentro de una cesta por las murallas de la ciudad; por esto es por lo que *el etnarca del rey Aretas puso guardia en la ciudad* (*II Cor.*, 11, 32; cf.: *Act.*, 9, 25). Se trata de Aretas IV, rey de los nabateos, contra el que Tiberio había hecho una guerra inútil en el año 36 (1). Pero, ¿cómo ahora, en el 36, un etnarca de este Aretas mandaba tanto en la Damasco romana como para intentar capturar a un ciudadano romano, que esto era Pablo, y con esto dar contento a los judíos? Se ha supuesto que este etnarca fuera un representante de Aretas, situado en los alrededores de Damasco para tutelar los intereses de los árabes nabateos numerosísimos en la zona circundante de la ciudad; pero los romanos hubieran tolerado difícilmente un representante extranjero tan emprendedor, y siéndolo, además de un rey enemigo, de haber sido ellos los amos de Damasco y sus alrededores. Por esto tiene mucho más fundamento la hipótesis formulada por otros, según la cual Calígula, sucesor de Tiberio en el año 37, cedió espontáneamente Damasco a Aretas, para hacer una política contraria a la de Tiberio, como hizo en otros casos, por ejemplo, cuando en el 40 cedió espontáneamente a Herodes Agripa I la tetrarquía que había pertenecido a Herodes Antipas (2). Esta hipótesis parece sostenida también por el hecho de que mientras existen en Damasco monedas con la efigie de Tiberio, no existen con la imagen de Calígula (ni de Claudio, su sucesor) (§ 32). Además, la hipótesis encaja bien en la serie de los hechos de Pablo, que habría huído de Damasco cuando la ciudad ya no pertenecía a los romanos, sino a Aretas; como Aretas muere el 40, la fuga tuvo lugar antes del 40 y después de la ascensión de Calígula, que se efectuó en el 37; y de este modo volvemos al año 39, que ya había sido fijado anteriormente por otras razones.

153. PRIMER VIAJE A JERUSALÉN.—No ofrece dificultad alguna. Según *Gál*, 1, 18-20, tuvo lugar *tres años después* de la conversión de Pablo, y fué seguido de una estancia de quince días en la ciudad, en casa de Cefas (Pedro). Puede ser que los tres años sean una cifra redonda, superior o inferior en algunos meses a la realidad.

ESTANCIA EN TARSO.—Después de quince días en Jerusalén, Pablo se dirigió a Cilicia y a Tarso, atravesando Cesarea (*Gál.*, 1, 21; *Act.*, 9, 30) Tarso fué entonces el centro de la acción de Pablo, hasta que vino Bernabé a llevárselo a Antioquía; esto tuvo lugar un año antes del viaje siguiente de Pablo a Jerusalén, que—como se verá después—tuvo lugar en 44; por esto la estancia en Tarso duró unos cuatro años, del 39 al 43.

---

(1) Cf.: *Historia de Israel*, II, § 371.
(2) Cf.: *Historia de Israel*, II, § 395.

Estancia en Antioquía.—Pablo permaneció en Antioquía, a donde le había llevado Bernabé, *un año entero* (*Act.*, 11, 26), esto es, hasta su viaje a Jerusalén, sucedido en el 44; por tanto, el año pasado en Antioquía va del 43 al 44.

154. Hambre y viaje (de las colectas) a Jerusalén.—Habiéndose anunciado un hambre general y grande, los cristianos de Antioquía recogieron auxilios para los de Jerusalén y se los enviaron por medio de Bernabé y de Pablo (*Act.*, 11, 27-30); es el llamado «viaje de las colectas». ¿Cuándo tuvo lugar este viaje de ambos?

Hay que señalar inmediatamente que el hambre que lo motivó, con mayor o menor intensidad, duró varios años, y afectó a varias regiones. Se señala en Roma, ya a comienzos del imperio de Claudio (Suetonio: *Claudius,* 18; Dion Casio: IX, 11, 1-3), esto es, del 41-42, y se vuelve a confirmar durante el II año del mismo Claudio (Tácito: *Annal,* XII, 43). esto es en el 52; dejando a un lado las demás regiones, en cuanto a Judea la atestigua Flavio Josefo (*Antigüedades judías,* III, 320; XX; 51, 101) en tiempo de Tiberio Alejandro, que fué procurador del 46 al 48 Tal vez estos años fueron los peores para Palestina; pero el hambre general debía ser anterior a ellos; y con sus primeros síntomas hay que poner en relación el viaje de las colectas. Nótese, además, que en la narración de los *Hechos* (12, 1), el viaje se pone en relación con la muerte de Herodes Agripa I, que tuvo lugar *hacia aquel tiempo,* esto es, mientras Bernabé y Pablo estaban todavía en Jerusalén, habiendo sido portadores de las colectas (ibíd., 25). Ahora bien, la muerte de Agripa sucedió en la primavera del 44 (1), por tanto, el viaje de las colectas debió realizarse este año.

Este viaje no se recuerda en la carta a los *Gálatas* (2, 1-10), donde, en cambio, se habla del siguiente, a Jerusalén, con motivo del concilio apostólico. La razón del silencio acerca del viaje de las colectas, es que Pablo, en esta carta, no quiere referir con puntos y señales todos los hechos de su propia vida, sino tan sólo demostrar a los Gálatas que él ha recibido su Evangelio no de los hombres, sino de Cristo Jesús (íbid., I, 11, 12); ahora bien, el viaje de las colectas no servía para esta demostración, habiendo sido un acto de pura confraternidad cristiana y no de ministerio apostólico. Tanto más cuanto que, yendo a Jerusalén con las colectas, Bernabé y Pablo habían sido dirigidos a los *ancianos* de la comunidad (*Act.*, 11, 30), mientras no se dice en ninguna parte que se encontraran con los apóstoles: como arreciaba la persecución de Agripa, los apóstoles o estaban en la cárcel, como Pedro, o probablemente habían huído a otros lugares, como hizo Pedro después de su liberación (*Act* , 12, 1-17).

Algunos eruditos sostienen que el viaje de las colectas es precisamente el de *Gál.*, 2, 1 sigs.; pero basta confrontar este texto con el relato de *Hechos,* 15, 2 sigs., para ver que el objeto de ambas narraciones (aun cuando con algunas divergencias en la exposición) es el mismo por lo que a las personas se refiere, a los hechos y a las circunstancias, esto es, se trata del viaje al Concilio apostólico, muy diferente del viaje de las

(1) Cf.: *Historia de Israel,* II, § 399.

colectas; además, ésta es la opinión de los antiguos (Irineo: *Adv. haer.*, III, 13, 3; Tertuliano: *Adv. Marcion,* V, 2, compartida por la mayor parte de los eruditos modernos. El viaje de las colectas fué, pues, el segundo que conocemos de Pablo a Jerusalén después de su conversión; el tercero fué el del Concilio.

155. PRIMER VIAJE MISIONAL.—Al volver del viaje de las colectas, Pablo se detuvo en Antioquía un tiempo que no sabemos cuánto duró (*Act.,* 13, 1-3); después emprendió, con Bernabé y Juan Marcos, el primer viaje misional a través de Chipre, Panfilia, Pisidia y Licaonia, repitiendo luego el recorrido en sentido inverso para volver a Antioquía; allí se detuvo otra vez un *tiempo no breve* (*Act.*, 14, 28); después vino el viaje al Concilio apostólico, el cual no se celebró antes del año 49.

Es imposible limitar el tiempo de cada una de las estancias en Antioquía, y del viaje misional intermedio; cierto que sólo el viaje debió durar, al menos, tres años, si se considera que la isla de Chipre la recorrieron en toda su amplitud (*Act.*, 13, 6), y al parecer fué evangelizada con cierta minuciosidad, lo cual requeriría varios meses. En conjunto, pues, el viaje, con sus dos descansos antioquenos, ocupó del 45 al 49, o tal vez al 50.

156. CONCILIO APOSTÓLICO.—El propio Pablo da la fecha de este Concilio en su carta a los *Gálatas*; allí, después de referir su conversión, dice que *tres años después (Gál.,* 1, 18) fué a Jerusalén, y éste es su primer viaje a dicha ciudad, como ya vimos (§ 153); después prosigue: *Luego, al cabo de catorce años, subí otra vez a Jerusalén, acompañado de Bernabé,* etc. (Ἔπειτα διὰ δεκατεσσάρων ἐτῶν πάλιν ἀνέβην κτλ). (*Gál.*, 2, 1). Pero, ¿desde cuándo empiezan a contarse estos catorce años, desde la conversión o desde el viaje anterior a Jerusalén? En el primer caso, fijada la conversión en el 36, el Concilio caería en el 49 (o en el 50, si se trata de cifras redondas); en el segundo caso, entre la conversión y el Concilio transcurren diecisiete (3+14) años, y es preciso o anticipar la conversión en tres años, o retrasar de tres años el Concilio. Ciñéndose únicamente a las palabras del texto, ambas interpretaciones son admisibles; así, apoyándose sobre las palabras griegas ἔπειτα διὰ... πάλιν, es más natural interpretar que los catorce años comienzan a partir del viaje anterior a Jerusalén. Pero, en compensación, el contexto parece demostrar que Pablo tiene siempre presente en conversión, que fué su *Incipit vita nova,* a la vez que el comienzo de su apostolado, del que aquí se ocupa: por tanto, los catorce años se referirían, como los tres precedentes, a la conversión. Por otra parte, la fecha del 36, para la conversión, se apoya en las razones que ya vimos (§ 151), y anticiparla en tres años, tropezaría con el obstáculo de aquellas razones; aun peores inconvenientes se encontrarían para retardar el Concilio de tres años, como se verá por los datos que vamos a examinar. Por todas estas razones consideremos que Pablo, con su estilo nervioso y reflejo, contó los catorce años partiendo de su conversión: por esto, el Concilio se celebró el año 49 o el 50.

DISPUTA CON CEFAS EN ANTIOQUÍA. — Todo induce a pensar que la disputa tuvo lugar poco después del Concilio apostólico. Nótese que en

el incidente va implicado también Bernabé (*Gál.*, 2, 13), que se separó de Pablo un poco después, en Antioquía (*Act.*, 15, 35-36).

157. Segundo viaje misional.—Se señalan dos breves períodos entre la vuelta de Pablo y Bernabé del Concilio apostólico y el comienzo del segundo viaje misional: uno fué de *algún tiempo* (*Act.* 15, 33); otro fué de *algunos días* (*Act.*, 36); reunidos los dos, y comprendiendo la discusión entre Bernabé y Pablo y los preparativos de viaje (*Act.*, 37-36), puede suponerse que se trata de un mes o dos, al cabo de los cuales Pablo volvió a ponerse en camino. Lo cual debió suceder a fines del 49 o, mejor aún, a principios del 50.

Este segundo viaje misional llevó a Pablo a través de Siria y Cilicia, a Licaonia, de aquí a Frigia y al «país de Galacia» (*Act.*, 16, 6), finalmente, a Troade; pasando después a Europa, fué a Filipos, Tesalónica, Atenas y Corinto. El viaje, que duró cerca de tres años, brinda dos alusiones cronológicas importantes, ambas durante la estancia de Pablo en Corinto. Apenas llegó a esta ciudad, Pablo se encontró a un judío llamado Aquila y a su mujer, Priscila, *recientemente llegado de Italia... a causa del decreto de Claudio, que ordenaba salir de Roma a todos los judíos* (*Act.*, 18, 2). También Suetonio (*Claudius*, 25) (1) menciona este decreto, pero no da su año; Orosio, en cambio (*Hist.*, VII, 6), lo sitúa en el año noveno de Claudio, que es el año 49; pero Orosio da como testigo a (Flavio) Josefo, el cual, sin embargo, no alude nunca a semejante decreto, con lo que su afirmación no tiene garantías. Es cierto, sin embargo, que el año fijado por Orosio cuadra perfectamente con los demás datos cronológicos que ya tenemos: si Aquila salió de Roma en el 49, llegó a Corinto el 50 ó 51, y allí se encontró con él Pablo.

158. El otro dato cronológico se refiere al encuentro de Pablo con el procónsul Galión. En Corinto, Pablo pasó los primeros dieciocho meses, y tal vez algunos más (*Act.*, 18, 11, cf.: 7), sin que los judíos le molestaran; si llegó a Corinto en la primera mitad del 51, estos dieciocho meses nos llevan a la segunda mitad del 52. En este tiempo los judíos se levantaron contra él, y le acusaron al Tribunal del procónsul, que era Lucio Junio Galión, hermano del filósofo Séneca; pero Galión rechazó la acusación y dejó en libertad a Pablo, que se quedó en Corinto todavía durante un tiempo considerable (*Act.* 18, 18). Por tanto, el año de proconsulado de Galión en Corinto debe coincidir con el tiempo en que Pablo llevaba en aquella ciudad dieciocho meses. Por fortuna, una inscripción fragmentaria, hallada en Delfos, y publicada en 1905 (2), ayuda a delimitar el tiempo de proconsulado de Galión. La inscripción consta de doce líneas con lagunas, y contiene la reproducción de una carta escrita por el emperador Claudio a la ciudad de Delfos. Llenando las lagunas en la medida de lo posible, se obtienen los datos siguientes: la carta fué escrita mientras Galión ocupaba el cargo de procónsul, puesto que la

(1) Cf.: *Historia de Israel*, II, § 196.

(2) Fué publicada por E. Bourguet: *De rebus Delphicis imperatoriae aetatis, capita duo* (Montpellier 1905). Parece que Bourguet no se dió cuenta de la excepcional importancia de la inscripción, pero ésta bien pronto fué objeto de minuciosos estudios; entre otros cf.: A. Deissmann: *Paulus*, 2.ª ed., Tübingen 1925, p. 203-233.

sexta línea dice: *(Ju)nio Galión el am(igo) mio es (procon)sul (de Acaya);* además fué escrita después que Claudio había sido proclamado emperador por 26.ª vez (línea 2A). Ahora bien, por otros documentos se sabe que la proclamación imperial siguiente, esto es, la 27, tuvo lugar antes del 1 de agosto del 52; por esto, la 26 fué anterior a esta fecha. Resulta, además, que la aclamación 24 había tenido lugar mucho antes del 24 de enero del 52, mientras nada sabemos de la 25; de todas maneras no puede dudarse que la aclamación 26 tuvo lugar entre enero y julio del año 52. En este tiempo, por tanto, debió escribir Claudio la carta que reproduce la inscripción, y contemporáneamente Galeón era procónsul en Acaya. Pero ¿cuándo había empezado su cargo anual? Este punto es más difícil de aclarar por la inseguridad de las noticias transmitidas por los antiguos; de todos modos, en mayo del 52 Galión estaba, sin duda, desempeñando el cargo, probablemente desde hacía poco tiempo. Por tanto, hacia este tiempo, Pablo fué denunciado a su tribunal; y esto parece hallar una explicación adecuada en la circunstancia de que Galión era un magistrado nuevo, de manera que los judíos, al acusar a Pablo, intentaron impresionar al *homo novus,* si bien Pablo llevaba ya dieciocho meses en Corinto.

Después del encuentro con Galeón, Pablo se quedó bastante tiempo en Corinto (*Act.*, 18, 18), y de aquí marchó a Efeso; de allí, pasando por Cesarea marítima, marchó para una breve estancia a Jerusalén (*Act.* 22); finalmente, volvió a Antioquía, terminando así su segundo viaje misional. Todo esto requería algunos meses, al cabo de los cuales, Pablo pasó aún *algún tiempo* (*Act.*, 23) en Antioquía, y emprendió su tercer viaje. La correspondencia cronológica es exacta: debía ser la primavera del año 53, estación propicia a los viajes.

159. TERCER VIAJE MISIONAL.—En este tercer viaje Pablo se dirigió directamente al «país de Galacia» y a Frigia (*Act.*, 18, 23), y en estas zonas debió pasar el resto del año 53 y una parte del 54. Después fué a Efeso, donde permaneció dos años y tres meses (*Act.*, 19, 8-10), y además, un período de tiempo impreciso (*Act.*, 22), en conjunto un *trienio* (*Act.*, 20, 31); tomando esta última indicación como cifra redonda hay que concluir que la permanencia de Pablo en Efeso se prolongó durante el resto del 54, más los años 55 y 56 enteros, y gran parte del 57 (1)

SALIDA DE EFESO.—Debió tener lugar en mayo del 57. Le siguió una estancia de algunos meses en Macedonia, en Filipos. En este viaje a Iliria (*Rom.*, 15, 19), Pablo llegó hasta el interior de la región, y no se detuvo en sus confines. Después Pablo tornó a Macedonia.

De Macedonia bajó a Corinto, donde se detuvo tres meses, en el invierno del 57 al 58.

VIAJE. DETENCIÓN EN JERUSALÉN.—De Corinto, Pablo se dirigió por tierra a Macedonia, y allí, en Filipos, celebró la Pascua del 58 (*Act.*, 20. 3-6). Bajó después a lo largo de la costa occidental del Asia Menor, apre-

(1) La última permanencia en Efeso, según toda verosimilitud, no fué ininterrumpida: en otoño del 56 Pablo debió hacer un viaje rápido a Corinto, de donde volvió inmediatamente a Efeso. Pero es sólo un indicio, y la cuestión se trata a continuación, a la luz de otros hechos, § 473, 491.

surándose con el deseo de estar en Jerusalén para Pentecostés (*Act.*, 16); pasando por Tiro y Cesarea llegó a Jerusalén, donde fué encarcelado. Era aproximadamente el mes de mayo del 58.

160. ENCARCELAMIENTO EN CESAREA.—Pablo, encarcelado bajo el procurador Antonio Félix, cumplió un bienio entero de cárcel en Cesarea, hasta que ocupó su cargo el nuevo procurador Porcio Festo (*Act.* 24, 27).

Este nuevo magistrado ocupó su cargo el año 60, probablemente ya entrado el verano (1). Algunos eruditos, basándose en un pasaje de Flavio Josefo (*Antigüedades Judías*, XX, 182), confrontado con uno de Tácito (*Annal.*, XIII, 14-15) han supuesto que Félix fué llamado por Nerón en el 55, porque en su proceso intervino a favor suyo su hermano Pallante, muy poderoso en la corte, el cual, sin embargo, perdió todo su crédito el 55. Pero este es uno de los múltiples casos en que no hay que seguir a Flavio Josefo: porque Palante decayó ya en las primeras semanas de Nerón, antes de la muerte de Británico (febrero del 55), y en los tres primeros meses del imperio de Nerón no había siquiera tiempo material para estos detalles (llamar a Félix a Roma, su viaje de Palestina, institución del proceso e intercesión de Pallante, etc.). Por el contrario, existen muchas razones en favor del año 60, como inicial del mandato del procurador Porcio Festo, razones que no hacen al caso, tanto más cuanto que la mayoría de los eruditos se inclina por el año 60.

NAVEGACIÓN. NAUFRAGIO EN MALTA. LLEGADA A ROMA.—Todo ello sucedió entre el otoño del 60 y la primavera del 61; además de la lentitud de la navegación y de las escalas intermedias, menores, la única detención fué en Malta, para la invernada (*Act.*, 28, 11).

PRIMER ENCARCELAMIENTO EN ROMA.—Se atestigua explícitamente *un bienio entero* (*Act.*, 28, 30) en esta cárcel, que tal vez pudo incluso prolongarse en algunos meses; el bienio entero va de la primavera del 61 a la del 63: la prolongación posible llegaría hasta mediados del mismo año.

Con el bienio del encarcelamiento romano termina nuestro guía más importante, los *Hechos de los apóstoles*. Para los acontecimientos sucesivos mencionados en la tabla, desde el «viaje a España» hasta el «Martirio», hay que recurrir a otros documentos: provisionalmente valga la cronología fijada junto a ellos.

(1) Cf.: *Historia de Israel*, II, § 413-14.

VIII. PABLO ESCRITOR

161. El arte cristiano comenzó a representar a Pablo desde el siglo XII con una espada afilada, y esta representación se hizó después típica en la iconografía posterior. ¿Representaba aquella espada tan sólo el martirio del apóstol? No; en la mente del historiador significa más bien el arma espiritual que empleó primero entre los discípulos de Cristo, el arma de la escritura.

Confirmando esta interpretación simbólica, podría decirse que Cristo no aparece en la iconografía con una espada, precisamente porque nada ha dejado escrito. Cristo no debía emplear la espada de la escritura porque él mismo era la *viva... palabra de Dios, eficaz y tajante, más que una espada de dos filos* (*Hebr.*, 4, 12). Pablo, en cambio, escribió, y esta espada suya, al cabo de tantos siglos no ha perdido su temple ni su filo.

Pablo mismo da la valoración de su persona como escritor cuando se afirma *imperito de palabra, no de ciencia* (*II Cor.*, 11, 6); esto es, se considera no un artífice sutil y experto de la palabra, sino un hombre que siente profundamente lo que desearía expresar con ella: palabra inadecuada (λόγος), pero llena de conocimiento (γνῶσις).

162. Al oír esta confesión de Pablo deberíamos concluir que fué un escritor elocuente. Un maestro en la materia, Quintiliano, nos dice que *Pectus est quod disertos facit, et vis mentis,* esto es, que la verdadera elocuencia es fruto, no de las palabras artificiosas, sino del sentimiento *(pectus)* y de fuerte convicción (*vis mentis*); y estas cosas las tenía Pablo en abundancia. Pero Quintiliano precisamente entiende aludir al literato sabedor de su arte, a aquel que logra encerrar su sentimiento profundo dentro de una forma sabiamente preparada, como el fundidor que cuela el bronce líquido en el molde bien preparado con anterioridad.

Ahora bien; Pablo no es un artífice en este modo: no es un literato de oficio; no ve más que su pensamiento, no maneja más que bronce líquido, y lo deja colar en el primer molde que tiene a mano, sin preocuparse de afinarlo. Esta falta de pulido de su arte, es ciertamente su deficiencia, y al mismo tiempo su grandeza, porque le hace ser un artista inconsciente, un escritor que, sin quererlo, es un gran «escritor». Este es el juicio que daba precisamente Agustín de la elocuencia de Pablo, Agustín que entendía de la materia. *Lo mismo que no afirmamos que el*

apóstol haya corrido tras los preceptos de la elocuencia, así tampoco negamos que la elocuencia no haya ido en pos de su sabiduría. (*De doctrinachrist,* IV, 7.)

El sutilísimo Isócrates, que durante diez años trabajó en su *Panegírico,* y se entregó tanto a pulirlo y a afinarlo que lo publicó cuando ya no servía, esto es, cuando ya se había concluído la paz que tanto recomendaba en aquella oración; este Isócrates es el tipo del «escritor» puro, para quien la palabra lo es todo, mientras que el pensamiento no es más que un pretexto para la palabra. Poco después de él, Demóstenes llega a la cima más elevada de la elocuencia humana, porque une un sentimiento ardiente a una forma perfecta: aun hoy, leyendo su discurso *de la Corona,* asombra el magisterio de su palabra, pero también el poder de su pensamiento. Pablo es, precisamente, lo opuesto de Isócrates; prescindiría con gusto de la palabra si pudiera comunicar su pensamiento sin ella; pero desde el momento en que esta materia, pesada y opaca, es insustituíble, la trata desdeñosamente, *perché a risponder la materia è sorda.* (*Paradiso,* I, 129.)

163. Esta comparación entre Pablo, *ignaro de palabra,* y escritores como Isócrates y Demóstenes puede parecer una exageración inoportuna; pero, en primer lugar, una comparación no es un balance, y tan sólo quiere ser una referencia a medidas célebres y notorias, aun cuando superabundantes; además, esta misma comparación parece que la hizo en el siglo III el pagano Casio Longinos, llamado por su erudición «el filólogo» por excelencia, o «la biblioteca ambulante». Longinos expresó el juicio siguiente: *Están en la cima de toda la elocuencia y del sentimiento griego Demóstenes, Lisias, Esquines... Isócrates, Antífones; junto a ellos, Pablo el de Tarso, que yo considero el primer representante de la aserción indemostrativa* (1).

Ateniéndose a este juicio, Pablo no puede igualarse a los oradores griegos precedentes, pero es digno, sin embargo, de venir inmediatamente después de ellos, porque representa lo mejor de toda la «elocuencia indemostrativa», esto es, ese género de elocuencia que—como dice Longinos en otro lugar—no se basa en la demostración, aun cuando impresiona la fantasía y el sentimiento. Este juicio va muy bien en un filólogo pagano, que no estaba en situación de evaluar la fuerza demostrativa de los largos razonamientos de Pablo, y que, por otra parte, abstrae de él toda la doctrina cristiana; si, por el contrario, procediera de un cris-

---

(1) Κορωνὶς δ'ἔστω λόγου παντὸς καὶ φρονήματος ἑλληνικοῦ Δημοσθένης, Λυσίας, Αἰσχίνης,... Ἰσοκράτης, Ἀντιφῶν: πρὸς τούτους Παῦλος ὁ Ταρσεύς. ὅντινα καὶ πρῶτόν φημι προιστάμενον δόγματος ἀναποδείκτου (en J. A. Fabricius: *Bibliotheca graeca.* Hamburgi, 1711, p. 445; pero la lista de los oradores griegos es incierta y, según la lectura de Ruhnken). Fabricius comenta este pasaje: *Postrema de Paulo Apostolo a Christiano homine adiecta sunt.* Pero este juicio, sin prueba alguna, no persuade. Por el contrario, J. L. Hug: *Einleitung in die Schriften des N. Test.,* II, 4.ª ed., Stuttgart y Tübingen, 1847, p. 285-88, aduce buenos argumentos para demostrar que frases y pensamiento del inciso en cuestión concuerdan de lleno con las de los escritos auténticos de Longinos, y que éste, habiendo conocido el cristianismo, puede muy bien haber emitido aquel juicio. De todos modos, como puede quedar alguna duda acerca de su autenticidad, lo referimos tan sólo como probable.

tiano, habría sido, sin duda, más enfático, y no habría dejado de aludir a la religión del de Tarso.

164. Cuando Pablo comenzaba un escrito (salvo tal vez los de la incipiente vejez), debía de tener su espíritu en estado de ebullición, agitado, comprimido, lleno de mil ideas que pugnaban por salir a luz todas a un tiempo. Tras un poco de reflexión para poner orden en aquel torbellino, y finalmente, después de escoger una idea comienza a exponerla. Pero he aquí que a mitad de la exposición cierta palabra que acaba de emplear le sugiere otra idea que le parece imprescindible; y entonces, dejando el primer enunciado, inserta a manera de inciso la idea siguiente; es posible, sin embargo, que también en este inciso inserte un pequeño peréntesis para dar lugar a una pequeña reflexión que le viene a la mente de pronto; finalmente, cerrará paréntesis e incisos y procurará terminar la exposición inicial.

Pero nunca es seguro que termine una exposición iniciada y cierre regularmente un período comenzado: si la quintiliana *vis mentis* se convierte en violencia—como sucede muchas veces en Pablo—el período puede quedar inconcluso, porque mientras tanto han surgido en la mente otros conceptos y han hecho que el escritor pierda de vista el tema que trataba. Esto es lo que los gramáticos llaman anacoluto.

Otras veces—siempre a causa de aquella ebullición de conceptos—parece que Pablo quiera ahorrar tiempo, tinta y papiro, y expresa los conceptos de manera resumida, en una forma que los antiguos llamarían taquigráfica (y que nosotros llamamos telegráfica): si un concepto dado necesita un período por lo menos de cuatro proposiciones, Pablo no expresa más que dos, y el resto lo deja a cargo del lector. Es la elipsis gramatical.

165. Daremos un solo ejemplo para cada uno de estos casos, aun cuando en Pablo abundan los anacolutos, las elipsis y otras licencias literarias.

Un ejemplo de un período lleno de incisos y de paréntesis es el que se encuentra precisamente al comienzo de la carta a los *Romanos* (1. 1-7), que comienza así: *Pablo siervo de Cristo Jesús, llamado al apostolado, elegido para predicar el Evangelio de Dios...* En este momento *evangelio* despierta ante los ojos de Pablo una visión maravillosa, y no puede retenerse, e inserta un inciso a modo de comentario: *Que por sus profetas había prometido en las Santas Escrituras acerca de su Hijo...* La mención del Hijo de Dios no puede pasar por Pablo sin alguna presentación, e inserta la presentación en un largo paréntesis: «*(Nacido de la descendencia de David según la carne, constituído Hijo de Dios, poderoso según el Espíritu de santidad a partir de la resurrección de entre los muertos, Jesucristo, nuestro Señor, por el cual hemos recibido la gracia y el apostolado para promover la obediencia a la fe, para gloria de su nombre en todas las naciones, entre las cuales os contáis también vosotros, los llamados de Jesucristo)*». Termina el largo paréntesis (no sin haber recibido otro breve inciso en las palabras *entre las cuales... Cristo),* y termina también el primer inciso del comentario; de modo que Pablo ahora puede reanudar el enunciado inicial y cerrar

todo el período: *A todos los amados de Dios, llamados santos, que estáis en Roma, la gracia y la paz con vosotros, de parte de Dios, nuestro Padre y del Señor Jesucristo.*

166. Damos ahora un ejemplo de un período, iniciado de un modo, continuado después de otro y dejado sin terminación normal. Pablo quiere demostrar que la ley hebrea ofrece muchas ventajas en comparación con la ley natural, y he aquí su razonamiento *(Romanos,* 3 y siguientes): *¿En qué, pues, aventaja el judío o de qué aprovecha la circuncisión? Mucho, en todos los aspectos, porque primeramente les ha sido confiada (a los judíos) la palabra de Dios. ¡Pues qué! Si algunos han sido incrédulos, ¿acaso va a anular su incredulidad la fidelidad de Dios? No, ciertamente.* Y el razonamiento prosigue con argumentos enlazados entre sí, pero en vano se espera la encadenación preanunciada; en realidad, el adverbio *primeramente* (πρῶτον μέν) ha anunciado una expresión como *después, en segundo lugar* (ἔπειτα δέ), que, sin embargo, jamás aparece en el texto indicado. Fervoroso en su argumentación, Pablo se olvida de la construcción gramatical que ha iniciado, y la deja incompleta.

El tercer ejemplo ilustrará el modo de expresión que hemos llamado taquigráfico (o telegráfico). Pablo representa al pueblo judío en un olivo doméstico, al que se le han quebrado algunas ramas; bajo este olivo se ha injertado después una rama de olivo salvaje, que, sin embargo, ha prendido y prospera. El injerto figura a los gentiles, que se han injertado en la revelación divina, ya confiada al pueblo elegido. De aquí el peligro de que el injerto se ensoberbezca y desprecie a las ramas truncadas del olivo doméstico. Pero Pablo interviene y amonesta con un período que, si fuera regular, debería sonar más o menos así: *No os alabéis contra las ramas; si te alabas, no tienes razón, porque debes pensar que tú no mantienes las raíces, sino que las raíces te mantienen a ti.* Pablo, en cambio, apresurándose a defender a sus connacionales, reduce el período a estas palabras: *Y si te engríes, ten en cuenta que no sustentas tú a la raíz, sino la raíz a ti (Romanos,* 11, 18).

167. Pero esto son casos excepcionales, y Pablo no es siempre tan anguloso o anhelante; cuando su nave se encuentra cogida por uno de los vientos que dominan en su cielo, despliega las velas, y si bien su mar siempre está movida, la navecilla corre veloz. El viento más impetuoso, un verdadero ciclón, es el amor hacia Cristo; consecuencia de este ciclón son otros dos vientos menos fuertes, pero también impetuosos: el amor hacia sus connacionales judíos que rechazan a Cristo y la hostilidad contra los cristianos judaizantes que rechazan la libertad del Evangelio.

El amor a Cristo le hace a Pablo alcanzar acentos verdaderamente líricos, como en el pasaje siguiente: *¿Quién nos arrebatará al amor de Cristo? ¿La tribulación, la angustia, la persecución, el hombre, la desnudez, el peligro, la espada?... Mas en todas estas cosas vencemos por Aquel que nos amó. Porque persuadido estoy que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni lo presente, ni lo venidero, ni las virtudes, ni la altura, ni la profundidad, ni ninguna otra criatura*

podrá arrancarnos al amor de Dios en Cristo Jesús, Nuestro Señor (Romanos, 8, 35-39).

Inmediatamente después de este pasaje hay otro de una cordialidad conmovedora, inspirado a Pablo por el afecto a sus connacionales que rechazan a Cristo; se diría que en el cielo de Pablo se han coaligado los vientos para empujar a toda velocidad su navecilla, y el ciclón del amor ardiente a Cristo ha cedido el puesto al viento del amor doloroso hacia los judíos. Continúa, pues, Pablo: *Os digo la verdad en Cristo, no miento, y conmigo da testimonio mi conciencia en el Espíritu Santo, que siento una gran tristeza y un dolor continuo en mi corazón porque desearía ser yo mismo anatema de Cristo por mis hermanos, mis deudos según la carne, los israelitas, cuya es la adopción y la gloria, y las alianzas y la legislación, y el culto y las promesas; cuyos son los patriarcas y de quienes según la carne procede Cristo, que está por encima de todas las cosas, Dios bendito por los siglos. Amén. Y no es que la palabra de Dios haya quedado sin efecto. Es que todos los nacidos de Israel son Israel,* etc. *(Romanos,* 9, 1-6).

168. Cuando tiene que habérselas con los cristianos judaizantes Pablo truena, porque su polémica está animada a un mismo tiempo por el amor a Cristo y la piedad hacia sus connacionales. ¡No hay compromiso entre la circuncisión abolida y el Evangelio instaurado! Que se adelanten los que fraguan estos compromisos y que expongan sus razones. Pablo les contestará de este modo: *En aquello en que cualquiera ose gloriarse—en locura lo digo—, también osaré yo. ¿Son hebreos? También yo. ¿Son israelitas? También yo. ¿Son descendientes de Abraham? También yo. ¿Son ministros de Cristo?—hablando en locura—; más yo; en muchos trabajos, en muchas prisiones, en muchos azotes, en frecuentes peligros de muerte. Cinco veces recibí de los judíos cuarenta azotes menos uno. Tres veces fuí azotado con varas, una vez fuí apedreado, tres veces padecí naufragio, un día y una noche pasé en los abismos del mar; muchas veces en viaje me vi en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi linaje, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre los falsos hermanos, trabajos y miserias en prolongadas vigilias, en hambre y sed, en ayunos frecuentes, en frío y en desnudez. Esto sin hablar de otras cosas, de mis cuidados de cada día, de la preocupación por todas las iglesias. ¿Quién desfallece, que no desfallezca yo? ¿Quién se escandaliza, que yo no me abrase?... (II Cor.,* 11, 21-29).

Si esto no es elocuencia, fuerza es decir que la elocuencia no existe. Es precisamente esa especie de elocuencia de la que habla Horacio cuando afirma que *a quien siente verdaderamente un tema, no le faltarán ni facundia, ni una ordenación lucida* (1).

---

(1) *Cui lecta potenter erit res, nec facundia deserit hunc nec lucidus ordo* (Arte poética, 40-41). Es oportuno señalar que este pasaje de Pablo lo ha copiado exactamente un escritor puro, una especie de Isócrates moderno, adorador de la forma, pero carente de sentimientos sinceros; en resumen, todo lo opuesto de Pablo:

... Or dunque chi ti smèmora?
In cualunque mai cosa alcune è prode,
io sono ancora. Passi in mezzo al fuoco?

169. Pero también fuera de la polémica Pablo tiene elocuencia, sobre todo cuando habla del distintivo cristiano, del amor; además del famoso «elogio» de la caridad (§ 486), hay otros varios pasajes, si bien breves, y renunciamos a trasladarlos aquí. Permítasenos, en cambio, que insertemos dos pequeños pasajes que muestran la ternura que Pablo sentía en el afecto.

Escribiendo a los gálatas, convertidos por él y ahora en peligro de perderse, se expresa de este modo: *¿Me he hecho, pues, enemigo vuestro por deciros la verdad?... ¡Hijitos* (τεκνία) *míos, por quienes sufro de nuevo dolores de parto* (ὠδίνω) *hasta ver a Cristo formado en vosotros! Querría hallarme a estas horas entre vosotros y hablaros en varios modos, porque no sé cómo voy a hacer con vosotros (Gál.,* 16... 20).

Acentos muy parecidos tiene para los tesalonicenses: *Nos hicimos como pequeñuelos y como nodriza que cría a sus niños, así, llevados de nuestro amor por vosotros, queríamos no sólo daros el Evangelio de Dios, sino aun nuestras propias almas; tan amados vinisteis a sernos. Ya os acordaréis, hermanos, de nuestras penas y fatigas y de cómo día y noche trabajábamos para no ser gravosos a nadie, y así os predicamos el Evangelio de Dios. Vosotros y Dios sois testigos de nuestra conducta santa, justa, irreprochable para con los que creíais. Sabéis que, como un padre a sus hijos, a cada uno os exhortábamos y alentábamos, y os conjurábamos a andar de modo digno de Dios que os llamó a su reino y gloria... ¿Pues cuál ha de ser nuestra esperanza, nuestro gozo, nuestra corona de gloria ante nuestro Señor Jesucristo a su venida? ¿No sois vosotros? Cierto; vosotros sois nuestra gloria y nuestro gozo (I. Tes ,* 2, 7..., 19, 20).

170. Cuando Pablo entrevé una vileza o una amenaza para alguno de sus grandes amores tiene golpes imprevistos, que son instructivos también desde el punto de vista psicológico, porque descubren al «hombre» Pablo superviviente bajo los trabajos de la Gracia; en estos casos no se detiene siempre a tiempo, y recurre incluso a expresiones plebeyas que expresan mejor su sentimiento. Escribiendo a los filipenses (3, 7-8) dice que todo lo que era antes para él ganancia, lo considera ahora pérdida por amor de Cristo; (ζημία) inmediatamente después repite otras dos veces el mismo término: todo es pérdida y todo lo ha perdido a cambio del conocimiento de Cristo Jesús. Pero aun no está satisfecho; aquella palabra «pérdida» es demasiado menguada para él, porque no hace resaltar bastante la distancia inmensa que existe entre todas las cosas del mundo y Cristo. Y entonces recurre a otra palabra, y dice que considera todas aquellas cosas σκύβαλα. Es la palabra de Cambronne.

Io ancora. Vai solo contro mille?
Io ancora. Patisci fame sete
freddo vilie nudità supplizii?
Io ancora. E s'io fassi alzato principe,
s'io vestissi la clàmide, io sarei
più di te: in travaglio molto più,
in guerre molto più, in prigioni molto
pio, in morti e incendii mille molte più.

(G. D'Annunzio: *La Nave,* II episodio.)

Otro estallido. Pablo se siente inquieto por sus queridos gálatas, porque les ve insidiados por los judaizantes, los cuales han ido a Galacia a predicar que, aun después de la venida de Mesías Jesús, es preciso circuncidarse. ¿Cómo no? La circuncisión es el signo distintivo de Abraham y de todo el pueblo elegido; jamás podrá abolirse; es un cortecito, sí, pero con inmensas consecuencias: un corto del que todo lo demás depende. Y aquí estalla Pablo: ¡No es un cortecito! ¡Estos observantes deberían cortar a fondo! *¡Ojalá se castrarán del todo los que os perturban!* (Ὄφελον καὶ ἀποκόψονται κτλ). (*Gál.*, 5, 12).

171. Como siempre, los años dejaron sentir su huella también sobre el estilo de Pablo, romando su punta aguda y frenando sus continuas vibraciones. El estilo, que refleja al hombre en todo escritor, y especialmente en Pablo, nos deja entrever en sus últimas cartas un hombre que ha entrado en una nueva fase espiritual, en una esfera más uniforme: el viejo luchador se ha convertido en un sosegado dominador. En este estado de ánimo halla acentos casi idílicos: *Cuanto a mí, a punto estoy de derramarme en libación, siendo ya inminente el tiempo de mi partida. He combatido el buen combate, he terminado mi carrera, he guardado la fe. Ya me está preparada la corona de la justicia, que me otorgará aquel día el Señor, justo Juez, y no sólo a mí, sino a todos los que aman su venida (II Tim.,* 4, 6-8). Las imágenes de este pequeño idilio están tomadas de los juegos circenses, a los que tal vez Pablo había asistido alguna vez, de muchacho, en Tarso. Entró en la arena de la vida en honor de Cristo, y tiene conciencia de haber logrado buenas marcas en las diversas competiciones, comprendida la de escribir. Ahora, sereno, espera la corona.

172. Se ha discutido largamente, tal vez demasiado, si los escritos de Pablo son cartas o epístolas.

Deissmann, muy versado en papiros griegos, los toma como punto de referencia, y encuentra que los escritos de Pablo son análogos a las cartas de los campesinos o de los soldados egipcios conservadas en dichos papiros, esto es, que han surgido ocasionalmente en determinada circunstancia, no están destinadas al público en general y, sobre todo, no tienen miras literarias; por tanto, concluye, son cartas y no epístolas. La epístola, en efecto, tiene las tres cualidades precisamente contrarias a las mencionadas, esto es: trata más de casos generales que de particulares, y por lo general, largamente, va destinada al público en general y, sobre todo, tiene miras literarias. *La epístola se distingue de la carta como el drama histórico de un tratado de historia auténtica, o como un diálogo de Platón de una conversación amistosa* (1).

Deissmann puede tener razón, en cierta medida; pero la cuestión está mal planteada con una división tan tajante entre cartas y epístolas, puesto que entre ambos términos existe una graduación de formas mixtas, que tienen de ambas en cierta medida. Muchos escritores antiguos y modernos han escrito verdaderas cartas, dirigidas a par-

---

(1) A. Deissmann: *Paulus*, 2.ª ed., Tübingen, 1925, p. 7; cf. del mismo *Licht von Osten*, 4.ª ed., Tübingen, 1923.

ticulares y que tratan de casos aislados, con intención, sin embargo, de hacer una obra literaria, porque preveían que serían conservadas y coleccionadas; por tanto, una carta verdadera puede tener miras literarias. Análogamente, una carta puede muy bien tratar de hechos generales, como una epístola; puede ser dirigida, no precisamente al público en general, sino a un grupo de particulares tan amplio, que es casi un público; finalmente, puede ser tan larga como una epístola, y aun más. Por ejemplo, una carta de un arqueólogo, dirigida a un grupo de colegas, en la que refiera sus investigaciones en ciertas excavaciones, contadas con cierto estilo literario e incluso llena de consideraciones de índole más general, ¿será carta o epístola? El buen sentido aconseja decir que es ambas cosas simultáneamente, esto es, que es una carta-epístola, porque tiene de la carta el ser un escrito privado, carácter fundamental suyo, mientras tiene todos los demás caracteres de la epístola. Esta respuesta del buen sentido habrá de aplicarse a la graduación de formas mixtas mencionadas antes, aun cuando la contestación en sí no confirme la división fijada; muchas veces las categorías fijadas por los eruditos no corresponden a las de la vida real.

173. Los escritos de Pablo pertenecen igualmente a estas formas mixtas, que es preciso definir en cada caso separadamente. Fundamentalmente, sí son cartas, porque están escritas sin miras literarias; a veces tratan de casos aislados, y las envía un particular a un grupo más o menos amplio de particulares. Pero nótese inmediatamente que estas cartas circulaban también fuera del círculo de sus destinatarios inmediatos, y así sucedía en vida de Pablo y por voluntad suya explícita (1); por tanto, de hecho, si no de nombre, eran escritos «públicos». Además, tratan no sólo de casos particulares, sino de principios generales filosóficoteológicos y con amplia visión histórica, y a veces alcanzan gran amplitud; bajo este aspecto, pues, se aproximan mucho al tipo epistolar, unas más y otras menos. Dejando a un lado el escrito a los *Hebreos,* que tiene todos los caracteres de una epístola, la carta a los *Romanos* se acerca mucho al mismo tipo; otras se aproximan menos: el billete a Filemón es una «cartita» en sentido riguroso, aun cuando lleva saludos a los que celebran las reuniones cristianas en casa del destinatario *(Filemón,* 2).

174. Sin embargo, es verdad que los felices descubrimientos de los papiros, conservados por las arenas de Egipto, nos han brindado nuevos elementos para evaluar más justamente el indumento literario de las cartas de Pablo. Estos papiros conservan numerosas cartas de

---

(1) El mismo Pablo manda que su carta a los Colosenses (4, 16) se lea a los de Laodicea y viceversa. Sus cartas a los Corintios van dirigidas, en efecto, a la iglesia de Corinto, pero también a los fieles *en todo lugar* (*I Cor.*, 1, 2), y a *...los de toda la Acaya* (*II Cor.*, 1, 1). Amonesta a los Tesalonicenses (*II Tes.*, 2, 2) para que desconfíen de las cartas expedidas en su nombre; lo que puede interpretarse también en el sentido de que los falsificadores de sus cartas se aprovechaban de la costumbre difundida entre las iglesias de pasarse de unas a otras las cartas auténticas. Todo esto, dejando aparte la cuestión de si la carta a los Efesios fué, en realidad, una carta «circular» dirigida a varias iglesias a un tiempo (§ 624, sigs.).

carácter estrictamente privado, que ofrecen no pocas semejanzas de estilo y de léxico con las paulinas; se ve en ellas la misma cordialidad familiar, el mismo esquema de división tripartita (§ 181). Sin detenernos en descripciones, damos como ejemplo una cartita del siglo II de C., hallada entre los papiros de Fayyum (1). En ella, Apión, un joven egipcio del pueblo de Filadelfia, que se ha enrolado en la marina imperial romana y está en la base naval de Miseno (Nápoles), escribe a su padre Epimaco:

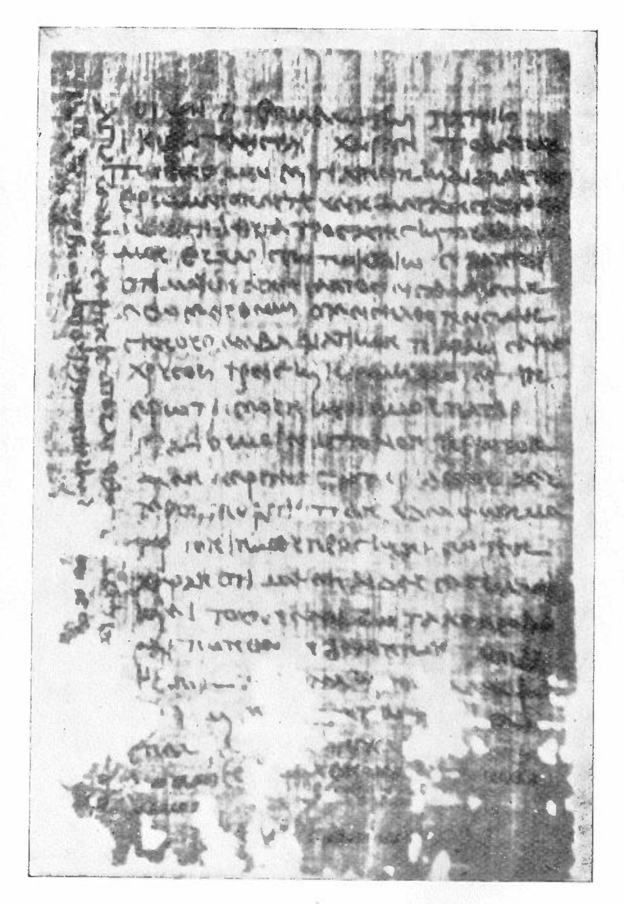


Fig. 31.—CARTA DE APION A EPIMACO

Apión a Epimaco (su) padre y señor muchos saludos. Antes de nada hago votos porque estés sano y activo y seas feliz junto con mi hermana y su hija, y mi hermano. Doy gracias al señor Serapis (2), *porque cuando corría peligro en el mar me salvó inmediatamente. Al entrar en Miseno tomé (como) viático* (3) *de parte de César, tres áureos. Lo paso bien. Te ruego, señor padre mío, que me escribas una cartita, en primer lugar acerca de tu buena salud, en segundo lugar acerca de la de mis hermanos, en tercer lugar para que te bese las manos porque me educaste bien, y por esto espero prosperar pronto con la ayuda de los dioses. Muchos saludos a Capitón y a mis hermanos, y Serenilla y a mis amigos. Te envié un retratito mío con Euctómenes. Mi nombre es Antonio Máximo* (4). *Hago votos para que estés bueno. Centuria Ateninica. Te saludo Sereno el (hijo) de Agato-Demón* (5)*... y Turbón (hijo) de Gallonio...*

---

(1) Texto griego en *Aegyptische Urkunde aus den Königl. Museen zu Berlin, Griechiche Urkunden,* II, 4, 23.

(2) El dios Serapis, cf.: § 66.

(3) *Viático,* así en el texto griego βιάτικον. Hoy, en términos militares, se diría «indemnización de viaje». Los *tres áureos* recibidos eran una suma discreta, equivalente a 300 sestercios (1 áureo=25 dineros; 1 dinero=4 sestercios); el valor de un áureo podía corresponder a unas 27 liras oro; por esto, Apión recibió unas 81 liras oro.

(4) Este es el nombre que había tomado Apión, el que escribe cuando entró en el servicio militar romano.

(5) Es un nombre propio, *Buon-Démone.*

(verso) (1).

En Filadelfia a Epimaco de parte de su hijo Apión. Consigna en la primera cohorte de los Apamenos de Ju(lián)... al «librarius» (2) *de parte de Apión para que (lo consigne) a Epimaco su padre.*

175. Aquí (adelantando un poco el orden natural del tema) debemos dar algunas aclaraciones necesarias sobre la contextura material de las cartas de Pablo.

Fueron escritas sobre papiro, el material escritorio que se empleaba comúnmente en aquel tiempo. De la planta egipcia del papiro se cortaban verticalmente tiras finísimas, largas hasta de un metro y de pocos centímetros de anchas; estas tiras, unidas entre sí longitudinalmente, se reforzaban después por otra capa de tiras aplicadas transversalmente; las dos capas, unidas mediante compresión, formaban una hoja de «papel», del nombre de la planta de donde procedían. Se fabricaban hojas de varios tipos, según su finura y su precio; uno de los tipos mejores era el hierático, de veinticuatro centímetros de ancho. Para las cartas ordinarias, en general breves, bastaba con una sola hoja; para las más largas se pegaban al primer folio uno o varios más en el margen, hasta obtener espacio suficiente. Esta serie de folios unidos, enrollados sobre sí mismos una vez escritos, formaban un *volumen* mayor o menor.

176. Se escribía con tinta y con cálamos, cañoncillos de pluma o plumas de oca. Cuando el folio era de calidad inferior, la escritura se hacía difícil, y el escriba se veía obligado a pintar las letras, casi a incidirlas. El tipo de escritura variaba según el material empleado y la pericia del escriba; en una misma época se usaban letras unciales, semiunciales, cursiva grande, regular o irregular, y también cursiva muy menuda; pero quien no fuese escriba de profesión debía preferir las formas semiunciales o, al menos, la cursiva grande y bien marcada, porque eran más fáciles de realizar y se leían más claramente, aun cuando requerían más tiempo al escribir. Pablo estaba en el número de éstos; se colige de las pocas líneas que añadió de su puño al final de la carta a los *Gálatas* (6, 11): *¡Ved con qué grandes letras os escribo de mi propia mano!* (πηλίκοις ὑμῖν γράμμασιν ἔγραψα) (3). Quería hacerse entender bien en este pasaje final, que resume toda su severa carta a los gálatas. Deja de dictar al amanuense y escribe de su propia mano, aumentando aún su escritura, habitualmente grande, y tal vez ya conocida de sus destinatarios (§§ 180, 511).

Una vez escrita la carta, si era breve, su folio se doblaba y sellaba después con pez o con cera; por fuera se escribía el nombre y el lugar del destinatario, y a veces también los de los transmisores o de las paradas intermedias. Si la carta era larga, su *volumen* se metía en un sobre *(paénula)*, que se sellaba o se envolvía en una hoja de protección, atada después con un cordelito y sellada.

(1) Esta parte escrita por fuera era el sobre de la carta (§ 181).

(2) *Librarius* (en griego λιβλαρίῳ) una especie de furriel de las cohortes auxiliares.

(3) Este pasaje se ha aducido a veces como prueba de la oftalmía de Pablo (§ 198). Para evitar semejante fantasía basta ver el sentido del pasaje dentro del contexto, y pensar acerca de las diversas circunstancias y modos en que se podía escribir una carta entre los antiguos.



Fig. 32.—ESCRITORA (¿SAFO?) CON ESTILO Y TABLILLA EN EL ACTO DE REFLEXIONAR (de Erculano)
Nápoles: Museo Nazionale (Foto Alinari)

177. La escritura material de cartas tales como las de Pablo requería una fatiga grande y larga, que difícilmente podemos suponer hoy. Abstracción hecha del esfuerzo mental para dominar los arduos y sutiles conceptos y para hallar términos adecuados en que expresarlos, sólo la longitud del texto requería casi siempre varios días de escritura, y como Pablo tan sólo dedicaba horas de la tarde o de la noche a sus cartas (puesto que de día trabajaba para ganarse la vida), y como, por otra parte, un escriba no era capaz de escribir más de dos o tres horas seguidas (puesto que escribía en postura incomodísima: con un codo en el suelo y corriendo el folio sobre una tableta con la mano iz-

Fig. 33.—ESCRITURA MAYUSCULA CURSIVA HALLADA EN POMPEYA Y FECHADA EL 10 DE MAYO DEL AÑO 54 DE C.

quierda), hay que concluir que las cartas de Pablo estaban en elaboración generalmente varias semanas.

Cálculos minuciosos hechos recientemente han llevado a las siguientes conclusiones (1). Suponiendo, como es verosímil, que Pablo escribiera sus cartas en folios de papel hierático, podía escribir en cada folio ciento cuarenta palabras. En cuanto al tiempo requerido, algunas alusiones de escritores antiguos hacen pensar que se tardaba casi un minuto para escribir tres sílabas y una hora para escribir setenta y dos palabras. Naturalmente, estas cifras son aproximadas. Pero, tomadas como base media, nos encontramos con que para la carta más antigua, la carta a los *Tesalonicenses,* que contiene 1.472 palabras, Pablo debió emplear 10 folios de papiro y más de veinte horas de escritura. En la carta más larga, o sea, la carta a los *Romanos,* que contiene 7.101 palabras, empleó 50 folios y más de noventa y ocho horas de escritura. Para la carta más corta, el billete a *Filemón,* que contiene 335 palabras, empleó casi tres folios y más de cuatro horas de escritura.

178. Repetimos que estas cifras no deben tomarse en sentido aritmético, sino sólo como índice aproximativo; de todos modos, como las horas de trabajo se distribuían en jornadas, puesto que eran dos o tres al máximo (por la razón arriba indicada), resulta que la carta a los *Romanos* ocupó a Pablo al menos treinta y dos días (esto es, noventa y ocho horas, distribuídas en tres diarias) y a lo más cuarenta y nueve (noventa y ocho horas, dos al día). Lo mismo puede decirse, proporcionalmente, de las demás cartas.

Esta cuenta, que parece tan sólo un pasatiempo erudito, no lo es; contiene una enseñanza muy importante para la recta interpretación de las cartas de Pablo. La crítica más reciente, que se ha limitado casi exclusivamente al análisis interno de los documentos, hace notar cuidadosamente pasajes bruscos en los temas tratados, cortes aparentes del hilo lógico, repeticiones de ideas, cambio súbito de estilo y de construcción y otros fenómenos semejantes. Es justo señalar todos estos hechos; pero no es justo, en cambio, concluir—como se ha hecho tantas

(1) Cf.: O. Roller: *Das Formular der Paulinischen Briefe: ein Beitrag zur Lehre vom antiken Briefe,* Stuttgart, 1933.

veces—que estos fenómenos se deben a la mano de un interpolador o a la fusión de escritos originariamente diversos, o a modificaciones de otra índole que no proceden del autor. Quien forzosamente saca estas conclusiones de semejantes fenómenos, se coloca fuera de la realidad histórica.



Fig. 34.—PAPIRO DEL SIGLO I DE CRISTO, QUE CONTIENE EL PANEGIRICO DE ISOCRATES

179. Hemos visto, en efecto, que la elaboración de la carta a los *Romanos* debió durar entre treinta y dos y cuarenta y nueve días; pero esta hipótesis es la más rosada, la más favorable a la brevedad del tiempo, puesto que supone que en todo aquel tiempo Pablo no tuvo contratiempos debidos ni a sus enfermedades acostumbradas, ni a sus acostumbrados enemigos, ni a sus acostumbradas preocupaciones de ministerio, y por esto pudo trabajar continuadamente durante todas aquellas tardes o noches. Pero, ¿cuántos incidentes imprevistos no habrían ocurrido durante este tiempo, que obligasen a Pablo a suspender durante algunas noches su querida escritura, incidentes que prolongaban cada vez más el trabajo? Así, se puede llegar fácilmente a dos meses y más para la elaboración de la carta. ¿Como, es, pues, de extrañar que se hallen los fenómenos estilísticos mencionados en éste o en otros escritos, que se elaboraron tan lentamente y se compusieron sin borrador, y que tuvieron por autor a un hombre que no se preocupaba lo más mínimo del pulimento estilístico ni de la elegancia literaria?

180. Los antiguos, generalmente, no escribían por sí mismos sus cartas, sino que las dictaban a esclavos amanuenses para evitar el cansancio; de su puño solían añadir al final una palabra de saludo, o bien escribían ellos mismos las cartas en casos especiales y a personas muy queridas. Pablo no tenía esclavos a quien dictar, pero utilizó a menudo a amigos o a discípulos, los cuales se ofrecían ciertamente tanto más gustosos a desempeñar este oficio cuanto que sabían cómo Pablo pa-

saba la jornada manejando duros instrumentos de trabajo y ásperos pelos de cabra, y por esto por la noche tenía las manos temblonas y los dedos cansados. Sin embargo, al final de la carta añadía su nota autógrafa de saludo, y en algunos casos escribía él mismo toda la carta. Se sabe que el amanuense que escribió la larga carta a los *Romanos* fué un tal Terzo *(Romanos,* 16, 22); en la de los *Tesalonicenses* (cf., 1, 1) alternaron como amanuenses Silvano (Sila) y Timoteo, y el primero será más tarde amanuense de Pedro *(I Pedro,* 5, 12). La nota final autógrafa está atestiguada explícitamente en *I Corintios* (16, 21), *Colosenses* (4, 18) y *II Tesalonicenses* (3, 17), donde se advierte que tal anotación deberá ser la contraseña de todas las cartas (para distinguirlas de las falsas, que se hacían circular con el nombre de Pablo); pero aun allí donde la nota autógrafa no se puede atestiguar hoy explícitamente, debe considerarse como implícita. El caso de *Gálatas* (6, 11 y siguientes) es también una anotación autógrafa, porque el aoristo del verbo (ἔγραψα) se emplea según el uso epistolar de los antiguos, que se referían al tiempo en que el destinatario leía la carta, y por esto equivale a nuestro presente (cf. *Filemón,* 19, 21; *I Pedro,* 5, 12; *I Juan,* 5, 13, texto griego); por el contrario, muchos intérpretes antiguos creyeron que la carta a los *Gálatas* la escribió Pablo de su puño, refiriendo el verbo a la parte anterior de la carta (§ 176). El billete a Filemón parece que es totalmente autógrafo de Pablo *(Filemón,* 19, 21).

181. El esquema de la carta de Pablo sigue el esquema epistolar de su tiempo. Los antiguos dividían las cartas en tres partes. La primera era el título *(praescriptum),* que contenía el nombre del remitente y el del destinatario, generalmente con algunas palabras de salutación o de encomio; por ejemplo, Cicerón, al escribir a su hermano intitulará: *Marcus Quinto Fratri salutem;* cuando escribe a su propia familia: *Tullius s(alutem) d(icit) Terentiae et Tulliollae et Cicerone suis.* La segunda parte era el cuerpo de la carta, que trataba de diversos asuntos y podía ser más o menos larga. La tercera parte era la conclusión, generalmente bastante breve, y que podía faltar totalmente; a veces contenía la fecha y el lugar desde donde se escribía; las más de las veces, los saludos del que escribía o de otras personas; por ejemplo, la mencionada carta de Cicerón a su hermano termina así, sencillamente: *Idibus Iuniis, Thessalonica;* la de su familia: *Vale, mea Terentia, quam ego videre videor; itaque debilitior lacrimis. Vale. Pr. Kal. Dec.* Análogamente en otros casos.

No hay que confundir con la primera parte o título *(praescriptum)* el sobrescrito *(inscriptio)* que se añadía en el revés del mismo folio, después de plegado o cerrado, o bien en el folio de custodia (§ 176). Este sobrescrito servía tan sólo para la dirección, y si después se copiaba la carta, se conservaba el sobrescrito si no se había deteriorado al abrir el pliego de custodia. En la carta de Apión, que damos como ejemplo (§ 174), se ha conservado porque estaba escrita en el reverso del folio de la carta.

182. Este esquema, en triple repartición, lo seguían también los griegos; los plebeyos, como siempre, multiplicaban los saludos del es-

cribiente y de otros al destinatario, como también se ha visto en la carta de Apión. Este mismo esquema se siguió asimismo en el decreto del Concilio de los apóstoles, redactado en forma epistolar (§ 359), y lo sigue Pablo fielmente en sus cartas (a excepción de la de los *Hebreos*).

En el título sustituyó la salutación usual «salud» (χαίρειν), empleada también en el decreto del concilio, por la de «gracia y paz», intercalando a veces consideraciones o votos. También en la conclusión, en vez de ceñirse al usual *valete* (ἔρρωσθε), usado también por el Concilio, se extiende en consideraciones y votos múltiples, y en ocasiones, los saludos de su parte y de parte de otros se alargan bastante.

En el cuerpo de la carta de Pablo, generalmente, dedica la primera parte a teorizar acerca de la fe o de otra cosa, mientras que reserva la segunda a las cuestiones prácticas; pero, en algunas circunstancias, se mezclan las dos cosas, y se vuelve sobre ellas varias veces.

*

* *

183. Finalmente, unas observaciones acerca de la lengua de Pablo. Es el griego de la *koiné,* el que hablaba la gran masa, tanto en las clases medias como en las altas, y la plebe; pero el tipo que emplea Pablo se aproxima más a la lengua de las clases cultivadas que a la de la baja plebe. Aun cuando semita de raza y de educación, desde niño había aprendido el griego, y siendo hombre maduro conocía bien la estructura gramatical, y poseía un amplio léxico de esta lengua. Como no se preocupa de pulimentos estilísticos, tampoco se preocupa de la pureza de su lengua; por esto no hay que esperar de él la elegancia estudiada que se encuentra en escritores aticistas de su tiempo, si bien sus citas fortuitas de escritores paganos (§ 232) muestran que los conocía. En sus cartas se encuentran semitismos, y son naturales en un escritor semita que trata de temas hebreos y emplea continuamente las Sagradas Escrituras hebreas: lo mismo les sucede en medida varia a los demás escritores del Nuevo Testamento; sin embargo, los papiros descubiertos recientemente han mostrado que muchas veces estas formas consideradas como semitismos, no son tales en realidad, sino formas que se empleaban usualmente en el griego de la *koiné.*

184. Pablo imprime también su sello personal en el material lexicográfico que emplea. Algunas palabras reciben en él significado nuevo, o al menos matices nuevos; otras veces hace nuevos verbos (sobre todo con la partícula *con,* συν—), o bien nuevas composiciones de palabras, para expresar nuevas ideas; se ayuda de participios, cuando no tiene la palabra que busca. Con estos y otros artificios logra fabricar el primer bloque de expresiones técnicas al servicio de la teología cristiana.

Su mérito y su valentía en este aspecto fueron grandísimos. Al final de aquel mismo siglo, Juan depositará junto a estas expresiones su grandioso término «Logos», infundiéndole un significado bien diverso del que tenía entre los filósofos griegos o los judíos alejandrinos, y también fué grande la valentía de Juan, sobre todo por el significado que confería a aquel término. De todas maneras, el autor del IV evangelio podía muy

bien aducir, en su justificación, las muchas osadías de Pablo, añadiendo al instrumental teológico iniciado por éste los numerosos términos técnicos que ya había depositado en él medio siglo antes.

185. Las consecuencias de esta iniciativa de Pablo sólo pudieron medirse plenamente unos siglos más tarde, cuando por las nuevas circunstancias de los tiempos fué preciso acuñar términos nuevos que hasta entonces faltaban. Las terribles luchas arrianas que agitaron durante todo el siglo IV a Oriente y a Occidente, a papas y a emperadores, al clero y a los seglares, se desarrollaron formalmente en torno a una sola palabra, a un solo término, que debía expresar con precisión un concepto católico: ¿Era el Verbo divino, ὁμοούσιος, *consustancial* al Padre? Esta palabra fué el *signum contradictionis* en torno al cual se batalló durante un siglo. Las luchas cristológicas, que vinieron después en el siglo V, también tuvieron su *signum contradictionis*: un par de palabras en torno a cuyo sentido discutió el mundo entero: ¿Había en Cristo una sola, ὑπόστασις, *persona,* o eran dos? ¿Había en El una sola φύσις, *naturaleza,* o había dos? Entonces se fijó el sentido de estas palabras con toda precisión, y por esto se convirtieron en términos técnicos de la teología cristiana.

Y a este título fueron depositadas también ellas en el instrumental iniciado por Pablo.

Cuando, unos siglos antes, Pablo pasaba largas noches en su taller de tejedor, de pie, apoyado un brazo en el ángulo del telar, la mano nerviosa, mesando incesantemente la barba, dictando con fatigosa lentitud sus palabras a Terzo (§ 180), que, acodado en un ángulo, en el suelo, escribía con la tableta sobre las rodillas y un candil en el suelo, Pablo, en aquellas noches, fundaba la primera universidad de teología que tuvo el cristianismo.

IX. ASPECTO FISICO DE PABLO

186. Las fuentes dignas de fe nada dicen seguro y preciso acerca del aspecto físico de Pablo, como sucede acerca de la apariencia física de Jesús (1).

Se han interpretado algunos pasajes de sus escritos como alusiones implícitas a sus particularidades somáticas, pero siempre a condición de que se lea lo que no está escrito. Por ejemplo, del hecho de que Pablo fué descolgado de los muros de Damasco *por una ventana en una espuerta* (*II Cor.*, 11, 33), se ha querido deducir que era bajo de estatura, porque de otro modo no cabría en una espuerta. Pero el episodio no demuestra nada: en primer lugar, porque no se dice que el fugitivo se ocultura completamente en la espuerta, y que ésta estuviera cerrada sobre Pablo; basta con que utilizara la espuerta como sostén, durante el descenso por el muro, y que se acurrucase o arrodillara en ella, dejando medio cuerpo fuera; además de que podía tratarse de una espuerta muy grande, como en el caso visto de la Mishna (*Shabbath,* XVI, 3), donde se habla de espuerta o cesta (habreo: *sal*) que contienen panes para cien comidas, y la cantidad de pan suficiente para cien comidas era un volumen muy superior a la corpulencia de un hombre.

A veces, en el pasado, se ha aducido la prueba de la pequeñez somática de Pablo, incluso por el significado etimológico de su nombre latino, que significa «pequeño», «exiguo». Pero como desde pequeño Pablo tuvo ciertamente los dos nombres de Saulo y Pablo (§ 228), el significado de su nombre no demuestra nada: sería como si una persona que se llama *León,* o *Rosa,* o *Felicidad,* debiera ser verdaderamente fuerte como un león, bella como una rosa o feliz como la dicha; el nombre de Pablo era común en la historia romana; el mismo apóstol se encontró en Chipre con el procónsul romano Sergio Pablo (§ 324).

187. Una simple apariencia de prueba es la que se saca del pasaje donde Pablo refiere lo que sus adversarios de Corinto decían de él: *Porque hay quien dice que las cartas son duras y fuertes, pero la presencia corporal es poca cosa y la palabra menospreciable* (*II Cor.*, 10, 10). Pero es una prueba sólo aparente. Aquí la expresión *presencia corporal* no alude a la estatura o a cualquier otra cualidad somática, sino al *compor-*

(1) Cf.: *Vida de Jesucristo,* § 189-193.

tamiento moral de la persona presente, en oposición al comportamiento mantenido desde lejos mediante las cartas: en otras palabras, los adversarios de Pablo le acusaban de ser duro e imperioso en sus cartas escritas desde muy lejos, mientras que cuando estaba presente personalmente se comportaba de un modo suave y conciliador. Esto es lo que resulta con toda evidencia por el contexto (*II Cor.*, 10, 162; 11, 7; 13, 9-10), donde se habla siempre de comportamiento moral y no de cualidades somáticas, y afirma que se hace moralmente *pequeño* (ταπεινός) para hacer moralmente *grandes* a los Corintios. (Ibíd., 10, 1; 11, 1.)

En pasaje en que Pablo recuerda a los Gálatas, que los ha evangelizado porque *estaba enfermo de enfermedad corporal* (*Gál.*, 4, 13), alude a una enfermedad padecida por Pablo en aquel tiempo (§ 197), no a la mezquindad de su cuerpo, como también se ha pensado algunas veces.

Poco o nada puede concluirse del episodio ocurrido en Listra, en donde los habitantes toman a Bernabé y a Pablo por dos dioses descendidos entre los hombres, y consideran que Bernabé es Zeus, y Pablo, Hermes (*Act.*, 14, 11-12; § 343). Se ha pensado que los habitantes de Listra supusieron que Bernabé era Zeus porque era más viejo, de aspecto más solemne y de corpulencia majestuosa, mientras creyeron que Pablo era Hermes, el mensajero de Zeus, porque era fino y menudo de cuerpo. Pero, en realidad, nosotros no sabemos nada de la edad ni del aspecto físico de Bernabé; y, por otra parte, si se dice explícitamente la razón por la que a Pablo le creyeron Hermes, es porque tan sólo él había hablado en público (ibíd., 12), mientras que Bernabé había conservado un silencio majestuoso, digno del padre de los dioses. La identificación, pues, se basó en una razón que podría llamarse «de ministerio», no somática. Por lo demás, si valiera la razón somática, habría que concluir más bien que Pablo era un joven apuesto y bello, como generalmente se representaba a Hermes.

Si callan los documentos autorizados, queda por ver cómo la posteridad se ha representado el aspecto físico de Pablo en el campo literario o en el artístico.

188. En el campo literario la descripción más antigua parece la transmitida por la leyenda de Santa Tecla (§ 90, nota), ya conocida a fines del siglo II (cf., Tertuliano: *De baptismo*, 17; Jerónimo: *De viris illustr.*, 7). Fué divulgada en más de un escrito, y según autorizados eruditos modernos (Harnack, etc.) debe contener un importante núcleo histórico. En los *Hechos de Pablo*, 3, que refieren esta leyenda, nos encontramos esta descripción de Pablo: *Hombre de corta estatura, con la cabeza calva, las piernas arqueadas, bien plantado* (εὐεκτικόν), *con las cejas unidas, la nariz más bien gruesa, (estaba) lleno de gracia porque a veces tenía rostro de hombre y a veces de ángel* (1).

En un escrito atribuído falsamente a Juan Crisóstomo nos encontramos con que Pablo, después de haber sido definido como *la boca de Cristo* y la *lira del Espíritu* se presenta como *un hombre de tres codos, que supera los cielos* (2). Esta altura de *tres codos*, esto es, poco más de 1,35 m.

(1) L. Vouaux: *Les Actes de Paul et ses lettres apocryphes*, París 1913, p. 150-152; en la página 104-112 se dice que el escrito surgió en Asia entre los años 160-170.

(2) *In Principes Apostolorum, etc.* En Migne, *Patr. Gr.*, 50, col. 493.

no es de extrañar, porque se la asigna a Jesús un documento siriaco del siglo IV y uno bizantino del siglo IX (1).

189. A mediados del siglo IV, Juan Malala da la siguiente decripción del apóstol: *Pablo, mientras vivió, fué de estatura baja* (κονδοειδής) *calvo, con la cabeza y la barba canosas, de buena nariz, ojos azulencos, cejijunto, tez blanca, aspecto florido, con barba espesa, sonriente de carácter, sabio, suave, afable, dulce, animado por el Espíritu Santo, taumaturgo* (2).

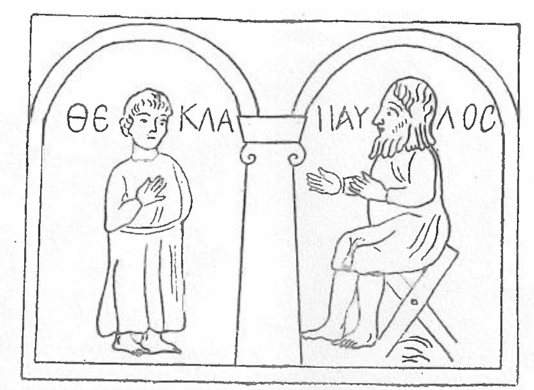


Fig. 35.—DIBUJO ARMENIO REPRESENTANDO A PABLO Y A TECLA
(del *Dic. Arch. Chré*)

En el diálogo *Filopatride*, 12, falsamente atribuído a Luciano, y compuesto, en realidad, en el siglo X, nos encontramos a Pablo descrito como *un galileo calvo por delante* (ἀναφαλαντίας), *con gran nariz, que vagando por el aire había penetrado hasta el tercer cielo, aprendiendo todas las bellas cosas*, etc.

A principios del siglo XIV, Nicéforo Callixto se expresaba así: *Pablo era pequeño y menudo en cuanto a grandeza corporal, hecho como de curvas y un poco torcido, blanco de aspecto, con apariencias de una edad precozmente avanzada, con la cabeza carente de cabellos, la mirada llena de gracia, cejijunto, la nariz bellamente delineada y que dominaba todo el rostro, barba abundante y más bien afilada, canosa como la cabeza* (3).

Resumiendo los datos de esta tradición literaria, nos encontramos en el fondo con la descripción dada en los *Hechos de Pablo*, aumentada todo lo más por algunos detalles secundarios que se han sacado de leyendas aisladas o de la fantasía individual. Pablo se estiliza en esta tradición como un hombre bajo, calvo, con barba canosa, nariz bien pronunciada, cejijunto, piernas un poco curvadas, pero en conjunto de aspecto digno.

190. Pasando de la tradición literaria a la artística nos hallamos en un terreno más sólido, y ciertamente más antiguo. Si en el caso de Jesús fué un obstáculo gravísimo para la reproducción de su imagen mientras vivió, el que hubiera nacido, vivido y muerto en Palestina, donde la ortodoxia judía prohibía absolutamente toda la representación de seres animados por miedo a la idolatría, este obstáculo no existió en el caso de Pablo, ciudadano romano, que vivió mucho tiempo fuera de Palestina.

Hablando abstractamente, es posible que se hiciera pronto alguna imagen de Pablo, debida a algún artista que tuvo ocasión de observarle, o sobre datos suministrados por quienes le habían visto. Eusebio cuenta (*Hist. eccl.*, VII, 18, 4) que había visto pinturas de los apóstoles Pedro y Pablo, que atribuía a personas de origen pagano favorecidas por los mis-

(1) Cf.: *Vida de Jesucristo*, § 191-192.
(2) *Chronografia*, X, en Migne, *Patr. Gr.*, 97, col. 389.
(3) *Ecclesiast Hist.*, II, 37, en Migne, *Patr. Gr.*, 145, col. 853.



Fig. 36.—MEDALLON CON PEDRO Y PABLO, YA ATRIBUIDO AL SIGLO II, PERO PROBABLEMENTE FALSO

mos: ahora bien, júzguese como se juzgue la autenticidad de estos retratos, su posible existencia queda confirmada por esta noticia de Eusebio.

No hay, pues, sino descender de lo abstracto a lo concreto, y entregarse a la búsqueda de los más antiguos monumentos que puedan conservar una tradición iconográfica auténtica. El campo de las investigaciones sólo puede ser Italia, prácticamente Roma, donde Pablo vivió sus últimos años y murió, y donde la abundancia de artistas hacía muy fácil la realización de un retrato.

191. Pero debemos comenzar por un desagradable salto atrás, porque antes del siglo IV no se encuentra nada cierto. Un medallón conservado en el Museo Cristiano Vaticano representa a Pedro y a Pablo de perfil, mirándose; se dice que lo encontró Boldetti en el cementerio de Domitila. Lo estudió G. B. de Rossi, y se atribuyó al siglo II; como el cementerio se había hecho en un predio que pertenecía a los Flavios, cristianos emparentados con la familia imperial homónina, se supone que el medallón perteneció a uno de aquellos Flavios, y fué *ejecutado por quien había visto a los apóstoles mismos, o al menos por quien conocía a quienes les habían conocido* (1). Pero esta esperanza halagüeña parece que debe ser totalmente abandonada: un minucioso examen del medallón, hecho en estos últimos tiempos (y aun no publicado por la adversidad de los mismos) (2) demuestra que se trata de una falsificación del siglo XVI.

192. Las obras seguras comienzan, por tanto, en el siglo IV, y son en primer lugar los frescos de las catacumbas. Un fresco de las catacumbas de Domitila (3) se remonta a la primera mitad del siglo IV, y en él aparece Pablo frente a Pedro; las líneas del rostro son imprecisas, los cabellos negros, pero escasos sobre el cráneo, la barba en punta, como

(1) O. Marucchi: *Pietro e Paolo a Roma*, 4.ª ed. a cura di C. Cecchelli, Torino, 1934, p. 152.

(2) Hasta ahora ha hecho una comunicación E. Romagnoli en la quinta sesión de la Società di Cultori di Archeologia Cristiana, celebrada en Roma, el 24 de junio de 1945, y de la que dió noticia *L'Osservatore Romano* el 17 de junio de 1945.

(3) G. Wilpert: *Le pitture delle catacombe romane*, Roma 1903, tabla 154, con detalles en la tabla 179.



Fig. 37.—FRESCO REPRESENTANDO A PABLO
Roma: Catacumbas de Domitila. Siglo IV

un cono invertido. El rostro, en su contorno general, tiene la forma de una pera, con el pedúnculo hacia abajo.

Otra representación de las catacumbas de Domitila es del año 348 (1). Pablo, única figura superviviente, aparece en forma análoga a la descrita: cabeza grande y desproporcionada, cabellos negros, pero escasos; barba puntiaguda; impresión total del rostro: una pera invertida.

Las catacumbas de Pedro y Marcelino conservan una amplia composición del siglo IV-V, donde aparece también Pablo (2): cabellos menos escasos y menos negros, barba puntiaguda; la acostumbrada forma cónica del rostro menos pronunciada, a causa de las orejas muy sobresalientes.

Fuera de los frescos catacumbales, tiene especial valor un ícono del siglo V-VI (3), porque representa a Pablo como un hombre de mediana edad, y repite los caracteres generales de los dos frescos de la catacumba de Domitila: cabellos escasos en la parte superior de la cabeza, abundantes en las demás, y negros como la barba; ésta es puntiaguda; clara la impresión de siempre de pera invertida.

193. Entre los mosaicos, el más antiguo es el del ábside de Santa Pudenciana, en Roma, que se remonta a fines del siglo IV; cabellos bastante escasos en la parte alta de la cabeza, negros, barba negra y más bien rapada. La representación del bautisterio de Ravenna (4) es de mediados del siglo V: rostro cuadrado, poca calvicie, barba negra no puntiaguda, sino redondeada.

Son interesantes los vidrios dorados que representan a Pablo solo o bien con Pedro (5) y que son del siglo IV; dan a Pablo más veces calvo que con cabellera, y barba puntiaguda.

---

(1) Wilpert: *Pitture.* Tabla 181, detalles tabla 182.
(2) Wilpert: *Pitture*; tabla 252, detalles en la 254.
(3) C. Cecchelli: *Iconografia dei Papi I S. Pietro,* Roma (1937), tab. VII abajo a la derecha.
(4) C. Ricci: *I mosaici di Ravenna,* Roma 1932, fasc. II, tab. M.
(5) Cecchelli: *Iconografia,* tabla VI.



Fig. 38.—FRESCO REPRESENTANDO A PABLO. Roma: Catacumbas de SS. Pedro y Marcelino. (Siglo IV-V)

194. Entre las imágenes esculpidas merece el primer lugar el sarcófago de Junio Bajo, del siglo IV, conservado en las Grotte Vaticane. Se representa a Pablo dos veces: una vez, probablemente en el centro, arriba, a un lado de Cristo (al otro lado está Pedro), y otra vez seguramente abajo, a la derecha, en la escena de su detención (1). Las dos representaciones ofrecen dos tipos que divergen entre sí, y de los vistos hasta ahora. En la probable representación al lado de Cristo, Pablo está idealizado, de aspecto casi juvenil, con abundante cabello rizado y con barba redondeada; en la escena de la detención, aparece calvo, con barba rala.

Rudo, pero lleno de fuerza, aparece en un esbozo de mármol en donde está también el rostro de Pedro, conservado en el Museo de Aquileia, y que se remonta al siglo IV-V (2).

195. Un fragmento de sarcófago, anterior al siglo IV, ofrece la escena curiosa de un navio en el mar, con un hombre en la popa que maneja el timón, y otro en la proa que maneja la vela (3). Junto al hombre del timón está esculpido el nombre PAULUS; abajo, en el flanco del navío, se lee THECLA, como si fuera el nombre del navío.

Las representaciones en marfil aparecen en el siglo IV (4):

Ciertamente, no se puede pensar en una fidelidad fisonómica minuciosa, fotográfica, conservada en estas varias obras de arte; lo mejor que puede esperarse de ellas es la constancia en reproducir un determinado «tipo», cuyos trazos esenciales pueden ser muy antiguos y enlazar con la propia faz de Pablo, o bien a través de representaciones anteriores hoy perdidas, o mediante descripciones verbales hechas por personas que

(1) G. Wilpert: *I sarcofagi cristiani antichi*, Roma 1929-1936, tab. XIII; Cecchelli: *Iconografia*, tabla III, abajo a la derecha; tabla IX. En la representación de Wilpert (texto, vol I, pág. 37, núm. 4) aparece representado Pablo, pero no Santiago el Menor.
(2) Cecchelli: *Iconografia*, p. 45.
(3) Wilpert: *Sarcofagi*, tabla X, 3.
(4) Cecchelli: *Iconografia*, tabla XI.



Fig. 39.—AMPLIA COMPOSICION QUE REPRESENTA A CRISTO CON PABLO (a la izquierda) *Y PEDRO*

Roma: Catacumbas de SS. Pedro y Marcelino (siglo IV-V)

(Pont. Instituto Archeologia Crist.)

le vieron. Todo esto no presenta dificultades teóricas (1). Además, en el campo de los hechos nos encontramos con un «tipo» común, que se desprende realmente de la mayor parte de las representaciones, mejor—co-

(1) Es, en resumen, la conclusión a que llega también Wilpert, fundándose sobre su conocimiento magistral de los monumentos, y limitándose únicamente a ellos: *En los casos en que se individualiza a los príncipes de los apóstoles, en general, los pintores no consideran necesario darlos a conocer como tales al espectador, escribiendo sus nombres... Podemos concluir que, como base de las representaciones recordadas de los príncipes de los apóstoles, hay, si no un retrato efectivo, un conocimiento más o menos exacto de su aspecto físico, y este conocimiento estaba muy difundido entre los cristianos de Roma, al menos a partir del siglo III. Con semejante hipótesis, para San Pablo concuerdan las noticias que unánimemente señalan en él, como signo característico la cabeza calva y la barba larga.* (Wilpert: *Pitture*, p. 106, texto.)



Fig. 40.—ICONO REPRESENTANDO A PABLO. Siglo IV-V
(de CECCHELLI : *Iconografía*)



Fig. 41.—VIDRIO DORADO CON PEDRO Y PABLO (a la derecha)
Siglo IV
(de CECCHELLI : *Iconografía*)



Fig. 42.—SARCOFAGO DE JUNIO BAJO
Siglo IV
PABLO EN LA ESCENA DE LA DETENCION
(de CECCHELLI : *Iconografía*)



Fig. 43.—VIDRIO DORADO REPRESENTANDO A PABLO. Siglo IV
(de CECCHELLI : *Iconografía*)



Fig. 44.—*ESBOZO MARMOREO CON LAS FIGURAS DE PEDRO Y PABLO* (a la derecha)
Siglo IV-V
(de CECCHELLI : *Iconografia*)

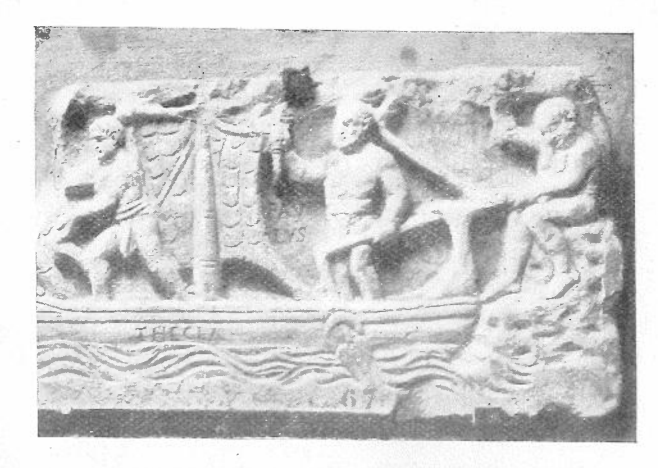


Fig. 45.—*FRAGMENTO DE SARCOFAGO CON LA REPRESENTACION Y EL NOMBRE DE PABLO Y DE TECLA*
(Roma : Museo del Campidoglio)

Fig. 46.—*SARCOFAGO DE JUNIO BAJO* (*siglo IV*). *CRISTO ENTRE PEDRO Y PABLO* (a la derecha)
(de CECCHELLI : *Iconografia*)

mo es natural—de las pinturas y vidrios dorados, que de los mosaicos y las esculturas.

Es el «tipo» de las catacumbas de San Pedro y San Marcelino, confirmado y aclarado por los iconos: un Pablo casi calvo, con la barba negra, en punta, en forma de cono invertido, cuello largo, tipo enjuto, de modo que el conjunto presenta el módulo de la pera invertida.

X. LA SALUD CORPORAL DE PABLO

196. La cuestión de la salud corporal de Pablo va más unida de lo que a primera vista parece a la cuestión acerca de su aspecto físico.

Su vida fué un peregrinar de país en país, bajo el impulso de una idea: viajó primero dentro de Palestina, como perseguidor de Cristo; después, como su heraldo, por casi todo el mundo entonces conocido, sobre todo a partir del año 45, año de su primer viaje misional. Los veinte años que van desde esta fecha a la de su muerte, no podrían resumirse mejor que con sus propias palabras (aun cuando se escribieron ya en el 57, esto es, a mediados del veintenio): *Mas yo* (estuve como ministro de Cristo): *en muchos trabajos, en muchas prisiones, en muchos azotes, en frecuentes peligros de muerte. Cinco veces recibí de los judíos cuarenta zotes menos uno. Tres veces fuí azotado con varas, una vez fuí apedreado, tres veces padecí naufragio, un día y una noche pasé en los abismos del mar; muchas veces, en viajes, me vi en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi linaje, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre los falsos hermanos, trabajos y miserias, en prolongadas vigilias, en hambre y sed, en ayunos frecuentes, en frío y en desnudez, esto sin hablar de otras cosas, de mis cuidados de cada día, de la preocupación por todas las iglesias. ¿Quién desfallece que no desfallezca yo? ¿Quién se escandaliza que yo no me abrase?* (*II Cor.*, 11, 23-29.)

Según cálculos aproximados se ha podido establecer que Pablo, en su primer viaje misional, debió recorrer más de mil kilómetros; en el segundo, mil cuatrocientos; en el tercero, casi mil setecientos, sin contar los viajes sucesivos; y esta enorme distancia la cubrió generalmente a pie, a través de regiones en su mayoría inhóspitas y peligrosas, sin comodidad alguna, comiendo lo poco que le caía en las manos, durmiendo de noche cómo y dónde podía, trabajando con sus manos en las paradas más largas para ganarse el pan y, sobre todo, llevando en el alma mil cuidados angustiosos que no podían dejar de repercutir en el cuerpo. Ahora bien, un hombre que pudo llevar semejante vida tantos años, o era de acero, o dominaba a fuerza de voluntad su cuerpo débil para obtener de él cuanto deseaba.

197. Sin embargo, resulta que Pablo, si bien tenía, sin duda, una resistencia grandísima, padeció el año 50 una grave enfermedad; es

decir, desde el año 43 arrastraba una oscura enfermedad de la que no lograba liberarse. Estas dos noticias merecen un breve examen.

Tenemos noticia de la grave enfermedad con ocasión de la evangelización de los gálatas; escribiendo a los cuales dice: *Bien sabéis que estaba enfermo de enfermedad corporal cuando por primera vez os anuncié el Evangelio, y puestos a prueba por mi enfermedad, no me desdeñasteis, ni me despreciasteis, antes me recibisteis como a un ángel de Dios, como a Cristo Jesús..., yo mismo testifico que de haberos sido posible, los ojos mismos os hubierais arrancado para dármelos.* (*Gál*, 4, 13-15.) De estas palabras hay que deducir que la evangelización de aquellos gálatas por Pablo fué un acto ocasional, inintencionado, porque Pablo, atacado de una enfermedad en medio de su viaje, se vió forzado a interrumpirlo y a detenerse entre los gálatas en espera de su curación: viendo en este incidente un designio de la Providencia divina, Pablo lo aprovechó para evangelizar durante y después de su convalecencia a sus cordiales huéspedes.

No sabemos qué género de enfermedad fuera la de Pablo; probablemente no fué larga, pero ciertamente fué bastante grave, y tal que redujo al enfermo a un estado que inspiraba repugnancia a quien le veía. Estas cualidades se desprenden de las palabras de Pablo, que al mostrarse agradecido por lo que los gálatas hicieron entonces con él, recuerda cómo no le despreciaron ni se sintieron asqueados: este último verbo en griego es ἐκπτύω, que significa etimológicamente «yo escupo fuera». Era, en verdad, costumbre al visitar a una persona víctima de una enfermedad repugnante, escupir delante del enfermo por superstición, con el fin de ahuyentar al genio maligno que se había aposentado en el enfermo (1). Los buenos gálatas, sin duda admirados de la paciencia y serenidad con que Pablo soportaba su mal, no demostraron ante él horror como de costumbre, ni «escupieron fuera» ante él; sino que en su afecto hacia él, se habrían dejado sacar los ojos de la cara, si de algo le hubiera servido.

198. Estos son los datos ciertos. De los cuales, sin embargo, los eruditos modernos han sacado conclusiones muy diversas entre sí: para los unos Pablo tuvo en Galacia ataques violentos de epilepsia, enfermedad que padecía habitualmente, puesto que, sobre todo, ante los epilépticos en pleno ataque era costumbre «escupir fuera» como conjuro; los otros, en cambio, piensan que padeció una oftalmía violenta y deformante, pues si los gálatas estaban dispuestos a dejarse sacar los ojos de la cara para su bien, lo habrían hecho precisamente para sustituir. al menos en su deseo, la parte enferma de Pablo (2).

---

(1) He aquí algunos pasajes que atestiguan el hecho: *Isti qui sputatur morbus interdum venit* (Plauto: *Captivi*, III, 4, 550); *Comitialem propter morbum despui suetum* (Plinio: *Natur. hist.*, X, 33-23); sobre todo la epilepsia se llamaba *comitialis morbus*, porque si durante un comicio se daba un caso, se anulaban las deliberaciones, considerándose como de mal augurio. Para Teofrasto el supersticioso, *cuando ve a un loco o a un epiléptico, horrorizado, se escupe en el pecho* μαινόμενόν τε ἰδὼν ἢ ἐπίλεπτον, φρίξας εἰς κόλπον πτύσαι) (*Caracteres*, XVI, *Superstición.*)

(2) Para confirmar esta oftalmía presunta no es posible recordar la ceguera que padeció Pablo durante los tres días siguientes a su conversión (*Act.*, 9, 8-9); que fué un hecho aislado y extraordinario, y que cesó bien pronto sin consecuencia alguna (§ 286).

Pero ambas conclusiones van demasiado lejos. Admitiendo sin dificultad la costumbre de «escupir fuera», no se ve por qué razón debía practicarse tan sólo ante un epiléptico y no análogamente ante un atacado de viruelas, de erisipela, neumonía, o semejantes enfermedades expuestas a accesos delirantes de fiebres altísimas: en aquel tiempo, en la creencia vulgar, todas las enfermedades con manifestaciones paroxísticas se debían a genios malignos, a los que, por tanto, era posible aplicar igualmente el remedio propedéutico de «escupir fuera». Además, la prueba de los ojos ofrecidos por los gálatas, como demostración de la oftalmía de Pablo es aún más débil, puesto que la expresión «dar los ojos» en bien de una persona se halla aún viva en varias lenguas modernas, pero significa generalmente estar dispuesto a un sacrificio grandísimo en favor de aquella persona, porque los ojos es lo que se tiene de más precioso; se ha notado también que si se insiste demasiado en el significado literal de esta expresión, habría que concluir que Pablo tenía una enfermedad al cuello, puesto que él mismo dice que Prisca y Aquila *han expuesto su cuello* para salvarle (*Rom.*, 16, 4); pero esta frase también tiene evidentemente sentido moral y no físico.

Fué enfermedad grave la que padeció entre los gálatas, pero no estamos en situación de poder decir qué clase de enfermedad fué; de modo que se han hecho conjeturas tanto más numerosas cuanto que este caso patológico singular se ha aproximado al otro de que el mismo Pablo nos informa.

199. En el año 57 Pablo escribe a los Corintios, y les cuenta lo que le sucedió catorce años antes, esto es, hacia el 43, y he aquí sus propias palabras: *Sé de un hombre en Cristo que hace catorce años—si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, tampoco lo sé, Dios lo sabe—fué arrebatado hasta el tercer cielo; y sé que este hombre—si en el cuerpo o fuera del cuerpo, no lo sé, Dios lo sabe—fué arrebatado al paraíso, y oyó palabras inefables que el hombre no puede decir. De tales cosas me gloriaré; pero de mí mismo no he de gloriarme si no es de mis flaquezas... Por lo cual, para que yo no me engría, fuéme dado el aguijón de la carne* (σκόλοψ τῇ σαρκί), *el ángel de Satanás, que me abofetea para que no me engría. Por esto rogué tres veces al Señor que se retirara de mí, y El me dijo: Te basta mi gracia, que en la flaqueza llega al colmo el poder.* (*II Cor.*, 12, 2-9.) Con respecto a las palabras decisivas σκόλοψ τῇ σαρκί hay que notar que σκόλοψ más que un aguijón único, es aquí un conjunto de aguijones, algo entre el cardo espinoso y la piel erizada de púas que recubre al erizo; esta *espinosidad* múltiple ha sido aplicada, y como fijada *en la carne* de Pablo, y no le da paz. La *espinosidad* es efecto de Satanás, que hace de ministro o de enviado (ἄγγελος) suyo; pero, en realidad, está permitida por Dios para que Pablo no se *engría.* El aguijón está hundido en la *carne,* esto es, en el cuerpo, porque en él hace sentir sus efectos inmediatos; de estos efectos Pablo deberá aprender la humildad mediatamente, y por esto Dios, aun cuando Pablo le ruega insistentemente (*tres veces*) no le libera y le deja purificarse en el crisol de la tribulación.

200. En vista de estos datos, no hay que dudar en dar razón a los múltiples padres griegos y latinos que vieron designada en las palabras

de Pablo alguna enfermedad crónica y torturante que padecía (1); y esto de acuerdo plenamente con la opinión divulgada por los judíos que atribuía directamente a Satanás o a sus ministros los males físicos y morales difundidos entre el género humano, y especialmente las enfermedades más graves (2). Pero también aquí faltan los datos para hacer el diagnóstico de esta enfermedad, porque la designación de σκόλοψ, *aguijón* es demasiado vaga.

Y en primer lugar, ¿la enfermedad padecida por Pablo entre los gálatas (§ 197, sigs.) fué un ataque aislado de esta enfermedad crónica, o se trata de una afección patológica diversa? En rigor no pueden excluirse ninguna de las dos alternativas; sin embargo, parece más probable que se tratara de dos casos diversos. En efecto, la enfermedad entre los gálatas tenía caracteres bien visibles y, además, de aspecto repugnante, como ya señalamos; ahora bien, si estos caracteres se hallaron también en la enfermedad crónica del *aguijón,* en primer lugar, no se entiende cómo Pablo pudo llevar su vida de peregrinación continua, presentándose siempre en nuevos sitios donde no le conocían, exponiéndose siempre al peligro inmediato de ser rechazado y considerado como objeto de horror general. Pero, aparte de esto, habla a los corintios de su enfermedad crónica como si les hiciera una confidencia, revelándoles una noticia nueva para ellos, si bien había permanecido entre ellos más de un año y medio, cuando estuvo la primera vez en Corinto; por tanto, los corintios no barruntaban la enfermedad crónica de Pablo, y no se habían dado cuenta de ella durante su prolongada estancia entre ellos. Por esto parece legítimo concluir que la enfermedad crónica no tenía caracteres visibles ni repugnantes, como la enfermedad padecida entre los gálatas, y que se trata, por tanto, de dos casos patológicos totalmente diversos.

201. Con todo esto se han multiplicado las conjeturas de los eruditos modernos, sobre todo entre aquellos que sostienen que en ambos casos se trataba de la misma enfermedad. Reuniendo todas las enfermedades que se han propuesto en este caso por antiguos y modernos, se obtiene un buen tratado de patología médica: la enfermedad desconocida podía haber sido: mal de piedra, mal de dientes, una sordera aguda y dolorosa, gota (Nicea), hemorroides, un *morbus iliacus* o intestinal (Tomás de Aquino), reumatismo (Renan), ciática (Dächsel), lepra (Preuschen). Ramsay, y con él algunos modernos, son partidarios de la malaria, que Pablo debió contraer en las marismas infectas de Panfilia. La clásica epilepsia, propuesta por W. L. Ziegler, fué defendida calurosamente por

(1) Es verdad que algún Padre más moderno, y más tarde muchos escritores ascéticos, supusieron que se trataba no de una verdadera enfermedad, sino de tentaciones de incontinencia suscitadas a Pablo por el *ángel de Satanás.* Pero el mismo Pablo nos dice que vivía en celibato, en perfecta abstinencia, y no alude en modo alguno a que encontrara dificultades en este género de vida (*I Cor.,* 7, 6-9). Por lo demás, hay que preguntarse siempre si estos Padres se proponen dar la exégesis verdadera de las palabras de Pablo, o hablan más bien como autores parenéticos, y como pastores de almas recurriendo a una simple «acomodación», y esto vale aún más en el caso de los escritores ascéticos.

(2) Jesús, hablando de la mujer engarabitada desde hacía dieciocho años por el artritismo o la parálisis, dice: *¡Pues esta hija de Abraham, a quien Satanás tenía ligada dieciocho años ha,* etc...» (*Luc.,* 13, 16). Cf.: *Vida de Jesucristo,* § 78, 455.

M. Krenkel (1890), seguido de otros muchos, y se recordaron casos análogos a éste, como el de Julio César, Mahoma, Cola di Rienzo, Fernando el Católico, Cromwell, Pedro el Grande, Napoleón y muchos artistas y escritores que habrían sido todos epilépticos. Eran los tiempos en que predominaba la escuela de C. Lombroso, con sus conocidos principios acerca de la afinidad entre la locura (o epilepsia) y el genio (también el religioso), principios que no podían desagradar a los racionalistas que se ocupaban de la historia de los orígenes cristianos. Pero se respondió también que como las analogías de los personajes arriba mencionados eran abiertamente falsas o muy dudosas, en el caso de Pablo se construía desde el punto de vista histórico un castillo de postulados gratuitos, mientras desde el punto de vista médico se hablaba de flebotomía (1). Otros muchos eruditos, sin llegar a la epilepsia, se quedaron en un campo más o menos neuropático: alguién pensó en una oftalmía de origen nervioso, otros en fenómenos histéricos, otros en neurastenia, otros en hechos nerviosos extenuantes; ya en su tiempo Tertuliano había pensado en una cefalalgia con síndromes auriculares (2), que expresada en términos modernos podría presentarse como una afección neuropática.

202. Después de haber recorrido, aun cuando no totalmente, semejante hospital, no nos sentimos llamados a proponer una centésima enfermedad: compartimos, en cambio, el parecer expuesto en este caso por algún erudito de buen sentido, que ha considerado que era inútil multiplicar las conjeturas aventuradas desde el momento en que faltan los suficientes datos. En cambio, llamamos la atención acerca de una analogía histórica que nos parece importante.

Del pasaje de Pablo que hemos aducido (§ 199) parece evidente que su enfermedad ignota enlaza íntimamente con su arrebatamiento *hasta el tercer cielo y el paraíso,* porque la considera como una pócima suministrada por Dios para que no se *engría.* La pócima, pues, debió ser suministrada en un tiempo poco posterior al rapto, para prevenir la tentación de orgullo que podía ser inmediata a él; y esta consideración espontánea no abona, ciertamente, en favor de las hipótesis de Ramsay y sus secuaces, que consideran la enfermedad desconocida como una malaria contraída por Pablo en Panfilia, durante su primer viaje del año 45-48, porque aun suponiendo que la infección malaria tuviera lugar en el 46 (después de su larga estancia en Chipre), habían transcurrido al menos tres años del arrebatamiento, acaecido hacia el 43, y tres años son demasiados años para una pócima espiritual suministrada en vistas a una tentación inmediata. Por tanto, es razonable suponer que las primeras *bofetadas de Satanás,* esto es, los primeros síntomas de la enfermedad desconocida, los sintió Pablo ya en el año 43, o lo más tarde en el 44, cuando vivía todavía en Tarso como un particular, o bien cuando hacía poco que se había trasladado a Antioquía y ejercicía un ministerio local.

---

(1) La mejor contestación se debe al profesor de neurología de Halle, A. Seeligmüller: *War Paulus Epileptiker? Erwängungen eines Nervenarztes,* Leipzig 1910.

(2) *Anima... quae in apostolo colaphis, si forte, cohibebatur per dolorem, ut aiunt, auriculae vel capitis.* (*De pudicitia,* XIII, 16.)

203. Estamos, pues, ante un fenómeno fisiológico que el propio Pablo—es decir, el único testigo que pueda hablar con conocimiento de causa—presenta como íntimamente ligado al hecho místico de su arrebatamiento; de modo que su misteriosa enfermedad no debe considerarse aisladamente, sino ligada al gran cuadro de las experiencias místicas y de su repercusión fisiológica. Es desdichadamente cierto que el nobilísimo campo de la mística es uno de los menos explorados por la ciencia verdadera, en parte por la dificultad de hacer observaciones directas, y mucho más debido a los viejos prejuicios materialistas; sin embargo, aproximar entre sí casos semejantes, aun sin penetrar en su interior, puede hacer que se reflejen entre ellos luces intercambiadas de modo que se esclarezca algún lado.

Ahora bien, entre las almas verdaderamente místicas hay una de la que estamos mejor informados y más ampliamente, de Teresa de Avila. Sus escritos son un modelo de sencillez, de sinceridad y también de claridad penetrante—hasta donde esto es posible en los hechos místicos—, y precisamente reunidas estas cualidades especiales, inducen a la escritora a advertir en plena descripción de uno de sus estados místicos, que ella misma ignora cómo le suceden esas cosas, y cuál sea su íntima esencia. Pero no nos ocuparemos de esta esencia (1), y buscaremos tan sólo si en la santa de Avila existe alguna analogía con la misteriosa enfermedad de Pablo.

204. Si recorremos la autobiografía de Teresa, acabada de escribir en el año 1565, nos encontramos con que durante su vida estuvo habitualmente enferma: ... *es mucho el mal que siento, y casi nunca estoy, a mi parecer, sin muchos dolores, y algunas veces bien graves, en especial en el corazón* (2). Nótese a este propósito que estos males los soporta

---

(1) Permítasenos, sin embargo, unas breves citas, porque ayudan a entender las palabras de Pablo cuando confiesa que no sabe si su arrebatamiento fué, *en el cuerpo, o fuera del cuerpo,* y haber *oído palabras inefables, que el hombre no puede decir.* Teresa dice en un pasaje: *Estando así el alma buscando a Dios, siente con un deleite grandísimo y suave casi desfallecer toda con una manera de desmayo, que le va faltando el huelgo y todas las fuerzas corporales, de manera que, si no es con mucha pena, no puede aun menear las manos; los ojos se le cierran sin quererlos cerrar, o si los tiene abiertos, no ve casi nada... Quien lo hubiere probado entenderá algo de esto, porque no se puede decir más claro, por ser tan oscure lo que allí pasa. Sólo podré decir que se representa estar junto con Dios, y queda una certidumbre que en ninguna manera se puede dejar de creer. Aquí faltan todas las potencias y se suspenden de manera, que en ninguna manera, como he dicho, se entiende que obran... La voluntad debe estar bien ocupada en amar, mas no entiende cómo ama. El entendimiento, si entiende, no se entiende cómo entiende; al menos no puede comprender nada de lo que entiende. A mí no me parece que entiende; porque como digo no se entiende: yo no acabo de entender esto.* (Santa Teresa: *La Vida,* cap. XVIII.)

En otro pasaje afirma: ...*Este transformamiento del alma del todo en Dios dura poco; mas eso que dura, ninguna potencia se siente, ni sabe lo que pasa allí. No debe ser para que se entienda mientras vivimos en la tierra, al menos no lo quiere Dios, que no debemos ser capaces para ello. Yo esto he visto por mí.* (Ibid., cap. XX.)

Y en otro, todavía dice: *De poco en poco, en llegando el Señor aquí un alma, le va comunicando muy grandes secretos. Aquí son las verdaderas revelaciones en este éxtasis, y las grandes mercedes y visiones, y todo aprovecha para humillar y fortalecer el alma y que tenga en menos las cosas de esta vida, y conozca más claro las grandezas del premio que el Señor tiene aparejado a los que le sirven.* (*Ibíd.*, cap. XXII.)

(2) Op. cit., cap. VII.

Teresa en medio de una actividad grande, entre viajes continuos y fatigosos, con preocupaciones temporales y ansias espirituales inmensas, que precisamente hacen recordar los viajes, las preocupaciones y las ansias de Pablo (§ 196).

Pero ¿cuándo y en qué circunstancias empezaron estos males crónicos de Teresa? Ella misma contesta a la pregunta en su Vida, un poco después de haber referido su profesión religiosa (3 de noviembre de 1537). Nacida en 1515, no tenía aún veinticinco años cuando se ve atacada por un mal de corazón violento, acompañado de desmayos frecuentes; cuando la sacan del monasterio para someterla a una cura, empeora; tiene una crisis violenta, después, y está cuatro días sin sentido, y la dan por muerta; cavan su fosa para enterrarla, y se celebra un oficio fúnebre en sufragio de su alma (1). Pero la crisis es superada, aun cuando después de ella: *Quedé de estos cuatro días de parassismo de manera que sólo el Señor puede saber los incomportables tormentos que sentía en mí. La lengua hecha pedazos de mordida; la garganta de no haber pasado nada y de la gran flaqueza que me ahogaba, que aun el agua no podía pasar. Toda me parecía estaba descoyuntada, con grandísimo desatino en la cabeza. Toda encogida, hecha un ovillo, porque en esto paró el tormento de aquellos días, sin poderme menear, ni brazo, ni pie, ni mano, ni cabeza, más que si estuviera muerta, si no me meneaban; sólo un dedo me parece podía menear de la mano derecha. Pues llegar a mí no había cómo, porque todo estaba tan lastimado, que no lo podía sufrir. En una sábana, una de un cabo y otra (de otro), me meneaban... Digo que estar así me duró más de ocho meses; el estar tullida, aunque iba mejorando, casi tres años. Cuando comencé a andar a gatas, alababa a Dios* (2).

205. Hasta aquí los hechos patológicos. Y con una simultaneidad, no menos perfecta cuanto sorprendente, apuntan en Teresa los primeros hechos místicos. En las mismas páginas en que Teresa ha descrito los comienzos de su enfermedad hallamos intercaladas noticias como ésta: *Y como ya el Señor me había dado don de lágrimas... Comenzó el Señor a regalarme tanto por este camino, que me hacía merced de darme oración de quietud, y alguna vez llegaba a unión, aunque yo no entendía qué era lo uno y ni lo otro, y lo mucho que era de preciar, que creo me fuera gran bien entenderlo. Verdad es que duraba tan poco esto de unión, que no sé si era Avemaría; mas quedaba con unos efectos tan grandes, que con no haber en este tiempo veinte años, me parece traía el mundo debajo de los pies...* (3).

Esta *oración de quietud* y la de *unión* son los estados místicos sobre que luego volverá Teresa, ilustrándolos con la finura penetrante que tan sólo podía proporcionarle su continua experiencia. Pero, así como estos estados místicos se repetirán durante el resto de su vida, también hasta la muerte le acompañarán más o menos, fenómenos patológicos, como ella misma refiere (§ 204). Se diría que éstos acompañan a aquéllos como la sombra a la luz. Surgen a un tiempo, continúan juntos, de-

(1) Para todos estos datos véase Op. cit., cap. IV, V y sigs.
(2) Op. cit., cap. VI.
(3) Op. cit., cap. IV.

caen a la vez. Importa señalar esta simultaneidad, porque parece un caso completamente análogo al de Pablo: esto es, un hecho místico que tiene repercusiones patológicas inmediatas.

No tenemos la competencia requerida para diagnosticar cuál fuera el cuadro patológico que padeció Teresa; pero dos puntos parecen certísimos: que fué efecto y no causa el hecho místico, y que, además, no fué una historia vulgar, a pesar de semejanzas aparentes y a pesar de su naturaleza evidentemente nerviosa en conjunto. Estaríamos dispuestos a atribuir a Pablo un cuadro análogo, si nos autorizaran a ello los documentos; pero éstos se limitan a hablar del aguijón de Satanás que Dios permite como pócima después de un hecho místico.

Y, en abstracto, ¿quién podrá adivinar semejantes medicinas suministradas por el Médico celestial?

XI. LOS CARISMAS EN EL CRISTIANISMO PRIMITIVO

206. Una visita breve: asistiremos, por desgracia sólo con la imaginación, a una reunión litúrgica celebrada por cualquier comunidad cristiana de Palestina o de Siria hacia fines del siglo I.

Es el día siguiente al sábado, que los cristianos ya han comenzado a llamar «día *domínica*», esto es, día *del Señor*, en recuerdo de la resurrección de Cristo (1). A medida que los fieles entran en la sala que sirve para la reunión, se saludan con el beso de paz; después toman asiento en torno a una mesa, sobre la que hay una copa llena de vino y una bandeja con trozos de pan. Recitan plegarias en común; después leen pasajes de los libros sagrados. Finalmente, un «anciano» acerca a sí la copa y la bandeja: se concentra la atención de todos los presentes, que exclaman a un tiempo: *Te damos gracias, Padre nuestro, por la santa vid de David, tu hijo, que nos revelaste mediante Jesús tú hijo. ¡A ti gloria por los siglos!* Tras una breve pausa continúan: *Te damos gracias, Padre nuestro, por la vida y el conocimiento que nos revelaste mediante Jesús, tu hijo. ¡A ti gloria por los siglos! Como este (pan) despedazado estaba disperso por los montes y unido se hizo una sola cosa, así se une tu Iglesia en tu reino desde los extremos de la tierra; porque tuyos son la gloria y el poder por Jesucristo en los siglos* (2). Después de lo cual, el «anciano» recita una oración que contiene, entre otras, las palabras pronunciadas por Jesús en la última cena sobre el pan y el vino. Cuando ha terminado los asistentes confiesan humildemente sus propias culpas (3), y después cada uno come un fragmento de aquel pan y bebe un sorbo de vino con gran reverencia.

207. Acabada la comida en común, exclaman: *¡Te damos gracias, Padre santo, por tu santo nombre, que imprimiste en nuestros corazo-*

---

(1) Cf.: *Dicaché*, XIV, 1. Sabido es que este escrito, de gran importancia histórica, se considera como inspirado por algunos Padres, y aparecido hacia los años 70-90 de C., o sea, poco después de la muerte de Pablo; su lugar de origen es Palestina o Siria, más probablemente que Egipto.

(2) *Didaché*, IX, 1-4. Nótese cómo la bendición del vino es anterior a la del pan; probablemente el autor es un cristiano procedente del judaísmo, y se deja influir por la prescripción de la Mishna, *Berakoth*, VI, 5; VIII, 1-8.

(3) Cf.: *Didachè*, XIV, 1.

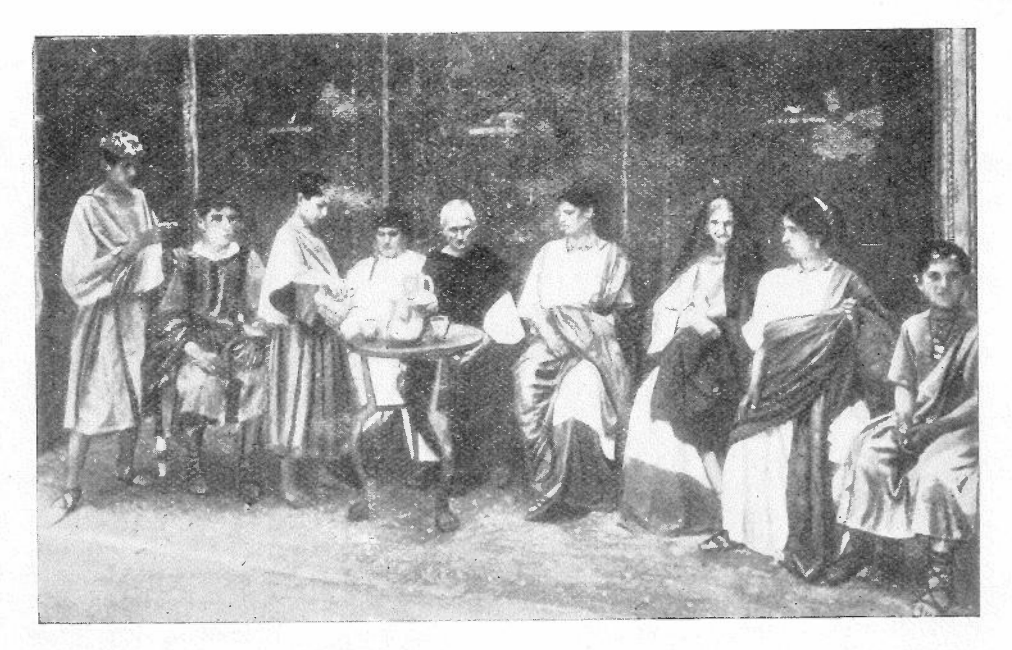


Fig. 47.—REPRESENTACION DE LA «FRACTIO PANIS» EN UNA CASA PARTICULAR
(Reconstrucción escénica de «Los amigos de las catacumbas».)

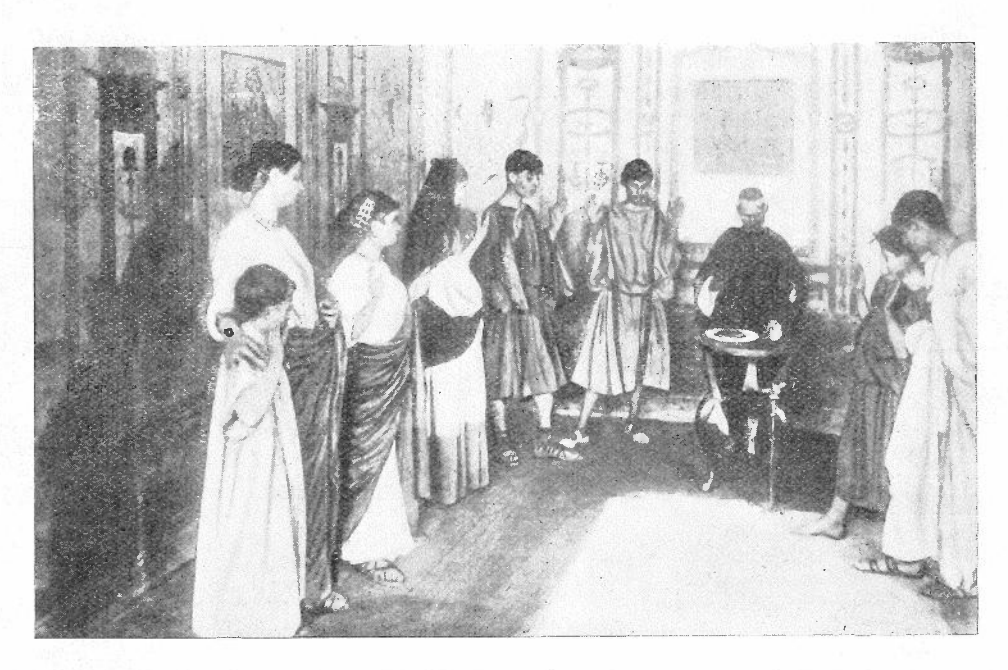


Fig. 48.—CELEBRACION DE LA EUCARISTIA EN UNA CASA PARTICULAR
(Reconstrucción escénica de «Los amigos de las catacumbas».)

nes, y por el conocimiento y la fe y la inmortalidad que nos revelaste mediante Jesús, tu hijo! ¡A ti gloria por los siglos! Tú, Señor omnipotente, creaste todas las cosas por tu nombre, y diste a los hombres comida y bebida como sustento para que te lo agradecieran: a nosotros nos diste alimento espiritual y bebida y vida eterna por tu hijo. Por todas las cosas te damos gracias, porque eres poderoso. ¡A ti gloria en los siglos! Acuérdate, Señor, de tu Iglesia para librarla de todo mal y perfeccionarla en tu amor, y únela desde los cuatro vientos, santifícala, en tu reino que preparaste para ella: porque tuyo es el poder y la gloria por los siglos. ¡Venga la gracia y pase este mundo! ¡Hosanna al hijo de David! ¡Si alguno es santo, venga; si alguno no lo es, cambie de mente! ¡Maranatha! Amén (1).

Mientras tanto, y sobre todo al tomar el vino y el pan, se ha ido difundiendo por la asamblea como un espíritu nuevo: todos parecen hondamente transformados, y se muestran como en espera de algún hecho importante, pero habitual en aquellas sus reuniones; continúan en recogimiento y oración, pero se diría que de un modo provisional, esto es, prontos a ser interrumpidos cuando llegue el suceso esperado.

208. De pronto, uno de los asistentes se alza en pie: tiene el rostro encendido, la mirada fija hacia el cielo, los brazos extendidos y alzados según el uso de los orantes: vibra su cuerpo como recorrido por invisible flúido. Todos interrumpen la oración y le miran. Al cabo de unos instantes comienza a hablar impetuosamente: escande sus palabras con precisión, con dominio seguro; ninguna vacilación interrumpe el encendido discurso, y el rostro del orador refleja sus sentimientos a medida que habla. Parecen sentimientos a veces de fe, a veces de anhelo, a veces de horror, pero con más frecuencia de alegría y regocijo. Los oyentes no comprenden las palabras que pronuncia: la lengua en que se

Fig. 49.—ORANTE CON LOS BRAZOS EXTENDIDOS
Roma: Catacumbas de Domitila (siglo IV).

(1) Cf.: *Didachè*, X, 2-6.

expresa es para ellos como un libro cerrado con siete sellos. Sin embargo, el contenido general de aquel libro lo comprenden ellos también, y también por ellos se difunden los sentimientos de fe. de anhelo, de horror, de júbilo y de regocijo que se reflejan en el rostro del orador. Una emoción mística ha invadido a los asistentes, y todos parecen entrever un mundo de sublimidades extáticas a través del rostro del orador, mientras sus palabras arcanas esbozan en sus corazones afectos misteriosos.

El discurso declina, sosiega y cesa del todo. Cuando se ha sentado el orador se levanta otro de los asistentes, y adoptando también él una actitud inspirada comienza a hablar. Pero sus palabras son bien conocidas; emplea la lengua usual en el país, y al comenzar a hablar dice que en esta lengua traducirá lo que acaba de decir el hermano en una lengua desconocida para los presentes. Habla con convicción persuasiva, e infunde a su decir una calma voluntaria que renueva, aclara y confirma los sentimientos ya suscitados vagamente en la reunión por el orador precedente. Los que escuchan este segundo discurso, siguen contemplando el mismo mundo de sublimidades extáticas, pero más definido y mejor precisado que en el anterior discurso: vuelven a sentir los misteriosos afectos de antes, pero en forma más vívida y que penetra más su espíritu.

209. Pero he aquí que también ha callado el segundo orador. Los asistentes permanecen absortos en sus pensamientos durante algún tiempo aún, reflexionando sobre cuanto han visto y oído, cuando se oye un rumor en la puerta: entra un viejo vacilante, sostenido por una joven de luto. Se excusan por su tardanza, debida a sus condiciones particulares: el viejo, que es padre de la joven, afectado por la enfermedad, se arrastra con esfuerzo; la joven, que se ha quedado viuda hace algunas semanas, se ha retrasado por acudir a sus hijos, que se hallan en gran miseria. Los presentes, abandonando sus suaves pensamientos, acogen a los recién llegados con afectuosa solicitud y piden noticias acerca de su situación. Tras un breve diálogo entre un par de ellos con éstos, uno de los presentes exclama: «¡Hermanos: roguemos al Señor que se digne librar a éste su siervo de la enfermedad!» El que ha hecho la invitación se acerca al viejo, que está reclinado sobre un escabel, extiende e impone las manos sobre él, eleva los ojos al cielo, y reza. Todos se unen a él en la oración. Poco después, el viejo tiene una especie de sacudida; luego, de pronto, se levanta con energía, alza con arrogancia la cabeza. Su rostro ofrece un aspecto nuevo de bienestar y de salud físicas. Se dice curado. Todos los presentes elevan los ojos y las manos al cielo para dar gracias al Señor.

210. Ante aquel espectáculo, también el rostro de la joven enlutada se aclara un poco, pero no se serena por completo: aquí y allí quedan ángulos oscuros que atestiguan angustias pasadas o anuncian dolores futuros. Entonces, otro de los presentes se le acerca, y en voz queda le dirige ciertas palabras: son palabras de hermano afectuoso, de persona que comparte una misma fe excelsa, anhelos de una misma esperanza suprema, vibraciones de la misma caridad que siente la mujer por su difunto, y por sus pequeños vivos que padecen: son palabras que des-

cubren, a través de un velo tenue, una beatitud inefable, especialmente reservada a los que han sufrido mucho y llorado más, y esta beatitud es tan radiante que parece dulcificar el sufrimiento presente, y alegrar el llanto. Las palabras del hermano que consuela tienen eficacia especial sobre la joven, y le comunican interiormente la virtud real de su significado. Poco después, la mujer está transformada: como el viejo está sano en su cuerpo, ella está curada en su alma, y se siente dispuesta a emprender su doloroso camino con alegría serena.

Nuestra visita a la reunión podría prolongarse, o trasladarse a otras reuniones de cristianos primitivos, para asistir a otros casos diferentes de los vistos; pero nuestro oficio nos obliga a volver al examen directo de los documentos.

*

* *

211. Estos documentos atestiguan que la vida social de la Iglesia fué acompañada en sus primeros decenios de fenómenos particulares que tendían a consolidar y desarrollar cada vez más su existencia. Este hecho moral no está aislado, sino que tiene grandes analogías en el campo físico. En efecto, nos encontramos con que en las nuevas manifestaciones de la vida material, la naturaleza muestra una providencia para suministrar los primeros alimentos que sustenten al germen cuando éste, separándose de su principio generador, inicia vida autónoma; así, en los estadios más bajos de la escala de la vida material, las semillas de las plantas se hallan provistas de una reserva de albumen que será para ellas el primer nutrimento durante su germinación en tierra, y así, en los grados más elevados de la misma escala, la naturaleza presta a los recién nacidos un nutrimento en la leche de la madre (cf.: *I Cor.*, 3, 2). Lo mismo sucede en la vida espiritual de la Iglesia, cuyas primeras manifestaciones fueron acompañadas de los fenómenos mencionados, que hoy se designan colectivamente con el nombre de *carismas*.

Pablo, que es de todos los escritores cristianos antiguos el que habla de ellos más frecuente y detenidamente, los llama *carismas* (χαρίσματι: *Rom.*, 12, 6), o (*dones*) *espirituales* (*I Cor.*, 12, 1), o sencillamente *espíritus* (*I. Cor.*, 14, 12-32). La razón de esta homonimia es clara, porque el carisma es el producto de la *charis* (χάρις), esto es, de la *gracia*, y la fuente única de todos estos carismas se halla en aquél que se llama *Espíritu* por excelencia (*I Cor.*, 12, 4), que es *Dios* (ibíd., 6); de aquí, por metonimia espontánea, estos productos del Espíritu podían llamarse también (*cosas*) *espirituales*, o bien *espíritus*.

212. El fin de estos carismas, siguiendo a Pablo, es la *utilidad* (ibíd., 7), pero no la utilidad individual de quien posee y ejercita el carisma, sino la colectiva o social de la Iglesia entera. Pablo (ibíd., 12 sigs.; cf. *Rom.*, 12, 4 sigs.; *Efe.*, 4, 4-11 sigs.) contempla a la Iglesia como un cuerpo cuyos miembros son los fieles; cada parte del cuerpo posee su función específica, pero no tan sólo para su provecho, sino para el bien de todo el organismo, como hacen el ojo que le alumbra, el oído que le guía, el pie que le transporta; del mismo modo un fiel que posee determinado carisma, lo ha recibido del Espíritu y lo ejercita para *utilidad*

de la Iglesia entera. Algunos carismas van dirigidos y son *señal, no para los creyentes, sino para los incrédulos* (*I Cor.*, 14, 22), en cuanto los creyentes reconozcan una manifiesta inferioridad espiritual en los infieles, que están privados de este evidente carisma, en primer lugar, recibirán con ello la mencionada *utilidad* colectiva; en segundo lugar, los infieles podrán tener ocasión de reconocer su propia inferioridad, y, por tanto, de orientarse hacia la fe (Ibíd., 24-25).

213. Pablo, al menos cuatro o cinco veces, al tratar de los carismas, da su lista, pero en ningún caso entiende dar una lista completa, y a veces emplea términos equivalentes, pero distintos, para designar el mismo carisma. Dos listas, una con nueve nombres, otra con ocho, aparecen en un mismo escrito, con poca distancia entre sí (*I Cor.*, 12, 8-10; ibíd., 28-30); helos aquí por orden:

Espíritu de la palabra de sabiduría	*Apóstoles*
Palabra de ciencia	*Profetas*
Fe	*Doctores*
Curaciones	*Milagros*
Realización de milagros	*Curaciones*
Profecía	*Asistencia*
Discreción de espíritus	*Gobierno*
Géneros de lenguas	*Géneros de lenguas*
Interpretación de lenguas	

Poco después, en el mismo escrito, hay otro grupo de nombres que tampoco pretende ser una lista (*I Cor.*, 14, 26); son los siguientes:

Salmo, Instrucción, Revelación, Lenguas, Interpretación.

Las otras dos listas (*Rom.*, 12, 6-8; *Efes.*, 4, 11) son, respectivamente, las siguientes:

Profecía	*Evangelistas*
Ministerio	*Pastores*
Enseñanza	*Dispensador*
Exhortador	*Prefecto*
Apóstoles	*Misericordioso*
Profetas	*Doctor*

Detengámonos brevemente sobre estas listas.

214. En la visita que hemos hecho a la reunión cristiana hemos asistido a las operaciones de cuatro carismas. El primer orador, que inmediatamente después de la celebración de la Eucaristía habló a los asistentes en una lengua desconocida, poseía el carisma de los Géneros de lenguas, llamado también glosolalia. El segundo orador, que tradujo a la lengua usual el discurso del primero, tenía el carisma de la Interpretación de lenguas. Aquel fiel que impuso las manos sobre el viejo enfermo y orando le sanó, tenía el carisma de las Curaciones. El último, que con sus palabras consoló a la viuda, tenía el carisma del Misericordioso.

Es extraño, el carisma que nos parece más interesante, y que más excita nuestra curiosidad, es la glosolalia, el que menos aprecia Pablo, y, por tanto, lo dejaremos para el final. Entre los demás carismas nombrados por Pablo, intentaremos reconocer la índole de los menos oscuros.

215. El carisma del *Apóstol* no designaba a los doce cooperadores elegidos por Jesucristo, sino a algunos cristianos ardientes que, abandonando todo ciudado humano, se dedicaban a difundir el reino de Dios con obras y palabras, especialmente allí donde aún no se había difundido. La *Didachè* (XI, 3-6) quiere que allí donde se presente el apóstol *sea recibido como* (el) *Señor,* pero que no se quede en el mismo sitio más de un día o dos a lo sumo, y al marchar no reciba dinero, sino tan sólo el alimento necesario par el viaje.

El *Evangelista* era el mensajero por excelencia de la «buena nueva», esto es, del evangelio (1). Parece que tenía la misión de reforzar la obra del apóstol, consolidando lo que éste había iniciado apenas. Naturalmente, este Evangelista no es, en cuanto tal, un escritor de los cuatro evangelios.

El carisma de la *Profecía* tiene particular importancia. El profeta tenía una misión afín, pero no igual, al profeta del Antiguo Testamento (2). Su palabra era de *edificación, exhortación y consolación* (*I. Cor.,* 14, 3); podía también descubrir *los secretos del corazón* (*de otro*) (ibíd., 25), y anunciar sucesos futuros. Según la *Didachè,* el profeta *habla en Espíritu* (XI, 7), tiene derecho después de la celebración de la Eucaristía de dar gracias a Dios públicamente, conforme a su propia inspiración (X, 7) y goza de varios privilegios en el seno de las comunidades ya constituídas (XII, 1-6). Este es un carisma muy encarecido por Pablo (*I Cor.,* 14 sigs.) por su eficacia directa sobre la comunidad; en algunas comunidades faltaba el profeta, según la *Didachè* (XIII, 4).

216. Los tres carismas, *Instrucción* (διδάσκων, διδάσκαλος) del *Espíritu de la palabra de sabiduría* y *Palabra de ciencia* debían tener un fondo común, con alguna divergencia específica. Hoy no las percibimos: tal vez el *Discurso de la palabra de sabiduría* (λόγος σοφίας) era habitual al profeta, mientras la *Palabra de ciencia* (λόγος γνώσεως) era habitual al que enseñaba: el primero se dirigía más bien al sentimiento y al corazón; el segundo, a la inteligencia y a la erudición. Los tres, en general, tendían a dar a conocer y hacer amar la doctrina de Cristo mediante el ministerio de la palabra. La *Didachè* (XV, 2) nos dice que el que enseña es tan honrado como el profeta; de esto habla con frecuencia el *Pastor* de Erma (*Mandat.,* IV, 3, 1; *Similit,* IX, 15, 4).

Unidos también por su afinidad aparecen los tres carismas de la *Fe,* de las *Curaciones* (ἰάματα) y de la *Realización de milagros* (ἐνεργήματα δυνάμεων) en cuanto se refieren a acciones materiales milagrosas. Esta fe no es la simple adhesión intelectual a la verdad religiosa, aun cuando la presuponga: es más bien la certeza absoluta de que el poder de Dios intervendrá milagrosamente en determinado hecho físico para demostrar su soberanía. Varias veces había exaltado Cristo mismo la eficacia de esta fe, si no precisamente de este carisma (3). Mientras que las Curaciones se referían al cuerpo humano, las Operaciones de milagros—o sim-

---

(1) Cf.: *Vida de Jesucristo,* § 109; allí el pasaje de Eusebio (*Hist. eccl.,* III, 37) donde se describe al Evangelista.
(2) Cf.: *Historia de Israel,* § 418 sigs.
(3) Cf.: *Vida de Jesucristo,* § 349-351, 405.

plemente Milagros—se referían a hechos taumatúrgicos de otra especie, siempre en el campo físico.

217. En el campo moral encontramos dos carismas, *Exhortador* (παρακαλῶν) y la *Discriminación de espíritus* (διακρίσεις πνευμάτων). El primero parece que tenía una eficacia particular como complemento de la obra iniciada por el profeta (cf.: *Rom*, 12, 8, con *Cor*, 14, 3), confirmando y corroborando los comienzos de la fe. El segundo debía infundir una agudeza especial al juzgar, entre tantos enemigos del cristianismo primitivo, las disposiciones mentales del prójimo, para poderse guardar de los *peligros entre los falsos hermanos* (*II Cor.*, 11, 26); probablemente quien poseía este carisma era el consejero natural del jefe de la comunidad, si bien el mismo carisma no era inherente al carisma de gobierno.

Los carismas de gobierno eran cuatro: *Pastor, Prefecto* (προιστάμενος), *Ministerio* (διακονία), *Gobierno* (κυβερνήσεις), si bien hoy nos escapan el tipo preciso de cada uno de ellos, y sus diferencias recíprocas. En general, podemos retener que estos carismas asistían a quienes estaban encargados de la comunidad, aun en asuntos temporales, antes de que se constituyera una jerarquía regular.

218. Las miserias materiales las socorrían los dos carismas del *Dispensador* (μεταδιδούς) y de la *Asistencia* (ἀντιλήμψεις), a las miserias morales, el carisma de la *Misericordia* (ἐλεῶν), si bien tampoco es aquí posible una división tajante. El Dispensador distribuía a los pobres cuanto poseía y cuanto podía ganar, porque el Espíritu le llevaba a considerar supremo ideal de su vida el aforismo de Cristo que nos ha conservado Pablo: *Mejor es dar que recibir* (*Act.*, 20, 35). El carisma de la Asistencia debía referirse con preferencia a los enfermos, o a los necesitados de diversas clases, como el encarcelado, el perseguido por la ley pagana, o indigentes semejantes. Del Misericordioso sabemos tan sólo lo que significa el sentido de la palabra, y por esta palabra hemos imaginado la escena de la viuda consolada (§ 210).

En *I Cor.*, 14, 6-26 se recuerda también el carisma de la *Revelación* (ἀποκάλυψις) que probablemente era un efecto del carisma de la profecía. Lo mismo puede decirse del *Salmo*, recordado análogamente en *I Cor.*, 14, 26, que alude a composiciones espontáneas en forma poética y en tono jubiloso; de aquí procede tal vez el precepto de la *Didachè* (X, 7): *Dejad que los profetas den las gracias que quieran*, esto es, en la forma que quieran, después de la celebración de la Eucaristía.

219. Falta el carisma que nos parece hoy más curioso y que, sin embargo. en la antigüedad era el más frecuente; Pablo lo juzga sonoro, como *bronce que suena o címbalo que retiñe* (*I Cor.*, 13, 1), cuando no va acompañado de interna virtud. Es el carisma de los *Géneros de lenguas*. Pablo lo designa con varios términos equivalentes: *lenguas, hablar en lengua, tener lengua, rezar en lengua;* los modernos prefieren el término técnico de *Glosolalia*.

Podemos definir aproximadamente en qué consiste este carisma. Ciertamente no era el don de hacerse entender a la vez por personas que hablase cada una diversa lengua, a fin de acelerar y facilitar la

difusión de la doctrina de Cristo entre los pueblos extranjeros; y tampoco era—como han supuesto algunos modernos—un chorro de sonidos inarticulados y carentes de sentido, mezclados, a lo sumo. con alguna palabra extranjera convencional, chorro que salía de la boca de quien se hallaba en un estado de exaltación psíquica. No. El glosolalo hablaba una lengua verdadera, bien articulada, bien pronunciada. y en esta lengua se expresaban conceptos precisos y coordinados, esto es, hacía un verdadero *discurso (I Cor.*, 14, 9. 19), por ejemplo una plegaria a Dios, un salmo, una bendición, una acción de gracias (ibíd., 14-17); tanto que estas composiciones suyas podían traducirse con toda precisión (ibíd., 5, 27); cosa evidentemente imposible si se hubiera tratado de sonidos inarticulados y carentes de sentido (1).

220. Es certísimo, además, que los asistentes, al menos de ordinario, no entendían las palabras del glosolalo cuando éste hablaba. Pablo presupone esto más de una vez, por ejemplo, cuando, dirigiéndose retóricamente al glosolalo, le pregunta: Si recitas una bendición bajo el impulso de tu carisma, el fiel ignorante que esté presente, ¿cómo podrá contestar «amén» a tu bendición? *Porque no sabe lo que dices* (*I Cor.*, 14, 16). Pablo incluso se aplica el caso a sí mismo, siendo también él glosolalo (ibíd., 18, texto griego), y pregunta a sus fieles: ... *si yo fuera a vosotros hablando en lenguas, ¿qué os aprovecharía?...* (ibíd., 6). La razón por la que no aprovecharía en absoluto se explica imediatamente después: porque él sería como una flauta o una cítara, que emiten sonidos sin ton ni son, pero no ejecutan ninguna melodía asequible, o bien como la trompa guerrera que lanza sones indefinidos, pero no el toque convencional para correr a las armas: *Así también vosotros, si con el don de lenguas no proferís un discurso inteligible, ¿cómo se sabrá lo que decís? Seríais como quien habla al aire* (ibíd., 9). Escuchar a un glosolalo era lo mismo que escuchar a un bárbaro de Geurmania o de Britania hablar en su lengua ignota, cuyos sonidos se habrían percibido sin captar su valor: *Pero si no conozco la significación de las voces, seré para el que me habla un bárbaro, y el que me habla será para mí un bárbaro* (ibíd., 11). La razón general es que *el que habla en lengua habla a Dios, no a los hombres, pues nadie le entiende, diciendo su espíritu cosas misteriosas* (ibíd., 2).

El glosolalo, en efecto, no hablaba «en frío», con el espíritu en calma, sino en un estado psíquico extraordinario, en situación extática, y dirigiéndose a Dios más que a los hombres; sin embargo, los hombres que le oían, aun sin comprenderle, sentían en cierta medida el «contagio» espiritual de su extraordinario estado y, de rechazo, participaban en su exaltación mística (2). Pablo afirma que si un infiel o un

---

(1) Los gramáticos griegos llamaban γλῶσσαι a palabras arcaicas fuera de uso, o bien empleadas en acepciones particulares; a ellas alude Quintiliano: *Potest (puer) interpretationemb linguae secretoris, quae Graeci* γλώσσας *vocant, dum aliud agitur, adiscere*, etc. (*Inst. Orat.*, I, 1, 35). Algunos eruditos han supuesto por esto que el carisma de la γλῶσσαι consistía en el pronunciar impetuosamente rimeros de estas palabras: suposición tendenciosa, contradicha por cuanto sabemos acerca de la glosolalia, y en primer lugar, por el hecho de que el glosolalo hacía discursos coherentes y sensatos.

(2) Fenómeno análogo se da en el profetismo del Antiguo Testamento. Cf.: *Historia de Israel*, § 421 sigs.

extraño hubiera entrado en una reunión cristiana donde estuvieran hablando a un tiempo muchos glosolalos, habría creído encontrarse en una reunión de locos (μαίνεσθε: ibíd., 23).

221. El mismo estado psíquico lo señala Pablo allí donde afirma que cuando el carismático reza en glosolalia su espíritu (πνεῦμα) reza, pero su mente (νοῦς) permanece sin fruto (ibíd., 14), lo cual demuestra que el glosolalo hablaba sin sentido, esto es, bajo el impulso del carisma, y mientras tanto su mente, es decir, su facultad intelectiva. permanecía puramente pasiva y sin fruto espiritual, porque al cesar este impulso carismático su mente no conservaba ningún conocimiento neto y preciso. Sin embargo, perduraba una impresión general, y la mente del glosolalo, aun después de la manifestación carismática, quedaba rodeada de una niebla luminosa que le infundía deliciosas sensaciones, a las que alude Pablo cuando dice que *el que habla en lenguas se edifica a sí mismo (I Cor.,* 14, 4).

Mas la oración litúrgica de los primitivos cristianos tenía carácter eminentemente colectivo, no individual, y por este motivo Pablo quiere que el carisma aproveche a toda la asamblea, no sólo al glosolalo. Por esto impone que, después de que éste haya hablado, el que tenga el carisma de la *interpretación de lenguas,* esto es, el intérprete, traduzca a lengua vulgar el discurso hecho por el glosolalo *(I Cor.,* 14, 5, 27); caso de que falte el intérprete, Pablo ordena que el glosolalo se calle en público *y hable para sí mismo y para Dios* (ibíd., 28), tan sólo para su edificación personal.

222. La sutil embriaguez espiritual que experimentaba el glosolalo al ejercitar su carisma podía provocar abusos, y de hecho los provocó. Algunas veces, en las reuniones cristianas, se ponían a hablar muchos glosolalos, todos a la vez, y como los demás asistentes también sentían la exaltación psíquica de los carismáticos, la sala—como ya oímos a Pablo (§ 220)—parecía una reunión de locos; peor aún: parecía el atrio de uno de tantos templos paganos donde adivinos y hechiceros comunicaban los oráculos de su divinidad, gesticulando furibundos, en estado mántico, transmitiendo su exaltación psíquica a la masa de espectadores.

Ahora bien, esta semejanza—aun cuando superficial—no podía tolerarse, porque *¿qué concordia entre Cristo y Belial?..., ¿qué concierto entre el templo de Dios y los ídolos? (II Cor.,* 6, 15-16). Para hacer cesar este abuso no faltó quien quisiera impedir toda manifestación pública de la glosolalia. Pablo, en cambio, que no es partidario suyo incondicional, ordena: *No estorbéis hablar en lenguas (I Cor.,* 14, 39); y va más lejos afirmando: *Yo veo muy bien que todos vosotros habléis en lenguas* (ibíd., 5), bien entendido con tal de que se observen las normas moderadoras que ha indicado. Las cuales se hallan como resumidas en este pasaje: *Cuando os juntéis tenga cada uno su salmo, tenga su instrucción, tenga su revelación, tenga su discurso en lenguas, tenga su interpretación, pero que todo sea para edificación (colectiva). Si alguno ha de hablar en lenguas, sean dos o, a lo más, tres (hablen) por turno* (ἀνὰ μέρος) *y uno interprete* (ibíd., 26-27).

223. ¿Qué lengua era la que usaban los glosolalos? No lo sabemos; como ignoramos también si era siempre la misma o bien cambiaba cada vez. La hipótesis que Pablo se aplica a sí mismo en cuanto glosolalo: *Si hablando lenguas de hombres y de ángeles*, etc... (*I Cor.*, 13, 1), parece aludir a una categoría de lengua humana y a otra angélica (1).

A una lengua humana, aun cuando bárbara, alude la cita de *Isaías*, 28, 11 y siguientes, que Pablo hace un poco después, donde se trata de la lengua asiria, que Pablo parangona con la lengua del glosolalo (*I Cor.*, 14 21). Parece legítimo concluir de las dos citas de Pablo que la lengua empleada por el glosolalo podía ser a veces un idioma humano, si bien rarísimo y desconocido para los más, por ejemplo un idioma bárbaro de Germania o de Britania; en tal caso, si hubiese estado presente un nativo de aquel país, hubiera comprendido al glosolalo sin la intervención del intérprete. Si además, en otras ocasiones, se trataba de un idioma arcano, conocido tan sólo por vía carismática, esto no podemos saberlo. Nos faltan elementos de juicio.

224. ¿Cuánto tiempo duraron los carismas? Hemos dicho que Pablo es quien habla más largamente de ellos, pero no es el único; después de él, otros escritores cristianos señalan el fenómeno como existente aún en su tiempo, y ocasionalmente ya hemos aducido algunos testimonios.

Nos encontramos, no obstante, con que algunos carismas no se mencionan ya después del tiempo apostólico, ciertamente porque se habían agotado del todo o, al menos, se habían hecho rarísimos; otros, en cambio, parecen aún corrientes a fines del siglo I y durante el siglo II; en cambio, a principio del siglo III no quedan de ellos más que *vestigios* (ἴχνη) como dice Orígenes (*Contra Cels.*, 1, 46; II, 8, etc.; en Migne, *Patr. Gr.*, II, 7, 5, 808, etc.); pero en el siglo IV los padres hablan de ellos como de hechos antiguos desaparecidos (2).

A fines del siglo I la *Didaché* atestigua claramente tres carismas: el del apostolado (XI, 3, 4, 6), el del doctor (XIII, 2; VI, 1-2) y, sobre todo, el del profeta (X, 7; XI, 3, 7-11; XIII, 3-4, 6; XV, 1-2). En el siglo II, mientras en el epistolario de Ignacio de Antioquía, ni en el epistolario de Policarpo se halla nada seguro, la presencia del doctor se

---

(1) Según las leyendas rabínicas, las lenguas humanas eran setenta, porque otras tantas eran las naciones del mundo (cf.: *Génesis*, 10); cuando se anunció la Ley del Sinaí, cada frase salida de la boca de Dios se dividía en setenta lenguas (Talmud babli, *Shabbath*, 88, b), y también Moisés expuso la Ley en setenta lenguas (*Genes Rabba*, XLIX, 2). Estas setenta lenguas le fueron enseñadas a José hebreo por el ángel Gabriel, que las sabe todas; pero los demás ángeles tan sólo saben hebreo (*Sotah*, 33, a); 36 b); por esto hay que rezar en hebreo si se quiere que los ángeles transporten la oración ante el trono de Dios.

(2) Dentro de nuestro tema no entran fenómenos semejantes a éstos que se hallan en corrientes heréticas del cristianismo, en el Montañismo antiguo, entre los Camisardos, Irvingios, Jansenistas, y hasta en los modernos Pentecostales, y menos podemos acuparnos de las religiones no cristianas; para todo esto, cf.: E. Lombardo: *De la glossolalie chèz les premiers chrétiens et des phénomènes similaires*, Lausanne, 1910; E. Mosiman: *Das Zungereden geschichtlich und psychologist untersucht*, Tübingen 1911.

confirma varias veces en otros lugares (1); vagamente se alude a veces a los carismas del discernimiento de espíritus, de las curaciones y a algún otro: la glosolalia parece atestiguada en las palabras de Irineo: *Oímos a muchos hermanos en la iglesia que tienen carismas proféticos, que hablan lenguas de toda especie mediante el espíritu* (2).

225. Por lo demás, era regular que los carismas declinaran y se extinguieran en menos de dos siglos; su propio fin implicaba esta cesación, tanto que ya Pablo la había previsto. Predijo que llegaría un día en el cual en las asambleas cristianas nadie hablaría ya en profecía, ni por géneros de lengua, ni por ciencia carismática *(I Cor.*, 13, 8). En efecto, todas estas cosas eran necesarias y oportunas mientras el cristianismo fué un tiernísimo germen, que necesitaba para nutrirse álbumen de reserva (§ 211); los fieles, en aquellos primeros tiempos, eran como niños, y *cuando yo era niño hablaba como niño, pensaba como niño, razonaba como niño; cuando llegué a ser hombre dejé como inútiles las cosas de niño (I Cor.*, 13, 11). En estos dos siglos el cristianismo se había convertido en un árbol bien arraigado, que con sus amplias raíces se procuraba un nutrimento sustancioso; sus secuaces se habían hecho hombres maduros y, dejando de balbucear, hablaban un armonioso idioma.

¿Qué alimento? ¿Qué idioma? Aquel que Pablo había situado en el vértice de la pirámide de carismas, como su coronación y su último fin: la caridad.

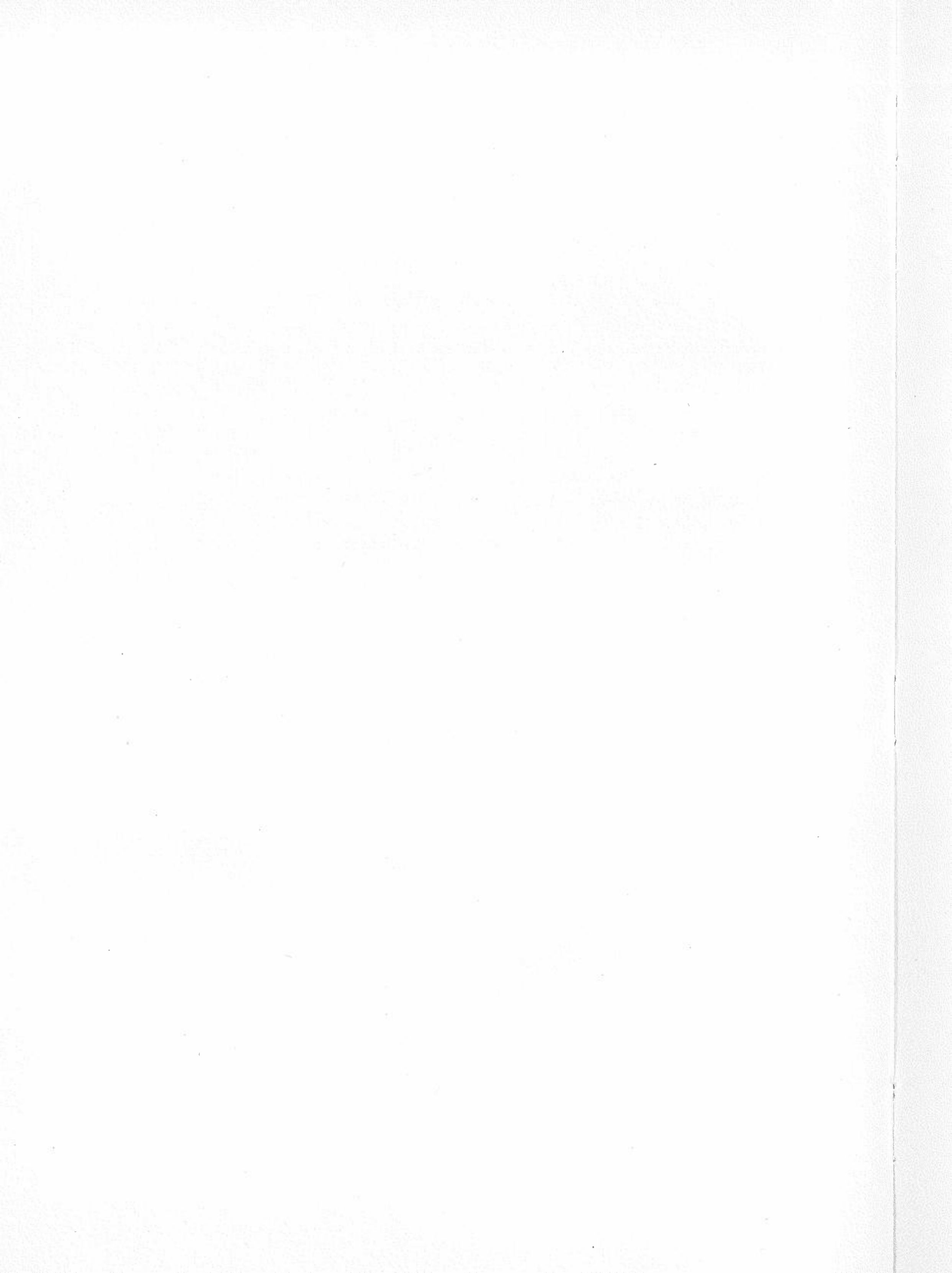
Si poseo, dice, todos los carismas y los poseo de modo excelente, *si no tengo la caridad, nada me aprovecha (I Cor.*, 13, 1-3). Además,, aun cuando casi todos los carismas hayan pasado, *la caridad no pasa jamás* (ibíd., 8).

---

(1) *Epíst. de Bernabé,* XVI, 9; Erma: *Pastore, Vision,* III, 5, 1; *Mandat,* XI, 7 siguientes, etc.

(2) Πολλῶν ἀκούομεν ἀδελφῶν ἐν τῇ ἐκκλησίᾳ, μροφητικὰ χαρίσματα ἐχόντων, καὶ παντοδαπα λαλούντων διά τοῦ Πνεύματος γλώσσαις (*Adv. Haer.*, V, 6, 1.)

BIOGRAFIA



NACIMIENTO Y PRIMERA JUVENTUD

226. *Yo soy judío, nacido en Tarso de Cilicia (Act.,* 22, 3). Con estas palabras se presenta Pablo a la multitud de judíos que en Jerusalén se alzaba en contra suya, mas son palabras que parecen presentarle al mundo entero. Aun cuando judío, Pablo nació fuera de Palestina, la tierra sagrada del judaísmo. Nació entre paganos, en la ciudad cosmopolita de Tarso (§ 1 y siguientes), vástago de una de aquellas células nacionales que la Diáspora había diseminado por casi todo el mundo. Allí vió la luz entre los años 1 y 5 de la era cristiana, durante los años en que Jesús vivía en Nazareth, como un niño desconocido de unos tres a ocho años (§ 146).

En contra del nacimiento de Pablo en Tarso, absolutamente seguro por lo demás (cf. *Act.,* 21, 39; 9, 11), está la afirmación de Jerónimo que dice nació en un pueblecito *de Judea, Giscala,* de donde emigró a Tarso con los suyos cuando los romanos conquistaron el pueblo; hay que señalar que Jerónimo comunica dos veces esta noticia, primero con desconfianza, considerándola una *fábula* (1). Más tarde, en cambio, sin manifestar dudas con respecto a ella (2). Pero la noticia, además de contradecir el testimonio de Pablo, tropieza con dificultades geográficas y cronológicas. Giscala era una gran aldea, no *de Judea,* sino de Galilea septentrional, de la que habla a menudo Flavio Josefo, porque era de Giscala aquel Juan que fué uno de los cabecillas principales en la insurrección antirromana de los años 66-70. Además esta Giscala la conquistó Tito en el año 67 *(Guerra de Judea,* IV, 84 y siguientes). esto es, cuando ya había muerto Pablo o estaba a punto de morir.

Sin embargo, puede suceder que la noticia contenga un poquito de verdad, con tal de que se refiera a tiempos anteriores al nacimiento de Pablo; es posible, por ejemplo, que el padre de Pablo fuera hecho esclavo por los romanos cuando Quinto Valerio (el que más tarde hizo la delicia de los alemanes muriendo en Teutoburgo) devastó, en el año 4 antes de Cristo, gran parte de Galilea, si bien en tal ocasión no

(1) *Talem fabulam accepimus: Aiunt parentes apostoli Pauli regione fuisse Judaeae; et eos, cum tota provincia romana vastaretur manu et dispergerentur in orbem Judaei, in Tarsum urbem Ciliciae fuisse translatos: parentum conditionem adulescentulum Paulum secutum;* así en el *Comm. in ep. ad Philem.* (en Migne: *Patr. Lat.,* 23, 615 al 643), que fué escrito poco antes del año 389.

(2) *De viris illustr.,* 5 (en Migne: *Patr. Lat.,* 23, 615 al 646), que es del año 392.

se menciona Giscala (*Guerra de Judea*, II, 66 y siguientes; *Antig. Judías*, XVII, 286 y siguientes). También es posible que emigrara de Giscala el abuelo de Pablo, no porque fuera hecho esclavo, sino libremente, por razones comerciales, como hacían muchos judíos de Palestina. Admitido esto, se podría explicar cómo es posible que Pablo, desde su nacimiento, gozara de la ciudadanía romana (§ 229) (1).

227. Aun cuando fuera de la tierra de los antepasados, la familia de Pablo conservó un gran apego a la propia ascendencia nacional y tribal, rasgo característico de los semitas (2), de manera que él podía precisar que era *de la raza de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo, hijo de hebreo* (*Filip.*, 3, 5). Su tribu era, pues, la pequeña y turbulenta tribu de Benjamín, que había dado el primer rey a la nación: Saúl. Y los padres de Pablo, que, fieles observantes de las prescripciones religiosas circuncidaron al niño en el octavo día (ibíd.), le impusieron en tal ocasión precisamente el nombre de Saúl (hebr., *Sha'ul*), que significa «*pedido* (a Dios)».

Si Pablo se enorgullece de ser *hebreo, hijo de hebreos,* después de haber recordado su ascendencia, Israel y Benjamín, lo hace, sin duda, para distinguirse de los «prosélitos» del hebraísmo; pero, al mismo tiempo, tal vez quiere aludir al espíritu de estrecha ortodoxia que rigió en su familia y en el que fué educado. Aun viviendo en tierra extranjera y entre idólatras, la llama de la fe nacional religiosa jamás se apagó en el seno de aquella familia, cuyos miembros continuaron siendo *hebreos de hebreos,* tanto en los sentimientos íntimos como en las acciones exteriores; así, y precisamente para mantener cada vez más viva aquella llama, enviarán más tarde al niño a que estudie en Jerusalén.

228. Además del nombre hebreo Saúl, el niño tuvo el romano de Pablo. Este nombre extranjero no demuestra, sin más, que sus padres tuvieran inclinación hacia las costumbres grecorromanas; el uso de nombres dobles era muy frecuente entonces entre los judíos, tanto de Palestina cuanto de la Diáspora, y convenía, sobre todo, con vistas a las relaciones con los griegos y los romanos, que estropeaban con su mala pronunciación los nombres semitas; por ello, entre los nombres extranjeros se procuraba escoger alguno que tuviera cierta semejanza de sonido con el nombre hebreo. Así, ya en el período de los Macabeos, el sumo sacerdote Jesús cambió su nombre por el de Jason (*Jeshu'a*: Ἰάσων), y poco después el otro sumo sacerdote Eliacim cambió el suyo en Alcim ('Eljaqim: Ἄλκιμος) (3). Por lo demás, el nombre adjunto podía tener un sonido completamente distinto, como en la dinastía de los Asmoneos encontramos a los reinantes Alejandro Janeo (Jonatham),

(1) Focio repite que la familia de Pablo procedía de Giscala (*Ad Amphiloch*, 116, en Migne: *Patr. Gr.*, 101, 687), lo cual no se sabe de dónde lo ha sacado. Sin embargo, hace nacer a Pablo en Tarso; sus padres habrían sido hecho esclavos durante una *guerra romana*.

(2) Cf.: *Vida de Jesucristo*, § 240.

(3) Estos dos sacerdotes eran favorables al helenismo y, por tanto, adversos al movimiento nacionalreligioso de los Macabeos; pero el propio Judas Macabeo envió a Roma, como embajadores, a dos fieles partidarios suyos, los cuales, sin embargo, tenían nombres helenistas o helenizados: Eupolemos y Jason (*I Mac.*, 8, 17).

Alejandro Salomé, y en el Nuevo Testamento encontramos a Juan Marcos, autor del II evangelio, y Jesús Justo *(Colos.,* 4, 11); esta costumbre la atestiguan más tarde, en el judaísmo antiguo de Roma, las inscripciones de las catacumbas (1). Al niño nacido en Tarso se le impuso un segundo nombre, que era un vocablo latino que tenía cierta asonancia con el hebreo: *Shaul, Paúl.*

Los documentos llaman al apóstol Pablo, por vez primera después de su encuentro con el procónsul Sergio Pablo, durante su primer viaje misional, *Saulo, también llamado Pablo* (*Act.,* 13, 9). Lo cual no significa que adoptó este nombre a consecuencia del encuentro, sino que es una gentileza del autor de los *Hechos,* que ha llamado al apóstol con su nombre hebreo, mientras ha actuado en el mundo hebreo, y empieza ahora a llamarse por su otro nombre, más a tono con el mundo grecorromano en que acaba de entrar; ésta es la opinión ya sostenida por Orígenes (2), con perfecto sentido histórico, sobre otras opiniones antiguas sugeridas por analogías infundadas o arbitrarias derivaciones.

229. No nos han llegado más noticias seguras acerca de la familia de Pablo, salvo el dato ocasional *(Act.,* 23, 16) de que tenía una hermana casada y un hijo de ésta se encontraba en Jerusalén en el año 58 y pudo hacer un gran servicio a su tío (§ 553); pero no se sabe ni la edad de este sobrino ni si se hallaba allí ocasionalmente o estaba establecido para estudiar o para otra cosa, como ya había hecho su tío, ni si su madre estaba entonces en Jerusalén o en otro lugar.

Pablo poseyó desde su nacimiento la ciudadanía romana *(Act.,* 22, 28), que debía proceder de su padre; no sabemos cómo éste la había conseguido, a su vez. Si es cierta la noticia de la emigración del padre o de otro antepasado de Pablo de Giscala a Tarso (§ 226), puede suponerse que uno de ellos la obtuvo por derecho de liberación o de compra. Aquel *hebreo de hebreo* que desde la infancia podía enorgullecerse de su ciudadanía, ciertamente no podía entonces imaginar qué útil iba a serle en su edad madura poder decir *Civis Romanus sum.*

La educación del niño Pablo fué de acuerdo con el espíritu de la familia; dice ser *fariseo, hijo de fariseos (Act.,* 23, 6; *Filip.,* 3, 5), y recuerda haberse señalado como fiel custodio de las tradiciones paternas *(Gal.,* 1, 14; cf. *Act.,* 22, 3). Esto basta para hacernos concluir que su educación fué guiada por las rígidas normas de observancia, no sólo de la ley hebrea escrita, sino también de la «tradición» oral rabínica (§ 76). Por esto el pequeño Pablo a los cinco años, sin duda, empezó a aprender las letras del alefato y a deletrear las primeras palabras sobre una Biblia hebrea (§ 78); poco a poco fué encarriado en la práctica de las observancias legales, y por esto—como Jesús niño estaba haciendo al mismo tiempo en Nazareth (3)—empezaría a recitar la primera ora-

---

(1) Según el cómputo de J. B. Frey: *Corpus Inscriptionum Judaicarum,* I, Citta del Vaticano, 1936, p. LXVI-LXVIII, más de la mitad de los judíos mencionados en las inscripciones de las catacumbas de Roma llevan un *nomen* y un *cognomen* latino, casi dos quintos un nombre griero y sólo la séptima parte lleva un único nombre hebreo o arameo.

(2) *Comment. epist. ad Rom. Praefatio*; en Migne: *Patr. Gr.,* 14, 837.

(3) Cf.: *Vida de Jesucristo,* § 263.

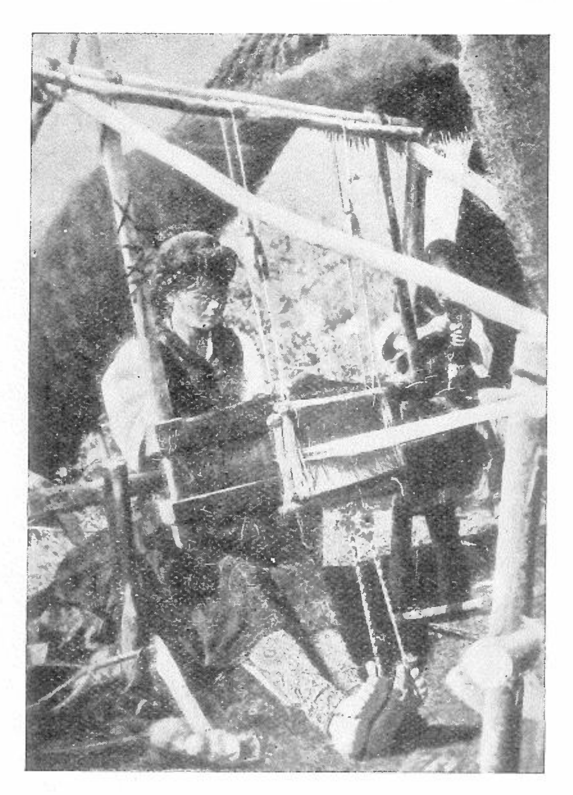


Fig. 50.—TELAR DE TIPO ANTIGUO USADO TODAVIA EN ASIA MENOR

ción fundamental, el *Shema'*, asistiría a la sinagoga el sábado y guardaría las demás prescripciones rabínicas.

230. Además de esta cultura espiritual, tuvo que aprender un trabajo manual. Era regla fundamental *que el hombre está obligado a enseñar a su hijo un oficio*; *quien no enseña a su hijo un oficio, le enseña a ser ladrón* (Tosefta: *Quiddushin,* I, 11); porque si se podía prever que, inteligente como era el pequeño Pablo, llegaría a ser un día rabino célebre, el oficio manual no sólo no obstaculizaría su carrera, sino, antes bien, la favorecería y ornaría, y, en realidad, los más famosos maestros de la ley practicaban un oficio manual junto a la enseñanza (1), tanto que más tarde se codificó el aforismo *Rabban Gamaliel* (2), *hijo de Judá ha Nasi dice*: *Es bello el estudio de la Ley unido a un oficio usual, porque el ocuparse de ambas cosas hace olvidar el pecado. Todo estudio de la Ley que no vaya unido a un trabajo manual resulta vano y es un incentivo para el pecado* (*Aboth,* II, 2).

El oficio que le enseñaron a Pablo fué el más corriente en la región: el oficio de «fabricante de tiendas» (σκηνοποιοί; *Act.*, 18, 3). En Cilicia se criaban muchos rebaños de cabras montañesas con pelo duro e hirsuto; con estos pelos se confeccionaban tejidos tiesos y recios, y precisamente por eso servían muy bien para las tiendas de campaña y para mantas; estos toscos tejidos se llamaban *cilicii* o *cilizii,* por el nombre de la región de donde procedían. Algunos escritores antiguos sostienen, en cambio, que el oficio de Pablo era el de «curtidor», y consistía en preparar las pieles que recubren las tiendas.

El oficio que Pablo aprendió de niño fué para él una especie de ciudadanía humana, que, juntamente con la ciudadanía romana, le asistió durante toda su vida; aun en medio de mil ocupaciones y preocu-

(1) Cf.: *Vida de Jesucristo*, § 167.

(2) La paternidad demuestra que no es Gamaliel el maestro de Pablo, sino Gamaliel III, posterior en dos siglos. Su padre, Juda ha-Nasi, es el codificador de la Mishna (§ 78).

paciones de apostolado cristiano, siempre se ganó el pan ejerciendo su oficio para no ser una carga sobre sus fieles, y le gustaba mucho enseñar sus manos encallecidas por el telar, diciendo: *A mis necesidades y a los que me acompañan han suministrado estas manos* (*Act.*, 20, 34; cf. *I Cor.*, 4, 12; *I Tes.*, 2, 9; *II Tes.*, 3, 8).

231. Después de las observaciones hechas, no hace falta añadir que el ejercicio de un oficio manual no significa que la familia de Pablo tuviera una posición económica mala. Es más, el hecho de que fuera enviado a Jerusalén para estudiar induce a suponer una situación si no opulenta, al menos desahogada, porque el sostenimiento de un hijo en un lugar tan lejano requería considerables gastos, los cuales, por otra parte, no podrían haber soportado la mayoría de los judíos de la Diáspora, por muy piadosos y fieles que fueran. Se puede conjeturar, sin pruebas explícitas, pero con toda verosimilitud, que el bienestar de la familia de Pablo procedía de una fábrica de tejidos cilicios que tenía el padre, y que dirigía y administraba magníficamente él mismo.

El primer pedagogo y maestro de Pablo debió ser su padre, que por la noche, terminados los negocios, enseñaría a su hijo las primeras letras del alefato sagrado y le contaría, adaptados a su mentalidd infantil, los hechos más salientes de la Historia sagrada. Al mismo tiempo, el niño asistiría a la escuela elemental para niños judíos, que estaba aneja—como de costumbre (1)—a la sinagoga del barrio, y a donde le acompañaría, una y otra vez, un siervo de su padre que hacía las veces de pedagogo. Cuando más tarde Pablo escriba a los gálatas (3, 24) que la ley hebrea había sido un pedagogo con respecto a Cristo, tal vez pensaba en el viejo servidor suyo. Y cuando escribe a los corintios (*I Cor.*, 4, 15) que es para ellos un padre y no un pedagogo, tal vez lo hizo recordando la profunda diferencia que, aun siendo niño entonces, había notado entre las maneras de su padre y las del siervo.

232. Cuando fué mayorcito, Pablo tuvo la posibilidad de frecuentar también las escuelas griegas, tan numerosas en Tarso (§ 4); pero no se dice que de hecho las haya frecuentado, ni los sentimientos de su padre inducen a suponer que las frecuentase. Los fariseos estaban todos de acuerdo en desconfiar de la cultura griega. Un rabino sentenció enérgicamente: *Maldito el hombre que cría puercos y maldito quien enseña a su hijo la sabiduría griega* (*Baba qamma*, 82 b Bar). Otro preguntó una vez si podía estudiar la sabiduría griega, puesto que ya había estudiado toda la ley hebrea, pero como contestación le citaron el versículo (*Josué*, I, 8): *Que ese libro de la Ley no se aparte nunca de tu boca, tenlo presente día y noche;* de donde se sacó la conclusión que le aplicaron a él: *Vete y busca qué hora no sea ni día ni noche, y conságrala al estudio de la cultura griega* (*Menahoth*, 99, b). El padre de Pablo, fariseo rígido, debía pensar como estos rabinos, y, por consiguiente, el nombre de su hijo no debió figurar nunca en los libros de las escuelas paganas de Tarso.

---

(1) Cf.: *Vida de Jesucristo*, § 63-64; 314.

Sin embargo, muchos eruditos modernos suponen que Pablo, de niño, frecuentó estas escuelas. Las pruebas que dan son que sabe escribir bien el griego, que cita autores clásicos y que se muestra versado en las costumbres griegas. Es demasiado poco; ¿cuántas cosas no podía aprender un chico inteligente y despierto aun sin acudir a la escuela, especialmente en una ciudad cosmopolita y culta como era Tarso? Como tantos chicos de hoy en Oriente que hablan con toda corrección dos o tres lenguas aprendidas en el uso cotidiano, así Pablo aprendió en la práctica el arameo, en su casa, y el griego, sea en su casa, sea fuera de ella en toda la ciudad, y quien habla y escribe una lengua desde niño puede incluso escribirla con cierta gracia literaria.

Sus citas de autores clásicos son, en total, tres, y se reducen a bien poca cosa: una es un hemistiquio de su contemporáneo Arato, *Fenomeni,* 5 (pero que se encuentra casi íntegramente en el himno de Cleantes a Júpiter, 5), y dice: «*Porque somos linaje suyo*» (de Júpiter) *(Act,* 17, 28); otra es un verso que procede del *Taide,* de Menandro: «*Las conversaciones malas estragan las buenas costumbres*» *(I Cor.,* 17, 33); la tercera procede de los *Oráculos,* de Epiménides: «*Los cretenses siempre embusteros, bestias malas y glotones*» *(Tito,* 1, 12). Ahora bien, este género de aforismos no son, ciertamente, citas eruditas, sino dichos comunes de tipo proverbial, que se podían aprender en conversaciones privadas oídas al azar, sin que fuera necesario haberlos aprendido en una escuela de muchachos.

Mucho menos probatorias son las alusiones que hace Pablo a las costumbres griegas respecto a las armas, juegos atléticos, etc., que se explican muy bien por el interés que pone cualquier chico inteligente en todo aquello que ve o escucha en una gran ciudad.

233. Por el contrario, Pablo se muestra por completo ajeno a la valoración reflexiva y consciente de las bellezas naturales y artísticas. Recorre mares, y tierras, y países, asistiendo, sin duda, a espectáculos magníficos de la Naturaleza; visita ciudades griegas que son tesoros de la estética antigua, en donde a cada paso hay obras maestras de fama mundial; viene a Occidente, en donde penetra en un mundo muy diverso del que ha visto hasta entonces, y totalmente dominado por la idea del *imperium militare.* Pues bien: ante todos estos espectáculos no parece que se conmueva lo más mínimo, y jamás sale de su pluma una breve descripción—incluso con fines metafóricos—de una cadena montañosa, de un golfo sereno, de una estatua, de un cuadro, de un edificio solemne, de un ejército dispuesto para la batalla. Y, sin embargo, cuántas veces en las escuelas griegas no se habrán ejercitado los chicos escribiendo sobre estas cosas. Si, hombre maduro, Pablo es inaccesible a ellas, es inevitable sospechar que a tal inaccesibilidad habrá contribuído—entre otras cosas—la falta de un ejercicio literario metódico, siendo muchacho. No es más que un indicio, pero concuerda plenamente con las demás consideraciones, según las cuales Pablo no frecuentó escuelas paganas griegas.

En materias profanas, la escuela fué la vida cotidiana. Cuando describe minuciosamente la armadura de un soldado (que puede ser cual-

quier legionario romano o el pretoriano que entonces le custodiaba en Roma), y recuerda su cinturón, su coraza, su calzado, su escudo, su yelmo y su espada (*Ef.*, 6, 14-17; cf. *I Tes.*, 5, 8), depende, en parte, de modelos hebreos anteriores (cf. *Isaías*, 11, 5; 59, 17; *Sabiduría*, 5, 18 y siguientes) y en parte de lo que él mismo conocía desde sus primeros años. ¿Nunca habrá jugado Pablo de niño a la guerra con sus compañeros y no se habrá vestido nunca de legionario con yelmo de papel y espada de madera para dar más realidad al juego? Cuando habla de los atletas que participan en las competiciones en el estadio, recordando su penoso entrenamiento (*I Cor.*, 9, 24-27; cf. *Fil.*, 3, 14; *II Tim.*, 4, 7-8), refiere recuerdos personales. ¿Es que nunca de niño habrá asistido, con autorización de su padre, a competiciones atléticas en el estadio de Tarso, o si el austero progenitor se lo prohibía siempre no habrá escuchado atentamente las descripciones hechas por sus compañeros? Y cuando habla de *thèatron*, esto es, del «espectáculo» (*I Cor.*, 4, 9), que se está desarrollando ante el mundo y ante los ángeles, ¿no evoca igualmente viejos recuerdos?

234. Estando alguna vez en una tienda, tal vez en la que trabajaba su padre, habrá visto también algún cliente que venía a pagar sus deudas. Cuando las monedas debidas se alineaban ordenadamente en la mesa, habrá visto cómo el acreedor buscaba rápidamente entre un monte de hojas sueltas, y sacando una de ellas, la mostraba al cliente e inmediatamente la sellaba a sus ojos: era el *chirografo*, esto es, la escritura original en que el cliente se declaraba deudor de la suma. pero que ya no servía, porque la suma se había hecho efectiva. La costumbre le servirá más tarde para significar la extinción de una deuda inmensamente más grave. (*Colos.*, 2, 14.)

Circulando por el ágora habrá asistido a veces al rescate de un esclavo. Ante el juez comparecían el esclavo, que había logrado reunir la suma necesaria para rescatarse, y su dueño. El esclavo entregaba la suma al juez, y el juez la daba al dueño; éste declaraba entonces no tener derecho alguno sobre el esclavo, y el juez declaraba que el esclavo se había convertido en hombre libre. La ceremonia del rescate, o redención (ἀπολύτρωσις), había terminado; pero su recuerdo, muy grabado en la mente del niño Pablo, serviría un día para representar un rescate o redención infinitamente más alta. (*Rom.*, 3, 24; *Colos.*, I, 14; *Efe.*, 1, 7.)

235. También en el campo de las ideas, algunas primeras impresiones pueden referirse al tiempo de la escuela en Tarso. Circulando por el ágora y por las calles, el niño Pablo se habrá detenido más de una vez, curioso, para escuchar a un plácido filósofo epicúreo que repartía felicidad humana entre la muchedumbre de su auditorio, o bien a un agudo estoico que avanzaba en su «diatriba» (§ 54), y su mente inexperta poco o nada habría captado de aquellas construcciones lógicas; pero conservaría un vago recuerdo, y cuando más tarde el hombre experto se vuelva a encontrar con filósofos epicúreos y estoicos en el

ágora de Atenas, y discuta con ellos (*Act.*, 17, 17-18), renacerá en su mente el antiguo recuerdo.

Tal vez, una noche de primavera, el niño Pablo se habrá despertado de pronto a los gritos frenéticos y las voces ensordecedoras procedentes de un edificio próximo a su casa; a la mañana siguiente habrá preguntado a su padre la razón del alboroto nocturno, y la contestación habrá sido una evasiva con alguna sorda maldición para aquellos «perros» idólatras. Pero, naturalmente, Pablo no se queda satisfecho. Al salir de casa pregunta a unos y a otros, hasta que se encuentra con un compañero de juegos, hijo de un sacerdote pagano, que le explica con todo sigilo el suceso: en aquel edificio, la noche pasada, se ha desarrollado un rito de iniciación en el «misterio» de Dionisio (§ 71); los aullidos salían del pecho de los iniciados, que comieron el alimento del misterio y quedaron penetrados del espíritu del dios, realizando la unión con la divinidad y logrando la propia salvación. ¿Misterio? ¿Unión con la divinidad? ¿Salvación? ¿Qué significan todas estas palabras? El niño Pablo no comprende nada, y satisfecha de momento su curiosidad, no piensa más sobre esas cosas. Sin embargo, no las olvidará. De joven querrá informarse con exactitud de su significado; más tarde aún, cuando en su taller de tejedor dicte nerviosamente las cartas, y cree la primera terminología teológica del cristianismo (§ 185), recordará en su mente aquellas palabras para desmentir por completo su significación.

236. Hacia los trece años, Pablo tendría ya una cierta formación, y era preciso decidir acerca de su vida. Despierto de inteligencia, y sinceramente unido al patrimonio espiritual de la familia, podía aprovechar muchísimo si su labor inmediata se concentrara por completo en torno a aquel patrimonio. El patrimonio material de casa era más que suficiente y, además, Pablo podría vigilarlo continuando en todo caso el negocio del padre. Pero el patrimonio moral no era nunca suficiente; es más, quien sintiera íntimamente el honor de ser descendiente de Abraham e hijo de la Ley divina, tenía siempre que aumentarlo. Si aquel muchacho hubiera llegado a ser un día doctor de la Ley, uno de aquellos solemnes «maestros de Israel» ante quienes se inclinaba reverente la nación entera, ¡qué honor para la familia, y qué orgullo para su padre! Ni un rey ni un sumo sacerdote habrían honrado tanto la casa como un doctor de la Ley, *porque la realeza exige 30 requisitos, y el sacerdocio, 24, mientras que la Ley se consigue con 48* (*Aboth*, VI, 6). ¿Mas cómo conseguir tan gran honor? El muchacho, aun cuando de buenas disposiciones, no habría podido procurarse en Tarso los 48 requisitos, porque faltaban las escuelas de la Ley. Los miembros más doctos del judaísmo de Tarso tal vez habrían podido enseñarle alguna cosa más, diez o veinte requisitos como máximo; pero no 48. De manera que tras el progreso parcial se habría vuelto a plantear la cuestión. No. Era mejor resolverla radicalmente desde el principio, encarrilando al muchacho por una vía que le condujese hasta el fin. En tal caso no quedaba más que Jerusalén.

El padre pensó en ello largamente; después, una noche, llama aparte a Pablo, le pregunta si le gustaría ir a estudiar a Jerusalén. El muchacho contesta aceptando con alegría.

Poco después sale de Tarso para la Ciudad santa. Tendría unos catorce años; eran los años 13 a 18 de la era cristiana.

237. Pablo se presentó en Jerusalén en la escuela de Rabban Gamaliel el Viejo (§ 75). La preparación del nuevo discípulo se podía calificar de buena, incluso era óptima. En cuanto a la Ley escrita—base fundamental de toda la enseñanza (78)—, Pablo debía estar muy avanzado en el conocimiento de la Biblia, tanto en su texto original hebreo como en el griego de la versión de los Setenta. En una familia observante como la suya, la Biblia era la enciclopedia espiritual de los niños, prácticamente el libro único, y a fuerza de leerlo y de repetirlo se aprendían de memoria muchos pasajes. En cuanto a la Ley oral o «tradición» (§ 76), la preparación de Pablo no estaba ciertamente tan avanzada: conocía la *halakah* a través de la observancia práctica de la familia, y la *haggadah* a través de las conversaciones sostenidas en familia, y de los sermones homiléticos escuchados en la sinagoga; pero no mucho más, y por eso en este campo estaba todo por hacer. Pero aparte de la preparación cultural, las disposiciones espirituales del nuevo discípulo eran excelentes; había llegado a Jerusalén como un ciervo sediento a la fuente, pues no deseaba nada mejor sino desalterarse en la fuente pura de la sabiduría de Israel, asimilando las enseñanzas que le inculcase un maestro.

El método ordinario de las lecciones académicas las hacía empezar proponiendo un pasaje de la Biblia. El Rabí lo leía en el texto hebreo, después lo traducía en la lengua usual, arameo, y lo ilustraba recordando las diversas interpretaciones de los Rabinos precedentes, o aproximándolo, eventualmente, a elementos de la *haggadah*; finalmente, comenzaba la discusión entre los estudiantes, dirigida por el Rabí, que tendía a sacar del pasaje determinado precepto de la *halakah.* El precepto y el «caso» práctico eran el fin y el propósito de toda la lección, que, naturalmente, se desarrollaba según las reglas exegéticas que ya hemos visto (§ 76 sigs.).

El resultado directo de tales lecciones para los estudiantes era un dominio cada vez mayor de la Biblia, y un avance continuo en el conocimiento de la «tradición», tanto *halakica* como *haggadica,* y Pablo, aun después de su paso al cristianismo, se resentirá de esta formación escolar.

238. La Biblia aparece en sus escritos como elemento esencialísimo. En la historia de la literatura cristiana hay que ascender tres siglos para hallar un escritor que dependa tanto de la Biblia como Pablo, y se encuentra en el semita Afraates, el «Sabio Persiano», que había recibido también él una formación esencialmente bíblica. En sus cartas, Pablo cita la Biblia más de ochenta veces, y otras tantas o más son las reminiscencias bíblicas que se hallan en él. Muy raras veces cita el texto hebreo, tal vez sólo un par de veces; generalmente cita el texto griego de los Setenta, que era la versión usual entre los judíos de la Diáspora.

A veces parece que depende de otra versión griega afín a la de Aquila

Sabiéndose la Biblia de memoria cita generalmente de memoria; las diferencias mayores o menores en cuanto a la exactitud verbal que aparecen en sus citas, demuestran que cuidaba más el concepto citado que la materialidad de la letra; como, además, por otra parte, cita para demostrar algo, a veces arregla ligeramente sus citaciones para que la demostración resulte más clara, o bien funde varios conceptos diversos, sacados de diversos pasajes bíblicos (1).

239. Bajo el aspecto dialéctico, el empleo que hace Pablo de la Biblia es análogo al que hacían los rabinos de los relatos históricos de la Biblia o de la *haggadah* (§ 77, nota última). Además del sentido «sencillo» o literal, extrae de algunos hechos referidos por la Biblia también el sentido espiritual más elevado y recóndito, en cuanto el hecho en sí es la prefiguración de otro hecho; es el sentido que con expresión de Pablo puede llamarse «tipológico». Así, Adán es *tipo* (τύπος) *del futuro* Cristo (*Rom.*, 5, 14; cf.: *I Cor.*, 15, 21-22, 45, 49); análogamente las ceremonias y las instituciones del Antiguo Testamento son *sombra de lo futuro, cuya realidad es Cristo.* La realidad que proyecta esa sombra es el Nuevo Testamento (*Col.* 2, 17). Y cuanto les sucedió a los hebreos en el paso del Mar Rojo y en el desierto son *tipos* (*I Cor.*, 10, 6) sucedidos *típicamente* (ibíd., 11) y que hay que referir a Cristo (ibíd., 4, 9); análogamente sucede en otros casos.

240. Otras veces, Pablo emplea la Biblia sólo en la materialidad de sus palabras, pero no en su sentido verdadero: era el empleo «acomodaticio» de los oradores sinagogales homiléticos, que se servían de citaciones bíblicas con fines edificantes, pero no propiamente exegéticos. Un ejemplo clarísimo es aquel en el que (*Rom.*, 10, 18) Pablo emplea, sin citarlo expresamente, el pasaje del salmo (19, Vul., 18, 5): *Su pregón sale por la tierra toda,* etc. El salmo poético alude a la armonía cósmica de los cielos, que se derrama sobre la tierra, mientras Pablo «acomoda» la cita para aludir al mensaje evangélico que se difunde por el género humano. Algunas acomodaciones son más complicadas, y emplean no simples palabras, sino hechos de la Biblia, como sucede generalmente en los *Midrashim* homiléticos judíos. De este género son el caso de la recogida del maná traído a colación a propósito de la recogida de limosnas entre los corintios (*II Cor.*, 8, 15; cf. *Exodo*, 34, 33-35). Complicadísimo es el paralelo entre la Justicia de la Ley judía y la Justicia de la fe cristiana, en el que la segunda, personificada, pronuncia en propio nombre sentencias bíblicas que, además de hallarse modificadas, parece que debieran ser atribuídas a la primera (*Rom.*, 10, 5-9; cf. *Deut.*, 30, 11-14). No podrá hacerse la interpretación recta de estos pasajes y otros semejantes de Pablo sino teniendo en cuenta el empleo particular que una y otra vez hace de determinada cita bíblica, y que se halla bajo la influencia de su formación escolar.

---

(1) Para los casos únicos y demás noticias, cf.: F. Prat: *La teologia di San Paolo,* trad. ital. IV rist. Torino 1941, I, p. 396-401.

241. El caso de *II Timoteo,* 3, 8, es instructivo para la dependencia de Pablo, también en cuanto a los hechos históricos, de la tradición judía extraña a la Biblia. Allí nombra a *Jannes y Jambres* (o *Mambres*) como viejos adversarios de Moisés, aludiendo ciertamente a los magos egipcios que combatían a Moisés (*Exodo,* 7, 11-22); pero en la Biblia no aparecen nunca estos dos nombres, como ya había notado Orígenes, mientras aparecen en el Targum (Jonathan, en *Exodo,* 1, 15; 7, 11; *Números,* 22, 22) y en otros escritos judíos. Existía también un escrito apócrifo titulado *Libro* (o *Penitencia*) *de Jannes y Jambres,* que no sólo está citado por Orígenes, por el llamado «Decreto de Gelasio», y por otros documentos cristianos, sino que también parece que lo conocieron autores paganos, como Plinio (*Nat. Hist.,* XXX, 1, 11), Apuleyo (*Apolog.* o *De magia,* c. 90), el neoplatónico Numenio (en Eusebio: *Praep. evang.,* IX, 8; cf. Orígenes: *C. Cels.,* IV, 51), quienes nombran a la vez a Moisés y a sus mencionados adversarios, a los dos o solamente a uno de ellos; es posible que este escrito apócrifo fuera de principios de la era cristiana. Por estas cosas, Orígenes (en Migne: *Ptr. Gr.,* 13, 1637) y el Ambrosiastro (en Migne: *Patr. Lat.,* 17, 521) concluyeron que Pablo, en el pasaje mencionado, citaba un escrito apócrifo, pero esta conclusión no es forzosa y ni siquiera muy probable; es mucho más verosímil que dependa, como el Targum, de la amplia tradición oral de la *haggadah.* Esto lo había dicho ya en el siglo v Teodoreto, suponiendo que Pablo sacó aquellos dos nombres de la doctrina judía no escrita (en Migne: *Patr. Gr.,* 82, 847).

242. En estas ocupaciones intelectuales pasó Pablo el tiempo de su estancia en Jerusalén. No podemos contestar a las preguntas acerca de cuánto tiempo permaneció «a los pies de Gamaliel» ni a dónde fué cuando se marchó de Jerusalén, ni en qué se ocupó entonces. En el campo de las conjeturas puede suponerse que frecuentó las lecciones de Gamaliel durante tres o cuatro años, hasta sus dieciocho años, que era la edad corriente para el matrimonio (§ 150), y entonces volviera a Tarso, ya fuese para cuidarse de los intereses de la familia, ya para iniciar en aquella comunidad judía sus labores como doctor de la Ley recién salido de las escuelas de la Ciudad santa. De todos modos, aun cuando estas conjeturas respondan a la realidad, Pablo se ausentó de Jerusalén más en cuerpo que en espíritu, y aun desde Tarso debió permanecer en estrecha relación con el Sanedrín y con los círculos fariseos cultivados de la capital, porque más tarde volverá a salir a escena como su representante autorizado. Señal, pues, de que durante este tiempo los poderosos de Jerusalén habían seguido, aun cuando de lejos, la carrera de aquel joven, formado y consolidado entre ellos (*Act.,* 22, 3), y como le apreciaron durante el período de su formación, ahora se dirigían a él con encargos de confianza.

243. Cuando llegó a la capital para iniciarse en los estudios, Pablo ya estaba en la pubertad, precoz e impetuosa en los orientales. En Jerusalén no presenciaba ciertamente la desvergonzada licencia que reinaba en Tarso, pero tampoco en la Ciudad santa eran todos modelo de

morigeración. Los saduceos habían adoptado ostensiblemente muchas costumbres de los dominadores extranjeros; los fariseos de la vida real (no los teóricos de la Mishna) eran demasiadas veces sepulcros blanqueados, esto sin hablar de los paganos que afluían numerosos a la ciudad, sobre todo después de la instalación en ella del Gobierno romano. ¿Cómo se comportó el joven Pablo en medio de todos estos incentivos externos, a los que había que añadir un fuego interior? El que hombre maduro confesará sentir dentro de sus miembros una *ley del pecado* que lucha contra la *ley de Dios* y que le esclaviza (*Rom.*, 7, 21-23), ¿cómo se habrá comportado en la lucha entre estas dos leyes?

Era de esperar. Algún erudito, entre los más recientes, ha considerado que Pablo vivió durante algún tiempo una vida disoluta mientras estaba en Jerusalén, o inmediatamente después, antes de su conversión: más tarde, el remordimiento de estos excesos, la ineficacia de la Ley judía para venirles en ayuda, el anhelo de una esfera superior, habrían sido otros tantos elementos psicológicos que influyeron en su conversión, y cuando Pablo habla con tan apasionada viveza de la fragilidad humana y de la lucha en el hombre entre la mente y el cuerpo (*Rom.*, 7, 7-25), no habla en abstracto y de oídas, sino acordándose de sus antiguos excesos.

Ante semejantes explicaciones, algún malicioso podría concluir que se trata del caso corriente de un biógrafo que se pone a sí mismo en lugar de su biografiado. Pero nosotros no creemos en ello, y nos limitamos a afirmar que se trata de una «novela» de ínfima calidad, desmentida en absoluto por los hechos. Y en primer lugar, si el mencionado pasaje de Pablo tuviera un fondo de experiencia personal (1), también podría tenerlo el pasaje anterior del mencionado escrito (Ibíd., 124-32), que es la lista de los vicios más infames y desvergonzados (§ 46); y no vale decir que allí habla Pablo de los paganos, porque cuanto hace un pagano puede hacerlo un judío, puesto que ante Dios no hay diferencia alguna entre judío y griego (Ibíd., 2, 1-11). ¿Debemos creer que Pablo haya sido, en verdad, la sentina de todos los vicios? Además, los testimonios positivos presentan un Pablo todo lo contrario de disoluto. El mismo, contando su propia historia ante Agripa, y apelando a los testigos, afirma haber vivido desde la juventud en Jerusalén como fariseo (*Act.*, 26, 4-5); y en otro lugar asegura haber sido observador escrupuloso de las «tradiciones» judías, mucho más que la mayoría de sus contemporáneos (*Gál.*, 1, 14), y finalmente se presenta como *irreprensible* (ἄμεμπτος) en su antigua vida de judío (*Filip.*, 3, 6). Dése crédito a Pablo, y abandónese la «novela» a su suerte, concluyendo que antes de su conversión Pablo vivió íntegra y cordialmente su fariseísmo, practicando con especial cuidado todas las minuciosas prescripciones legales que había aprendido de sus maestros (§ 80 sigs.) y que él consideraba como la armadura de su felicidad espiritual; y precisamente de este fervor farisaico suyo sale el odio furibundo contra el cristianismo naciente, que derruía su armadura.

---

(1) Sobre esta cuestión, cf., W. Kümmel: *Römer 7 und die Bekehrung des Paulus* (en *Untersuch. z. N. Test.*, 17), Leipzig, 1929; cf. aquí mismo, § 518 y notas.

244. A los dieciocho años Pablo podía haber tomado esposa (§ 150), casi estaba obligado a hacerlo: el celibato jamás tuvo honores entre los hebreos, y una sentencia rabínica dice que Dios está observando al hombre hasta los veinte años para ver si toma esposa, y si no se ha casado hasta entonces, le maldice (*Quiddushin,* 29 b). Un israelita corriente podía tomar hasta cuatro mujeres, y aun más, como permite el Talmud; pero parece que la poligamia se consideraba indecorosa tratándose de un doctor de la Ley, y Pablo quedaría incluso en esta norma.

Por el contrario, parece muy verosímil que jamás se casó. Clemente de Alejandría (*Stromata,* III, 6; en Migne: *Patr. Gr.*, 8, 1157) supone que Pablo estaba casado, deduciéndolo del pasaje de su carta (*Filip.*, 4, 3) donde se dirige a una persona llamada γνήσιε σύζυγε. Pero, ¿quién es la persona designada con este apelativo? El vocablo σύζυγος significa etimológicamente *con-yuge,* pero no necesariamente en sentido matrimonial, sino también en el más general de «colega», «compañero»; además, el vocablo puede ser también un nombre propio, *Syzygo,* como ya supuso algún escritor antiguo; finalmente, el adjetivo γνήσιε es masculino, y el todo suena a *genuino colega* (o bien *genuino Syzygo,* bromeando sobre el sentido del nombre propio), y por esto no puede tratarse de una mujer «cónyuge» de Pablo (cf.: § 383). De hecho casi todos los antiguos, Tertuliano, Jerónimo, Epifanio, Juan Crisóstomo, Teodoreto, etc., consideran que Pablo no estaba casado.

Un argumento más fuerte se halla en *I Cor.*, 7, 8, donde, exhortando a la renuncia al matrimonio propone como ejemplo su propio estado. Puede quedar aún la probabilidad abstracta de que cuando escribía esta exhortación fuera viudo, y que fué viudo desde joven; pero en el terreno histórico esta posibilidad debería demostrarse como efectiva, y no tan sólo como presunta, tanto más cuanto que no va bien con la exhortación general de Pablo de renuncia al matrimonio. Si entonces hubiera sido viudo, habría sido fácil replicarle: ¿Por qué te casaste en tu juventud? Por tanto, será legítimo suponer que el gran fervor del fariseo Pablo hacia el estudio y la práctica de la Ley judía le indujo a renunciar al matrimonio, como excepcionalmente sucede en el caso de otros rabinos.

245. El período de la vida de Pablo absolutamente oscuro para nosotros va desde el fin de sus estudios en Jerusalén hasta su nueva aparición allí con motivo de la lapidación de Esteban: el fin de sus estudios debió caer entre 16-22 de C. (§ 242), mientras que la lapidación de Esteban ocurrió, a nuestro parecer, en el 36 (§ 151). Hay que tener presente, además, que en este período Pablo pudo haber vuelto varias veces a Jerusalén, sobre todo en los últimos años, cuando su autoridad en el Sanedrín estaba bien consolidada (§ 242). Suponiendo esto, surge la cuestión de si nunca se habría encontrado con Jesús.

La posibilidad cronológica es evidente: la vida pública de Jesús se inició a principios del año 28 (1) y duró hasta la Pascua del año 30, extendiéndose por Galilea y después por Judea; ahora bien: en estos

---

(1) Cf.: *Vida de Jesucristo,* § 175 sigs.

dos años y medio Pablo pudo atravesar varias veces Galilea, viniendo de Tarso, y haber estado en Judea y en Jerusalén; en tales ocasiones pudo encontrarse con Jesús. De hecho, sin embargo, todo induce a creer que este encuentro no tuvo lugar, y que Pablo jamás vió a Jesús mortal, ni durante su ministerio, ni con ocasión de su proceso de muerte. Pablo, de hecho, jamás alude a un encuentro suyo con Jesús mortal, mientras que si el encuentro hubiera tenido lugar, difícilmente hubiera omitido su mención, que no le habría sido inútil frente a los adversarios de su calidad de apóstol; si, además, Pablo hubiera tomado parte en el proceso de Jesús en el Sanedrín, y en su crucifixión—como han supuesto algunos (1)—, no habría callado esta participación, como no callaba el haber perseguido *el nombre de Jesús Nazareno* (*Act.*, 26, 9), y haber participado en el martirio de Esteban (*Act.*, 22, 20). Al contrario, Pablo afirma varias veces, y claramente, que ha visto a Jesús inmortal, al de después de la resurrección (*I Cor.*, 9, 1; 15, 8), apoyándose en esto para su calidad de apóstol.

246. Tampoco el pasaje de *II Cor.*, 5, 16, alude a un encuentro con Jesús mortal. El pasaje dice: *De manera que desde ahora a nadie conocemos según la carne; y aun a Cristo si le conocimos según la carne, pero ahora ya no así.* Esta última proposición *pero ahora ya no así* basta para excluir el que Pablo piense en el encuentro con Jesús mortal, porque quien se ha encontrado una sola vez con una persona no puede decir nunca que no la ha conocido. El verdadero sentir de Pablo está revelado en la expresión repetida dos veces, *conocer según la carne* (κατὰ σάρκα); que demuestra que se refiere al conocimiento moral de una persona, o sea, al juicio y valoración que se hace de ella. En el pasado, antes de adherirse a la doctrina de Jesús, Pablo lo valoraba (según la carne) con criterios humanos, juzgando que no podía ser el Mesías, porque sus características morales no correspondían con las del Mesías triunfante nacional esperado por el pueblo judío, y por esto el Sanedrín lo había condenado en todo derecho; en cambio, cuando Pablo ha descubierto en Jesús al redentor del género humano, muerto por todos (Ibíd., 15-16), ha cesado de juzgarlo *según la carne* y pasa a juzgarle según *la caridad de Cristo nos constriñe* (Ibíd., 14). En conclusión, se puede estar prácticamente seguro de que Pablo jamás vió a Jesús ni antes ni con motivo de su crucifixión.

*
* *

(1) Ninguna prueba se aduce para apoyar esta suposición, sencillamente porque no existe; el pasaje de *Gál.*, 3, 1, que se ha aducido como «vivida» descripción de Jesús crucificado, hecha, por tanto, por un testigo presencial, basta leerlo para comprender su sentido. Las demás pruebas que se aducen han sido sugeridas por exigencias del sistema crítico empleado; quien necesita hacer depender el III evangelio de Pablo únicamente (con exclusión de la catequesis apostólica general), quien necesita preparar psicológicamente la conversión de Pablo (como reacción al lamentable espectáculo de la crucifixión de Jesús), quien necesita algo más, todos ellos acaban novelando la historia.

247. Mientras Pablo vivía este período de su vida desconocido para nosotros la Buena Nueva anunciada por Jesús atravesaba también un período oscuro de actividad que había sido preanunciado en la parábola evangélica.

Por la noche, el ama de casa ha llenado de harina su artesa, y ha escondido tan sólo un puñadito de levadura en el centro de toda aquella masa pastosa: a la mañana siguiente, al abrir la artesa, se encuentra la mujer con que aquella poca levadura ha atravesado y transformado toda la masa, obrando secretamente durante la noche entera. Jesús había metido en las masas judías su fermento espiritual, poco aparente, poco visible, y después había llegado la noche; los próceres del judaísmo habían cerrado y sellado cuidadosamente la artesa espiritual, con la seguridad de que el fermento se habría evaporado y todo quedaría inmutable. Pero, desde el principio, un ardor incesante, acompañado de algunos estallidos, hizo sospechar a aquellos próceres que el fermento dentro de la artesa no se había evaporado, sino trabajaba sin tregua; preocupados, abrieron en un momento la artesa, y vieron con indignación que el fermento se había difundido ya por todas partes y transformaba la masa. La indignación llevó a la persecución: había que suprimir el fermento.

Uno de los más indignados y de los más celosos en la persecución fué Pablo.

248. En los cinco o seis años que transcurren desde la muerte de Jesús a la de Esteban, la Iglesia había hecho progresos considerables. Inmediatamente después de la ascensión de Jesús, toda la Iglesia consistía en 120 personas reunidas en Jerusalén (*Act.*, 1, 15), y tal vez algunos cientos más repartidas por otros lugares; diez días más tarde, en Pentecostés, se convirtieron tres mil personas por el discurso que Pedro hizo en público (Ibíd., 2, 41), y su número fué creciendo de *día en día* (*Act.*, 47.)

Las autoridades religiosas de Jerusalén, especialmente los Saduceos, intervinieron una primera (Ibíd., 4, 3 sigs.) y una segunda vez (5, 17 siguientes) aprisionando a los apóstoles; sin embargo, no insistieron, porque en la reunión del Senadrín tomó la palabra Gamaliel (§ 75), el maestro de Pablo, y exhortó a no extremar las cosas por si el movimiento pudiera venir de Dios (Ibíd., 34 sigs.). Naturalmente, el movimiento creció cada vez más, y se extendió de un modo especial entre aquellos judíos oriundos de Palestina, pero pertenecientes a la Diáspora, que tenían lengua y costumbres griegas, si bien acudían a Jerusalén con frecuencia por motivos diversos. Eran los judíos helenistas.

249. Los convertidos a la Buena Nueva hacían vida en común; eran fieles a las instrucciones dadas por los apóstolos, a la «fracción del pan», y a la oración, y se reunían de preferencia en aquella parte del Templo que se llamaba el «pórtico de Salomón» (*Act.*, 3, 11; 5, 15) (1). Sin embargo, estos judíos no creían que con esto renegaban del judaísmo ni se separaban de él: tenían fe en Jesús, se consideraban judíos

(1) Cf.: *Historia de Israel*, § 348.

que habían ya alcanzado la meta del judaísmo en el Mesías Jesús, y esperaban que, poco a poco, también los demás judíos llegasen a aquella meta. Si *nadie de los otros se atrevía a unirse a ellos* (Ibíd., 5, 12) en su particular vida en común, esto no significaba que debiera surgir ningún cisma; no, ningún cisma, tan sólo un poco de espera: eran los primeros frutos maduros de un árbol en el que acabarían por madurar todos los demás.

Por esto, mientras tanto, aquellos primeros cristianos de Jerusalén frecuentaban las sinagogas de la ciudad como de costumbre, muchas de las cuales habían sido erigidas y estaban mantenidas por los varios grupos de judíos helenistas, que venían a Jerusalén de sus respectivos países de la Diáspora y encontraban su propio centro en su propia sinagoga; una leyenda rabínica, ciertamente exagerada, hace subir a 480 el número de las sinagogas en Jerusalén; si bien no tantas, eran, sin duda, muy numerosas, y se recuerdan individualmente las de los Libertinos—esto es, la de los judíos libertos de Roma—y las de los judíos de Cirene, Alejandría, Cilicia y la de los judíos de la provincia romana de Asia. (*Act.*, 6, 9.)

250. Esta asistencia de los nuevos creyentes a la sinagoga daba ocasión, naturalmente, a constantes discusiones públicas, porque los judíos que rechazaban al Mesías Jesús pedían explicaciones a los cristianos helenistas acerca de su adhesión a él, y éstos las daban con gusto para propagar su propia fe.

De hecho parece que los cristianos helenistas fueron los más activos y celosos en esta propaganda, y por esto, el odio de los judíos que llevó a la persecución iba principalmente en contra suya. Por lo demás, en el seno del cristianismo naciente formaban un grupo, no sólo bastante numeroso, sino también preponderante, pero distinto por la lengua, las costumbres y otras particularidades de vida social, del grupo de los cristianos de Palestina. Como en la vida en común con los cristianos de Palestina durante cierto tiempo habían sido abandonadas las viudas de los helenistas, se instituyeron los siete primeros diáconos, que pertenecían en su totalidad, o en mayoría, al grupo helenista: su ocupación directa fué la administración material de la vida en común; pero al mismo tiempo se les reconoció el oficio de propagandistas, sobre todo entre los judíos de la Diáspora. Entre estos primeros diáconos se incluyó a uno que había nacido pagano, y se había hecho después «prosélito» judío, el antioqueno Nicolás; también estaba Felipe, el «evangelista», cuyo carisma ya atestigua su labor espiritual (§ 215), y que tenía cuatro hijos adornados análogamente de carismas (*Act.*, 21, 9); sobre todo, estaba Esteban, que pagó con su sangre la propia laboriosidad.

251. Mientras tanto, sea por la actividad de los apóstoles que insistían *en el ministerio de la palabra* (*Act.*, 6, 4), sea por el ardor de los diáconos y de los demás helenistas que afrontaban las discusiones con los adversarios, *la palabra de Dios fructificaba y se aumentaba grandemente el número de los discípulos en Jerusalén, y numerosa muchedumbre de sacerdotes se sometía a la fe.* (*Act.*, 6, 7.)

Este estado de cosas indignó sobremanera a Pablo una vez que cayó en Jerusalén en el año 36. Pablo se explicaba fácilmente que miembros de la clase sacerdotal se adhirieran a la nueva fe: aquella clase era toda ella de saduceos, desvergonzados paganizantes, y los pocos que no pensaban como saduceos, tampoco pensaban como él, en fariseo. De todos modos no era tiempo de vacilaciones: Saduceos o fariseos, todos debían unirse contra el enemigo común que amenazaba conquistar Jerusalén y Palestina, y la Diáspora, para detenerse Dios sabía dónde. Bastaba ver a aquel Esteban, *que hacía prodigios y señales grandes en el pueblo* (*Act*, 6, 8). ¿Podía permitirse semejante escándalo por parte de un estafador ignorante? ¡Necesitaba humillarlo, confundirlo! Era necesario deshonrarlo en presencia de todo el pueblo, haciéndole ver, en una discusión pública, cómo no conocía las cosas más elementales de la Ley hebrea. Derrotado Esteban, se iría después en contra de los demás con la autoridad del Sanedrín, y así todo quedaría en su punto. Más o menos éste era el plan de acción en que Pablo fué un elemento esencial, y tal vez su principal autor.

252. Se celebró la discusión pública con Esteban, y tomaron en ella parte judíos de las diversas sinagogas helenísticas, comprendida la de los judíos de Cilicia, entre los que Pablo contaba buenos amigos; el éxito, sin embargo, no correspondió a las esperanzas. La discusión se prolongó animadísima, sobre varias cuestiones, y muchos adversarios impugnaron a Esteban, pero no podían *resistir la sabiduría y el Espíritu con que hablaba.* (Ibíd., 10.)

El mal éxito llevó entonces a un procedimiento más radical, que aceleraba el desarrollo del plan establecido, provocando anticipadamente la intervención del Sanedrín: se sobornó a falsos testigos, que afirmaron haber oído pronunciar a Esteban palabras blasfematorias contra Moisés y contra Dios. La plebe se conmovió; acudieron las Ancianos y los Escribas, y todos en masa llevaron a Esteban ante el Sanedrín. El deseado «frente único» se había logrado: ahora los tres grupos que constituían el Sanedrín—Sumos sacerdotes, Ancianos y Escribas (1)—dejaron por el momento sus diferencias, saduceas o fariseas, y estuvieron todos de acuerdo. Antes del juicio ya estaba juzgado el acusado.

253. La acusación aducida en contra de Esteban era, en parte, falsa y, en parte, verdadera. La parte falsa se refería a las imputaciones aducidas seis años antes contra Jesús, porque a Esteban se le acusó de haber hablado con irreverencia en el Templo de la Ley hebrea. La parte verdadera se relacionaba con la fe de los nuevos creyentes, puesto que Esteban había afirmado que el Mesías Jesús había establecido la nueva economía espiritual aboliendo el funcionamiento del Templo hebreo, y sustituyendo las «tradiciones» fundamentales para los fariseos (Ibíd., 13-14). Esteban se defendió contra estas acusaciones con un discurso que, si bien se refiere en los *Hechos* con gran amplitud (7, 2-53), se considera un resumen del original (§ 112); su importancia como documento histórico es singularísima, porque permite hacerse una idea del método

(1) Cf.: *Vida de Jesucristo,* § 58.

apologético seguido por los cristianos helenistas en sus polémicas contra el judaísmo.

Remontándose más allá de Moisés, el discurso resume la historia del pueblo de Israel a partir de Abraham, siguiendo las líneas generales de la narración bíblica, no sin introducir algunos elementos sacados de la *haggadah* (§ 76); en esta dilatada visión histórica se hace resaltar la economía de la salvación destinada por Dios a la humanidad entera más que únicamente a Israel, y la superioridad de la adoración de Dios por el hombre en espíritu de sinceridad, frente al culto prestado sólo materialmente en lugares consagrados al efecto por la costumbre. A medida que avanza la exposición histórica, el discurso ataca a los judíos en estos dos puntos fundamentales de la economía divina y por su incesante oposición a la obra de Dios sobre la humanidad. De manera que el discurso se termina con las durísimas palabras: *Duros de cerviz e incircuncisos de corazón y de oídos, vosotros siempre habéis resistido el Espíritu Santo. Como vuestros padres, así también vosotros. ¿A qué profeta no persiguieron vuestros padres? Dieron muerte a los que anunciaban la venida del Justo, a quien vosotros habéis ahora traicionado y crucificado; vosotros que recibisteis por ministerio de los ángeles la Ley, y no la guardasteis.*

254. Era demasiado. La acusación de no guardar la Ley hecha precisamente a los Escribas y a los fariseos que estaban en el Sanedrín les hizo perder la contención que hasta entonces habían mantenido por la formalidad del proceso. Gesticulando furiosos y enseñando los dientes al orador, le amenazaban desde sus escaños. Ante este espectáculo, Esteban dejó de hablar a sus jueces terrenos; sólo quiso añadir por sí mismo el texto de su propia sentencia, pronunciada en presencia del juez celeste. Con los ojos puestos en lo alto, permaneció un instante en contemplación, y después exclamó: *Estoy viendo los cielos abiertos, y al Hijo del hombre en pie, a la diestra de Dios.* (Ibíd., 7, 56.)

Una tempestad de aullidos y maldiciones ahogó estas palabras; todos los sanedrines se taparon los oídos para no oír semejantes blasfemias, y se levantaron; los menos viejos de entre ellos se lanzaron contra el blasfemo, para hacerle sufrir inmediatamente la pena que correspondía a su delito; a los sanedrines se unieron sus satélites y la plebe, y Esteban fué conducido fuera para ser ejecutado.

255. Casi con seguridad Pablo estuvo presente en esta escena del Sanedrín. Alude él mismo a ella, de un modo bastante claro, cuando hablando en general de los cristianos perseguidos antiguamente por él, afirma: *Y cuando eran muertos, yo daba mi voto* (*Act.*, 26, 10). La alusión a Esteban parece clara, porque éste era el más conocido y el primero de los muertos. Por el contrario, no parece legítimo concluir, de la mención del voto, que Pablo formara parte del Sanedrín, y que por esto votara efectivamente contra Esteban. En cambio, según todas las apariencias, no hubo votación, puesto que la condenación del acusado se decretó implícitamente, con las manifestaciones tumultuosas en contra suya; por esto, recordando el propio voto, Pablo habla sólo de un voto

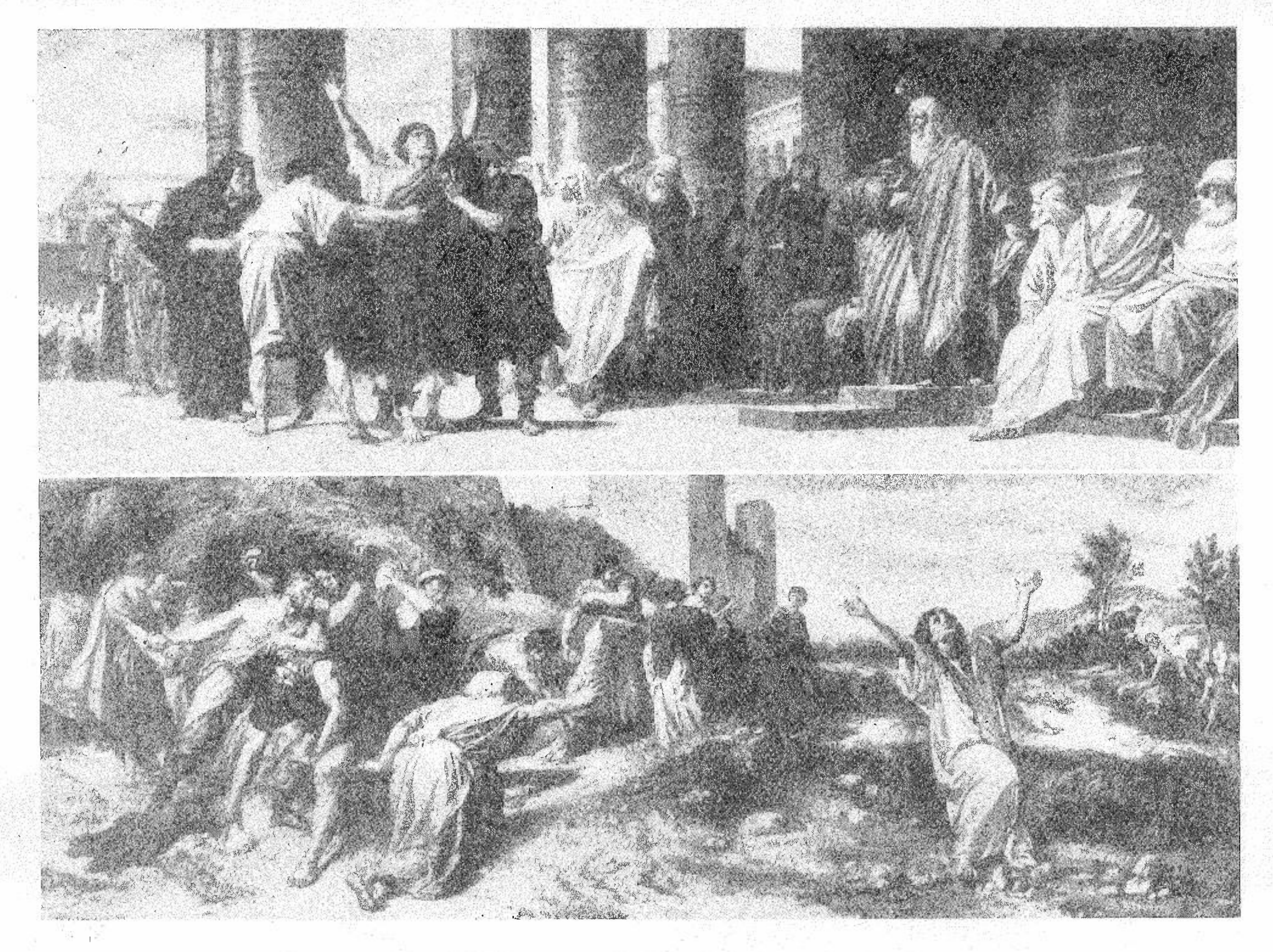


Fig. 51.—Arriba: *ESTEBAN CONDENADO POR EL SANEDRIN* (FRACASSINI).
Abajo: *LAPIDACION DE ESTEBAN. EN EL FONDO PABLO GUARDA LAS ROPAS DE LOS LAPIDADORES* (MARIANI)
Roma: Basílica de San Lorenzo el Verano.
(Los dos frescos fueron destruídos el 19 de julio de 1943 por el bombardeo americano de la basílica.)

metafórico, esto es, alude a su labor instigadora, y al consentimiento en la condenación y a la cooperación en la ejecución, como recordará en otro lugar, análogamente a propósito de Esteban, el haber estado *presente, y me gozaba, y guardaba los vestidos de los que le mataban* (*Act.*, 22, 20). Por otra parte, no tenemos ningún otro indicio para decir que Pablo fuera sanedrista, porque incluso su poca edad hace que se le suponga en aquel tiempo inmaturo aun para aquella máxima concesión del judaísmo.

Hemos expuesto ya en otro lugar las razones por las que, a nuestro parecer, no intervino de hecho el magistrado romano, de quien tan sólo dependía la ejecución de una sentencia de muerte pronunciada por el Sanedrín (§ 151). El modo tumultuoso como se ejecutó aquella vez la sentencia, confirmaría nuestra explicación.

256. Sin embargo, la ejecución tuvo lugar puntualmente, según todas las prescripciones de la Ley hebrea. Parece como si tal puntualidad quisiera refutar la afirmación del condenado de que los Escribas y los Fariseos del Sanedrín no observaban la Ley; ¡que experimentara en su carne qué bien sabían observarla aquellos insignes maestros! Por esto, la turba clamorosa que empujaba a Esteban lo llevó fuera de la ciudad, porque ésta era la prescripción de la Ley (*Levítico,* 24, 14).; para el blasfemo, como Esteban, la Ley había decretado la muerte por lapidación por parte de todo el pueblo (Ibíd., 16), y precisamente así se decidió. Finalmente, la misma Ley había decretado que a la lapidación asistirían dos o tres testigos oficiales, que debían lanzar las primeras piedras (*Deuter.*, 17, 6-7), y también se observó este punto.

Para estar más libres en sus movimientos, los testigos de la lapidación se quitaban sus capas. Pablo acudió presuroso a recibir y a guardar aquellos indumentos, porque en su ardor le parecía que con este servicio «lapidaba con las manos de cada uno». (Agustín.)

El lugar de la lapidación era una hondonada del terreno, dentro de la cual descendía el condenado. Los lapidadores quedaban arriba en torno suyo. Las primeras piedras le llegaron a Esteban todavía en pie, cuando rogaba diciendo: *¡Señor Jesús, recibe mi espíritu!* (*Act.*, 7, 59). Pero después descargó la avalancha de la muchedumbre, y Esteban fué abatido. *Puesto de rodillas, gritó con fuerte voz: ¡Señor, no les imputes este pecado! Y diciendo esto se durmió.* (Ibíd., 60.)

257. «Testigo» se dice en griego «mártir»; por esto, Esteban figuró en la Iglesia como el protomártir, esto es, el primer testigo de Cristo. Mas ¿cómo no pensar en aquel otro testigo de la Ley judía, que estaba en la lapidación lapidando con las manos de los testigos a quienes servía? ¿Cómo no hallar una trabazón entre aquel primer testigo de un orden nuevo, y el último de un orden viejo?

Estas reflexiones son espontáneas hoy, al cabo de veinte siglos; pero en aquel día quien de todos estaba más lejos de sospecharlas era, sin duda, Pablo. ¡Qué satisfacción íntima, cordial, debió experimentar en aquel día! ¡Al fin se actuaba seriamente para hacer que se respetasen la Ley y las «tradiciones»! ¿Acaso había pasado su juventud estudiando Ley y «tradiciones» tan sólo para sentenciar si se podía comer un huevo

puesto por una gallina en sábado (§ 88), o si se podía leer en sábado a la luz de un candil encendido por un pagano (§ 86), mientras debía asistir pasivamente a la metódica abolición de la Ley llevada a cabo por aquellos bribones de cristianos? ¡Nada de eso! Así, como se había comenzado a obrar, había que seguir realizando el plan proyectado (§ 251) hasta el exterminio total de los cristianos. ¿No se había decretado más de una vez en la Biblia el *herem* («guerra de exterminio») contra los antiguos cananeos?

258. Y, en efecto, la realización del plan fué ejecutada. Conseguida la intervención directa del Sanedrín (1), se inició una persecución metódica contra la nueva fe; que por el momento tan sólo fué dirigida contra los cristianos helenistas, tal vez porque eran los enemigos más celosos de los judíos, o porque en Jerusalén eran considerados como huéspedes indeseables que debían volver a sus lugares de origen, o al menos salir fuera de la Ciudad santa. Los helenistas, en efecto, se diseminaron por varias regiones de Judea, Samaria y por otros lugares; en cambio, los apóstoles, porque eran palestinos, pudieron permanecer en Jerusalén probablemente sin ser molestados. (*Act.*, 8, 1.)

Pero el inflexible Pablo vigilaba, y vió con agudeza que la victoria obtenida era tan sólo aparente, si bien no había empeorado la situación. Aun cuando habían sido dispersados los cristianos helenistas más señalados, todavía quedaban en Jerusalén sus familias, y muchos que no eran tan señalados. En primer lugar, pues, era preciso reducirlos a la impotencia. Después, era necesario perseguir también a los fugitivos, porque, esparcidos por Palestina, y fuera de ella, difundirían por todas partes la maldita peste que llevaban encima. Al darse cuenta de esta situación, Pablo se entregó a la acción inmediatamente.

259. Empezó por Jerusalén. Lucas resume lo que allí hizo en estas palabras: *Saulo devastaba la Iglesia* (de Jerusalén) *y entrando en las casas arrastraba hombres y mujeres, y los hacía encarcelar* (*Act.*, 8, 3). El verbo *devastaba* (ἐλυμαίνετο) procede, tal vez, de la terminología médica de Lucas, puesto que un cuerpo enfermo de una grave enfermedad era un cuerpo *devastado*, lo mismo que una región devastada por el enemigo; el hecho, además, de que el verbo sea un imperfecto de la voz media, acentúa la duración de la devastación, que debió consistir en una acción prolongada durante varios días, con gran cuidado, y siguiendo un plan bien preparado. Pablo y los inquisidores, dirigidos por él, entraban a la fuerza en las casas más sospechosas, de preferencia en las señaladas como lugares de reunión, y todos los cristianos allí sorprendidos, hombres y mujeres, eran encarcelados. Por lo demás, la gravedad de esta persecución la confirma explícitamente quien la dirigía, cuando atestigua: *Con gran furia perseguía a la Iglesia de Dios y la devastaba.* (*Gál.*, 1, 13.)

En unas semanas la situación de Jerusalén quedó arreglada, y en-

---

(1) La intervención del Sanedrín resulta de *Act.*, 22, 5 (texto griego), 26, 10 (cf.: 9, 1-2). Esta actividad excepcional del Sanedrín puede confirmar que el puesto de procurador romano estaba vacante, o en manos de un magistrado nuevo e inexperto (§ 151).

tonces se extendió la persecución a la Diáspora. Pablo no quiso dar tregua al enemigo, e inmediatamente se dirigigó al Sanedrín pidiendo que le facultara para actuar contra los centros judíos de fuera de Palestina que parecían más sospechosos. En teoría la autoridad del Sanedrín llegaba a los judíos del mundo entero (1); en realidad, sobre los judíos de la Diáspora era más o menos eficiente según las circunstancias; pero era aún considerable sobre varios centros exteriores que albergaban comunidades judías numerosas, y que estuvieran próximos a Palestina. Tal era el caso de la ciudad de Damasco, muy cercana a Palestina, y pobladísima de judíos (§§ 32-33); como, por otra parte, Pablo tenía muchos indicios para sospechar que aquella ciudad estaba gravemente infectada de cristianismo, la convirtió en el primer punto de su interés.

260. Es probable que el Sanedrín no tuviera deseo alguno de extender la persecución ni a Damasco, ni a ningún otro lugar fuera de Palestina; quizá aquella asamblea suprema se acordará aún de las moderadas palabras de Gamaliel, que había aconsejado usar prudencia y tolerancia (§ 248), y, sobre todo, mezclarse en los asuntos de los judíos de otras regiones era siempre una empresa peligrosa para los cautos sanedrines; pero el fogoso Pablo debió decir y hacer tanto, que logró se aceptara su opinión. Su antiguo maestro Rabban Gamaliel era siempre digno de veneración, sí, pero en aquel momento debía ser postpuesto, envejecido antes de tiempo. ¿Cómo se podía aconsejar tolerancia hacia la sierpe que todo Israel criaba en su seno? Al contrario, todos los sanedrines debían actuar en aquella ocasión: los saduceos, para afirmar su propia autoridad también en el exterior; los fariseos, para salvaguardar la Ley y las «tradiciones» paternas. De manera que Pablo acabó venciendo, y obtuvo cartas dirigidas a las sinagogas de Damasco, en las que se le autorizaba a repetir en aquella ciudad cuanto había hecho en Jerusalén, esto es, inquirir, arrestar y llevar a hombres y mujeres detenidos a Jerusalén.

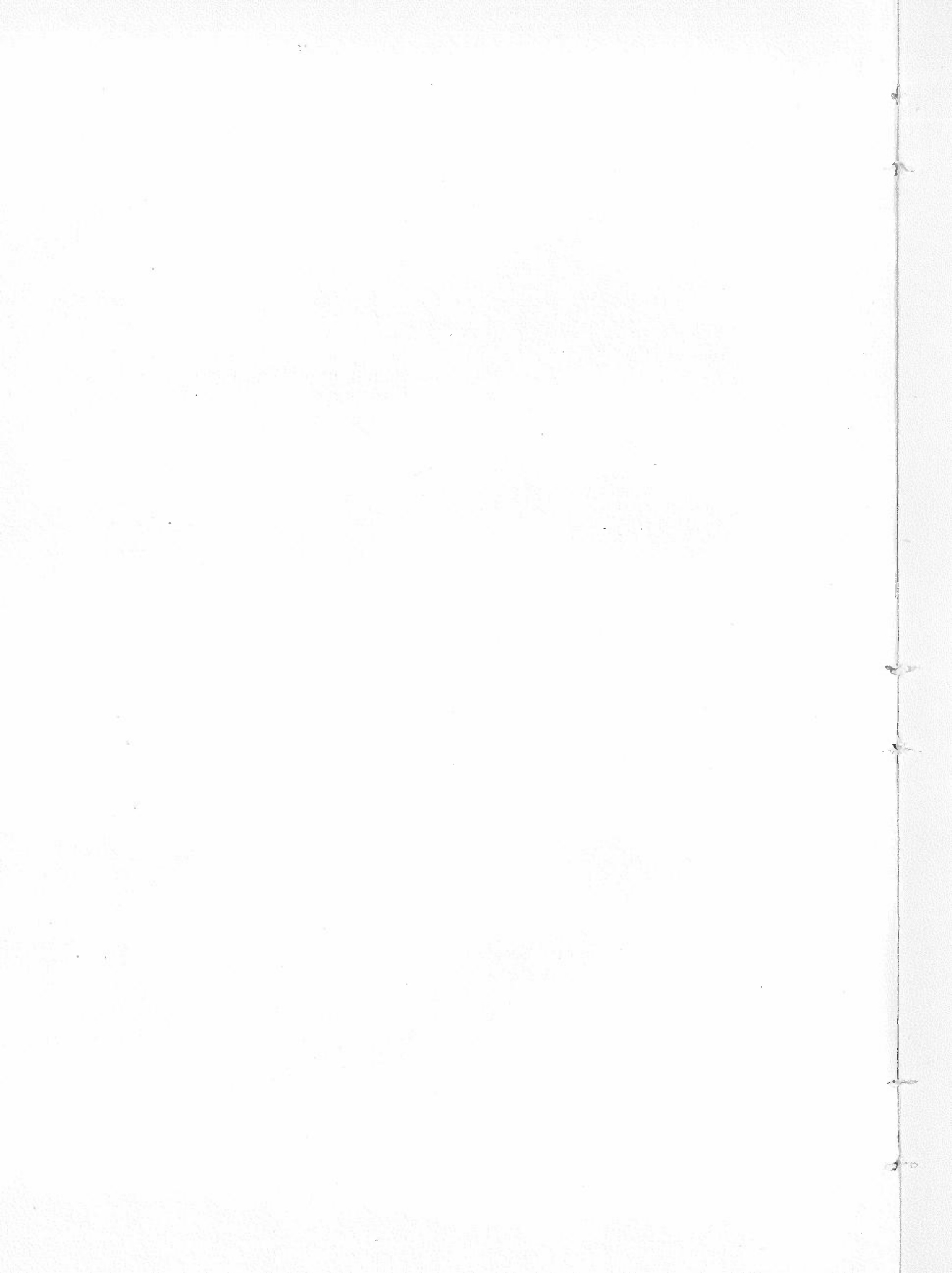
261. El día en que Pablo, bien guardadas las cartas del Sanedrín, y rodeado de buen número de satélites armados, emprendió el camino de Damasco, ciertamente fué el día más feliz de su vida de cuantos hasta entonces había vivido. Su felicidad no consistía tanto en la satisfacción de haber doblegado al Sanedrín a sus deseos, sino en la conciencia de la bondad de estos deseos. ¡Ahora sí que se sentía, al fin, buen defensor de Israel! El oficio de los antiguos profetas había sido transmitido a los escribas y a los doctores, y así como los profetas habían cogido la espada para combatir a los enemigos de Israel, así debían hacer también ahora los escribas y los doctores contra aquellos infames cristianos. Bendito su padre que le había enviado a Jerusalén para estudiar la Ley, y bendita su propia constancia en el estudio. Ahora recogía todos los frutos: ahora se sentía dispuesto, como un nuevo David, a luchar el combate de Jahvé (*I Sam.*, 18, 17; cf. *Num.*, 21, 14), y como un nuevo Jeremías a *arrancar, arruinar* y *asolar* a todos los enemigos de Israel (*Jer.*, 1, 10).

---

(1) Cf.: *Vida de Jesucristo*, § 58.

Su exaltación no era artificiosa ni superficial; era más bien la convicción profunda de quien va a realizar una obra nobilísima y santísima: cada cristiano quitado de en medio era un obstáculo menos al triunfo de la Ley en la que se encerraba toda justicia. Ciertamente, convicciones individuales de esta clase han existido siempre en todas las religiones; pero rara vez habrán podido alcanzar la increíble violencia alcanzada en Pablo, el cual, de nuevo, a semejanza del antiguo profeta, era *como férrea columna y muro de bronce* (*Jer.*, 1, 18).

En esta disposición de espíritu emprendió el camino de Damasco.



LA CONVERSION

262. El 2 de abril de 1912 zarpaba de Inglaterra para Nueva York un trasatlántico que hacía su primer viaje; obra maestra de la ingeniería naval, construído con arreglo a los últimos descubrimientos de la técnica, y decorado con un lujo fantástico, el inmenso buque debía afrontar con seguridad soberbia todos los peligros del mar. Incluso el nombre correspondía a la realidad, porque se llamaba *Titanic*. Este viaje inaugural, primero de una larguísima serie de otros viajes, debía ser una fiesta de lujo continua, en el interior, y un dominio indiscutible sobre los elementos externos.

En efecto, este programa se realizó puntualmente durante gran parte de la travesía. Pero en medio del Océano sucedió lo imprevisto. Durante una noche estrellada, con tiempo clarísimo y atmósfera serena, mientras en los dorados salones se celebraba una fiesta suntuosa entre música y baile, la nave, a toda marcha, chocó contra una inmensa montaña blanca que había surgido de pronto para cerrarle la ruta. Era un descomunal *iceberg* que, desprendido de la calota polar, iba a la deriva, vagando por el Océano. Todos los dispositivos de salvamento resultaron inútiles; la nave, rota en varios puntos, se hundió en poquísimo tiempo, y de las 2.350 personas que iban a bordo, sólo pudo salvarse la mitad (1).

El viaje del ardiente fariseo camino de Damasco fué, en el campo moral, una copia exacta del viaje del *Titanic*. El piloto Pablo estaba absolutamente seguro de sí, dominaba su ruta, todo lo había previsto: todo, salvo lo imprevisible. De pronto, sobre la ruta se perfiló una montaña blanca, y contra ella fué a estrellarse. Tal vez era la montaña de que antiguamente habían hablado los profetas, cuando anunciaban:

> Al final de los días se establecerá
> la montaña de la casa de Jahvé
> sobre la cima de las montañas,
> más elevadas que las colinas;
> y vendrán a ella todas las gentes,
> acudirán muchos pueblos, diciendo:

(1) Después de la catástrofe se dijo que cuando el barco estaba todavía en los astilleros, poco antes de ser botado, un obrero que trabajaba en el casco escribió en él, con grandes letras: *Ni Dios hunde esta nave*. No sé si esta noticia es cierta; la refiero porque estoy seguro de haberla leído.

«Venid, ascendamos a la montaña de Jahvé,
a la casa del Dios de Jacob,
para que nos enseñe sus vías
para que sigamos sus sendas:
porque de Sión saldrá la Ley,
y de Jerusalén la palabra de Jahvé.»
(*Isaías,* 2, 2-3; cf. *Miqueas,* 4, 1-2.)

En la arena, en la falda de aquella montaña divina, yacen los restos de tantos barcos naufragados a lo largo de los siglos, cuyos navegantes se han refugiado después en la cima.

263. Para ir de Jerusalén a Damasco se podían seguir varias rutas entre los caminos principales y los secundarios. Tal vez Pablo tomó la más corta, la calzada romana, que tocaba primero en Sichem, y después, desviándose hacia la derecha (sin tocar la ciudad de Samaria), pasaba por Beisan-Scitopolis; de aquí seguía a lo largo del valle del Jordán hasta la parte inferior del lago de Tiberiades: en este punto se bifurcaba; un brazo iba hacia oriente del lago y, pasando por Hippos, y a través del desierto, llegaba a Damasco; el otro brazo rodeaba el lago por occidente, pasaba por las ciudades de Tiberiades y Magdala y, atravesando el Jordán al sur del lago de el-Hulé, se dirigía a Damasco. Es probable que Pablo siguiera este segundo brazo, si bien un poco más largo, porque atravesaba los países de Jesús, y tal vez el inquisidor quisiera recoger noticias acerca de los parientes y seguidores del odiado enemigo. La longitud del recorrido podía ser de 230 a 250 kilómetros; una caravana de hombres válidos, tal como la de Pablo y sus satélites, bien organizada y con cabalgaduras, podía realizar el recorrido en siete u ocho días (incluyendo en ellos el sábado, de forzosa inmovilidad). En efecto, el viaje continuó perfectamente hasta casi el final, cuando sucedió lo imprevisto.

264. El gran acontecimiento sucedió hacia *mediodía,* mientras la caravana marchaba por la calzada descubierta y estaba próxima a Damasco (*Act.,* 9, 3; 22, 6; 26,13) (1).

Probablemente, no sólo se veía la ciudad, sino que estaba ya tan cerca, que un hombre ciego y físicamente inválido podía llegar a ella tan sólo conducido por otro de la mano y sin que le llevaran en brazos (Ibíd., 9, 8).

Mientras Pablo, con su escolta, avanzaba por la calzada, un fulgor repentino cayó del cielo y le anonadó. Deslumbrado y turbado cayó a tierra. Entonces oyó una voz que le dijo en arameo: *Saúl, Saúl, ¿por qué me persigues?*

Creció la turbación con la caída. Un rápido examen interior le aseguró que tenía conocimiento: perseguía a los cristianos, pero eran los

(1) Las tres o cuatro tradiciones, o mejor leyendas, que circulan hoy en Damasco, con respecto al lugar preciso del suceso, carecen de base seria. Relativamente antigua es la localización en Kaukab, un puesto en la calzada hacia Galilea, a tres horas de Damasco; pero la distancia la hace dudosa. Muy reciente y arbitrario es el lugar que se enseña en los suburbios de Damasco, junto a la Puerta Oriental, y junto a él se enseña la ventana de la muralla de la ciudad, por la que más tarde descolgaron a Pablo dentro de una espuerta para que huyera. Nada de esto merece crédito.

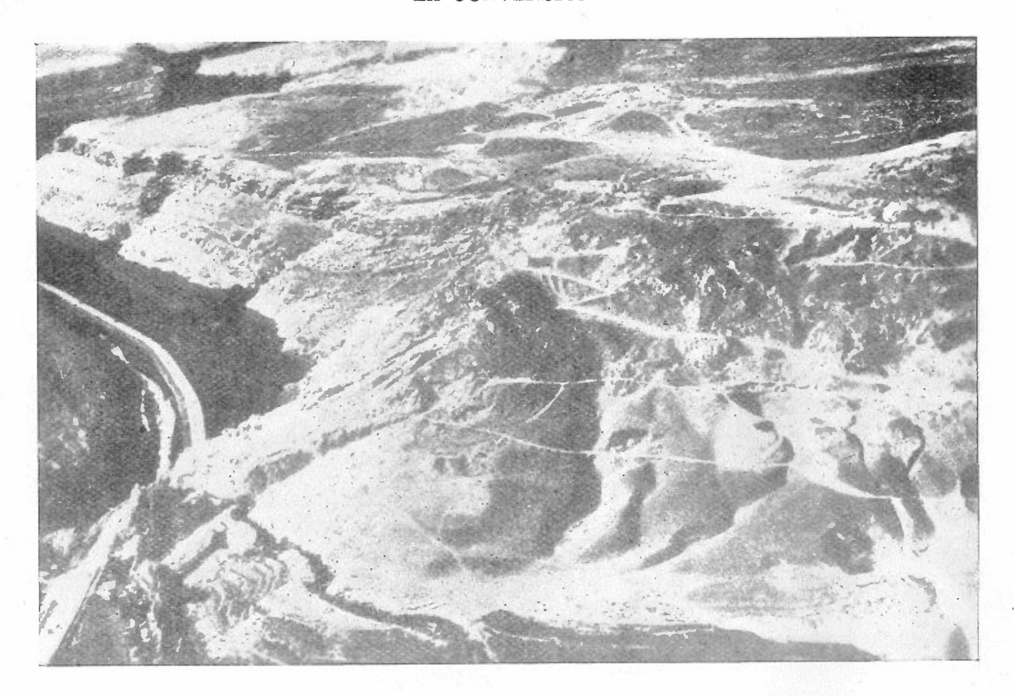


Fig. 52.—VISTA AEREA DEL VALLE DEL BARADA CERCA DE DAMASCO

enemigos del dios de Israel, y, por tanto, este dios no podía sino aprobar su conducta. Preguntó, por tanto, angustiosamente: *¿Quién eres, Señor?*

La voz oculta le dió una contestación inesperada: *Yo soy Jesús, a quien tú persigues. Duro te es dar coces contra el aguijón* (1).

265. Lo mismo que el fulgor de antes había ofuscado sus ojos materiales, esta respuesta descompuso su visión mental, su juicio sobre los acontecimientos humanos. El mundo entero le pareció de pronto trastornado: aquel Jesús, a quien había anegado él en el abismo de su odio, le parecía ahora en la cumbre de lo existente. Era no sólo un «señor», sino el «Señor» por excelencia. Pablo le veía con sus ojos frente a él; pero, sobre todo, lo sentía íntimamente presente en su espíritu; sobre todo su aserción: *Yo soy Jesús el Nazareno* había penetrado en el espíritu de Pablo, suscitando una adhesión increíble. Sí; ¡allí estaba su gran enemigo, revelándose de pronto tan potente, tan domi-

(1) El dicho de no dar coces contra los aguijones, usados por los boyeros para excitar a los bueyes, estaba muy extendido en la antigüedad; se encuentra en Píndaro (*Pyth.*, 2, 94), Esquilo (*Agam.*, 1624), Eurípides (*Bacch.*, 795), Terencio (*Phormio*, 78); una idea análoga se halla en el *Eclesiastes*, 12, 11. Es probable que fuera corriente en Palestina una forma aramea del proverbio. En tal caso, como Jesús mortal había enseñado recurriendo a parábolas populares y a sentencias corrientes, también el Cristo glorioso emplea un proverbio usual. Se ha querido sostener que la forma literaria del proverbio se debe a Eurípides; si esto fuera verdad, habría que atribuírsela al traductor griego, porque el proverbio se pronunció en arameo. Por lo demás, puede ocurrir que el proverbio, en su forma usual entre los que hablaban griego, procediera de una fuente poética.

nador! ¡Y él que le perseguía persiguiendo a sus fieles! Era muy duro reconocer el error disparatado seguido hasta entonces, pero contra un aguijón tan poderoso no se podía cocear; la verdad era ahora demasiado clara para poder negarla, y era preciso, interiormente, revocar la visión del mundo. En medio de semejante desconcierto moral, ¿qué hacer?

En realidad, esta pregunta era la más espontánea. Acudió a los labios del turbado, que exclamó: *¿Qué haré, Señor?*

La voz contestó: *Levántate y entra en la ciudad, y se te dirá lo que has de hacer.*

266. Mientras tanto, los hombres de la comitiva estaban en rededor suyo, espantados: también ellos, con el fulgor imprevisto, habían caído a tierra; pero después se habían levantado poco a poco, tratando de explicarse lo que había sucedido; también habían oído la voz oculta, pero de un modo confuso e indistinto y sin reconocer al nuevo personaje de quien procedía. Cuando cesó el diálogo de Pablo con la voz le vieron levantarse del suelo, pero quedarse después parado y vacilante, con los brazos en el vacío. Se le acercaron, y con estupor descubrieron que, aun teniendo los ojos abiertos, no veía en absoluto. Estaba ciego.

Viendo tal resultado, después de una escena tan misteriosa, también meditaron aquellos hombres, y, como personas prácticas, decidieron que lo mejor era alejarse cuanto antes de un lugar tan peligroso: más tarde discutirían en otra parte acerca de lo acaecido. Por esto tomaron a Pablo de la mano y, con la rapidez que pudieron, le llevaron hasta Damasco.

El naufragio había tenido lugar de pronto y definitivamente. No había nada que hacer con respecto al pasado; estaba todo por hacer con respecto al futuro. El náufrago tenía que abandonar allí, en la falda de la montaña divina, su nave rota, y debía llegar a la cumbre de la montaña. En ella, como antes Moisés, escucharía la voz de Dios.

267. Este suceso, que fué como la muerte del fariseo Saulo y el nacimiento del apóstol Pablo, jamás se cuenta detalladamente en su epistolario, sino que sólo se alude de pasada (1). Esto es normal. Pablo, ciertamente, no escribía sus cartas para informar a los eruditos del siglo XX, sino para acudir a circunstancias ocasionales surgidas entre los fieles de sus iglesias, los cuales estaban divinamente informados del acontecimiento culminante de la vida de su maestro, y éste no tenía tiempo que perder repitiéndoles lo que ya sabían de sobra. En compensación, el suceso se narra tres veces en los *Hechos*: la primera vez (9, 3-19), Lucas habla históricamente como autor del libro; la segunda (22, 6-16), Lucas refiere el discurso de Pablo en el Templo de Jerusalén a los tumultuosos judíos, y el orador cuenta su propia conversión; la tercera vez (26, 12-18) es semejante a la segunda, porque contiene el discurso de Pablo ante el procurador Porcio Festo y el rey Agripa, con el nuevo relato de la conversión.

(1) Los datos principales están en *I Cor.*, 9, 1; 15, 8; *II Cor.*, 4, 6; *Gál.*, 1, 13 sigs.; *Ef.*, 3, 7-8; *Filip.*, 3, 12, etc.).

Los tres relatos concuerdan por completo en cuanto a la sustancia y sus particularidades; sin embargo, no son tan uniformes que se puedan parangonar como una referencia taquigráfica. El relato de Lucas es de tipo histórico; los dos de Pablo son de tipo oratorio, y—cosa que no hay que perder de vista—el primero va dirigido a los judíos amotinados, mientras el segundo se dirige a un magistrado pagano y a un monarca judío. Esta índole y destino diferentes explican adecuadamente las divergencias cuantitativas, mayores o menores, y el orden diverso que existe en los tres relatos, divergencias levísimas y de muy poca importancia.

268. Se han señalado también algunas divergencias conceptuales. En uno de los relatos (9, 7) se dice que los compañeros de Pablo, después de la aparición, *quedaron atónitos* (εἱστήκεισαν), mientras en otro (26, 14) se dice que habían caído todos a tierra. Es una nimiedad. Primero cayeron en tierra; después se levantaron, aunque no fuera sino por miedo; por lo demás, el verbo griego también puede significar en general *persistir, permanecer* durante algún tiempo en determinado estado de ánimo, lo cual induciría a traducir en nuestro caso *quedaron atónitos* durante algún tiempo.

Así, un relato afirma (9, 7) que los compañeros, *oyendo la voz arcana* (ἀκούοντες τῆς φωνῆς), no vieron a nadie, mientras en otro (22, 9) se afirma que vieron el fulgor, pero *no oyeron la voz* (τὴν δὲ φωνὴν οὐκ ἤκουσαν). Pero el verbo *oír* tiene en griego un significado doble: el general de percibir un sonido material de palabras o cosas (*oír*), y el más concreto de captar el sentido de las palabras percibidas (*entender*); hoy se puede decir que se ha *oído* a un orador, pero que no se le ha *entendido*; que se ha *oído* que llamaban, pero sin *comprender* quién pudiera llamar. Ahora, cotejando precisamente los dos relatos, resulta (sobre todo en el texto griego, con las partículas (μέν... δέ) disyuntivas) que se han querido contraponer las percepciones visuales y auditivas de los compañeros de Pablo a las del mismo Pablo: los primeros vieron el fulgor, pero no descubrieron a ningún nuevo personaje, mientras que Pablo vió el fulgor, y a Jesús, que le hablaba; así, los primeros *oyen* la voz arcana, pero no *entienden* las palabras, mientras que Pablo *oye* y *entiende* (1). El cuidado con que ambos relatos quieren poner de manifiesto la parte que les correspondió en el suceso a los compañeros de Pablo se inspira en el deseo de presentarlos como testigos incompletos, pero imparciales, del mismo suceso.

---

(1) Como confirmación de este doble empleo del verbo *oír* se ha dado la prueba de que en 9, 7, se construye con genitivo, y esto indicaría la simple percepción de un sonido material (*oír*), mientras en 22, 9, se construye con acusativo, y esto indicaría la percepción intelectual de las palabras (*entender*). Son varios los eruditos que han aducido esta prueba, asegurando que ambas construcciones son normales en griego, según el sentido genérico o específico que se quiera dar al verbo *oír*. Pero ¿es cierto esto? Sin ir muy lejos, y limitándonos a un solo ejemplo, basta con observar en estos dos mismos relatos cómo se refiere el momento en que Pablo oye a Jesús que le llama; en uno *oyó una voz que le decía: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?* (construcción con acusativo, 9, 4; análogamente en 26, 14); en otro, el mismo Pablo dice: *Oí una voz que me decía «Saulo, Saulo»*, etc. (construcción con genitivo, 22, 7). Y hay más ejemplos en los mismos *Hechos*.

269. También se ha señalado otra discrepancia, que implica ya los sucesos posteriores a la aparición en el camino de Damasco. El tercer relato (26, 16-18) hace que el propio Cristo, aparecido a Pablo, le anuncie su vocación al apostolado entre los gentiles al final de la aparición; al contrario, el segundo relato (22, 14-15) hace que el anuncio se lo comunique a Pablo Ananías, con quien más tarde se encontrará Pablo en Damasco (§ 285). Pero hay que observar que Ananías da a Pablo aquella noticia por encargo expreso de Cristo (9, 15-16), y, por tanto, la autoridad de su noticia se basa en la autoridad divina. A consecuencia de lo cual, el tercer relato deja fuera por completo la intervención de Ananías y atribuye el anuncio directamente a Cristo: y esta presentación resumida era conveniente, porque en el tercer relato Pablo está hablando al pagano Porcio Festo y al rey romanizado Agripa, a los que nada habría impresionado el nombre de Ananías, mientras que una aparición divina que diera órdenes era autorizada aun para aquellos dos oyentes; y, además, en esta presentación oratoria resumida revela Pablo su formación bíblica, porque en el Antiguo Testamento las palabras de un enviado de Dios se consideran generalmente como palabras de Dios mismo. Por el contrario, en el segundo relato Pablo está hablando a los judíos arremolinados contra él en el Templo, y por esto, intencionadamente, pone de relieve la intervención de Ananías, bastante apreciado por ellos (22, 12), porque quiere aprovecharse del testimonio de un judío bienquisto de los oyentes (1).

En conclusión, estas pequeñas divergencias hacen los tres relatos mucho más interesantes que si fueran literalmente uniformes, como tres referencias taquigráficas. La *concordia discors,* que ya señalamos a propósito de las fuentes de la vida de Jesús (2), se halla también aquí, aunque en menor grado, por razones históricas análogas: los testimonios proceden de fuentes diversas, y, sin embargo, convergen a un mismo fin. Ahora bien: tratándose de testimonios documentales, una *concordia discors* es de mucho más interés y de mucho más valor histórico que una *concordia concors.*

*

* *

270. La conversión de Pablo es el suceso de mayor importancia y de consecuencias más decisivas en la historia de los orígenes del cristianismo, después de la resurrección de Jesús; así, para aquellos que consideran a Pablo — falsísimamente — como el verdadero constructor conceptual del cristianismo, su adhesión a Jesús señala el verdadero comienzo de la nueva fe, mientras que para ellos la resurrección de Jesús no es más que un simple artículo de aquella fe.

Es claro que los racionalistas, como no admiten la resurrección de Jesús, tampoco pueden admitir la conversión de Pablo tal como la re-

(1) No hay que confundir el anuncio de la vocación dado por Ananías a Pablo, con la confirmación de esta vocación que Pablo recibirá más tarde en su visión del Templo; de esta visión habla inmediatamente después en el mismo discurso a los judíos arremolinados (22, 17-21), pero se trata de un hecho completamente distinto.
(2) Cf.: *Vida de Jesucristo,* § 146 sigs.

fieren las fuentes; mas, aun después de esta negativa, les queda la tarea de la afirmación, esto es, de explicar cómo sucedió el cambio espiritual de Pablo, y sustituir el relato de las fuentes por un relato «racional» preparado por ellos. En verdad, son muchos los intentos realizados: comienzan al tiempo que los intentos acerca de la vida de Jesús (1) y ofrecen las mismas características, esto es, un acuerdo absoluto para excluir todo elemento sobrenatural en obsequio del «dogma laico» (§ 120 sigs.), y una libertad ilimitada para rechazar o deformar los testimonios documentales y presuponer hechos precisamente excluídos por estos testimonios.

271. Los primerísimos intentos (2) se ocuparon tan sólo de la parte externa del suceso, tratando de explicar lo que materialmente había sucedido en el camino de Damasco. Eran los tiempos heroicamente ingenuos, en los que el profesor de Heidelberg, H. E. G. Paulus, explicaba con su método naturalista los milagros del Evangelio, comprendida la resurrección de Jesús (3). Jesús había resucitado porque nunca había muerto, esto es, porque había sido depositado en el sepulcro tan sólo desmayado, y poco a poco había vuelto en sí, gracias al reposo y a las exhalaciones excitantes de los aromas esparcidos en torno, y así había salido fuera, aparentemente resucitado. Ahora bien: esta explicación les pareció a algunos eruditos alemanes de aquel tiempo que ofrecía una aclaración magnífica a la conversión de Pablo; un buen día, Jesús, resucitado de aquella manera, se halló en las cercanías de Damasco con su terrible perseguidor, Pablo, y abordándole resueltamente le increpó con aspereza: ante aquella vista inesperada, ante aquella reprimenda, Pablo quedó consternado y se convirtió. Y así se explica todo.

Hoy día, semejantes explicaciones pueden dar la misma sensación que los instrumentos de la edad de piedra conservados en un museo; pero sería una impresión inexacta, porque el método que va implícito en semejantes explicaciones es mucho menos arcaico de lo que parece, y se siguió empleando aún durante mucho tiempo, si bien sólo parcialmente y con mayor finura y destreza: incluso explicaciones recientísimas han dado, como argumento subsidiario, algún hecho material externo que repentinamente hubiera influído en el cambio de Pablo.

272. De todas maneras, este método naturalista, aplicado con semejante crudeza, aparece demasiado burdo para poder darle crédito.

(1) Cf.: *Vida de Jesucristo*, § 197 sigs.

(2) El intento que parece más antiguo de todos tuvo un éxito inesperado; lo refiero como lo hallo referido. En la primera mitad del siglo XVIII en Inglaterra, *dos «scholars» de Oxford, para aquietar su espíritu, se impusieron como tema de examen directo y diligente para las próximas largas vacaciones estivales una doble empresa: demostrar la inexistencia de la resurrección de Jesús, y de la conversión del Apóstol. Cuando volvieron a encontrarse, ambos se hallaban plenamente convencidos de lo contrario. Uno de ellos, Lord Lyttelton, dió a la estampa un elegante estudio*: Observations on the conversion and apostleship of Saint Paul (*London* 1747), *traducido y publicado en francés con un título más comprensible*: La réligion chrétienne démontrée par la conversion et l'apostolat de Saint Paul (*París*, 1754). Así, A. Vitti, en *Biblica*, 1942, p. 379: en nota se cita como fuente de información: W. H. Griffith Thomas, en *Intern. Standard Bible Enc.*, 4 (915), 2568.

(3) Cf.: *Vida de Jesucristo*, § 198.

No. Era preciso seguir otro método: era preciso, en primer lugar, seleccionar, como de costumbre, testimonios, y después referirse a la parte interna del acontecimiento, al drama psicológico de Pablo; por el contrario, las circunstancias materiales externas había que considerarlas como muy secundarias, y de hecho sin importancia.

En cuanto a los testimonios, había poco donde elegir. Para rechazar la resurrección de Lázaro, muchos eruditos daban la razón de que se trataba de un único relato, particular del IV Evangelio, y silenciado en los Sinópticos (1); pero en cuanto a la conversión de Pablo existían tres relatos, y todos equivalentes en su *concordia discors*. No quedaba, pues, sino extender sobre los tres una desconfianza general, insistiendo en que los tres se debían al redactor único de los *Hechos*, que había inventado, y se repetía hasta aburrir (2). Todo lo más, se podía sostener que en el camino de Damasco tuvo lugar una súbita manifestación del trabajo interior que atormentaba a Pablo, un repentino estallido de la crisis psicológica; pero, sin duda, el hecho había tenido lugar de modo muy diverso a como pretenden los tres relatos.

273. La investigación psicológica acerca de Pablo fué iniciada por C. Holsten, que desde 1861 la convirtió en tema especial de sus trabajos (3). Era discípulo de Baur (§ 125), y quiso recoger la herencia del maestro, cuya desconfianza había admitido que ningún análisis psicológico o dialéctico resolvía el problema de la conversión de Pablo. La solución propuesta por Holsten descubría en el hecho una crisis intelectual sucedida en un sujeto predispuesto: Pablo era un epileptoide, extremadamente sensible, propenso a trasladar a una esfera de éxtasis y visiones las impresiones intelectuales que recibía; tras un oscuro período de pasiva aceptación con respecto a la religión judía, su espíritu se despierta de improviso, se yergue, rechaza los antiguos conceptos y contempla una visión intelectual completamente nueva: es la liberación de su mente, y la primera «visión» de Cristo, a la que seguirán toda una serie de otras visiones neuro-extáticas. Así inició aquel «acto inmanente» de su espíritu, que constituyó precisamente su conversión.

Holsten quedó convencidísimo de esta explicación suya, y con él A. Hilgenfeld y algún otro; muchos, en cambio, disintieron, sobre todo W. Beyschlag, que replicó agudamente.

---

(1) Cf.: *Vida de Jesucristo*, § 493.

(2) En un librito pequeño de volumen, pero semejante a esas ampollas de los boticarios que contienen esencias concentradas, se lee que Pablo, en su carta a los Filipenses *definía su conversión como una toma de posesión de su alma por parte de Cristo* (3, 12). *El redactor de los Hechos ha dado con detalles infinitamente más dramáticos la versión estilizada del suceso, destinado a tener importantes repercusiones en el desarrollo de la primitiva propaganda cristiana Al menos tres veces encuentra el modo de insertar en su texto el relato uniforme de la conversión en el camino de Damasco, etc.* (*Act.*, IX, 3-19; XXII, 6-16; XXVI, 12-19); así, E. Buonaiuti: *San Pablo*, en *Profili*, núm. 77, Roma 1925, p. 8-9. Nótense las palabras *Al menos tres veces*. Aun cuando hubieran sido los relatos diez o veinte, todos estaban condenados de antemano porque eran sucesos sobrenaturales.

(3) La historia de estos estudios y las referencias bibliográficas se hallan, para el período más antiguo, en E. Moske: *Die Bekehrung des hl. Paulus*, Münster, i. W. 1907; para el período siguiente, en E. Pfaff: *Die Bekehrung des hl. Paulus in der Exegese des 20 Jahrhunderts*, Roma, 1942.

274. En 1890, O. Pfleiderer propuso una explicación igualmente psicológica, insistiendo, sin embargo, sobre la índole moral y sobre los elementos cristianos que debían haber influído en la conversión. Pablo había quedado bastante impresionado por la muerte serena y tranquila de Esteban, y experimentaba continuos remordimientos; esta turbación le había inducido a entrar en discusiones con los cristianos que estaba persiguiendo y encarcelando después de aquella muerte, y así, mientras crecían los remordimientos, su mente recibía nuevos impulsos hacia el cristianismo; por otra parte, cada vez le parecía más insuficiente la Ley judía para aportar al hombre la liberación; tanto, que en cierto momento él—invirtiendo la situación—se preguntó si esta liberación no vendría, en efecto, de aquel Jesús muerto en cruz, y tan semejante al Justo doliente por bien de los demás, de que hablan las Escrituras hebreas (*Isaías*, 53); añádase a esto la remota condición de Pablo, que tenía un carácter impulsivo, predispuesto a pasar en un instante de un extremo al otro; no se olvide un poquito de elemento material externo, o sea el paso repentino, en las proximidades de Damasco, de las nudas pistas solitarias del desierto a los amenos jardines que rodean la ciudad; es evidente que el conjunto de todas estas causas hizo que el perseguidor se derrumbase en el momento de iniciar la persecución, y de enemigo se cambiara, de golpe, en amigo. Sin embargo, Pfleiderer muestra hacia el final una inesperada agudeza, y admite que incluso después de estas pruebas el problema no está resuelto por completo, y por esto deja margen a una *revelación religiosa en el sentido más estricto de la palabra.*

275. La explicación dada por E. Renan (*Les Apôtres*, 1869, chap. X) fué, como él acostumbraba, de tipo ecléctico-esteticista. Entre los elementos que sacó de varios lugares, dió gran importancia a los hechos materiales externos, porque con ellos estaba familiarizado el escritor artista: cuando podía describir un drama psíquico-físico-sentimental, sobre un fondo de paisaje adecuado, estaba en pleno triunfo y sacaba páginas y páginas, todas de efecto maravilloso.

Pablo, pues, se acerca a Damasco para iniciar la persecución; pero, *como todas las almas fuertes, estaba próximo a amar lo que odiaba*; habiendo oído hablar de las apariciones de Jesús, a veces le parece que casi ve *el dulce rostro del Maestro*, que le mira *con aire de piedad y con un suave reproche*; por otra parte, su oficio de verdugo se le hace cada vez más odioso; además, está cansado por el camino, tiene *los ojos hinchados, tal vez un principio de oftalmía*, y ahora, al fin del viaje, pasa *de la llanura devorada por el sol a las frescas sombras de los jardines*; todo esto determina *un acceso febril en el organismo enfermizo y gravemente perturbado del fanático viajero, porque las fiebres perniciosas, acompañadas de reflejos cerebrales, son completamente subitáneas en aquella región* (1). Probablemente estalló al punto un tem-

(1) Estas *fiebres perniciosas y reflejos cerebrales* son oscuras pinceladas que Renan añade al cuadro para obtener mayor efecto dramático; pero no hay nada de verdad en ello. Si él advierte en una nota que ha sufrido uno de estos ataques en Byblos, y se ha dado muy bien cuenta—a diferencia de Pablo—de que tenía alucinaciones y no visiones, no queda sino admirar su agudeza y deplorar su infortunio, porque By-

poral, porque las laderas del Hermón son lugares donde se forman truenos de violencia incomparable, y las almas más frías no atraviesan sin emoción aquellas espantosas lluvias de fuego (1). Ahora todo está claro; Pablo, en su acceso febril pernicioso, ha confundido un rayo del temporal con la aparición del *dulce Maestro*; un trueno, con su voz, y helo aquí radicalmente cambiado para toda la vida y hasta el martirio. Sin embargo, resuelta la cuestión de Pablo, surge otra con respecto al mismo Renan: él, que tenía inteligencia para dar y regalar, ¿habrá creído sinceramente en las páginas que escribió, o bien le bastaba con que creyeran en ellas los caballeros volterianos y las damas intelectualoides de los salones parisinos?

276. El siglo xx entra en la explicación psicológica de la conversión de Pablo; muchas veces, ni siquiera se menciona si la resolución de la crisis psicológica tuvo lugar realmente en el camino de Damasco, o bien si toda aquella escena debe considerarse una ficción; las raras veces que se recuerda la escena del camino son, generalmente, para sacar de ella algunos factores materiales externos que ayudan de un modo subsidiario a la resolución de la crisis.

Los factores espirituales de la preparación psicológica son los que se adujeron en el pasado, todo lo más ordenados diversamente o acrecentados por algún elemento nuevo procedente de las investigaciones científicas realizadas entre tanto. Muchos eruditos suponen que Pablo tenía una remota predisposición a la crisis, por el hecho de que se había sentido en profundo desacuerdo espiritual con la Ley judía dentro de la que vivía: este desacuerdo, para algunos, habría llegado ya a un punto en que Pablo, aun antes de adherir al Cristo, estaba ya íntimamente convencido de que la Ley judía era incapaz de brindar al hombre la liberación espiritual que tan ansiosamente buscaba; para otros, en cambio, Pablo tenía la convicción de que el hombre, en estado de pecado o de culpa, no estaba en grado de observar los preceptos de aquella Ley, que, por lo demás, en sí misma era buena y divina. La única prueba aducida para afirmar esta labor interna de Pablo es el pasaje de la carta a los *Romanos* (7, e-25), donde habla del contraste en el hombre entre la carne humana y la Ley, pasaje que tendría también un valor autobiográfico (§ 243). En cuanto a la causa eficiente de esta dua-

---

blos es un lugar cómodo y agradable a orillas del mar. Por mi parte, debo reconocer que he sido bastante más afortunado que Renan: he recorrido, efectivamente, varios miles de kilómetros por Damasco, Cilicia, Galilea y el resto de Palestina, Antioquía y Siria, y tanto en pleno verano como en las demás estaciones, y sin embargo, jamás he padecido estas *fiebres perniciosas* ni—al parecer—*reflejos cerebrales*. Ni jamás he oído hablar de ello; el único caso que conozco es este de Renan. ¡Qué hombre desafortunado!

(1) Tampoco aquí debe asustarse el lector: estas descripciones no pretenden ser geográficas, sino artísticas. El Hermón es una montaña bastante elevada y majestuosa, y como todas las montañas elevadas provoca corrientes de aire, y precipitaciones atmosféricas repentinas, con los rayos y truenos de rigor; pero las *espantosas lluvias* de fuego yo no las he visto jamás allí, y tampoco he oído hablar de ellas. Probablemente Renan estaba pensando en la lluvia de fuego del Dante en el *Infierno* (XIV), y considerando justamente que su escrito sobre Pablo era una obra artística y no histórica, o geográfica, tranportó la mencionada lluvia al Hermón. Horacio lo permitía: *Pictoribus atque poetis quidlibet audendi semper fuit aequa potestas.*

lidad espiritual, la encuentran algunos eruditos en la impresión que dejó en Pablo el mundo intelectual helenista en que había nacido; otros pocos la hallan en la influencia ejercida sobre él por las enseñanzas de Gamaliel, que era el tipo abierto y liberal, como la escuela de Hillel (§ 75), frente al resto del fariseísmo mezquino y rígido; otros eruditos proponen diversas causas de varias clases.

277. A estas causas, de tipo más bien negativo, se agregan los factores positivos que atraen al descarriado Pablo hacia la nueva fe. Sólo una minoría supone el conocimiento que Pablo tuvo de Jesús mortal (§ 245-246), que le habría impresionado vivamente. Muchos, en cambio, piensan en la gran atracción ejercida sobre él por algunos conceptos de las religiones orientales, especialmente el iranio del Hombre primigenio o el de una divinidad salvadora que padece y muere, como se hallan en las religiones de misterios (§ 281); Pablo habría trasladado sobre Jesús de Nazareth conceptos de esta especie. Algunos prefieren un concepto especial de Mesías apocalíptico, como el que apareció en el judaísmo tardío; otros, en cambio, sostienen que el concepto del Mesías Jesús que tenían los cristianos helenistas era distinto del que tenían los judíos cristianos de Jerusalén, y piensan que Pablo fué ganado al concepto del Mesías Jesús de los helenistas, suponiendo, como condición necesaria para ello, que no se halló, de hecho, en Jerusalén a la muerte de Esteban y en la persecución subsiguiente contra los cristianos.

Estos son los elementos principales de la necesaria preparación psicológica de Pablo (entre muchos otros, que dejamos fuera por falta de espacio), pero muy raras veces se aducen aislados; casi siempre se proponen dos de ellos o más, a la vez, como coeficientes simultáneos, para lograr una eficacia mayor sumando juntas estas varias posibilidades. Muchas veces se requiere explícitamente la constitución anormal y psicopática de Pablo; a veces se agrega algún factor material externo; a veces, y a pesar de todo, se llega inesperadamente a una vaga confesión de desconfianza, casi dictada por la prudencia científica, admitiendo que el suceso jamás podrá explorarse hasta el fondo.

278. Como ejemplo de explicación prudente y ecléctica a un tiempo, puede citarse a Loisy (*Actes,* 1920, p. 395 y siguientes). Se muestra Loisy desconfiado ante la idea de una preparación psicológica; pero, no pudiendo eximirse, trata también él la cuestión, si bien de modo vago y periférico. Pablo no estaba ya seguro de la Ley judía, de su perfección, de su eficacia moral, de su fuerza de atracción hacia los paganos; además, estaba en un *état cérébral relevant de la psychiâtrie;* en realidad, su pensamiento se había llenado, a pesar suyo, de aquel Cristo que estaba combatiendo, *et un beau jour, dans une crise psychique, elle lui le imposa en quelque sorte à lui-même par une hallucination assez forte pour déconcerter sa volonté, et le subjuger littéralement à l'impression de son rêve*; la escena, después, toma artificiosamente en el relato un aspecto metereológico, eléctrico, que haría pensar en cualquier fenómeno externo análogo; en cuanto a los compañeros de viaje, deben

ser una invención del narrador, que ha querido preparar asistentes al futuro ciego.

Finalmente, no son pocos los eruditos racionalistas que, rechazando resueltamente todo intento de explicación psicológica, afirman que la conversión de Pablo es, y seguirá siendo, un problema insoluble. En el campo protestante son todavía más numerosos los eruditos que la consideran abiertamente como el resultado de una intervención sobrenatural.

279. Como fácilmente habrá observado el lector, el Pablo perfilado en todas estas explicaciones, que casi exclusivamente se preocupan de eliminar el elemento sobrenatural, no es precisamente el Pablo que presentan los documentos. Sería como si para explicar la conversión de Agustín un erudito lo describiera como un gran caudillo militar minado por la envidia de sus colegas y que por esto se entregara a Dios; o bien como un gran político derrotado por sus adversarios, y que por esto se entregara a Dios; o bien como un amante enamorado perdido, pero inútilmente de una mujer, y que por esto se entregara a Dios. Pero no; todos estos Agustines no son el Agustín de las *Confesiones,* el cual nos refiere en ellas cómo tuvo lugar realmente su conversión; y quien abandona el relato de este libro para sustituirlo por otros relatos contrarios, podrá delinear Agustines de muchas clases, dibujados con habilidad mayor o menor, pero todos serán Agustines inventados, porque el Agustín histórico es sólo el de las *Confesiones.* Lo mismo puede decirse en nuestro caso; los Pablos trazados en las diversas explicaciones mencionadas estarán dibujados más o menos hábilmente, pero son figuras inventadas; el Pablo de la Historia es el Pablo de los documentos.

280. Ahora bien: es muy fácil y muy cómodo rechazar una afirmación de los documentos porque molesta, o bien inventar de nueva planta un detalle que se necesita, aunque vaya en contra de los documentos. De este modo se hacen patrañas, pero no historia. Y lo que aun es peor, estas patrañas están expuestas a humillantes mentís. Algunos mentís son directos e inmediatos; por ejemplo, hemos visto hace poco que para Loisy los compañeros de viaje de Pablo eran una invención del narrador; pero Loisy se atrevió a afirmar semejante enormidad por la única razón de que era un erudito de biblioteca, y así, como jamás había concedido importancia ni a la arqueología ni a la geografía histórica, tampoco concebía las costumbres de Oriente, y por esto no sabía que en Oriente los viajes un poco largos no se hacen jamás solo, sino siempre en caravana; tanto más, en este caso Pablo debía ir bien acompañado y escoltado, porque su viaje duraba ocho días (§ 263) y se dirigía a Damasco no en busca de placeres, sino para realizar un acto de autoridad y violencia.

Otros mentís son menos inmediatos, pero no menos tajantes. Las explicaciones examinadas presentan a un Pablo atormentado de remordimiento, o con un problema espiritual, o influenciado por el helenismo, o cosas parecidas; pero esto son meros postulados, y, en general, están contradichos por todo lo que sabemos de cierto sobre Pablo.

¿Atormentado de remordimientos? ¡Todo lo contrario! Debía gloriarse, y complacerse, y alegrarse en su conciencia y ante Dios por haber quitado de en medio a Esteban y a otros enemigos de la Ley, y no sentiría por ello remordimiento. ¿No era el fariseo íntegro, de una pieza, vibrante por su idea y totalmente entregado a ella? ¿Qué remordimiento podía tener un furioso iconoclasta del siglo VIII por haber hundido una buena cantidad de iglesias sobre los cristianos que estaban dentro? Y, en nuestros días, algún alto oficial alemán, enviado a Italia para representar al régimen nazi, ¿qué remordimiento puede tener por haber robado y después ametrallado a millares de hebreos, y haber torturado y encarcelado y después ahorcado a millares de cristianos, y haber desvalijado aquí y allá sacristías y museos, enviando su contenido a Alemania? ¿No era todo una nobilísima *Kuturkanf* para el triunfo de la idea nazi? Si algún remordimiento podía tener aquel alto funcionario nazi era el de no haber convertido Italia entera en un Sáhara. Con las proporciones debidas, Pablo, en el camino de Damasco, estaba en una situación de espíritu muy semejante.

281. ¿Pablo a disgusto bajo la Ley? Nadie pretende disimular sus observaciones acerca de la Ley, pero son posteriores al suceso del camino de Damasco y no anteriores a él; son el efecto de aquel suceso, pero no la causa; el trastornar las relaciones, suponiendo que Pablo se atreviera a juzgar de tal modo la Ley antes de Damasco, no es más que una pueril *petitio principii.* Muy lejos de estar incómodo bajo la Ley, Pablo se hallaba en ella deliciosamente bien, como sus colegas los rabinos que describe la Mishna.

Y un rabino de puro temple, como él, educado en las escuelas más ortodoxas de Jerusalén, ¿estaría bajo el influjo del helenismo y de las religiones orientales? ¿Habría sido minado su espíritu lentamente por los conceptos de las religiones de misterios o por el iranio del Hombre primigenio, hasta que al fin se derrumbó transfiriendo estos conceptos a Jesús de Nazareth? La contestación a estas preguntas es sencilla y la suscitan claras analogías históricas: quien pueda imaginar un Savonarola que acoja festivo los licenciosos *Canti Carnascialeschi* de Lorenzo el Magnífico, o bien un Belarmino que lea con placer y recomiende un escrito de Lutero, o bien, en nuestros días, un Fr. Delano Roosevelt que prescriba en las escuelas americanas la lectura y el estudio de los escritos de Hítler; pues bien, éste podrá tal vez—pero no es seguro—imaginar un Pablo rabino que acoja benévolamente conceptos religiosos paganos, vengan de donde vinieren. ¿No había leído mil veces en la Ley hebrea que la idolatría era el delito máximo para un israelita y que los cultos extranjeros eran un adulterio que el pueblo elegido cometería contra su esposo Jahvé? Si le hubiera sido permitido, su celo no habría dudado en repetir contra todos los cultos idólatras el gesto de Fines, tan enérgico y tan alabado en la Biblia *(Números*, 25, 7 y siguientes; Salmos, 106; Vulgata, 105, 30; *I Macc.*, 2, 26, 54) y mencionado más tarde por el mismo Pablo (*I Cor.*, 10, 8). Por lo demás, basta leer el tratado *Abodah Zarah,* que la Mishna reserva al culto idólatra, para comprender históricamente en qué hostilísima disposición de ánimo se hallaban Pablo y sus colegas rabinos con respecto a las más te-

nues ramificaciones de la idolatría; pero, como se quiere hacer historia apriorística y no historia documental, se pasa a la ligera sobre todos estos testimonios (1).

282. Finalmente, hasta se ha sostenido que Pablo no era un fariseo tan ardiente y celoso, y para dar una base cualquiera a esta afirmación se ha negado que estudiara en Jerusalén con Gamaliel. Pero si resulta cómodo negar arbitrariamente lo que perturba, será tanto más razonable contestar insistiendo sobre la autoridad de los documentos cargados de semejantes negaciones—suponiendo siempre que se quiera hacer historia y no patrañas y que se prefiera el Agustín de las *Confesiones* al Agustín guerrero, político o enamorado.

Las demás hipótesis propuestas son aún más frágiles y, por lo demás, no han hallado muchos seguidores. Pablo no se vió impelido a adherir a Jesús, porque había asimilado anteriormente el concepto de Mesías apocalíptico difundido en el judaísmo tardío; prescindiendo de otras consideraciones, una confrontación minuciosa entre este concepto del Mesías—como se halla en varios escritos de apocalíptica—y el concepto que Pablo en sus escritos muestra tener del Mesías Jesús, son completamente diversos (2). No es más sólida la hipótesis que hace depender la preparación psicológica de Pablo del hecho de que había asi-

---

(1) La opinión de que Pablo depende en muchos conceptos de sus cartas de las religiones de misterios se puede considerar como una de estas epidemias conceptuales que de cuando en cuando se declaran entre los eruditos, y después de haber reinado durante algún tiempo declinan y se apagan. La epidemia «mistérica» tuvo su principal difusor en R. Reitzenstein: *Die hellenistischen Mysterienreligionen*, 1910, 3.ª ed., Leipzig 1927; libro riquísimo en noticias científicas, y paupérrimo de lógica constructiva; entre los muchos que le siguieron hay que mencionar a A. Loisy, que acentuó, como de costumbre, las ideas ajenas en una serie de artículos (1911-1914), reunidos más tarde en un volumen bajo el título de *Les mystères païens et le mystère chrétien*, París, 1919; en la difusión de la epidemia intentó participar algún *povero untorello* italiano, que calcó puntualmente los modelos de Loisy. En cambio, quedaron inmunes de infección algunos eruditos independientes de gran nombre, como A. Harnak, A. Schweitzer, C. Clemen, Ed. Meyer (en parte Fr. Cumont, J. Toutain) y, naturalmente, también los católicos, que, sin embargo, reaccionaron con una violencia que era desproporcionada a la amenaza. Hoy la epidemia existe aún, pero ha perdido mucha virulencia. Ciertamente, nadie niega que Pablo haya podido conocer las religiosos de misterios, y que algunos términos de los que él emplea se hallan en la terminología mistérica (por ejemplo: μυστήριον, ἀποκάλυψις, τέλειος, γνῶσις, ἐμβατεύω, etcétera). Pero la cuestión es saber, secundariamente, si Pablo sacó estos términos del uso mistérico, y no más bien del uso común en donde ya existían, y primariamente, si los conceptos expresados por Pablo con aquellos términos son los mismos de las religiones de misterios, y no más bien totalmente diversos. Nada peor en materia religiosa que concluir la igualdad de los conceptos de la igualdad de los términos o de analogías generales en los ritos (el *Logos* del IV evangelio y las frecuentes abluciones en las diversas religiones enseñan algo a este propósito); de todos modos, valga esto como añadido a la cuestión de más arriba, fácilmente olvidada, acerca de la irreductible aversión de Pablo, primero como rabino, y después como cristiano, hacia todo cuanto provenía de las prácticas idólatras de los paganos (cf., por ejemplo, *II Cor.*, 6,14-16). No podemos nosotros volver a tratar aquí la cuestión tratada ya por otros óptimamente. Pueden consultarse: M. J. Lagrange, en *Revue Biblique*, 1920, p. 420-446 (recensión del volumen de Loisy *Les mystères*, etc.); J. Gr. Machen: *The origin of Paul's religión*, London 1921, p. 211-290; U. Fracassini: *Il misticismo greco e il cristianesimo*, Città di Castello, 1922; L. de Grandmaison: *Jésus Chrits*, París, 1931, II, p. 510-561; L. Allevi: *Ellenismo e cristianesimo*, Milano, 1934.

(2) Cf.: J. Gr. Machen: *The origin*, o. c. p. 173 sigs.

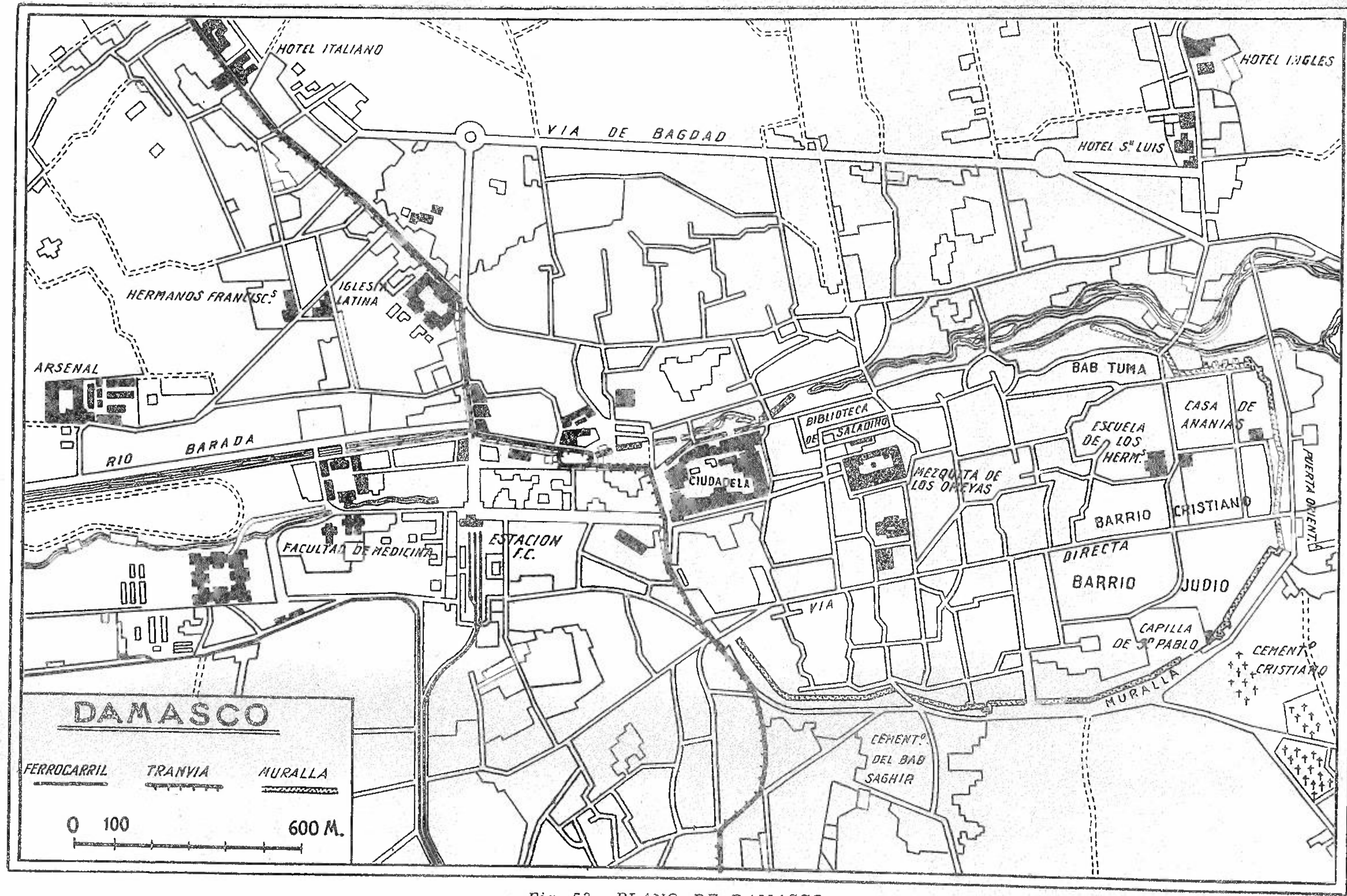


Fig. 53.—PLANO DE DAMASCO

milado el concepto del Mesías Jesús difundido entre los cristianos helenistas, distinto del difundido entre los judeocristianos; antes que nada, esta hipótesis supone una dependencia gratuita del rabino Saulo de los cristianos helenistas, la cual jamás se atestigua, mientras que en compensación rechaza injustamente la permanencia en Jerusalén antes de la conversión, ésta bien atestiguada; además, también aquí la comparación entre la fe de Pablo y la del resto del cristianismo primitivo desmiente la hipótesis, porque demuestra el pleno acuerdo existente entre ambas (1).

283. En conclusión, ¿por qué se convirtió Pablo? Lo dice él mismo con un término rico de matices: *Fuí alcanzado por Cristo Jesús* (*Filip.*, 3, 12). El verbo griego κατελήμφθην podría traducirse también *fuí sorprendido, fuí conquistado, fuí hecho presa,* y se aplica a una persona a quien le coja de sorpresa un suceso, un soldado hecho prisionero, un premio ganado en una competición, la fiera capturada en la caza.

En resumen, fué alcanzado de pronto por Cristo Jesús, que con longanimidad y sagacidad le había espiado, le esperaba y, de pronto, cayó sobre él (κατα—) y se apoderó de él (λαμβάνω). El arquero invisible le había espiado y había seguido sus huellas desde hacía mucho, porque había puesto los ojos sobre él desde que estaba en el seno de su madre (*Gal.*, 1, 15); el apostamiento, en cambio, sucedió en el camino de Damasco, del modo que ya sabemos: se lanzó la flecha, voló infalible, se incrustó en la carne viva de la presa; pero de qué modo el arma inescrutable domó y conquistó y transmutó en un solo golpe a aquella fiera salvaje, esto ni lo sabemos, ni lo sabremos jamás.

Son secretos divinos.

*

* *

284. Llevado de la mano, lentamente (§ 266), Pablo entró en Damasco. Dadas las condiciones en que se encontraba, los hombres de su escolta consideraron que necesitaba, sobre todo reposo; lo llevaron por esto a casa de un cierto Judas, probablemente el posadero más célebre de la colonia hebrea local. La casa estaba situada en una de las mejores calles de la ciudad, llamada «Vía Recta» (*Act.*, 9, 11), que atravesaba Damasco de oriente a occidente en toda su anchura y estaba bordeada de una columnata doble; de esta columnata quedan hoy restos considerables, así como también se ha traducido al árabe el nombre de la calle (Darb al-mustaqim), la cual, si bien un poco más estrecha, sigue más o menos el trazado de la antigua. En aquella posada confortable Pablo estuvo *tres días sin ver y sin comer ni beber* (ibíd., 9); el médico Lucas, que transmite estas noticias, no podía dejar de lado estos fenómenos fisiológicos que siguieron al gran encuentro.

Los fenómenos, por lo demás, son normalísimos. Después de lo sucedido, y sin saber qué iba a suceder, Pablo se hallaba en un estado de

(1) Cf.: J. Gr. Machen: *The origin,* o. c., p. 119 sigs.

absoluto desconcierto. Las tinieblas de sus ojos parecían reflejarse también en su espíritu, o, mejor dicho, no, en su espíritu no había tinieblas, sino luz; sin embargo, era una luz indistinta, vaga, como una nube luminosa, dentro de la cual no lograba todavía distinguir nada preciso.

Le habían anunciado que fuera a la ciudad y que allí le dirían lo que debía hacer (§ 265). ¿Quién se lo diría? ¿De qué modo? ¿Un hombre o un ángel? ¿Tendría otra visión? Pablo no sabía nada de todo esto. Y entonces, en espera de que la nube luminosa que envolvía su espíritu se transformara, según la promesa recibida, en una percepción clara, rezó (ibíd., 11). ¿A quién dirigió su plegaria? Ciertamente a Jahvé, el Dios de Israel, como había hecho siempre; pero ahora también se dirigía a aquel Jesús a quien tanto había odiado, pero al que ahora se encontraba como dominador de lo más íntimo de su espíritu.

285. Había un seguidor de la nueva fe, de nombre Ananías, considerado tanto en Damasco como en Jerusalén como *varón piadoso según la Ley (Act.,* 22, 12). No se sabe cuándo ni en qué circunstancias Ananías abrazó la nueva fe; tal vez era uno de los cristianos que se habían alejado de Jerusalén huyendo de la persecución (§ 258); es seguro que conocía a Pablo por su fama como perseguidor de los cristianos de Jerusalén, y sabía la misión que le había sido encomendada en Damasco (9, 13-14); tal vez, como cristiano de más viso, era uno de los primeros a quienes Pablo debía haber encarcelado. A éste fué a quien *el Señor,* esto es, Jesús, le ordenó, en una visión, que se dirigiera a la Vía Recta, a casa de Judas, para visitar a un hombre llamado *Saulo Tarsense,* que en aquel momento rezaba (1). Como Ananías objetase cuanto sabía acerca de aquel hombre, el Señor responde: *Ve, porque es éste para mí vaso de elección* (hebraísmo por *instrumento elegido) para que lleve mi nombre ante los gentiles, y los reyes y los hijos de Israel. Yo le mostraré cuánto habrá de padecer por mi nombre* (ibíd., 15-16) (2). Ananías obedeció ante esta declaración.

(1) En este punto el relato inserta el pasaje siguiente: *Y vió a un varón llamado Ananías, que entraba y le imponía las manos para que viese* (9, 12). El sujeto que *vió* es ciertamente Pablo, y la visita efectiva de Ananías se cuenta poco después (vers. 17). La explicación exegética es difícil, y se complica con la cuestión textual, porque el pasaje entero está omitido en un códice importante. Algunos críticos lo consideran una interpolación posterior, procedente de otra fuente (véase cuanto se dijo acerca del «texto occidental» en la nota al § 119). Manteniendo el pasaje, como hacen, por lo demás, todas las ediciones críticas, puede explicarse o como una comunicación del propio narrador (y esto hace la Vulgata), o como una comunicación hecha a Ananías por el *Señor,* que le está hablando, pero ambas explicaciones ofrecen serias dificultades; podría tratarse de una visión que Pablo tuvo al mismo tiempo que Ananías. Véanse a este propósito los comentarios a los *Hechos.* Algún erudito, obsesionado por las religiones de misterio, ha encontrado un paralelo a esta visión doble en los ritos de iniciación que refiere Apuleyo (*Metamorfosis,* XII), que, sin embargo, escribió en la segunda mitad del siglo II de C.

(2) Como ya dijimos (§ 269) el anuncio de que Pablo está destinado a ser apóstol de los gentiles lo da en el tercer relato no Ananías, sino el mismo Cristo a Pablo. Es más detallado este pasaje, y dice así: *Pues para esto me he dejado ver de ti, para hacerte ministro y testigo de lo que has visto y de lo que te mostraré aún, librándote del pueblo y de los gentiles a los cuales yo te envío para que les abras los ojos, se conviertan de las tinieblas a la luz y del poder de Satanás a Dios, y reciban la remisión de los pecados, y la herencia entre los debidamente santificados por la fe en mí.* (*Act.,* 26, 16-19.)

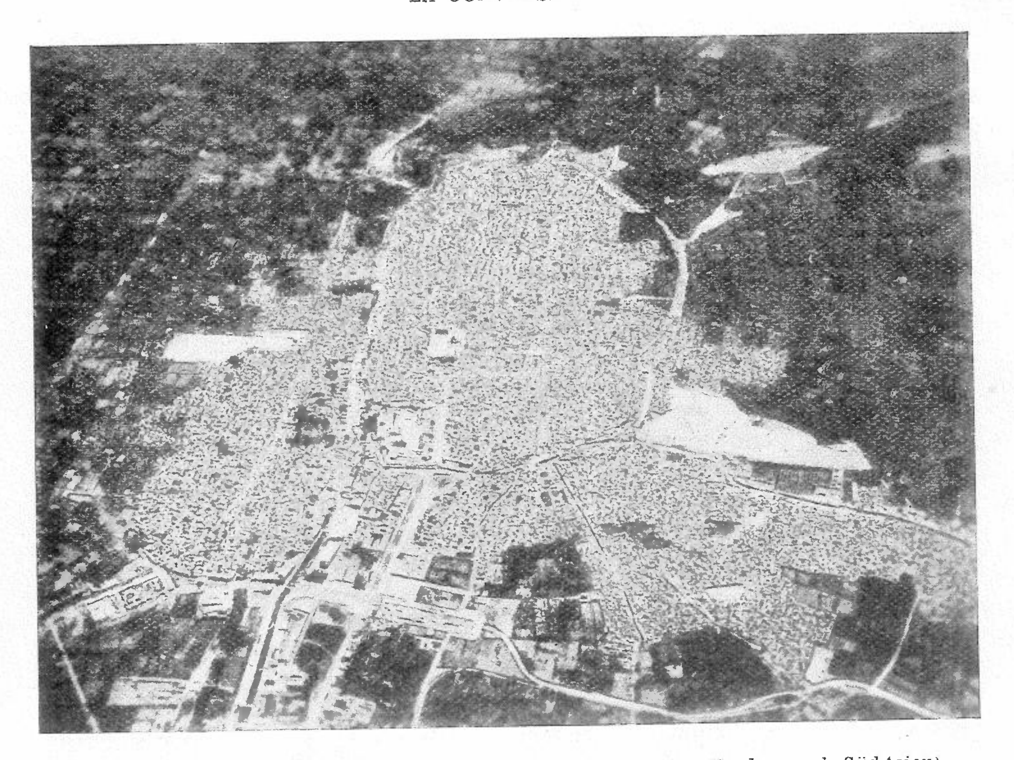


Fig. 54.—DAMASCO VISTA DESDE AVION (de Klute-Frey. *Vorder und SüdAsien*). (*Arriba, el Este; a la izquierda, el Norte. Casi en el centro del redondel está la mezquita de los Omayyadi; a su lado, de arriba a abajo, la «Via Recta»; arriba, la Puerta Oriental y el barrio cristiano.*)

Si se acepta la común indicación moderna que señala el lugar de la casa de Ananías en el barrio cristiano, un poco al norte de la extremidad oriental de la Vía Recta, el trecho de su casa a aquélla en donde se encontraba Pablo era un breve paseíto. Al entrar en la casa de Pablo, Ananías, *imponiéndole las manos, le dijo: «Hermano Saulo, el Señor Jesús, que se te apareció en el camino que traías, me ha enviado para que recobres la vista y seas lleno del Espíritu Santo». Al punto se le cayeron de los ojos unas como escamas* (ὡς λεπίδες) *y recobró la vista, y, levantándose, fué bautizado* (ibíd., 17-18).

286. Este es el esquemático relato de Lucas; pero, sin duda, se han omitido las infinitas cosas que debieron decirse ambos interlocutores, incluso para su mutuo esclarecimiento. Ananías, pues, se presenta a Pablo como portador de la luz material y moral: hace que *vea* y que se llene *del Espíritu Santo*.

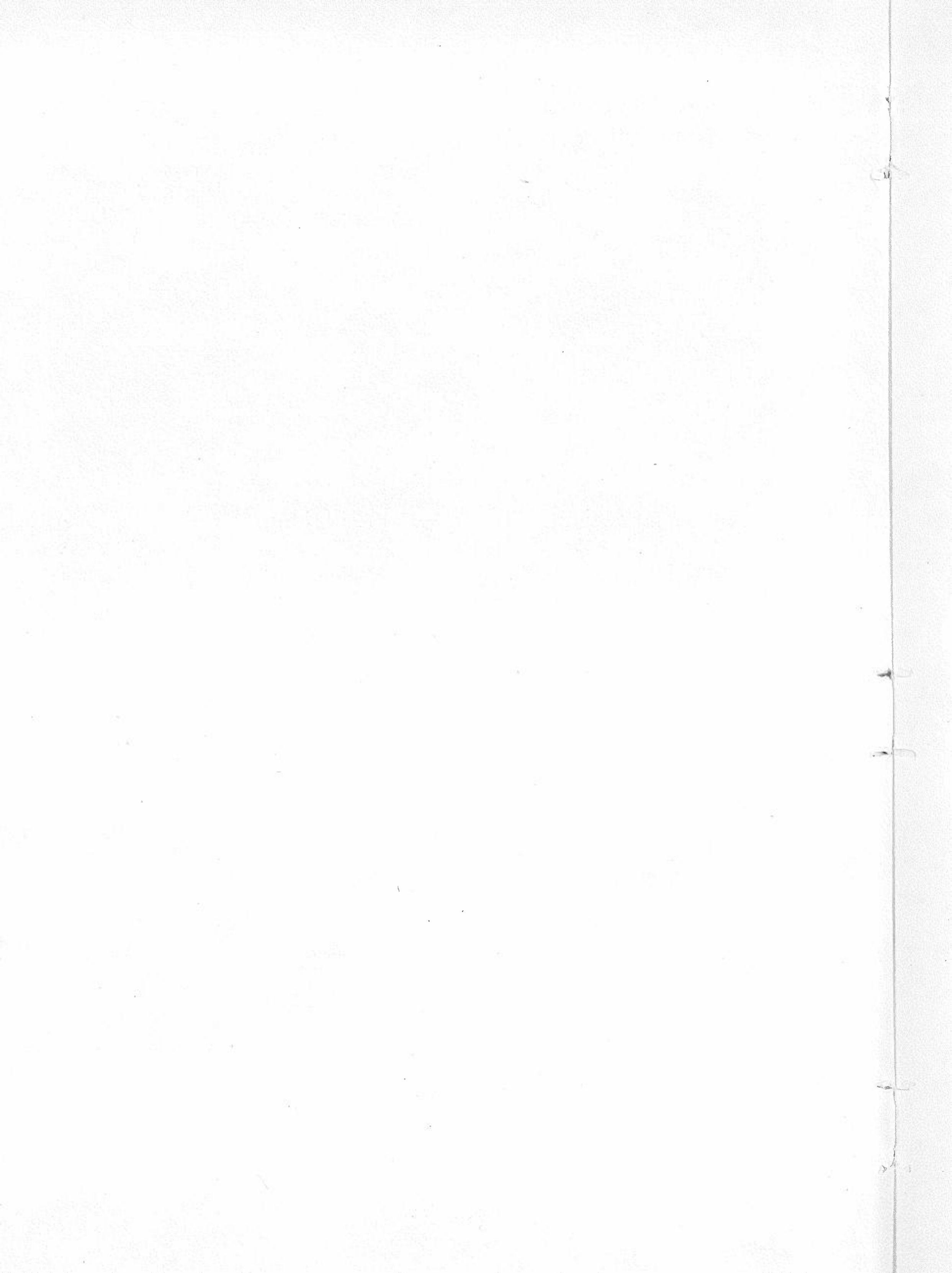
Es muy posible que Ananías poseyera el carisma de las «Curaciones» (§ 216), y que por esto se sirviera de él normalmente en el caso de Pablo, como tal vez ya había hecho en otros casos. Cuando le hubo *impuesto las manos,* de los ojos del ciego se cayeron *unas como escamas*; esta última indicación, ¿hay que interpretarla en sentido material o bien en sentido metafórico? ¿Se desprendieron en verdad

una especie de pieles de los ojos del ciego o bien recobró la vista como si le hubieran quitado de los ojos las escamas que los cegaban? Algunos eruditos prefieren esta segunda interpretación, tan sólo metafórica; pero toda la construcción de la frase (el *como* directamente referido a *escamas)* sugiere a primera vista el sentido material del hecho; añádase que el que refiere es el médico Lucas, siempre atento a observar y a señalar fenómenos fisiológicos. Además, no tiene fundamento alguno la opinión que descubre en este hecho una prueba de la presunta oftalmía de Pablo (§ 198, nota); siendo milagrosa esta curación, también podía curar a Pablo de la oftalmía natural que entonces padeciese.

287. Recibida la luz del cuerpo mediante la curación y la del espíritu mediante la infusión del Espíritu Santo, Pablo *fué bautizado.* Sin duda conocía de oídas el bautismo como rito fundamental de los secuaces de Cristo Jesús, y acerca de la eficacia del rito le fueron dadas más explicaciones por Ananías (cf. *Act.*, 22, 16); por esto recibió inmediatamente el rito, para hallarse también oficialmente incorporado a la sociedad de Cristo Jesús. Tal vez el bautismo tuvo lugar en casa de Judas, donde no faltarían grandes vasijas para las abluciones, porque Damasco fué siempre una ciudad bien provista de agua.

Aun después de haber presentado de este modo a Pablo como nuevo cristiano, Lucas no logra olvidar que es médico; viéndole ahora nacido a una nueva vida espiritual, da una última ojeada a su vida fisiológica y sentencia clínicamente: *Tomó alimento y se repuso* (ibíd., 19).

Al cabo de tres días, pasados sin comer ni beber, el hecho parece normal, y, sin embargo, en la noticia del finísimo Lucas va implicado un consejo, también moral. Pablo, hecho cristiano, no se hace un fanático, sino que se aleja, más que nunca, de aquel estado de exaltación faquírica que, algunos años después, inducirá a más de cuarenta de sus connacionales a juramentarse para estar sin comer y sin beber hasta que no hayan matado a Pablo *(Act.,* 23, 12-13). Pablo, no; hecho cristiano, come y bebe y repone sus fuerzas. Con el equilibrio espiritual reconquistaba el equilibrio fisiológico.



LOS PRIMEROS AÑOS CRISTIANOS

288. Las grandes conversiones a Cristo jamás han llevado consigo la supresión del carácter individual, sino tan sólo su sublimación; la psique del convertido permanece en esencia lo que era antes, tan sólo se eleva a una esfera infinitamente superior. Francisco de Asís había sido antes poeta, y poeta siguió después; Ignacio de Loyola había sido soldado antes, y siguió siéndolo después, organizando y mandando una tropa a quien, naturalmente, dió el nombre de «compañía» y escribiendo, además, un manual de táctica y estrategia, al que dió el nombre de «ejercicios». Aun antes de Francisco y de Ignacio y de tantos otros, Pablo siguió esta regla: el «hombre» que estaba escondido en Saulo permaneció en Pablo; tan sólo ocurrió que antes aquel «hombre» sostenía a un fariseo rabino, después a un cristiano apóstol.

Pero esto sucedió desde el comienzo, que la impetuosidad natural del «hombre» le impulsó a obrar inmediatamente como cristiano ¿Era posible con un temperamento como el suyo estar nunca inactivo y menos aun después de un suceso como el encuentro en el camino de Damasco? En la ciudad Pablo se unió abiertamente con los cristianos; sin embargo, con ellos siguió frecuentando las sinagogas; allí, en los discursos homiléticos permitidos a todos los presentes, *se dió a predicar que Jesús es el Hijo de Dios (Act.*, 9, 20). Lo que pocas semanas antes había hecho en Jerusalén Esteban (§ 251), lo hacía ahora Pablo en Damasco, como si hubiera recogido la herencia moral de su víctima. Resultó lo que fácilmente podía preverse: *Y cuantos le oían quedaban fuera de sí, diciendo: ¿No es éste el que en Jerusalén perseguía a cuantos invocaban este nombre, y que a esto había venido aquí, para llevarlos atados a los sumos sacerdotes?* (ibíd , 21).

Pero este primer ensayo de apostolado fué breve, sólo de *algunos días* (ibíd., 19). Como ya vimos por el examen de los documentos (§ 152), Pablo, inmediatamente después, se alejó de Damasco para retirarse en Arabia.

289. Retiro en Arabia. Fuga de Damasco.—No conocemos las razones para el retiro en Arabia, y sólo podemos hacer alguna conjetura. Es probable que Pablo se alejase de Damasco para huir de las amenazas de los judíos, irritados con su repentino cambio; pero, en cambio, era demasiado reciente para que temiera estas amenazas, que, por lo

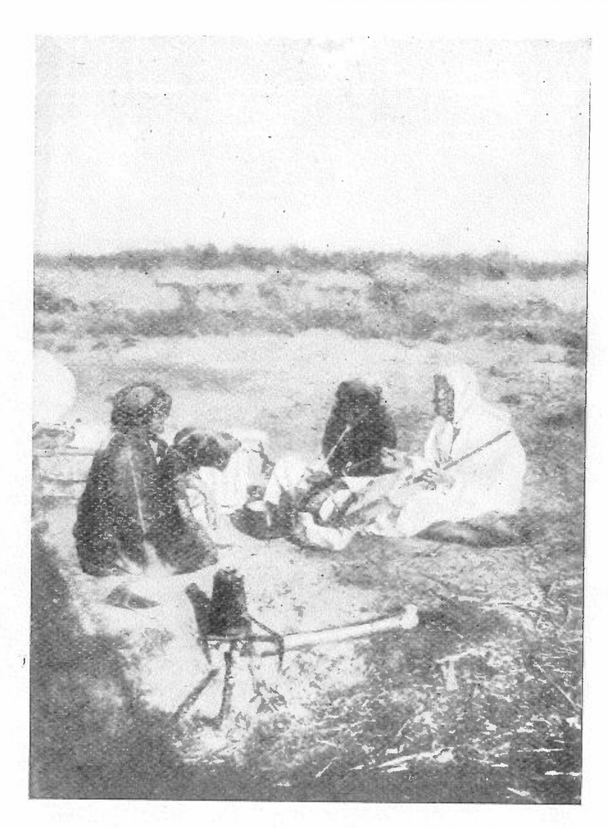


Fig. 55.—BEDUINOS NOMADAS EN EL DESIERTO SIRIACO

demás, son poco verosímiles también por parte de los judíos, que todavía no estaban bien enterados de la nueva postura de Pablo. En cambio, es posible que Pablo, que tenía conocidos en algún poblado de Arabia, tuviera motivos especiales para dirigirse allí inmediatamente; o acaso fuera para predicar su nueva fe.

¿Mas a qué región alude este nombre de *Arabia?* El término es demasiado vago, porque en aquel tiempo se aplicaba a todos los inmensos territorios del otro lado del Jordán, que se extendían hasta la alta Siria por el Norte, hasta el Eufrates por el Este y hasta el Mar Rojo por el Sur. Estos territorios, además, eran mucho menos desiertos que hoy y tenían numerosos centros habitados, florecientes. ¿Se retiró Pablo a uno de estos centros situado en las proximidades de Damasco? Puede ser; entonces se explicaría por qué el relato de los *Hechos* olvida la mención de esta estancia, considerándola una misma con la de Damasco. Pero puede darse también que se aluda a alguna región de Arabia desierta y solitaria; por razones ideales, se ha pensado incluso en el monte Sinaí (cf. *Gal.*, 4, 25). Es muy posible que Pablo, después del total trastorno acaecido en su espíritu, sintiera necesidad de retirarse durante algún tiempo para mejor orientarse, conceptual y humanamente, en el nuevo mundo espiritual en que se hallaba. En realidad, nunca dejó de haber judíos que vivieran solitarios en el desierto por motivos religiosos; tan sólo tres quinquenios después de la conversión de Pablo, Flavio Josefo, todavía adolescente, vivirá durante tres años en el desierto, junto a una ermita llamada Banno, por amor al ascetismo *(Vida*, 11-12). El caso de Pablo podría ser análogo, impulsado por los motivos señalados.

290. Esta estancia en Arabia duró probablemente tan sólo pocos meses, y después volvió Pablo a Damasco. Allí reanudó su predicación polémica: *Saulo cobraba cada día más fuerzas, y confundía a los judíos de Damasco, demostrando que éste es el Mesías (Act.*, 9, 22). Si en los

primeros días siguientes a la conversión de Pablo los judíos de Damasco pudieron dudar de su nueva actitud, ahora no cabían incertidumbres; noticias llegadas, tal vez de Jerusalén, confrontadas con la reciente conducta de Pablo, lo presentaban como un perfecto traidor. El pastor se había convertido en lobo. De este descubrimiento se sacó la conclusión que, fué en todo análogo a la decisión tomada por Pablo—o al menos aprobada por él—en el caso de Esteban (§ 252), había que quitar de en medio al traidor. Por esto, transcurridos *bastantes días, resolvieron los judíos matarle* (ibíd., 23). Pero Pablo se enteró de la conjura, probablemente por mediación de algún cristiano no sospechoso a los conjurados, y se puso en guardia.

Los judíos, sin duda mediante dinero, habían ganado a su proyecto al *etnarca del rey Aretas,* y por esto se habían puesto guardias en las puertas de la ciudad para que Pablo no huyera (§ 152). Pero el que buscaban se mantuvo escondido; probablemente se refugió en casa de algún cristiano, que estaría adosada al interior de las murallas de la ciudad, y esta costumbre de construir sobre un muro, apoyándose en él, se halla sea en el Oriente antiguo *(Josué,* 2, 15), sea en el moderno, especialmente en Damasco. Una noche, de acuerdo con los hermanos en la fe, Pablo se metió como pudo en una gran espuerta, le descendieron a través de una ventana de la casa y puso pie en tierra fuera de las vigiladas murallas.

La estratagema no era extraordinaria; grandes espuertas de mimbre servían usualmente para el transporte de objetos múltiples (§ 186), y aun para subir cargas pesadas al piso superior de una casa, o para sacarlas de allí; hasta hace poquísimos años, los viajeros que visitaban el monasterio-fortaleza de Santa Catalina, en el monte Sinaí, entraban en él elevados desde arriba dentro de una espuerta de esta especie. También David se había fugado así, descolgándose por una ventana, como, sin duda, Pablo había leído mil veces en la Biblia (*I Sam.,* 19, 12); sin embargo, el ejemplo del heroico antiguo jamás pudo borrar el recuerdo de la viva repugnancia que sentía Pablo al tener que recurrir a aquella fuga de ladrón, y dieciocho

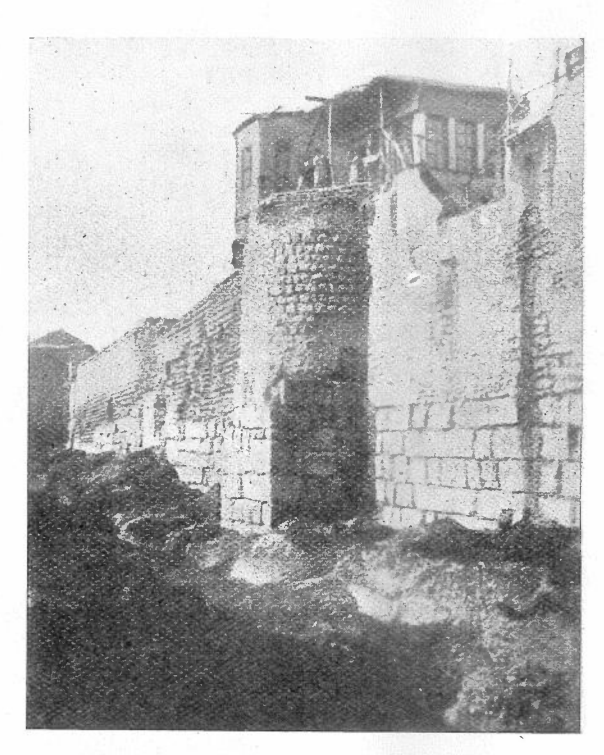


Fig. 56.—DAMASCO. MUROS DE LA CIUDAD, CON VENTANAS SALIENTES (de *Enciclopedia Italiana*).

años más tarde recordará todavía el episodio como una crucificante humillación sufrida (*II Cor.*, 11, 30-33).

Habían pasado tres años desde su conversión. Era el año 39 (§ 152).

291. VISITA A JERUSALÉN. PERMANENCIA EN TARSO.—Cuando Pablo saliendo de la espuerta se encontró libre al pie de la muralla de Damasco, alejándose rápidamente y con cautela se dirigió hacia el Sur, hacia Jerusalén. Si se hubiera dirigido hacia el Norte, hacia Tarso, habría encontrado en su patria a familiares y amigos, seguridad y comodidad; pero la patria de su espíritu era ahora Jerusalén, ciertamente no la Jerusalén del buen Gamaliel y menos la del Sanedrín, sino la de Pedro. Dice él mismo que fué a Jerusalén *para explorar a Cefás* (ἱστορῆσαι) (*Gál.*, 1, 18).

Nuestra traducción *explorar* es ruda y no del todo precisa, pero nos ha parecido la más próxima a la idea original. La raíz griega, en efecto, puede aplicarse en sentido material a un capitán que explora una región con fines guerreros; en sentido moral, a quien trata de informarse con respecto al pensamiento de alguien, o bien a quien desee conocer directamente y con cierta profundidad a una persona célebre o un objeto (1). Si Pablo se dirigió a Jerusalén fué para conocer personalmente y a fondo a aquel personaje llamado Cefás, y también Pedro; es más, le importaba tanto conocer a aquel personaje, que los quince días que pasó con él parece que se desinteresó de todo lo demás, porque hace saber que *a ningún otro de los apóstoles vi, si no fué a Santiago el hermano del Señor* (*Gál.*, 1, 19). ¿Por qué tenía Pablo tantos deseos de entrar en relación con Pedro? Por ahora, abstractamente, podemos decir que esta visita está en relación con el cambio operado en él con la visión del camino de Damasco, y que había madurado cada vez más durante aquellos tres años (§ 301).

292. Pero al llegar a Jerusalén, Pablo halló primero gran desconfianza con respecto a él; *quiso unirse a los discípulos, pero todos le temían no creyendo que fuese discípulo* (*Act.*, 9, 26). En realidad, la desconfianza tenía algunas razones de existir; tan sólo tres años antes, la comunidad de Jerusalén había sido *devastada* por él (§ 259); después, habían corrido voces de que se había convertido allí, en Damasco; pero quién sabe lo que había de verdad en aquellas voces, tanto más cuanto que las relaciones con Damasco no debían ser fáciles an aquel tiempo, primero por la guerra entre Herodes Antipas y el rey Aretas (2), y después, por el nuevo régimen probablemente instaurado en Damasco (§ 152). Sin embargo, la desconfianza fué brevísima, y Pablo fué garantizado oficialmente ante los que desconfiaban por un cristiano venerable, José, llamado también Bernabé, que era de la tribu de Leví y natural de

(1) En el contemporáneo Flavio Josefo se hallan algunos ejemplos claros. Vespasiano se dirigió al Mar Muerto para *una exploración* (καθ'ἱστορίαν) (*Guerra de Judea*, IV, 477; la misma expresión, con igual sentido, en III, 443). Josefo conoció personalmente a un valiente soldado romano (ἱστόρησα) (Ibíd., VI, 81), y vió con precisión la famosa estatua de sal en que se había convertido la mujer de Lot (análoga expresión: *Antig. Judías*, I, 203).

(2) Cf.: *Historia de Israel*, § 371.

Chipre (*Act.*, 4, 36): *Tomóle entonces Bernabé y le condujo a los apóstoles, a quienes contó cómo en el camino había visto al Señor, que le había hablado, y cómo en Damasco había predicado valientemente el nombre de Jesús* (Ibíd., 9, 27).

Esta intervención de Bernabé muestra que estaba totalmente informado de la conversión de Pablo y de su conducta sucesiva, y que le conocía desde hacía mucho tiempo: siendo Bernabé un judío helenista de Chipre, que está frente a Tarso, se ha supuesto que se habían conocido ya en la primera juventud, en Tarso, o en Jerusalén en la escuela de Gamaliel. La autoridad de Bernabé hizo que su presentación de Pablo fuera decisiva; pero los *apóstoles* a quienes le condujo no pueden haber sido el colegio entero de los Doce, y ni siquiera su mayoría numérica, porque Pablo ya ha dicho que en aquella ocasión no vió sino a Pedro y a Santiago el «hermano» del Señor; fué, sin embargo, una mayoría cualitativa, porque Pedro era el jefe de aquel colegio y Santiago gozaba de la singular prerrogativa de ser pariente de Jesús.

Ganada de este modo la confianza de la comunidad cristiana, casi para confirmarla, Pablo hizo en Jerusalén lo que había hecho en Damasco; y durante los quince días de su estancia se dió a discutir con los judeo-helenistas que estaban en la ciudad, demostrando una vez más que había recogido la herencia moral de Esteban y en los lugares mismos. La reacción fué igual que en Damasco: los judíos, recordando indignados su conducta tan diversa de hacía tres años, *intentaron quitarle la vida, pero sabiendo esto los hermanos, le llevaron a Cesarea y de allí le enviaron a Tarso* (*Act.*, 9, 29-30.)

293. Esta marcha repentina de Pablo de Jerusalén respondía a un deseo tácito de la comunidad local. Después de la persecución capitaneada por Pablo, aquella comunidad no había sido perturbada, y ahora *gozaba de paz* (Ibíd., 31); he aquí, en cambio, que precisamente su antiguo perseguidor se presentaba de improviso a perturbar de nuevo aquella paz, si bien esta vez con apariencias diversas. Sus intenciones habían sido óptimas, pero el método ardorosamente polémico podía ser inoportuno, y el nuevo propagandista haría mejor escogiendo otro lugar como campo de acción. Esta preocupación de los cristianos de Jerusalén, si no fué comunicada abiertamente a Pablo, ciertamente fué adivinada por él, y, por fortuna, halló por su parte pleno asentimiento.

Más tarde, hablando a los judíos amotinados de la misma ciudad, les dirá que durante una estancia suya en Jerusalén (sin duda esta del año 39), mientras oraba en el Templo, tuvo un éxtasis y vió a Jesús, que le dijo: *Date prisa y sal pronto de Jerusalén, porque no recibirán tu testimonio acerca de mí,* y como respondiera recordando la persecución de hacía tres años y la muerte de Esteban, como para hacer notar que, después de tales hechos su testimonio en favor de la fe sería más autorizado, Jesús le replicó: *Vete, porque yo quiero enviarte a naciones lejanas. Act.*, 22, 17-21.) Puesto que coincidían el deseo de la comunidad y el mandato de la visión, la partida fué inmediata.

294. El viaje de Cesarea, puerto principal de Jerusalén, a Tarso debió hacerlo por mar. Si Pablo dice que después de Jerusalén fué *a las*

regiones de Siria y de Cilicia (*Gál.*, 1, 21), no entiende describir con ello el itinerario de este viaje, sino tan sólo indicar en términos vagos la zona de su permanencia en los años sucesivos. Su estancia en Tarso esta vez fué larga, desde el año 39 al 43 (§ 153), y la cita mencionada induce a suponer que durante este tiempo desarrolló cierta actividad misional en Tarso, en sus alrededores (*Cilicia*) y en la zona de Antioquía (*Siria*) Poco después se mencionan centros cristianos en Siria y en Cilicia (*Act.*, 15, 23-41); pero no se dice que se deban todos a Pablo, y esto vale, sobre todo, para los de Siria, que seguramente se habían propagado desde Antioquía. De todas maneras, Pablo pudo desarrollar en estas regiones una labor tal vez de afianzamiento, o a veces de nueva implantación, sin que, no obstante, se hallara completamente absorbido por esta clase de apostolado: su actividad principal era por entonces todavía interna.

Y en realidad, de todo este período que va desde la conversión de Pablo hasta el fin de su permanencia en Tarso y que dura siete años (del 36 al 43), conocemos sólo los pocos hechos que hemos referido hasta ahora; sin embargo, haría falta añadir aquí la biografía espiritual de este período, penetrando en toda la compleja elaboración que se desarrolló en el interior de Pablo, y que, sin duda, fué mucho más importante que los hechos externos; pero, desgraciadamente, no podemos sino lanzar alguna que otra mirada casi abusiva sobre todo este trabajo celosamente ocultado.

295. CRECIMIENTO Y FORTALECIMIENTO.—Lucas, en su evangelio, hablando de Jesús cuando tenía dos años, dice que en Nazareth *el Niño crecía y se fortalecía, lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba en él* (*Luc.*, 2, 40), y de nuevo, cuando tuvo doce años, dice: *Jesús crecía en sabiduría, y edad, y gracia ante Dios y ante los hombres* (Ibíd., 52). Lo que el médico evangelista dice del niño Jesús, el historiador debe repetirlo ahora de Pablo, tanto en el aspecto teológico, cuanto en el psicológico. El nacimiento de Jesús como hombre sucedió en Beth-lehem, y el nacimiento de Pablo como apóstol sucedió en el camino de Damasco; pero a los dos nacimientos siguió un período de «crecimiento y fortalecimiento», que en el caso de Pablo corresponde al período mencionado; más tarde, empleando los términos médicos de su discípulo Lucas, afirmará que todos los cristianos deben crecer y fortalecerse espiritualmente hasta llegar a ser *cual varones perfectos a la medida de la plenitud de Cristo* (*Efe.*, 4, 13).

En la visión de Damasco, Pablo fué investido de la misión de apóstol, pero el mismo estupor con que recibió esta investidura demuestra que, con respecto a ella, comprendía ya muchas cosas, e ignoraba otras tantas. Y también aquí tenemos un paralelo elocuente: María había recibido una misión todavía más excelsa, cuando fué escogida para ser madre de Jesús, y en aquella ocasión fué instruída acerca de muchas cosas, ocultas para todas las demás criaturas humanas; sin embargo, el mismo Lucas —que nos ha referido algunas de estas cosas ocultas—nos da a conocer el estupor de María, y el de José, al encontrarse al muchachillo Jesús en el Templo, y nos dice que *ellos no entendieron lo que les decía,* como explicación de su estupor (1). No hay estupor sin ignorancia (*no entendie-*

(1) Cf.: *Vida de Jesucristo,* § 162.

ron), y la ignorancia puede existir aun en mentes que sepan muchísimas cosas. Como María, también Pablo, en los primeros tiempos después de la visión de Damasco, estaba en estupor y en admiración, en ignorancia mezclada con sabiduría, y a partir de entonces comienza su «crecimiento y fortalecimiento» como apóstol: el estupor cedía cada vez más lugar a la admiración, la ignorancia disminuía en favor de la sabiduría.

296. Este desarrollo sucedió por vías tanto extraordinarias como ordinarias, porque la Gracia no violenta la naturaleza, sino que cuenta con su cooperación, y ambas avanzan al unísono; sin embargo, no avanzan a saltos, sino a lo largo de un camino liso, y siempre ascendente. Hacer depender todo el pensamiento teológico de Pablo tan sólo de la visión de Damasco es un error a la vez histórico y psicológico: aquella visión fué ciertamente la primera en el tiempo y en cuanto a importancia, pero fué seguida de otras muchas a las que alude Pablo ocasionalmente y casi de mala gana. En la visión de Damasco, Pablo, entre otras cosas, tuvo noticia de su apostolado, y así, en las visiones sucesivas, recibirá otras comunicaciones, especialmente en relación con este apostolado.

Muy dueños los racionalistas de considerar estas comunicaciones como hechos puramente humanos—sean elaboraciones conceptuales del subconsciente, o producto de la exaltación psíquica, o momentos cumbres de un determinado complejo espiritual, o cosas semejantes—, pero vean después si con semejantes interpretaciones pueden explicar históricamente el Pablo de los documentos. Es evidente que estas comunicaciones constituyen los trazos esenciales de su figura de apóstol, borrados los cuales, se borra casi totalmente la figura. Y, en realidad, el mismo Pablo insiste tanto sobre la importancia de estas revelaciones para su apostolado, que hace depender de ellas precisamente el evangelio que anuncia: *Porque os hago saber, hermanos, que el evangelio por mí predicado no es de hombre, pues yo no lo recibí o aprendí de los hombres, sino por revelación de Jesucristo.* (*Gál.*, 1, 11-12.) Esta afirmación solemne, que es uno de los puntos salientes de la carta a los *Gálatas*, reaparece más o menos explícita en otros lugares (*I Cor.*, 11, 23; 15, 1-3; *Efe.*, 3, 3), y va acompañada también de hechos históricos.

297. Aludimos ya a dos de estas revelaciones particulares acaecidas durante el período tratado hasta ahora, esto es, desde la conversión hasta el 43: una es la visión del Templo de Jerusalén en el 39 (§ 293); y otra, el arrebatamiento al tercer cielo, con el que se relaciona la misteriosa enfermedad de Pablo, y que tuvo lugar hacia el 43 (§ 199) El contenido de esta última revelación, no sólo no se menciona, sino que, por el contrario, se dice expresamente que consistió en *dichos indecibles, que no puede el hombre decir;* y por esto es inútil detenerse en este camino de mística elevadísima. Por el contrario, algunas enseñanzas de Pablo a sus fieles durante su labor apostólica se atribuyen a ciertas revelaciones: las enseñanzas acerca de la Eucaristía que da a los fieles de Corinto le han sido comunicadas *a él* por Cristo: *Porque yo he recibido del Señor lo que os he transmitido (I Cor.*, 11, 23. Nótese el realce dado en el texto griego al pronombre *yo* inicial). Así también, hablando del matrimonio y de la virginidad a los mismos Corintios, les enseña varias

normas, algunas de las cuales no preceden de él personalmente, sino del Señor (ibíd., 7, 10); otras, por el contrario, no proceden del Señor, sino de él (ibíd., 7, 12). En otro caso, advierte explícitamente que no tiene mandato alguno que comunicar en nombre del Señor, y que habla tan sólo como consejero experimentado (ibíd., 7, 25); también, con respecto a la suerte de los supervivientes en el día de la parusia, Pablo enseña una enseñanza *como palabra del Señor* (*I. Tes.*, 4, 15), apelando, sin duda, a una revelación personal.

298. No sólo en las enseñanzas, sino también en las acciones externas se guía por las revelaciones, sobre todo en las más decisivas en su labor de apóstol. Al Concilio de Jerusalén, donde Pablo someterá para su aprobación el evangelio que él ha predicado a los gentiles, marchará *en virtud de una revelación (Gál.*, 2, 1-2); cuando quiera evangelizar el Asia proconsular, se lo impedirá el *Espíritu Santo* (*Act.*, 16, 6), e inmediatamente después el *Espíritu de Jesús, por la noche,* le llamará hacia Macedonia (ibíd., 9,-10); análogamente, *por la noche, en una visión,* se le aparecerá el Señor en Corinto, confirmándole en el nuevo campo de su apostolado (ibíd., 18, 9-10); recibirá más advertencias del Espíritu Santo durante su viaje a Jerusalén antes del encarcelamiento (ibíd., 20, 22-23; 21, 4-11); finalmente, cuando esté ya preso, dos visiones nocturnas, una en Jerusalén (ibíd., 23, 11), y otra en medio del mar tempestuoso (ibídem, 27, 23), le dan la seguridad de que llegará a Roma.

Asegurada esta fuente extraordinaria de revelaciones personales, hay que tener en cuenta la fuente ordinaria, que fué la dependencia directa de la Iglesia viviente: de estas dos fuentes, y no de una sola de ellas, nace el majestuoso río de Pablo apóstol.

299. La dependencia de la Iglesia viviente equivale, en nuestro caso, a la dependencia de la primitiva catequesis cristiana, de la que ya tratamos ampliamente (1). Refiriéndonos particularmente a Pablo, pusimos de relieve que de sus escritos se podría sacar una pequeña «Vida de Jesús» independiente de los evangelios canónicos, muy inferior a ellos en cantidad de datos,, pero no diversa en cuanto al tipo biografiado (2). El retrato de Jesús que de modo ocasional dibuja Pablo en sus escritos es de dimensiones mucho más pequeñas que el que dibujan los cuatro evangelios, pero la *facies* del retratado es en ambos casos la misma. Pues bien, ¿de dónde sacó Pablo las líneas de este retrato, o sea, los elementos de la biografía y la doctrina de Jesús? ¿Tan sólo de sus revelaciones personales? Ciertamente no, sino también de la primitiva catequesis.

Lucas, al principio de su evangelio, advierte que antes de escribirlo, *ha vuelto desde el principio* (o bien *desde hace largo tiempo*) *a todas las cosas diligentemente,* y en esto ha seguido el ejemplo de las narraciones precedentes hechas por otros, *según nos ha sido transmitida por los que desde el principio fueron testigos oculares y ministros de la palabra*; ahora bien, al decir esto Lucas viene a decir que ha sacado los materiales

(1) Cf.: *Vida de Jesucristo,* § 106-113.
(2) Cf.: L. c., § 103.

para su escrito de la catequesis primitiva, porque precisamente ministros de ella eran los testigos oculares y los ministros de la palabra que menciona. Si Lucas lo hizo así, podemos creer que, como fiel discípulo de Pablo, imitó también en esto a su maestro, el cual, durante el período sucesivo a la conversión, debía haber recurrido también él a la catequesis común, como por lo demás recurrían a ella todos los ganados a la Buena Nueva.

300. Pero la catequesis primitiva emanaba globalmente del colegio apostólico, del que recibía autoridad y valor. Sus diversas ramificaciones, en tiempo de la conversión de Pablo, no se habían delineado aún; lo que más tarde fué la catequesis particular de Juan estaba incluída globalmente en el patrimonio de la catequesis apostólica, y, naturalmente, todavía se podía hablar menos de la catequesis particular de Pablo, dirigida, sobre todo, a los gentiles. Ahora bien, esta catequesis global del colegio apostólico podía atribuirse prácticamente a quien era el jefe y el representante de aquel colegio, a Pedro; la catequesis de Pedro, de la que tenemos claros testimonios en los *Hechos* (1), era entonces la catequesis común al colegio apostólico, en espera de que, al aumentar la Iglesia, se dilatara también este fondo común en varias ramas (Pablo, Juan) más adecuadas a las nuevas ramas que le habían salido al tronco de la Iglesia; además, era una catequesis confiada tan sólo a la palabra viva, en espera de que apareciese a su lado—pero no de que la sostuviera—una primera fijación escrita oficial; que de hecho apareció bien pronto en las *Logia*, de Mateo, que son nuestro primer evangelio canónico.

¿Conoció Pablo algún escrito que tratara de la vida de Jesús? No tenemos elementos seguros para responder a la pregunta. Estos escritos de índole y procedencia varia, eran *muchos* ya antes del año 62-63, cuando Lucas publicó su evangelio (*Lucas,* 1, 1); de todos modos, aun cuando Pablo conociera alguno de ellos, no pudo ser sino en época tardía, cuando se había lanzado raudo a sus viajes misionales, mientras que en los primeros años después de la conversión seguramente no los conoció, por la razón sencillísima de que no existían; el decenio escaso que transcurre entre la muerte de Jesús y la visita de Pablo a Jerusalén para *explorar* a Pedro (años 30-39), era un período demasiado breve para permitir el surgimiento y la difusión de estos escritos.

301. A la luz de estos datos documentales, podemos ahora argumentar acerca del verdadero motivo por el que Pablo vino a *explorar* a Pedro. Decíamos, en general, que debió ser un motivo que estaba en relación con su conversión y la consiguiente renovación espiritual (§ 291); ahora podemos precisar que debía ser el deseo de consultar a aquél que, además de ser el jefe del colegio apostólico, era también la primera fuente de la catequesis común.

Los primeros elementos de esta catequesis los recibió Pablo oralmente de Ananías con ocasión de su bautismo (§ 287); otros, sin duda, los recibió de los fieles de Damasco durante su estancia en aquella ciudad, y más tarde su conocimiento de la catequesis se amplió y confirmó cada

(1) Cf.: *Vida de Jesucristo,* § 113.

vez más en su contacto con la cristiandad de Siria (§ 294). Pero estas aportaciones del exterior debían sumarse y confundirse con las iluminaciones internas; los datos de la catequesis confirmaban las visiones de Pablo en este período, pero, a su vez, las visiones le hacían penetrar cada vez más en el sentido íntimo de la catequesis.

Tómese como ejemplo el rito de la Eucaristía, cuya enseñanza ya oímos a Pablo que *le* había sido comunicada *por el Señor* (§ 297). Esto era un dato histórico de la vida de Jesús, en cuanto el rito, había sido instituído por él *en la noche en que fué entregado,* y como tal estaba ciertamente incluído en la catequesis sobre la vida de Jesús, enseñada a los catecúmenos desde el bautismo; pero, además de esto, era también un dato litúrgico, en cuanto las reuniones de la comunidad cristiana se basaban esencialmente en este rito. Pues bien, cuando Pablo fué preparado por Ananias para el bautismo, ¿no le dió noticia de este rito? ¿Y cuando tomó parte en las reuniones de los fieles en Damasco y en Jerusalén, y más tarde en Siria, y en otras partes, no celebró también él, con los demás, este rito? No parece que pueda dudarse de ello. Y entonces, ¿cómo puede ser verdad que la enseñanza del rito se la comunicó *a él* el propio *Señor*? Es legítimo suponer que la enseñanza del rito le vino al tiempo del interior y del exterior, por la iluminación de una revelación personal y la enseñanza de la catequesis litúrgica: ambas aportaciones se confirman y esclarecen entre sí, y Pablo, reuniéndolas, les atribuye englobadas la procedencia más excelsa. La doctrina mística que expone ocasionalmente acerca de la Eucaristía (*I Cor.*, 10, 16-17) parece proceder de revelaciones particulares más que de la catequesis común. El caso de la Eucaristía puede ser análogo al del matrimonio, el bautismo y otros.

302. De todas maneras, la iluminación sobrenatural era siempre una vía excepcional: paralela a ella, en parte, quedaba la vía ordinaria de la catequesis. Las revelaciones personales comunicaban lo que querían, y ciertamente no todo cuanto Pablo hubiera deseado; a las muchas cosas que las revelaciones no decían, podía suplir la catequesis debidamente interrogada. Y Pablo tenía necesidad de saber muchísimas cosas, como ex-rabino, como cristiano y como apóstol.

El ex-rabino conocía la Biblia de modo excelente, pero trasladado ahora al campo cristiano, cuántas oscuridades debió hallar al principio en la visión completa de la economía divina con respecto a la redención de la humanidad. Si el Mesías era Jesús de Nazareth, ¿cuál sería le suerte de Israel que le renegaba? ¿Cuál la suerte de la Ley de Moisés después de la venida del Mesías? ¿Cuál la de los pueblos paganos que no se preocupaban ni de la Ley ni del Mesías? Y además, del Mesías Jesús necesitaba saber muchos detalles de su vida, y de su doctrina, que, sin duda, habían sido prefigurados en las profecías mesiánicas de la Biblia. ¿Un conocimiento profundo de los hechos y los dichos de Jesús (1) no era,

(1) Un dicho (*logion*) de Jesús, *Más vale dar que recibir,* nos lo transmite Pablo (*Act.*, 20, 35), que lo recita en un discurso del año 58 a los ancianos de Efeso, convocados en Mileto. Por la manera como lo cita parece que sus auditores ya conocían este dicho; tal vez el mismo Pablo se lo comunicó anteriormente: si a su vez Pablo lo aprendió en la catequesis común, o con Pedro, o por otra vía, no lo sabemos. Lo cierto es que el dicho no aparece en ningún otro lugar del Nuevo Testamento.

tal vez, una confirmación a la luz de la Biblia, de su dignidad mesiánica? Y no basta. El Mesías Jesús había establecido algunos ritos que debían ser practicados por sus fieles, había establecido una jerarquía que presidiera a los fieles; pero ¿cuántos y cuáles eran exactamente aquellos ritos? ¿Qué valor espiritual tenían? ¿Cómo se encuadraban en las enseñanzas generales de Jesús? ¿Cómo se constituía la jerarquía? ¿En qué relación estaba esta jerarquía del tiempo mesiánico con la jerarquía anterior teocrático-nacional del pueblo de Israel?

Estas preguntas, y muchísimas más de todo género, se presentaron sin duda en la mente de Pablo durante los primeros tiempos después de su conversión; muchas las contestó gracias a sus revelaciones persona-

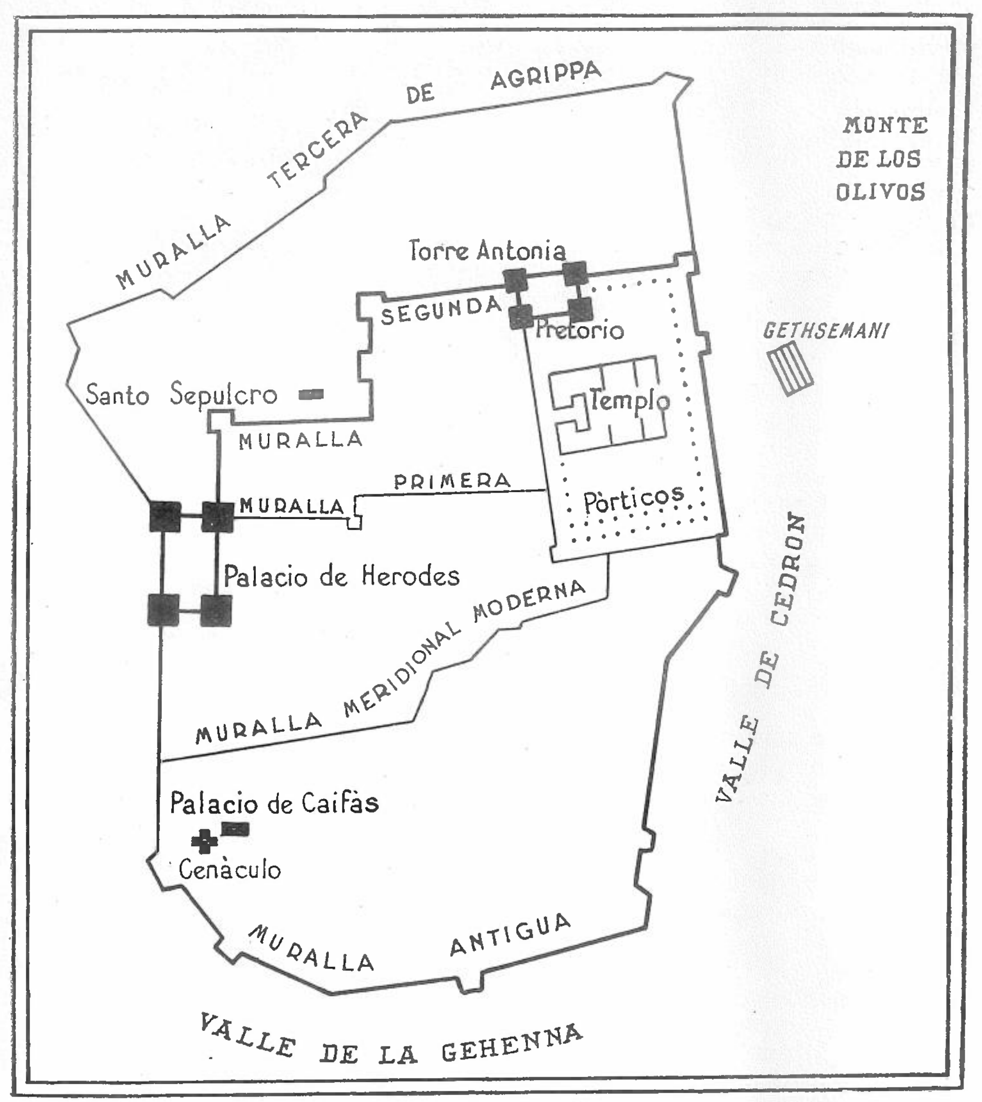


Fig. 57.—LOS LUGARES PRINCIPALES DE LA PASION DE JESUS

les, y recurriendo a la catequesis común, hasta que llegó a la fuente de ésta, marchando a *explorar* a Pedro en Jerusalén.

303. Durante los quince días pasados en esta *exploración,* Pablo pudo recibir muchísimas confirmaciones aclaratorias, y también elementos completamente nuevos para él. No es difícil imaginar a Pablo inquiriendo anhelante, pasando de un tema a otro, y a Pedro respondiendo con la seguridad del testigo presencial, y con la apasionada certeza del hombre que ama.

Tal vez... en una tarde clara habrán salido de paseo juntos, y apenas atravesado el muro septentrional de la ciudad, Pedro indica a Pablo una pequeña elevación rocosa, que está próxima a la puerta de la ciudad, pronunciando una sola palabra: «Gólgota». Después, lentamente, con una tristeza infinita, murmura como para sí mismo: «Estaba su madre... estaba Juan... no estaba yo.»

De allí marchan a una tumba de tipo palestino común, situada a pocos pasos de la elevación rocosa; y Pedro continúa: «Aquí lo depositaron apenas muerto...; pero en la mañana siguiente al sábado, vinieron las mujeres y no encontraron ya el Cuerpo... María corrió a llamarme...; me precipité aquí con Juan...; entré yo el primero, allí, por aquella puertecita...; no estaba el cuerpo, pero vi *las fajas colocadas allí, y el sudario que había estado sobre su cabeza, no puesto con las fajas, sino envuelto aparte* (Juan, 20, 6-7). Me alejé... María se quedó...; poco después ella le vió, allí, junto a aquel árbol, y habló con él...; corrió a anunciárnoslo a todos, pero nosotros... ¡no le creímos!»

Los dos regresan a la ciudad, y atravesándola en gran parte, se dirigen hacia Oriente. De camino, Pedro continúa: «Pero aquel mismo día se me apareció también a mí...» En este momento, Pablo interrumpe diciendo: «Sí, ya lo sé; fué visto por ti, *luego por los Doce. Después apareció una vez a más de quinientos hermanos, de los cuales muchos viven todavía, y algunos murieron*; *luego se apareció a Santiago, luego a todos los apóstoles...*» Aquí Pedro interrumpe a Pablo, diciendo: «Pero también tú le viste en el camino de Damasco.» Y Pablo: «Sí, como sabes, *después de todos, como a un aborto, se me apareció también a mí*» (*I Cor.* 15, 5-8).

304. Fuera de la ciudad otra vez, por el valle del Cedrón, suben junto al Templo y llegan al jardín de Gethsemaní. Pedro continúa: «Aquella noche, después de la cena pascual, vinimos todos aquí...; era un lugar de su predilección... y la mayoría se echaron a dormir en esta casilla, cercana a la entrada...; a mí, a Santiago y a Juan, nos dijo que siguiéramos con él más adentro en el jardín...; cuando llegamos bajo aquel olivo, *comenzó a lamentarse* y *angustiarse...*; se alejó de nosotros un tiro de piedra, y cayó al suelo, de bruces, rogando: *¡Abba! Si es posible aparta de mí este cáliz...*» Pablo contempla largamente, en silencio, el lugar indicado, y después murmura: «*El, en los días de su vida mortal ofreció oraciones y súplicas con poderosos clamores y lágrimas.*» (*Hebr.*, 5, 7). Pero, mientras tanto, un velo de tristeza cubre de nuevo el rostro de Pedro, al decir: «Sí, hermano Pablo, y mientras él oraba con tanto clamor y tantas lágrimas, nosotros tres nos adormecíamos perezosos y

descuidados..., y despertados varias veces por él, volvíamos a dormirnos de nuevo...; después llegó Judas con los soldados...; le cogieron y le ataron, allí, entre aquellos dos olivos...; yo me abanlancé contra uno de los soldados, y con la espada le corté una oreja...; él lo curó...; después, todos huyeron..., todos... y yo con ellos...»

305. Los dos salen mudos de Gethsemaní, y rehacen el camino recorrido por el Maestro aquella noche. Así llegan al barrio sud-occidental de la ciudad, donde estaba la casa del sumo sacerdote. Al acercarse a la puerta abierta, Pedro contempla el atrio interior que se ve desde fuera: «Allí, allí le condujeron para juzgarle...; lo encerraron en aquella celda, al fondo del atrio..., y por tres veces, ¿comprendes, hermano Pablo?, por tres veces afirmé que, en efecto, no le conocía...; cantó el gallo, como me había predicho, pero seguí negándole y renegándole...; cantó de nuevo, precisamente cuando le llevaban otra vez a la celda, después del interrogatorio...; me miró... con una de esas miradas suyas..., pero ni una palabra, ni una sola palabra...; no pude resistir la mirada...; salí aniquilado...; me apoyé, ¿ves?, en esta esquina y lloré... ¡Ah! ¡Cuánto lloré aquella noche... y cuánto lloro aún todas las noches cuando oigo cantar al gallo!» Un sollozo interrumpe al narrador; Pablo, conmovido, responde: «Hermano mío, el Señor te ha perdonado...; mas, ¿qué diré yo?...; tú, al menos, no le perseguiste; yo, en cambio..., ¡ah!, *no soy digno de ser llamado apóstol, pues perseguí a la Iglesia de Dios*» *(I Cor.*, 15, 9). Y Pedro: «No digas esto, no. Pablo, jamás le viste en la gloria de su transfiguración, como le vi yo...; jamás le viste, humillado, lavándote los pies, como le vi yo humillado lavándome los míos...; pero ven, te mostraré dónde sucedió esto».

306. Pedro conduce a Pablo a una modesta casa, distante pocos pasos de la del sumo sacerdote. Subiendo al piso superior, entran en una sala grande *(Marcos,* 14, 15) y Pedro explica: «Aquí se celebró la última cena...; los preparativos vinimos a hacerlos Juan y yo *(Lucas,* 22, 8)...; Jesús estaba allí, en aquel diván, frente al hemiciclo...; en dos divanes, junto a él, estábamos Juan y yo (1); más allá, junto a Juan, estaba Judas...; surgió una cuestión de precedencias entre nosotros; Jesús, en respuesta, se levantó y se dispuso a lavarnos los pies..., y empezó por mí..., él, ¿comprendes?, él a mí...» Pablo pregunta: «¿Se los lavó también a Judas?» «Sí, también a Judas, y después..., después empezó la fracción del pan en recuerdo suyo..., y tú, Pablo, lo sabes ya...» «Sí, me lo reveló Jesús mismo: *en la noche en que fué entregado, tomó el pan y, después de dar gracias, lo partió y dijo: Esto es mi cuerpo, que se da por vosotros; haced esto en memoria mía. Y, asimismo, después de cenar, tomó el cáliz diciendo: Este cáliz es el Nuevo Testamento en mi sangre; cuantas veces lo bebáis, haced esto en memoria mía (I Cor.*, 11, 23-25). Pero dime, hermano Pedro, ¿qué impresión sentisteis cuando todos los presentes oisteis esto?» «Durante breves momentos quedamos sorprendidos; pero inmediatamente después recordamos un discurso que Jesús había hecho en Cafarnaum, muchos me-

(1) Cf.: *Vida de Jesucristo,* § 542.

ses antes, y en el que nos había anunciado que era necesario comer su carne y beber su sangre para obtener la vida eterna; muchos de los discípulos de entonces, al oír el discurso aquél, se escandalizaron y abandonaron a Jesús; nosotros, en cambio, nos quedamos, y como Jesús preguntara: «¿Queréis marcharos también vosotros?», yo le contesté: *«Señor, ¿a quién iríamos? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros hemos creído y sabemos que tú eres el Santo de Dios» (Juan,* 6, 68-69). ¡Benditas aquellas palabras mías! En esta sala, aquella noche, nos pareció clarísimo el misterio de Cafarnaum.»

Ambos permanecen un tiempo en la sala, pensativos; después Pedro, reaccionando, dice: «Hermano, es ya tarde; volvamos a casa, y, obedeciendo al precepto del Señor, junto con los hermanos, realizaremos también esta noche la fracción del pan, en recuerdo suyo».

Más o menos de esta especie, pero, naturalmente, mucho más amplio, fué la *exploración* que de Pedro hizo su huésped durante los quince días que permaneció junto a él.

307. Si el «crecimiento y fortalecimiento» de Pablo como apóstol se apoya sobre los dos elementos aquí vistos, esto es, la revelación particular y la catequesis apostólica, no hay que excluir, sin embargo, la aportación personal de Pablo, que en su mente reelaboró y plasmó uniéndolos estos dos elementos, adaptándolos de modo más directo al campo de acción particular a que había sido llamado. Ya en su conversión Ananías le había comunicado, de parte de Cristo, que debería ser apóstol especialmente de los gentiles (§ 285), y este destino le había sido confirmado en la visión del Templo (§ 293); ahora bien: el Dios de los judíos y el de los gentiles era el mismo, único era su redentor, Cristo, y, por tanto, única la doctrina que proponer a los unos y a los otros, pero bien podría ser diversa la manera de proponer esta doctrina única. Pablo, destinado a los gentiles, quiso preparar un modo especial de presentarles la doctrina de Cristo; con este fin, las revelaciones particulares le habrán dado algunos elementos que poner más de manifiesto; otros, los habrá recogido él mismo de sus investigaciones sobre la catequesis; deducciones, conexiones y alusiones, unidas a las reflexiones de su mente, llena desde la juventud primera de pensamientos bíblicos. De este largo trabajo salió lo que Pablo llama con firmeza *mi evangelio* (1).

308. El ejemplo de Pablo, por lo demás, no fué único. Cincuenta años más tarde, el apóstol Juan llevará también a término un «evangelio suyo», comportándose exactamente como se había comportado Pablo. La catequesis particular de Juan derivará también del fondo común apostólico, pero a través de una selección particular hecha por él y muy distinta de las selecciones hechas por los escritores de los tres evangelios sinópticos precedentes; Juan elaborará durante más de me-

(1) La expresión aparece en *Rom.*, 2, 16; 16, 25. *II Tim.*, 2, 8; es idéntica a *nuestro evangelio* con «plural de modestia», que aparece en *II Cor.*, 4, 3; *I Tes.*, 1, 5; *II Tes.*, 2, 14; frases equivalentes en *I Cor.*, 15, 1; *Gál.*, 1, 11; 2, 2. Respecto a la antigua opinión recordada por Jerónimo, según la cual *mi evangelio* aludiría al evangelio de Lucas, véase *Vida de Jesucristo*, § 135.

dio siglo el material de su evangelio, poniendo en plena evidencia conceptos hasta entonces no relevados en especial y empleando términos completamente nuevos, como también había hecho Pablo; la preparación del nuevo tipo de catequesis o «nuevo» evangelio de Juan tendría como fin práctico defender la doctrina de Cristo contra los nuevos enemigos gnósticos, como el de Pablo había tenido como fin práctico difundirla entre los gentiles; el evangelio de Juan abrirá vías diferentes de las de los evangelios sinópticos, pero llegará a la misma meta que ellos, lo mismo que la catequesis de Pablo había seguido rutas diversas de la catequesis de Pedro, pero ambas habían terminado en la misma meta (1).

309. La identidad de propósito en Pablo y en los demás apóstoles la reconocieron ambas partes, y casi por unanimidad, en una circunstancia solemne. Cuando, al regreso de su primer viaje misional, Pablo acudió al concilio apostólico de Jerusalén (§ 355) fué para recibir de los notables de la primera comunidad cristiana la aprobación clara y oficial de «su evangelio»: *Les comuniqué el evangelio que predico entre los gentiles, particularmente a los que eran algo, para saber si corría o había corrido en vano (Gal.*, 2, 2). El resultado de esta exposicinó del evangelio de Pablo fué lo mejor que podía esperarse en el campo teorético: *De los que parecían ser algo..., de esos nada recibí; antes, al contrario, cuando vieron que yo había recibido el evangelio de la incircuncisión, como el de la circuncisión—pues el que obró en Pedro para el apostolado de la circuncisión obró también en mí para el de los gentiles—, Santiago, Cefas y Juan, que pasan por ser las columnas, reconocieron la gracia a mi dada y nos dieron a mí y a Bernabé la mano en señal de comunión, para que nosotros nos dirigiéramos a los gentiles y ellos a los circuncisos* (ibíd., 6-9) (2).

Pablo sacó de este episodio, que cuenta a los gálatas evangelizados por él, una conclusión clara (ibíd., 1, 7-9): si alguien se presentara a los gálatas para anunciarles un evangelio distinto del de Pablo, sea maldito, aun cuando fuera un ángel bajado del cielo, y la razón es que *no hay otro evangelio* (ibíd., 7) fuera del de Pablo. En resumen: lo que Pablo llama *su evangelio* era radicalmente igual al de Pedro y al de los notables de iglesia de Jerusalén (3), estaba plenamente aprobado por ellos.

310. He aquí, pues, cómo debió emplear Pablo el período transcurrido desde su conversión al término de su estancia en Tarso (años 36-

(1) Para la relación del «nuevo» evangelio de Juan con los evangelios sinópticos, véase *Vida de Jesucristo*, § 164 sigs.

(2) En esta división del trabajo los notables añadieron una recomendación práctica, esto es, que Pablo, trabajando entre los gentiles, enviara algún socorro material a los pobres de la comunidad de Jerusalén; el pasaje citado prosigue inmediatamente después: *Solamente nos pidieron que nos acordásemos de los pobres, cosa que procuré yo cumplir con mucha solicitud* (Ibid. 10). Las condiciones materiales de la comunidad de Jerusalén eran muy duras (§ 317). Pablo, en este tiempo, ya había llevado las colectas de Antioquía (§ 154), pero las condiciones de vida siguieron siendo duras durante muchos años y jamás se olvidará en el futuro de recaudar entre las comunidades gentiles socorros materiales para los pobres de la iglesia-madre.

(3) Un pensamiento análogo va implícito en *I Cor.*, 15, 11.

43). El apostolado efectivo no debió ser grande; por el contrario, debió ser intensísima su íntima preparación al apostolado futuro, que consistió, sobre todo, en este «crecimiento y fortalecimiento» de espíritu que hemos intentado explorar. Si la permanencia en Arabia fué en un lugar desierto y fué bastante larga, se prestó bien a esta labor interna; pero también durante su permanencia en Damasco y en Tarso continuaron los trabajos, de modo que Pablo desarolló en sí *el varón perfecto a la medida de la plenitud de Cristo* (§ 295).

Ahora está dispuesto. Para moverse espera tan sólo una señal divina, como un guerrero que, habiendo afilado y preparado cuidadosamente sus armas, espera la señal del caudillo para entrar en la lucha. ¿Qué era lo que más le importaba del mundo? Las grandes ganancias que el mundo ofrece no son para él más que σκύβαλα (§ 170), en comparación del amor a Cristo. *Estoy crucificado con Cristo, ya no vivo yo; es Cristo quien vive en mí (Gál.,* 2, 19-20). Sin embargo, hay mucho que hacer: hay que realizar lo mucho que falta a los sufrimientos de Cristo *(Coloss.,* 1, 24), integrándolos con sufrimientos padecidos con él y por él en la propagación de su evangelio. Ciertamente, su máximo deseo sería *morir para estar con Cristo, que es mucho mejor (Filip.,* 1, 23); sin embargo, debe tener paciencia y trabajar por Cristo mismo, esto es, por sus fieles (ibíd., 24); está entre los dos fuegos de estos dos deseos: unirse a Cristo allende y trabajar por él aquende. De todos modos, está sobremanera tranquilo; suceda lo que suceda, *Cristo será glorificado en mi cuerpo o por vida, o por muerte. Que para mí la vida es Cristo y la muerte es ganancia* (ibíd., 20-21).

¿Quién era más digno de tener en su mano el dominio del mundo: un hombre en tales condiciones de espíritu o bien el César del Palatino, con sus treinta y tantas legiones repartidas por todo el mundo conocido? Si en el mundo domina la idea, más digno es Pablo; si la fuerza, César.

La Historia ha dado la respuesta al elegir entre ambos.

311. Estancia en Antioquía.—Mientras Pablo se preparaba en Tarso, Cristo, a su vez, le preparaba el campo en que trabajar, correspondiente a su preparación.

Tenía razón Pablo cuando, al perseguir a la iglesia de Jerusalén, había temido una mayor diseminación de la nueva fe (§ 258). Los cristianos que se alejaron de Jerusalén huyendo de la persecución de Pablo, además de dispersarse por Palestina, *llegaron hasta Fenicia, Chipre y Antioquía, no predicando la palabra más que a los judíos (Act.,* 11, 19). Estos huídos, pues, difundieron la nueva fe, pero sólo entre los judíos, término con el que Lucas designa a los secuaces de la religión judía en general, sean helenistas de la Diáspora o palestinos; de modo que los huídos, misioneros, consideraban que valía para ellos la norma del Cristo mortal, el cual había sido enviado tan sólo *para las ovejas perdidas de la casa de Israel (Mateo,* 15, 24) y no directamente para los paganos. Pero, mientras tanto, la nueva fe había penetrado en Samaria, distrito herético desde antiguo y recientemente paganizado; además, en Cesarea, Pedro mismo había otorgado el bautismo al centurión Cornelio, que, si bien era «prosélito» del judaísmo, no era por

ello menos pagano de nacimiento, y paganos eran sus familiares (*Act.*, 10, 24, 48). Indudablemente, el horizonte de la propaganda cristiana se ampliaba también en Palestina; pero la ampliación más decisiva, que debía ser el comienzo de la avalancha mundial, tuvo lugar fuera de la tierra santa de Israel.

312. Entre nuestros misioneros huídos *había algunos hombres de Chipre y de Cirene, que, llegando a Antioquía, predicaron también a los griegos anunciando al Señor Jesús* (ibíd., 11, 20) (1). Estos valientes que se dirigieron a los griegos paganos eran, pues, judíos helenistas, naturales de Chipre o de Cirene. No los conocemos de nombre, pero es muy probable que algunos de ellos aparezcan nombrados un poco después entre los miembros ilustres de la comunidad cristiana de Antioquía, *Simeón, llamado Níger, Lucio de Cirene, Manahen, hermano de leche del tetrarca Herodes* *Act.*, 13, 1). No tenemos de ellos más noticias; tan sólo podría conjeturarse, por razones poco seguras, pero no del todo despreciables, que *Simeón llamado Níger* era aquel Simón que unos años antes había ayudado a Jesús a llevar la cruz (2); en cambio, carece de fundamento la hipótesis de algunos según la cual *Lucio el Cirineo* fuera Lucas el autor de los *Hechos*, puesto que no concuerda el nombre (*Lucio* no equivale a Lucas) y tampoco la patria, porque los testimonios antiguos presentan a Lucas como antioqueno, pero nunca como cirineo. Pero si Lucas no estaba entre estos chipriotas y cirineos, que tuvieron los primeros el valor de predicar el Cristo a los *griegos* de Antioquía, fué, sin duda, él mismo una de las conquistas más preciosas y mejores de la nueva fe; él, que era *griego y antioqueno* (confróntese § 317, nota).

313. Atrevimiento semejante dió pronto magníficos resultados: *La mano del Señor estaba con ellos, y un gran número creyó y se convirtió al Señor* (ibíd., 11, 21). La noticia de este florecimiento espiritual llegó también a Jerusalén, y entonces las autoridades de esta iglesia enviaron a Bernabé a Antioquía. Ya sabemos que Bernabé era chipriota (§ 292), como algunos de los predicadores de Antioquía, y, sin duda, compartía con ellos la opinión de que había que evangelizar a los paganos. Cuando llegó a Antioquía, lo que allí vió le llenó de gozo, *y exhortaba a todos a perseverar fieles al Señor, porque era hombre bueno y lleno del Espíritu Santo y de fe* (ibíd , 23-24). Pero, además de esto, Bernabé era un hombre práctico, y comprendió inmediatamente que

---

(1) La lectura *Griegos* (Ἕλληνας) alterna en los códices con la lectura Helenistas (Ἑλληνιστάς); casi todas las ediciones críticas prefieren la primera, y con razón, porque el contexto muestra que se contrapone *griegos* (paganos) a *judíos*, y no judíos helenistas a judíos palestinos.

(2) Las razones son éstas en resumen: Vimos (*Vida de Jesucristo*, § 133, 604) que Pablo, en su carta a los *Romanos*, envía saludos especialmente afectuosos a un tal Rufo y a su madre, y probablemente estas dos personas son, respectivamente, el hijo y la madre de Simón de Cirene. Aquí nos encontramos nombrado en primer lugar antes de un Lucio, que es de Cirene, a este *Simeón* (equivalente a Simón), designado con el apelativo de *negro* (de rostro); se sospecha que también este Simeón sea de Cirene, como el siguiente Lucio, y que el apelativo de *negro* se debiera a la procedencia de una región norteafricana. Pero, repetimos, se trata de una simple conjetura.

había que poner manos a la obra para que tan prometedora floración diese el esperado fruto. Por tanto, eran necesarios, en primer lugar, aquellos trabajadores de que ya había hablado Cristo Jesús *Mateo,* 9, 37-38). ¿Mas dónde encontrarlos, adecuados y bien preparados, inmunes de prevenciones nacionalistas adversas a los paganos, tan frecuentes entre los judeocristianos?

Bernabé conocía a uno de estos trabajadores, y era óptimo bajo todos aspectos; pero vivía desde hacía algunos años apartado en un lugar lejano, y quien sabe si querría trasladarse a Antioquía. Sin embargo, Bernabé quiso intentarlo, y para lograr mejor éxito en su intento no envió ni cartas ni mensajero al futuro evangelista, sino que fué personalmente a invitarle. Y he aquí las breves palabras en que se refiere este gran acontecimiento: *Bernabé partió a Tarso en busca de Saulo y, hallándole, le condujo a Antioquía (Act.,* 11, 25-26).

314. Si en aquella ocasión Bernabé puso los ojos en Pablo es, seguramente, porque conocía las palabras de Ananías, el cual en la conversión había preanunciado el apostolado entre los gentiles (§ 285). Pues bien: la floración de Antioquía parecía hecha exprofeso para un evangelizador de paganos. Cualquiera que fuere el futuro campo de acción de Pablo, en Antioquía encontró la puerta de entrada a este campo; hechas allí sus primeras armas, Pablo podría trasladarse a donde quisiera. En resumen: éste debió ser el razonamiento que el vi-

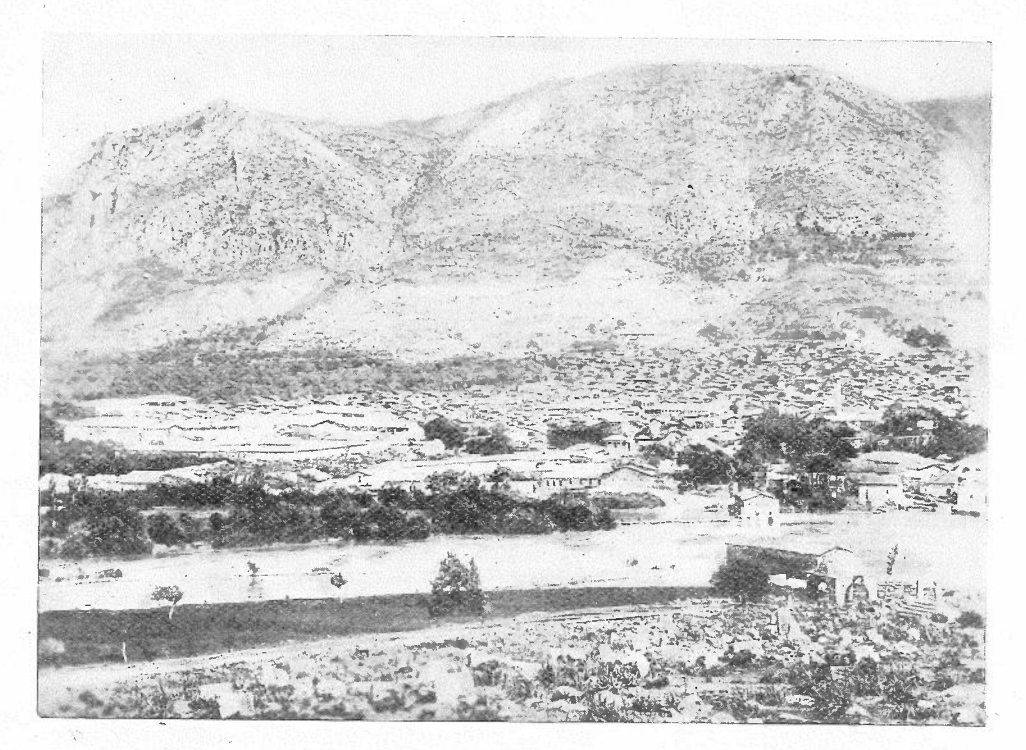


Fig. 58.—ANTIOQUIA DE SIRIA. VISTA PANORAMICA

sitante, *lleno de Espíritu y de fe,* hizo a Pablo cuando lo encontró en Tarso; por su parte, Pablo, que estaba esperando una llamada divina (§ 310), reconoció esta llamada en la invitación de su antiguo amigo; es más, le pareció que quien ya le había presentado a los apóstoles en Jerusalén (§ 292) debía presentarle ahora a aquel mundo pagano, al que tenía conciencia de estar destinado. Por esto Pablo, siguiendo a Bernabé, se trasladó de Tarso a Antioquía. Era el año 43.

315. Lo que vino después de este traslado de Pablo se nos comunica también con escasas palabras, como nunca desproporcionadas al valor de su contenido: [Antioquía] *donde por espacio de un año estuvieron juntos en la iglesia e instruyeron a una muchedumbre numerosa, tanto que en Antioquía comenzaron los discípulos a llamarse «cristianos»* (ibíd., 26). En esta *gran muchedumbre* debía haber paganos no sólo de las clases inferiores, sino de distinta condición—por ejemplo, la de Lucas—, y tal vez algunos nobles y poderosos; lo cierto es que el suceso fué tan vasto y notorio, que dió lugar a que se divulgase por la ciudad el apelativo de «cristianos».

De hecho, el apelativo se debe a los paganos y no tiene carácter de apelativo religioso, sino tan sólo civil; tal vez no careciera de una punta de ironía. Los antioquenos, al ver aquella *gran muchedumbre* que se amotinaba por entrar en la escuela del *Christòs,* la consideró casi como un «partido», y designaron a sus miembros como *Christianoi,* análogamente a como decían *Caesariani, Pompeiani,* etc., a los secuaces del «partido» de César, de Pompeyo, etc. Algunos eruditos han pensado que el apelativo surgió precisamente de los magistrados romanos de Antioquía, basándose en la razón de que el sufijo *ianoi* es originariamente latino, mientras que un sufijo griego habría dado la forma *Christioi* o bien *Christikoi;* pero esta conclusión puede parecer excesiva, porque hay más apelativos de forma mixta grecolatina que atestiguan la influencia ejercida sobre el idioma de la región por la lengua de los gobernantes (1). Fué, pues, una designación popular inspirada en una valoración puramente profana, pero que deja entrever la amplitud del suceso que la provocó.

316. Fué también éste el primer resultado duradero de la labor apostólica de Pablo. Aquel *año entero* en que él y Bernabé trabajaron intensamente entre los paganos de Antioquía, produjo algo que lleva la impronta de Pablo, esto es, la perennidad. Es conmovedor notar que, mientras la comunidad cristiana de Antioquía desapareció a lo largo de los siglos absorbida en el golfo de los acontecimientos humanos, su designación, por el contrario,

(1) Un resumen de esta cuestión puede verse en A. Ferrua: *Christianus sum,* en *La civiltà Cattolica,* 1933, II, p. 552-566; III, p. 12-26. Naturalmente, algunos han negado el origen antioqueno del apelativo «Cristiano», sosteniendo, en cambio, que el apelativo surgió mucho más tarde; pero hace ya medio siglo que el protestante Blass dijo : *Vanissima ipsaque specie arguemnti destituta sunt quae contra fidem huius testimonii Lucani e quibusdam prolata sunt.* Por lo demás, tal vez no es bueno discutir con quienes tienen la manía de la negación; se da demasiada importancia a una forma morbosa.

ancor nel mondo dura
e durerà quanto il mondo lontana (Inferno, II, 60-61).

Esta perennidad simbólica aparece tan pronto como aparece Pablo, como si fuera su cuño. Mientras exista en el mundo un seguidor del Mesías Jesús, será designado con el término con que se designó a la *gran muchedumbre* conquistada por Pablo en Antioquía, *Nomen, omen.*

En Palestina los judíos designaban a los seguidores de Jesús como *Nazorei,* y el nuevo apelativo recibido en Antioquía parece preanunciar las nuevas vías por las que discurrirá la nueva fe. Ahora, ya, el centro propulsor del cristianismo en el mundo será directamente Antioquía, arsenal espiritual, avanzada en medio del paganismo; Jerusalén continuará siendo la iglesia-madre, sea de los *Nazorei,* sea de los *Cristianoi,* el cuartel general de la Buena Nueva, pero, en la práctica, las armas para conquistar el mundo a la Buena Nueva se sacarán más del puesto avanzado que del cuartel general, más de la Antioquía helenística que de la Jerusalén judía. La liturgia cristiana, que en el siglo VI instituyó en las Galias la celebración de la cátedra antióquena de San Pedro, como complemento a la celebración anterior de su cátedra romana, fijó con exactitud el itinerario seguido por el cuartel general del cristianismo, que en su traslado gradual de Jerusalén hacia Roma dejó sus bagajes espirituales durante algún tiempo en el arsenal de Antioquía.

317. VIAJE DE LAS COLECTAS. PREPARATIVOS EN ANTIOQUÍA.—Las relaciones de la iglesia-hija con la iglesia-madre fueron cordiales. Es más, las buenas noticias que Bernabé envió a Jerusalén indujeron a algunos miembros de la comunidad de Jerusalén a dirigirse a Antioquía. Miembros que tenían el carisma de «profetas», puesto que en su mismo oficio se incluía el prodigarse por el bien del prójimo (§ 215). Y vinieron no sólo por reforzar espiritualmente la nueva comunidad, sino también para proveer a la indigencia material de los cristianos de Jerusalén. En efecto, en la ciudad santa los fieles vivían en gran penuria, tal vez debida, en parte, a la comunidad de bienes (§ 249 y siguientes), que a la larga debía tener serios inconvenientes, pero mucho más por los pródromos del hambre, que acosaba ya a grandes regiones del Imperio romano (§ 154).

El anuncio del hambre lo hizo Agabo, uno de los «profetas» venidos de Jerusalén, que ciertamente habló en virtud de su carisma en alguna reunión litúrgica a los fieles antióquenos; es posible que en esta reunión se hallara presente nuestro informador Lucas, según el testimonio de algunos documentos (1).

Ante un anuncio tan autorizable de un caso tan lastimoso no se discutió, sino se decidió inmediatamente trocar los socorros espirituales

(1) En este punto de la relación de los *Hechos* (11, 27-28), cuatro o cinco de los códices existentes insertan este pasaje: *Hubo después gran alegría* (por la llegada de los carismáticos de Jerusalén). *Nos reunimos todos, y dijo uno de ellos, llamado Agabo, significando, etc.* Algunos críticos consideran auténtico este pasaje; en tal caso, habría que añadirlo a los demás pasajes en primera persona del plural (§ 92) y considerarlo como el más antiguo de todos. Otra consecuencia de la autenticidad de este pasaje es que Lucas era ya cristiano en este tiempo, o sea, el año 44.

que venían de la iglesia-madre por socorros materiales. Se recogieron los donativos que cada fiel haría según sus medios y, reunidos todos, se enviaron a Jerusalén por medio de Bernabé y de Pablo.

Es el «viaje de las colectas», acaecido en el 44, y del que ya tratamos (§ 154).

318. Seguramente la estancia de ambos en Jerusalén no fué larga, sea porque se trataba tan sólo de entregar y distribuir los socorros enviados por la caridad de los antioquenos, sea, sobre todo, porque la comunidad de Jerusalén estaba amenazada por las persecuciones de Herodes Agripa. Santiago el Mayor, hermano del evangelista Juan, había sido decapitado (1); Pedro, encarcelado, y después, librado milagrosamente, se había puesto a salvo de nuevas persecuciones marchando *a otro lugar (Act.*, 12, 17); de los apóstoles sólo quedaba en la ciudad Santiago el Menor, *hermano del Señor,* protegido por la gran veneración que el pueblo sentía hacia él; los simples fieles habían huído en parte y en parte vivían con reserva o escondidos. La muerte del perseguidor, Agripa, que siguió de cerca a la fuga de Pedro, sucedió probablemente mientras Bernabé y Pablo estaban todavía en Jerusalén (§ 154).

En circunstancias tan amenazadoras Pablo, tal vez, no tuvo posibilidad de hacer otra *exploración* de Pedro (§ 291) ni de los demás apóstoles. Sin embargo, el conocimiento de la catequesis histórica debió progresar con esta nueva visita a los lugares. Cuando él y Bernabé salieron de regreso para Antioquía no iban solos, llevaban *consigo a Juan, llamado Marcos* (ibíd., 25). Este es el autor del II evangelio; sabemos por él que era primo de Bernabé y que la casa de su madre María era en Jerusalén lugar de reunión de los cristianos, tanto que a ella acudió Pedro inmediatamente después de su milagrosa liberación de la cárcel (2). Sabemos también que probablemente era Marcos aquel joven que escapó desnudo cuando detuvieron a Jesús en Gethsemaní (3) y que tal vez eran propiedad de su familia la casa de la última Cena y el huerto de Gethsemaní (4). Ahora bien, ¿cuántas cosas habrá sabido Pablo por un testigo como Marcos? ¿Cuántos detalles habrá recogido en casa de María, adonde habrá ido varias veces, si no vivió en ella con Bernabé, que era pariente de la familia? Y el hecho mismo de que Marcos se decidiera a seguirles a Antioquía con fines misionales, ¿no fué el resultado de los coloquios fervientes celebrados en aquella casa donde todo hablaba de Jesús? Podemos estar seguros de que esta visita a Jerusalén le sirvió a Pablo para una nueva *exploración,* no de Pedro, pero sí de testigos autorizados.

---

(1) Esta es la ocasión en que murió también el evangelista Juan, según la fantasía de algunos pocos críticos, que necesitan desembarazarse de él rápidamente (Cf.: *Vida de Jesucristo,* § 156). Herodes Agripa tendría derecho a querellarse contra ellos ante un tribunal por calumnia; por fortuna, el antiguo asesino ha muerto, mientras, por desgracia, otros han recogido su herencia.

(2) Cf.: *Vida de Jesucristo,* § 127.

(3) Cf.: L. c., § 134-561.

(4) Cf.: L. c., § 535-554.



Fig. 59.—ANTIOQUIA. VISTA DESDE EL MONTE SILPIUS

319. Marcos siguió a Bernabé y a Pablo a Antioquía, como antes Pablo había seguido a Bernabé de Tarso a Antioquía (§ 314), esto es, como obreros de la mies espiritual. Pero mientras tanto el horizonte se había dilatado, y los proyectos habían aumentado. La comunidad de Antioquía rebullía de vida, se preveía una efusión de esta vida al exterior, y por esto hacían mucha falta nuevos cooperadores. Las conversaciones celebradas en Jerusalén en casa de María ganaron al joven Marcos a estas perspectivas pero, ¿poseía aquella diuturna y específica preparación que poseía ya Pablo cuando en Tarso le invitó Bernabé? En la prueba se verá.

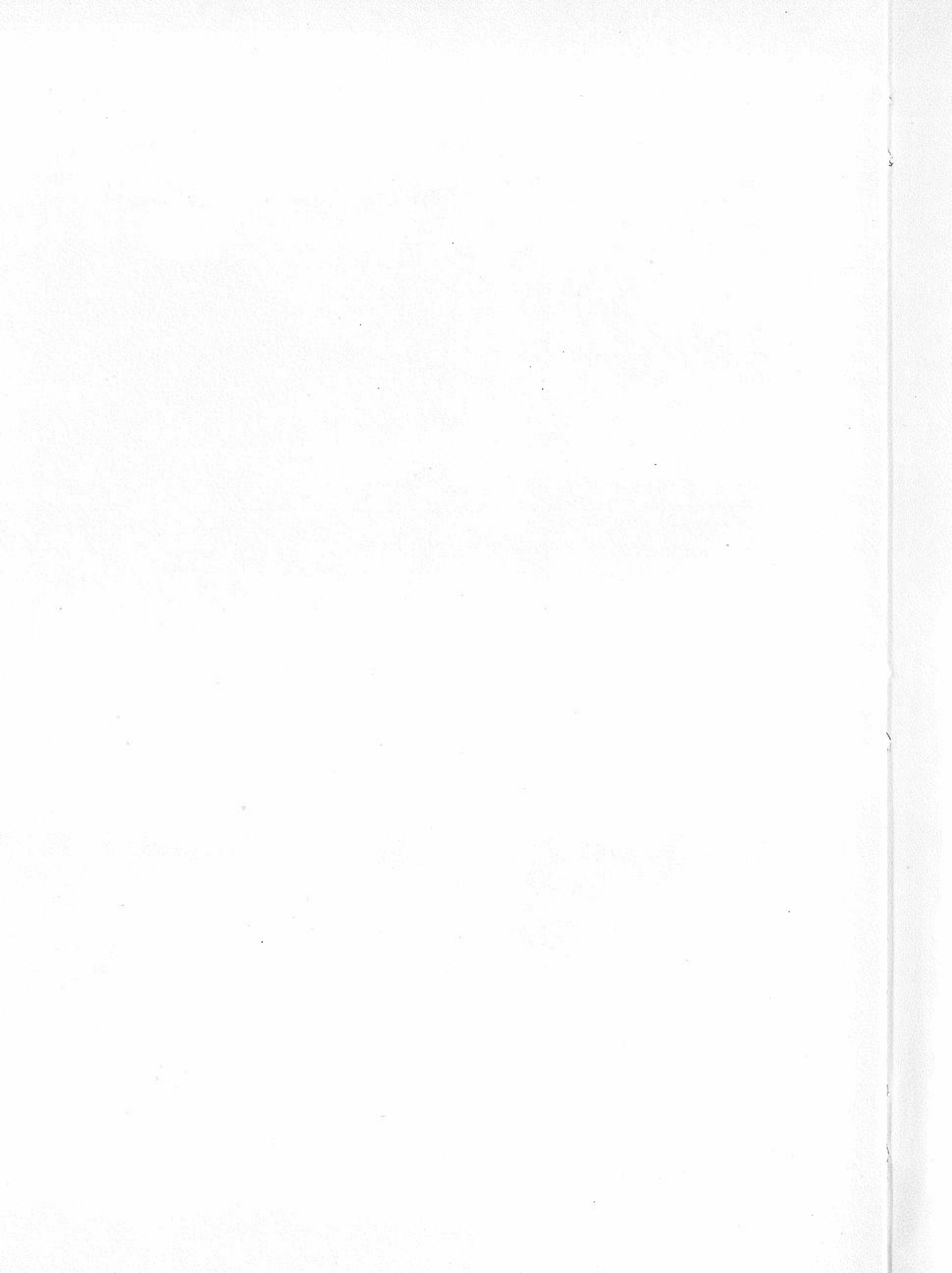
Al principio, todo fué bien. Los tres, llegados a Antioquía, volvieron al trabajo ardiente de antes dentro de aquella comunidad, continuándolo durante un tiempo impreciso; pero un día sonó claramente la llamada de Dios, que estaban esperando vaga y ardientemente. Durante una reunión litúrgica, en que participaban Bernabé, Simeón el Níger, Lucio el Cirineo, Manaén (§ 312), Pablo y otros fieles dotados de carismas, *dijo el Espíritu Santo: Segregadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los llamo (Act.*, 13, 2). El Espíritu habló seguramente por boca de alguno de los carismáticos que asistían a la reunión, y la autenticidad del anuncio fué reconocida por los demás «profetas» y «doctores» allí presentes (ibíd., 1); pero el anuncio no podía ser del todo inesperado, sino que correspondería a alguna oración colectiva hecha por los reunidos o a alguna comunicación privada recibida, sin duda, por Bernabé y Pablo. El ardor de la conquista espiritual agitaba desde hacia muchos días a aquella comunidad, que hacía proyectos y elevaba plegarias a Dios para conocer su voluntad en este respecto; la voluntad divina se manifestó del modo señalado más arriba.

320. Partieron tres, pero los verdaderos misioneros eran dos. Esto rante varios días, se discutieron proyectos, se estudiaron minuciosamente los medios más adecuados para el buen éxito de la empresa mi-

sional. ¿A qué región pagana dirigirse? ¿A Chipre, a Asia Menor meridional o central, a Jonia, a Macedonia, a Acaya? Todas estas zonas debieron examinarse cuidadosamente para ver qué ventajas y qué desventajas presentaban, qué colonias judías albergaban a las que dirigirse antes que a los paganos, qué conocimientos se tenían en aquellas colonias para entregar a los misioneros cartas de recomendación. Todo se discutió, porque aquellos fervientes cristianos tenían, además de carismas, un gran sentido práctico, y si contemplaban a Cristo reinante en los cielos, miraban también cara a cara la realidad de la tierra. Pero el relato omite toda esta labor preparatoria, y agrega tan sólo a la noticia de la elección de Bernabé y Pablo: *Entonces, después de orar y ayunar, les impusieron las manos y los despidieron* (ibíd., 3).

De las discusiones preparatorias no debió resultar un programa definitivo en todos sus detalles; se habían descartado, sin duda, regiones más lejanas y arduas, como Macedonia y Acaya, y se había decidido que este primer intento debía comenzarse en una región más fácil y practicable, sin perjuicio de extenderse después si los comienzos marchaban satisfactoriamente. Empezando por lo más fácil, los misioneros serían después encaminados por el Espíritu. Con arreglo a este criterio, se escogió como primera etapa la isla de Chipre, por razones evidentes. Bernabé era de Chipre, y eran también *hombres chipriotas* algunos de aquéllos que por vez primera habían predicado a los *griegos* en Antioquía (§ 312). Además Pablo, si no había estado ya alguna vez en aquella isla, frontera a su Tarso, podía tener en ella conocimientos de toda especie. No carecía Chipre de puntos de apoyo, y esto era una gran ventaja. Después de Chipre, los misioneros decidirían.

Así comenzaba el primer viaje misional de Pablo. Era el año 45 (§ 155).



EL PRIMER VIAJE MISIONAL

321. Después de esta iluminación superior se hicieron planes dues lo que se desprende de la narración del agudo Lucas, que describe así la partida: *Marchan Bernabé y Pablo. Mandados, pues, por el Espíritu Santo, bajaron a Seleucia, y de allí navegaron a Chipre. En Salamina predicaron la palabra de Dios en las sinagogas de los judíos, teniendo a Juan por auxiliar* (ὑπηρέτην) (*Act.*, 13, 4-5). De manera que tan sólo Bernabé y Pablo son *los segregados por el Espíritu Santo,* y bajo este guía inician su labor en Salamina; en cambio, Juan, o sea, Marcos, no goza de esta prerrogativa, y es tan sólo un *auxiliar* de los dos verdaderos misioneros. Esta distinción sutil le sirve al narrador para prepararnos a la defección futura de Marcos.

El trayecto que siguieron los tres viajeros fué el usual: de Antioquía marcharon a Seleucia, que era el puerto de Antioquía (§ 31), y de Seleucia tocaron Chipre, en Salamina (§ 35). En Salamina comenzó la labor de los misioneros.

322. Chipre.—Era norma constante de los primeros evangelizadores, y especialmente de Pablo, dirigirse primero a los judíos para anunciarles el Mesías Jesús, y si los judíos rechazaban el anuncio, se dirigían entonces a los paganos. La nación que había sido predilecta de Dios tenía derecho a esta preferencia aun ahora, cuando sus privilegios habían sido extendidos a todas las naciones por el Mesías Jesús. Pero, salvado este derecho de precedencia, no les quedaba ningún otro a los judíos, equiparados ahora ya por completo a las demás naciones. Para aproximar a los judíos a este fin, el mejor medio era presentarse en la sinagoga y usar del derecho común de dirigir la palabra al público durante una reunión (1). El modo como se hablaba en las reuniones sinagogales lo describirá Lucas con precisión cuando refiera el discurso de Pablo en la sinagoga de Antioquía de Pisidia (§ 331).

Pablo siempre hacía esto: en sus discursos sinagogales intentaba convencer a los judíos sobre la base de las Escrituras sagradas, de que el Mesías preanunciado era Jesús de Nazareth, porque realizaba en sí las características que le atribuían aquellas Escrituras: era, pues, una demostración regular histórico-bíblica, hecha según las normas de la exégesis rabínica corriente que ya conocemos (§ 76 y sigs.).

(1) Cf.: *Vida de Jesucristo*, § 67.

A veces, su demostración se aceptaba, al menos, en parte, y en este caso Pablo no se negaba a volver sobre el mismo argumento en un nuevo discurso durante la próxima reunión; en cambio, cuando se rechazaban por completo todas sus conclusiones, declaraba abiertamente que no tenía más deberes hacia sus connacionales judíos, y se dirigía entonces a los paganos.

323. No se dice cuál fué el resultado de esta evangelización en las sinagogas de Salamina, y ni siquiera en otras de la isla donde abundaban los judíos (§ 35); tan sólo se dice que los misioneros *atravesaron toda la isla* (Ibid., 13, 6) y llegaron de Salamina a Pafos, esto es, casi de la extremidad oriental a la occidental de Chipre. Evidentemente, es una noticia muy resumida y que debe referirse a una labor de varios meses; la distancia de Salamina a Pafos es de 150 kilómetros, y a lo largo de este trayecto debían ser numerosos los centros habitados, en los que casi siempre debía hallarse un núcleo de judíos; aun cuando se detuvieran en los centros más populosos, tan sólo el tiempo necesario para esparcir y ver germinar la nueva semilla, las semanas y los meses debieron transcurrir veloces.

Por vías indirectas podemos suponer que el resultado de toda esta labor fué grande; por una parte se mencionan reacciones particulares de los judíos evangelizados, que, en cambio, serán vivísimas en otro lugar; por otra, si Bernabé vuelve más tarde a Chipre con Marcos (*Act.*, 15, 39), lo haría, no sólo por intereses personales suyos como chipriota, sino también para cuidar los resultados de esta primera misión. Cuando los misioneros atravesaron toda la isla debió brotar a lo largo del camino cierto número de simientes: eran pequeños grupos de judeo-cristianos, de donde más tarde saldrían las iglesias de Chipre.

324. Llegados a Pafos, residencia del gobernador romano de la isla (§ 35), los misioneros, inesperadamente, pudieron ensanchar su campo de acción. Al parecer, se dirigieron, como siempre, a los judíos de la localidad y obtuvieron un éxito grande en sus discursos de la sinagoga, tanto, que en toda la ciudad no se habló sino de los recién llegados; también el gobernador supo de ellos, probablemente como si se tratara de filósofos sabios, venidos a Pafos por asuntos particulares. El gobernador era entonces Sergio Pablo, al que Lucas llama justamente *procónsul* (ἀνθύπατος) porque entonces Chipre era provincia senatorial y, por tanto, estaba gobernada, no por un propretor, sino por un procónsul, aun cuando de grado pretorio (1). También Lucas presenta a Sergio Pablo como un *hombre inteligente* (συνετὸς), y esto parece con-

(1) Antes se acusaba a Lucas de error por haber llamado a Sergio Pablo *procónsul*, cuando debía haberle llamado *propretor*. Chipre debió tener gobernadores propretores en el pasado, cuando era provincia imperial, pero en el año 22 a. de C., convertida en provincia senatorial, tuvo gobernadores procónsules (véase el pasaje de Estrabón y de Dion Casio, citados en el § 34, sobre esta cuestión). Además, una inscripción griega hallada en Soles, ciudad situada en la costa septentrional de la isla, lleva estas palabras ΕΠΙ ΠΑΥΛΟΥ (ΑΝΘ)ΥΠΑΤΟΥ *bajo Pablo procónsul*, y casi seguramente se refieren a este Sergio Pablo; la inscripción fué hallada y publicada por el cónsul americano en Chipre, L. Palma de Cesnola: *Cyprus, its ancient cities, tombs ans temples*, London, 1877, pág. 425.



Fig. 60.—PAFOS VIEJA: RUINAS DEL TEMPLO DE AFRODITA

firmado por la mención de Plinio el Viejo acerca de un Sergio Pablo como fuente de sus noticias probablemente acerca de Chipre (1), y que puede ser precisamente el nuestro: sea lo que fuere de esto, al procónsul no le ocupaban mucho los asuntos del gobierno de la isla, que estaba a trasmano y era tranquila; por esto, espíritu cultivado e inquisitivo, llenaba sus *otia* con amistades intelectuales y conversaciones con hombres cultivados, a los que recibía con gusto en su casa; de todos ellos esperaba lograr nuevos conocimientos, incluso de los magos, de los astrólogos y de los cultivadores de las ciencias ocultas, que hallaban tanto crédito en aquel tiempo, como dicen varios escritores romanos.

325. Entre los amigos del procónsul gozaba de gran predicamento un judío llamado Bar-Jesús («hijo de Jesús»). Lucas le llama *mago, falso profeta;* pero hay que tener en cuenta que el término *mago* designaba casi siempre a una persona cultivada, a veces en un sentido moralmente bueno (2), y en nuestro caso, de todo el conjunto se deduce que Bar-Jesús no era un grosero ignorante, sino un hombre versado en la ciencia de su tiempo, incluso en la ciencia oculta; Lucas le llama también *falso profeta*; y esto muestra que entre las ciencias que culti-

(1) *Nat. Hist.*, II, XVIII, en los índices reunidos al principio de la obra en sus respectivas listas *ex autoribus*. Los pasajes de este libro en que se habla de Chipre, son: II, 90, 97, 112 (al 88, 96, 108); XVIII, 12, 57 (al 7, 25).

(2) Cf.: *Vida de Jesucristo*, § 252.

vaba estaba también la adivinación, por la que se habrá dicho enviado de Dios, y habrá hablado en nombre de Dios. Y, en realidad, para un judío de aquellos tiempos, la tentación de considerarse enviado de Dios era muy fuerte, y pocos años más tarde, en Palestina, surgirá el tropel de los falsos profetas (1).

Precisamente este carácter de «profeta» es lo que puso a Bar-Jesús en contacto con los misioneros. Tal vez les oyó hablar en la sinagoga, y comprendió inmediatamente que sus ideas estaban en los antípodas de las suyas; cuando más tarde el procónsul se interesó de nuevo por los recién venidos, Bar-Jesús intentaría prevenirle en contra de ellos, pero inútilmente. Sergio Pablo, mandó llamar a los interesantes extranjeros para conocer su pensamiento: se decía en la ciudad que hablaban de un tal Jesús, que había muerto pocos años antes, y había resucitado, aportando una nueva vida a todo el género humano sin distinción de razas; pues bien, que expusiesen con toda libertad sus doctrinas ante él, porque estaba dispuesto a aceptar lo que en ellas encontrara de bueno. Esta disposición abierta y libre era frecuente entre las conciencias honradas durante aquellos tiempos de gran escepticismo, y Lucas la presenta diciendo que el procónsul, *buscaba oír la palabra de Dios*. Era, pues, un hombre ecuánime que quería oír y juzgar por sí mismo, sin dejarse influenciar por la opinión de otros, y menos de los sabios como Bar-Jesús. Probablemente las entrevistas fueron varias, y desde el principio se vió que el procónsul cedía ante los argumentos de los dos misioneros, y, sobre todo, ante los de Pablo, que debía ser el principal orador.

326. Bar-Jesús estaba presente, y su actitud la describe Lucas de este modo: *Pero Elimas, el mago, que eso significa este nombre* (2), *se le oponía y procuraba apartar de la fe al procónsul* (*Act.*, 13, 8). El esquema de la argumentación desarrollada por Pablo debió ser el preferido cuando hablaba a los paganos; partía del conocimiento natural del Dios único, trataba después del Dios que se revela primero a los hebreos mediante los patriarcas y Moisés, y después a todo el género humano mediante el Mesías Jesús, del que exponía finalmente doctrina y hechos. Bar-Jesús, al principio, se habrá opuesto sólo débilmente a esta argumentación, cuando Pablo trataba del conocimiento natural de Dios; pero cuando pasó a la historia hebrea, y sobre todo a la del Mesías Jesús, el mago judío y el ex-rabino cristiano se habrán embestido violentamente con citas mesiánicas tomadas de la Sagrada Escritura, y con vivo diálogo. *Pero en un momento, Saulo, también llamado Pablo* (3), *lleno del Espíritu Santo, clavando en él los ojos, le dijo: ¡Oh lleno*

---

(1) Cf.: *Historia de Israel*, § 412.

(2) Este inciso es difícil. Ciertamente no puede referirse al nombre de *Bar-Jesús*, que tiene significado diverso (el que hemos dado arriba), sino que hay que entenderlo... *discutían Elimas (o sea) el mago, puesto que así* (mago) *se interpreta el nombre* (Elimas) *suyo*. Pero ¿de qué deriva y qué significa *Elimas*? Muchos piensan en el árabe *'alim*, «sabio», y el que lo es en ciencias ocultas, y también «mago»; pero hay dificultades morfológicas y conceptuales que no satisfacen. Se podría sospechar una derivación de la raíz semita 'LM, «ceñir», «atar», referido al poder del mago sobre las fuerzas ocultas.

(3) Es la primera vez que al apóstol, llamado Saulo hasta este punto del relato en los *Hechos*, se le llama Pablo, cf.: § 228.

de todo engaño y de toda maldad, hijo del diablo, enemigo de toda justicia! ¿No cesarás de torcer los rectos caminos del Señor? Ahora mismo la mano del Señor caerá sobre ti y quedarás ciego, sin ver la luz del sol por cierto tiempo. Al punto se apoderó de él la tiniebla y la oscuridad, y daba vueltas buscando quien le diera la mano. (Ibid., 9-11.)

327. Pablo se había visto en situación análoga en el camino de Damasco, ciego y con necesidad de que le guiaran de la mano (§ 266); pero allí él había asentido a su contradictor, aquí, en cambio, no había consentimiento por parte del ciego descarriado. No faltan aquí las explicaciones naturalistas que se propusieron allí: el mago debía ser de constitución neuropática, de modo que, impresionado por las palabras de Pablo, y casi hipnotizado por su mirada fija sobre él, se le nubló la vista momentáneamente. Con lo que se ve que estos críticos no son muy fecundos en sus hallazgos, porque, aburridamente, recurren siempre a los mismos métodos.

No se dice más de la suerte de Bar-Jesús. De Sergio Pablo, en cambio, se cuenta: *Al verlo creyó el procónsul, maravillado* (ἐκπλησσόμενος) *de la doctrina del Señor* (Ibid., 12). Si *creyó,* reconoció intelectualmente la verdad del cristianismo; pero ¿la reconoció también oficialmente, recibiendo el bautismo? Este último punto no se atestigua; sin embargo, puede ser que vaya implícito en la afirmación de que *creyó*; por otra parte, su calidad de alto magistrado del Imperio romano no era un obstáculo serio para recibir el bautismo, porque en este tiempo (año 45) Roma no tenía aún prejuicio alguno contra el cristianismo, y era igual que un magistrado de provincias se hiciera cristiano o se iniciara en los misterios de Isis o diera su nombre a una secta pitagórica.

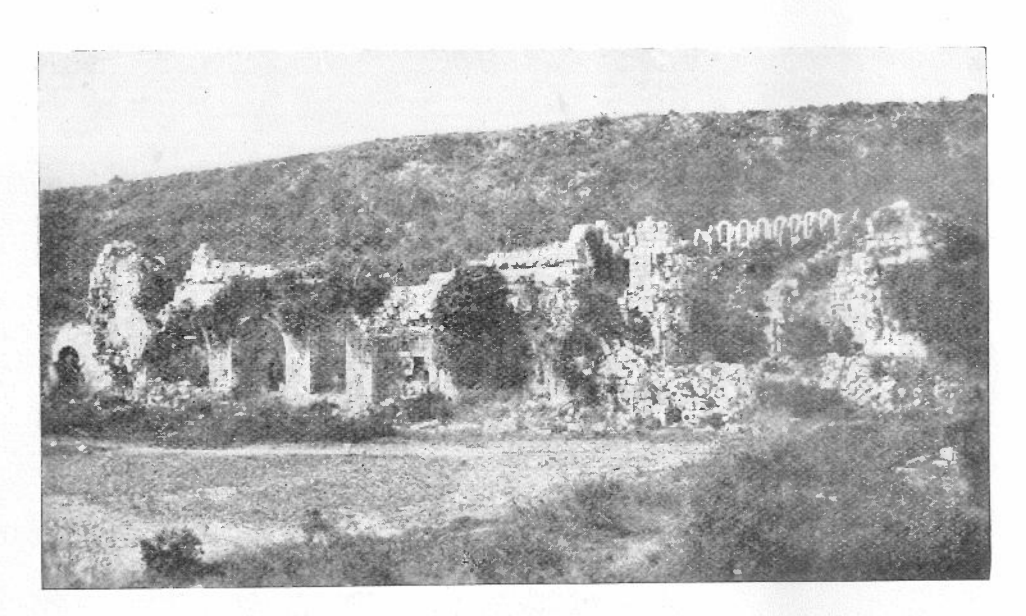


Fig. 61.—PERGE: TEATRO Y NINFEO

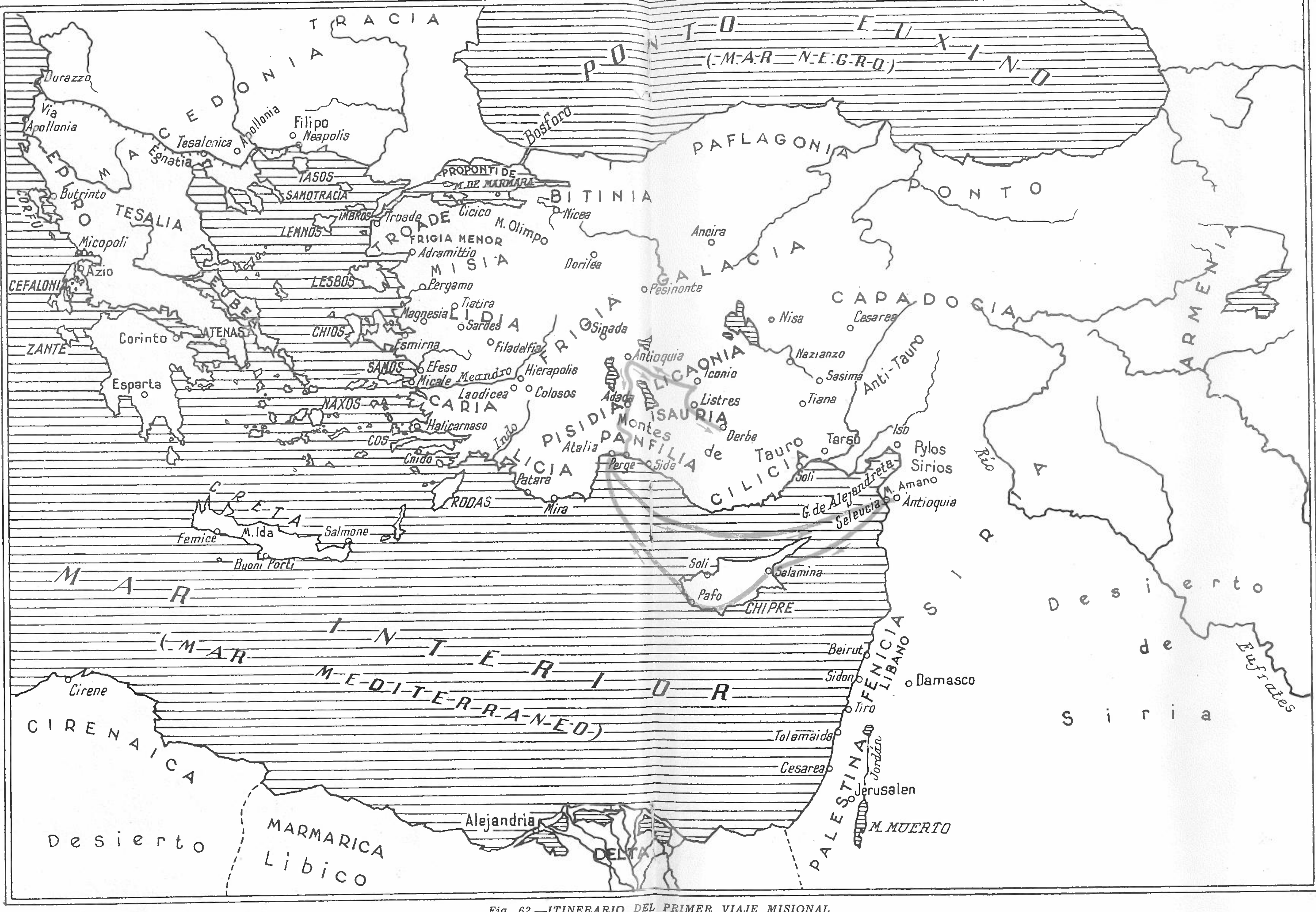


Fig. 62.—ITINERARIO DEL PRIMER VIAJE MISIONAL

328. ANTIOQUÍA DE PISIDIA.—Con el episodio de Sergio Pablo termina la estancia de los misioneros en Chipre. Había sido, en conjunto, fructuosa, y sobre todo la adhesión del procónsul había dado grandes esperanzas al corazón de los misioneros. En este estado de ánimo, y sin programa previamente trazado (§ 320), los misioneros dejaron la isla para dirigirse a la parte del continente que se encontraba al norte. Mas apenas llegados le aconteció a la pequeña comitiva un suceso desagradable, si bien no del todo imprevisto. De Pafos navegaron Pablo y los suyos, llegando a Perge de Panfilia, pero Juan se apartó de ellos y se volvió a Jerusalén (Ibid., 13).

La travesía de Chipre a Panfilia no fué una navegación larga; desembarcados seguramente en Atalia, llegaron pronto a Perge, a doce kilómetros del mar (§ 10). Pero ya en este breve viaje por tierra se descubría que Panfilia era muy distinta a Chipre; si allí mismo, en Perge, todavía al pie de la cadena montañosa del Tauro, el paisaje era ya desolado y salvaje, ¿qué sería al adentrarse en aquellos montañas, por caminos malísimos, sin comodidad alguna, libre dominio de bandoleros? *Juan,* o sea Marcos, debió hacerse estas consideraciones durante la estancia en Perge, pero se añadieron a otras de naturaleza diferente que ya desde aquel tiempo turbaban su mente.

329. Se habrá notado que aquí se designa a la caravana de los tres viajeros con una expresión nueva: *Pablo y los suyos* (οἱ περὶ Παῦλον). Hasta este momento, el jefe moral de la comitiva había sido Bernabé;



Fig. 63.—UN VALLE DEL TAURO CUBIERTO DE NIEVE

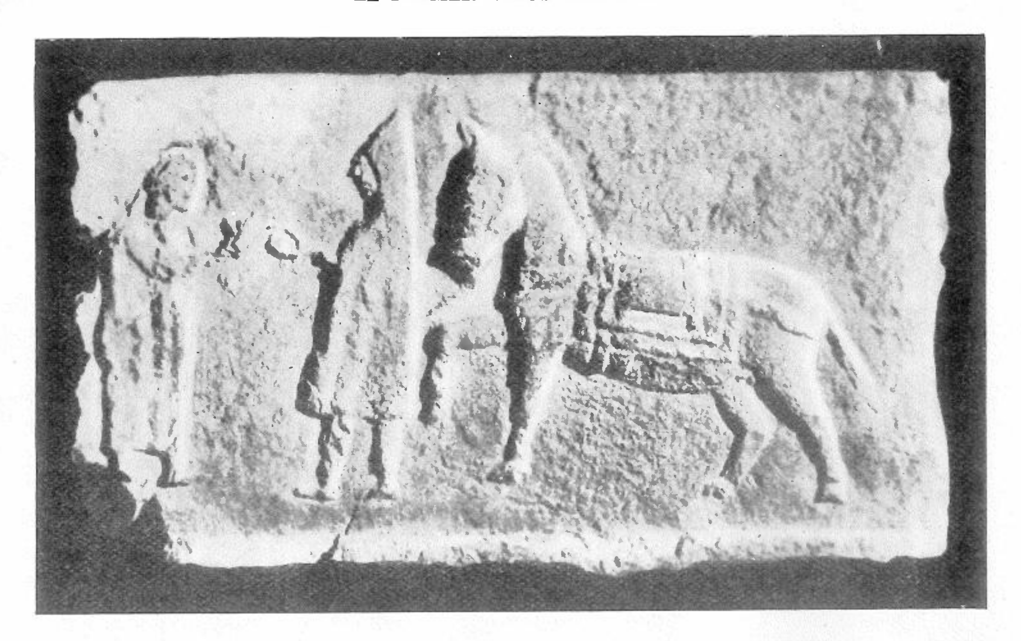


Fig. 64.—VIAJERO ROMANO HACIENDO CUENTAS CON EL POSADERO ANTES DE MARCHAR (París, Louvre).

ahora, en cambio, Pablo es su centro, y los demás le acompañan. Sin duda la nueva expresión refleja la nueva situación existente. Al salir de Antioquía, en los primeros tiempos de la estancia en Chipre, Bernabé estaba en primera línea, pero cuando comenzó la labor misional intensa, Pablo pasó a primera línea como natural consecuencia de aquella labor; todo lo emprendía él, todo lo terminaba él, y de aquí que, inevitablemente, los demás se convirtieran en *los suyos*. De todos modos, mientras estuvieron en Chipre, Bernabé tenía la ventaja de hallarse en su patria, y por esto era especialmente útil por sus conocimientos; pero también esta prerrogativa suya había disminuído mucho en los últimos tiempos, cuando la comitiva había entrado en el ambiente pagano del procónsul y había cesado por completo al salir de la isla. Pues bien, Juan Marcos debía haber notado desde hacía algún tiempo esta *diminutio capitis* de su primo Bernabé, y siendo, como era, joven, no podía estar satisfecho: a esto se unía la aventura de tirarse de cabeza entre barrancos y pantanos en Panfilia, aventura propuesta por Pablo, como siempre, y a quien el bueno de Bernabé no había tenido la firmeza de oponerse. ¿Era normal y prudente todo esto?

Marcos admiraba sin reservas la energía indomable de Pablo, pero no lograba descubrir por qué razón debían pensar todos como él y, sobre todo, seguirle a donde fuera. Y en su espíritu de viajero novel, que había salido por vez primera de su patria, los recuerdos de la casa materna eran tan vivos que a veces casi le hacían llorar: comparaba a su dulce madre María, la solícita huéspeda de Pedro huído de la cárcel, con aquel Pablo volcánico que jamás necesitaba ni comer ni dormir, y comparaba su cómoda y piadosa Jerusalén con aquella Panfilia, guarida de demo-

nios y bandoleros. La conclusión fué que en el momento de emprender el viaje desde Perge hacia el interior, Marcos lo emprendió hacia el mar, habiendo decidido volverse a Jerusalén.

Pablo sintió mucho la defección de Marcos, y la recordó durante mucho tiempo (§ 370). Bernabé no se atrevió a seguir a su primo, y se quedo con Pablo. Y los dos habrán considerado la debilidad del joven, alegando una falta de preparación específica (§ 319), y recordando que jamás había estado entre los misioneros *segregados por el Espíritu Santo* (§ 321).

330. Cuando marchó Marcos, los dos viajeros emprendieron el camino desde Perge, dirigiéndose directamente hacia el Norte, hacia el centro de Asia Menor. Subiendo a lo largo del río Cestro, siguieron el camino que llevaba primero a Adad y después a Antioquía de Pisidia; y así, se enfrentaron inmediatamente con la cadena del Tauro de Panfilia.

De Perge a Antioquía había unos 161 kilómetros, pero para el trayecto hacían falta de seis a siete días, porque el camino era peligroso y cansado. El camino, apenas de herradura, primero descendía por los barrancos donde corre el Cestro; después, poco a poco, ascendía a la meseta de Pisidia, y se elevaba a más de 1.000 metros de altura, metiéndose entre picos nevados, landas solitarias y densos boscajes. Aquí había que tener cuidado con los torrentes montañosos; allí había que abrirse paso porque terminaba el camino de herradura, o bien abrirse camino entre la espesura densísima. En todas partes había la amenaza de las antiguas bandas de ladrones, reforzadas continuamente por esclavos huídos, que daban buenos golpes sobre los mercaderes de paso; en ningún lugar el caminante, cansado después de una jornada de esfuerzos continuos, podía esperar, al caer de la noche, nada mejor que un derruído caravasar, donde había de comer tan sólo lo que llevase consigo, para tenderse, el suelo con estiércol, y para dormir el frío alpino, con la perspectiva, además, de que le despertasen los aullidos de lobos famélicos que husmeaban en torno. Sólo después de pasar el Tauro, a lo largo del camino de la llanura, más frecuentado, podría encontrar alguna de aquellas posadas miserables, representadas a veces en los documentos arqeológicos, donde se detenía el viajero mal a gusto y tan sólo una noche, para salir a la mañana siguiente, después de haber pagado mucho a la infame posadera.

Pero los dos misioneros que habían quedado no eran Marcos, y superaron todas estas dificultades, sosteniéndose con la idea de que si aquel camino lo recorrían mercaderes en buca de lucro, legionarios romanos por disciplina militar, funcionarios del Imperio por deberes de su oficio. bien podían andarlo los apóstoles del Mesías Jesús por su gloria. Entre el cuarto y el quinto día de viaje, la ruta se hizo más fácil: costearon el lago de Egherdir (§ 27) en un paisaje alpino, y en dos jornadas más llegaron a Antioquía.

331. Como de costumbre, Pablo y Bernabé se dirigieron al barrio de los judíos, que eran numerosos, atraídos a la ciudad por el comercio de pieles, y para los que, sin duda, tenían los viajeros cartas de reco-



Fig. 65.—ANTIOQUIA DE PISIDIA

mendación. Sin perder tiempo, el primer sábado se presentaron en la sinagoga para iniciar su misión. La sinagoga era frecuentada, no sólo por los judíos de raza, sino también por los no judíos que simpatizaban con la religión de Israel, y que se dividían en la clase inferior de los «devotos» o «timoratos», y la superior de los «prosélitos» (1). Paganos de éstos, afiliados al judaísmo, se encontrará Pablo por todas partes en sus viajes (2). Probablemente se había difundido ya la noticia de la llegada de los dos viajeros que exponían ideas nuevas, y por esto la reunión de la sinagoga estaba más nutrida que de costumbre; especialmente acudían los no judíos.

El procedimiento de la reunión fué el corriente que ya conocemos, pero que aquí podemos leer en toda su viveza: *entrando en la sinagoga en día de sábado, se sentaron. Hecha la lectura de la Ley y de los Profetas, les invitaron los jefes de la sinagoga, diciendo: «Hermanos, si tenéis alguna palabra de exhortación al pueblo, decidla.» Entonces se levantó Pablo, y haciendo señal con la mano dijo: «Varones israelitas, y vosotros, los que teméis a Dios, escuchad...* (*Act.*, 13, 14-16). Lucas había hecho una descripción muy parecida al referir el último discurso de Jesús en la sinagoga de Nazareth, antes de ser expulsado del pueblo de su infancia (*Lucas*, 4, 16-30), con la diferencia de que del discurso de Jesús sólo refería el enunciado primero (3), mientras da un amplio resumen del discurso de Pablo.

(1) Cf.: *Historia de Israel*, § 213.
(2) Cf.: *Historia de Israel*, § 211.
(3) Cf.: *Vida de Jesucristo*, § 358.

332. El esquema del razonamiento fué el usual en Pablo (§ 326); pero esta vez, como hablaba a los que ya creían en un Dios único, omitió al comienzo la parte referente al conocimiento natural de Dios, y comenzó con la revelación de Dios a los hebreos, para pasar después a la revelación de Jesús, entrelazando la exposición de los hechos con la mención de pasajes mesiánicos de las Escrituras. La conclusión tuvo importancia especial: *Sabed, pues, hermanos, que por éste* (Jesús) *se os anuncia la remisión de los pecados y de todo cuanto por la Ley de Moisés no podáis ser justificados* (*Act.*, 13, 38).

La novedad del argumento y la precisión de los hechos referidos con respecto a Jesús debieron causar impresión; pero el punto culminante fué la oposición, presentada en la conclusión, entre la insuficiencia de la Ley de Moisés para justificar, y la justificación efectiva obrada por la fe de Jesús. Los judíos de sentimientos fariseos percibieron en estas palabras un aroma de herejía, una sombra de revolución que no presagiaba nada bueno. En cambio, los no judíos, afiliados a los grados de «timoratos» o «prosélitos» entrevieron el alba de un día radiante, en que brillase el sol de la libertad espiritual. De todos modos, el tema era demasiado delicado para ser tratado en una sola reunión; por esto, al disolverse la reunión, los archisinagogos y algunos más, rogaron a ambos que volvieran el próximo sábado para tratar sobre el mismo tema. Hubo, sin embargo, auditores más fervientes que no toleraban la espera de siete días, y que pidieron inmediatamente a los dos extranjeros ciertas aclaraciones acerca de lo que habían oído: este vivo interés era para Pablo y Bernabé un efecto de la *gracia de Dios,* y conforme a este criterio fué el carácter de sus respuestas. Muchos de los judíos y prosélitos adoradores de Dios siguieron a Pablo y a Bernabé, que les hablaban para persuadirlos que permaneciesen en la gracia de Dios. (Ibid., 43.)

333. En aquella semana de espera, la noticia se difundó por toda la ciudad, corriendo de boca en boca: no sólo los judíos, sino también los paganos, griegos y orientales, cultos y artesanos, todos llegaron a saber que el próximo sábado hablaría en la sinagoga un judío de Tarso, que era ciudadano romano, y que al principio había perseguido a un tal Jesús de Nazareth, pero que después había pasado a su partido al verlo un día resucitado en las cercanías de Damasco, y habiéndose convencido entonces de que era una especie de semidiós, esto es, el personaje a quien los judíos llamaban el Mesías; se decía que el orador, educado en Tarso, era un dialéctico hábil y fuerte, y, sin duda, sería interesante oírle desarrollar aquellas ideas de independencia frente a la Ley judía, y de libertad espiritual con las que había cerrado su discurso anterior. Para la modesta ciudad de monótona vida comercial, el acontecimiento fué extraordinario, y por esto, *el sábado siguiente casi toda la ciudad se reunió para escuchar la palabra de Dios* (ibid., 44); esta expresión *palabra de Dios* es exacta desde el punto de vista del narrador, pero psicológicamente es más exacta la expresión de un códice (D. texto «occidental», § 119, nota), según el cual la ciudad vino a escuchar a *Pablo*; lo que, en efecto, interesaba era el orador con sus ideas innovadoras, mientras que la *palabra de Dios* tenía aún poco sentido para aquella muchedumbre de paganos.

Aquella aglomeración enervó ya mucho a los notables: *viendo los judíos a la muchedumbre, se llenaron de envidia.* (Ibid., 45.) ¿Qué habían venido a hacer todos aquellos paganos? ¿A impurificar con su presencia la sinagoga? O tal vez ¿esperaban oír afirmar, en plena sinagoga, que la Ley de Moisés era un instrumento insuficiente? O bien, ¿que ante Dios valía tanto un judío como un griego, un bárbaro o un escita? Pues bien, ¡que se atreviera aquel Pablo de Tarso a exponer semejantes ideas, y verían todos cómo las recibían ellos!

334. No se refiere el nuevo discurso de Pablo; sólo el códice antes mencionado dice que *hizo un extenso discurso acerca del Señor,* esto es, Jesús. Pero, por analogía podemos conjeturar el tema: como las ideas acerca de la justificación expuestas en el anterior discurso son las ideas típicas de Pablo, que reaparecen en las cartas a los *Romanos* y a los *Gálatas,* así esta vez, hablando especialmente de Jesús, habrá afirmado que era el Mesías predicho en las Escrituras, y que había muerto y resucitado, y que su muerte había traído la redención a todos los hombres indistintamente, aboliendo de este modo la Ley de Moisés y las prerrogativas de los judíos, y más ideas usuales en sus cartas. Esta conjetura se refuerza con la acogida que halló el discurso por parte de los judíos, los cuales *insultaban y contradecían a Pablo.* (Ibid., 45.) ¿A quién iban dirigidos estos insultos o injurias? Ciertamente al hereje, a Pablo; pero indirectamente también al objeto de la herejía, a Jesús, a quien Pablo más tarde llamará *escándalo para los judíos.* (*I Cor.*, 1, 23.)

Es fácil reconstruir la escena. A medida que Pablo avanzaba en su discurso, los judíos intentaban destruir su construcción dialéctica (más o menos como hacen hoy los críticos radicales con sus cartas y con el relato de los *Hechos*); rechazaban sus testimonios, deformaban el sentido de las citas bíblicas y, sobre todo, injuriaban, recubriendo de insultos a Jesús, su vida y todas las cosas. Cuando Pablo, después, proclamó que en el reino del Mesías Jesús tanto vale un judío como quien sea de otra raza, y que el Evangelio ha sustituído a la Ley de Moisés, los auditores no judíos aplaudían calurosamente, y esto habrá hecho perder a los judíos toda su contención. Una tempestad de ultrajes descargaría sobre Pablo, amenazas furibundas se lanzarían contra el renegado y traidor, y Pablo no podría materialmente hacerse oír.

335. Pero Pablo había previsto este epílogo, y se había preparado. Permaneció erguido sobre el estrado desde donde hablaba, no teniendo en cuenta los aullidos ni las amenazas que oía. En un momento cambió algunas palabras con Bernabé, que estaba junto a él, y ambos esperaron todavía. Apenas disminuyó el clamor y pudieron hacerse oír, ambos declararon con serena firmeza: *A vosotros os debíamos hablar primero la palabra de Dios, mas puesto que la rechazáis y os juzgáis indignos de la vida eterna, nos volveremos a los gentiles. (Act.,* 13, 46.)

Tuvo lugar la escisión. Pablo y Bernabé no volvieron a poner los pies en la sinagoga; pero esto no significaba que permanecieran inactivos. Su declaración final de abandonar a los judíos para volverse hacia los gentiles había alegrado a éstos, que recibieron inmediatamente con gusto las instrucciones dadas por los dos misioneros. Las reuniones se

celebrarían no ya en la sinagoga, sino en una tienda, en una casa particular, en un jardín al aire libre, donde fuera; pero no eran por ello menos fructíferas. Aquellos paganos acudían numerosos y llenos de buena voluntad en busca de luz, de manera que poco a poco *la palabra del Señor se extendía por toda la región.* (Ibid , 49.) La propaganda era espontánea: quien quedaba consolado después de asistir a una reunión, hablaba a su pariente que vivía con él, al mercader que había caído en la ciudad por asuntos, procedente de un pueblo lejano. al soldado que había vuelto de la guarnición destacada en campaña para luchar contra los bandoleros, a recibir órdenes del cuartel general; muchos se interesaban, intervenían, quedaban también ellos consolados, y a su vez hacían propaganda. Los dos misioneros se habrán prodigado dirigiéndose aquí y allí, en la ciudad y fuera de ella, tal vez haciéndose ayudar en un segundo tiempo por algún neófito más adelantado y mejor provisto del oportuno carisma (§ 211 sigs.). Al cabo de ciertos días, cerrado un breve ciclo de preparación, llevaban a grandes grupos de asistentes a las reuniones a las orillas de algún río, que bajaba de las montañas, y en sus aguas los bautizaban.

336. Esta labor debió prolongarse durante muchos meses, más de un año, porque el movimiento no pudo extenderse *por toda la región* de Antioquía tan sólo en pocas semanas. Los judíos no contemplaron impávidos este espectáculo. Al principio habían creído que con expulsar a los dos misioneros de la sinagoga todo habría terminado; pero ahora se encontraban con que los dos misioneros tenían en sí un poder espiritual que no dependía en absoluto de la sinagoga, es más se había hecho más ágil y eficaz después de la separación. Y, sin embargo, no se podía tolerar un contraaltar de aquella especie, que tenía tanto en común con el judaísmo. Mas ¿cómo suprimirlo? Tampoco se podía volver a las discusiones, porque aquel Pablo no estaba nada dispuesto a dejarse convencer; no quedaba sino recurrir a la autoridad, como ya habían hecho los judíos de Damasco con este mismo Pablo cuando le obligaron a huir dentro de una espuerta (§ 290).

Los judíos concitaron a mujeres adoradoras de Dios y principales, y a los primates de la ciudad, y promovieron una persecución contra Pablo y Bernabé, y los arrojaron de sus términos. (Ibid., 50.) Esta vez pues, no obró tanto el dinero como en Damasco, sino la influencia social. Las mujeres paganas afiliadas al judaísmo de la Diáspora fueron siempre numerosas, no sólo en las clases inferiores de los «devotos» o «timoratos», sino también en la superior de los «prosélitos», porque para ellas no existía el gran inconveniente de la circuncisión que retraía casi siempre a los hombres de esta clase superior. En Damasco, todas las mujeres no judías, salvo excepción, estaban afiliadas al judaísmo (§ 33). En Antioquía de Pisidia, para que cesara el escándalo, se recurrió al crédito social de las «devotas» insignes, actuando mediante ellas sobre sus maridos y parientes, que tenían en sus manos la administración de la ciudad. Era fácil encontrar pretextos legales para lograr el fin deseado, dada la posición privilegiada de que gozaban los judíos dentro del Imperio.

La *persecución,* que apenas se menciona, pudo ser una de esas tribu-



Fig. 66.—ICONIO. CARAVASAR DE LA EPOCA SELEUCIDA

laciones que Pablo recuerda haber padecido (*II Cor.*, 11, 23-25); tal vez le arrastraron a la sinagoga para darle los treinta y nueve golpes de flagelo reglamentarios (1), que durante su vida recibió al menos cinco veces. Tal vez le dieron de vergajazos magistrados civiles, como le sucedió por lo menos tres veces; tal vez estuvo varios días en la cárcel, que de ahora en adelante será cada vez más su alojamiento. Nada sabemos de preciso; lo cierto es que, al fin, una sublevación popular «espontánea», minuciosamente preparada en su «espontaneidad» por los instigadores interesados, expulsó del territorio de la ciudad a los dos misioneros.

337. También esta vez estaban preparados; cuando contusos y magullados se encontraron fuera de la ciudad, los dos, *sacudiéndose el polvo de sus pies contra aquéllos,* como Jesús había enseñado a hacer (*Mateo,* 10, 14), *se dirigieron a Iconio.* Tan poco se desanimaban, que cuando se les cerraba un campo de acción se abrían inmediatamente otro, en otro lugar. Y los cristianos que dejaban en Antioquía experimentaban el mismo sentimiento, *porque los discípulos quedaban llenos de alegría y del Espíritu Santo.* (*Act.*, 13, 52.) Tal vez estos discípulos habían oído contar a Pablo y a Bernabé que cuando los apóstoles habían sido flagelados en el Sanedrín de Jerusalén, *se fueron contentos de la presencia del Consejo porque habían sido dignos de padecer ultrajes por el nombre de Jesús.* (*Act.*, 5, 41.) En aquellos neófitos existía la convicción de que sin sufrimientos y trabajos el reino del Mesías Jesús no se propagaba, y por esto gozaban cuando podían contribuir a su propagación sufriendo y trabajando.

(1) Cf.: *Vida de Jesucristo,* § 61, 64.

Por lo demás, estos sentimientos paradójicos no eran especiales de los neófitos de Antioquía de Pisidia, sino que eran habituales en Pablo, que osaba afirmar: *Por lo cual me complazco en las enfermedades, en los oprobios, en las necesidades, en las persecuciones, en las angustias por Cristo; pues cuando parezco débil entonces es cuando soy fuerte.* (*II Cor.*, 12, 10.) Pero estas paradojas no eran tampoco invención de Pablo, tan sólo las había copiado, sacadas de la paradoja suprema: el Sermón de la montaña (1).

338. Iconio.—El viaje de Antioquía de Pisidia a Iconio tuvo lugar tal vez a principios del año 47. Era un viaje de 130 kilómetros. Acompañados seguramente por algunos fieles neófitos de Antioquía, los dos misioneros atravesaron la desnuda y desierta meseta que se extiende entre las dos ciudades, y que es del tipo clásico de la estepa asiática: en las zonas menos pantanosas o menos cubiertas de incrustaciones salinas vagaban grandes rebaños de ovejas y cabras, que suministraban material a las múltiples fábricas de tejidos de Iconio. En la ciudad (§ 25) no debían escasear los judíos, atraídos por el comercio: Pablo, apenas llegado, encontró, sin duda, modo de ejercer su oficio en alguna fábrica regida por sus connacionales, según norma constante de ganar el pan con el trabajo de sus manos (§ 230).

339. Pero al mismo tiempo inició su labor espiritual, siguiendo también su norma de dirigirse primero a los judíos. *Igualmente, en Iconio entraron en la sinagoga de los judíos, donde hablaron de modo que creyó una numerosa multitud de judíos y griegos.* (*Act.*, 14, 1.) Es evidente que el relato también es aquí muy resumido, porque la conversión de esta *gran multitud* no pudo ser más que el resultado de una labor relativamente larga. La concisión sigue con respecto a los hechos sucesivos, que se desarrollaron más o menos como en Antioquía de Pisidia. Los judíos, que rechazaban la doctrina de los misioneros, *excitaron y exacerbaron los ánimos de los gentiles contra los hermanos.* (Ibid., 2.) En estos *gentiles* se reconoce fácilmente, no sólo a las personas de clase inferior, sino también a los ricos industriales y a aquéllos que más influían en los asuntos públicos.

Sin embargo, los perseguidos no cedieron, sino *con todo moraron allí bastante tiempo, predicando con gran libertad al Señor, que confirmaba la palabra de su gracia realizando por su mano señales y prodigios.* (Ibidem 3.) Obraban, pues, los carismas, que adornaban a los misioneros y cuyo fin directo era la propagación y el afianzamiento de la fe (§ 211). Contra este despliegue de fuerza espiritual, los judíos hostiles no podían oponer nada sino la fuerza material, y la opusieron. *Al fin se dividió la muchedumbre de la ciudad, y unos estaban por los judíos y otros por los apóstoles. Y como se produjese un tumulto de gentiles y judíos con sus jefes, pretendiendo ultrajar y apedrear a los apóstoles* (Pablo y Bernabé); *dándose éstos cuenta de ello, huyeron a las ciudades de Licaonia, Listra y Derbe, y a las regiones vecinas, en donde predicaron el Evangelio.* (Ibid., 4-7.)

---

(1) Cf.: *Vida de Jesucristo*, § 318.



Fig. 67.—A la izquierda: *TECLA ESCUCHANDO A PABLO EN ICONIO*; a la derecha: *LAPIDACION DE PABLO EN LISTRA*
Londres: British Museum. Marfil del siglo IV-V.
(de DALTON: *Catalogue of early Christian antiquities in the Br. Museum*).

340. En definitiva, el epílogo fué como en Antioquía de Pisidia. Dado su criterio paradójico, Pablo se *complacería* también con esta *persecución* (§ 337), y sacaría la conclusión de que el trabajo realizado en Iconio había sido bendecido por Dios, porque había terminado con lo que humanamente parecía un fracaso; y sin duda también los neófitos de Iconio, como antes los de Antioquía, quedaron llenos de *alegría y de Espíritu Santo*. En este trastrueque de criterios humanos está todo el secreto del éxito misional de Pablo: el hombre fracasa siempre, pero Dios siempre triunfa. Es el secreto del sermón de la montaña, que muchas veces no comprenden los críticos y los filósofos (1).

341. LISTRA.—Huídos de Iconio, probablemente hacia los primeros meses del año 48, los dos misioneros se refugiaron en Licaonia, en la pequeña ciudad de Listra (§ 26), situada a unos cuarenta kilómetros al Sur. La región en torno, estepa desértica, infectada de aquellos bandoleros contra los que un siglo antes Cicerón había luchado mucho durante su proconsulado en Cilicia. En la pequeña ciudad, las industrias eran escasas o nulas, y por esto apenas había en ella judíos. No tenemos noticias de que existiera una sinagoga, si bien las sinagogas jamás faltaban en las comunidades judías de la Diáspora, por pequeñas que éstas

(1) La leyenda cristiana inserta en esta permanencia en Iconio el episodio de Tecla. He aquí el resumen: «Cuando Pablo y Bernabé se alejaron de Antioquía de Pisidia, salió a su encuentro un tal Onesiforo (c.: *II Timot.*, 1, 16) que había sido advertido en sueños, recibiendo incluso la descripción del aspecto físico de Pablo (cf. 188) para poder reconocerlo. En Iconio predica Pablo en casa de Onesiforo. Tecla, joven rica y cultivada que vive en una casa próxima, escucha sus palabras sin verlo. Impresionada por un discurso suyo acerca de la virginidad, renuncia al matrimonio con su prometido Tamírides, y persiste en su negativa a pesar de los ruegos de su madre

fueran (1). Sin embargo, no debían faltar en Listra algunas familias judías (Cf.: *Act.*, 16, 3), y en una de ellas debieron alojarse los fugitivos, probablemente en casa de la familia de Timoteo, que aparecerá en primer lugar durante el próximo viaje de Pablo (§ 372).

En estas condiciones a los misioneros no les quedó sino dirigir sus enseñanzas casi exclusivamente a las gentes del lugar, a los licaonios, simples politeístas, incultos, que aun comprendiendo más o menos la lengua internacional, el griego, hablaban habitualmente licaonio, idioma del que hoy sólo quedan algunas inscripciones fragmentarias. El poco helenismo que había penetrado en Listra había transformado, como de costumbre, las divinidades locales, de tipo seguramente naturista (§ 59) fundiéndolas con divinidades griegas y dándoles nombres griegos: por esto también los licaonios de Listra adoraban a Zeus y a Hermes, y tenían un templo dedicado a Zeus, situado, al parecer, a la puerta de la ciudad (*Act.*, 14, 13). Además, conocían la leyenda de origen frigio, pero extendidísima en el mundo grecorromano, según la cual dos pastores, Filemón y Baucis, albergaron en su cabaña a Zeus y a Hermes (Júpiter y Mercurio), que se les presentaron en forma humana, y fueron por ello recompensados con la realización de su deseo supremo (Ovidio: *Metamorfosis,* VIII).

342. Un día, pues, tal vez en las proximidades del templo de Zeus, Pablo hablaba al aire libre a un grupo de gentes en torno a él, que habían acudido al templo para alguna fiesta, o al mercado que se celebraba a la puerta de la ciudad; Bernabé estaba junto a él, en silencio. Como siempre en estas aglomeraciones, no faltaban pordioseros que pedían limosna; uno de éstos era un lisiado de nacimiento; se había escurrido entre el grupo de los que escuchaban a Pablo, arrastrándose fatigosamente por el sueldo y escuchaba con gran atención. El orador, en efecto, hablaba de un tal Jesús, que era Hijo de Dios, pero que se había hecho hombre y había vivido entre los hombres para salvarles, y aquel desgraciado, al oír tal anuncio, se lo había aplicado inmediatamente a sí mismo: si había un Jesús que salvaba, ¿quién más que él necesitaba *ser salvado,* infeliz desde el nacimiento? Era tan viva la esperanza que se había encendido en su corazón, que se reflejaba claramente en su rostro. Pablo, orador consumado, seguía en los rostros de los oyentes el efecto de sus palabras, y se dió cuenta de la impresión del lisiado; entonces, *fijando en él los ojos, y viendo que tenía fe para ser salvo, le dijo*

y del novio. Entonces éstos recurren a un tribunal, y se encarcela a Pablo por mago. Tecla logra, escondidamente, visitar a Pablo en la prisión, pero allí le sorprenden su madre y el prometido. Pablo y Tecla son entregados al juez; el primero es flagelado y expulsado de la ciudad; la segunda, por su obstinación, es condenada a la hoguera. Una lluvia imprevista apaga la hoguera, y Tecla, huyendo, se reúne a Pablo. Le sigue después a Antioquía, donde rechaza la boda con Alejandro el Siracida; entregada al tribunal y condenada a las fieras, éstas no le hacen nada; la echan a una fosa llena de serpientes con el mismo resultado. Puesta en libertad, vuelve a Iconio, y de allí se traslada a Seleucia en Isauria, donde convierte a muchísima gente a Cristo y muere viejísima.» Como ya dijimos (§§ 90, nota; 188), esta leyenda debe encerrar un núcleo histórico, sobre todo en su primera parte, referente a los sucesos de Iconio; pero es difícil hoy extraer ese núcleo. La leyenda, difundidísima en la Iglesia griega, la conocieron también los padres latinos (Ambrosio, Agustín).

(1) Cf.: *Vida de Jesucristo,* § 62.



Fig. 68.—LISTRA.
(de RAMSAY: *The cities of St. Paul*).

en alta voz: «¡Levántate, ponte de pie!» El, dando un salto, echó a andar. (Ibid., 9-10.)

En milagros semejantes obrados por Jesús, la *fe* había sido condición esencial para el milagro (1). Aquí Pablo, siguiendo el mismo criterio, se da cuenta de que el lisiado *tenía fe para ser salvo.* Verdaderamente la salvación que traía Jesús y la que Pablo predicaba, era la salvación espiritual, no la curación material; sin embargo, la primera no excluía la segunda, incluso podía exigirla si aprovechaba a la salvación espiritual de uno mismo o de los demás. El lisiado pensó ciertamente en su propia curación; Pablo, con sus poderes carismáticos, vió que aquella curación favorecería espiritualmente a los asistentes y realizó el milagro.

343. En realidad, este provecho sólo se obtuvo duraderamente más tarde, porque sus primeras manifestaciones fueron absurdas y desmesuradas. *La muchedumbre, al ver lo que había hecho Pablo, levantó la voz diciendo en licaonio: «Dioses en forma humana han descendido a nosotros.» Llamaban a Bernabé, Zeus, y a Pablo, Hermes, porque éste era el que llevaba la palabra* (ὁ ἡγούμενος τοῦ λόγου). La identificación de los dos misioneros con los dos dioses fué, sin duda, sugerida por el episodio de Filemón y Baucis, y por esto los licaonios creyeron asistir a una repetición del mismo: maravillados por la curación y sorprendidos por la perfecta correspondencia de la identificación, se dieron a gritar en licaonio, su lengua usual espontánea; lengua que desconocían, sin embargo, Pablo y Bernabé, de manera que, al principio, no comprendieron que les

(1) Cf.: *Vida de Jesucristo*, § 349 sigs, § 405 sigs.

habían tomado por dioses. Si Pablo fué identificado con Hermes, esto no se debió a su aspecto físico, como ya explicamos (§ 187), sino al hecho de que *llevaba la palabra,* esto es, era el orador oficial de aquella pareja de dioses.

Hasta este punto la cosa pasó sin más, y los licaonios pudieron creer que los dos presuntos dioses disfrutaban por haber sido reconocidos y aclamados tan cordialmente. Pero la escena cambió cuando a las aclamaciones siguieron los hechos para entender los cuales no hacía falta comprender licaonio. *El sacerdote del templo de Zeus, que estaba ante la puerta de la ciudad* (1), *trajo toros enguirnaldados, y acompañado de la muchedumbre, quería ofrecerles un sacrificio.* Ante estos hechos todo resultó claro para los dos misioneros: aquella gente se preparaba nada menos que a realizar en su honor un acto de idolatría.

Cuando esto oyeron los apóstoles Bernabé y Pablo, rasgaron sus vestiduras, y arrojándose entre la muchedumbre, gritaban diciendo: «Hombres, ¿qué es lo que hacéis? Nosotros somos hombres iguales a vosotros, y os predicamos para convertiros de estas vanidades al Dios vivo, que hizo el cielo y la tierra, el mar y todo cuanto hay en ellos; que en las pasadas generaciones permitió que todas las naciones siguieran su camino, aunque no las dejó sin testimonio de sí, haciendo el bien, y dispensando desde el cielo las lluvias y las estaciones fructíferas, llenando de alimento y de alegría vuestros corazones.» (*Act.*, 14, 14-17.) Los dos divinizados se rasgaron las orlas superiores de sus túnicas para demostrar visiblemente su disgusto a causa de aquella divinización, porque—como ya sabemos (2)—esta era la costumbre entre los judíos ante una escena de duelo. El discursillo que hacen a los licaonios se adapta a su mentalidad de idólatras naturistas (§ 59), y les quiere llevar al principio del verdadero Dios, autor de la naturaleza, no sin emplear frases y pensamientos hebreo-bíblicos. El ímpetu de ambos para impedir aquella ceremonia hecha de buena fe, puede parecer hoy exagerado, pero sólo a quien se olvide de que eran dos judíos y que tenían un horror profundo y tradicional hacia toda manifestación idólatra; y esto confirma cada vez más el contraste absoluto entre el pensamiento de Pablo y cualquier derivación idólatra (§ 281).

344. El discursillo tuvo por resultado inmediato impedir el sacrificio, pero un resultado más remoto fué el provocar un cambio demasiado radical en la opinión que aquellos burdos licaonios se habían hecho de los dos divinizados. Los mismos misioneros habían confesado que eran hombres como ellos; entonces—pensaron desilusionados los divinizadores—hacían milagros por virtud mágica, como tantos otros predicadores que circulaban en aquellos tiempos; por esto había que dejarles hacer, pero, al mismo tiempo, no fiarse ciegamente de ellos, y vigilarles, porque un día podrían servirse de sus poderes arcanos para hacer daño o engañar, como hacían muchos de estos predicadores.

---

(1) La expresión no es clara τοῦ Διὸς τοῦ ὄντος πρὸ τῆς πόλεως. Puede tener un sentido locativo, *de Zeus (cuyo templo) está delante de la ciudad*; o bien un significado moral, *de Zeus que protege a la ciudad.* Preferimos el sentido locativo. Así, las *puertas* parecen aludir a las del templo más que a las de la ciudad.

(2) Cf.: *Vida de Jesucristo,* § 568.

Así transcurrió un tiempo impreciso en que Pablo y Bernabé continuaron su evangelización sin molestias, y lograron un cierto número de discípulos (Ibid., 20); pero después la neutralidad de los licaonios se transformó en una hostilidad abierta por la intervención de los judíos de Antioquía y de Iconio. No habían olvidado sus derrotas morales, y sabían además que los dos misioneros estaban en Listra, continuando provechosamente su propaganda. Una «expedición de castigo» se organizó bien pronto, y seguramente con la ayuda de algún judío de Listra obtuvo rápidamente resultados definitivos, que se nos comunican del modo resumido habitual: *Pero los judíos venidos de Antioquía e Iconio sedujeron a las turbas, que apedrearon a Pablo y le arrastraron fuera de la ciudad, dejándole por muerto. Rodeado de los discípulos se levantó y entró en la ciudad. Y al día siguiente salió con Bernabé camino de Derbe.* (Ibid., 19-20.)

345. Con estas líneas principales, la escena se reconstruye fácilmente. Los judíos venidos de fuera trabajarían en secreto algunos días, comprando a personas influyentes y persuadiendo a la plebe de que se trataba de dos vulgares estafadores y magos peligrosos; después, en una discusión pública, y con los auditores previamente escogidos y aleccionados, habrán lanzado a Pablo un desafío, y durante la discusión, de pronto, los auditores lanzarían gritos contra el que maldecía de Moisés y perturbaba la paz ciudadana. Se decide inmediatamente la lapidación judía regular contra Pablo, como se había hecho con Esteban (§ 256), y se ejecuta inmediatamente. Pablo cae desmayado bajo los golpes, y le dan por muerto; los lapidadores se apresuran a arrastrarlo fuera de la ciudad, sea porque así lo quiere la Ley judía, sea porque su conciencia no está tranquila frente a los magistrados civiles; allí, fuera de la ciudad, los perros vagabundos y las aves de rapiña se encargarán de hacer desaparecer el cadáver en una noche. Al caer la noche, para no ser descubiertos, los discípulos van en busca del cadáver, y, en cambio, salvan a Pablo. Pero no quiere exponer a los cristianos de Listra a más persecuciones, y al día siguiente, secretamente, es transportado en un jumento, a causa de sus heridas, y marcha a Derbe.

Si Pablo se alojó en Listra en casa de Timoteo (§ 341), en la noche siguiente a su lapidación, le habrían curado sus heridas en aquella casa las manos de Loide y de Eunice, abuela y madre de Timoteo, respectivamente, a las que más tarde Pablo recordará con particular afecto (*II Tim.*, 1, 5); como también recordará a Timoteo las persecuciones sufridas, además de en Antioquía y en Iconio, también en Listra (ibid., 3, 11). Y en realidad, las persecuciones de Listra fueron, al menos en su aspecto material, más graves que las anteriores; la lapidación de entonces se menciona especialmente en la larga lista de las tribulaciones de Pablo (*II Cor.*, 11, 25), y parece que alude a las cicatrices que aquella lapidación dejó en sus miembros cuando recuerda los *estigmas de Jesús que lleva en su cuerpo* (*Gál.*, 6, 17). Como a los esclavos fugitivos se les marcaba con un hierro ardiendo la seña de pertenencia a sus amos (§ 613), así Pablo fué marcado como un esclavo de Jesús con las cicatrices recibidas por su gloria.

346. Derbe.—Derbe (§ 26) estaba situada a unos 50 kilómetros al sudeste de Listra. La labor de los misioneros en esta aldea se refiere de modo más resumido que de costumbre, pues se dice tan sólo que, *evangelizada aquella ciudad, donde hicieron muchos discípulos, se volvieron,* etc. (*Act.,* 14, 21). Pero también de estas palabras podemos deducir que la permanencia en Derbe no fué brevísima, puesto que *hacer muchos discípulos* requería, al menos, algunos meses; añadiendo estos meses a los más numerosos pasados en Listra, nos encontramos en el año 49, ya muy avanzado (§ 155). Entre los discípulos hechos ahora se puede reconocer a aquel *Cayo Derbeo,* que será más tarde compañero de viaje de Pablo (ibid., 20, 4); tal vez los misioneros se habían hospedado en su casa.

Cuando, al final de su estancia en Derbe, Pablo y Bernabé comenzaron a pensar en la vuelta, pudieron haber seguido un itinerario muy oportuno para dirigirse al lugar de partida; marchando hacia oriente a través de Isauria, y pasando la cadena del Tauro por las Ciliciæ Portæ (§ 7), llegar a Tarso después de un viaje de casi 250 kilómetros; luego, desde Tarso, era fácil ir a Antioquía de Siria, de donde habían salido. Pero se descartó este itinerario, sobre todo porque los dos misioneros querían volver a ver las comunidades fundadas durante aquellos cuatro o cinco años y fortalecerlas en su fe; por esto decidieron recorrer en sentido inverso el itinerario seguido a la venida, deteniéndose brevemente en los diversos lugares. Durante este tiempo, Pablo y Bernabé, sin duda, habían recibido noticias de las nuevas comunidades y estaban convencidos de que convenía una nueva visita; por otra

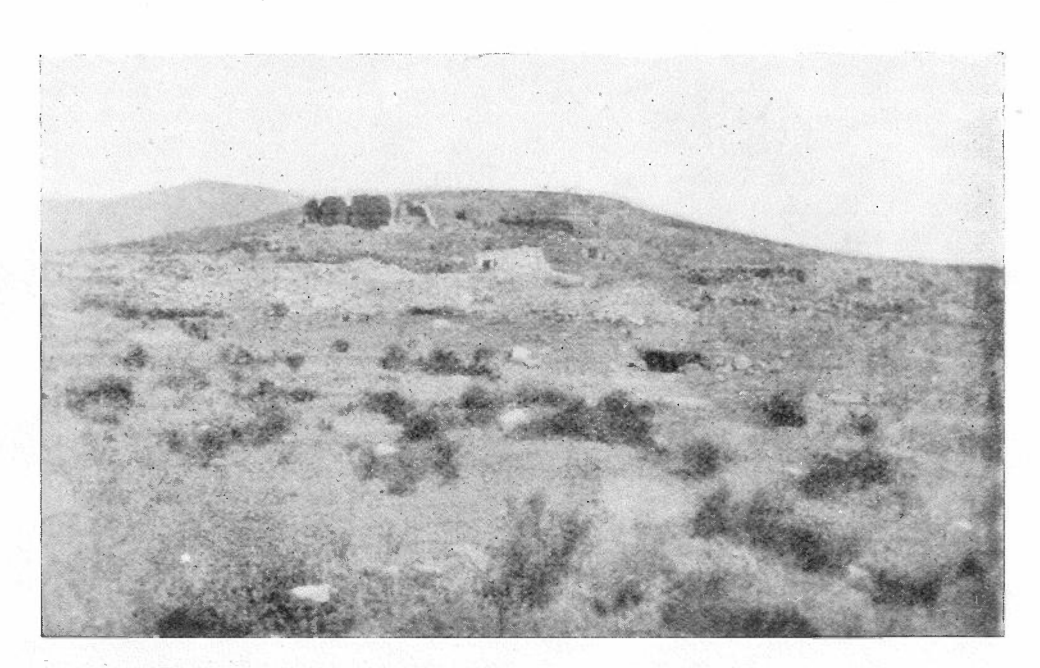
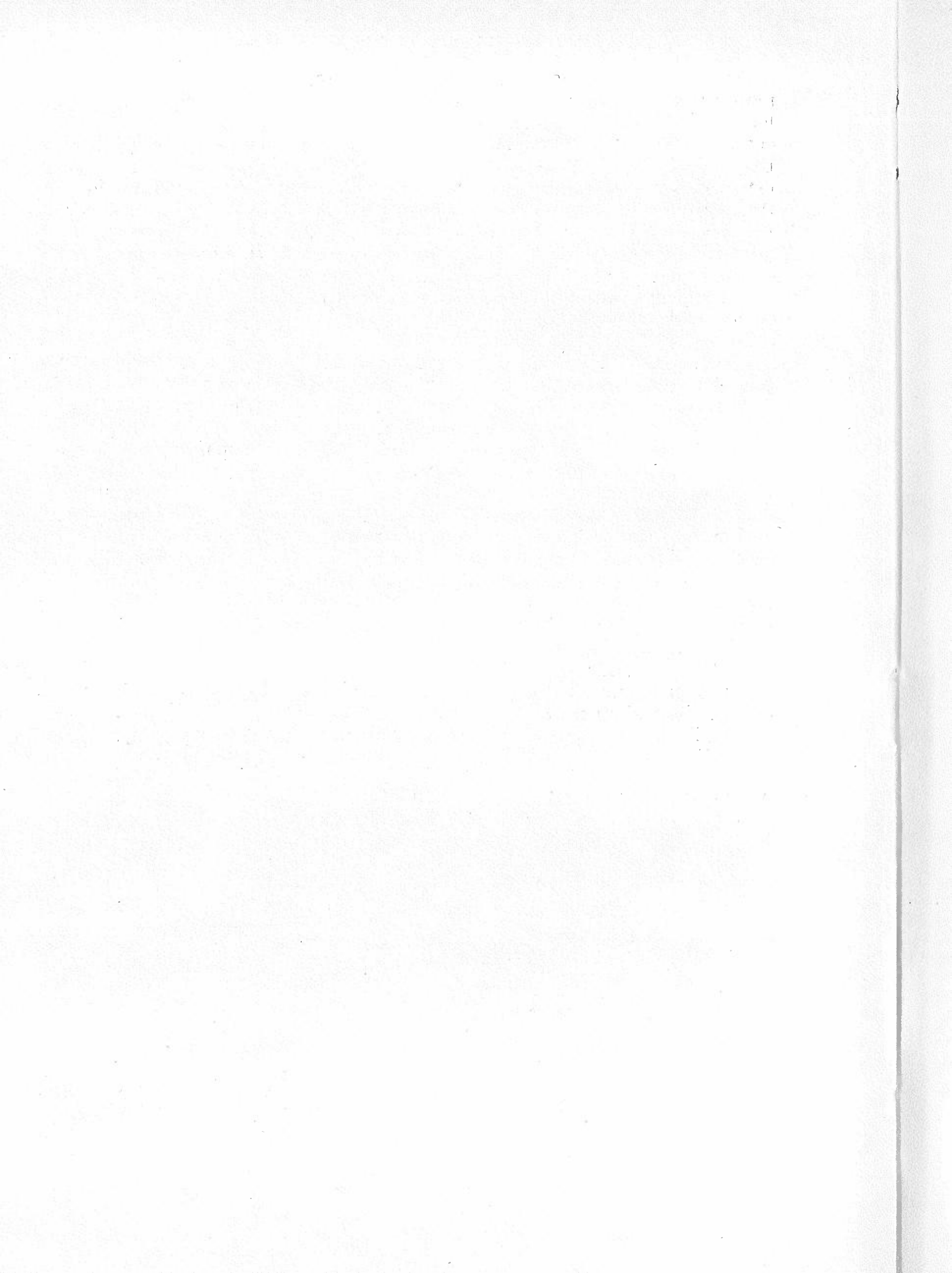


Fig. 69.—GUDELISSIN, EL LUGAR DE DERBE
(de Ramsay: *The Church in the Roman Empire*).

parte, no debía ser peligroso volver a los lugares de donde siempre habían salido huyendo, porque había pasado tiempo y los magistrados locales habrían cambiado en su mayor parte; por lo demás, bastaba con tener cierta prudencia, no dejándose ver demasiado durante las paradas, y nadie se ocuparía de ellos. He aquí, pues, cómo se refiere este itinerario en sentido inverso: *Se volvieron a Listra, a Iconio y a Antioquía, confirmando las almas de los discípulos y exhortándoles a permanecer en la fe, diciéndoles que por muchas tribulaciones nos es preciso entrar en el reino de Dios. Les constituyeron presbíteros en cada iglesia, por la imposibilidad de las manos* (χειροτονήσαντες δὲ αὐτοῖς), *orando y ayunando, y los encomendaron al Señor, en quien habían creído* (*Act.*, 14, 21-23).

347. Esta labor de organización estable fué el verdadero motivo por el que los dos misioneros quisieron volver a ver las nuevas comunidades. Después de la marcha de sus fundadores, aquellos núcleos cristianos se habían quedado aislados, salvo la rara correspondencia epistolar que podían sostener con Pablo o Bernabé: separados de las sinagogas locales, aquellos neófitos se reunirían para orar en casas particulares, confortándose con los carismas, de que gozaban en abundancia (§ 21 sigs.). Pero este estado de cosas no podía ser más que transitorio; en la nueva lista, los dos fundadores intentaron sustituirlo por una organización estable, imponiendo las manos a los ancianos, que eligieron entre los de la comunidad, después de haber oído la opinión de los hermanos. Con esta imposición, los elegidos se convertían en dirigentes ordinarios de las respectivas comunidades, y recibían la potestad de presidir las reuniones y realizar el culto litúrgico. Organizadas de este modo, las comunidades se convertían en otras tantas células con vida propia, pero todas compaginadas en el cuerpo místico de Cristo, del que formaban parte.

Realizada la visita a cada una de estas comunidades, los dos misioneros llegaron de nuevo a Panfilia, y en este punto se dice brevemente que esta vez evangelizaron Perge (§ 328). De allí fueron al puerto de Atalia, desde donde se hicieron a la vela hacia Siria, y llegaron a Antioquía (ibíd., 25-26).



EL CONCILIO DE JERUSALEN Y LA DISPUTA DE ANTIOQUIA

348. El niño que se está formando en el seno de la madre tiene una vida propia que no es la vida de la madre, si bien es todavía una vida incompleta y ligada a la de la madre. La próbida naturaleza va preparando gradualmente la separación de estas dos vidas aglutinadas entre sí; y aun después que el niño sale a luz, sigue todavía ligado a la madre por un leve ligamento: sólo cuando ha sido cortado este ligamento, la nueva vida puede declararse del todo independiente.

Con toda precisión histórica puede afirmarse que la Iglesia cristiana—en su apariencia externa—ha sido concebida y formada en el seno de la Sinagoga judía, y que, durante un cierto tiempo, la vida de la primera ha permanecido aglutinada con la de la segunda, si bien tratábase de una vida del todo propia, y claramente dirigida hacia una independencia total. El último ligamento, que mantenía unida a la madre la hija ya nacida, fué la observancia de los ritos que prescribía la Ley de Moisés; truncado este ligamento, la Iglesia adquirió vida autónoma y del todo independiente de la Sinagoga.

349. Pablo fué quien se atrevió a realizar esta ruptura, de consecuencias inauditas para la Historia de la Humanidad. En este respecto fué el mayeuta de la Iglesia. Aproximadamente cinco siglos antes, Sócrates se había presentado como mayeuta del espíritu, afirmando que continuaba ejerciendo sobre la mente de sus discípulos el oficio de su madre, Fenaretes, que había sido comadrona. El parangón es oportuno. Sin embargo, Sócrates no tuvo que cortar nada, y nada rechazó de lo ya existente, a excepción de la intemperancia de los sofistas. Su arte mayéutico no era arriesgado: se limitaba a ayudar a las mentes de sus discípulos para que parieran espiritualmente.

Por el contrario, la audacia de Pablo, valorada históricamente, es inmensa. Trunca una tradición religiosa milenaria; declara abolido un códice que es la base única de la vida en una nación entera, y, sobre todo, lo declara abolido en nombre de la misma autoridad divina que lo había promulgado; rechaza ahora, como carente de valor, la letra de aquel códice, que era el orgullo, la gloria, la prerrogativa, la nobleza de toda una nación, y que había recibido el testimonio de millares de mártires.

Y no actúa a la ligera, presintiendo tan sólo vagamente las consecuencias de su audacia; las ha previsto de un modo clarísimo, y las llora en su corazón: *Desearía ser yo mismo anatema de Cristo por mis hermanos, mis deudos según la carne, los israelitas, cuya es la adopción y la gloria, y las alianzas y la legislación, y el culto y las promesas; cuyos son los patriarcas y de quienes, según la carne, procede Cristo,* etcétera (§ 167). Bastan estas líneas para demostrar que Pablo tenía plena conciencia de su gesto; y, sin embargo, cortó con resolución este menguado ligamento, si bien la mano le temblaba por la emoción. ¿Qué motivos le impulsaron a tanto? Lo veremos siguiendo nuestra narración.

350. Cuando Pablo y Bernabé, a la vuelta de Asia Menor, llegaron a Antioquía, *reunieron la Iglesia y contaron cuanto había hecho Dios con ellos, y cómo había abierto a los Gentiles la puerta de la fe* (*Act.*, 14, 27). Esta frase de la *puerta de la fe* abierta a los gentiles era típica, y refleja bien la impresión profunda que sintieron los cristianos de Antioquía cuando oyeron los relatos de Pablo a Bernabé: era el mundo pagano entero que se abría al Evangelio, eran turbas inmensas y regiones remotas que mañana podían incluirse en el reino del Mesías Jesús. Ante estas visiones radiantes, ¡qué diminuta parecía Palestina y aquel rincón de Siria en donde había resonado hasta ahora la Buena Nueva! ¡Qué escasos y exiguos parecían los grupos cristianos hasta entonces constituídos! En aquella reunión se habrían levantado hacia el cielo miradas de gracias, conmovidas por la asistencia que había prestado a los misioneros; pero al mismo tiempo se habrían hecho grandiosos proyectos para el futuro, en el que se realizara lo más pronto posible la visión del mundo pagano conquistado por Cristo. En este ambiente de entusiasmo, Pablo y Bernabé permanecieron *bastante tiempo* (ibídem 28), hasta que acabó el año 49, y tal vez hasta comienzos del 50 (§ 155).

Semejante entusiasmo se explica fácilmente entre los cristianos antioquenos, que procedían en menor número del judaísmo helenista, que era de ideas más amplias que el judaísmo palestino, y en mayor parte del paganismo (§ 312 sigs.): ni unos ni otros consideraban necesario imponer condiciones particulares a los paganos deseosos de entrar en la Iglesia, salvo la fe en Cristo y en el bautismo; si, por lo demás, alguno de los judíos helenistas ya convertidos al cristianismo gustaba de observar determinadas prescripciones rituales del judaísmo de donde procedía, seguía en ello la opinión personal de su conciencia, pero no pretendía imponer aquellas condiciones a los demás hermanos como obligatorias. No; ninguna obligación: los paganos convertidos, jamás habían observado las prescripciones judías, y, por tanto, no había razón para que las observaran ahora; pero tampoco los judío-helenistas convertidos, porque su adhesión a Cristo había sublimado y sustituído su dependencia de la Ley de Moisés, dándoles libertad con respecto a aquella Ley provisional. Estas disposiciones de espíritu explican el entusiasmo de que se hallaban llenos los cristianos de Antioquía, viendo que Dios había *abierto a los gentiles la puerta de la fe.*

351. Pero los judíos de Palestina no pensaban exactamente lo mismo. También ellos abrían la puerta a los gentiles, sí, pero sólo a medias, dejando entrar tan sólo a aquellos que aceptaran también los ritos judíos. Su razonamiento se basaba en las enseñanzas de Jesús. ¿No había afirmado Jesús que había venido, no a derogar la Ley judía, sino a cumplirla? (*Mat.*, 5, 17). ¿No había observado él mismo, puntualmente, esta Ley? ¿No había dirigido su obra de evangelización únicamente a los judíos, con exclusión precisa de los no judíos? (§ 311). Por lo demás, era evidente que el pacto de Dios con Abraham no podía ser abolido, puesto que las promesas de Dios no pueden fallar; si, por el contrario, se abolían la circuncisión y los demás ritos judíos que exigía el pacto, quedaban desmentidas las promesas de Dios. ¡Nunca! La nación de Abraham debía ser *in æterno* la nación preferida de Dios, precisamente distinguible por la circuncisión: sobre esto no había duda; sólo que ahora, como ya había venido el Mesías, también los gentiles podían acogerse en masa a la secuela del Mesías, con tal de que se incorporaran a la nación predilecta de Dios, aceptando la circuncisión. Por tanto, *la puerta de la fe,* abierta a todos, sí, pero con una previa antecámara, representada por la Ley judía. Quien no atravesaba la antecámara no podía llegar a la puerta.

Contra este razonamiento podía objetarse el caso del centurión Cornelio, el cual, si bien pagano incircunciso, había sido recibido dentro de la Iglesia por Pedro (§ 311); pero éste había sido un caso absolutamente excepcional, que no podía tomarse por norma; tanto es así, que el mismo Pedro había tenido que justificar su acción ante la asamblea general, apelando al precepto explícito que había recibido de Dios para actuar de aquella manera (*Act.*, 11, 1-18).

352. La mayoría de los cristianos de Palestina pensaba de este modo; pero los representantes típicos y más fervientes de esta idea se hallaban entre aquellos sacerdotes de Jerusalén que ya habían recibido la fe (ibíd., 6, 7), y en aquellos fariseos que también se habían hecho cristianos y que más tarde exigieron abiertamente la observancia de la Ley judía (ibíd., 15, 5).

¿Cuestión de religión o de raza? De ambas a la vez, puesto que siempre, en la historia de Israel, religión y raza se habían compenetrado entre sí: se adoraba al Dios verdadero, Jahvé, porque se era descendiente de Abraham. Ahora que había llegado el Mesías Jesús, esta norma seguía conservando todo su valor. Sólo que quien no tenía en sus venas sangre de Abraham podía compensarlo con un *Ersatz,* con un sustitutivo: que aceptara la circuncisión y el resto de la Ley, y sólo con esta condición podría ser discípulo del Mesías Jesús.

353. La oposición abierta entre las dos corrientes aparece por vez primera en Antioquía. Poco después del retorno de Pablo y Bernabé llegaron de Palestina a aquella fervorosa comunidad algunos judeo-cristianos, los cuales hicieron saber abiertamente a los hermanos antioquenos procedentes del paganismo: *Si no os circuncidáis conforme a la Ley de Moisés, no podéis ser salvos* (*Act.*, 15, 1). Esta intimidación, mientras hacía saber a aquellos cristianos que en el fondo no eran cris-

tianos, cerraba prácticamente la puerta de la fe, aquella puerta que habían contemplado abierta a los gentiles con tanto júbilo. ¿Quién tendría ahora valor de seguir hablando a los paganos del Mesías Jesús, si como condición esencial debía imponerse la circuncisión y los demás ritos judíos? La circuncisión ya había sido un obstáculo inmenso para la propaganda judía, y pocos hombres habían llegado al grado superior de «prosélitos», precisamente porque para él se exigía la circuncisión (§§ 331, 336); y a la circuncisión había que agregar las normas acerca del reposo sabático, la pureza de los alimentos, el evitar el contacto con paganos y toda aquella legislación interminable que vimos acompañaba cada acción del israelita observante (§ 80 sigs.). Exigirle todo esto a un pagano era tanto como cerrarle *la puerta de la fe* en Cristo. En resumen, ni los antioquenos eran verdaderos cristianos, ni estaban en situación de llamar al cristianismo a otros paganos: nada se había hecho en el pasado, nada se podía hacer en el porvenir.

354. Pero, naturalmente, la declaración no fué recibida con aquiescencia; por las noticias que tenemos, se comprende que la reacción fué vivísima, y que sus principales representantes fueron Pablo y Bernabé: *Con esto se produjo una agitación y disputa no pequeña, levantándose Pablo y Bernabé contra ellos. Al cabo determinaron que subieran Pablo y Bernabé a Jerusalén, acompañados de algunos otros de aquéllos, a los Apóstoles y presbíteros de Jerusalén, para consultarles sobre esto* (ibíd., 15, 2). El procedimiento fué normal; porque en la discusión no cedía ninguna de las dos partes, se determinó que la iglesia-madre tomara una decisión. La cuestión era de tal naturaleza que implicaba un principio general, y podía comprometer la futura propagación de la Iglesia; era preciso, pues, acudir a las autoridades supremas de la Iglesia y que ellas diesen una norma válida para siempre. Las autoridades supremas de toda la Iglesia eran *los apóstoles y presbíteros de Jerusalén,* cuya autoridad reconocía también la comunidad de Antioquía.

La reunión de los fieles designó a Pablo como su delegado, pero la designación coincidió con una *revelación* que él tuvo a este propósito (§ 298); además, se llevó consigo a un joven antioqueno, converso del paganismo, todo ardor y actividad: se llamaba Tito *(Gál.,* 2, 1), y estaba destinado a hacerse uno de los más fieles colaboradores de Pablo.

355. El viaje de los delegados tuvo lugar a fines del año 49, o más probablemente a primeros del 50 (§ 156), y se hizo por tierra. Descendieron a lo largo de Fenicia y Samaria, deteniéndose en las comunidades cristianas que encontraban a lo largo del camino, *contando la conversión de los gentiles, y causando grande gozo a todos los hermanos* (*Act.,* 15, 3). Cuando llegaron a Jerusalén fueron recibidos por la asamblea general de aquella comunidad, en la cual se distinguían tres grupos en cuanto a su autoridad respectiva (ibíd., 4): el grupo más elevado era el de los apóstoles, de los cuales en aquel momento se hallaban presentes en la ciudad Santiago, «hermano» del Señor; Cefas (Pedro) y Juan, el futuro evangelista, y éstos representaban aquellas *columnas (Gál.,* 2, 9); bajo ellos estaba el grupo de los presbíteros, que

eran los consejeros y colaboradores de los dirigentes; finalmente estaban los simples fieles. Ante esta asamblea hicieron los delegados la relación, tanto de su obra evangelizadora como de la cuestión que había surgido y por la que habían sido enviados; pero, además de esta pública relación, Pablo trató en privado de la cuestión con los principales de la comunidad, para exponerles «su evangelio» particular (§ 307), y estos encuentros privados entre ambas partes pudieron ser más de uno.

El resultado de los tratos con los principales fué, como ya sabemos (§ 309), la aprobación plena del evangelio particular de Pablo y la división de las zonas de evangelización. Con esto, la discusión surgida en Antioquía, respecto a la observancia de los ritos judíos, quedaba resuelta implícitamente: el evangelio particular de Pablo no imponía estos ritos, sino que los excluía; por tanto, si aquel «su evangelio» había sido aprobado, los ritos quedaban excluídos, al menos para los procedentes del paganismo, a los que Pablo dirigía «su evangelio». Con esta aprobación por parte de los principales, o sea sobre todo de los Apóstoles, Pablo tenía adquirida su superioridad.

356. Pero los partidarios de la observancia, esto es, los cristianos judaizantes, estaban muy lejos de darse por vencidos. Como era de esperar, procedían de la corriente de los fariseos (*Act.*, 15, 5); pero Pablo, su antiguo colega, los denomina *falsos hermanos* que trataban de abolir la libertad espiritual traída por Cristo y someterla a la esclavitud de la Ley *(Gál.,* 2, 4). Estos debieron trabajar primero a cubierto, puesto que podían esperar bien poco de los principales, y después dieron una batalla abierta sobre un caso concreto. Gritando escandalizados denunciaron que Tito, el joven compañero de Pablo, no había recibido la circuncisión, y no era, pues, tolerable que tomase parte en las asambleas cristianas, junto a los escrupulosos observadores de las prescripciones judías: que se circundara, y entonces todo estaría en regla. Pero la cuestión, más que al caso en particular, se refería al principio general; Pablo podía haber cedido en este caso particular, porque la circuncisión era ya para él un rito carente de valor, y, más tarde, él mismo admitirá la circuncisión de Timoteo (§ 373) por razones prácticas; pero como el caso de Tito se había tomado para discutir el principio general, Pablo no cedió y Tito no se circuncidó (1).

Mas aun después de esta derrota no se dieron por vencidos los judaizantes y siguieron intrigando en secreto; en respuesta, Pablo continuó propugnando su tesis, seguro del apoyo de los apóstoles, explícito o implícito. Se celebró una nueva asamblea, en la que intervinieron, además de los apóstoles y los presbíteros (*Act.*, 15, 6), los simples fieles de Jerusalén y los delegados de Antioquía (ibíd., 12). Se discutió

---

(1) Pablo atestigua explícitamente (*Gál.*, 2, 3) que Tito no fué circuncidado. Sin embargo, algún erudito moderno se ha encargado por sí mismo de circuncidarlo, juzgándose autorizado para ello por el hecho de que a esta afirmación de Pablo sigue un período gramaticalmente duro y complicado; lo cual probaría que Pablo escribe todavía molesto por el recuerdo de la derrota entonces sufrida, y por esto se expresa disimulando intencionadamente la circuncisión de Tito, que realmente tuvo lugar. Razonamiento en verdad extraño: no se da ninguna importancia al testimonio claro y explícito de Pablo, mientras se pretende extraer lo que no dice de un período oscuro y complicado.

largamente, pero es claro que cada una de las dos partes en litigio se quedó con su opinión. Sólo se logró una decisión cuando se levantaron a hablar las autoridades supremas.

357. El primero fué Pedro. Su discurso, que nos ha llegado en un esquema resumido, se diría que fué un documento *ante tempus* de la curia papal de Roma: equilibrado, penetrante y, sobre todo, realista. La cuestión debía resolverse, no mediante apreciaciones personales, sino teniendo en cuenta la realidad de los hechos. Esta realidad la demostró Pedro en tres puntos: primero recordó que la evangelización de los gentiles había comenzado ya desde hacía mucho tiempo, aludiendo en particular a la conversión del centurión Cornelio, de la que él mismo había tenido que justificarse (§ 351); después hizo notar que los antiguos paganos convertidos habían recibido las carismas del Espíritu Santo lo mismo que los judíos conversos, aun cuando no observaban la Ley de Moisés; finalmente, definió esta Ley como un yugo intolerable que ningún judío había soportado en realidad íntegramente, y a ella contrapuso la gracia del Mesías Jesús, que sola podía traer la salvación a los paganos y a los judíos (ibid., 7-11).

Cuando Pedro terminó el discurso, *toda la muchedumbre calló*; esto es, cesaron las discusiones y las observaciones personales, que habían prolongado las discusiones precedentes. Era el silencio de quien no tiene ya nada que objetar: Pedro había hablado. Pero no se callaron los delegados de Antioquía, los cuales se apresuraron a aportar un material nuevo y recientísimo en prueba de la tesis de Pedro: *Toda la muchedumbre calló y escuchaba a Bernabé y a Pablo, que referían cuántas señales y prodigios había hecho Dios entre los gentiles por medio de ellos* (ibíd., 12). Estos datos, en efecto, recogidos en la experiencia del viaje misional realizado entonces, confirmaban con la práctica la tesis de Pedro: Si Dios había realizado aquellos milagros entre cristianos incircuncisos, daba muestras de estar contento de ellos, aun cuando fueran incircuncisos.

358. Sin embargo, quedaba un punto oscuro: ¿Quién sabe lo que pensaba sobre todo el asunto Santiago, el «hermano» del Señor? Gozaba de suma autoridad entre los cristianos por aquel parentesco, y por su calidad de apóstol, y era también muy estimado entre los judíos observantes por la austeridad de su vida (1); este prestigio suyo lo había convertido en el punto de reunión entre cristianos y judíos en Jerusalén, mientras que de una frase de Pablo *(Gál.,* 2, 12) se desprende que en torno a él se agrupaba especialmente un grupo de cristianos judaizantes, y tal vez abusaban de su nombre para dar valor a sus propias ideas. En aquella ocasión, la única esperanza vaga de los judaizantes era Santiago: si hablase, tal vez hubiera reconstruído sus principios, destruídos por el discurso de Pedro. Y de hecho, Santiago habló; pero con su discurso, mientras por una parte confirmó la opinión que se tenía de él como hombre muy ligado al judaísmo, por otra decepcionó la secreta esperanza de los judaizantes.

---

(1) Cf.: *Historia de Israel,* § 415.

Santiago se unió a la opinión de Pedro; los paganos que se convertían no debían ser molestados con las prescripciones judías. Por otra parte, estos conversos, a su vez, debían tener algunas consideraciones frente a los cristianos procedentes del judaísmo, absteniéndose de ciertas prácticas a las que no daban importancia los paganos: a este propósito mencionó cuatro prohibiciones que examinaremos inmediatamente (*Act.*, 15, 13-21).

359. Los discursos de Pedro y de Santiago sirvieron de base a un documento oficial, esto es, al «decreto» emanado del Concilio para resolver la cuestión propuesta por los delegados venidos de Antioquía. He aquí el texto según la forma «oriental»:

«*Los apóstoles y ancianos hermanos, a sus hermanos de la gentilidad que moran en Antioquía, Siria y Cilicia, salud:*

Habiendo llegado a nuestros oídos que algunos salidos de entre nosotros, sin que nosotros les hubiéramos mandado, os han turbado con palabras y han agitado vuestras almas, de común acuerdo, nos ha parecido enviaros varones escogidos en compañía de nuestros amados Bernabé y Pablo, hombres que han expuesto la vida por el nombre de Nuestro Señor Jesucristo. Enviaremos, pues, a Judas y a Silas para que os refieran de palabra estas cosas. Porque ha parecido al Espíritu Santo, y a nosotros, no imponeros ninguna otra carga más que estas necesarias: Que os abstengáis de las carnes inmoladas a los ídolos, de sangre y de lo ahogado, y de la fornicación. De lo cual haréis bien en guardaros. Pasadlo bien.» (*Act.*, 15, 23-29.)

La forma «occidental» (§ 119, nota) difiere algo de esta forma «oriental» en las cuatro prohibiciones finales, porque, en general, los códices de aquélla tan sólo enumeran tres prohibiciones (dejando *lo ahogado*), mas, en cambio, añaden el precepto de caridad de no hacer a los demás aquello que no se desea le hagan a uno mismo. De hecho es seguro que el texto original es el de la forma «oriental», mientras que el «occidental» es un arreglo hecho en el siglo II ó III sobre aquel texto, con miras a convertirlo en un pequeño códice moral, casi un catecismo, para uso de los cristianos que procedían del paganismo; en realidad, esta forma retocada prescinde de las circunstancias históricas que provocaron el decreto, mientras que al añadir el precepto de caridad inserta un argumento que, en realidad, nunca se había discutido (1).

360. Por tanto, el decreto, en la primera parte, declara que los cristianos procedentes del paganismo no tienen obligación ninguna de practicar la circuncisión ni las demás prescripciones de la Ley judía (*ninguna otra carga, excepto,* etc.), con lo cual se rechaza la pretensión de los judeo-cristianos que se habían presentado en Antioquía para imponer la circuncisión. Pero los procedentes del paganismo no son los únicis cristianos de la Diáspora, sino que tienen como hermanos a los que proceden del judaísmo; por tanto, absténganse los paganos de ciertas

(1) En otros lugares aparecen también cuatro prohibiciones sin el precepto de caridad, según la forma «oriental» (*Act.*, 15, 20; 21, 25); la forma «occidental» muestra las divergencias acostumbradas.

prácticas que, aun siendo indiferentes para ellos, sin embargo son consideradas como abominables por sus hermanos ex judíos, debido a una antiquísima tradición, y con esto demostrarán una deferencia caritativa hacia ellos; finalmente se les recuerda, *ad abundantiam,* que se abstengan de otras prácticas ilícitas en sí mismas, pero muy frecuentes en el paganismo.

De las cuatro prohibiciones del decreto, las tres primeras se refieren a las prácticas abominables para los judíos, y son el comer, ya sea carne procedente de los sacrificios ofrecidos a los ídolos (esto es, *inmolada a los ídolos*), sea *sangre,* sea carne de animales muertos sin desangre previo (esto es, *ahogados*); en cambio, la cuarta prohibición se refiere a una práctica ilícita en sí misma, la *fornicación.*

La prohibición de los *inmolados a los ídolos,* de la *sangre* y de los *ahogados,* se contenían sustancialmente en los siete preceptos de los hijos de Noé («preceptos Noáquicos») que, según la legislación rabínica, debían ser observados por los no israelitas que moraran en el territorio de Israel *(Sanhedrín,* 56, b). La abominación hacia los *inmolados a los ídolos* procedía de la creencia de que alimentándose de ellos casi se participaba en el sacrificio idólatra que se había ofrecido; la abominación por alimentarse de sangre, o de animales muertos sin haber sido previamente desangrados, procedía de la antigua creencia de los semitas —aceptada en la Ley mosaica (cf. *Gn.* 9, 3-4; *Lev.* 17, 10-4)—de que la sangre era la sede del alma y, por esto, al tomarla se absorbía el alma del animal con todas sus calidades brutas.

361. Pero en la práctica no era cosa fácil abstenerse de las carnes inmoladas a los ídolos, ni de las carnes no desangradas previamente, viviendo en aquellos tiempos entre paganos, porque estas carnes, que abominaban los judíos, se vendían en el mercado juntamente con la demás carne, puesto que el común de los compradores no atribuía importancia a su procedencia. Pues bien, al menos en las comidas hechas en común (*ágapes*) dentro de una comunidad cristiana, los ex paganos debían abstenerse de semejantes alimentos por respeto hacia los ex judíos. Era, pues, un precepto ante todo caritativo, que debía observarse en consideración a aquéllos que Pablo llamará más tarde *los débiles* (*Rom.* 14, 1, sigs.; cf. *I Cor.* 10, 23, sigs.) que se escandalizarían al ver a sus propios hermanos alimentarse de carnes abominables; mas cuando cesara la ocasión de escándalo, por no haber cristianos que sintieran la abominación, cesaba también el precepto, puesto que ya no existía el motivo de caridad sobre que se basaba.

Sin embargo, la observancia de estas prohibiciones se mantuvo mucho tiempo en la Iglesia, aun cuando había cesado todo motivo de escándalo; no sólo en el año 177 los mártires de Lyon declararon que ellos como cristianos no podían comer sangre (en Eusebio, *Hist. Eccl.* V, I, 26), sino también en los siglos siguientes, y hasta muy entrada la Edad Media, se hallan prolongaciones insospechadas de la antigua abominación, debidas ciertamente a la autoridad suma del decreto apostólico, así como a costumbres esporádicas inveteradas, difícilmente abolibles.

362. La cuarta y última de las prohibiciones se refiere a la fornicación. Con este término (πορνεία), según la opinión de algunos eruditos, se indica tan sólo el matrimonio contraído entre ciertos grados de parentesco, en los que lo prohibía la Ley judía; pero esta opinión es difícil de demostrar, y que habla en contra suya el hecho de que el término designaba habitualmente, sobre todo entre los paganos, la relación sexual entre hombre y mujer no casados. Si en el decreto se menciona aparte la fornicación, aun cuando se halle prohibida por ley natural, esto se debe a la enorme difusión que había alcanzado entre los paganos, tanto que parecía legitimada por la anuencia general.

Ya Cicerón se había encargado de defenderla explícitamente, apelando precisamente al uso común: ... *¿Cuándo no ha sucedido así? ¿Cuándo ha estado prohibido? ¿Cuándo no ha sido permitido? ¿Cuándo, en resumen, ha sucedido que lo que es lícito no sea lícito?* (*pro M. Coelio*, 20). Otros muchos escritores paganos más o menos de aquella época bromean sobre la fornicación, y atestiguan de este modo su difusión (1); tan arraigada estaba, que mucho más tarde, después de cuatro siglos de cristianismo, podía tener sobre un joven catecúmeno, hijo de una cristiana ferviente, la influencia que atestigua San Agustín en los primeros libros de sus *Confesiones*. Añádase a esto que en muchos cultos paganos la fornicación se había infiltrado como apéndice ordinario, recibiendo casi una legitimación religiosa (§ § 15, 31, 35, 41, 71, 72, etc.). Ahora bien, dada esta mentalidad entre los paganos, era oportuno recordar, al menos al final del decreto y *ad abundantiam,* lo ilícito de semejante práctica para los cristianos ex paganos.

363. El decreto del Concilio, como su propio texto anunciaba, se envió a Antioquía por medio de Judas y de Silas, representantes de la comunidad de Jerusalén, acompañados de Bernabé y Pablo, que volvían a su sede. De Judas sabemos tan sólo que se llamaba Barsabba (*Act.* 15, 22), «hijo de Sabba (*¿del Viejo?*)», y este patronímico se atribuye también a aquel José que fué propuesto a la vez que Matías para sustituir a Judas Iscariote en el colegio de los apóstoles (*Act.* 1, 23); si eran dos hermanos—como se desprende del patronímico—, este Judas debía ser un antiguo cristiano, tal vez discípulo directo de Jesús, y por esto tan autorizado en la comunidad de Jerusalén. El otro enviado, Silas, aparecerá de nuevo como compañero de viaje de Pablo, y ciertamente es la misma persona que el Silvano, mencionado en sus cartas; como Pablo, también él gozaba de ciudadanía romana (ibid. 16, 37), y probablemente era un judío helenista. Ambos, Judas y Silas, estaban dotados del carisma de «profetas» (§ 215).

Los mensajeros y el decreto, al que se dió pública lectura, fueron recibidos con gran júbilo por la comunidad de Antioquía. Los dos «profetas» encendían cada vez más el ardor de aquellos cristianos con sus discursos carismáticos; después Judas regresó a Jerusalén, mientras Silas permaneció en aquella comunidad llena de celo misional, que correspondía a su inclinación.

---

(1) Horacio: *Sat.*, 1, 2, 31; Terencio: *Adelph.*, 101; Séneca: *Controv.*, 2, 4 (12); Quintiliano: *Instit. orat.*, 8, 3, 48; etc., además de todo el *Satiricón* de Petronio.

La grave cuestión había terminado en realidad con una victoria de Pablo, puesto que el decreto del Concilio había sancionado su tesis fundamental de la separación de la Iglesia de la Sinagoga; y, sin embargo, Pablo en sus cartas, aun cuando trata de temas ya considerados en el decreto, jamás aludirá a él, si bien era el documento de su victoria, y una especie de corona de lauros. ¿Sentimiento de humildad? ¿Disensión implícita acerca de las tres primeras prohibiciones del decreto? No lo sabemos. Lo cierto es que si hubo disensión, se refirió a argumentos de valor transitorio, y que hoy hace mucho tiempo que han desaparecido. En cambio, sobre el argumento principal y de valor perenne, hubo pleno consenso, y éste se logró en virtud de los principios propugnados por Pablo.

He aquí el mayeuta espiritual de la Iglesia cristiana.

*
* *

364. Sin embargo, poco después hubo una disensión real, no implícita, sino explícita, y precisamente con respecto a la aplicación de las prohibiciones del decreto, y precisamente entre los dos principales artífices de aquel decreto. Es la famosa disputa de Antioquía, de la que tenemos noticia tan sólo por la carta de Pablo a los *Gálatas* (2, 11, sigs.).

Tanto por la consecución de los hechos expuestos en la carta, como por la circunstancia de que Pablo y Bernabé se hallaban aún juntos en Antioquía, lo cual se refiere a un tiempo próximo al segundo viaje misional de Pablo (§ 370), es evidente que el hecho tuvo lugar inmediatamente después del concilio de Jerusalén. En este tiempo, pues, Pedro se trasladó de Jerusalén a Antioquía, tal vez por razones relativas a la evangelización de los gentiles, evangelización que teniendo su centro en aquella ciudad interesaba igualmente al jefe de la iglesia-madre de Jerusalén. Al permanecer durante algún tiempo entre los cristianos de Antioquía, que eran en su mayor parte paganos conversos, Pedro se familiarizó con sus costumbres: entraba en sus casas, se sentaba a su mesa, tomaba parte en los ágapes de la comunidad, en los que no se preocupaban de si la carne servida era de una res sacrificada a los ídolos, o no desangrada, o bien impura con arreglo a la Ley judía. Pedro realizaba todo esto con libertad y amplitud, si bien era judío, se aplicaba a sí mismo lo que el decreto del concilio, según la letra, acordaba a los paganos conversos: mas Pedro, a través de la letra, llegaba al espíritu del decreto, y este espíritu le concedía a él, procedente del judaísmo, la misma libertad concedida a los cristianos procedentes del paganismo; además, la caridad quedaba a salvo, porque nadie se escandalizaba por su comunidad con los ex paganos.

365. Pero en medio de este idilio, he aquí que llegan de Jerusalén los acostumbrados judaizantes: eran *algunos* que venían *de Santiago* (τινὰς ἀπὸ 'Ιακώβου), esto es, que pertenecían al grupo reunido en torno al autorizadísimo «hermano» del Señor, y tal vez habían sido enviados por él con cualquier fin, mas fácilmente se amparaban en su nombre para acreditar sus propios principios (§ 358). Estos, al ver a Pedro tan

ligado con los ex paganos, gritaron también esta vez, escandalizados, inaugurando así la larga serie de los gansos capitolinos que siempre pretendieron cuidar del Campidoglio de la Iglesia, mucho mejor que el soldado defensor de la fortaleza. El escándalo de los gansos alarmados impresionó a Pedro, el cual, con la caritativa esperanza de recobrar la tranquilidad, *se retraía y apartaba* de los ex paganos, *por miedo a los de la circuncisión (Gál.* 2, 12). Pero el ejemplo dado por el jefe de los apóstoles no podía dejar de influir sobre otros; he aquí que *consintieron con él en la misma simulación* (συνυπεκρίθησαν) *los otros judíos, tanto que hasta Bernabé se dejó arrastrar a su simulación* (ibid. 13).

Los judaizantes llegados de Jerusalén no pedían más; habían sido derrotados, sí, en el campo doctrinal del decreto del concilio, pero ahora tomaban su revancha en el campo práctico. Poder señalar que un apóstol como Pedro evitaba frecuentar a los ex paganos, equivalía a demostrar que las prescripciones judías se hallaban en pleno vigor, a pesar del decreto del concilio. Si Pedro había hablado en el concilio a favor de la abolición de la Ley, y si había aprobado el decreto, lo había hecho por la presión de aquel instigador, Pablo—gritaban los gansos capitolinos—; pero el Pedro verdadero se mostraba ahora aquí, al evitar a los ex paganos de Antioquía. Que se tornara, pues, a la antigua usanza: los ex paganos por un lado, y los ex judíos por otro. Ambos grupos, sin duda, formaban parte de la Iglesia del Mesías Jesús, pero en dos compartimentos estancos; un descendiente de Abraham era demasiado noble para quedarse en el mismo compartimento que un griego o un romano, y un circunciso era demasiado santo para reunirse con quien no había recibido aquel corte.

366. Estos argumentos, que iban de la práctica a la teoría, fueron claramente adivinados por Pablo, que alejó el peligro privando a los judaizantes de base para su argumentación. *Cuando Cefas vino a Antioquía, en su misma cara le resistí, porque se había hecho reprensible* (κατεγνωμένος. ἦν). Estas palabras de Pablo muestran que tomó una postura franca y abierta contra Pedro, oponiéndose a él en su *misma cara* y no por detrás, como solían hacer los judaizantes; pero son a la vez palabras que no aluden en modo alguno a ninguna actitud violenta ni altiva mantenida por él. Para desarmar a los judaizantes, Pablo se enfrentó contra Pedro, hablando con aquel celo que le caracterizaba, mas también con aquella caridad que era prerrogativa común entre los primitivos cristianos.

367. Sin embargo, este episodio, en conjunto tan humano y tan cristiano, se ha interpretado en los sentidos más diversos. No hace falta decir que los antiguos luteranos se regocijaban con él, suponiendo que fué una escena insolente e injuriosa contra Pedro (semejante más o menos a las contumelias que Lutero lanzaba continuamente contra el Papa de Roma): éstos no merecen respuesta alguna. Antiguamente, Clemente de Alejandría supuso que el Cefas mencionado no era el apóstol Pedro, sino un desconocido de entre los 72 discípulos de Jesús (en Eusebio, *Hist. eccl.* 1; 12, 2); esta opinión, si bien seguida por algunos más tarde, y aun en nuestros días, no tiene en favor suyo la menor prueba,

mientras tiene muchos indicios en contra. Varios antiguos, entre los cuales, sobre todo Jerónimo, supusieron que la disputa de Antioquía fué una escena previamente ensayada entre Pedro y Pablo con la que rechazar más eficazmente las intrigas de los judaizantes; pero las consideraciones hechas en contra por Agustín (epp. 40, 75, en Migne *Patr Lat.* 33) han destruído de una vez por todas esta hipótesis. Por el contrario, es cierto que Pablo tuvo la convicción de que la conducta de Pedro era errónea y perjudicial, y es también cierto que le hizo varias observaciones.

Pero cuando yo vi que (Pedro y sus imitadores) *no caminaban rectamente según la verdad del Evangelio, dije a Cefas delante de todos: «Si tú, siendo judío, vives como gentil y no como judío, ¿por qué obligas a los gentiles a judaizar?»* (*Gál.* 2, 14). La admonición pudo ser hecha en una reunión general de la comunidad, incluso para reparar la impresión desagradable producida sobre los ex paganos por el abandono en que los dejaba Bernabé, antes su celoso maestro. Las razones aducidas por la admonición fueron los puntos capitales de la doctrina de Pablo: un judío convertido a Cristo sabe que no se justifica por las obras de la Ley judía, sino por la fe en Cristo; por tanto, si justificado ya por la fe en Cristo, se muestra aún necesitado de las obras de la Ley, se muestra pecador, y declarará insuficiente la fe en Cristo; no, abandonar la Ley por la fe no es pecado, sino que es abandonar lo que está abolido por lo que ha sido establecido, y cambiar una muerte antigua por una vida nueva, de otro modo Cristo habría muerto en vano (ibid. 15-21)

368. El error disputado entre Pablo y Pedro fué un error de conducta práctica y no de doctrina, como ya vió Tertuliano sentenciando en su estilo a lo Tácito: *Conversationis fuit, non praedicationis* (*De praescr.* 23). Pedro no había renegado de ninguno de los principios doctrinales establecidos en el concilio de Jerusalén; sin embargo, en la práctica no se conducía con arreglo a ellos, creyendo de buena fe que con aquella actitud suya evitaba choques y discusiones. Los antiguos protestantes que aducían el episodio de Antioquía como prueba de la falibilidad doctrinal del Papa de Roma, caían en un error histórico patente; confundían la infalibilidad del maestro que enseña con la impecabilidad del cristiano que actúa, ignorando, tal vez, que el Papa de Roma se confiesa de sus pecados y errores como cualquier otro cristiano católico.

Pablo no refiere el resultado de su discusión con Pedro, pero no puede quedar duda de que éste aceptó sus razones amorosamente, y modificó su conducta con arreglo a ellas. Aquellos apóstoles vivían tan sólo para la propagación de la Buena Nueva, y cualquier contribución provechosa a esta propagación era siempre bien venida, tanto más si procedía de un celoso evangelizador como Pablo. Recelos o soberbia personal eran desconocidos para aquellos hombres, ornados de carismas y dedicados a Cristo por completo (1).

(1) No estará de más referir el juicio que sobre el episodio de Antioquía da ocasionalmente Francisco de Sales, finísimo psicólogo, óptimo conocedor del Nuevo Testamento (más de lo que se cree) y, sobre todo, gran santo. *Les sœurs ne doivent pas s'étonner dequoi la Superiuere commet des imperfections, puisque S. Pierre, tout*

369. Si el episodio de Antioquía fué en esencia un acto de caridad, *libera in Paulo ad arguendum, humilis in Petro ad abediendum* (Agustín), hay que ver un acto de caridad en el silencio que Lucas mantiene en los Hechos acerca del episodio. Lucas, antioqueno, conocía, sin duda, este hecho sucedido en la ciudad, y del que Pablo le hablaría en más de una ocasión; sin embargo, lo calla por completo. ¿Por qué este silencio?

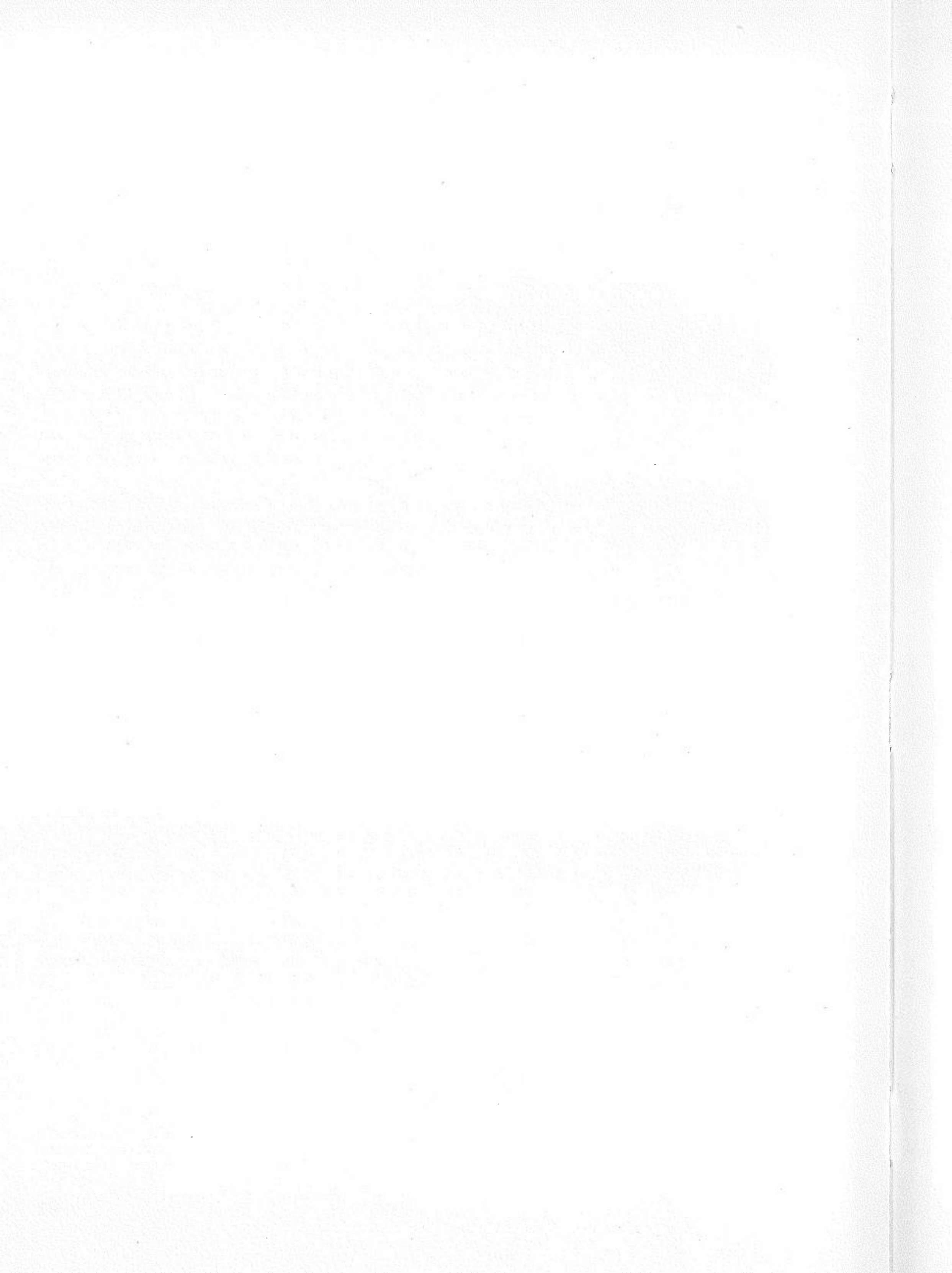
Sopesadas las diversas circunstancias, parece inevitable concluir que este silencio del bien informado, mas también prudente Lucas, le fué sugerido a él, historiador, sea por la veneración que sentía hacia el jefe de los apóstoles, sea por su sumisión a la disciplina de la Iglesia, y probablemente por una sugerencia explícita de Pablo.

Lucas escribió los *Hechos* quince años después del episodio, cuando la situación general había cambiado por completo, y los cristianos judaizantes no eran ya una amenaza grave para la Iglesia, sino que iban reduciéndose o se separaban por completo de ella. En tales circunstancias, ¿era oportuno seguir propagando una debilidad humana cometida con buenas intenciones por el jefe de la Iglesia? Al referirla ¿no se habrían ofrecido armas a los nuevos enemigos de la Iglesia y de su constitución jerárquica?

Por otra parte, un historiador imparcial no tiene obligación de referir todos los hechos que conoce, si éstos no entran en el cuadro de su trabajo. Ahora bien, el cuadro de los *Hechos* era el hecho general de la difusión de la Iglesia en el mundo (§ 91), no la crónica minuciosa de esta difusión, y mucho menos los criterios según los cuales se había desarrollado esta difusión; de manera que el episodio de Antioquía no entraba en el cuadro de los *Hechos*, y Lucas pudo omitirlo sin dejar de ser por ello un historiador objetivo y verídico.

También las Sagradas Escrituras hebreas contenían un ejemplo típico de omisiones semejantes: los libros de las *Crónicas* (*Paralipomenos*), narrando los hechos del rey David, habían dejado de referir el adulterio y homicidio subsiguiente cometidos por él, si bien ambos delitos se habían narrado ya en los libros de *Samuel*. Pues bien, como el autor de las *Crónicas* se había callado los dos hechos vergonzosos por respeto al gran rey de Israel, así Lucas se calla la debilidad de Pedro por *la riverenza delle somme chiavi* (*Inferno*, 19, 10).

Pasteur qu'il étoit de la S. Eglise, et Superieure universelle de tous les Chrétiens tomba bien en defaut, et tel, qu'il en merita correction, ainsi que dit S. Paul... la Superieure... doit observer l'humilité et la douceur avec laquelle S. Pierre receut la correction que lui fit S. Paul, nonobstant qu'il fût son Superieur. L'on ne sait ce qui est plus considérable, ou la force du courage de S. Paul à reprendre S. Pierre; ou l'humilité avec laquelle S. Pierre se soumit à la correction qui lui était faite voire pour une chose en laquelle il pensait bien faire, et avait une fort bonne intention. In *Les Oeuvres de S. Fr. de Sales, Entretien* XVI, tom. VI, París, 1685, p. 286.



SEGUNDO VIAJE MISIONAL

370. La exultación que produjo en la comunidad de Antioquía la libertad espiritual sancionada por el decreto apostólico tuvo inmediata repercusión en el ardor misionero de aquella comunidad. Pablo propuso a Bernabé que volvieran a visitar los centros cristianos ya establecidos en su viaje anterior. Bernabé estaba dispuesto al viaje; pero de nuevo deseaba llevarse consigo a su primo Juan Marcos, aquel que en el viaje anterior les había abandonado en Pesino para regresar a Jerusalén (§ 329); esto demuestra que mientras tanto Marcos había vuelto a Antioquía, tal vez siguiendo a Pedro, atraído por el activo fervor de aquella comunidad. Pero Pablo no quiso oír hablar de Marcos, juzgando que después de la defección anterior no era persona en quien podía fiarse para las empresas futuras.

La discusión entre ambos fué violentísima; para mencionarla, el médico Lucas emplea un término de su profesión, y dice que entre los dos hubo «*paroxismo*» (παροξυσμός), esto es, exasperación, un estado de ánimo que se parece a los estados de fiebre violenta (*Act.* 15, 39). Y por más que discutieron los contendientes, no lograron ponerse de acuerdo: incluso bajo los carismas del apostolado Pablo seguía siendo un «hombre» con toda su ruda tenacidad (§ 288), que se hacía tanto más inflexible en cuanto se trataba de una causa considerada justa; por su parte Bernabé, que en el viaje anterior había sido tan condescendiente con Pablo que hasta le había cedido la dirección de la misión (§ 329), esta vez no quiso condescender, y no accedió a separarse de su querido primo. Esto ateniéndose a las apariencias: si bajo estas apariencias hubo razones más secretas y tal vez más nobles, no lo sabemos (1).

(1) También en este punto hay reflexiones penetrantes y ponderadas de Francisco de Sales, que estaría mal dejar de lado: *C'st une chose admirable, que nôtre Seigneur ait permis que plusieurs choses dignes veritablement d'être écrites, que les S. Apôtres ont faites, soient demeurées cachées sous un profond silence, et que cette imperfection que le grand S. Paul et S. Bernabé commirent ensemble, ait été écrite; c'est sans doute une speciale providence de nôtre Seigneur, qui l'a voulu ainsi pour nôtre instruction particulière. Ils s'en allaient tous deux ensemble pour prêcher le S. Evangile, et menoient avec eux un jeune homme nommé Jean Marc, lequel était parent de S. Bernabé; et ces deux grands Apôtres tombèrent en dispute, s'ils le meneroient, ou s'ils le lasseroient, et se trouvant de contraire opinion sur ce fait, et ne pouvant accorder, ils se separèrent l'un de l'autre: Or, dites moi maintenant, nous devons-nous troubler quand on voit quelques défauts parmi nous autres, puisque les Apôtres les commirent bien?»* In *Oeuvres* citate, *Entretien* XIV, t. VI, p. 244.

La conclusión fué *que se separaron uno de otro, y Bernabé, tomando consigo a Marcos, se embarcó para Chipre* (*Act.* 15, 39)

La separación de ambos fué amistosa; Pablo recordará a Bernabé con deferencia (*Gál.* 2, 9; *I Cor.* 9, 6); más tarde desaparecerá su desconfianza respecto a Marcos, y Pablo recibirá al joven en su compañía encareciéndolo mucho (*Col.* 4, 10; *Filem.* 24; *II Tim.* 4, 11). De todos modos, Bernabé, separado de Pablo y vuelto a Chipre, sin duda con fines misioneros (§ 323), desaparece de la historia de los orígenes del cristianismo, y no sabemos más de él, sino por leyendas tardías.

En sustitución de Bernabé, Pablo se llevó a Silas, que tenía todas las cualidades de un buen misionero (§ 363); e inmediatamente salió de Antioquía, iniciando de este modo su segundo viaje misional. Era a fines del año 49, o más probablemente a comienzos del 50 (§ 157).

371. Pablo tenía la mirada puesta en su nuevo campo de trabajo, pero no olvidaba los antiguos: por esto en su nuevo viaje quiso primero visitar las comunidades que había fundado en Asia Menor, para dirigirse después a donde el Espíritu le sugiriera: escogió, pues, el itinerario directo que había rechazado al volver del viaje precedente, aquel que unía Derbe, a través de la cadena del Tauro, con Tarso y Antioquía (§ 346).

Saliendo de esta ciudad, Pablo y Silas atravesaron el Amano, por las «Syriae portae» (§ 7), y de este modo pasaron de Siria a Cilicia; de camino se detuvieron en las comunidades de estas dos regiones, que ya conocían a Pablo (§ 294), *confirmando las iglesias* (*Act.* 15, 41). Saliendo de Cilicia, sin duda de Tarso, emprendieron la escalada del Tauro, por las «Ciliciae portae» (§ 7). Si la escalada del Tauro de Panfilia, realizada cinco años antes, había sido dura (§ 330), ésta del Tauro de Cilicia era muchísimo más ardua y peligrosa. El segundo día de marcha, el camino, pésimo, se adentraba por gargantas estrechísimas de la montaña, a través de las que apenas se divisaba una línea de cielo, arriba: a medida que los dos caminantes avanzaban, tropezaban con torrentes que vadear, y derrumbamientos que habían obstruído el paso; podían oír el ruido de tierras desprendidas y los rugidos de las bestias feroces que retumbaban entre las rocas; podían caer en medio de bandas de salteadores, instalados desde

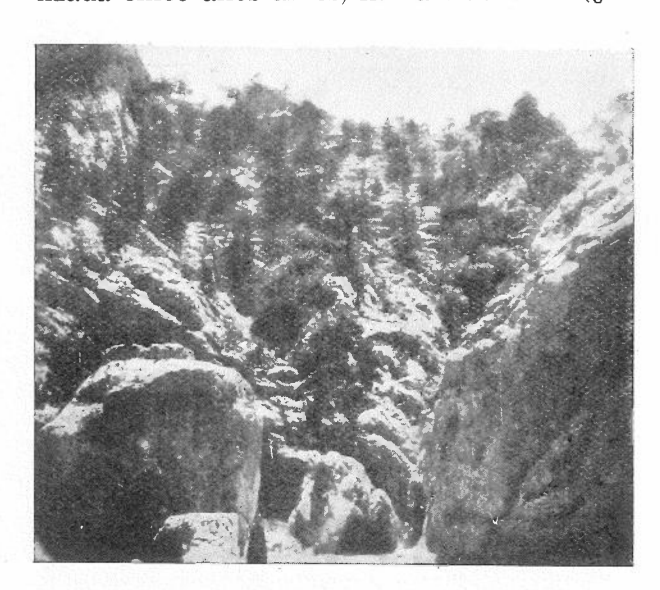


Fig. 70.—TAURO: LAS «CILICIAE PORTAE» (de SCHEINITZ: *In Kleinasien*).

hacía siglos en aquellos parajes, o sobre cadáveres de bestias y de hombres abandonados a lo largo del camino: mas no hallaban ni un lugar habitado, ni un cobertizo en que pasar la noche. Cuando caía, prematura, la oscuridad, tenían que detenerse bajo un árbol, o al resguardo de alguna roca, comer un poco del alimento que llevaban, envolverse en su propio abrigo y echarse a dormir sobre la tierra, tras haberse protegido contra los peligros que les rodeaban por la gloria de Cristo, con el signo de su cruz. El punto preciso de las «Ciliciae portae» era—y es aún hoy—una hendidura en la roca: a uno y otro lado del sendero se levantan rocas de más de cien metros, y tan próximas entre sí, que es posible atravesar de un lado a otro tendiendo una simple tabla. En el punto más estrecho los romanos habían puesto una verdadera puerta, que se abría y se cerraba; un pequeño cuerpo de guardia custodiaba esta puerta, que de este modo servía de óptimo lugar de vigilancia militar y policíaca.

372. Atravesado el Tauro, los dos viajeros contemplaron desde arriba la interminable llanura de Licaonia, que tenían que cruzar a costa de fatigas diversas de las pasadas, pero no menores. En primavera, que debía ser la estación en que realizaban el viaje, la llanura aquella está verde, pero llena de pantanos, y quien no conoce las pistas que debe seguir, corre el riesgo de hundirse en el fango; en tiempo de Pablo la llanura estaba llena de ganado, y los numerosos rebaños podían ofrecer al viandante algún alimento, así como las cabañas de los pastores ofrecían resguardo para la noche.

Al cabo de diez días de viaje, los dos misioneros llegaron a Derbe (§ 346); pero no quedan noticias de esta primera etapa, que transcurre entre los antiguos hermanos. De aquí pasaron a Listra, donde, acaso como la vez anterior, se hospedasen en casa de Timoteo (§ 341); lo cierto es que desde este momento Timoteo entra en la esfera de atracción de Pablo, y no saldrá ya de ella. Este joven era probablemente huérfano de padre: educado por su madre, Eunice, y su abuela, Loide, ambas fervientes judías, se resentía un poco de esta educación femenina y piadosa, y se había hecho de carácter afectuoso, delicado, casi tímido, y muy devoto (*II Tim.* 1, 4 sigs.); sin embargo, no estaba circuncidado, porque su padre, tal vez un empleado griego o romano, había sido pagano. El joven se había hecho cristiano, al mismo tiempo que su madre y su abuela, durante la estancia anterior de Pablo. Durante su ausencia, se había mostrado muy activo en el mantenimiento de la llama de la nueva fe, no sólo en Listra, sino también en los alrededores, de modo que estaba *muy recomendado por los hermanos de Listra e Iconio* (*Act.* 16, 2).

Esta especie de noviciado era una buena señal para Pablo, el cual puso los ojos en Timoteo y le propuso que fuera su colaborador; por lo demás, la propuesta debía corresponder, no sólo a la inclinación, sino a una esperanza secreta del joven, que aceptó sin más. Y de este modo el número de tres misioneros, que deseaba Bernabé, fué un hecho; sólo que en lugar de Bernabé y Marcos, estaban ahora Silas y Timoteo.

373. Mas existía una dificultad con respecto al nuevo adepto. Siendo Timoteo incircunciso, si bien hijo de una judía, podía suscitar las acostumbradas recriminaciones por parte de los judíos que los misioneros encontraran a la largo de su viaje: ahora bien, se preveían dificultades tan numerosas, especialmente de parte de los judíos, que sería oportuno obviar al menos ésta. El rito, según Pablo, estaba abolido y era ya inútil; pero el observarlo aun por caridad y *pro bono pacis*, era admisible. Pablo se rigió según esta regla práctica, y circuncidó a Timoteo.

Este gesto suyo ¿fué la renegación de su tesis sostenida en el concilio apostólico? (§ 356). No, no había reniego alguno. Allí se trataba de necesidad; aquí, de una cosa lícita: allí se había discutido si el rito era necesario para obtener la salvación de Cristo, pero nadie había sentenciado que fuera ilícito practicarlo a quien por razones tradicionales deseaba practicarlo: aquí la práctica del rito se debió a razones tradicionales, pero no significaba en modo alguno que el rito fuera necesario ni siquiera implícitamente. Esto es clarísimo; sin embargo, no han faltado eruditos que han rechazado esta noticia por la razón de que habiéndose negado Pablo a circuncidar a Tito, no podía ahora circuncidar a Timoteo. Pero estos historiadores que hacen la historia a despecho de los documentos, hallarán inmediatamente que Pablo practica otros ritos judíos, y precisamente en sí mismo (§ 448, 540); pero lo hace por seguir su norma de costumbre, *y me hago judío con los judíos para ganar a los judíos* (*I Cor.*, 9, 20). Es la norma seguida en el caso de Timoteo: caridad práctica, no necesidad doctrinal.

374. Timoteo, de unos veinte años a la sazón (cf. *I Tim.* 4, 12), conocía desde su infancia las sagradas Escrituras hebreas (*II Tim.* 3, 15). Después de su adhesión a Pablo, recibió la imposición de las manos sea de él mismo (*II Tim.* 1, 6), sea del consejo de los presbíteros (I *Tim.* 4, 14); convertido en una especie de secretario del apóstol, le seguirá casi a todas partes, incluso a Jerusalén y a Roma, le representará en varias ocasiones, será asociado suyo en la despedida de muchas de sus cartas, y recibirá él mismo dos cartas cuando se hayan separado.

Saliendo de Listra, los tres misioneros pasaron por las demás comunidades cristianas fundadas en el viaje anterior, comunicándoles las decisiones del decreto del concilio apostólico; y éstas *se afianzaban en la fe y crecían en número de día en día* (*Oct.* 16, 5).

Terminada de este modo la visita a los antiguos campos de trabajo, Pablo se dirigió a campos nuevos. ¿Cuáles escoger entre tantas regiones aun ciegas para la Buena Nueva? Pablo dirigió su mirada a la provincia proconsular de Asia (§ 12 sigs.), muy poblada y llena de colonias judías; pero su proyecto de dirigirse allí con sus dos compañeros se vió impedido por su secreta intervención, que se menciona en estas palabras: *Atravesada la Frigia y el país de Galacia, el Espíritu Santo les prohibió predicar en Asia* (*Act.* 16, 6). Los tres misioneros, pues, se habían dirigido hacia el Asia proconsular, esto es, hacia Occidente, pero una intervención del Espíritu les hizo desviarse hacia Frigia (§ 19) y la región Galática (§ 23 sigs.), esto es, al Septentrión.

375. No se dice de qué especie fué este impedimento del Espíritu: tal vez fué una comunicación carismática por medio de algún «profeta», pero también pudo ser un suceso cualquiera, permitido por la Providencia, el que impidió su entrada en el Asia proconsular. Y no fué esto todo: la narración prosigue: *Llegaron a Misia e intentaron dirigirse a Bitinia, mas tampoco se lo permitió el Espíritu de Jesús; y pasando de largo por Misia, bajaron a Troade* (ibid. 7-8). Sabemos, pues, que los tres misioneros partieron de la Galacia septentrional, donde les habíamos dejado, dirigiéndose hacia Occidente, pero cuando estuvieron próximos a Misia (§ 17), tuvieron otra comunicación del *Espíritu de Jesús* para que no entraran en Bitinia, que estaba al norte de Misia; entonces bordeando Misia, se dirigieron hacia Troade (§ 18), en el ángulo nord-occidental del Asia Menor, a lo largo del mar.

Evidentemente, nos hallamos ante una de las relaciones resumidas frecuentes en los *Hechos,* que refiere apenas las líneas generales del itinerario sin precisar el número, la duración y la ocasión de las paradas intermedias. Los dos impedimentos que les había puesto el Espíritu a su entrada, tanto en *Asia* como en *Bitinia,* estaban, sin duda, en relación con el hecho de que en aquellas dos regiones habían penetrado ya otros nuncios del Evangelio, mientras que Pablo tenía por norma no entrar jamás en campos roturados por otros, sino roturarlos él mismo por vez primera (*Rom.,* 15, 20; *II Cor.,* 10, 15); el autor de los *Hechos,* a quien urge presentar la entrada y la obra de Pablo en Europa. pasa veloz sobre esta estancia suya en Asia Menor, resumiéndola en las pocas palabras mencionadas. Sin embargo, esta estancia debió prolongarse varios meses, y llenó el final del año 50 y los comienzos del 51, y en ella sucedieron dos hechos de particular importancia.

376. GALACIA. Un hecho importante fué la enfermedad sufrida por Pablo, no aquel *aguijón de la carne* (§ 199), sino la enfermedad violenta, pero breve y rápida, de la que ya tratamos (§ 197). El otro hecho se relaciona con esta última enfermedad, porque por ella Pablo se vió obligado a interrumpir el viaje, a detenerse en un lugar desconocido, y esta detención, no prevista, fué la ocasión gracias a la cual evangelizó *por vez primera a los Gálatas* (*Gál.,* 4, 13-15). De aquí se concluye inevitablemente que el lugar desconocido donde se detuvo Pablo estaba en *el país de Galacia,* que dice aquí Lucas haber sido atravesado por Pablo; además, quienes en aquella ocasión fueron evangelizados por Pablo, por vez primera, eran ciertamente *Gálatas,* como él les llama en su carta, esto es, habitantes de la parte septentrional de la provincia romana de Galacia, donde se habían establecido las tribus galas en tiempos de la invasión del territorio, con su zona central en Ancira (§§ 23-24).

Estos datos, en efecto, permiten resolver la cuestión acerca de los destinatarios de la carta dirigida por Pablo a los *Gálatas.* Todos los intérpretes antiguos, hasta el siglo XIX bien entrado, han creído que Pablo se dirigía a los auténticos *Gálatas,* esto es, a los habitantes de la parte septentrional de la provincia que lleva este nombre; desde hace un siglo muchos eruditos han preferido, por el contrario, los habitantes de la parte meridional de la provincia, y siguiendo esta opinión, los destina-

tarios de la carta serían los habitantes de Antioquía, de Pisidia, Iconio, Listra y Derbe, evangelizados por Pablo durante su primer viaje.

Pero en contra de esto se halla el hecho de que estos últimos jamás podrían ser llamados *Gálatas,* por la sencilla razón de que eran y se llamaban pisidos o licaonios, y hablaban *licaonio* (§ 343); y su incorporación administrativa a la provincia de Galacia no suprimía en modo alguno su apelativo particular, como muestran las inscripciones (§ 24). Además, Lucas, que dice cómo los tres misioneros atravesaron *el país de Galacia,* entiende, sin duda, el territorio de las tribus galas, en la parte septentrional de la provincia, y no la provincia en general, porque los misioneros venían de Pisidia y Licaonia, regiones que formaban parte generalmente de la provincia romana de Galacia, y, por tanto, ya se hallaban en esta provincia; mas como *el Espíritu Santo les prohibió predicar en Asia* proconsular, atravesaron *Frigia y el país de Galacia* propiamente dicha, si bien permaneciendo dentro de la provincia.

Otras razones ingeniosas aducidas para sostener la opinión de Galacia meridional son doctas elucubraciones, y en modo alguno debilitan estas razones firmes y claras sobre las que se apoya la opinión antigua.

377. El relato concentrado de los *Hechos* se diluye con las noticias que ofrece la carta a los *Gálatas.* Tenemos, pues, que a causa de la enfermedad de Pablo los tres misioneros se detienen en un punto impreciso del país de Galacia; mas su llegada fué un acontecimiento muy importante para los habitantes del lugar, porque éstos, lo mismo que muchos grandes eruditos, tenían el defecto de una curiosidad insaciable. Julio César, que conoció personalmente el carácter de los antepasados de éstos en las Galias, pone de relieve muchas veces esta curiosidad suya, al lado de una gran ligereza, y un espíritu impulsivo: según el escritor romano, los galos tenían la costumbre de detener al viajero o al vendedor ambulante, acudiendo todos en torno a él para oír lo que sabía o había oído decir a lo largo de su camino, y basándose en estas informaciones, tomaban al instante decisiones graves (1).

En cuanto a los verdaderos gálatas, el orador Temistos, en el siglo IV de J. C. los pinta con los mismos colores, porque afirma que eran inteligentes y dóciles, pero en cuanto surgía entre ellos la capa de un filósofo se pegaban a él como el acero al imán (2).

Teniendo en cuenta este carácter, se comprende que los tres misioneros fueran al punto el gran acontecimiento del día en toda la región. Pablo fué curado de su repugnante enfermedad con todo afecto por aquellos cordiales campesinos, los cuales, como él mismo dice, estaban dispuestos a dar los ojos por él (§ 197 sigs.). Mas, al mismo tiempo, querían saber quiénes y qué eran aquellos tres viajeros desconocidos, a dónde iban, y por qué se hallaban entre ellos, y qué noticias traían de los países que habían atravesado, y cuáles eran sus ideas políticas y religiosas. Naturalmente, que esta curiosidad insaciable fué aprovechada primeramente por Silas y Timoteo, mientras Pablo estuvo grave, y después por el mismo Pablo, durante y después de su convalecencia; y de

(1) *De bello gallico,* II, 1; III, 10; IV, 5.
(2) *Orat.,* XXIII, p. 229.

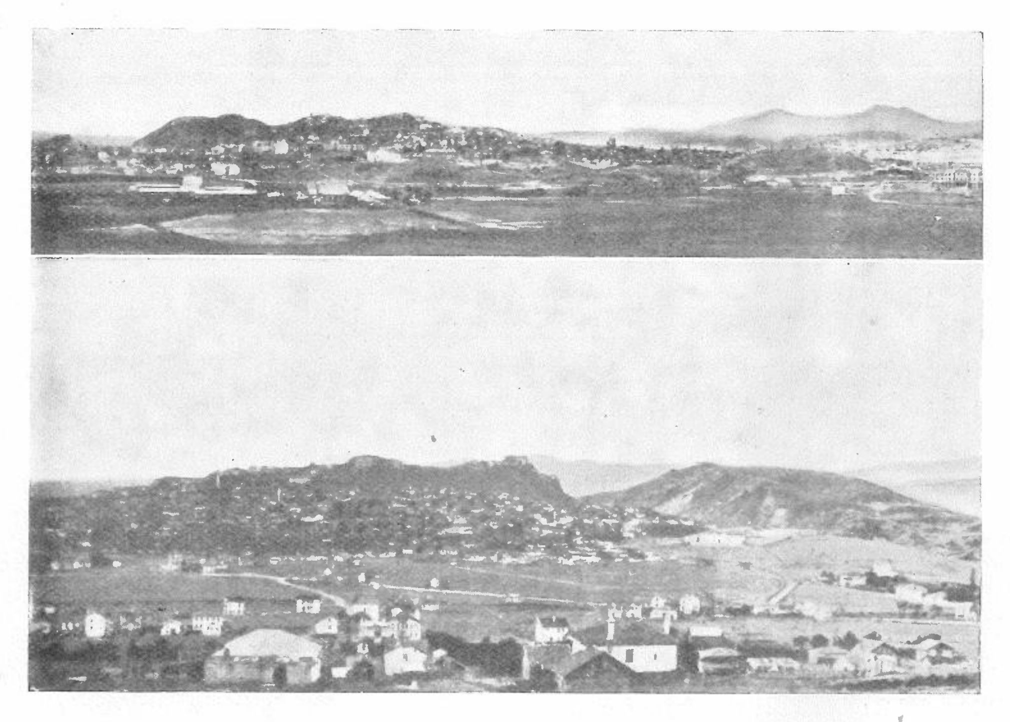


Fig. 71.—DOS VISTAS DE ANCIRA, EN GALACIA

este modo aquellos sencillos campesinos fueron evangelizados, ocasionalmente con relación al programa de Pablo, pero no con menos eficacia que otros habitantes de lugares previstos y preparados.

378. El éxito fué grandísimo. A Pablo le recibieron como a *un ángel de Dios,* como si fuera el mismo *Cristo Jesús* (*Gál.*, 4, 14). Puede decirse con seguridad que había judíos en el país de Galacia; pero debían ser poco numerosos y no agresivos, y por esto la primera predicación de Pablo transcurrió sin tropiezos, sin la acostumbrada hostilidad judía, como si estuviera hablando tan sólo a paganos en buena disposición de ánimo. Sin embargo, los cristianos judaizantes venidos de fuera no tardaron en trastornarlo todo, y la segunda vez que Pablo se encuentre entre sus queridos gálatas (§ 450 sigs.) hallará que aquellos sembradores de cizaña habían comenzado a trabajar. Por su parte, los gálatas, dando una vez más prueba de su carácter ligero y voluble, mostraron que no eran insensibles a las falacias de los seductores, por lo cual Pablo, durante su segunda estancia entre ellos, les exhortaría vivamente (*Gál.*, 1; 9; 4, 16; 5, 3). A pesar de esto, el peligro creció, y cuando Pablo lo supo desde lejos, escribió a los que estaban a punto de caer una carta vibrante de indignación y de amor (§ 504 sigs.).

Terminada su fructuosa estancia entre los gálatas, y recobrada plenamente la salud, Pablo y sus compañeros se pusieron en viaje y llegaron a Troade (§ 18), acercándose de este modo a Europa. Allí, no lejos de la homérica Troya, Pablo esperó. Dos primeros avisos secretos le ha-

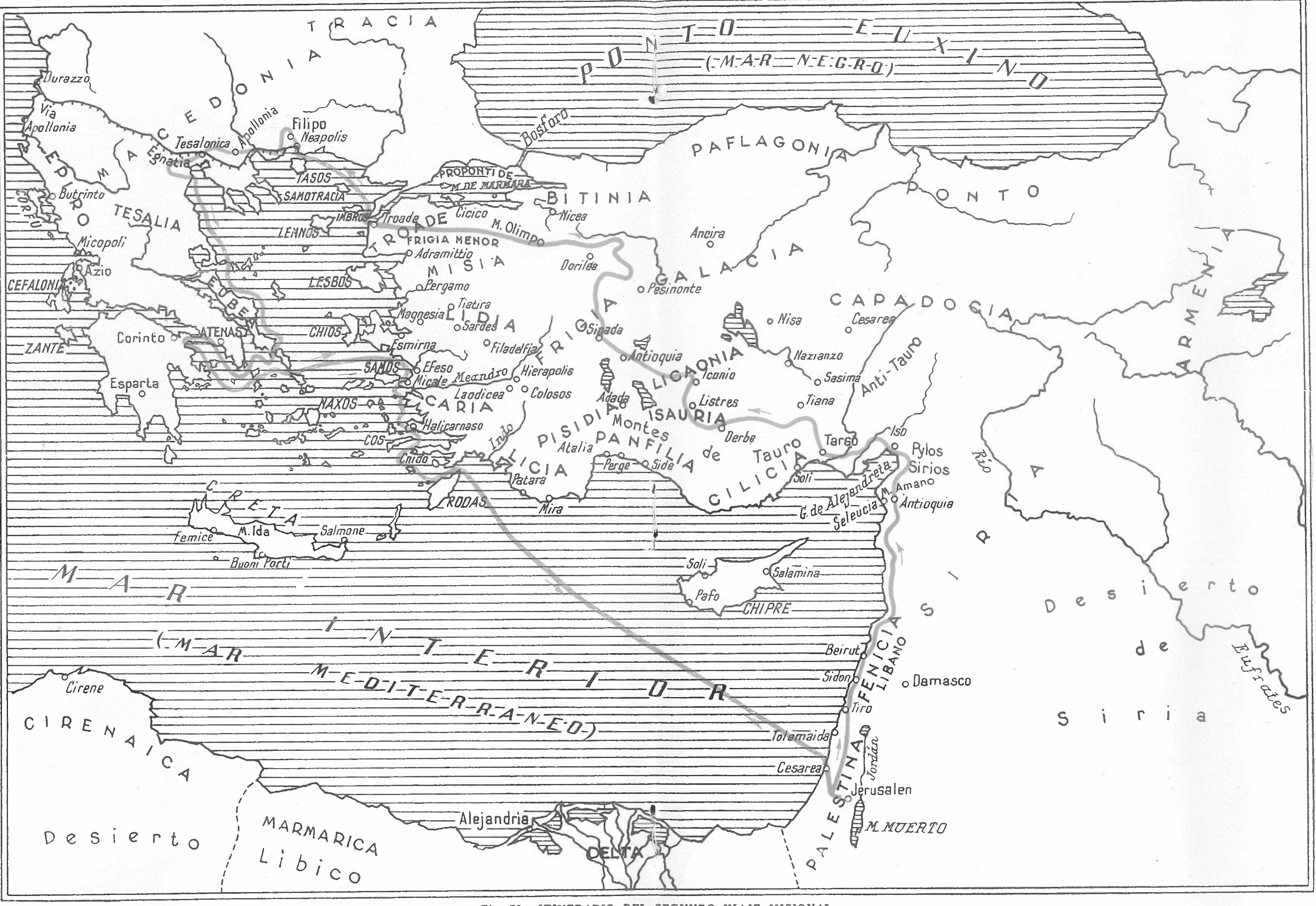


Fig. 72.—ITINERARIO DEL SEGUNDO VIAJE MISIONAL

bían impedido la entrada en el Asia proconsular y en Bitinia, guiándole negativamente, mas él esperaba un aviso positivo, que le dirigiera a su nuevo campo de labor.

379. La espera no fué larga y, además, tuvo un feliz encuentro con una persona querida, que será un compañero más de viaje, Lucas. Como el relato de los *Hechos* (16, 10 sigs.) emplea la primera persona del plural (§ 92) al referir la partida de Troade, parece evidente que el narrador se unió a los misioneros en esta ciudad o un poco antes.

¿Cómo se encontraba Lucas en aquel lugar? Probablemente tenía intereses personales en Filipos, en Macedonia, en donde se separará de Pablo (ibíd., 40), y donde más tarde se unirá de nuevo a él (ibíd., 20, 6), y el puerto más cómodo para navegar hasta Macedonia desde Asia Menor nord-occidental era Troade: puede conjeturarse con toda verosimilitud que hiciera visitas periódicas a Filipos y a Troade, debidas a su profesión de médico, puesto que en aquellos tiempos los discípulos de Esculapio famosos viajaban mucho; siguiendo en conjeturas, es lícito suponer que Lucas supo algo de la reciente enfermedad de Pablo, y se puso inmediatamente en su busca para ofrecerle su asistencia, encontrándose con él en la zona de Troade. Sea de esto lo que fuere, Lucas encontró a Pablo con buena salud, y, naturalmente, deseó informarse de sus proyectos futuros: oyéndole que no tenía una meta fijada previamente, sino que esperaba que Dios se la señalase, Lucas no dejaría de atraer su atención especialmente sobre Macedonia.

380. Tal vez un día, paseando ambos por el puerto de Troade, Lucas señaló a Pablo la dirección de Macedonia, que se hallaba allí, al otro lado de Tenedos, la isla consagrada a Apolo, situada frente al puerto; bastaban un par de días de navegación para llegar a ella. Era una región llena de esperanzas; Lucas, que la conocía, podía asegurarlo, y de todo corazón puso al servicio de los misioneros las numerosas relaciones que allí tenía. Así, ¿no veía Pablo, allí, en el puerto, aquellos hombres con amplias clámides y sombreros de anchas alas? Eran mercaderes macedonios; y Lucas, que conocía su calidad desde hacía tiempo, estaba seguro de que muchos de ellos podían ser ganados fácilmente a la Buena Nueva.

Ante estas indicaciones, el corazón de Pablo exultaría como el de un mercader a quien se brinda la ocasión de un lucro considerable; más que nunca sintió entonces que él era un mercader, no de materia, sino de almas. Seguía esperando la señal divina, y no podía decidir por sí; pero al regresar aquella noche a su albergue, con el corazón conmovido, antes de tenderse bajo el pórtico a dormir, habría rogado largamente al Señor de los espíritus para que le iluminara con respecto a la propuesta hecha por el buen médico.

Después Pablo se durmió, pero su súplica había sido oída. Aquella misma noche, y de este modo, según el relato de Lucas: *Por la noche tuvo Pablo una visión. Un varón macedonio se le puso delante, y rogándole decía: «¡Pasa a Macedonia y ayúdanos!»* (*Act.*, 16, 9). El varón se habrá presentado con la gran clámide y el sombrero de anchas alas, al modo de los macedonios vistos en el puerto el día anterior; la insistente invitación de que pasara a Macedonia habría desvanecido toda duda con

respecto al significado de la visión. De todos modos, Pablo, por la mañana, comunicó a Lucas y a los demás compañeros la visión que había tenido, y halló que estaban todos de acuerdo. Lucas, incluyéndose por vez primera en el grupo, sigue narrando: *Luego que vió la visión, al instante buscaron cómo pasar a Macedonia, seguro de que Dios los llamaba para evangelizarlos* (ibid., 10). Salieron inmediatamente.



Fig. 73.—CAVALLA
(de MONMARCHÉ ET TILLION: *Les Pays d'Europe*).

381. FILIPOS.—Aquellos cuatro hombres que zarparon cierto día de Troade representan un hecho histórico de capital importancia, esto es, la irrupción del cristianismo en Europa. En verdad no eran los primeros cristianos que llegaran a Europa, porque en este tiempo (año 51) la Buena Nueva con seguridad ya había llegado a Roma, y tal vez a algún otro lugar; pero no conocemos ni el nombre ni detalle alguno de los demás evangelizadores, de manera que su obra puede representarse simbólicamente en estos cuatro que zarparon de Troade. ¡Y pensar que poco antes Julio César había acariciado el proyecto de hacer de Troade el centro del Imperio Romano (§ 18), en lugar de Roma! Pablo, en cambio, que ya desde este tiempo miraba a Roma, acariciaba el proyecto precisamente inverso, porque salió de Troade con la intención de hacer de Roma el centro del reino de Cristo. El proyecto de Julio César no era demasiado grande, dados los medios de que disponía, y, sin embargo, falló; el proyecto de Pablo era visiblemente paradójico, y, sin embargo, ha triunfado. Es la característica que acompaña siempre al cristianismo: el triunfo en las situaciones más paradójicas.

La navegación fué feliz; en dos días recorrieron los 230 kilómetros que separan Troade de Neápolis (Cavalla), comprendiendo en ellos una pequeña detención en la isla de Samotrácea, que está a mitad de camino. Desembarcando en Neápolis (§ 37), los misioneros llegaron a pie, en un par de horas, a Filipos (§ 37), que era la ciudad más importante del distrito (1).

---

(1) La aposición al nombre de Filipos es oscura: *que es la primera ciudad de esta parte de Macedonia, colonia* (*Act.*, 16, 12). El pasaje ofrece variantes en los códices; no se comprende si *primera* se refiere a la serie de las ciudades que Pablo encontró a lo largo de su itinerario, o bien a la importancia de la ciudad, mas ambas interpre-

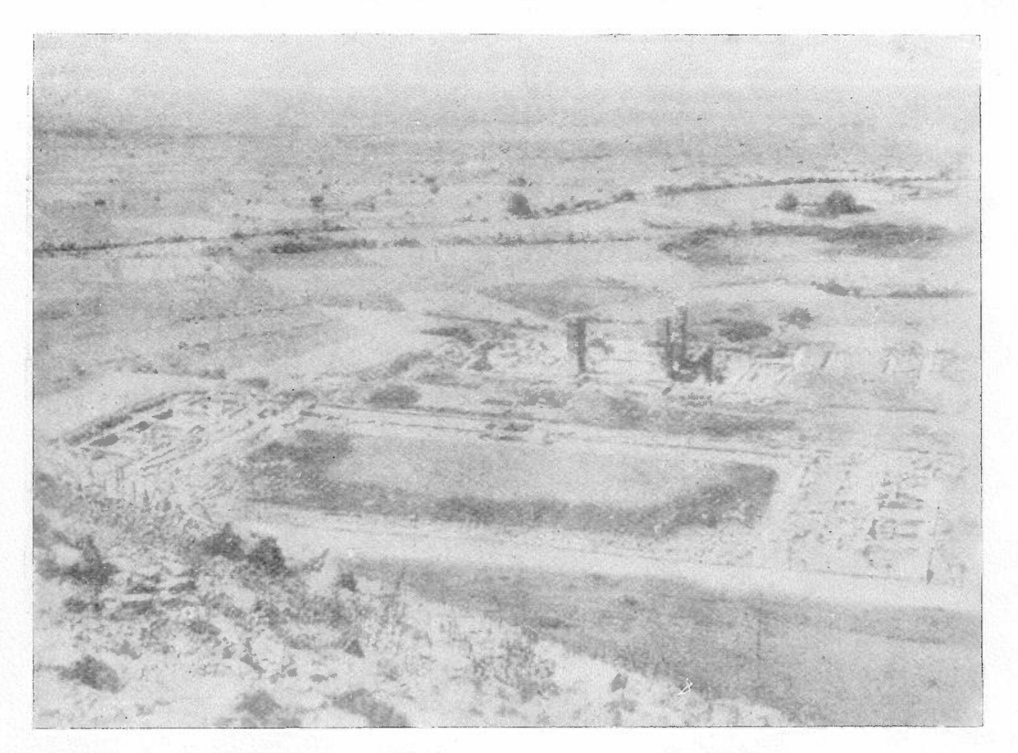


Fig. 74.—FILIPOS: VISTA GENERAL DEL FORO

382. Los judíos eran tan poco numerosos en Filipos, que ni siquiera tenían sinagoga, de modo que el sábado se reunían en un «oratorio» (*proseuchè*) al aire libre, junto a una fuente no alejada de la ciudad (1): el agua hacía falta para las abluciones prescritas por la Ley mosaica, y se ha pensado que la fuente sería el Gangite (§ 37), río que pasa a menos de dos kilómetros al occidente de la ciudad, caso de no tratarse de alguna de las antiguas fuentes que habían dado a la ciudad su antiguo nombre de Krenides («Fuente»).

Fiel a su norma de preferencia inicial hacia los judíos, Pablo se presentó con sus compañeros en este lugar de reunión el primer sábado. Lo que allí encontró no era como para alentar a un misionero: no había más que mujeres, algunas de las cuales, paganas de nacimiento, se habían afiliado al judaísmo y pertenecían a la clase de los «devotos». Mas Pablo no se desanimó y habló a aquel auditorio. *Cierta mujer, llamada Lidia, temerosa de Dios, purpuraria, de la ciudad de Tiatira, escuchaba atenta; el Señor había abierto su corazón para atender a las cosas que Pablo decía* (*Act.*, 16, 14).

Esta mujer debía llamarse Lidia más por sobrenombre (la *Lidiana*) que de nombre, porque era de la ciudad de Tiatira—que, como ya vimos

---

taciones, así como otras que se han propuesto, ofrecen dificultades. O bien *primera*, ¿era un título honorífico helenístico, equivalente a «insigne», «preponderante»?

(1) Cf.: *Historia de Israel*, II, § 199.

(§ 17) se atribuía con frecuencia a la región de Lidia en vez de a la de Misia—; aquella ciudad era una colonia de macedonios y gran centro del comercio de la púrpura, lo cual explica la presencia de esta mujer en Macedonia, y su ocupación actual. Ocupación provechosa que mantenía a la mujer en buena situación económica, como resulta por su conducta ulterior.

Lidia, cuando estuvo suficientemente catequizada, se bautizó con su familia, de la cual era, sin duda, jefe; tal vez fuese viuda; en todo caso tenía inteligencia y energía suficientes para llevar el peso de la familia y de la hacienda comercial que gravitaban sobre ella. Cuando su familia fué cristiana, se presentó al grupo de nuestro informador, y dijo: «*Puesto que me habéis juzgado fiel al Señor, entrad en mi casa y quedaos en ella. Y nos obligó.*» (Ibíd., 16.)

383. Si la mujer *obligó* a los misioneros, es claro que ellos, al principio, declinaron su invitación; de acuerdo con los principios de Pablo de no gravar económicamente sobre nadie, preferían quedarse en el humilde albergue de los mercaderes, donde se habían instalado, a hospedarse en aquella casa bien alhajada. Pero la dueña hizo de ello casi cuestión moral. ¿Cómo? ¿La habían juzgado digna de entrar en la casa espiritual del Señor, y no la juzgaban digna de albergarles en su casa material? Fué preciso ceder, humillarse a instalarse señorialmente. Más tarde, escribiendo a los cristianos de esta ciudad, Pablo recuerda que en toda Macedonia tan sólo de ellos había consentido en recibir algún socorro monetario (*Filip.*, 4, 10-20); fácil es suponer que la principal suministradora de estos socorros era la hacendada dueña de la purpuraria.

El encuentro de Pablo con la mujer Lidia era una ocasión demasiado tentadora para que Renán la dejase pasar sin intercalar un idilio a su gusto: Esto es, Pablo se casó con la Lidia. La razón que aduce es la expresión *genuino colega,* traducible también por *genuino Syzygo* (*Filip.*, 4, 3), de quien ya tratamos, demostrando que la expresión se refiere a un hombre y no a una mujer (§ 244); pero la razón verdadera es el deseo de Renán de inventar una novelita. Chiquillada lamentable.

384. Después de este episodio inicial no tenemos más noticias hasta el episodio final, con que termina la estancia en Filipos; pero podemos estar seguros de que la estancia, prolongada durante unos meses, fué laboriosa y fructífera. El método de trabajo fué, sin duda, el que había seguido en las diversas fundaciones del primer viaje misional. Después de los primeros conocimientos trabados entre los judíos venían otras relaciones, que aquí, en Filipos, fueron casi todas con paganos; de casa en casa, de barrio en barrio, llegaron a los alrededores de la ciudad, y tal vez a algunas aldeas próximas, de manera que en un cierto momento hubo un grupo lucido de seguidores de la Buena Nueva. No tenemos señales de hostilidad por parte de los judíos en los primeros tiempos, y no es de extrañar, dado su escaso número. En resumen, esta primera fundación europea fué bastante grata; doce años más tarde, dirigiéndose a estos primeros hijos suyos, empleará términos especialmente cariñosos: *Testigo me es Dios de cuanto os amo a todos en las entrañas de*

Cristo Jesús... (*Filip.*, 1, 8); *Hermanos míos, amadísimos y muy deseados, mi alegría y mi corona...* (ibíd., 4, 1).

Como en otras partes, Pablo encontró muy pronto en Filipos cooperadores fervientes entre los primeros neófitos, especialmente entre las mujeres. Entre ellas se recuerda a Evodia y Sintique, *que han luchado mucho por el Evangelio, conmigo...* (ibíd., 4, 2-3); entre los hombres, además del probable Syzygo (§ 244), se recuerda a un Clemente (ibídem, 3)—que algunos autores antiguos identificaron con Clemente Romano, seguramente sin razón—y especialmente Epafrodito, a quien Pablo llama *hermano, cooperador y camarada mío,* y a quien dispensa otras muchas alabanzas (ibíd., 2, 25-30; 4, 18). Epafrodito fué de Filipos a Roma, mientras Pablo estaba encarcelado, llevándole socorros materiales de parte de aquella comunidad; en Roma cayó gravemente enfermo, mas cuando sanó volvió a Filipos llevando consigo la carta del prisionero a los Filipenses (§ 629 sigs.).

385. En resumen, la fundación y la consolidación de la nueva comunidad había marchado demasiado bien para que Pablo se sintiera plenamente satisfecho. En efecto, ¿acaso era posible que en parte alguna se constituyera un grupo de secuaces del Mesías muerto en cruz, sin que ellos fueran también de algún modo crucificados? ¿Cómo es que en Filipos no había habido las insidias de Antioquía de Pisidia (§ 336), la sublevación popular de Iconio (§ 339), la lapidación de Listra (§ 345), que habían dado sabor cristiano al primer viaje misional? A Pablo le debía parecer que en Filipos estaba comiendo un pan soso, que carecía del típico sabor, y estaba meditabundo: tal vez rogó a Dios que condimentara sus trabajos con un poco de las paradojas del Sermón de la montaña (§ 337), de otro modo no estaba seguro de trabajar por Cristo y con Cristo. Su súplica fué oída, y tuvo esta seguridad al fin de su permanencia en Filipos, como un sello de gracia. Esto es, llegó la persecución.

386. Lucas presenta muy bien la escena, con palabras sobrias, que no pueden reemplazarse: *Aconteció que yendo nosotros a la oración nos salió al encuentro una sierva que tenía espíritu pitónico, la cual, adivinando, procuraba a sus amos grandes ganancias. Ella nos seguía a Pablo y a nosotros, y gritando decía: «Estos hombres son siervos del Dios Altísimo y os anuncian el camino de la salvación.» Hizo esto muchos días. Molestado Pablo, se volvió y dijo al espíritu: «En nombre de Jesucristo, te mando salir de ésta.» Y en el mismo instante salió.* (*Act.*, 16, 16-18.)

La muchachita, o esclava, era una de tantas mujeres adivinas de la religión pagana, que eran a la vez *medium* y posesas; ésta, especialmente poseía *un espíritu pitónico* (πνεῦμα πύθωνα), que se tenía por el espíritu especial del vaticinio y la adivinación.

Según la Mitología (Ovidio: *Metam.*, I, 443 sigs.), Pitón era la serpiente que hablaba antiguamente en los oráculos de Delfos; pero Apolo la mató, y habló en su lugar; de aquí el apelativo de pítico dado al dios, y el nombre de Pitia, dado a la sacerdotisa de Apolo en Delfos. Pero los escritores griegos llamaban «pitón» también al que era ventrílocuo; tal vez la esclava en cuestión fuese, además, ventrílocua, como ya pensó Agustín (*De civit. Dei,* II, 23); sea como fuere, la mujer pronunciaba

oráculos, adivinaba el futuro y realizaba aquellos otros actos excepcionales y vistosos que los paganos esperaban generalmente de quien poseyera el arcano poder de Apolo Pitio. Naturalmente, Pablo no creía en Apolo, y juzgó, en cambio, que la mujer se hallaba poseída por el demonio, como tantos obsesos que habían sido liberados por Jesús, y de los que tantas veces había hablado a sus catecúmenos al referir la vida de Jesús. Es verdad que este *espíritu pitónico* parecía benigno y no maligno, puesto que proclamaba que los misioneros eran *siervos del Dios Altísimo* y anunciaban *el camino de la salvación;* pero Pablo estaba lejos de prestar crédito a estas declaraciones ruidosas, y las juzgaba estratagema diabólica; se acordaba de que incluso ante el Cristo Jesús los *espíritus inmundos* se habían sentido obsequiosos, y habían proclamado: *Tú eres el Hijo de Dios* (*Marc.*, 3, 11), y no por esto Jesús había dejado de aplastarlo. Pablo, imitador puntual de Cristo (*I Cor.*, 11, 1) le imitó también en esta ocasión, y sirviéndose de sus poderes carismáticos expulsó al *espíritu pitónico.*

387. Inmediatamente vinieron las consecuencias prácticas. Como se ha visto, la posesa tenía *amos,* más de uno, tal vez un grupo de sacerdotes paganos que explotaban hábilmente un caso tan oportuno, consiguiendo *grandes ganancias*. Mas con la liberación de la posesa, esta fuen-



Fig. 75.—FILIPOS: LADO SEPTENTRIONAL DEL FORO
(de COLLART: *Philippes*).

te de lucro se secó de golpe, y la hacienda se vió maltrecha; de aquí las consecuencias que refiere Lucas a continuación: *Viendo sus amos que había desaparecido la esperanza de su ganancia, cogieron a Pablo y a Silas y los llevaron al foro, ante los magistrados, y presentándoselos a los pretores, dijeron: «Estos hombres perturban nuestra ciudad, porque siendo judíos, predican costumbres que a nosotros no nos es lícito aceptar, ni practicar, siendo como somos romanos.»* (*Act.*, 16, 19-21.) En el foro estaba el tribunal, donde actuaban los *magistrados* o *strateghi* (§ 37), que eran, en realidad, los diunviros de la colonia romana. Ante estos magistrados se presenta una acusación, en la que no se menciona en modo alguno la razón de la pérdida del lucro, sino que hábilmente se funden en ella motivos de orden público (*perturban*), de antisemitismo (*siendo judíos*) y de adhesión a las costumbres romanas. Era suficiente para impresionar a los jueces.

388. Y, en efecto, durante la discusión pública, la muchedumbre se alzó furiosa contra los acusados. Los estrategas, percibiendo la excitación popular, y tratándose de dos forasteros vagabundos, actuaron rápidamente. ¿Por qué perder tiempo con interrogatorios, testigos, disculpas y otras formalidades semejantes? A dos vagabundos, enredadores de aquella traza, que vienen de fuera a perturbar las tranquilas colonias romanas, se les reduce con pocos procedimientos rápidos y justos.

En primer lugar, allí mismo, unos vergajazos. Resuenan las voces tradicionales dirigidas a los lictores: ¡*Submovete,* despejad la muchedumbre... *despoliate,* desnudad a los condenados... *verberate,* pegad con las varas del haz lictorio! La multitud aclama satisfecha. Los condenados intentan hablar, gritan algunas frases: los aullidos de la muchedumbre cubren sus voces, y nadie les hace caso, porque se trata, sin duda, de las consabidas imploraciones y de los lamentos de los condenados a los azotes. La *verberatio* era severa. Mas no basta; a todo evento se da la orden de que los dos condenados sean encarcelados, y vigilados con especial severidad. El carcelero, para ejecutar la orden escrupulosamente, encierra a los dos hombres, maltrechos y sangrando, en el calabozo más hondo, y apresa sus pies en cepos.

389. ¡Al fin podía Pablo sentirse satisfecho! Aquella noche, en la oscuridad de la cárcel, tendido en el suelo, con el cuerpo hecho una llaga y los pies en un cepo, tuvo la certeza de que Cristo también bendecía a la comunidad de Filipos, y de que también aquí había trabajado por Cristo: ¡la persecución era la prueba! *Estoy lleno de consuelo, reboso de gozo en todas nuestras tribulaciones.* (*II Cor.*, 74.)

Pablo comunicó este sentir suyo a Silas, que estaba junto a él, y oyó sin maravillarse que pensaba lo mismo. Gozaron juntos la alegría perfecta. Tan sólo tenían una pena: pensaban en sus hermanos, que en aquella hora estarían reunidos, tal vez en casa de Lidia, rogando por ellos, prisioneros, y celebrando la cena del Señor. Ambos hubieran deseado estar con ellos, mientras en aquella cárcel oían, en la oscuridad, las voces roncas de otros presos que imprecaban y blasfemaban. En compensación quisieron unirse, lo mejor que podían, con los hermanos que estaban reunidos, y también ellos se pusieron a recitar aquellas oracio-

nes y a cantar aquellos himnos que solían cantarse en las reuniones cristianas: tal vez cantaron, como dulce nenia oriental, alguna paradoja del Sermón de la montaña: «*Bienaventurados los que sufren... Bienaventurados los perseguidos...*» (§ 337). Nuestro informador refiere que *hacia medianoche, Pablo y Silas, puestos en oración, alababan a Dios, y los presos les oían.* (*Act.*, 16, 25.)

Tratándose de ladrones y asesinos, el hecho era ciertamente inexplicable: ¿Orar cuando había que blasfemar? ¿Cantar himnos cuando había que quebrantar cepos y echar abajo puertas? Supusieron que los dos extraños compañeros de cárcel estaban en relación secreta con algún poderoso espíritu, y que con sus himnos le invitaban a que acudiera a librarles.

390. Así, poco después, sus suposiciones se trocaron en certezas; y tampoco aquí puede sustituirse el relato de Lucas: *De repente se produjo un gran terremoto, hasta conmoverse los cimientos de la cárcel, y al instante se abrieron las puertas y se soltaron los grillos. Despertó el carcelero, y viendo abiertas las puertas de la cárcel, sacó la espada con intención de darse muerte, creyendo que se hubiesen escapado los presos. Pero Pablo gritó, en alta voz, diciendo: «No te hagas ningún mal, que todos estamos aquí.» Y pidiendo una luz se precipitó dentro, arrojándose tembloroso a los pies de Pablo y de Silas. Luego los sacó fuera y les dijo: «Señores, ¿qué debo yo hacer para ser salvo?» Ellos le dijeron: «Cree en el Señor Jesús y serás salvo tú y tu casa.» Le expusieron la palabra de Dios a él y a todos los de su casa, y en aquella hora de la noche los tomó, les lavó las heridas y, en seguida, se bautizó él con todos los suyos. Subióles a su casa y les puso la mesa, y se regocijó con toda su familia de haber creído en Dios.* (*Act.*, 16, 26-34.) Es claro que Lucas habla aquí no sólo de un terremoto, sino de un milagro. Y es también normal que los racionalistas admitan, generalmente, el terremoto; pero rechacen el milagro: en la península balkánica no son raros los terremotos, y uno más o uno menos no hace al caso.

Pero que un terremoto abra puertas de cárceles con cerrojos y, sobre todo, que libere los pies atenazados en cepos, no ha sucedido nunca, ni puede suceder según las leyes físicas: es preciso que se haga una excepción dentro de estas leyes, esto es, un milagro.—¡Milagro, no; nunca! Dígase más bien que se trata de un añadido legendario.

Pero el narrador Lucas es un testigo casi ocular, y es objetivo.—¡No importa! En este y en casos semejantes se niega que hable Lucas o, al menos, que sea un testigo directo y objetivo.

He aquí, en resumen, cómo razonan quienes se presentan a sí mismos como defensores de los derechos de la razón.

391. Pablo y Silas preveían, en parte, el milagro, o un equivalente suyo; así era, tal vez, para los demás prisioneros que habían reflexionado acerca de la oración y los cánticos de los dos recién llegados.

El carcelero estaba en un estado de ánimo muy diferente; despertado por el terremoto, se preocupó, ante todo, de su propia responsabilidad, que era gravísima en caso de evasión de los presos; pero tranquilizado por Pablo, volvió en sí y descubrió también él un elemento misterioso

en lo que acaba de suceder. Probablemente sabía ya que Pablo y Silas predicaban una nueva religión; después, al ver su actitud en la cárcel, y los efectos del terremoto, concluyó que su religión era la verdadera. Tal vez había oído más de una vez a la mujer posesa proclamar por las calles que aquéllos anunciaban el camino de la *salvación*; acordándose de esto les preguntó qué debía hacer para salvarse. La simplicidad y el fervor del carcelero fueron bastante garantía para Pablo, el cual, tras una breve instrucción le bautizó, y con él a toda su familia; después, el Espíritu, interviniendo directamente, se encargaría de lo demás.

La cena, fraternal, del bautizado con los bautizantes acabó de arreglarlo todo.

392. Había en la ciudad otras personas que no estaban a gusto, y eran los «estrategas» del día anterior. El procedimiento seguido en el juicio de aquellos dos extranjeros había sido demasiado sumario, y podía tener consecuencias desagradables: tal vez, acabado el juicio, los magistrados recibieran informaciones acerca de los dos condenados, procedentes de alguna persona que les conocía y que no se había dejado arrastrar por la furia popular; tal vez los informadores los envió precisamente Lidia, acaso les acompañó personalmente, y tenía manera y razones para hacerse oír de los magistrados. En resumen, éstos se convencieron de que sus condenados no eran culpables, ni personas vulgares, sino que gozaban de cierta autoridad civil no muy bien precisada; de tal modo, que podrían recurrir a la autoridad romana de la provincia, demostrando que habían sido condenados por un procedimiento en todo punto contrario al *jus* romano. La redacción «occidental» (§ 119, nota) añade el terremoto como motivo especial, que asustó a los magistrados, y esta adición tiene en favor suyo toda verosimilitud, puesto que si los magistrados sabían que los dos predicaban una nueva religión, era muy natural para una mente pagana relacionar el terremoto con la condenación injusta de los predicadores.

El resultado fué que, *llegado el día, enviaron los pretores a los lictores con esta orden: «Pon en libertad a esos hombres.» El carcelero comunicó a Pablo estas órdenes: «Los pretores han enviado a decir que seáis soltados. Ahora, pues, salid e id en paz.» Pero Pablo les dijo: «Después que a nosotros, ciudadanos romanos, nos han azotado públicamente sin juzgarnos, y nos han metido en la cárcel, ¿ahora en secreto nos quieren echar fuera? No será así. Que vengan ellos y nos saquen.» Comunican los lictores estas palabras a los pretores, que temieron al oír que eran romanos. Vinieron y les presentaron sus excusas y, sacándoles, les rogaron que se fueran de la ciudad. Ellos, al salir de la cárcel, entraron en casa de Lidia y, viendo a los hermanos, les exhortaron y se fueron.* (*Act.* 16, 35-40).

393. El miedo de los magistrados al saber que Pablo y Silas eran ciudadanos romanos estaba plenamente justificado. Cicerón tiene una sentencia precisa a este respecto. *Atar a un ciudadano romano es un delito; pegarle, un delito; matarle, casi un parricidio* (1), y la sentencia

(1) Cf.: *Vida de Jesucristo*, § 597.

del jurista romano se basaba en la legislación explícita. La *lex Valeria* (509 a. de J. C.) prohibía golpear a un ciudadano romano sin una decisión popular previa y explícita; la *lex Porcia* (248) prohibía en todo caso aplicar la *verberatio* a un ciudadano romano. Aquellos magistrados habían violado directamente estas dos leyes y, además, habían condenado a los dos romanos sin un proceso previo, regular, y sin oír sus justificaciones, cosas ambas que también prohibía el *jus* romano. He aquí por qué tenían miedo.

Las consecuencias podían ser muy graves y extenderse a toda la *colonia* romana local, como había sucedido en casos análogos. Y no valdría la excusa de que Pablo y Silas eran judíos de nacimiento; la diferencia de raza no tenía importancia entre quienes poseían la ciudadanía romana, y pocos años después Flavio Josefo culpará especialmente a Gessio Floro, último procurador romano de Judea, por haber violado esta ley con respecto a los judíos. *Lo que nadie había osado antes, lo hace ahora Floro, haciendo flagelar ante el tribunal, y crucificar a hombres del orden ecuestre, que si bien eran de raza judía, tenían, sin embargo, la dignidad romana* (*Guerra de Judea,* II, 308).

394. ¿Cómo es que los dos acusados no manifestaron ante el tribunal su calidad de ciudadanos romanos? Probablemente porque todo sucedió en medio de un tumulto, y entre los aullidos del pueblo y la rabia de los magistrados, no lograron hacerse oír. Mas cuando los dos prisioneros vieron que los magistrados, ignorantes aún de su ciudadanía romana, querían ponerlos en libertad tan sólo para hacer que se olvidase la irregularidad general seguida en el procedimiento, entonces manifestaron su calidad, que era el punto más grave. El efecto fué inmediato: los magistrados, cediendo totalmente, vinieron en persona, pidieron excusas, se ofrecieron personalmente; mas, llenos de miedo, insistieron para que todo se silenciara, y rogaron a los dos romanos ofendidos que se alejaran de la ciudad.

En este punto Pablo no ofreció dificultad alguna, mientras que se habría quedado en contra del deseo de los magistrados de haber encontrado en ellos una hostilidad dura. Por esto marchó al poco tiempo, después de haber exhortado y saludado a la comunidad en casa de Lidia. Marchó con su compañero de prisión, Silas. Lucas se quedó en Filipos, como se comprende, por el hecho de que la narración a partir de este punto emplea de nuevo la tercera persona del plural: la permanencia de Lucas se debió probablemente al deseo de dejar junto a la pequeña comunidad una especie de vicario que, además de estar lleno de ardor, sabía cómo moverse en la ciudad (§ 379). En cuanto al tercer misionero, Timoteo, no se dice explícitamente que marchara con Pablo al volver de Tesalónica y de Berea; pero, sin duda, estuvo más tarde con Pablo en Berea (*Act.,* 17, 14; § 406), y en la carta a los *Tesalonicenses* aparece como muy conocido entre ellos, y por esto debió presentarse a ellos junto con Pablo y Silas.

395. TESALÓNICA. Al salir de Filipos los misioneros atravesaron Anfípolis (§ 37) y Apollonia y llegaron a Tesalónica (§ 38) después de un viaje de casi 150 kilómetros. Si todavía en nuestros días los judíos

representan en Salónica casi la mitad de la población, también en la Tes-Salónica de tiempo de Pablo debían ser muy numerosos, y esta fué la razón por la que Pablo se detuvo allí después de Filipos.

Una vez llegado, Pablo se entregó inmediatamente a su doble labor, la material, para ganarse el sustento, y la espiritual, para ganar almas. Se alojó en casa de un tal Jasón, probablemente un judío que originariamente se llamaba Jesús (§ 228), y ejerció su oficio manual (§ 230) junto a Jasón o en otra parte, de manera que más tarde recordaba a los tesalonicenses que había trabajado *día y noche para no ser gravoso a nadie* (*I Tes.*, 2, 9; cf. *II*, 3, 8); es decir, volvió a tejer paños cilicios inmediatamente después de haber recorrido a pie 150 kilómetros y llevando aún a cuestas las llagas recibidas en Filipos. Sin embargo, el trabajo manual rendía poco, y con el tiempo los misioneros debieron verse en gran estrechez; lo comprendemos por el hecho de que Pablo consintió dos veces en recibir socorros materiales de Filipos (*Filip.* 4, 16; § 383).

396. El trabajo espiritual se inició, como de costumbre, dirigiéndose primero a los judíos de la sinagoga; allí, *por tres sábados, discutió con ellos sobre las Escrituras, explicándoselas y probando cómo era preciso que el Mesías padeciese y resucitase de entre los muertos, y que «este Mesías es Jesús a quien yo os anuncio»* (*Act.* 17, 2-3). Los pasajes de las Escrituras discutidos eran los mesiánicos, sobre todo aquellos que preanunciaban los sufrimientos del futuro Mesías (*Cristo*); y precisamente éste era el gran obstáculo que había que vencer, porque los judíos esperaban que el Mesías fuera el gran triunfador nacional,

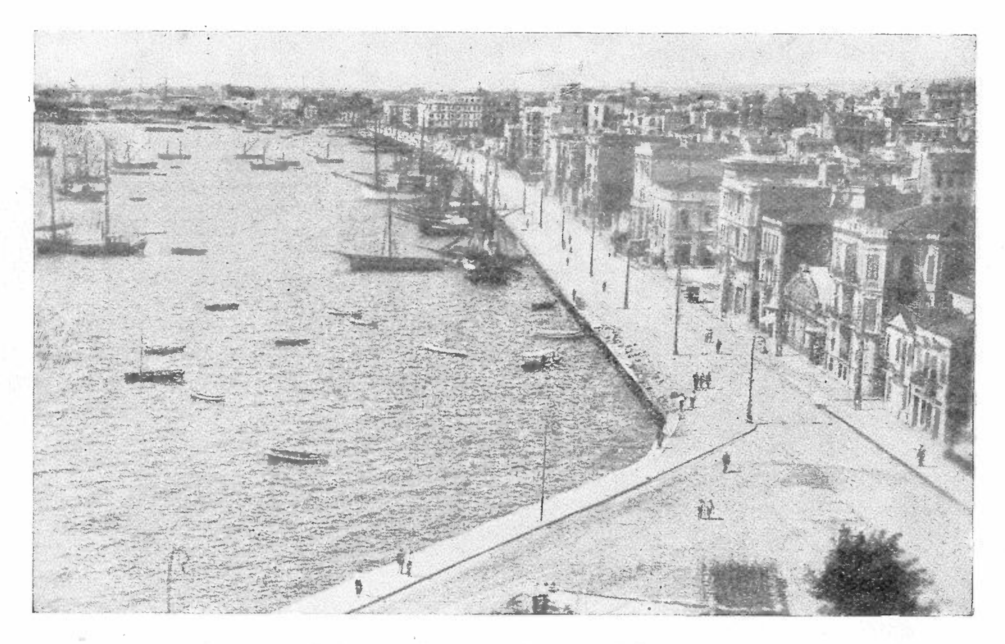


Fig. 76.—TESALONICA: EL PUERTO

que iría de victoria en victoria, mientras Pablo se lo mostraba en forma de un pobrísimo artesano muerto en la cruz.

El resultado de estas discusiones sinagogales fué que creyeron tan sólo *algunos* de los judíos (ibid. 4); pero Lucas, resumiendo el cuadro completo de la labor misional, añade que se convirtió *una gran muchedumbre de «prosélitos»* (*y*) *griegos, y no pocas mujeres principales* (1).

Los «prosélitos», afiliados al judaísmo, fueron conquistados en su mayoría en la sinagoga; mas a través de ellos, y gracias a una actividad intensa desarrollada fuera de la sinagoga, debieron ser captados muchos *griegos,* hasta entonces paganos; es curioso que fueran muy numerosas las mujeres de alto rango que aceptaron la fe. La imagen del Mesías que sufre y muere en la cruz para salvar a la Humanidad entera, era rechazada por la mayoría de los judíos, mientras era bien recibida por muchos paganos; los primeros se sentían ofendidos por aquella humillación del Mesías, y la igualdad de judíos y paganos en el reino de la salvación, mientras que los segundos descubrían en aquella humillación el precio de la salvación, y en aquella igualdad, la glorificación de la dignidad humana.

397. La asistencia continua a todos estos neófitos fué una labor agotadora para los misioneros, especialmente para Pablo. Después de haber pasado tejiendo la mayor parte del día, se levantaba del telar con las manos entumecidas y las rodillas anquilosadas, y marchaba a instruir a un grupo de catecúmenos que le esperaban en alguna tienda; pasaba después a alguna casa, donde una familia entera quería prepararse para recibir el bautismo; más tarde le esperaba en una habitación señorial una noble dama, que deseaba interrogarle acerca de algunos puntos de su doctrina: tal vez al salir de los aposentos de la dama se detendría en el patio entre un grupo de esclavos, que le preguntarían anhelantes si también para ellos había una «salvación». Al volver a casa, de noche ya, se habrá encontrado con un viejo judío que le esperaba para discutir algunos pasajes de la Escritura, y con él se habrá demorado largamente a la luz de un candil, como Jesús hizo con Nicodemo. Finalmente, antes de tenderse en la estera para dormir, se informaría con minuciosidad de si Silas y Timoteo habían visitado a aquel enfermo que los reclamaba; si habían reconciliado a aquellos dos catecúmenos que estaban peleados entre sí; si habían explicado bien a aquel grupo de esclavos paganos, que esperaban el bautismo, que la fornicación y el engaño no están permitidos en ningún caso, y que al hacerse cristianos debían abandonar estas viejas costumbres suyas, y no mostrarse como *gentiles que ignoran a Dios* (*I Tes.* 4, 4-5).

Más tarde, cuando recordaba en conjunto esta agotadora labor, le parecía que había estado como una nodriza rodeada por multitud de niños, a los que debía cuidar, y en este oficio se describe a sí mismo, con

(1) La conjunción *y,* después de «prosélitos» aparece tan sólo en pocos códices; pero representa la lección más autorizada conceptualmente. Los «*prosélitos*» eran los afiliados al judaísmo, mientras que los *griegos* son para Lucas habitualmente los paganos; de ambas categorías procede la *gran muchedumbre* de conversos. De la carta a los *Tesalonicenses* se desprende también que la mayoría de aquella comunidad procedía del paganismo.

ironía y gracia, en el pasaje que ya mencionamos (§ 169). Mas también en Tesalónica, como había sucedido en otras partes, los misioneros fueron ayudados bien pronto por algunos neófitos, mejor dotados de carismas, que después de su marcha continuaron su obra (cf. *I Tes.* 5, 12). Es evidente que los carismas debieron difundirse con abundancia en esta comunidad, incluso mediante prodigios, y esta fué la razón principal de su rápido y sólido desenvolvimiento (Ibid. 1, 5).

398. El éxito fué grandísimo. No faltaron tribulaciones, pero estuvieron unidas a la alegría. Los tesalonicenses recibieron *la palabra* (del Señor) *con gozo en el Espíritu Santo, aun en medio de grandes tribulaciones* (Ibid. 6). Formados de este modo, aquellos neófitos se convirtieron bien pronto en ejemplo vivo e incitación para otras comunidades próximas y aun lejanas. Casi un año después Pablo podía decir de ellos... *hasta venir a ser ejemplo para todos los fieles de Macedonia y de Acaya. Y así de vosotros no sólo se ha difundido la palabra del Señor en Macedonia y en Acaya, sino que en todo lugar vuestra fe en Dios se ha divulgado, sin que tengamos necesidad de decir palabra* (Ibid. 7-8).

Prosiguiendo aún el elogio que Pablo dirige a estos neófitos se percibe uno de los principales móviles espirituales que les llevó a la conversión. *Os convertísteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar del cielo a Jesús, su hijo, a quien resucitó de entre los muertos, quien nos libró de la ira venidera* (Ibid. 9-10). Por tanto, les atrajo al cristianismo, no sólo por la idea del Mesías Jesús muerto y resucitado, que Pablo había expuesto en la sinagoga, sino por la esperanza expectante de que el Mesías volvería del cielo y libraría a sus seguidores de la ira futura. Sin duda, Pablo también había hablado de la venida de Jesús desde los cielos en otras comunidades fundadas por él, pero no tenemos pruebas de que esta doctrina de Pablo causara en ellas una impresión tan grande como aquí en Tesalónica.



Fig. 77.—TESALONICA: SUBURBIOS DE LA CIUDAD

399. Como ya sabemos (1), desde el siglo I antes de Cristo entre el pueblo judío se había difundido, en unos sitios más y en otros menos, la expectativa de un advenimiento grandioso que cambiara el curso de las cosas humanas: el «siglo presente», todo injusticia y dolor, debía ser sustituído por un «siglo futuro» de justicia y felicidad. Pero había divergencia de opiniones al tratar de esta sustitución. Algunos, más impacientes en su expectativa, pero menos numerosos, preveían una sustitución fulminante: una conflagración cósmica que destruiría el «siglo presente» e inmediatamente después el Mesías, bajando de los cielos, inauguraría el «siglo futuro», que era el reino escatológico de Dios; en el día de la *ira futura,* en el juicio universal, los fieles israelitas serían admitidos en el reino de Dios—después de haber resucitado, si ya estaban muertos, o bien entrando tranquilamente en él, si les sorprendiera con vida—, mientras que los paganos, réprobos, serían fulminados por la ira divina.

Por el contrario, otros judíos, más numerosos, pensaban en una sustitución gradual: primero aparecería el Mesías que inauguraría el reino de Dios, no escatológico, sino terreno, y de este modo se iniciaba la abolición del «siglo presente», porque el reino mesiánico significaría el triunfo de Israel sobre las naciones paganas; este reino duraría un tiempo impreciso, y sólo al cerrarse esta época vendría la verdadera sustitución del «siglo presente» por el escatológico «siglo futuro».

400. Por otra parte, en este período de la vida de Pablo (año 51), por el mundo pagano se habían difundido también vagas aspiraciones de una renovación general. La mole del Imperio Romano era cada vez más pesada, mientras en la casa de los Césares se ofuscaba cada vez más el antiguo esplendor. A las locuras de Calígula habían sucedido las desvergüenzas de Mesalina, asesinada en el año 48; había brillado después Agripina, que con sus intrigas dominaba de tal modo al débil Claudio, que tres años más tarde se liberó de él envenenándole. Muchos se preguntaban hasta dónde iba a llegarse. ¿Qué iba a ser del Imperio gobernado por una tirana y un blando, cuando se rebelaran los partos en Oriente y los bárbaros en el Norte? Añádase a esto los múltiples *prodigia* que estaban sucediendo hacia aquel tiempo; terremotos, cometas, lluvias de fuego, partos monstruosos de hombres y de animales, una nube de aves de rapiña que se apoderaba del Campidoglio, un rayo que destruía el monumento de Druso, padre de Claudio; el templo de Júpiter que se abría de pronto (2).

¿Qué significaban todos estos *prodigia*? Evidentemente, eran los dioses—así pensaban los doctos y el vulgo—que enviaban señales para un fin futuro inmediato: iba a suceder algún acontecimiento grandioso que cambiaría el curso de las cosas.

Los tesalonicenses, aun antes de la predicación de Pablo, debían haber conocido estas dos expectativas, la judía, debido a los muchos judíos que vivían entre ellos, y la pagana, dada las relaciones frecuentes de la

(1) Cf.: *Vida de Jesucristo,* § 209; 523.

(2) Tácito: *Annal.,* XII, 43, 64; Suetonio: *Claudius,* 46; Dion Cassio, LX, 35; nótese, sin embargo, que estos hechos se refieren a los últimos años de Claudio, en general, esto es, antes del año 54.

ciudad con el centro del Imperio: y la coincidencia general de ambas expectativas no dejaría de causar impresión aun en los más despreocupados. Después había venido Pablo, que en sus instrucciones de la catequesis les había referido minuciosamente el sermón escatológico de Jesús a sus discípulos, el del martes anterior a su muerte: por las palabras de Pablo los tesalonicenses supieron que también Jesús había preanunciado algo semejante a lo que esperaban tanto los judíos como los paganos.

401. En primer lugar, el edificio más santo de toda la tierra, el templo hebreo de Jerusalén, sería destruído, y no quedaría de él piedra sobre piedra; llegaría la gran *tribulación* acompañada del *comienzo de los dolores* (1), esto es, de guerras, terremotos, hambres en lugares diversos. Además, *después de aquella tribulación,* se oscurecerían el sol y la luna, se caerían del cielo las estrellas, y después de esto vendría la «parusia» del Hijo del hombre. Jesús bajaría del cielo sobre las nubes, con poder y gloria, y recogería a sus elegidos de las cuatro partes del mundo.

Todo esto lo había predicho Jesús con mucha precisión; pero no era tan preciso el tiempo en que estos hechos habían de suceder. O, mejor, el tiempo de la gran tribulación era bastante preciso: había recurrido a la comparación de la higuera, que cuando reverdece y empieza a echar hojas anuncia la proximidad del verano, y había anunciado que todo sucedería durante la generación contemporánea, esto es, dentro de unos cuarenta años. Por el contrario, con respecto al tiempo de la parusia, había dicho precisamente que sólo el Padre celeste conocía el día y la hora, pero nadie más, ni siquiera los ángeles del cielo, ni siquiera el Hijo.

402. Reflexionando sobre estas afirmaciones de Jesús, y aproximándolas a las expectativas judía y pagana, los tesalonicenses se fueron convenciendo poco a poco de que no sólo la gran tribulación, sino también la parusia de Cristo glorioso, bajando de los cielos, era inminente. Desde el momento en que Jesús no había afirmado, pero tampoco excluído, la inminencia de la parusia, los neófitos de Tesalónica—como, por lo demás, otros grupos cristianos de otros lugares—extendieron a la parusia la designación del tiempo asignado para la gran tribulación, y por esto la asignaron a la generación contemporánea: dentro de unos cuarenta años, por tanto, el Cristo glorioso, bajando de los cielos, sustituiría el «siglo presente», de iniquidad y pecado, por el «siglo futuro», de justicia y de gloria, y en él recogería a sus elegidos de las cuatro partes del mundo.

¿Les había enseñado Pablo esta inminencia de la parusia? Lo veremos después (§ 430 sigs.); de todos modos, seguían siendo verdad las palabras que le oímos pronunciar alabándoles, por haberse convertido *para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar del cielo a Jesús, su Hijo, a quien resucitó de entre los muertos, quien nos libró de la ira venidera* (§ 398).

(1) Para todos estos términos del sermón escatológico de Jesús, y para su interpretación, cf.: *Vida de Jesucristo,* § 523-531.

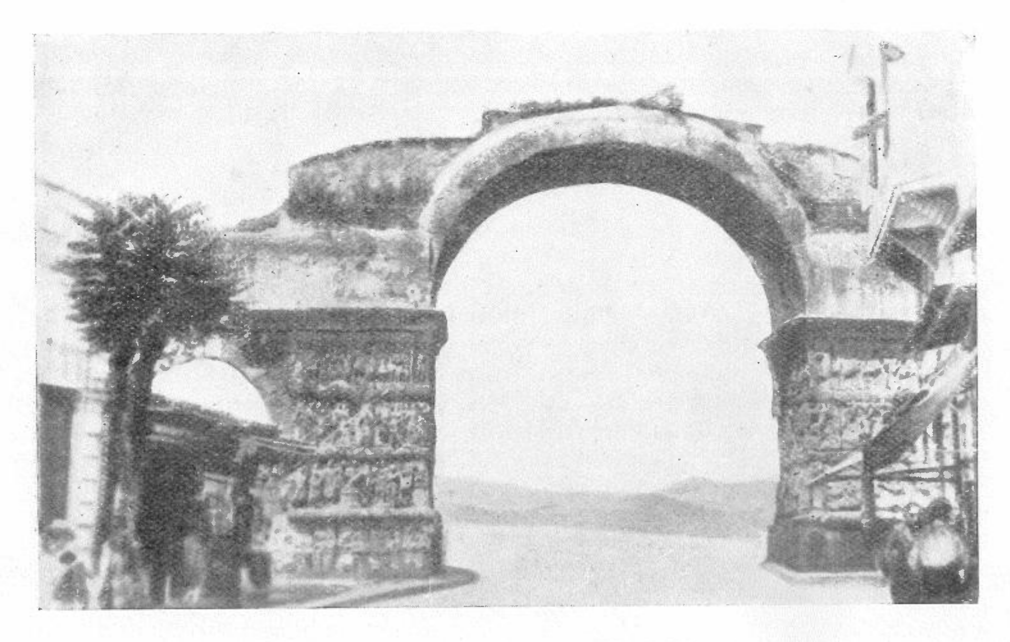


Fig. 78.—TESALONICA: ARCO DE GALERIO

403. Por tanto, en Tesalónica, como en Filipos, iban bien las cosas; tan bien que, como en Filipos, Pablo en un cierto momento se preocupó por la falta de tribulaciones, puesto que sin ellas no le parecía que trabajaba por Cristo. Y Cristo le tranquilizó bien pronto enviándole la acostumbrada tribulación por medio de los consabidos judíos. El imperturbable Lucas refiere en pocas palabras: *Pero los judíos, movidos de envidia, reunieron algunos hombres malos de la canalla, promovieron un alboroto en la ciudad, y se presentaron ante la casa de Jasón buscando a los apóstoles para llevarlos ante el pueblo. Pero no hallándolos, arrastraron a Jasón y algunos de los hermanos y los llevaron ante los politarcas, gritando: «Estos son los que alborotan la tierra. Al llegar aquí han sido hospedados por Jasón, y todos obran contra los decretos del César, diciendo que hay otro rey, Jesús!»* (*Act.* 17, 5-7). Esta vez los judíos se sirvieron de un grupo de canallas que antiguamente no faltaban nunca en los foros ni en las ágoras. Cicerón los designaba con el término pintoresco de *subrostrani*, porque agolpándose en torno a un orador que hablaba desde una tribuna, le aplaudían o le silbaban, a gusto de quien les hubiera pagado: en Tesalónica les pagaron los judíos, y por esto abrazaron su causa.

Entre gritos patrióticos y muestras de fidelidad a César, estos «representantes del sentimiento popular» dieron una vuelta por la ciudad, y después se reunieron frente a la casa de Jasón, donde se alojaba Pablo. Pero Pablo y Silas, a quienes buscaban, no estaban allí, probablemente porque habían sido advertidos y se habían alejado rápidamente. A falta de cosa mejor, los manifestantes se llevaron a Jasón, y lo condujeron ante los politarcas que presidían la asamblea del pueblo (§ 38).

El pobre Jasón podía ser acusado todo lo más de haber albergado a Pablo; pero los manifestantes, para impresionar más a los magistrados, le implicaron la acusación, gravísima, de favorecer a quien violaba los edictos de César, y oponía a César el *rey Jesús*; era un delito de alta traición, un *crimen maiestatis*.

404. Es muy verosímil que Pablo, hablando a sus cristianos del reino de Dios, hubiera dado a Jesús el título de *rey*; pero, naturalmente, en el mismo sentido en que Jesús había afirmado ante Pilatos que tenía un reino (Jo. 18, 36), o también en el sentido escatológico en que Pablo podía afirmar que somos ciudadanos (πολίτευμα) del cielo, de donde esperamos al Salvador y Señor Jesucristo (*Fil.* 3, 20). Los celosos denunciantes se habían enterado de este título dado a Jesús, y montaron sobre él su fraudulenta acusación.

Los politarcas de Tesalónica no fueron ardientes y precipitados como los magistrados de Filipos (§ 388): imitaron más bien la actitud de Poncio Pilatos ante la acusación análoga hecha contra Jesús. Desde hacía tiempo debían serles familiares los rostros de aquellos *subrostani,* que venían todos los días a meter jaleo en su tribunal, y estaban en situación de medir la sinceridad de su celo con respecto al César; por otra parte, los politarcas no les podían contestar secamente: «¡Largaros de aquí, payasos a sueldo! ¿Cuántas dracmas por cabeza os han dado los judíos por este alboroto?» Ciertas verdades no se dicen en público. Aquellos magistrados tuvieron miedo de las consecuencias, y, por tanto, dividieron el mal por la mitad: más o menos como Poncio Pilatos. Lucas dice que *turbados* ante la actitud de los manifestantes, *habiendo recibido fianza* (πολίτευμα) *de Jasón y de los demás, les dejaron ir* (*Act.* 17, 9).

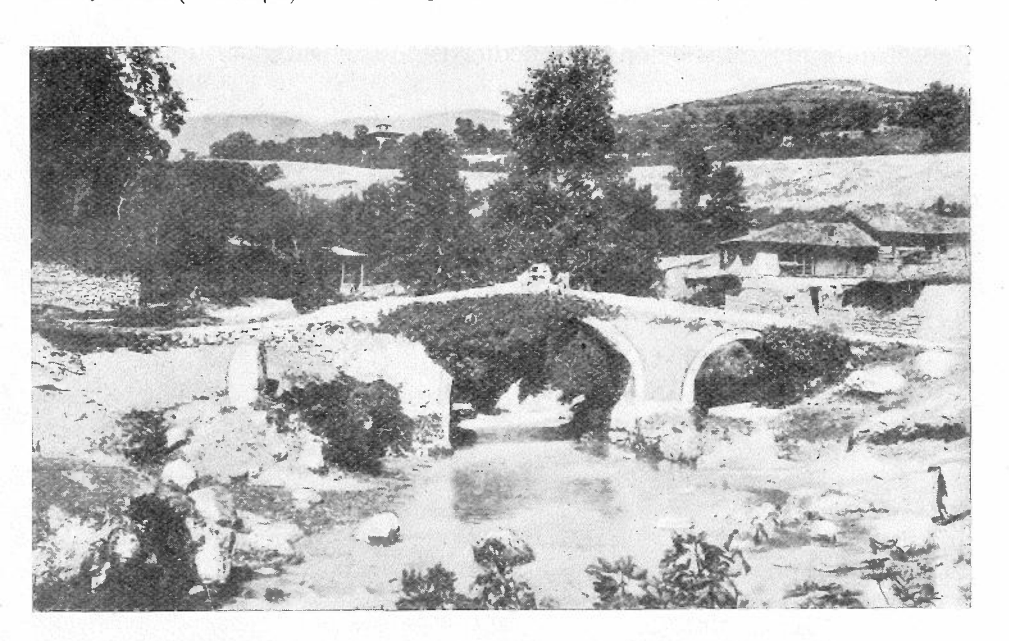


Fig. 79.—ALREDEDORES DE TESALONICA: LUGAR PINTORESCO

En qué consistió la fianza, no lo sabemos: tal vez el depósito de un dinero, tal vez una promesa verbal con respecto al futuro; los magistrados buscaban un modo de solventar el conflicto sin cargar demasiado sus conciencias. Y así, Jasón y los demás cristianos volvieron a sus casas.

405. Pero los espíritus no se habían calmado con esta concesión. Para evitar nuevos desórdenes, *aquella misma noche los hermanos encaminaron a Pablo y a Silas para Berea* (Ibid. 10). Pablo estaba ya habituado a estas partidas precipitadas de una comunidad fundada por él; era señal de que todo marchaba bien, según los paradójicos principios del Sermón de la Montaña (§ § 337, 385).

En un viaje de casi tres días hacia el Sudoeste, Pablo y Silas llegaron a Berea (§ 38). Debía estar muy avanzado el año 51. Su estancia allí no fué larga, ni turbulenta: aquella pequeña ciudad remota fué para Pablo un lugar, si no de reposo, al menos de calma. Como de costumbre, empezó por presentarse en la sinagoga, donde fué bien recibido, porque aquellos judíos—dice Lucas—*eran más nobles que los de Tesalónica* (Ibid. 11): nobleza de espíritu, naturalmente, puesto que la raza era la misma. Tanto les interesó la predicación de Pablo, que se dieron al punto a investigar detenidamente las sagradas Escrituras, por ver si correspondían a cuanto Pablo anunciaba: *Muchos de ellos creyeron, y además mujeres griegas de distinción y no pocos hombres* (Ibid. 12). Estos griegos, en su mayoría, debían estar afiliados al judaísmo; uno de ellos fué Sopatros, hijo de Pirro, que más tarde aparecerá junto a Pablo (Ibid. 20, 4).

El trabajo fructífero y la estancia tranquila se vieron interrumpidos por la acostumbrada envidia de los judíos. Cuando se supo en Tesalónica dónde estaba Pablo y qué es lo que hacía, se organizó la habitual expedición que llegó a conmocionar Berea. Para prevenir tristes consecuencias, los neófitos dirigieron a Pablo hacia el mar para hacerle embarcar, probablemente en el puerto de Dium, que distaba unos cincuenta kilómetros de Berea; tal vez el propio Pablo habría expresado su deseo de abandonar por completo Macedonia, para sustraerse a sus implacables perseguidores.

406. Silas se quedó en Berea, y con él Timoteo, que aparece de nuevo aquí (§ 394). Los que acompañaban a Pablo estuvieron junto a él hasta la meta de su nuevo viaje: Atenas. De Dium o de un puerto próximo a éste, se llegaba a Atenas en tres o cuatro días de navegación, después de haber bordeado al sur el cabo de Sunium, y parece que éste fué el itinerario seguido por Pablo, en lugar del camino de tierra que bajaba a través de Tesalia y requería doce días. Sin embargo, la redacción «occidental» supone que Pablo pasó por Tesalia. Es extraño también el hecho de que los acompañantes de Pablo siguieran con él hasta Atenas, de donde después regresaron a su puerto; por esto se ha pensado que Pablo padeciera en aquel tiempo algún grave ataque de su enfermedad (§ 199 sigs.), debido al cual no podían dejarle solo; pero es sólo una conjetura.

Cuando Pablo despidió en Atenas a sus acompañantes les encargó que dijeran a Silas y a Timoteo que viniesen cuanto antes a reunirse



Fig. 80.—CABO SUNIUM: PUNTA MERIDIONAL DEL ATICA, AL SUR DE ATENAS

con él; y, en efecto, poco después ambos, procedentes de Macedonia, se reúnen con Pablo, pero no en Atenas, sino en Corinto (*Act*, 18, 5). En este período de tiempo hay que colocar también el viaje de Timoteo, a quien Pablo envió a visitar la comunidad de Tesalónica, y en tal ocasión Pablo se quedó *en Atenas solo* (*I Tes.*, 3, 1-2), esto es, también sin Silas. Entre las varias explicaciones que se han propuesto, parece la más natural aquélla según la cual Timoteo y Silas se reunieron inmediatamente con Pablo en Atenas; pero después Timoteo fué enviado a Tesalónica, Silas a otra parte (tal vez a Filipos), y, terminadas sus misiones, los dos volvieron a unirse con Pablo en Corinto.

407. ATENAS. Quien se imagine a Pablo presa de una exaltación estética la primera vez que entró en Atenas caerá en un grave error histórico, olvidando que en él el «hombre» estaba constituído por las ruinas del antiguo rabino restauradas con la superconstrucción del apóstol cristiano. Su vida espiritual se concentraba por completo en la idea religiosa; ninguna otra cosa hallaba resonancia directa en su espíritu; más o menos como un filólogo moderno sumergido por completo en códices y papiros, no encuentra placer en las carreras de caballos en el hipódromo. Con todo, la comparación es mala: porque el filólogo podrá sentirse ajeno, mas no hostil a las carreras; Pablo, por el contrario, sea como ex rabino, sea como apóstol cristiano, era completamente hostil a todo cuanto veía por las calles de Atenas y que representaba las características de la ciudad. Esta condición de su espíritu la resume Lucas con exactitud psicológica e histórica cuando dice: *Mientras Pablo les esperaba en Atenas, se consumía su espíritu* (estaba en paroxismo, παρωξύνετο) *viendo la ciudad llena de ídolos.* (*Act.*, 17, 16) (1).

408. El viajero que hoy visita Atenas, no puede sustraerse a la emoción estética, aun cuando sea un cristiano ferviente, y aun cuando sepa que los objetos que admira son un resto mínimo de la belleza que refulgía en tiempo de Pablo (§ 40). Pero esto sucede hoy, al cabo de veinte siglos de cristianismo, cuando la idolatría material ha desaparecido por

(1) Además de los templos, las calles estaban bordeadas de estatuas, como se desprende de varias alusiones de autores antiguos (p. e.: Tito Livio, XLV, 27). Se ha citado a este propósito el pasaje de Petronio (*Satir.*, 17): *Nostra regio tam praesentibus plena est numinibus, ut facillius possis deum quam hominem invenire*; pero no es necesario que estos *numi* sean estatuas, pueden ser templos, y la región aludida puede no ser Atenas.

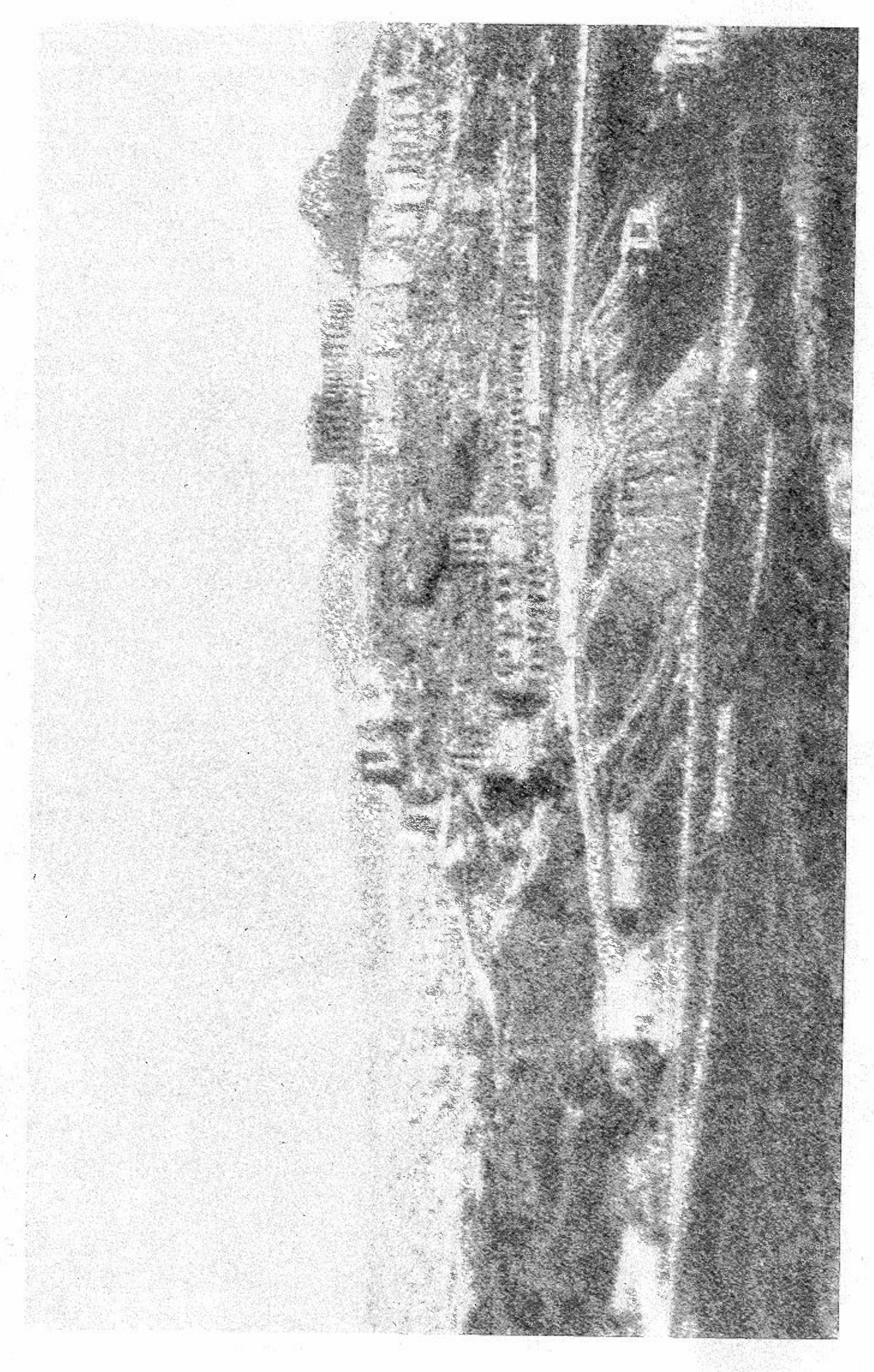


Fig. 81.—VISTA GENERAL DE ATENAS ANTIGUA

completo, y cuando los objetos que se admiran se hallan despojados ya de todo sentido religioso, y reducidos a meras creaciones de un arte lícito. Pero ante el espíritu de Pablo se presentaban de modo bien diverso. En primer lugar, aquellas estatuas y pinturas eran creaciones de un arte ilícito para él, ex rabino, porque la Ley hebrea prohibía toda representación de seres vivos; además, eran objetos que atestiguaban y favorecían la impiedad idólatra, porque se hallaban repletos de un significado religioso que a sus adoradores les habrá parecido legítimo, pero que para él era una blasfemia contra el Dios verdadero.

Renán no ha desperdiciado tampoco aquí la ocasión de escribir una página *à sensation*. Temblando, se dirige a las estatuas de Atenas, y les exhorta a que tiemblen a su vez porque ha llegado a la ciudad el iconoclasta, aquel judío pequeño y antipático, Pablo, que ha decretado su destrucción y ya está alzando el martillo contra ellas. Este párrafo de Renan tal vez en sus tiempos pudo arrancar una lágrima piadosa a cierta dama esteticista, pero hoy tan sólo arranca un gesto compasivo al historiador que contemple los hechos en su fondo. Es evidente que los restos de aquellas obras de arte fueron salvados en su mayoría por el cristianismo predicado por Pablo, mientras las naciones bárbaras que rechazaron el cristianismo abrasaron la mayoría de aquellas estatuas para convertirlas en cal. Pablo se ocupaba de religión y no de estética, sin duda; pero, salvados sus principios religiosos, también él podía exhortar: *Por lo demás, hermanos, atended a cuanto hay de verdadero, de honorable, de justo, de puro, de amable, de laudable, de virtuoso, de digno de alabanza; a eso estad atentos.* (*Filip.*, 4, 8). Las bellas artes podían entrar en estas

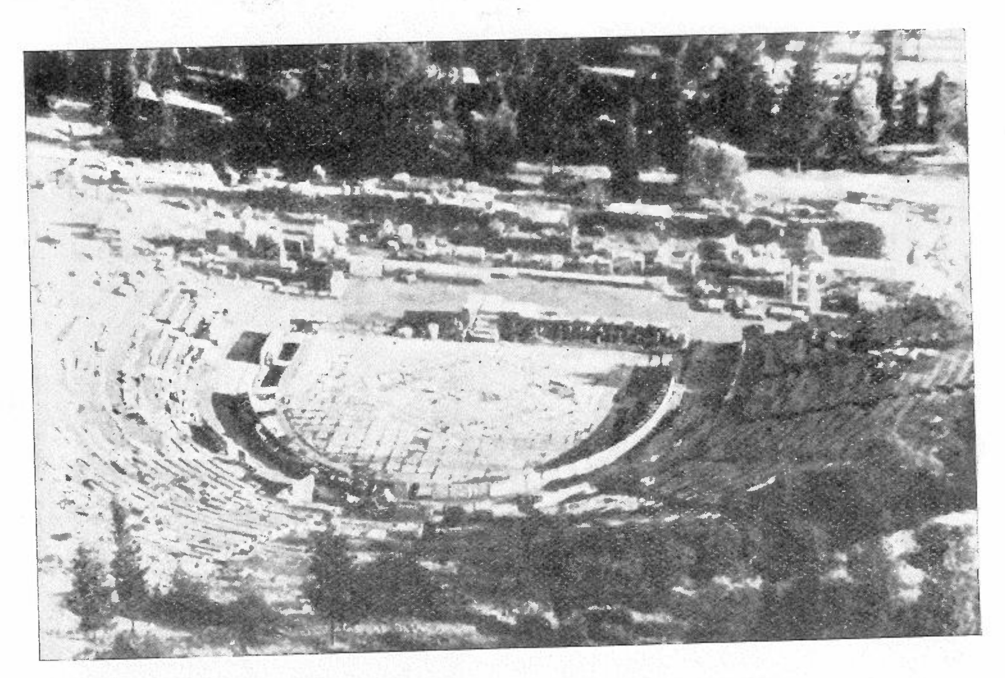


Fig. 82.—ATENAS: TEATRO DE DIONISIO

categorías que él recomendaba, con tal de que, naturalmente, no resultaran en perjuicio de sus principios religiosos. Por el contrario, las estatuas de Atenas renegaban directamente de aquellos principios porque eran ídolos «en servicio activo»; de aquí el *paroxismo* mencionado que sentía Pablo al verlas.

409. La colonia judía de Atenas no debía ser numerosa, sin embargo, poseía una sinagoga: como de costumbre, Pablo se presentó en ella desde el primer momento, exponiendo su doctrina a los judíos y a los «prosélitos», mas al parecer les impresionó poco. Entonces procuró tender su red en otras aguas, dirigiéndose a los paganos: *Disputaba... todos los días en el ágora con los que le salían al paso* (*Act.*, 17, 17).

Si la vida de Atenas se realizaba, sobre todo, en los lugares públicos, el corazón propulsor de aquella vida era el ágora. Todo se hacía allí; se compraba y se vendía; se discutía de política y se imploraba a los dioses; aquí, un rector arengaba a la masa; allí, un histrión parodiaba a personajes célebres; en un lado del pórtico periférico se habían instalado los estoicos para profundizar las doctrinas de Zenón; frente a ellos, los secuaces de Epicuro desarrollaban las de su maestro; extranjeros de regiones apartadas, vestidos a manera de peregrinos, llegaban de cuando en cuando, anunciando el poder de cualquier dios oriental, la eficacia de un rito desconocido, o las virtudes taumatúrgicas de piedras y plantas misteriosas.

Los atenienses acudían todos los días al ágora, donde pasaban más tiempo que en sus casas propias. Ociosos, habladores, humoristas, avidísimos de novedades, querían verlo todo, saberlo todo: del corro de un juglar marchaban a escuchar a un filósofo platónico que disertaba acerca de las ideas eternas; después de haber acribillado a preguntas a un mercader recién llegado de la India, recogían un poco más lejos las contestaciones de una adivinadora egipcia que predecía la suerte del Imperio romano, o explicaba los secretos de sus filtros amorosos. Esta muchedumbre del ágora la describe

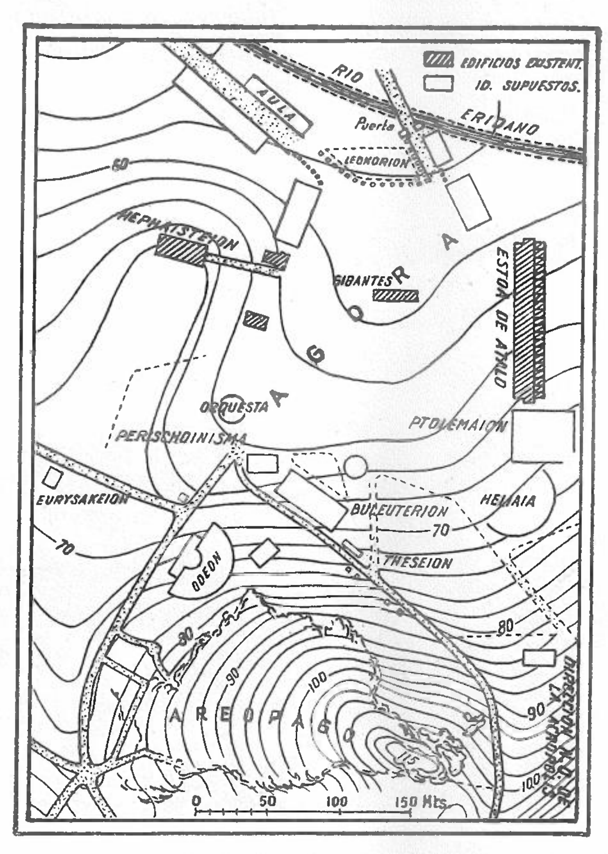


Fig. 83.—EL AGORA DE ATENAS
(de *Enciclopedia Italiana*)

Lucas en pocas líneas: *Todos los atenienses y los forasteros allí domiciliados no se ocupan de otra cosa que en decir y oír novedades* (ibid., 21). Varios escritores paganos concuerdan con este juicio, empezando por Demóstenes y Tucídides, los cuales ponen de relieve la sutileza, locuacidad y curiosidad de los atenienses.

410. Pablo se sentía entre aquella muchedumbre no ya perdido, sino angustiosamente *solo* (*I Tes.*, 3, 1). Consideraba a aquellos hombres ávidos de novedades con la mirada de un asiduo lector de la Biblia: de acuerdo con la visión de Ezequiel (34, 5 sigs.) le parecían un rebaño sin pastor que erraba *disperso por toda la faz de la tierra.* Pablo estaba deseando indicarles su legítimo pastor, el Mesías Jesús. Pero, ¿cómo habrían recibido su indicación? De todas maneras era preciso intentarlo, y Pablo lo intentó.

Los primeros con quienes se puso en contacto debieron ser aquellos con los que *disputaba todos los días en el ágora,* pero tal vez éstos no le concedieron importancia alguna y prefirieron a su doctrina de Jesús las noticias del mercader recién llegado de la India o los discursos de la adivina egipcia. Sin embargo, Pablo no se desanimó y siguió insistiendo, buscando a alguien que, por lo menos, se interesase en el tema y consintiera en discutirlo; se observó su pertinacia, y algunos filósofos sintieron

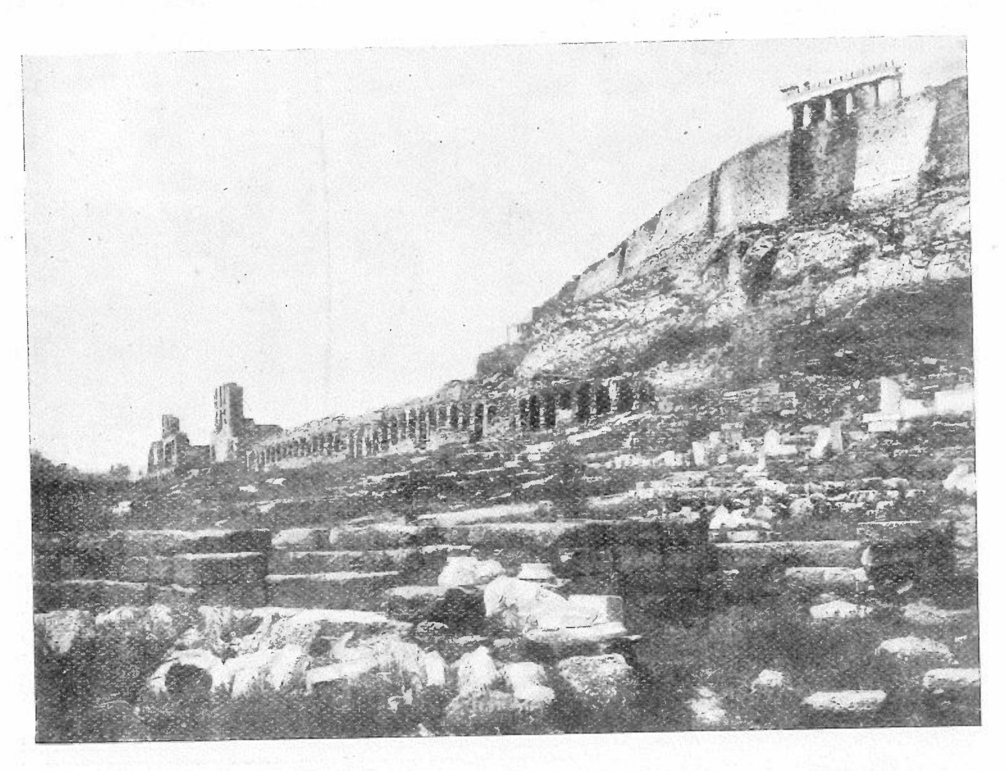


Fig. 84.—ATENAS: PORTICO DE EUMENES. A LA DERECHA LA ACROPOLIS
(Foto Alinari)

curiosidad por lo que decía. *Y* (1) *algunos filósofos, tanto epicúreos como estoicos conferenciaban con él, y algunos decían: «¿Qué es lo que propala este charlatán?»* (2). *Otros contestaban: «Parece ser predicador de divinidades extranjeras»; porque anunciaba a Jesús y la resurrección. Y tomándole le llevaron al Areópago, diciendo: «¿Podemos saber qué nueva doctrina es esta que enseñas? Pues eso es muy extraño a nuestros oídos, queremos saber qué quieres decir con esas cosas.»* (*Act.*, 17, 18-20.)

411. Del hecho de que Pablo *anunciaba a Jesús y la resurrección* concluyeron aquellos filósofos que era *un predicador de divinidades extranjeras*, y su conclusión no era errónea; si colocaban en un mismo plano a *Jesús y la resurrección*, se debió, seguramente—siguiendo la opinión ya expresada en su tiempo por Juan Crisóstomo (3), a que interpretaron la palabra «resurrección» como el nombre de una diosa. En Atenas existían altares dedicados a la Piedad, a la Modestia, a la Victoria, y hasta a la Contumelia y a la Impudencia, y bien podía un predicador extranjero hablar de una diosa Resurrección. Jesús y Resurrección les parecieron a aquellos filósofos una pareja normal de dioses, varón y hembra, análoga a tantas otras de las que poblaban su panteón. Mahoma cayó más tarde en una falta de comprensión semejante cuando oyó a los cristianos predicar la Trinidad divina del Padre, Hijo y Espíritu; como en árabe la palabra «espíritu» (*ruh*) es femenina, Mahoma creyó que designaba a una mujer, esposa del Padre y madre del Hijo, a la que identificó, además, con la Virgen María (4).

412. De este modo se presentó Pablo en el Areópago. En su origen designaba este nombre una colina situada al occidente de la Acrópolis, y a la que se ascendía desde el ágora por una escalera pendiente, tallada en la roca; en su cima, al aire libre, había tenido su sede el tribunal ateniense competente en homicidios. La leyenda interpretaba este nombre como «colina de Ares», dios del homicidio y de la guerra, equivalente al Marte de los romanos, y significaba tanto como «colina del homicidio»; decía también la leyenda que sobre aquella cima el tribunal de los dioses había juzgado a Ares por un homicidio. En realidad, el nombre había significado en un principio «colina de las Arai», esto es, de las Euménides, porque en las laderas de la colina existía un templo dedicado a estas divinidades, en el que ofrecían sacrificios aquellos a quienes absolvía el tribunal que juzgaba en la cima (Pausanias, I, 28, 6). Pero, después, el nombre de Areópago designó tan sólo el tribunal en sí mismo, aun cuando ya no se reunía en la incómoda cima de la colina, sino abajo, en el ágora, en

---

(1) Nótese que este *y* (*καί*) parece confirmar otros intentos fallidos.

(2) El griego dice σπερμολόγος, por charlatán, lo cual significa etimológicamente *el que recoge la semilla*. Se dijo originariamente de la corneja y de la picaza, a causa de sus costumbres, y después de los pordioseros, que en los mercados recogían los granos perdidos de cereales. En sentido metafórico vino a significar el «recaudador de palabras», esto es, el charlatán, el demagogo y otras personas semejantes; en el caso que nos ocupa parece llevar implícita la afirmación de que Pablo, bien provisto de palabras, carecía, sin embargo, de pensamiento filosófico.

(3) *In Acta Apost. Homil.*, 38, 18.

(4) *Corán*, Sura 5, 116; cf.: 5, 77 y 4, 169: consúltense los comentarios árabes al *Corán* sobre estos pasajes.

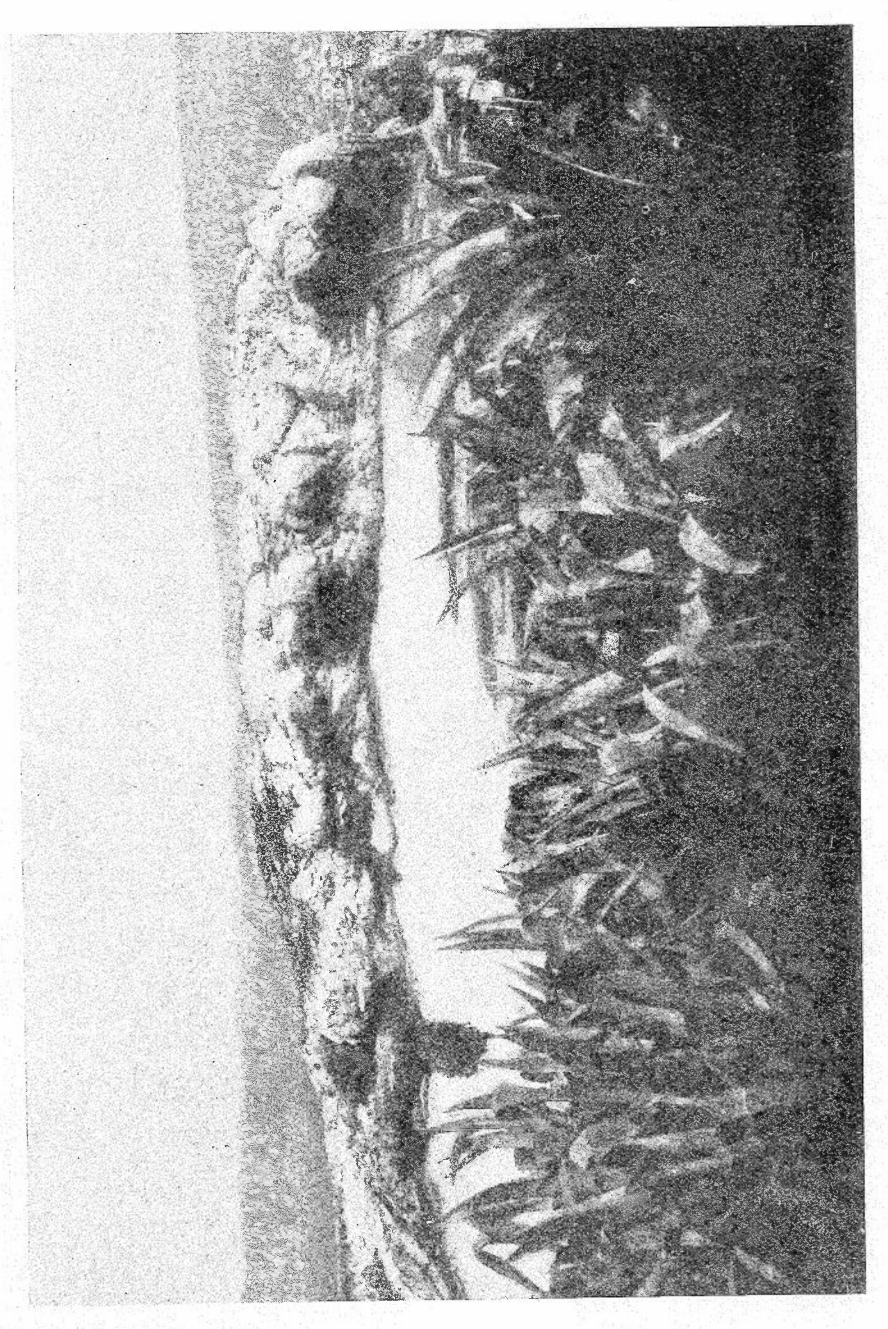


Fig. 85.—EL AREOPAGO DE ATENAS (Foto Alinari).

el Pórtico Regio (*Stoa basileios*). En la época romana la autoridad del tribunal había crecido bajo cierto aspecto, porque se había convertido en un especie de senado, custodio de las antiguas tradiciones ciudadanas, con autoridad para sentenciar sobre cuestiones religiosas, morales y aun culturales. Por Plutarco (*Cicero,* 24) sabemos que Cicerón procuró que el Areópago expresara un voto y un ruego para que el filósofo Cratippos permaneciera en Atenas enseñando a los jóvenes.

413. Es preciso saber, pues, si Pablo se presentó en el Areópago material, o bien en el tribunal moral, esto es, si fué conducido a lo alto de la colina, o bien ante el tribunal, en el ágora. Hay razones justificadas en favor de su presentación ante el tribunal, pero con todo es más probable que fuera conducido a la cima de la colina. El mismo texto, en su sentido obvio, sugiere esta interpretación, cuando dice que «le llevaron *sobre* el Areópago» (ἐπὶ τόν Ἄρειον πάγον). Además, en todo el episodio no aparece la más leve señal de que Pablo fuera oficialmente interrogado por un tribunal, y mucho menos que fuera objeto de un «certificado de impiedad» preciso como el que cuatrocientos cincuenta años antes se adujo contra Sócrates: no hay acusación, ni interrogatorio, ni discusión, ni tampoco sentencia, y Pablo no habla como un acusado ante sus jueces, sino como un particular cualquiera ante otros particulares que desean oirle, y que en un cierto momento le despachan desilusionados y aburridos. Si, pues, aquel grupo de filósofos—no debían ser muchos—condujo a Pablo sobre el Areópago, puede atribuirse el hecho al deseo de encontrarse en un lugar tranquilo, y más apropiado para entregarse a una discusión que el ágora, llena de gentes y voces. Allí, sobre aquella cima, había gradas excavadas en la roca, formando un semicírculo, reservado a los jueces; los oradores, acusador y acusado, se colocaban en el centro sobre dos piedras fronteras. Así sucedió aquella vez: el grupito de filósofos tomó asiento en las gradas. Pablo les habló *puesto en pie en medio del Areópago* (*Act.,* 17, 22). Y he aquí lo que dijo, según el resumen bastante amplio que nos ha transmitido Lucas.

414. *Atenienses, veo que sois sobremanera religiosos; porque, al pasar y contemplar los objetos de vuestro culto, he hallado un altar en el cual está escrito: «Al dios desconocido.» Pues ese que sin conocerle veneráis es el que yo os anuncio. El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que hay en él, ése, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por mano de hombre, ni por manos humanas es servido, como si necesitase de algo, siendo El mismo quien da a todos la vida, el alimento y todas las cosas. El hizo de uno todo el linaje humano, para poblar toda la haz de la tierra. El fijó las estaciones y los confines de los pueblos, para que busquen a Dios, y siquiera a tientas le hallen, que no está lejos de nosotros, porque en El vivimos y nos movemos, y existimos, como algunos de vuestros poetas han dicho: «porque somos linaje suyo». Siendo, pues, linaje de Dios, no debemos pensar que la divinidad es semejante al oro, o a la plata, o a la piedra, obra del arte y del pensamiento humano. Dios, disimulando los tiempos de la ignorancia, intima ahora en todas partes a los hombres que todos se arrepientan, por cuanto tiene fijado el día en que juzgará a la tierra con justicia, por medio de un*

Hombre, a quien ha constituído juez, acreditándole ante todos por su resurrección de entre los muertos. (*Act.*, 17, 22-31.)

Los que se habían reunido en el Areópago le escucharon, bien que mal, hasta este punto; pero cuando oyeron hablar de la resurrección de los muertos se dieron cuenta de que estaban perdiendo el tiempo. Por esto algunos, probablemente los epicúreos, se echaron a reír y se mofaron de Pablo; otros, tal vez los estoicos, le dijeron con cierta ironía: «Bien, bien; pero *sobre este punto te oiremos en otra ocasión* (ibíd., 32). Y de este modo se disolvió la asamblea.

415. Pablo, que se hacía griego con los griegos, y judío con los judíos, para ganarlos todos a Cristo (*I Cor.*, 9, 20-23), se había acercado esta vez lo más posible a la mentalidad de los griegos para hacerles aceptar su doctrina. Su discurso, en efecto, tiene una entonación distinta de aquellos que dirigía a los judíos, por ejemplo, de aquel que pronunció en la sinagoga de Antioquía de Pisidia (§ 332); en éste no alude a ningún hecho de la Biblia, y en cambio cita a un poeta pagano, Arato (§ 232); no aduce la revelación del Antiguo Testamento y habla, en cambio, del conocimiento de Dios mediante la sola razón humana, como habían hablado diversos filósofos griegos, y como Sócrates—más o menos en aquel mismo lugar—había atestiguado con su muerte. Además, precisamente al comienzo del discurso se nota la *captatio benevolentiae* habitual entre los antiguos oradores, cuando Pablo dice haberse dado cuenta de que los atenienses son *sobremanera religiosos* (ὡς δεισιδαιμονεστέρους); afirmación que se halla, no sólo en varios escritores griegos (Sófocles, Isócrates, etc.), sino también en el judío Flavio Josefo (*C. Apion.*, II, 130). Análogamente, conforme a la costumbre oratoria se emplea la nota tomada de la actualidad, cuando se recuerda el ara vista en una calle de Atenas con la inscripción «Al dios desconocido».

416. Pausanias atestigua en realidad (I, 1, 4) que a lo largo del camino del puerto de Falero a Atenas había varios altares dedicados a los dioses desconocidos, y otros escritores antiguos recuerdan en diversos lugares altares semejantes, pero con inscripciones en plural. Jerónimo afirma resueltamente—no sabemos sobre qué base—que la inscripción que Pablo había visto no estaba en singular, sino en plural, y que, sin embargo, Pablo la citó en singular para el fin que buscaba (1).

Pero existían también inscripciones dedicadas a un solo dios, que por una razón cualquiera no hubiera sido bien identificado; Diógenes Laercio casi atestigua una de ellas (*Epimen.*, I, 10); y una ha sobrevivido hasta nuestros días en un ara del Palatino en Roma. El texto de este ara es el siguiente: *Sei Deo Sei Deivae Sac*(*um*) - *C. Sextius C*(*aii*) *F*(*ilius*) *Calvinus Pr*(*aetor*) - *De Senati* (*sic*) *Sententia* - *Restituit.* El ara existente hoy es, pues, una renovación o sustitución de la anterior, hecha por orden del Senado. El C. Sestio Calvino, que se ocupó de esta sustitución,

(1) *Inscriptio arae non ita erat, ut Paulus asseruit: Ignoto Deo, sed diis Asiae et Europae et Africae, diis ignotis et peregrinis; verum quia Paulus non pluribus diis indigebat ignotis, sed uno tantum ignoto deo, singulari verbo usus est; ut doceret illum suum esse deum, quem Athenienses in arae titulo praenotassent, et recte scientes colere deberent quem venerabantur et nescisse non poterint* (in *Titum*, I, 12).

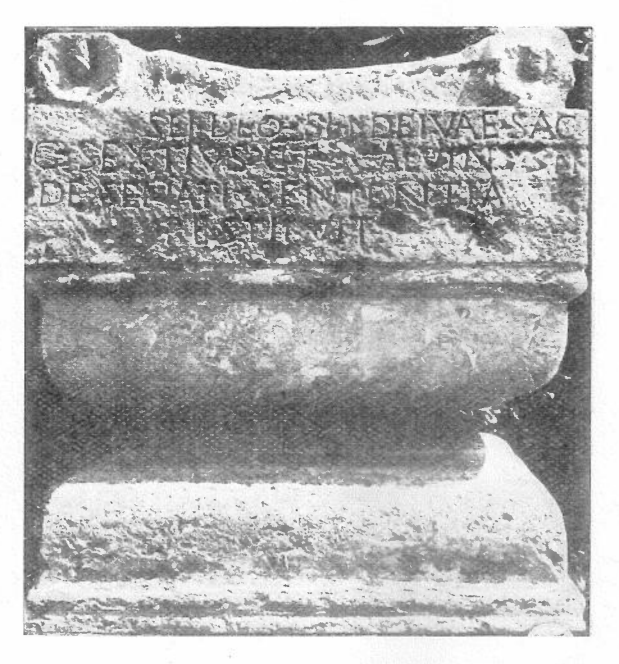


Fig. 86.—ARA DEL PALATINO DEDICADA AL DIOS IGNOTO
(Foto *Direzione Palatino*)

es probablemente el hijo de aquel Calvino que fué cónsul en 124 a. de C.; y, en efecto, los caracteres de la inscripción la atribuyen al año 100 a. de C. Aquí tenemos, pues, una sola divinidad, no se sabe si dios o diosa, a la que en Roma, en tiempo de la república, se le dedicó un ara por razones que nos son desconocidas.

417. La argumentación del discurso de Pablo quiere demostrar que Dios, autor de todas las cosas y de todos los hombres, puede y debe ser conocido por todos los hombres; y esto por cuanto los hombres comprenden su propia razón observando sus obras; porque Dios no está alejado, sino próximo a todos los hombres, y éstos viven casi inmersos en él como peces en el mar. Podrían hallarlo como las personas que, con los ojos vendados, *van a tientas* (ψηλαφήσειαν) buscando a un desconocido que pasa junto a ellas, hasta que lo *encuentran,* cogiéndolo y reconociéndolo. Pero, en la realidad histórica este hallazgo de Dios por parte de los hombres no ha sucedido; en cambio, han sucedido trueques de personas, errores en la identificación, y los hombres han tomado por el Dios verdadero estatuas de oro, de plata y de piedra, y así han transcurrido sobre el género humano *los tiempos de la ignorancia.*

En este punto, Pablo, abandonando el campo de la razón natural, entra en el de la revelación sobrenatural, y anuncia que Dios ha mandado a todos los hombres *que hagan penitencia,* esto es, que cambien de modo de pensar (μετανοεῖν) (1). La razón de esta invitación es que Dios *juzgará a la tierra con justicia,* mediante un hombre destinado a este oficio; y para que la autoridad de este hombre en este oficio fuera clara y notoria, Dios le otorgó las credenciales oportunas con *su resurrección de entre los muertos.* A partir de este punto, Pablo habría continuado ciertamente nombrando y presentando a este hombre desconocido, esto es, al Mesías Jesús; pero, como sabemos, sus auditores no quisieron saber más.

418. No es de extrañar que muchos eruditos modernos no quieran saber nada del discurso del Areópago, algunos de los cuales, como Wi-

---

(1) Cf.: *Vida de Jesucristo,* § 266.

lamowitz y Norden, fueron insignes filólogos clásicos, pero no tan insignes conocedores del pensamiento religioso judío; los otros, por el contrario, pertenecen al grupo de eruditos neotestamentarios, para los cuales el progreso de la ciencia lo constituye esencialmente la negación de documentos; no hace falta decir que entre estos últimos se halla incluído Loisy (§ 139). Para éstos, el discurso se inventó a comienzos del siglo II, y el inventor debió inspirarse en una mención que hace Filostratos en la vida de Apolonio de Tiana (VI, 3), a la que se añadieron algunos concepto estoicos. Por otra parte, muchos eruditos de gran nombre y racionalistas, empezando por Harnack (1), se han pronunciado en favor de la autenticidad del discurso, mostrando qué frágiles son las razones aducidas en contra y qué problemáticas las conclusiones que de ellas se deducen, y, en realidad, la opinión acerca de la autenticidad halla cada día secuaces más numerosos.

419. En resumen, el discurso del Areópago fué un fracaso para Pablo. Causas secundarias suyas serían la dureza de su fraseología griega y el modo de exponer del orador, lento y premioso, cosas que ciertamente no predisponen en favor suyo a un auditorio meticuloso; pero la razón decisiva fué el elemento sobrenatural, que desconcertó a los oyentes apenas fué pronunciado. Esperaban oír razonamientos llenos de sabiduría, y, en cambio, oían fábulas de viejas con resurrecciones de muertos. Todo esto no era serio y ni siquiera valía la pena de ser discutido.

Pues bien: meditando sobre ello, al cabo de diecinueve siglos es preciso reconocer desapasionadamente que las cosas siguen lo mismo. Dejando a un lado el discurso, los críticos racionalistas hoy aceptan casi todas las afirmaciones de los *Hechos* y del epistolario paulino, con tal de que no impliquen objetivamente un elemento sobrenatural; mas apenas se enuncia este elemento imitan la actitud de los areopagitas. Hay, sin embargo, una diferencia: que entonces las circunstancias obligaron a Pablo a interrumpir su discurso, mientras que hoy, al cabo de diecinueve siglos, continúa ininterrumpido este discurso, más amplio, dirigido a todo el mundo; si, además de los mencionados críticos, hay otros muchos hombres que no quieren escucharle, él no se asombra, porque ya ha previsto con toda precisión este fracaso parcial de su prédica mundial: *Porque los judíos piden señales, los griegos buscan sabiduría; mientras que nosotros predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos, locura para los gentiles... Porque la locura de Dios es más sabia que los hombres, y la flaqueza de Dios, más poderosa que los hombres (I Cor.,* L, 22, 25). Es posible que Pablo, cuando escribía estas palabras, pensara en el resultado de su discurso en el Areópago; ciertamente él no lo consideró un fracaso, sino que lo apuntó en la lista de sus «victorias», junto a la lapidación de Listra (§ 345), la flagelación de Filipos (§ 388) y las diversas fugas que pusieron término a sus misiones precedentes. Eran las victorias paradójicas del Sermón de la montaña (§§ 337, 385, 405). Y así, hoy todavía sigue y seguirá siem-

(1) *Ist die Rede des Paulus in Athen ein ursprünglicher Bestandteil der Apostelgeschichte?*, en *Texte u. Untersuch*, 39, I, Leipzig, 1913.

pre anunciando *la locura* de *Jesús crucificado* en vez de la sabiduría que de él esperaban los hombres; a su vez, esta *sabiduría* rechazará aquella *locura* y proclamará su fracaso; pero Pablo seguirá consignando en la lista de sus victorias estos ruidosos fracasos, demostrando con los hechos que su *locura* no falla y no disminuye jamás. Es el canon fundamental de la historia del cristianismo.

420. A pesar de todo, su estancia en Atenas dió a Pablo un pequeño fruto: *Algunos se adhirieron a él y creyeron, entre los cuales estaban Dionisio areopagita y una mujer de nombre Damaris y otros más (Act.,* 17, 34). En resumen, pocas personas y por completo aisladas. De todas ellas, la más insigne era este Dionisio, que, llamado *Areopagita,* debía formar parte del tribunal homónimo (§ 412); pero no sabemos nada más de él. En el siglo II afirma Dionisio de Corinto que su homónimo Areopagita había sido el primer obispo de Atenas (en Eusebio, *Hist. Eccle.,* III, 4, 10; IV, 23, 3); a fines del siglo V un escritor agudo publicó bajo el nombre de Areopagita algunos escritos, manteniendo su ficción con cierta habilidad.

El minúsculo grupo de conversos fué un puñado de simiente para la futura iglesia de Atenas, pero la semilla germinó lenta y escasamente. Parece que Pablo, después de esto, se desinteresó totalmente de Atenas; tenemos pocas noticias y oscuras con respecto a los progresos que hizo allí el cristianismo en los siglos posteriores, mientras es seguro que en el siglo IV Atenas era todavía en su mayor parte pagana. La causa de esta lentitud debe buscarse, sin duda, en el carácter de la ciudad, que seguía siendo una academia llena de antiguas glorias, pero vacía de herederos dignos de aquella gloria; se charlaba de Sócrates, pero no se imitaba su vida, y mucho menos su muerte; se sofisticaba sobre Platón y Aristóteles, pero sin penetrar en su pensamiento; se era plenamente indiferente hacia todo lo demás y se estaba seguro de la propia superioridad; en fin, se llenaba la vida ociosa con la práctica de teorías hedonistas.

Jamás encontró Pablo en parte alguna un obstáculo mayor que este indeferentismo. Le agradaban las envidias de los judíos; le alegraban las violencias de los paganos; pero la indiferencia inerte de los atenienses le enervó, como el piloto experto que se mantiene firme ante la furia de una tempestad, pero se abate ante una calma chicha.

Por esto, poco después abandonó Atenas y se trasladó a Corinto. Debía ser en la primavera y el verano del año 51.

421. Corinto.—Si Pablo en su breve viaje de Atenas a Corinto hizo un balance moral rápido de su propia situación, su mente se habrá dirigido espontánea al episodio bíblico de David, que marchó a enfrentarse con el gigante Goliat. Un adolescente inerme, provisto tan sólo de una honda de pastor y un puñado de piedras, que marcha a atacar a un hombre dos veces más alto que él y recubierto por entero de hierro y de armas.

En primer lugar, Pablo estaba bajo la impresión del fracaso de Atenas, el cual, aun interpretado de un modo optimista, con arreglo a los paradójicos principios del sermón de la montaña (§ 419), seguía siendo

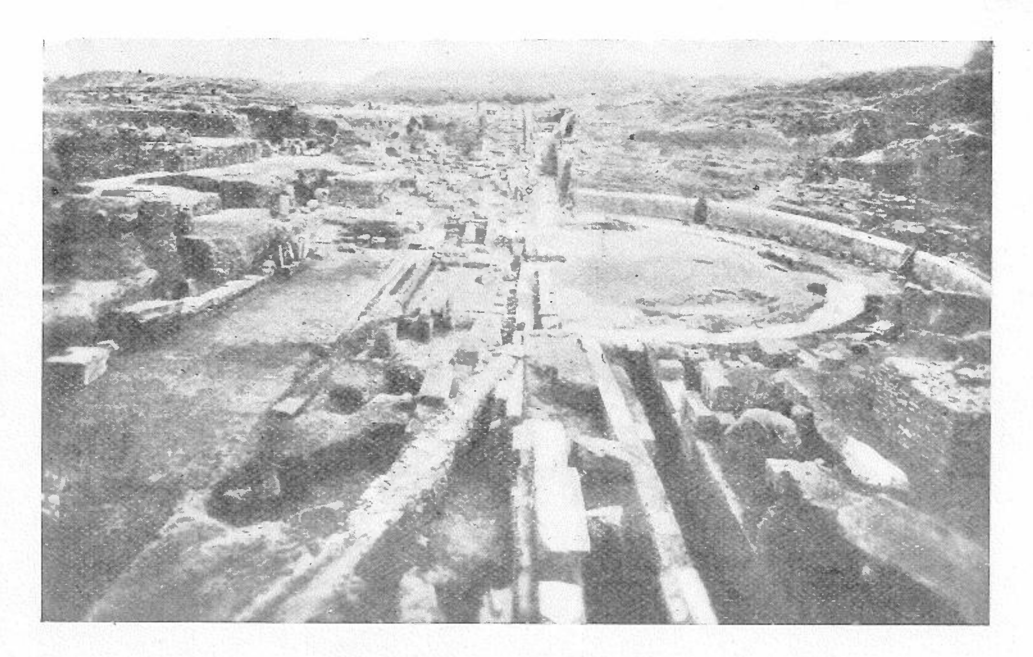


Fig. 87.—CORINTO: RUINAS DEL TEATRO
(de la *Enciclopedia Italiana*)

un fracaso. Además, conocía Corinto por la fama, y sabía muy bien lo que allí le esperaba. Se iba a presentar como heraldo del Mesías Jesús en una ciudad que tenía ya una religión cordialmente práctica, basada sobre dos divinidades bien definidas, el dios Dinero y la diosa Lujuria. El dios Dinero se adoraba en las tiendas y demás edificios de los dos puertos de Corinto (§ 41-42), en donde no se atendía más que a recibir o despachar mercaderías de todo género y de todas partes del mundo. Colega de este dios era la diosa Lujuria, que se adoraba en la ciudad por todas partes; el verdadero templo de Afrodita, en la cima del Acrocorinto, estaba servido por más de mil prostitutas (§ 41), alojadas en edificios deliciosos, adyacentes al templo. El apelativo que se atribuía a la diosa moradora del lugar tenía un significado exacto, Afrodita *Pandemos,* esto es, «de todo el pueblo». Afluían al templo y a sus dependencias y prodigaban enormes riquezas no sólo los ricos mercaderes del puerto y demás ciudadanos, sino extranjeros de regiones lejanas, atraídos por la fama de tan refinados placeres. Por todos lados imperaban la lascivia, la lujuria, las pasiones sin freno alguno, antes bien con ostentación. La lengua griega había reflejado este ambiente creando el verbo «corintizar» y el apelativo «muchacha corintia» para designar aquel género de vida y a aquellas que lo compartían; como así también había salido la expresión «morbo corintio» para designar las consecuencias patológicas de aquella vida. Pero ni siquiera esta última expresión amedrentaba a los adoradores de la diosa, como tampoco les asustaba el monumento erigido en la acrópolis a una famosa hieródula, Laides, representada como una leona que despedaza y devora a su presa *(Pau-*

sanias, II, 2). No se preocupaba uno ni de la salud ni del dinero con tal de servir a la diosa, como proclamaba con toda franqueza aquel romano que hizo inscribir en su tumba: *Balnea vina venus corrumpunt corpora nostra, sed vitam faciunt balnea vina venus* (1).

422. En una ciudad de esta índole Pablo se atrevía a presentarse gritando: *¡Felices los pobres!... ¡Felices los puros!...* Pero ¿qué pretendía el pequeño David, inerme, frente al gigante Goliat cubierto de hierro? ¡Todo lo más un nuevo fracaso, como el de Atenas! A pesar de todo, Pablo se atrevió, porque sabía que en una ciudad como Corinto hallaría corrupción, mas no el orgullo de Atenas. Temía Pablo más la soberbia del espíritu que la de la carne; contra la de la carne tenía la medicina de los carismas, pero contra la soberbia del espíritu los carismas eran mucho menos eficaces, porque culminan en la caridad (§ 225), mientras la soberbia del espíritu reniega de la caridad.

423. Este presunto domeñador de la ciudad, al entrar en Corinto, se hallaba en lastimosas condiciones morales y materiales. Materialmente no tenía medios de subsistencia, fuera de sus manos encallecidas en el telar, que habían estado ociosas durante algún tiempo debido a los desplazamientos continuos y tal vez por los ataques de su misteriosa enfermedad; se hallaba en gran indigencia y padeció hambre *(I Cor.,* 4, 11), hsta que le llegaron auxilios de la comunidad de Macedonia, que hubo de aceptar forzado por la necesidad *(II Cor.,* 11, 8-9), mientras se mantuvo independiente de su nuevo campo de trabajo, no aceptando de él el más mínimo socorro. Moralmente sufría, entre otras razones, por falta de noticias sobre la comunidad de Macedonia; estaba intranquilísimo por la suerte de sus queridos neófitos, expuestos a tantas tribulaciones, y les había enviado a Timoteo y a Silas desde Atenas, quedándose él solo (§ 406), pero ni habían vuelto los enviados ni había noticias suyas.

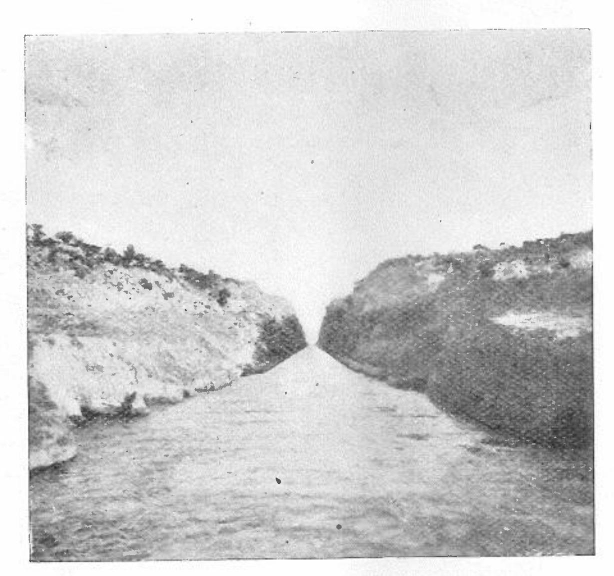


Fig. 88.—EL CANAL DE CORINTO

Su balance, pues, era totalmente n e g a t i v o en el cuerpo y en el espíritu; no le quedaba más que Jesucristo, y, confiando tan sólo en El, entró en Corinto. Más tarde, recordando su entrada, dirá a los corintios: *Yo, hermanos, l l e g u é a anunciaros el testimonio de Dios no con sublimidad de elocuencia o de sabiduría, que nunca entre vosotros me*

(1) Cf.: *Vida de Jesucristo,* § 144.

precié de saber cosa alguna, sino a Jesucristo, y éste crucificado. Y me presenté a vosotros en debilidad, temor y mucho temblor; mi palabra y mi predicación no fué en persuasivos discursos de humana sabiduría, sino en la manifestación y el poder del Espíritu (*I Cor.*, 2, 1-5). El fracaso del intento «oratorio» de Atenas había dirigido a Pablo cada vez más a los únicos medios sobrenaturales; nada de oratoria ni de destellos de sabiduría, aun cuando se empleen en la difusión de la Buena Nueva; tan sólo *Jesucristo, y éste crucificado,* únicamente aquel que era *escándalo para los judíos y locura para los gentiles.*

424. Al poco tiempo de haber entrado en Corinto, Pablo encontró un primer apoyo material. Acababan de llegar, procedentes de Roma, los esposos Aquila y Priscilla (§ 157), y se habían establecido allí provisionalmente, tal vez con la esperanza de poder regresar a Roma (cf. *Rom.*, 16, 3); como Pablo *era del mismo oficio que ellos, se quedó en su casa y trabajaban juntos, pues eran ambos fabricantes de tiendas (Act.,* 18, 3). Aquila era del Ponto y judío de nacimiento; su nombre, siendo latino, debió sustituir a uno hebreo, o venir después de él. El nombre de su mujer, Priscila, es el diminutivo de Prisca, única forma del nombre que emplea Pablo *(Rom.,* 16, 3; *I Cor.*, 16, 19; *II Tim.*, 4, 19), y que es también un nombre latino. Verosímilmente, los dos esposos eran cristianos ya en esta época, habiéndose convertido en Roma. Forzados por las circunstancias a una vida casi nómada, Aquila y Pris-

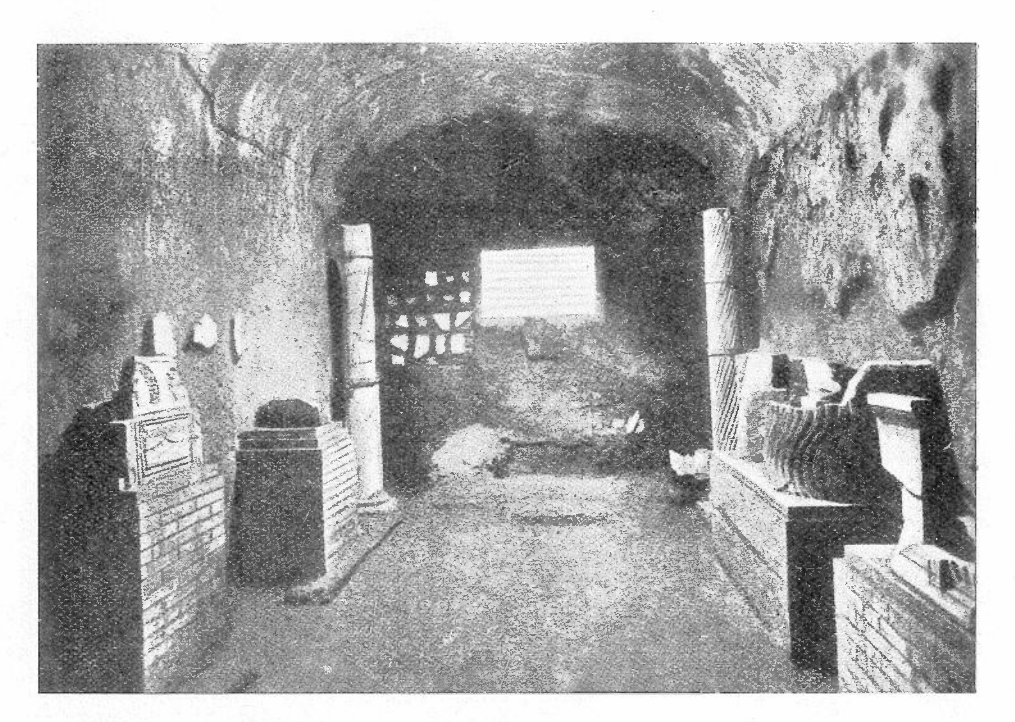


Fig. 89.—HIPOGEO DE LOS ACILII
(Instituto Pontificio de Arqueología Cristiana).

cila pasarán más tarde a Efeso, y después volverán a Roma para tornar de nuevo a Efeso.

No tenemos de ellos más noticias que las que da el Nuevo Testamento. Algunos códices del texto «occidental» (§ 119, nota) añaden la noticia de que Aquila era de la misma tribu que Pablo (*Act.*, 18, 3). No existen en las catacumbas de Roma las mencionadas alusiones a los dos personajes; se conserva la siguiente inscripción en el hipogeo de los Acilii (¿Aquila?) en las catacumbas de Priscila: *M. Acilus V(erus?) c(larissimus) v(ir)... Priscilla c(larissima femina);* pero como la inscripción es del siglo II de C. y el hipogeo pertenecía a la familia senatorial de los Acilii, no es posible establecer relación alguna entre la *clarissima femina* de la inscripción y la mujer de un fabricante de tiendas (1).

425. Pablo, pues, encontró alojamiento y trabajo junto a este matrimonio, y fué para él un consuelo también moral, porque aquella amistad afectuosa le sacó de la soledad en que se hallaba, tanto más cuanto que sus huéspedes eran personas enérgicas y trabajadoras *(Rom.*, 16, 3-4) y probablemente dotadas de una cultura poco común. A Pablo le basta esta instalación provisional para volver a emprender su trabajo espiritual, que le importaba sobre todo. Los judíos en Corinto eran muy numerosos. Les atraía el comercio; tenían una sinanoga, donde acudían también los paganos afiliados al judaísmo, que, asqueados de la corrupción moral de la ciudad, buscaban una atmósfera más respirable en la religión monoteísta y en la moral pura de Israel. Pablo, siguiendo su norma perpetua, *los sábados disputaba en la sinagoga, persuadiendo a los judíos y a los griegos (Act.*, 18, 4).

La llegada de Silas y de Timoteo, procedentes de Macedonia, le produjo un gran contento (§ 406). Traían buenas noticias de la comunidad aquella y además el socorro que enviaba a su querido maestro; las buenas noticias alentaron a Pablo, y el socorro le liberó un poco de su telar cotidiano, dejándole más tiempo para la predicación pública y las conferencias privadas. Renovado de este modo y asistido ahora por Silas y Timoteo, Pablo intensificó sus esfuerzos *testificando a los judíos que Jesús era el Mesías* (ibíd., 5).

Pero los resultados debieron ser mezquinos, y como reacción provocaron la resistencia agresiva de la mayoría: *Como éstos le resistían y blasfemaban, sacudiendo sus vestiduras les dijo: «Caiga vuestra sangre sobre vuestras cabezas; limpio soy yo de ella. Desde ahora me dirigiré a los gentiles»* (ibíd., 6. La escena no es nueva, porque ya vimos la primera de la serie en Antioquía de Pisidia (§ 337), con la única diferencia de que allí Pablo se sacudió el polvo de sus sandalias, y aquí, en cambio, sus vestidos; pero el significado moral y todo lo demás es idéntico.

426. Liberado ahora ya de su deber hacia los judíos, Pablo ins-

(1) Con respecto a las relaciones del *titulus Priscae* (o *Aquila et Priscae*) en el Aventino, en Roma, con nuestros dos personajes. Cf.: O. Marucchi: *Pietro e Paolo a Roma*, 4.ª ed. a cura di C. Cecchelli, Torino, 1934, p. 138-139; C. Cecchelli: *Gli Apostoli a Roma*, Roma 1938, p. 70, 72.

taló sus reales allí cerca. Tizio Justo, un pagano afiliado al judaísmo y probablemente miembro de la colonia romana local, le ofreció su casa, contigua a la sinagoga. Pablo aceptó, y a partir de entonces celebró allí sus reuniones, a las cuales concurrieron también judíos, pero muchos más paganos, y dieron fruto inmediatamente; Crispo era archisinagogo (1) y se convirtió con toda su familia, así como también muchos paganos. Pablo recuerda ocasionalmente algunos nombres de estos primeros neófitos: un tal Esteban, con su familia, fué *la primicia de Acaya,* y Pablo le bautizó él mismo, aun cuando, por lo general, él no bautizaba *(I Cor.,* I, 16-17; 16, 15); también fueron bautizados por él el mencionado Crispo, y aquel Gayo que más tarde le hospedó *(Rom.,* 16, 23). Se recuerda, sin más, a un Fortunato y a un Acaico *(I Cor.,* 16, 17); debieron estar también entre los primeros conversos Erasto *(Rom.,* 16, 24), tesorero de la ciudad; Tercio, que hizo de amanuense de Pablo, cuando éste le dictó la carta a los *Romanos* (§§ 180, 185) y otros. También se convirtieron muchas mujeres, y entre ellas se menciona una tal Cloe, que parece era el jefe de una familia poderosa *(I Cor.,* I, 11), y, sobre todo, *Febe,* que era diaconisa de la comunidad que se constituyó en el puerto corintio de Cirene (§ 41), y asistió materialmente a muchos hermanos, incluso a Pablo mismo, y, según todas las probabilidades, fué ella quien llevó de Corinto a Roma la carta a los *Romanos* (cf. *Rom.,* 16, 1-2). Algunas alusiones dan a entender que muchos de estos neófitos se pusieron bien pronto al lado de Pablo, para ayudarle en su ministerio evangélico y en las varias obras de organización.

427. Pero en su mayoría eran de condición social humilde o incluso esclavos, clase muy numerosa en Corinto *(I Cor.,* 1, 26; 7, 21; 12, 13); por esto era natural que, crecidos entre la escoria social de una ciudad corrompidísima, se resintieran mucho de la mentalidad y costumbres en que habían sido formados, aun después de su conversión. Pablo se lo dirá más tarde con palabras muy francas, pero que no asombrarán a quienes ya conocen la podredumbre moral de aquel Corinto (§ 421): *No os engañéis: ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los sodomitas, ni los ladrones, ni los avaros, ni los ebrios, ni los maldicientes, ni los rapaces, poseerán el reino de Dios. Y algunos esto érais, pero habéis sido lavados; habéis sido santificados; habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesucristo y por el Espíritu de nuestro Dios (I Cor.,* 6, 9-11). Para encaminar por la buena senda a semejante rebaño, Pablo hubo de trabajar dura y largamente; pero las viejas costumbres estaban tan arraigadas, que años más tarde hubo de intervenir por carta, a fin de corregir abusos morales, que eran verdaderamente graves, pero que no por esto parecían menos naturales a aquella gente de vicios inveterados (§§ 474, 479, 481 y siguientes).

428. Todo este trabajo de purificación no podía dejar de suscitar odios y persecuciones. Hoy era la muchacha sustraída a su amante, mañana el marido vuelto a la mujer, otro día un adolescente apartado del

(1) Cf.: *Vida de Jesucristo,* § 64.

nefasto ejemplo de su familia, y casos semejantes; por esto los descontentos fueron muchos, y, heridos en lo más vivo, no se contentaron con protestas verbales, sino que pasaron a las persecuciones. Para ello encontraron aliados espontáneos en los judíos de la antigua sinagoga, los cuales, rabiosos por la conversión del archisinagogo Crispo, veían con malos ojos el gran trajín que había en la casa de Tizio Justo, desde que en ella se había instalado el herético Pablo. Exteriormente, pues, persecuciones conjuntas de judíos y paganos; interiormente, ola tras ola de fango, y fango del más humillante y vergonzoso; he aquí la situación en que se halló Pablo en Corinto al cabo de algunos meses de labor.

Su inmensa angustia se halla apenas mencionada en una de sus cartas *(I Tes.,* 3, 7), el relato de los *Hechos* la omite totalmente, mientras refiere, en cambio, su liberación; se diría que el médico Lucas omita la enfermedad para tratar sólo de la medicina curativa, y como ésta fué precisamente una visión, se comprende que el estado de Pablo era tal que le abrumaba y llenaba de aprensiones. *Por la noche dijo el Señor a Pablo en una visión: «No temas, sino habla y no calles; yo estoy contigo y nadie se atreverá a hacerte mal, porque tengo yo en esta ciudad un pueblo numeroso (Act.,* 18, 9-10).

Verdaderamente, mirando con ojos humanos, aquel *pueblo numeroso* no se veía por ninguna parte en Corinto; se veían, en cambio, numerosos fornicadores, adúlteros, sodomitas y, para decirlo con palabras de Dante, *ruffian, baratti e simili lordura (Inferno,* XI, 60). ¿Eran precisamente éstos los destinados a ser secuaces de Cristo? Pablo, como su progenitor Abraham, *contra toda esperanza, creyó que había de ser padre de muchas naciones (Rom.,* 4, 18); confiando en la visión que había tenido, se sintió seguro de llegar a ser el padre espiritual de un *pueblo numeroso,* y continuó su labor con ardor renovado, permaneciendo en Corinto todavía dieciocho meses (§ 158).

429. Siendo Corinto un gran centro comercial, la Buena Nueva irradió de allí a los distritos circundantes. Tenemos noticias de una comunidad que surgió en Cencrea, que era, de los dos puertos de Corinto, el más distante de la ciudad (§ 41); más vaga, pero más significativa es la noticia de que podían hallarse cristianos en *toda Acaya (II Cor.,* 1, 1), sin que sepamos cuántos ni dónde estaban.

Los carismas, que en esta fundación se dispensaron con profusión y poder extraordinarios, ayudaron grandemente a Pablo para liberar a los primeros catecúmenos de Corinto de sus hábitos morales y para darles espiritualidad cristiana. Ya hablamos detenidamente de los carismas (§ 21 y siguientes), y aquí sólo recordaremos nuevamente que Pablo es el escritor antiguo que habla más de ellos, y sobre todo en la primera carta a los *Corintios,* escrita pocos años después de la fundación de esta comunidad; en las noticias que nos da acerca de los carismas descubrimos un rayo de luz que nos permite, en parte, vislumbrar la vida espiritual de la comunidad de Corinto y, por analogía, la de las demás comunidades cristianas de la época.

430. LAS DOS CARTAS A LOS TESALONICENSES.—Mientras Pablo estaba personalmente en Corinto, su mente se hallaba al mismo tiempo en otro lugar. Recitando a los corintios la lista de sus tribulaciones (§ 168), recordará que, además de los trabajos externos, están *mis cuidados de cada día, la preocupación por todas las iglesias. ¿Quién desfallece que no desfallezca yo? ¿Quién se escandaliza que yo no me abrase?* Evangelizando con todo su ardor Corinto, pensaba al mismo tiempo en sus comunidades de Pisidia, Licaonia, Galacia, Macedonia, preocupado por ellas y oyendo ávidamente las noticias que a veces le llegaban de aquellos puntos. Timoteo trajo noticias de Tesalónica cuando arribó al fin a Corinto (§ 425), y he aquí, en resumen, lo que refirió.

Las cosas, en conjunto, iban bien por allá. Los neófitos se mantenían firmes en su fe, a pesar de estar expuestos a diversas tribulaciones; conservaban, además, gran afecto a Pablo, y estaban deseando volver a verle, si bien había salido quien le denigrara tratándole de ambicioso, adulador y astuto aprovechado. Sin embargo, sobre este fondo tan luminoso había algunas sombras. Aquí y allí se vislumbraban restos de antiguas costumbres paganas, especialmente en lo que concernía la fornicación y los fraudes. Más grave era aún la espera de la parusia (§ 402); los tesalonicenses se habían formado la idea, en general, de que la venida de Cristo glorioso iba a suceder en brevísimo tiempo, y se regían, efectivamente, con arreglo a esta opinión. Por esto muchos se habían abandonado a una inercia absoluta, motivada por la indiferencia que sentían hacia todas las ocupaciones de la vida cotidiana; otros, en cambio, estaban muy afligidos por la muerte de algunos familiares suyos ocurrida en este tiempo, considerando que estos queridos difuntos se hallarían en condiciones de inferioridad en el gran día de la parusia, puesto que no participarían, como ellos, que aun vivían, en el gran triunfo de Cristo glorioso.

431. Cuando Pablo oyó estas noticias se consoló pensando en la constancia y fidelidad de aquellos neófitos, pero se sintió tanto más atormentado por las ideas que mostraban acerca de la parusia. Se hubiera puesto en camino inmediatamente para llegar junto a ellos y explicarles bien cómo estaban las cosas en este respecto. Pero ¿cómo ausentarse de Corinto? ¿Cómo interrumpir un trabajo que parecía tan prometedor? No había sino llegar a Tesalónica espiritualmente, escribiendo una carta para darles los consejos que las circunstancias pedían. Esta fué la decisión que tomó Pablo, que escribió su primera carta a los *Tesalonicenses,* que es el primero de sus escritos que existe en el Nuevo Testamento. Fué entre finales del año 51 y principios del 52.

He aquí, pues, que Pablo, acabadas las diversas ocupaciones del día, ya de noche, se entrega a la labor de preparar materialmente la carta. Ya sabemos que el texto de *I Tesalonicenses* necesitó diez folios de papiro y consumió más de veinte horas de escritura (§ 177), lo cual significa que durante doce noches—dedicando a la labor un par de horas cada noche—Pablo estuvo en un rincón de su taller de tejedor buscando palabras, afinando frases, que lentamente dictaba al amanuense; éste, sentado en el suelo, en un ángulo, tenía sobre las rodillas, juntas, una tableta de escritor, y a la luz de un candil trazaba pacientemente

las letras sobre el papiro, a medida que Pablo las iba pronunciando. Aguzando la mirada en aquella débil claridad del candil, fácilmente reconocemos en el amanuense a uno de los dos compañeros de Pablo, Timoteo o Silas (Silvano), ambos mencionados al comienzo de la carta; es probable que, para aliviar la tarea, muy gravosa, ambos alternaran en noches o en horas (§ 180). He aquí un resumen de la carta.

432. Después del habitual saludo de rigor (§ 181), Pablo expresa sus afectuosos sentimientos hacia los destinatarios de la carta y se alegra de su conducta ejemplar. Pasa de aquí a evocar los comienzos de su ministerio entre ellos, alaba su constancia en las tribulaciones y se dice desesperado de no poder volver a verles, aun cuando lo desea ardientemente; recuerda que les envió a Timoteo desde Atenas, precisamente por el ansia que sentía respecto a ellos, y expresa el consuelo que le han proporcionado las buenas noticias que le ha traído Timoteo. Les exhorta a que vivan santamente, huyendo de la fornicación, de la mentira y de la pereza.

En cuanto a los familiares que han muerto desde entonces, que los tesalonicenses no se apenen, porque, así como Jesús murió y después resucitó, así los fieles muertos en él le seguirán. *Esto os decimos como palabra del Señor: que nosotros los vivos, los que quedamos para la venida del Señor, no nos anticiparemos a los que se durmieron; pues el mismo Señor a una orden, a la voz del arcángel, al sonido de la trompeta de Dios, descenderá del cielo, y los muertos en Cristo resucitarán primero; después, nosotros, los vivos, los que quedamos, junto con ellos, seremos arrebatados en las nubes, al encuentro del Señor en los aires, y así estaremos siempre con el Señor. Consolaos, pues, mutumante, con estas palabras* (*I Tes.*, 4, 15-18).

433. Hasta aquí Pablo ha descrito el aparato escénico de la parusia, empleando los términos tradicionales del Antiguo Testamento, que se hallan también en el sermón escatológico de Jesús (1), y situándose a sí mismo en la categoría de los supervivientes en espera de la parusia por la razón evidente de que aun estaba vivo, con lo cual intentaba calmar el ansia de los tesalonicenses, asegurándoles que cuando venga la parusia los difuntos y los vivos se hallarán en condiciones de igualdad con respecto a la participación en la gloria. Después de esto Pablo trata del tiempo en que acontecerá la parusia; y también la separación de ambas cosas—tiempo y modo de la parusia—tiene su precedente en el sermón escatológico, en el que Jesús había tratado primero de las señales que precederán a la «gran tribulación» y la parusia, y después del tiempo en que ésta acontecerá.

Pablo se expresa así sobre este nuevo tema: *Cuanto al tiempo y a las circunstancias, no hay, hermanos, por qué escribir. Sabéis bien que el día del Señor llegará como el ladrón en la noche. Cuando se dicen: «Paz y seguridad», entonces, de improviso, le sobrevendrá la ruina, co-*

(1) Cf.: *Vida de Jesucristo*, § 527. Para las relaciones entre la carta a los *Tesalonicenses* y la primera catequesis cristiana, véase J. B. Orchard: *Tesalonian and the synoptic Gospels*, en *Biblica*, 1938, p. 19-42.

mo los dolores del parto a la preñada, y no escaparán (ibíd., 5, 1-2). Siguen después recomendaciones de toda suerte, y, por último, la de que la carta sea leída a todos los hermanos. Las palabras finales: *La gracia de Nuestro Señor Jesucristo sea con vosotros,* las escribió seguramente Pablo de su propio puño.

434. La carta fué enviada a Tesalónica en la primera ocasión que se presentó, pero no logró el fin principal para que había sido escrita. Por lo demás, la carta no decía nada que los destinatarios no supiesen ya; que el día de la parusia era desconocido y que llegaría repentinamente, los tesalonicenses ya se lo habían oído afirmar de viva voz a Pablo en su catequesis; pero esto no excluía que pudiera llegar mañana, o dentro de un mes, o de un año, ni la propia carta excluía en modo alguno esta posibilidad; por esto, en general, se mantuvieron las propias opiniones sin modificarlas.

Poco después alguien, llegado de Macedonia a Corinto, refirió a Pablo que los tesalonicenses se mantenían fervorosos y celosos cristianos, pero que seguían en una espera angustiada de la parusia inminente, espera que fomentaban las razones que veremos inmediatamente; por esto había crecido el número de los que se entregaban a una inercia absoluta, no preocupándose ni siquiera de conseguir alimentos; desde el momento en que dentro de pocos días o semanas el «siglo presente» debía ser sustituído por el «siglo futuro» (§ 399, 402), ¿por qué trabajar ni siquiera para procurarse sustento? Tanto daba declarar una huelga de pocos días o semanas, puesto que en breve todos se sentarían al espléndido banquete mesiánico (*Luc.*, 12, 37). Con estas noticias Pablo, disgustado no sólo por la huelga, sino por la espera tenaz de la parusia, escribió *II Tesalonicenses,* más breve, pero más perentoria, que siguió a la primera al cabo de un par de meses.

435. Después de mencionar su satisfacción y hacer determinadas exhortaciones, la carta entra en el tema de la parusia, y he aquí cómo se expresa Pablo: *Por lo que hace a la venida de nuestro Señor Jesucristo y a nuestra reunión con El, os rogamos, hermanos, que no os turbéis de ligero, perdiendo el buen sentido, y no os alarméis, ni por espíritu, ni por discurso, ni por epístola, como si fuera nuestra* (ὡς δι' ἡμῶν) *que digan que* (ὡς ὅτι) *el día del Señor es inminente* (*II Tes.*, 2, 1-5).

Estas alusiones... *Espíritu..., discurso..., epístola...* nos dejan entrever qué causas fomentaban el ansia parusíaca de los tesalonicenses; en las reuniones de la comunidad se alzaban aquellos fieles que estaban—o se decían estar—dotados de carismas, y hablando en glosolalia o en *discurso* profético (§ 215) anunciaban de parte del *Espíritu* que era inminente el solemne acontecimiento; alguno había llegado a más, y había inventado una *epístola* de Pablo afirmando la misma inminencia (1). Tal era la exaltación psíquica de aquellos neófitos, que ni si-

(1) La alusión a la *epístola* parece que se refiere a una carta falsa; sin embargo, otros prefieren ver en ello, como Tomás de Aquino, una alusión a la carta anterior, auténtica, pero interpretada erróneamente; puede sostenerse también esta opinión, aun cuando parece menos fundada (véase *II Tes.*, 3, 17).

quiera huían de estos fraudes para difundir e irradiar entre los hermanos aquella opinión suya.

436. Pablo, por el contrario, rechaza esta creencia, e inmediatamente después da la razón: *Que nadie en modo alguno os engañe, porque antes ha de venir la apostasía, y ha de manifestarse el hombre de la iniquidad, el hijo de la perdición, que se opone y se alza contra todo lo que se dice Dios o es adorado, hasta sentarse en el templo de Dios y proclamarse Dios a sí mismo* (antes de que venga el día del Señor) (1). *¿No recordáis que estando entre vosotros ya os decía esto? Y ahora sabéis qué es lo que le contiene hasta que llegue el tiempo de manifestarse. Porque el misterio de iniquidad está ya en acción; sólo falta que el que le retiene sea apartado. Entonces se manifestará el inicuo, a quien el Señor Jesús matará con el aliento de su boca, destruyéndole con la manifestación de su venida. La venida del inicuo irá acompañada del poder de Satanás, de todo género de milagros, señales y prodigios engañosos, y de seducciones de iniquidad para los destinados a la perdición, por no haber recibido el amor de la verdad que los salvaría* (*II Tes.*, 2, 3-10). Después de estas admoniciones, Pablo exhorta a los tesalonicenses para que eviten a los que han declarado la huelga en vista de la parusia y comen sin trabajar; que más bien le imiten a él, Pablo, que ha trabajado siempre para ganarse el pan, y que quien no quiera trabajar que no coma. (Ibíd., 3, 6-12.)

Aun cuando también esta segunda carta fué escrita por un amanuense, Pablo añadió de su puño al final del último folio de papiro estas palabras: *El saludo es de mi mano, Pablo. Esta es la señal en todas mis cartas: así escribo* (3, 17). Era la costumbre antigua, según la cual todo remitente añadía por su mano algunas palabras al final de la carta (§ 180); por esto añade Pablo el breve saludo, reconocible mediante la caligrafía, (*así escribo*), que servirá a los tesalonicenses para distinguir otras cartas falsas que pudieran llegarles.

437. Tal vez ahora, para los tesalonicenses, el pensamiento de Pablo acerca de la parusia estuviera claro, tanto con respecto al tiempo en que acontecería, como a sus señales precursoras: aquellos neófitos, no se olvide, habían recibido, además de las cartas, que poseemos, las enseñanzas orales de Pablo, a las que él mismo alude, y que eran como un comentario anticipado a sus propias cartas. Para nosotros, que tenemos las cartas, pero no el comentario, el pensamiento de Pablo está bastante claro con respecto al tiempo de la parusia, pero oscurísimo con respecto a las señales precursoras.

Para Pablo, el tiempo de la parusia es absolutamente desconocido, como ya había enseñado Jesús en su sermón escatológico; además, mientras escribe no hay indicio alguno de que el gran día sea inminente. Esta es la enseñanza cierta de la segunda carta. Surge, por esto, la cuestión de cómo se puede armonizar esta enseñanza con la afirmación de

(1) Este paréntesis no está en el texto, porque va sobreentendido; es uno de los casos en que Pablo, llevado por el pensamiento, deja un período gramaticalmente incompleto.

la primera carta, según la cual *nosotros, los vivos, los que quedamos para la venida del Señor,* no estaremos en condiciones mejores que los difuntos, sino que *junto con ellos seremos arrebatados en las nubes al encuentro del Señor.* Esta primera persona del plural, *nosotros,* ¿no demuestra que Pablo estaba convencido de que la parusia le sorprendería aún en vida?

438. Ateniéndose al sentido material de estas palabras parece imposible concordar, no sólo las dos cartas, sino las dos partes de la primera carta. Si Pablo estaba convencido de que iba a asistir en vida a la parusia, no podía enseñar que su tiempo era completamente desconocido, y que llegaría *de noche, como un ladrón,* como dice en esta carta primera: en tal caso los tesalonicenses eran más sensatos que él, y le enseñaban con su comportamiento de alarmados cómo había que recibir al ladrón.

Habrá que pensar entonces que en el intervalo entre la primera y la segunda carta Pablo cambió de opinión, creyendo primero en la inminencia de la parusia y desilusionándose después a causa de su tardanza. ¿Es posible? El intervalo entre las dos cartas, sin embargo, es demasiado breve, dos meses o poco más (§ 434), y nada demuestra que en un tiempo tan breve el pensamiento de Pablo sufriera un cambio tan grave; es más, tenemos pruebas directas de que su pensamiento no sufrió cambio alguno, puesto que cuando más tarde escriba su carta a los *Corintios* (15, 51-52), expresará aún las mismas ideas que en *I Tesalonicenses* (§ 488, nota última).

439. Otra solución propuesta es la de considerar *II Tesalonicenses* como una carta apócrifa, totalmente o en parte; no sería de Pablo, sino de un falsario, al menos en aquello en que contradice a la carta anterior, en cuanto a la parusia. Con esta suposición, sin duda, se obvia la contradicción presunta entre ambas cartas; pero también se obviaría diciendo que es apócrifa la primera y auténtica la segunda. ¿Por qué repudiar la segunda? Es claro: porque los representantes de esta opinión son los secuaces de la escuela escatológica—si bien no todos—, según la cual, Pablo esperaba de un momento a otro el fin del mundo (§ 137), precisamente como los tesalonicenses; éstos repudian la segunda carta porque desmiente claramente que Pablo estuviera en esa espectativa; no existen más razones para rechazarla.

Se trata, pues, del método mismo de la escuela de Tubinga: para probar los documentos los seguidores de Tubinga aplicaban sobre ellos una piedra de toque suya, y era la comparación entre judeo-cristiano y heleno-cristiano (§ 125); los escatologistas, en cambio, han tomado como piedra de toque la inminencia de la parusia, pero la aplican con el mismo método, y declaran falsos los documentos que no soportan la nueva piedra de toque. Esto satisfará a quien le parezca éste un método «histórico»; a quien no le parezca sino apriorista, y que quiere demostrar *idem per idem,* asignará al escatologismo el mismo fin que a la escuela de Tubinga.

440. ¿Por qué razón, pues, Pablo, en la primera carta, habla de *nosotros, los vivos, los que quedamos para la venida del Señor?* Porque eminentemente es el apóstol del cuerpo místico de Cristo, esto es, de la Iglesia (§ 621, 622; 634), y por esto se refiere a esta sociedad permanente mucho más que a los individuos transitorios, y tiene como punto de mira el cuerpo místico entero en conjunto, y no en cada uno de sus miembros. También con respecto a la parusia se expresa transfiriéndose a la perennidad de la Iglesia, y enuncia una máxima que debe ser verdadera mientras dure la Iglesia. No sabe cuándo acontecerá la parusia, porque tanto puede suceder en breve como en *los siglos venideros* (*Efesios,* 2, 7); pero sabe que, suceda cuando suceda, hallará fieles vivos y fieles muertos, los cuales, sin embargo, se hallarán en idéntica situación con respecto a su participación en la gloria.

Pues bien, enunciando su máxima, Pablo tiene en la mente estas dos categorías perennes de la Iglesia, aun hablando desde el punto de vista de la categoría a que él pertenece ahora; por tanto, su máxima será siempre verdadera, sea que la enuncie Pablo, sea que la enuncie un fiel de su misma categoría *en los siglos venideros.* Los individuos pasan; pero la Iglesia es perenne; y su perennidad hará que la máxima de Pablo se repita *en los siglos venideros* con la misma veracidad con que fué enunciada la primera vez. El *nosotros* empleado por Pablo es el exponente de su sentimiento de la colectividad cristiana que está siempre vivo en él; si la parusia le coge no vivo, sino muerto, el *nosotros* por él empleado estará siempre vivo, porque los hermanos futuros le representarán en su categoría indefectible.

Se podrá alegar que no es normal expresar conceptos de tercera persona empleando la primera. Pero hay que tener presente que Pablo, así como no excluye la posibilidad de que la parusia le coja vivo, tampoco excluye lo contrario; nada afirma acerca del tiempo de la parusia, y por esto habla desde el punto de vista de su categoría actual. El resto se aclara teniendo en cuenta su sentir acerca de la colectividad cristiana, y su pensamiento expuesto en otro lugar. Sin duda un escritor moderno se habría expresado de modo muy diferente, con distinciones precisas, hipótesis diversas y premisas varias; pero ni Pablo es un escritor moderno ni abandona nunca aquel estilo reflejo y elíptico que le es peculiar (§ 164 sigs.).

441. En cuanto a las señales precursoras de la parusia, que Pablo explica a los tesalonicenses con cauta ponderación, y como complemento de sus enseñanzas orales anteriores, puede resumirse en los puntos siguientes. Antes de la aparición del Cristo glorioso deberá haber una *apostasía;* con ocasión de ésta se revelará el *hombre de iniquidad,* etc , que intentará hacerse pasar por Dios; pero por ahora esto no puede suceder porque hay quien le *contiene,* impidiéndole que se manifieste por completo, si bien el *misterio de iniquidad* está trabajando desde ahora; cuando el que contiene interrumpa su labor de freno, y se aparte a un lado, entonces sucederá la inundación del mal y se *maniefstará el inicuo;* pero *el Señor Jesús* lo *matará con el aliento de su boca* (frase mesiánica, que alude a *Isaías,* II, 4), de manera que la parusia de Jesús glorioso se contrapondrá a la del inicuo; éste, como emisario de Satanás, actuará

con *poder, todo género de milagros, señales y prodigios engañosos*, pero será derrotado por la parusia de Jesús glorioso.

¿Cómo deben interpretarse estos diversos puntos? La *apostasía* que iniciará el gran drama alude, sin duda, a una defección; pero, ¿qué clase de defección y de qué autoridad? ¿Y quién es *el hombre de la iniquidad, el hijo de la perdición, que se opone y se alza contra todo* (ente) *que se dice Dios o es adorado* (objetos del culto) *hasta sentarse en el templo de Dios y proclamarse Dios a sí mismo?* En verdad que ya Calígula había intentado asentarse en el Templo de Jerusalén, ordenando que se alzara allí su estatua, y su intento había producido una enorme impresión entre los judíos; pero esto había sucedido doce años antes, esto es, el año 40 (1), mientras que cuando Pablo escribía a los tesalonicenses no existía semejante peligro. ¿Y a qué alude la expresión *lo que le contiene* (τὸ κατέχον), con la que concuerda poco después *el que le retiene* (ὁ κατέχων)? ¿Trátase de un personaje real vivo, o es una personificación simbólica? Lo mismo puede decirse de otras oscuras alusiones semejantes.

442. Digamos inmediatamente que el conjunto del gran drama se presenta hoy ante nosotros como un libro sellado con siete sellos; así lo consideraron varios expositores antiguos, incluso Agustín, que declara con franqueza: *Confieso que ignoro por completo lo que ha dicho* (2). Sin embargo, como es natural y justo, los eruditos modernos han intentado romper algunos de aquellos sellos esperando poder leer ciertas líneas de aquel libro.

Lo que podemos afirmar con certeza es que ya habían aparecido elementos conceptuales semejantes en el Antiguo Testamento (*Daniel*, 7, 8 sigs.; 11, 36 sigs.); además, el cristianismo primitivo anunció que en antítesis de Cristo debía surgir un adversario sumo, su enemigo por antonomasia, al que por esto se le dió el nombre de *Anticristo*. La idea de este Anticristo era seguramente un tema de enseñanza corriente en la catequesis, puesto que los destinatarios de *I Juan* leyeron, dirigidas a ellos, estas palabras: *Habéis oído que está para llegar el Anticristo* (*I Jo.*, 2, 18; cf.: 4, 3); además, este auténtico y gran Anticristo tiene ya precursores, que han iniciado su obra, y preparan su venida, y por esto son otros tantos Anticristos (*I Jo.*, 2, 18; *II Jo.*, 7).

443. Es natural poner en relación a este Anticristo de la catequesis apostólica con *el hombre de iniquidad*, etc., de Pablo, a quien se atribuye el *misterio de iniquidad* que *ya obra internamente* (ἐνεργεῖται) en antítesis a Cristo. Y para confirmación de esto nótese que la antítesis entre el Anticristo y Cristo se resuelve en la antítesis entre el *misterio de iniquidad* y el *misterio del Cristo*; San Pablo habla repetidas veces de este último (*Ef.*, 1, 9; 3, 3; 4, 9, texto griego; *Col.*, 1, 27; 2, 2; 4, 3, texto griego), porque lo mismo que *el misterio de iniquidad* está ya parcialmente en acción, así también progresivamente se está desarrollando *el misterio de Cristo*. Este misterio es tan lato que se extiende, no sólo a todo el género humano, sin distinción de razas (*Ef.*, 3, 6-9; *Col.*, 1, 2-29),

(1) Cf.: *Historia de Israel*, § 393.
(2) *De civitate Dei*, XX, 19- 10.

sino a todo lo creado, puesto que tiende a *recapitular* (ἀνακεφαλαιώσασθαι) *todas las cosas en Cristo, las del cielo y las de la tierra* (*Ef.*, 1, 10). Por esto, debido a la antítesis fundamental, el misterio del Anticristo tendrá la misma extensión en sentido contrario, esto es, tenderá a apartar de Cristo y a recapitular en el Anticristo todas las cosas del cielo y de la tierra.

Y, en realidad, sobre la base de estos datos, los antiguos expositores reconocían en el *hombre de iniquidad* al Anticristo, considerándole como una persona verdadera, y no como la personificación de una idea; pero fuera de este punto, hubo grandes divergencias de opinión sobre los demás. Lo cual vale especialmente, tratándose de la expresión repetida *lo que contiene y el que retiene*, acerca de la cual es notable la opinión de algunos antiguos (Irineo, Jerónimo), seguidos por muchos modernos, para quienes la expresión aludiría al Imperio romano, que pues gobernaba fuertemente con una sabia legislación era una garantía de orden y de paz.

444. Sería una empresa, además de imposible, inútil enumerar todas las identificaciones que se han propuesto a lo largo de los siglos sobre los varios puntos; casi siempre se trata de vuelos de la fantasía, que puede vagar libremente en una esfera tan propicia, y muchas veces, de insinuaciones tendenciosas.

Una identificación que tuvo gran éxito entre las diversas confesiones protestantes, y no sólo en los comienzos de la Reforma, sino aun en tiempos bastante recientes, es la de descubrir en el Anticristo al Papa de Roma: naturalmente que quien contiene a este Anticristo es la doctrina protestante. No puede dudarse de que si las cuestiones religiosas tuvieran hoy día en la masa la resonancia que tuvieron antaño, se reconocería el Anticristo en Hítler o Stalin, Churchill o Mussolini, Roosevelt o el Mikado, según las propias opiniones, pero siempre siguiendo el método de los antiguos protestantes: naturalmente *el que retiene* sería quien en las parejas de estos nombres no fué elegido como Anticristo. Esto baste para mostrar qué fundamento tiene la exégesis protestante.

En la Edad Media muchos pensaron que el Anticristo era Mahoma; algunos modernos, situándose en un terreno histórico contemporáneo a Pablo, piensan en Simón el Mago o en la leyenda de Nerón redivivo (Tácito: *Hist.*, II, 8-9). Para otros modernos, la *apostasía* es una sublevación política contra el emperador romano en general—el Anticristo—, mientras que *lo que contiene* serían los gobernadores de las provincias romanas, que, conociendo las necesidades de los pueblos, refrenaron las veleidades autodivinizantes del emperador.

445. Con toda verosimilitud estas identificaciones que se refieren a hechos y a personajes contemporáneos de Pablo van descarriadas.

En primer lugar, nunca parece que Pablo haya concedido mayor importancia a los sucesos políticos de su tiempo: cuando escribe a sus neófitos, les dice que nuestra *ciudadanía* (πολίτευμα) *está en los cielos* (*Filipenses*, 3, 20), dando a entender que, en general, los hechos políticos apenas le llegaban a la suela de sus sandalias.

Además, precisamente hacia los cielos se dirige la indicación que

hemos hecho antes, según la cual el *misterio de iniquidad* contiende con el *misterio de Cristo* acerca del dominio de todas las cosas del cielo y de la tierra. La lucha entre estos dos misterios tiene una dimensión mucho más cósmica que política y terrena. Pablo afirma que quiere mostrar *cuál sea la economía del misterio* (de Cristo) *escondido desde los siglos en Dios creador de toda cosa, para que sea ahora notificado a los principados y a las potestades en los* (lugares) *supracelestes por medio de la Iglesia* (*Efes.*, 3, 9-10). De manera que para él las afirmaciones victoriosas de la Iglesia sobre la tierra se celebran gloriosamente en los cielos entre los Principados, las Potestades y las demás jerarquías angélicas. Por tanto, los seres angélicos participan en la contienda entre *el misterio de Cristo y el misterio de la iniquidad,* apoyando, naturalmente, al primero. Ahora bien, este concepto de una contienda con dimensión cósmica y con repercusiones sobre la tierra no es particular de Pablo, sino que se halla tanto en el *Apocalipsis* (12, 7 sigs.) cristiano como en la abundante literatura apocalíptica judía (1), y esto muestra una vez más que el pensamiento de Pablo depende de la común catequesis apostólica, y de algunas ideas del judaísmo contemporáneo suyo.

A nuestro parecer, las señales que Pablo describe a los tesalonicenses como precursores de la parusia están en relación directa con esta contienda cósmica, y precisamente aquí—y no en hechos políticos coetáneos—hay que buscar los objetivos de sus diversas alusiones, y especialmente el que se esconde bajo la designación *del que retiene*. De todos modos, aun cuando dirigidas por este camino, las investigaciones terminarán con hipótesis más o menos verosímiles, y nada más: los siete sellos que cierran el libro arcano sólo podrá abrirlos con precisión y certeza Pablo, o tal vez algún tesalonicense que oyó sus explicaciones orales a este respecto.

446. El provechoso apostolado de Pablo en Corinto, después de su separación de la sinagoga local, debió desagradar mucho a los judíos, los cuales, después de haberle tolerado durante dieciocho meses (§ 428), intentaron desembarazarse de él, dirigiéndose al procónsul Galión (§ 158). Había tomado posesión de su cargo hacía pocos meses, y los judíos tal vez recogieron noticias acerca de él que les dieron buenas esperanzas de tenerlo de su parte: por esto un día, *se levantaron a una los judíos contra Pablo, y le condujeron ante el tribunal, diciendo: «Este persuade a los hombres a dar culto a Dios, de un modo contrario a la Ley»* (*Act.*, 18, 12-13). ¿De qué Ley se trataba? ¿Judía o romana? Los acusadores no lo especificaron, tal vez de intento, para hacer más impresión en el procónsul, pero ciertamente pensaban en la judía; de todos modos, la romana podía considerarse indirectamente implícita, porque la legislación romana reconocía y protegía la religión judía.

Galión, sin embargo, no cayó en la trampa, y cuando comprendió de qué se trataba interrumpió a Pablo, que ya empezaba a hablar para defenderse, y dijo secamente a los judíos: *«Si se tratase de una injusticia o de algún grave crimen, ¡oh judíos!, razón sería que os escuchase, pero tratándose de cuestiones de doctrina, de nombres y de vuestra Ley, allá*

---

(1) Cf.: *Vida de Jesucristo,* §§ 84-86.

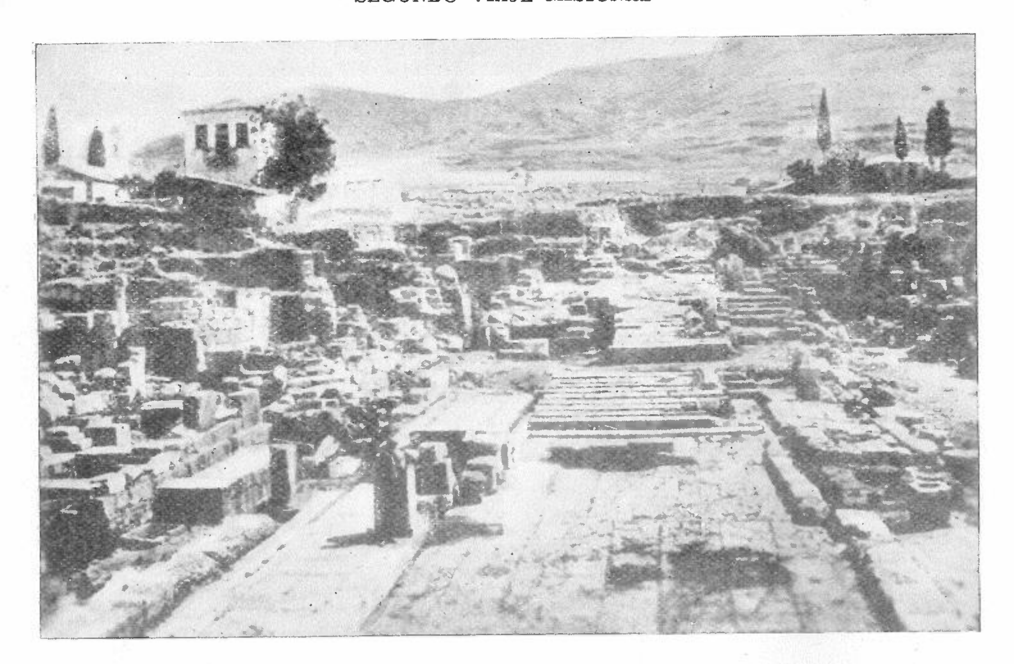


Fig. 90.—CORINTO: CALZADA DEL PUERTO LECHAEUN Y ESCALINATA DEL AGORA

vosotros lo veáis, yo no quiero ser juez en tales cosas.» Y los echó del tribunal (ibíd., 14-16). Los judíos habían hecho mal sus cálculos: habían esperado encontrar en el procónsul un defensor premuroso, y se encontraron, en cambio, con un hombre que era hermano, no sólo carnal, sino espiritual de Séneca, el filósofo adverso a los judíos (1).

447. La multitud, que tampoco tenía simpatía a los judíos, cuando vió que el procónsul, por medio de sus lictores, les hacía despejar rápidamente el espacio del ágora ante el tribunal, aprovechó para hacer una demostración popular de sus sentimientos: *Entonces se echaron todos sobre Sostenes, el jefe de la sinagoga, y le golpearon delante del tribunal, sin que Galión se cuidase de ello* (ibíd., 17). Este desgraciado Sostenes debía ser el sucesor o un colega del archisinagogo Crispo, que ya era cristiano (§ 426); el pobre, que tal vez habría sido el provocador de la revuelta judía, fué la víctima del odio antijudío de la plebe: por esto, sin saberlo, tuvo el honor de sustituir por esta vez a Pablo en el apaleamiento acostumbrado con que terminaban siempre los procesos contra el apóstol. Si este Sostenes es la misma persona a quien Pablo llama el *hermano Sostenes,* escribiendo precisamente a los corintios (*I Cor.,* 1, 1), habrá que pensar que el infortunio acaecido le impulsó hacia el cristianismo, tal vez debido al interés que Pablo mostró hacia él después de la paliza; pero la identidad de la persona no es segura, porque no hay más prueba que la muy dudosa de la homonimia.

No tenemos noticias de más relaciones entre Pablo y Galión. Ambos

(1) Cf.: V. la cita de Séneca conservada en Agustín: *De civitate Dei,* VI, 10.

debieron caer víctimas de Nerón, y tal vez el mismo año; Galión, en efecto, complicado en la conjuración de Pison, hubo de darse la muerte poco después del suicidio de su hermano Séneca. (Tácito: *Annal*, XV, 73; XVI, 17.)

Después del encuentro con Galión, Pablo se quedó en Corinto *algunos días* (*Act.*, 18, 18; § 158), tal vez un mes o dos; luego, con Aquila y Piscila, *navegó hacia Siria,* partiendo del puerto oriental que era Cencrea. Sin embargo, la navegación no fué directa, porque de Cencrea fué a Efeso, esto es, a Asia Menor; probablemente no encontraría una nave que le llevase directamente a Seleucia, puerto de Siria.

448. Inmdiatamente después se da la noticia curiosa de que los tres, Pablo, Priscila y Aquila, partieron, *después de haberse rapado la cabeza en Cencrea porque había hecho voto.* ¿Quién había hecho el voto? ¿Pablo? ¿Aquila? Gramaticalmente puede ser Aquila, último nombrado en el texto, pero conceptualmente parece que debe referirse a Pablo, que es el verdadero sujeto de la narración. El voto que había hecho estaba en relación con el antiguo rito hebreo del «nazareo» (*Números,* 6, 2-21), pero tal vez atenuado por el tiempo; pocos años después lo practicó en Jerusalén la reina Berenice, con la que se encontrará Pablo (§ 571), y Flavio Josefo da esta explicación con ocasión de este voto: *Es costumbre que quienes padecen una enfermedad o algún otro contratiempo hacen voto, de treinta días antes de aquél en que ofrecerán los sacrificios, abstenerse de vino y raparse la cabeza* (1). Desconocemos del todo la razón por la que Pablo hizo ese voto; pero es curioso que, defensor de la independencia del cristiano frente a la Ley judía, practicara aún observancias de aquella Ley. Esto confirma cuanto dijimos arriba: Pablo consideraba los ritos judíos todavía lícitos, si bien no obligatorios (§ 373).

La parada en Efeso fué breve, por exigencias de la nave en que viajaba Pablo; pero como en la detención hubo un sábado, aprovechó Pablo para presentarse en la sinagoga y exponer allí su doctrina. Debió suscitar mucho interés, porque los judíos le pidieron que se quedara más tiempo, pero él no consintió, prometiendo, sin embargo, que volvería más tarde.

449. De nuevo en el mar, desembarcó en Cesarea de Palestina. De aquí, *subió y saludó a la iglesia, bajando luego a Antioquía* (*Act.*, 18, 22). No se nombra Jerusalén, pero el verbo *subir* era el habitual para indicar el viaje a Jerusalén, así como el nombre de *iglesia,* sin más, designa la iglesia madre de aquella ciudad.

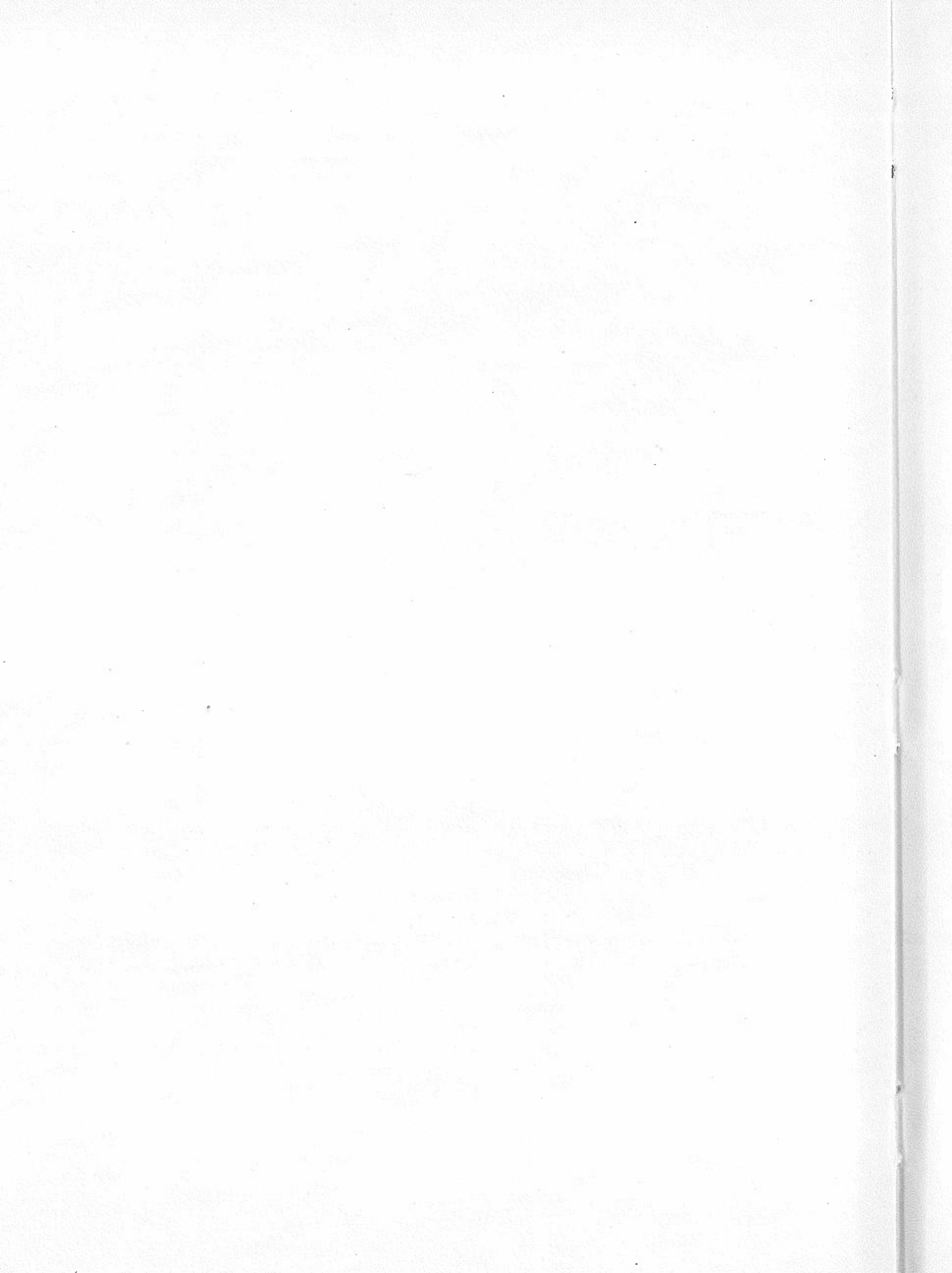
También fué muy breve su detención en Jerusalén, un simple saludo, tal vez porque Pablo tenía prisa por hallarse de nuevo en Antioquía, pero tal vez también debido a la corriente judaizante que predominaba en la iglesia-madre; aquellos judaizantes no se habían calmado después de la victoria conseguida por Pablo en el Concilio apostólico del año 49, ni

---

(1) *Guerra de Judea,* II, 3, 13. La duración de treinta días, para quien venía a Palestina desde el extranjero, la prescribía también la escuela de Shammai (Mishna, *Nazir,* III, 6).

veían con gusto todas aquellas masas de paganos que él admitía en la iglesia sin circuncisión previa; por esto la acogida que hicieron al misionero debió ser bastante fría. Por su parte, Pablo sentía que aquellos mezquinos y anquilosados judaizantes se apartaban cada vez más de su modo de pensar, y por esto, sin renovar la vieja contienda, se apresuró a volver a Antioquía, el fervoroso centro misional donde su espíritu estaba a gusto.

Con la llegada a Antioquía terminaba el segundo viaje misional de Pablo. Había salido a fines del año 49 o comienzos del 50, y volvía ahora, a comienzos del 53.



EL TERCER VIAJE MISIONAL

450. Lucas comienza el relato del tercer viaje misional de Pablo del modo más lacónico posible: su tendencia es siempre pasar por alto sucesos que se desarrollan en zonas que ha mencionado con anterioridad, para precipitarse hacia las nuevas ondas y detenerse en ellas; en el caso presente, sólo dice que Pablo, vuelto a Antioquía, *pasado algún tiempo, partió, y atravesando sucesivamente el país de Galacia y la Frigia, confirmaba a todos los discípulos* (*Act.*, 18, 23). Como ya dijimos (§ 159), estas breves palabras aluden a un período bastante largo: Pablo debió salir de Antioquía en la primavera del 53, y pasó el resto de aquel año, y parte del 54, en la región de Galacia y en Frigia, hasta que llegó a Efeso el mismo año 54; Lucas se detiene sobre la permanencia en Efeso porque se trata de una zona nueva, mientras que pasa por alto Galacia y Frigia, zonas ya visitadas en el viaje anterior. Pero nosotros tenemos que alargar en la medida de lo posible este resumen de Lucas.

Si al salir de Antioquía Pablo se dirigió directamente hacia la región de Galacia, esto muestra que también esta vez siguió al comienzo el itinerario del segundo viaje, pasando a través de las «Ciliciae portae» (§ 371); pero cuando culminó el Tauro no marchó hacia la izquierda, en dirección a Derbe, Listra e Iconio, sino subió hacia el Norte, y, pasando por Tiana, Sarsina y Cesarea de Capadocia, entró en la región de Galacia por su lado oriental. Por eso esta vez no acudió a las comunidades de Licaonia y Pisidia, fundadas durante su primer viaje misional, y se apresuró a volver junto a sus caros gálatas, convertidos durante el segundo viaje.

451. Esta nueva permanencia de Pablo entre los gálatas se desprende de la carta que les dirigió (*Gál.*, 4, 13), en la cual, recordando su primera estancia entre ellos—con ocasión de su enfermedad—, dice que entonces les evangelizó *por vez primera* (τὸ πρότερον: § 116, nota); por tanto, cuando escribía la carta (§ 505), les había evangelizado también una segunda vez, que fué precisamente esta de su tercer viaje misional. Esta preferencia suya hacia las comunidades de Galacia, frente a las de Licaonia y Pisidia, se debe probablemente a noticias que Pablo recibió, y que le inquietaron, acerca de la marcha de aquellas comunidades: sospechando que la pureza de su fe pudiera ser maculada por gentes malin-

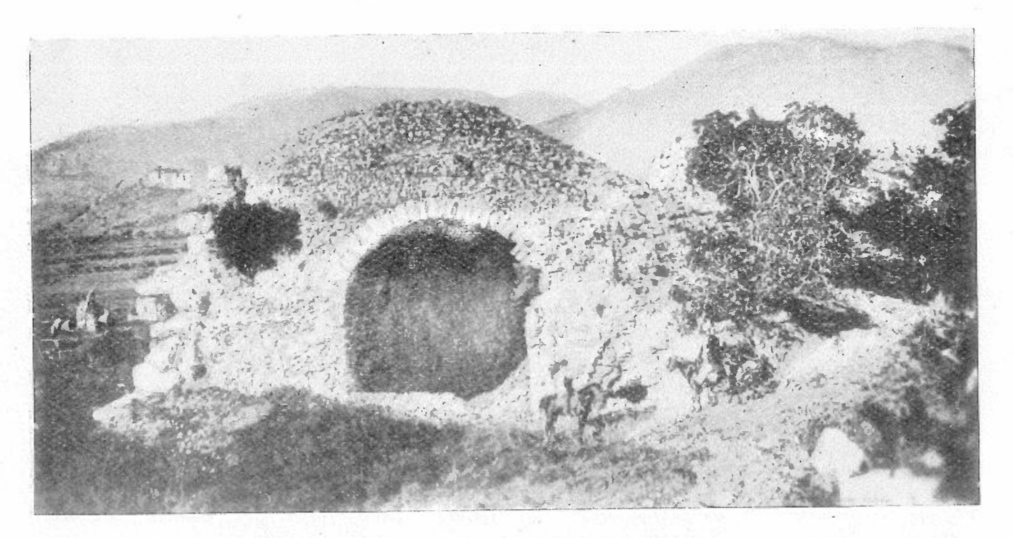


Fig. 91.—EFESO: RUINAS DEL ESTADIO

tencionadas venidas de fuera, acudió entre aquellos predilectos suyos, *reforzando*—como dice Lucas—su inexperiencia. Los sucesos posteriores demostrarán que las sospechas de Pablo eran bien fundadas (§ 504).

Al salir de Galacia, Pablo se dirigió hacia Occidente, y atravesó Frigia, ardiente y accidentada (§ 19 sigs.), mas probablemente sin detenerse, por no haber allí comunidades cristianas; entró después en Lidia (§ 13), y por el valle del Caistro llegó a Efeso. Esta vez el Espíritu no le impidió la entrada en el Asia proconsular, y por esto quería instalarse en ella. En realidad, la quebrada costa jónica de Asia Menor servía de línea fronteriza entre Europa y Asia; entre sus golfos numerosos se señalaban, por la importancia del tráfico—de Norte a Sur—, el de la desembocadura del Caico, donde estaba situada Pérgamo (§ 17); más abajo, el de la desembocadura del Ermo, donde estaba Esmirna (§ 13); más abajo todavía, el de la desembocadura del Caistro, y aquí estaba entronizada Efeso; pasado el promontorio de Micale, se abría todavía más abajo el golfo donde desembocaba el (Gran) Meandro, y aquí estaba colocada Mileto (§ 12).

Pero, además de estas ciudades importantísimas, la provincia contaba con otras muchas también de gran importancia; en el discurso que Flavio Josefo hizo recitar al rey Agripa II ante los judíos de Jerusalén, para disuadirles de la guerra contra Roma, se calculan en quinientas las ciudades de la provincia del Asia, y es una cifra sacada probablemente de documentos oficiales (1); indudablemente esta provincia era una de las más pobladas de todo el Imperio. Además, el puerto de Efeso estaba en comunicación marítima directa con Roma y con todo el Occidente, con Egipto y con Palestina, mientras que numerosas vías, tierra adentro, la ponían en comunicación con las regiones orientales hasta Persia y la

(1) *Guerra de Judea*, II, 366; la misma cifra de 500 aparece en Filostrato: *Vite dei sofisti*, II, 1, 4, mientras otros documentos dan cifras mayores o menores.

India; por algo los romanos, maestros también ellos de estrategia política, habían fijado en Efeso la sede del procónsul (§ 21).

453. Cuando llegó Pablo, halló esta vez un apoyo material. En primer lugar estaban allí Aquila y Priscila, que se habían quedado la vez anterior; inmediatamente se puso a trabajar en su taller para ganarse la vida, conforme a su norma de no depender materialmente de nadie. Además, encontró una cosa inesperada, esto es, un pequeño grupo de semicristianos. Después de la primera visita de Pablo había sucedido que *cierto judío de nombre Apolo, de origen alejandrino, varón elocuente, llegó a Efeso. Era muy perito en el conocimiento de las Escrituras* (*Act.*, 18, 24). El nombre helenístico de *Apolo* era una abreviatura de Apolonio o Apolodoro; su procedencia, Alejandría, el gran centro judío de Egipto (1), revela, en general, una formación intelectual; si no había sido precisamente discípulo de Filón, debía seguir, sin embargo, aquella corriente exegética de las Sagradas Escrituras, que tenía en Filón su más insigne representante, y que aplicando el método alegórico, intentaba poner de acuerdo a Moisés con Platón; sin duda en este sentido debe entenderse el que fuera *muy perito en el conocimiento de las Escrituras.*

Esto en cuanto al método exegético en general; pero con respecto a la condición espiritual de Apolo se añade una noticia importante: *Estaba bien informado del camino del Señor, y con fervor de espíritu hablaba y enseñaba con exactitud lo que toca a Jesús; pero sólo conocía el bautismo de Juan* (ibíd., 25). El bautismo a que se alude aquí es el rito del Bautista (2), rito que tuvo mucho éxito en Palestina, desde donde se difundió también por la Diáspora: una prueba de esta difusión es el caso de Apolo, pero un indicio más implio se halla en el IV evangelio, que en los primeros capítulos quiere poner de relieve más de una vez el pleno acuerdo entre Juan el Bautista y Jesús, mostrando la evidente subordinación de aquél a éste (Cf.: *Jo.*, 1, 15 sigs.; 3, 23 sigs.). Lo cual muestra que a fines del siglo I, cuando se escribió el IV evangelio, su autor se preocupaba aún de los remotos secuaces del Bautista, todavía disidentes de Cristo Jesús, o al menos ignorantes de él. Apolo era en parte ignorante; es verdad que *enseñaba con exactitud* (ἀκριβῶς) *lo que toca a Jesús,* pero esto no significa que lo enseñase de un modo completo: lo que decía era exacto, pero no era todo, y tal vez no era lo más importante.

454. Sin embargo, su ardor le llevó a hablar de Jesús en la sinagoga de Efeso, como precisamente hacía Pablo en sus viajes. Pero allí le oyeron Aquila y Priscila, los cuales se dieron inmediatamente cuenta de la exactitud y, a la vez, de la deficiencia de cuanto Apolo decía; entonces los dos esposos *le tomaron aparte y la expusieron más completamente el camino de Dios.* (*Act.*, 18, 16.)

Apolo aceptó sin discusión las comunicaciones de los dos esposos, los cuales le hablarían, sin duda, de su estancia reciente en Corinto junto a Pablo, y de la floreciente comunidad cristiana allí existente; esto es, tal vez le empujaron a que marchase a Corinto, tanto para profundizar su

(1) Cf.: *Historia de Israel,* § 190 sigs.
(2) Cf.: *Vida de Jesucristo,* §§ 268 sigs., 291.

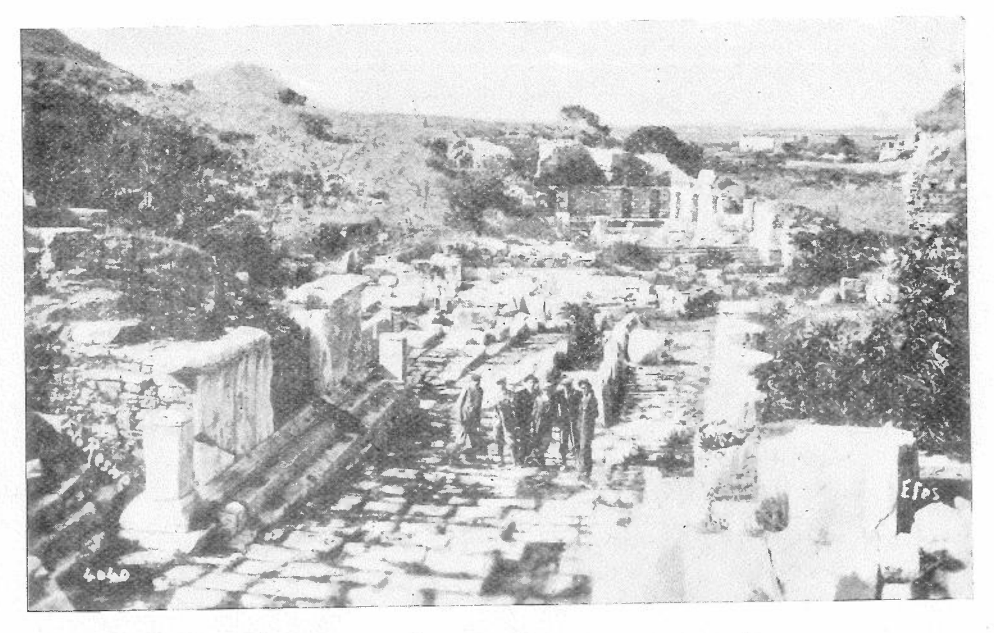


Fig. 92.—EFESO: CALZADA Y BIBLIOTECA DE CELSO

catequesis, como para que conociera, en efecto, una comunidad cristiana. Entonces, los prosélitos que había hecho en Efeso, que, en realidad, eran sólo medio cristianos, escribieron a los verdaderos cristianos de Corinto, con los que se pusieron en comunicación tal vez mediante Aquila y Priscila, para recomendar a Apolo. Cuando llegó a Corinto, *aprovechó mucho por su gracia a los que habían creído, porque vigorosamente argüía a los judíos en público, demostrándoles por las Escrituras que Jesús era el Mesías* (ibíd., 28). Es probable que Apolo recibiera en Corinto el bautismo de Jesús de mano de algún discípulo de Pablo.

455. Todo esto sucedió antes de que Pablo llegara a Efeso durante su tercer viaje. Cuando llegó, se encontró con que los secuaces de Apolo eran casi una docena, y quiso informarse de su doctrina; por esto les preguntó: *¿Habéis recibido el Espíritu Santo al abrazar la fe?* Se quedaron perplejos ante esta pregunta, y contestaron: *¡Ni hemos oído nada del Espíritu Santo!* Pablo entonces insistió: *¿Pues qué bautismo habéis recibido?* Y ellos contestaron: *El bautismo de Juan.*

Este breve diálogo, a la vez que pone de relieve la situación espiritual de aquellos semicristianos, da a conocer por qué señal reconocían los primitivos verdaderos cristianos el bautismo de Jesús; eran las manifestaciones claras del Espíritu Santo, recibido con ocasión del bautismo. Finalmente, Pablo les explicó: *Juan bautizaba un bautismo de penitencia. diciendo al pueblo que creyese en el que venía detrás de él, esto es, en Jesús.* La explicación de Pablo está de acuerdo con los primeros capítulos del IV evangelio, arriba mencionados. Aquellos cristianos que se habían quedado a mitad de camino aceptaron la explicación; por esto, *se*

bautizaron en el nombre del Señor Jesús. E imponiéndoles Pablo las manos, descendió sobre ellos el Espíritu Santo, y hablaban lenguas y profetizaban. (Ibíd., 19, 2-6.)

Ateniéndose al sentido más natural y obvio de estas palabras, hubo dos ritos distintos: uno, el bautismo; otro, la imposición de las manos: la imposición la hizo Pablo; pero no se dice que él confiriera el bautismo, es más, siendo norma general suya el no bautizar (§ 426), podemos imaginarnos que el bautismo fué conferido por Aquila o por algún compañero de Pablo. Sea como fuere, con el rito de la imposición aquellas personas ya bautizadas recibieron el Espíritu Santo, que se manifiesta por medio de los carismas que ya conocemos (§ 211). De este modo aquellos neófitos mostraron las señales palmarias de su fe. Los dos ritos, si bien diversos, se practicaban el uno después del otro, para que un hombre, apenas convertido en cristiano, se manifestase claramente como tal; de hecho, esta conjunción de los dos ritos—bautismo y confirmación—siguió durante muchos años en la Iglesia, sobre todo tratándose de personas adultas que se hacían cristianas; pero después, a medida que el bautismo de los recién nacidos se hizo norma general, se empezó a distanciar los dos ritos, porque el recién nacido tenía que ser cristiano, pero no estaba en situación de poder manifestar abiertamente esta cualidad suya.

456. Simultáneamente a estos hechos, Pablo, como de costumbre, intentó actuar entre los judíos. Durante tres meses se presentó en la sinagoga para predicar a Cristo Jesús, y parece que, al principio, no halló dificultades especiales; pero con el tiempo nacieron hostilidades y crecieron, por lo cual se condujo como en Corinto, separándose de la sinagoga y trasladando a otro lugar su centro de acción. En Efeso se estableció *en la escuela de Tirano* (ibíd., 9).

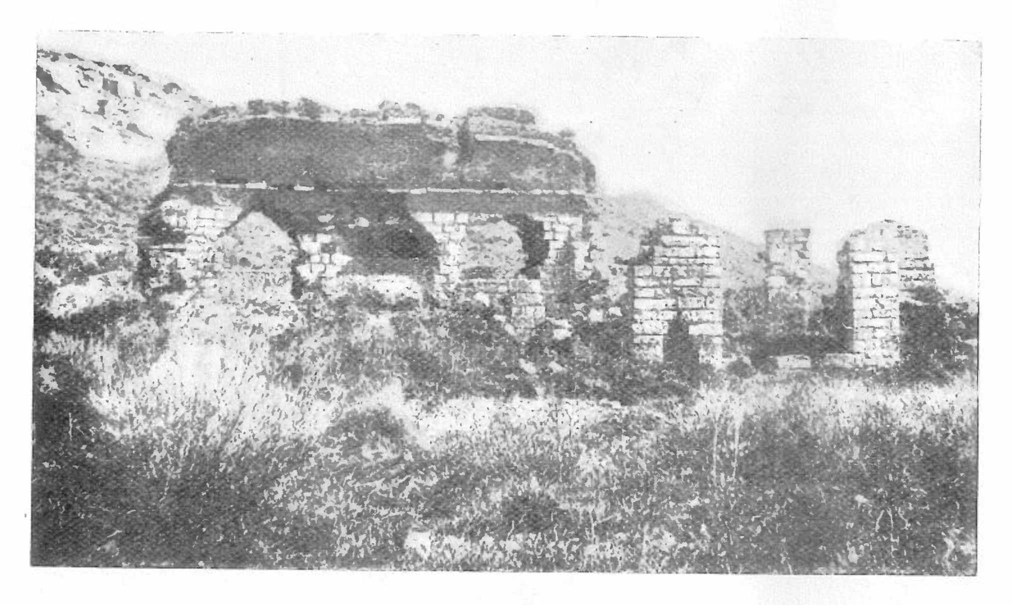


Fig. 93.—EFESO: RUINAS DEL GIMNASIO

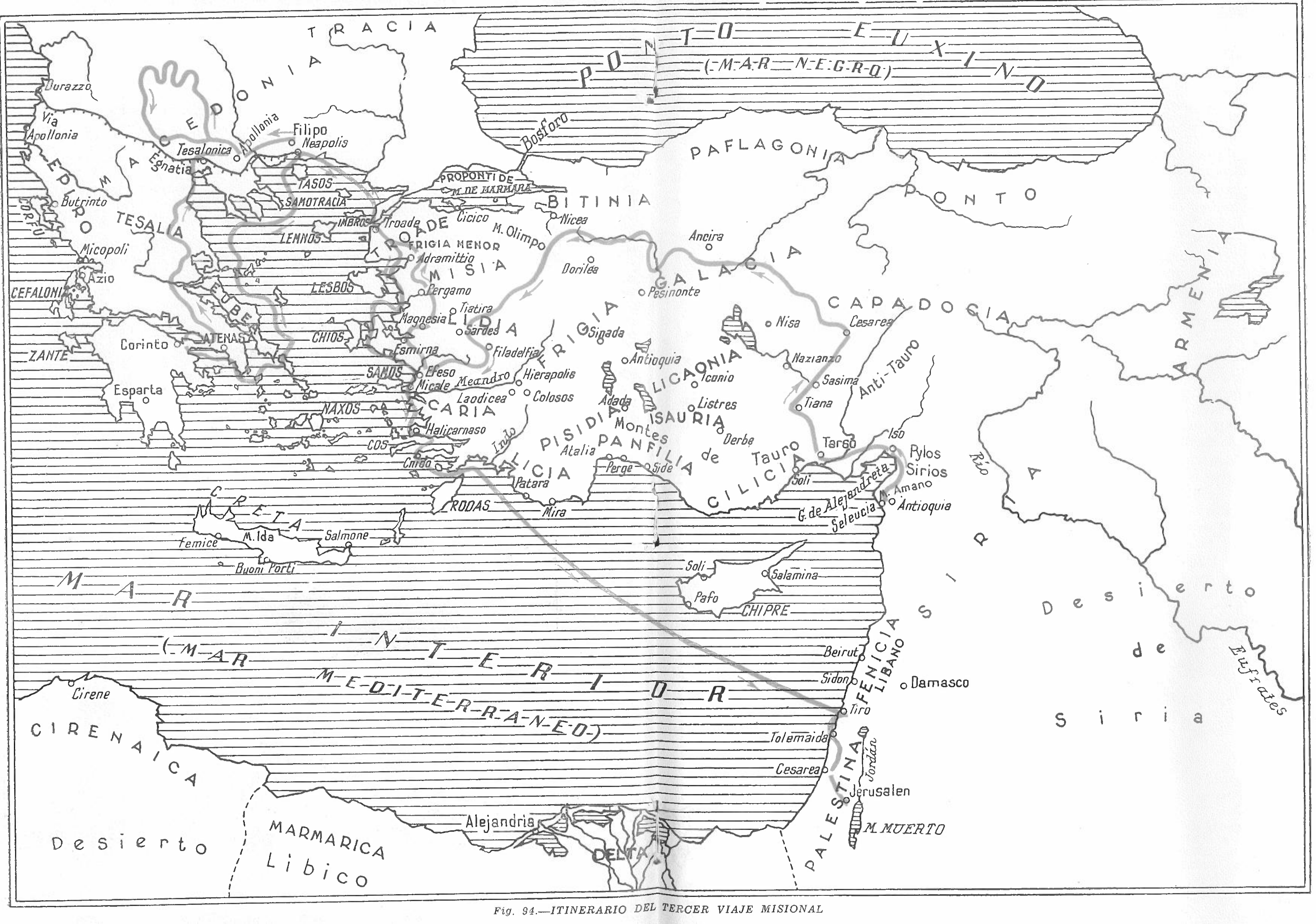


Fig. 94.—ITINERARIO DEL TERCER VIAJE MISIONAL

La *scholé* de los griegos, *schola* de los latinos, significaba en sentido topográfico un lugar apropiado para pasar en ocupaciones intelectuales el tiempo libre de asuntos, o bien para recibir o dar una enseñanza; en todos los «gimnasios» había aulas destinadas a este fin, junto a las otras aulas destinadas a biblioteca, ejercicios físicos, baños y usos semejantes: en una se podía oír a un rector que declamaba y comentaba a un lírico griego; en otra, a un grupo de filósofos que discutían acerca del estoicismo o del epicureísmo; en otra más, a un maestro que daba lecciones metódicas de elocuencia; en los intervalos, o cuando el tema no agradaba, se podía salir de las aulas al patio común, donde se paseaba o conversaba al aire libre. Este Tirano, junto a quien se estableció Pablo, tal vez fuese un rector griego (como indica su nombre, pero no sabemos nada más de él) que daba lecciones regulares en un aula que había alquilado; cuando terminaban las lecciones, el aula se quedaba vacía, por esto pensó en subarrendársela a Pablo durante las horas en que él no la utilizaba, logrando de este modo un beneficio económico.

457. El «texto occidental» (§ 119, nota) nos dice también las horas en que Pablo ocupaba el aula, esto es, *desde la hora quinta hasta la décima* de la luz solar (1), o sea, desde las once de la mañana a las cuatro de la tarde actuales. La noticia puede ser auténtica, y es, sin duda, verosímil. Los antiguos eran muy mañaneros (2); comenzaban sus *negotia* desde el alba, y los continuaban hasta mediodía, dejando para la tarde los *otia,* esto es, los ejercicios físicos, las ocupaciones amables, las diversiones y cosas análogas; por esto, Tirano, al acabar su lección, hacia las once de la mañana, dejaba el aula a Pablo, que entraba en ella un poco después.

A su vez, Pablo abandonaba en aquel instante su telar, en el que había estado trabajando desde la alborada; allí, mientras sus manos y sus rodillas se cansaban urdiendo pelos de cabra, su mente había ido preparando el esquema del discurso que iba a recitar más tarde en el aula de Tirano. Para él no había *negotia* y *otia;* había un único *negotium,* al que dirigía toda su actividad, el mensaje de Cristo. Por el camino, desde el taller al aula, mordisquieaba algún alimento, y hélo aquí pronto a hablar de Cristo hasta la puesta de sol.

458. El impasible Lucas, que en parte refiere, y en parte deja entrever este género de vida, añade sin más. *Esto hizo durante dos años* (ibíd., 10). La resistencia física de Pablo, a pesar de su misteriosa enfermedad, aparece en todos sus viajes (§ 196); pero tal vez se manifiesta con más claridad en este régimen de vida que en pocos meses habría abatido al hombre más fuerte. Se desprende también de aquí que Pablo no tenía calma ni reposo al caer de la tarde, ni durante la noche, ni en los pocos ratos libres del día. Dejando aparte su *preocupción por todas las iglesias* (*II Cor.,* 11, 18) fundadas por él, y con las que mantenía continua relación, debía prodigarse en mil maneras entre los que venían

---

(1) Para el modo como los antiguos dividían el tiempo en horas de luz solar durante un día, cf.: *Vida de Jesucristo,* § 607.

(2) Esta costumbre se ve también en el proceso de Jesús ante Pilatos, cf.: *Vida de Jesucristo.* § 576.

a escucharle y se preparaban para ser cristianos, es decir, que continuaba en un campo más amplio la incesante actividad que le vimos desarrollar en Tesalónica (§ 397).

Y todo esto acontecía en medio de incesantes hostilidades por parte de los judíos, que no perdonaban al cismático de la sinagoga su fructuosa actividad independiente.

Poco después, Pablo podía atestiguar su laboriosidad a los ancianos de Efeso, apelando a su experiencia: *Vosotros sabéis bien cómo me conduje con vosotros todo el tiempo desde que llegué a Asia, sirviendo al Señor con toda humildad, con lágrimas y en tentaciones que me venían de las asechanzas de los judíos; cómo no omití nada de cuanto os fuera de provecho, predicándoos y enseñándoos en público, y en privado... Velad, pues, acordándoos de que por tres años, noche y día, no cesé de exhortaros a cada uno con lágrimas* (*Act.*, 20, 18-20... 31). Y desde la misma Efeso, escribiendo a los corintios, estaba en situación de declarar: *Hasta el presente pasamos hambre, sed y desnudez, somos abofeteados y andamos vagabundos y penamos trabajando con nuestras manos; afrentados, bendecimos, y perseguidos lo soportamos; difamados, consolamos; hemos venido a ser hasta ahora como desecho del mundo, como estropajo de todos.* (*I Cor.*, 4, 11-13). Este fué, en resumen, el género de vida que llevó Pablo durante los tres años (§ 159) de su permanencia en Efeso.

459. Indudablemente, en aquel hombre había algo excepcional que le mantenía erguido en medio de la tempestad aquella; lo da a entender Lucas, como buen médico, al mismo tiempo que refiere el extraordinario resultado de esta labor. *Todos los habitantes de Asia (proconsular) oyeron la palabra del Señor, tanto los judíos como los griegos. Obraba Dios por mano de Pablo milagros extraordinarios, de suerte que hasta los sudarios y delantales que habían tocado su cuerpo, aplicados a los enfer-*

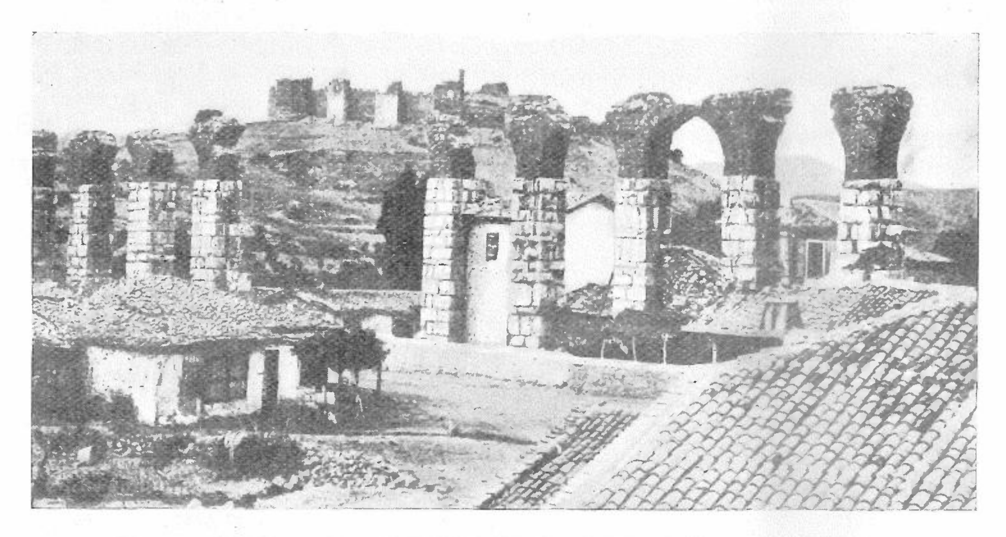


Fig. 95.—EFESO: LOS ANTIGUOS ACUEDUCTOS. Arriba, El CASTILLO

mos, hacían desaparecer de ellos las enfermedades, y salir a los espíritus malignos (*Act.*, 19, 10-12). Estos *sudarios* eran grandes pañuelos que se usaban en Oriente para enjugarse la frente, y los delantales eran los que empleaban los artesanos, y, por tanto, también Pablo, cuando estaba en el telar. La búsqueda de estos objetos por parte de los habitantes de Efeso, anticipa en cierto modo el culto de las reliquias que más tarde se desarrollará en la Iglesia.

¿Hace falta decirlo? Los racionalistas, al oír hablar de *prodigios*, tuercen el gesto, y en obsequio a su «dogma laico» invocan la leyenda en auxilio propio. No se dan cuenta de que el agudo Lucas quiere dar la razón, incluso psicológica, del inmenso éxito logrado por Pablo, gracias al cual la Buena Nueva se difundió desde Efeso más o menos por toda el Asia proconsular; rechazada, por tanto, la razón de Lucas, les queda la tarea de aducir otra que explique históricamente el acontecimiento, y cuando la tengan, quienes no aceptan el «dogma laico» invocarán en su ayuda tan sólo el buen sentido. Es evidente que Pablo, al cabo de pocos meses de aquella vida y de aquella actividad taumatúrgica, se había convertido en una persona conocidísima en Efeso, como se ve por los episodios que Lucas refiere inmediatamente después. Pero antes es preciso diluir la noticia condensada de que la Buena Nueva se difundió por toda el Asia proconsular.

460. La situación de Pablo en Efeso, como evangelizador, se resume con toda precisión en las breves palabras que escribe en aquel tiempo a los corintios desde Efeso: *Se me ha abierto una puerta grande y prometedora* (ἐνεργής) (*I Cor.*, 16, 9); era la puerta que daba inmediatamente sobre el interior de la comarca, pobladísima y cosmopolita (§ 452). La irradiación de la Buena Nueva desde Efeso hacia las quinientas ciudades de la provincia se hizo poco a poco, ocasionalmente, mediante innumerables conexiones de gentes que iban y venían a la capital, y que por azar escuchaban a Pablo; naturalmente que él debió procurar y cuidar estas conexiones, tenues al comienzo, y cada vez más fuertes y ramificadas; era el procedimiento acostumbrado seguido ya en la primera fundación de Antioquía de Pisidia (§ 335), y más o menos en todas las siguientes. Pero Lucas nada dice sobre todo este trabajo, que debía ser inmenso, limitándose a señalar el resultado; sin embargo, en compensación, podemos confrontar estos resultados con datos procedentes de otras fuentes.

Cuarenta años más tarde se escribió el libro del *Apocalipsis*, que va dirigido *a las siete iglesias que* (*están*) *en el Asia* proconsular (*Apoc.*, 1, 4), y que son: la de Efeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardes, Filadelfia y Laodicea (ibíd., II; cap. 2-3); ahora bien, estas comunidades cristianas aparecen a fines del siglo I, no sólo bien organizadas, sino afligidas por tribulaciones, y algunas incluso en decadencia. Todo esto hace suponer que el origen de estas comunidades no era recientísimo, sino que se remontaba a algunos decenios; lo cual nos lleva, si no precisamente al tiempo de Pablo en Efeso, poco después.

Más datos se hallan en las mismas cartas de Pablo. Mientras está preso en Roma, apenas un decenio después de esta estancia en Efeso, escri-

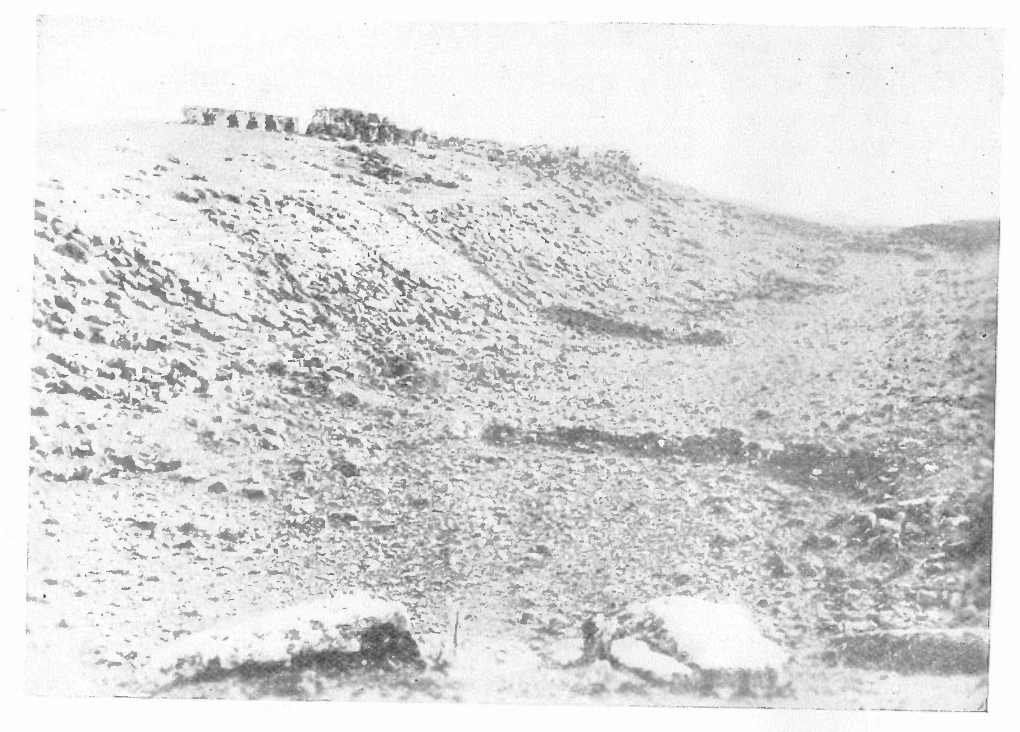


Fig. 96.—LAODICEA EN EL LICO: RUINAS DEL ESTADIO

birá cartas a sus neófitos del Asia Menor, y de ellas recogemos lo que sigue.

461. A lo largo del río Licio habían surgido comunidades cristianas en las ciudades de Laodicea, Colosos y Jerápolis (§ 20), las dos primeras situadas a poca distancia entre sí, sobre la orilla izquierda del río, al Sur; la tercera, por el contrario, sobre la orilla derecha, al Norte. Pablo conocía muy bien estas comunidades, y seguía anhelante sus acontecimientos, sin embargo, ni las había fundado, ni las había visitado jamás (*Col.*, 2, 1; cf.: 1, 4-9; 4, 13 sigs.), si bien envió a la comunidad de Colosos la carta que hoy conservamos.

El propagador principal de la Buena Nueva en aquellas regiones fué Epafras, un griego muy rico de Colosos: su actuación es segura con respecto a su patria (*Col.*, 1, 7-8) y muy probable con respecto a Laodicea y Jerápolis (ibíd., 4, 13); como las relaciones entre Colosos y Efeso eran muy grandes, es posible que Epafras conociera a Pablo en uno de sus viajes a Efeso, le oyera en el aula de Tirano y se convirtiese al cristianismo con tanto fervor que apenas regresó a sus regiones se hizo propagador de la Buena Nueva.

Pronto tuvo allí también colaboradores, que no sabemos si se convirtieron por obra de Epafras o bien por obra de Pablo en Efeso. Probablemente a aquel Filemón a quien Pablo dirige la cartita que hemos conservado lo convirtió él directamente (*Filem.*, 19); en su casa, en

Colosos, se reunía la comunidad, y, junto con su mujer, Apia, contribuyó a la difusión del Evangelio (ibíd., 1-2). En Laodicea, por su parte, la comunidad se reunía en casa de un tal Ninfa *(Col.*, 4, 15), nombre que debía ser una abreviatura de Ninfodoro, y no que designa aquí a una mujer.

462. La lista del *Apocalipsis* sólo menciona de estas tres iglesias a Laodicea, pero esto no quiere decir que las otras dos declinaran rápidamente después de la muerte de Pablo. Con respecto a Jerápolis, las noticias que nos han llegado de la antigüedad se prestan a equívocos, a causa de homonimias y cambios acaecidos en las designaciones geográficas. Eran muchas las Jerápolis del Imperio romano, y en la misma Frigia existían dos, una en la Frigia *prima* o *Pacatiana* (§ 19), la del valle del Lico, y otra más al Nordeste, en la *Frigia secunda* o *Salutaris,* no lejos de Sinnada; esta última era denominada comúnmente Jerópolis, y a partir del siglo IV se halla asignada a la Frigia Menor, designación que en los tiempos anteriores indicaba la Frigia septentrional. Es probable que desde la antigüedad hubiera confusiones entre las dos Jerápolis de Frigia. Parece que de la Jerápolis del Lico era aquel Papías que floreció hacia 120 y que nos ha legado las noticias externas más antiguas con respecto a los evangelios canónicos (1). Obispo de Jerápolis fué durante el siglo II aquel Abercio que en su célebre epitafio hizo saber que había visitado a la comunidad de Roma y a las de Mesopotamia, teniendo a Pablo por

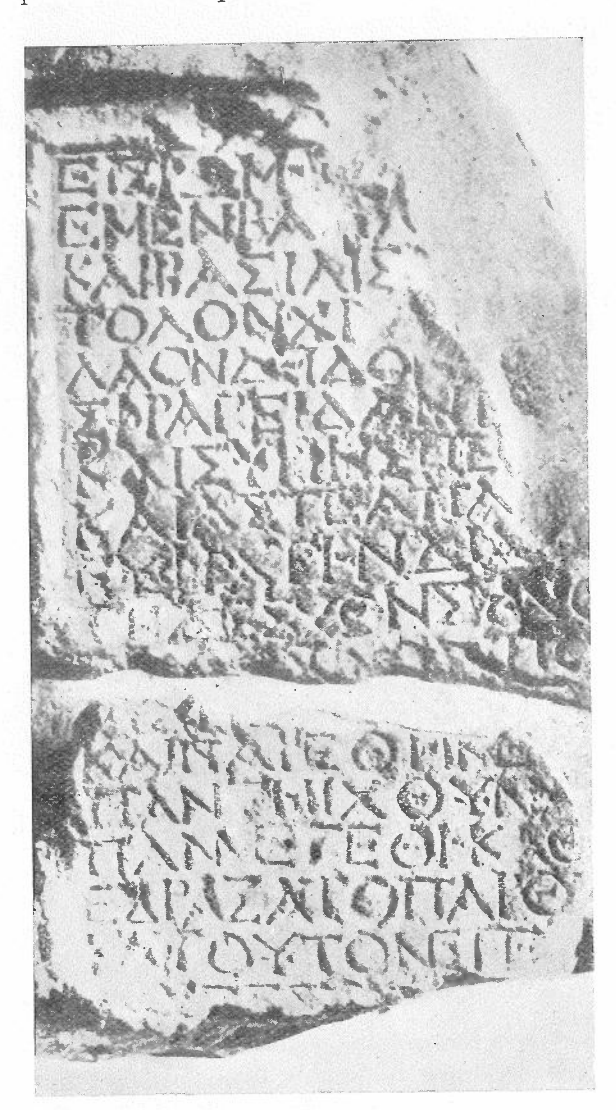


Fig. 97.—EPITAFIO DE ABERCIO. Siglos II-III Roma: Museo Cristiano Lateranense.

(1) Cf.: *Vida de Jesucristo*, §§ 107, 114, 128, etc.

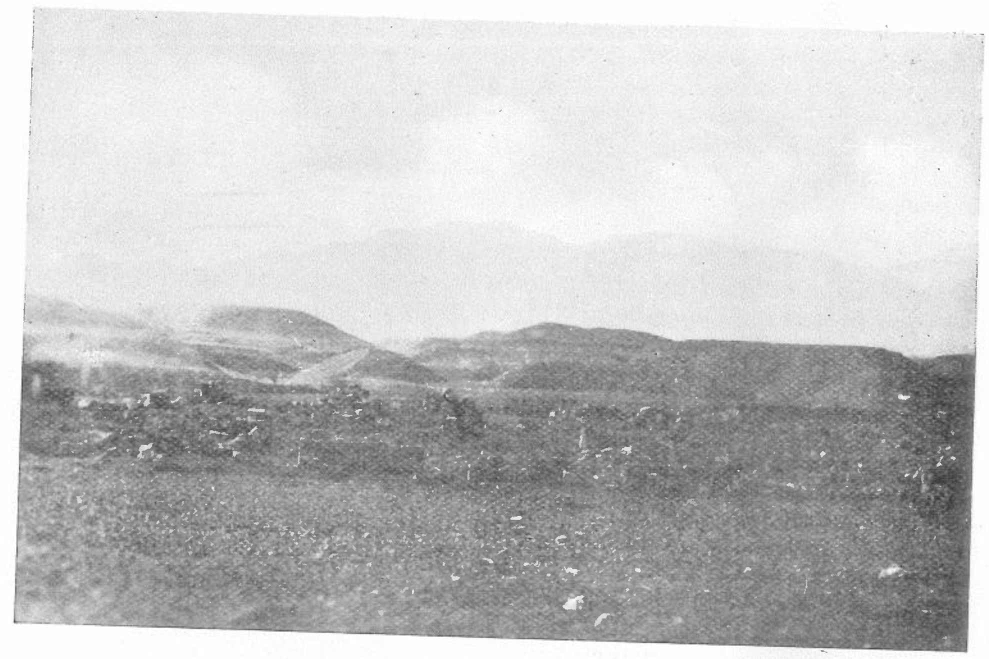


Fig. 98.—JERAPOLIS EN EL LICO: RUINAS

compañero de viaje (línea doce), esto es, sus escritos; pero la Jerápolis de Abercio no es la del Lico, sino la Jerápolis de junto a Sinnada (1) Si Abercio menciona expresamente a Pablo, puede pensarse que uniera su Jerápolis con la homónima mencionada en los escritos del apóstol, puesto que esta última se denomina Jerópolis en algunos documentos antiguos.

463. Estas son las noticias ciertas que tenemos con respecto al grupo de iglesias de las orillas del Lico, y nos permiten extender algo la comprimida noticia de Lucas acerca de la evangelización del Asia proconsular. Por lo demás, quedan las conjeturas más o menos verosímiles.

Otros discípulos de Pablo, formados en Efeso, ¿no habrían imitado la actividad de Eparfas diseminándose en otras direcciones? ¿Es que ninguno habría ido a Tiatira, la patria de la buena Lidia, la dueña del negocio de púrpura de Filipos (§ 382)? ¿Y en Mileto, donde más tarde Pablo convocará para una reunión a los presbíteros de la comunidad de Efeso (*Act.*, 20, 17) y donde más tarde aun dejará enfermo a Trofimo (*II Tim.*, 4, 20), no fundaría una comunidad cualquier discípulo de Pablo? Además, en Esmirna era obispo Policarpo en el primer decenio del siglo II, el cual, en su carta a los filipenses (3, 2), recuerda expresamente las *cartas* (2) de Pablo a los mismos y se muestra gran

(1) Cf.: A. Ferrua: *Della patria e del nome de S. Abercio*, en la *Civilta Cattolica*, 1943, IV, p. 39-45.

(2) Policarpo se expresa de este modo, en plural, si bien hoy tan sólo conserva-

conocedor de los demás escritos del apóstol; ahora bien: en esta Esmirna tan bien representada en el cristianismo subapostólico, ¿no se presentaría a predicar por vez primera algún discípulo de Pablo enviado desde Efeso? Las conjeturas podrían prolongarse, pero sin mayor utilidad práctica.

Ciertamente es verdad, pues, la noticia genérica de Lucas de que *todos los habitantes del Asia (proconsular) oyeron la palabra del Señor*, puesto que entre aquella densa población se extendió ampliamente la semilla evangélica, que pronto prendió y germinó bajo el sol esplendoroso de Pablo. Sin embargo, más tarde, cuando este sol se ocultó para siempre, sobre aquella misma mies evangélica brilló otro sol; en el correr del siglo I Juan, el apóstol, vino a establecerse en Efeso, y desde allí recibió el cristianismo el último de sus evangelios, el «espiritual» (1).

464. Mientras tanto la fama taumatúrgica de Pablo en Efeso era demasiado eficaz para que no suscitase intentos de plagio. Había en la ciudad exorcistas judíos que, por antagonismo con Pablo, se ingeniaron para obtener los mismos resultados que él recurriendo a los mismos procedimientos que él empleaba; pensaron, pues, que la fórmula «mágica» empleada por Pablo para liberar a los posesos producía su efecto mecánicamente, y por esto quisieron usarla también ellos. Entre estos judíos se encontraban siete hijos de un tal Sceva, perteneciente a una familia de sumos sacerdotes. Dos de ellos se pusieron una vez a exorcizar a un poseído en nombre del Jesús predicado por Pablo, *pero respondiendo el espíritu maligno les dijo: «Conozco a Jesús y sé quién es Pablo, pero vosotros, ¿quiénes sois?» Y arrojándose sobre ellos aquél en quien estaba el espíritu maligno se apoderó de los dos y los sujetó, de modo que desnudos y heridos tuvieron que huir de aquella casa* (*Act.*, 19, 15-16).

465. Este resultado humillante se supo en toda Efeso, y no hizo sino confirmar y acrecentar la autoridad de Pablo. Una consecuencia ulterior fué que *bastantes de los que habían profesado las artes mágicas traían sus libros y los quemaban en público, llegando a calcularse el precio de los quemados en cincuenta mil monedas de plata* (ibíd., 19). Lo que se denomina aquí genéricamente *libros* son los *Ephesia grammata*, de que ya hablamos (§ 16).

La difusión de estos escritos mágicos se demuestra también por el hecho de que varios neófitos, que se habían servido de ellos anteriormente a su conversión, los tenían todavía en sus casas, no habiendo procedido aún a desembarazarse de ellos; el fracaso de los exorcistas judíos abrió los ojos a los neófitos también sobre este punto, demostrando la impotencia de la magia a la vez que el poder de Pablo. La gran hoguera de los libriellos, hecha en público, fué como una reparación del pasado y una manifestación pública de los nuevos sentimientos de los neófitos; no es preciso llegar a tiempos de Savonarola para encon-

---

mos una carta de Pablo a los *Filipenses*. Tal vez Policarpo conoció más de una; tal vez en este plural incluye las cartas a los vecinos *Tesalonicenses*; pero probablemente se trata sólo de un *plurale generis*.

(1) Cf.: *Vida de Jesucristo*, § 156 sigs.

trar hogueras públicas de escritos llenos de obscenidades, puesto que también se practicaban en el mundo pagano (Tito Livio, XL, 29). El precio del material quemado de este modo fué significativo, sea por la cualidad de los escritos, sea por su elevado costo comercial; las *cincuenta mil* (dracmas) *de plata* equivalían a 46.000 liras oro, suma fabulosa en aquellos tiempos.

466. Había transcurrido gran parte del tercer año de la estancia en Efeso cuando Pablo empezó a pensar en marcharse; la nueva comunidad tenía bases sólidas y férvidos dirigentes, y, por lo demás. el Espíritu proveería. Por otra parte, en el mundo había más cosas que Efeso, y Pablo se sentía llamado a otros lugares, por esto proyectó dirigirse a Jerusalén, pasando por Macedonia y Acaya, porque se decía para sí: *Desde allí iré a Roma (Act.,* 19, 21).

Antes de ponerse en camino quiso preparar a las comunidades que iba a visitar siguiendo el proyectado itinerario; por esto, *enviando a Macedonia dos de sus auxiliares, Timoteo y Erasto, él se detuvo algún tiempo en Asia (Act.,* 19, 22). Este Erasto no debe ser el Erasto tesorero de la ciudad de Corinto (§ 426). En cuanto a Timoteo, parece que esta misión suya en Macedonia, junto con Erasto, no es la mencionada en *I Cor.,* 4, 17, y 16, 10, la cual tuvo un carácter diverso y ya se había realizado anteriormente; pero de esto trataremos más tarde, porque este último período de la estancia de Pablo en Efeso encierra varias cuestiones arduas, algunas de las cuales tan sólo sirve como indicio de las complicaciones acaecidas en la comunidad de Corinto (§ 473 y siguientes). Antepongamos, pues, la marcha definitiva de Pablo a Efeso, que tuvo lugar antes de lo proyectado debido a un incidente absolutamente imprevisto, esto es, el motín de los plateros de la ciudad.

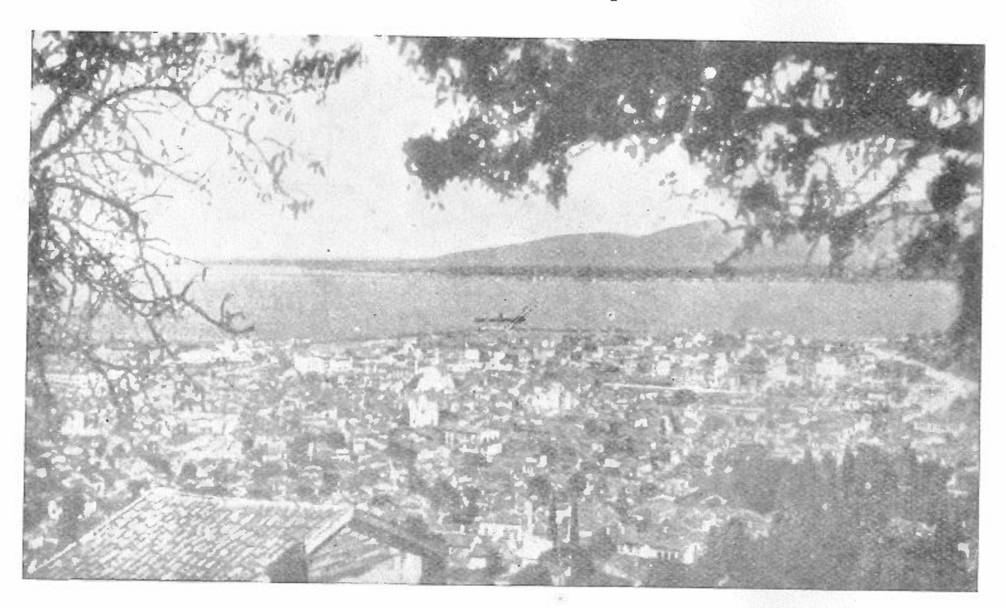


Fig. 99.—ESMIRNA

467. El relato de este incidente es una de las páginas más vívidas y de más color que se encuentran en los *Hechos,* y la repetiremos con las mismas palabras de su autor, tan sólo añadiendo algunas aclaraciones:

Un platero llamado Demetrio, que hacía en plata templos de Artemisa, que proporcionaban a los artífices no poca ganancia; convocándoles, así como a todos los obreros de este ramo, les dijo: «Bien sabéis que nuestro negocio depende de este oficio. Asimismo estáis viendo y oyendo que no sólo en Efeso, sino en casi toda el Asia, este Pablo ha persuadido y llevado tras sí una gran muchedumbre, diciendo que no son dioses (verdaderos) los hechos por manos de hombres. Esto no solamente es un peligro para nuestra industria, sino que es en descrédito del templo de la gran diosa Artemisa, que será reputada en nada y vendrá a quedar despojada de su majestad aquella a quien toda el Asia y el orbe veneran».

Al oír esto (aquellos hombres) se llenaron de ira y comenzaron a gritar, diciendo: «¡Grande es la Artemisa de los efesios!» Toda la ciudad se llenó de confusión y a una se precipitaron en el teatro, arrastrando consigo a Gayo y a Aristarco, macedonios, compañeros de Pablo. Quería Pablo entrar allá, pero no se lo permitieron los discípulos. Algunos de los Asiarcas, que eran sus amigos, le mandaron recado rogándole que no se presentara en el teatro. Unos gritaban una cosa y otros otra. Estaba la asamblea llena de confusión, y muchos no sabían ni por qué se habían reunido. En esto, empujado (?) (συνεβίβασαν) *por los judíos se destacó de entre la multitud Alejandro, que con la mano hacía señas de que quería hablar al pueblo, pero en cuanto supieron que era judío todos a una levantaron la voz y por espacio de dos horas estuvieron gritando: «¡Grande es la Artemisa de los efesios!» Habiendo logrado el escriba calmar a la muchedumbre, dijo: «Efesios, ¿quién no sabe que la ciudad de Efeso es la guardiana* (νεωκόρον: §§ 22, 63) *de la gran Artemisa y de su estatua bajada del cielo? Siendo esto incontestable, conviene que os aquietéis y no os precipitéis. Porque habéis traído a estos hombres, que ni son sacrílegos ni blasfemos, contra vuestra diosa. Si Demetrio y los de su profesión tienen alguna queja contra alguno, públicas asambleas se celebran y procónsules hay; que recurran a la justicia para defender cada uno su derecho. Si algo más pretendéis, debe tratarse eso en una asamblea legal, porque hay peligro de que seamos acusados de sedición por lo de este día, pues no hay motivo alguno para justificar esta reunión tumultuosa». Dicho esto, disolvió la asamblea. (Act.,* 19, 24-40.)

468. Lo que más impresiona de este relato es la precisión psicológica de la escena. La mayoría de aquellas gentes han concurrido al teatro tan sólo porque oyeron voces vagas, y se quedaron después durante horas aclamando a la diosa Artemisa sin saber a ciencia cierta por qué; es la conducta típica de la masa, siempre impulsiva e irracional.

Los únicos que actúan con conocimiento de causa son Demetrio, el platero y los artífices y demás plateros que él convoca; éstos sí que tenían interés en el tumulto, porque constituían la corporación de los

plateros. Estas corporaciones (συνεργασίαι) se recuerdan más de una vez en inscripciones, y tenían gran poder dentro de la vida económica y social de las ciudades griegas. Nuestro Demetrio (1) era, si no el jefe de la corporación de los plateros de Efeso, uno de sus miembros más autorizados, que proporcionaba trabajo, sea a *artífices* técnicos, sea a *obreros* más bajos. De sus talleres salían a diario centenares de estos templetes (ναίσκοι, *aediculae*), que reproducían en facsímil el gran templo de Artemisa y tenían dentro también la estatuilla de la diosa; los mayores podían colocarse establemente en algún lugar al aire libre; los más pequeños se ofrecían como exvotos al templo o se conservaban por devoción en las casas particulares. Los peregrinos solían comprar estos objetos; se hacían en materias menos preciosas, en piedra y en barro, pero los más costosos, naturalmente, eran los hechos en metales nobles, como los que labraba Demetrio, y con los que conseguía pingües ganancias. Pero sucedió que un mal día este hábil negociante se dió cuenta de que toda su industria se veía gravemente amenazada por la religión que estaba predicando Pablo, y corrió a protegerse arengando a sus operarios; de este modo, indirectamente, Demetrio nos da la medida de los éxitos alcanzados por Pablo, *no sólo en Efeso, sino en casi toda* (la provincia de) *Asia.*



Fig. 100.—MONEDA DE VALENTINIANO CON EL TEMPLETE DE ARTEMISA. EFESIA

469. Los empleados de Demetrio, después de la arenga del maestro, se dirigieron gritando hacia el teatro, lugar corriente de reuniones, y a medida que marchaban por las calles se les fueron uniendo multitud de ociosos y curiosos, creciendo así el número de los manifestantes; algunos de los empleados de Demetrio, mejor informados, fueron a buscar a Pablo a su casa, pero como no le encontraron en ella se llevaron a *Gayo y a Aristarco, macedonios, compañeros de viaje de Pablo* (2). Cuando Pablo supo el suceso, quiso presentarse espontánea mente en el teatro para librar a sus dos compañeros, pero sus discípulos no le dejaron que se expusiera a tan gran peligro. Es curioso que este mismo consejo se lo dieran también *algunos de los Asiarcas, que eran sus amigos,* lo cual demuestra que gozaba de simpatías hasta entre aquellos eminentes magistrados (§ 22), si bien seguramente no eran cristianos.

Mientras tanto crecía la efervescencia en el teatro, incluso porque la mayoría de los presentes ignoraban por qué estaban allí. En un mo-

(1) Un erudito inglés, Hicks, lo identificó con un Demetrio nombrado en una inscripción de Efeso, pero esta identificación no parece exacta; cf.: W. M. Ramsay: *The Church in the Roman Empire before A/D.* 170, 9.ª ed., London, 1907. El capítulo VII está dedicado a la estancia de Pablo en Efeso. Para la vida social de Efeso, en general, consúltese V. Chapot: *La provincie romaine proconsulaire d'Asie,* París, 1904.

(2) Este Gayo, macedonio, no puede ser el Gayo de Derbe (§ 349) y tampoco el Gayo de Corinto (§ 426). Aristarco era de Tesalónica (*Act.,* 20, 4), y fué después compañero de Pablo en el viaje a Roma (ibid., 27, 2) y en la prisión romana (*Colos.,* 4, 10). Es posible que estos dos testigos de los hechos fueran más tarde los informadores de Lucas con relación al episodio del tumulto.



Fig. 101.—EFESO: TEATRO

mento dado se hizo oír aquel *Alejandro* (1) judío, y este episodio es oscuro, incluso literariamente. Tal vez los judíos le habían enviado, porque también ellos se sentían amenazados por la revuelta considerándose ajenos al culto de Artemisa, y querían defender a sus secuaces separando su responsabilidad de la de Pablo. Pero la muchedumbre no le dejó hablar, precisamente porque era judío, y de este modo aumentó la confusión y el desconcierto y la muchedumbre se desahogó gritando durante dos horas: *¡Grande es la Artemisa de los efesios!*

470. Interviene, finalmente, el *escriba* (γραμματεύς), ciertamente el «escriba del pueblo», una especie de secretario general, cargo importantísimo en Efeso y recordado por las inscripciones. Este hombre, práctico y con los nervios bien templados, volvió a la muchedumbre a la realidad de las cosas; con gran habilidad disipó las aprensiones de la masa con respecto al templo de Artemisa, que nadie hasta entonces había vilipendiado; por lo demás, si Demetrio y sus artífices tenían motivos para querellarse, que siguieran las vías legales y no las vías revolucionarias; con las autoridades romanas no se podía jugar. Una manifestación desordenada y sin causa, como aquélla, podría hacer sospechar que se trataba de una sedición.

La autoridad del orador y, sobre todo, la sensatez de sus observa-

(1) No sabemos nada de él. Algunos han pensado que sea aquel *Alejandro el herrero* de que Pablo habla en *II Tim.*, 4 14, como de un enemigo (cf.: *I Tim.*, 1, 20?), pero no hay prueba alguna positiva para semejante identificación; nada demuestra la homonimia, porque el nombre de Alejandro era frecuentísimo.

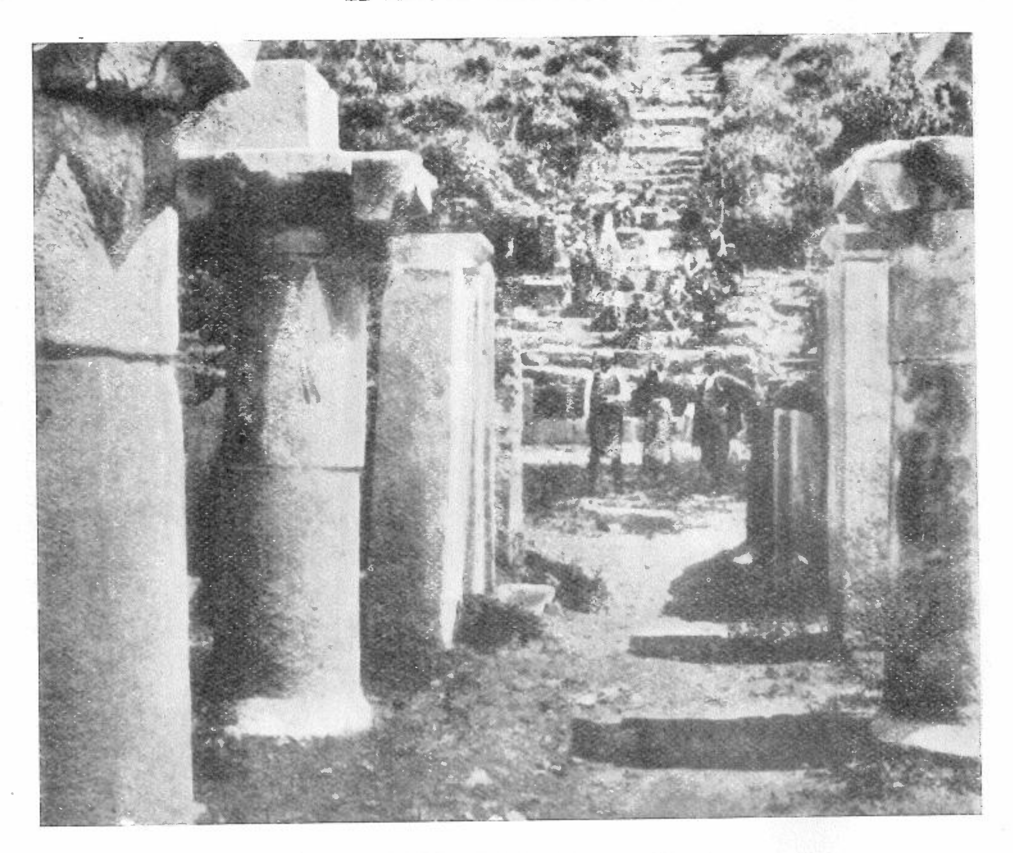


Fig. 102.—EFESO: ENTRADA DEL TEATRO

ciones convenció a la muchedumbre, la cual, sabiendo al fin de qué se trataba, regresó pacíficamente a sus hogares, sin más inconveniente que sentir las gargantas resecas de tanto haber gritado.

El peligro que había corrido Pablo, a pesar de la conclusión benigna, había sido bastante grande, incluso más grave de lo que hoy nos parece. Si unos meses más tarde, escribiendo a los *Romanos* (16, 3-4), Pablo recuerda a *Prisca y a Aquila, mis cooperadores en Jesús, los cuales por salvar mi vida expusieron su cabeza,* alude muy probablemente a cuanto los dos hicieron por salvar a Pablo en la revuelta de los plateros. Pablo vivía en su casa (§ 453), y allí debieron dirigirse los manifestantes violentos que iban en su busca, y que no habiéndole encontrado se ensañaron con Gayo y Aristarco; pero no se dice de qué manera expusieron ambos esposos sus vidas por salvar la de Pablo.

471. Una alusión todavía más oscura es la que aparece en *I Cor.*, 15, 32, donde Pablo se expresa así: *Si por solos motivos humanos luché con fieras en Efeso.* Algunos antiguos, basándose en los apócrifos *Hechos de Pablo* (§ 90, nota), interpretaron estas palabras literalmente,

y creyeron que el apóstol había sido expuesto a las fieras en el estadio de Efeso. Es evidente, sin embargo, que el apóstol habla aquí en metáfora, aludiendo a alguna tribulación gravísima que le ocasionaron hombres implacables, como fieras; la misma metáfora y el mismo verbo (θηριομαχέω) los empleó más tarde Ignacio de Antioquía, que escribió a los romanos (5, 1) que estaba luchando contra fieras, y más precisamente con diez leopardos, que eran los diez soldados romanos que le escoltaban en el viaje a Roma. Pablo no podía haber sido expuesto a fieras auténticas, porque le defendía contra ellas su ciudadanía romana (§ 393). ¿Cuáles son las fieras aludidas metafóricamente?

Como estas palabras fueron escritas en los primeros meses del año 56, no pueden referirse al motín de los plateros, que tuvo lugar en el 57; se refieren, pues, a alguna insidia gravísima, tramada probablemente por los judíos, pero sobre la que no tenemos noticia alguna. En cambio, son alusión evidente al tumulto de los plateros, así como a las otras tribulaciones que padeció durante su estancia en Efeso, las palabras que escribió en el otoño del 57 desde Macedonia: *No queremos, hermanos, que ignoréis la tribulación que nos sobrevino en Asia, pues fué muy sobre nuestras fuerzas, tanto que desesperábamos ya de salir con vida; aun más, temimos como cierta la sentencia de muerte... (II Cor., 1, 8-9)*. De todos modos, es bastante probable que estas tribulaciones diversas estuvieran en relación unas con otras y que nosotros conozcamos tan sólo el motín de los plateros, una de las infinitas manifestaciones de este estado de cosas.

472. ¿Probó Pablo en Efeso la cárcel? Es posible, en principio, pero de hecho no lo sabemos; poco tiempo después escribió a los romanos (16, 7) y enviaba recuerdos a Andrónico y a Junia, *compañeros de cautiverio* (συναιχμαλώτους), pero no sabemos dónde tuvo lugar este

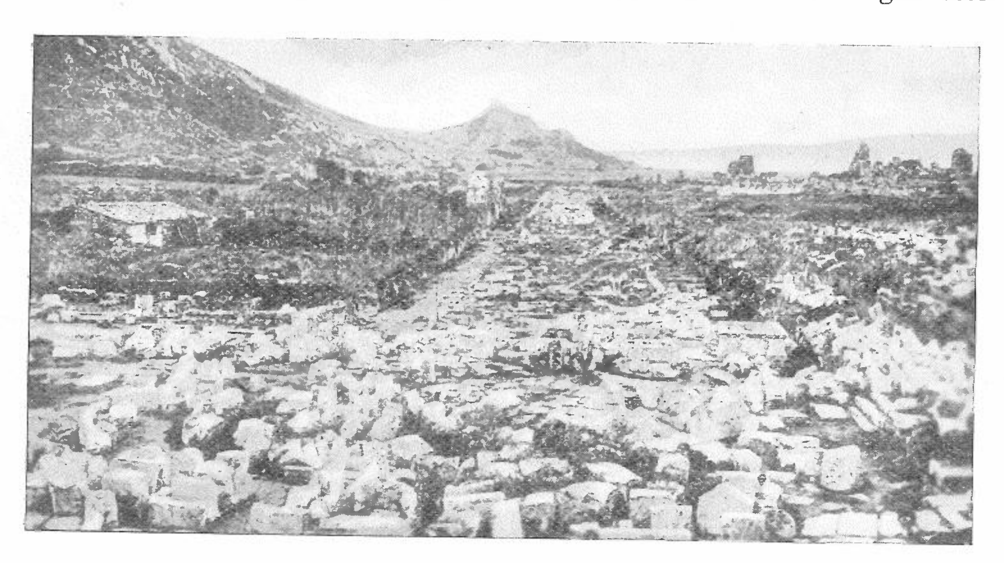


Fig. 103.—EFESO: VIA DEL TEATRO AL GIMNASIO

cautiverio, si en Efeso o en otra parte. Caso de haber acontecido en Efeso, la estancia en la cárcel debió ser bastante breve, como la de Filipos (§ 388 y siguientes), o poco más; Lucas habría omitido difícilmente la mención de un prolongado encarcelamiento durante un período como éste, de intensa labor de Pablo. Este argumento desarma a quienes suponen—como han supuesto algunos modernos (§ 566)—que Pablo escribió desde Efeso las cartas mencionadas estando en la cárcel; estas cartas se escribieron cuando Lucas estaba junto al prisionero Pablo (*Colos.*, 4, 14; *Filem.*, 24), y por esto Lucas no habría podido omitir el presunto largo encarcelamiento en Efeso. Encarcelamiento, pues, que debe considerarse como una de tantas hipótesis modernas carentes de fundamento.

El tumulto de los plateros cerró la serie de las tribulaciones, decidiendo Pablo alejarse de Efeso para no exponer también a la nueva comunidad a persecuciones más graves. Por esto *luego que cesó el alboroto hizo Pablo llamar a los discípulos y, exhortándoles, se despidió de ellos, y partió camino de Macedonia (Act.*, 20, 1). Era el itinerario que había proyectado con antelación (§ 466).

Sin embargo, no podemos nosotros abandonar Efeso con Pablo, porque debemos volver sobre los últimos tiempos de su permanencia allí, enfrentándonos con algunas cuestiones que ya indicamos (§ 466) y que desvelarán un amplio horizonte de tribulaciones y angustias de Pablo. Son las tribulaciones de lo que él llamaba *mis cuidados de cada día la preocupación por todas las iglesias* (§ 430), este cuidado que le había inducido a ocuparse de los tesalonicenses mientras estaba en Corinto y a escribirles, le indujo aquí, en Efeso, a seguir a distancia las vicisitudes de la comunidad de Corinto, y fueron estas vicisitudes bastante borrascosas.

473. Las dos cartas a los corintios.—Para tener un hilo conductor a través de estos acontecimientos, tracemos primero el esquema cronológico con que se desarrollaron, a nuestro parecer; recordemos que la permanencia de Pablo en Efeso comprende una parte del año 54, los años enteros 55 y 56 y parte del 57, habiendo salido de allí hacia mayo de este último año (§ 159).

Año 55, a fines.—Pablo escribió una carta a los corintios, hoy perdida *(I Cor.*, 5, 9) y anterior en algunos meses a *I Corintios,* que se ha conservado. Más tarde recibió malas nuevas acerca de la comunidad de Corinto, que le trajeron a Efeso *los de* (la casa de) *Cloe (I Cor.*, 1, 11); preocupado con estas noticias, envía a Corinto a Timoteo (ibíd., 4, 17, y 16, 10).

Año 56, unos meses antes de Pentecostés.—Pablo, inquieto por la misión de Timoteo, empieza a escribir una nueva carta, que es *I Corintios,* que conservamos (ibíd., 16, 8). Durante la redacción de esta carta, o poco antes, llega de Corinto la diputación formada por Estefana, Acaico y Fortunato (ibíd., 16, 15-17), que trae noticias todavía poco gratas (ibíd., 5, 1; 11, 18), y probablemente una carta de la comunidad de Corinto que pide a Pablo algunas normas (ibíd., 7, 1 sigs.).

Año 56, verano-otoño.—Timoteo regresa de Corinto a Efeso, trayendo noticias desoladoras con respecto a su misión y al efecto que

ha producido allí *I Corintios*. Por esto Pablo se decide a trasladarse personalmente a Corinto; esta visita de Pablo a Corinto, silenciada por completo en los *Hechos,* tal vez por su brevedad, fué la segunda que hizo, y la confirma implícitamente en sus palabras *(II Cor.,* 12, 14; 13, 1-2, texto griego). Además de brevísima, fué una visita hecha *en tristeza* (ibíd., 2, 1), a causa de las pésimas condiciones en que se encontró aquella comunidad. Como vió que el mal no podía curarse en poco tiempo y como Pablo no podía permanecer mucho alejado de Efeso, volvió casi inmediatamente, prometiéndose actuar desde lejos sobre aquella comunidad de Corinto.

Año 56, hacia el final.—Pablo aplaza, por misericordia, un inmediato retorno a Corinto para castigar a los culpables que lo merecen *(II Cor.,* 1, 15, 16, 17, 23; 2, 1; 13, 2). Mientras tanto envía a Timoteo a Macedonia para preparar aquella comunidad con vistas a su llegada *(Act.,* 19, 22; § 466), y expide directamente a Corinto una carta severísima, y ésta es la carta escrita con *muchas lágrimas (II Cor.,* 2, 4; 7, 8), que no se ha conservado, y que sería la tercera en el orden cronológico de las enviadas a Corinto.

Año 57, a principios. — Inquietísimo por las condiciones de Corinto, Pablo envía a Tito a captar el efecto de la carta escrita con *muchas lágrimas (II Cor.,* 7, 5-7; 12, 18), encargándole que a su vuelta venga por tierra y se quede en Troade, esperándole (ibíd., 2, 12-13).

Año 57, hacia mayo.—El tumulto de los plateros fuerza a Pablo a salir de Efeso improvisadamente, y al llegar a Troade no se encuentra con Tito; su ansia por saber de Corinto le hace seguir hacia Macedonia, para salirle al paso *(II Cor.,* 2, 12-13; *Act.,* 20, 1); se encuentra, finalmente, con Tito, que le trae noticias, en conjunto, bastante buenas *(II Cor.,* 7, 5-7).

Año 57, verano-otoño.—Pablo escribe desde Macedonia *II Corintios,* que conservamos, cuarta en el orden cronológico entre las cartas enviadas a aquella comunidad. Probablemente Pablo llegó hasta Iliria.

Años 57-58, en el invierno entre los dos años.—Pablo vuelve por tercera vez a Corinto, y permanece allí tres meses *(Act.,* 20, 2, 3). Desde allí escribe la carta a los *Romanos (Rom.,* 16, 1; cf., 16, 23 con *I Cor.,* 1; 14), que sigue en pocos o en muchos meses a la carta a los *Gálatas* (§ 505).

474. Examinemos ahora los hechos ordenados en el esquema cronológico precedente.

De la carta escrita a los corintios a fines del año 55, hoy perdida, sólo conocemos la alusión que hace a ella Pablo *(I Cor.,* 5, 9), donde recuerda que les ha recomendado que no mantengan relación con los fornicadores. Aun cuando aislada, la alusión es significativa, puesto que demuestra que no poco del antiguo fango moral se había quedado prendido en los neófitos de Corinto. Además esta admonición se había interpretado en sentido falso; algunos, tal vez tendenciosamente para desacreditar a Pablo, que estaba lejos, la habían interpretado como si él hubiera impuesto a los cristianos de Corinto que cortaran toda relación con gentes desvergonzadas de cualquier clase que fueran. ¿Acaso era esto posible en una ciudad como Corinto, que era toda ella un prostíbulo (§ 421)? Pablo, pacientemente, explica que no ha querido decir esto,

porque para eso tendríais que saliros de este mundo (I Cor., 5, 10); sólo había dicho que se evitara a aquellos neófitos que todavía no habían abandonado por completo las viejas costumbres. Hasta fines del 55, pues, Pablo estaba seriamente preocupado por las condiciones morales de los corintios.

475. Poco después sus preocupaciones se extendieron a otro campo. Los familiares de una cierta Cloe, una señora de Corinto que mantenía frecuentes relaciones—tal vez comerciales—con Efeso, habían llegado a esta ciudad y habían referido a Pablo que en la comunidad del istmo existían disensiones y se habían formado partidos en pugna; algunos se las daban de seguir a Pablo y otros a Apolo; otros, en cambio, decían preferir a Cefás; algunos, finalmente, decían que estaban con Cristo. Aquellos corintios no serían griegos preocupados de la decadencia si no se hubiesen agrupado en tantos conventículos, cada uno con sus propias insignias y prontos todos a condenar a los contrarios. No es que hubiera habido escisiones verdaderas; eran más bien corrientes diversas que se perfilaban en torno a algún nombre célebre, así como hoy en una universidad cualquiera los estudiantes se dividen entre afectos al profesor Mengano, Fulano o Perengano, perteneciendo, sin embargo, todos a la misma universidad. Estas rivalidades habían sido provocadas, involuntariamente, o exprofeso por los predicadores llegados a Corinto después de la marcha de Pablo, y habían influído sobre la proverbial volubilidad de los corintios.

Uno de éstos había sido Apolo; su hablar florido y sus alegorías aladas (§ 453) le habían conquistado la simpatía de muchos, que lo anteponían a Pablo, orador seco y rudo. Después de Apolo habían llegado otros predicadores; de Jerusalén habían venido algunos judeocristianos, provistos de cartas de recomendación de algunos grandes apóstoles de allí, y habían creado su grupo particular. Como éstos apelaban continuamente al nombre de Cefás, tal vez contraponiéndolo al nombre de Pablo, el nuevo grupo apareció como siendo el grupo de Cefás. Otros dejaron de lado nombres humanos, y formaron el grupo de Cristo; probablemente eran los que, haciéndose fuertes en sus dones carismáticos, se consideraban directamente iluminados por Cristo, sin intermediarios humanos, caso de que no fueran emigrados de Palestina que habían conocido a Cristo durante su vida mortal, y que creían por esto hallarse en condiciones privilegiadas. Finalmente, un grupo, molesto con todas estas novedades, se mostraba fiel aún al que primeramente les había hablado de Cristo en Corinto: era el grupo de Pablo.

476. Uno de los primeros que se preocupó ante este fraccionamiento de los espíritus fué Apolo, que había sido causa parcial e involuntaria de ellos. A fines del 55, abandonando Corinto, había vuelto a Efeso y había informado a Pablo de todo, confirmando las noticias que llevaron los familiares de Cloe; el hecho mismo de que abandonara el campo de sus involuntarios triunfos, demuestra que veía con pesadumbre cómo su nombre se había convertido en estandarte de discordia. Por su parte, Pablo tenía confianza plena en Apolo, y reconocía la ayuda

que le había prestado para consolidar la comunidad corintia (*I Cor.*, 3, 6), por eso insistió junto a él para que volviera a Corinto a realizar una obra de concordia, pero no logró que partiera (ibíd., 16, 12).

Con todo, no ha faltado algún crítico moderno que viera en Apolo al gran adversario de Pablo en Corinto, adversario falaz y persistente, de quien Pablo se defiende veladamente y casi con miedo. Es una de las acostumbradas construcciones fantásticas que descuidan o deforman los datos históricos explícitos y aportan, en cambio, pruebas ridículas. No era Pablo hombre para tener miedo de Apolo, aun cuando éste hubiera sido su enemigo; quien se había enfrentado audazmente con Pedro en Antioquía (§ 346 sigs.) estaba en situación de enfrentarse con Apolo de un modo abierto y directo, sin recurrir a subterfugios pueriles (1), y mucho menos habría rogado al lobo que se metiera entre las ovejas, invitándole insistentemente a que regresara a Corinto. Por el contrario, unos años más tarde Pablo tendrá consideración especial con Apolo (*Tito*, 3, 13), demostrando el afecto inmutable que sentía hacia él.

Naturalmente que nada tenían que ver Apolo y su grupo, como nada tenían que ver tampoco Cefás, y Cristo, y Pablo, con los suyos respectivos; los verdaderos responsables eran los intrigantes, que se cubrían con aquellos nombres, más o menos importantes, tan sólo por espíritu de partidismo. Y de este modo la comunidad corría el peligro de acabar maltrecha.

477. Como Apolo se negaba a volver a Corinto, Pablo envió allí a Timoteo, esperando que lograra remediar los males, y especialmente el de los conventículos. Al mismo tiempo decidió enviar una carta a los corintios para facilitar la misión de Timoteo. Es nuestra *I Corintios*, que tiene el fondo histórico que hemos visto. Pablo estaba a punto de comenzar a dictar esta carta, tarea que le hubiera ocupado las noches de varias semanas (§ 177 sigs.), cuando llegó de Corinto la diputación de Estefana, Acaico y Fortunato; es tal vez más probable que la composición de la carta se hubiera iniciado ya y estuvieran escritos los folios correspondientes a los cuatro primeros capítulos, y que en este punto llegara la delegación con las nuevas poco gratas y con la carta que le mandaban a él los corintios; así, en el capítulo quinto la carta de Pablo da un quiebro, como el de un corcel que hubiera recibido un latigazo imprevisto. La carta de Pablo contesta, a un tiempo, a las noticias antiguas y a las recientes, y también responde a las cuestiones

(1) Uno de estos subterfugios, aducido como prueba muy convincente, sería el que Pablo alude a Apolo, cuando dice: *la doctrina de la Cruz de Cristo es necedad para los que se pierden* (ἀπολλυμένοις), *pero es poder de Dios para los que se salvan* (*I Cor.*, 1, 18); el participio griego *apollymènois* aludiría a *Apolo*. ¡No está mal! ¿Qué otro verbo debía haber empleado Pablo aquí, y en pasajes paralelos a éste, en contraposición al siguiente verbo *salvar*? Y los Corintios, ¿se habrían dado cuenta de esta alusión, que nadie antes de nuestro tiempo ha percibido? Y Pablo, el contrario de Pedro en Antioquía, ¿era precisamente el tipo de hombre que recurre a estas puerilidades sin sentido, tratándose de destruir a un enemigo del evangelio suyo? Sin embargo, mucha de la crítica demoledora se basa en argumentos de esta especie, que se presentan, no obstante, con gran seriedad.

planteadas por la carta de los corintios recién recibida. He aquí un resumen.

478. Después de los saludos de costumbre, la primera cuestión que se trata es la de los conventículos, que se refiere a las noticias que Pablo ha recibido desde hace más tiempo.

En una comunidad cristiana no debe haber disensiones, mientras que en Corinto unos se dicen de Pablo, otros de Apolo, otros de Cefás, otros de Cristo. ¿Y qué? *¿Está dividido Cristo? ¿O ha sido Pablo crucificado por vosotros o habéis sido bautizados en su nombre? (I Cor.*, 1, 13). Pablo está muy contento de no haber bautizado personalmente más que a poquísimos en Corinto, de manera que su nombre no podrá servir de pretexto a conventículos; tan sólo ha evangelizado, hablando no con discursos sabios, sino con las palabras de la cruz, que es la salvación para los elegidos. Dios, en efecto, ha rechazado la sabiduría humana para hacer triunfar la necedad de la predicación cristiana; puesto que los judíos piden milagros y los griegos sabiduría, Cristo crucificado es escándalo para los judíos y necedad para los paganos, pero salvación para los elegidos, sean judíos o griegos. ¿Acaso los corintios no se hallan privados de las grandes dotes apreciadas en el mundo? Y, sin embargo, por medio de ellos Dios confunde al mundo. Desde el principio Pablo les habló no con sabiduría humana, sino anunciando a Jesús crucificado, y lo hizo para que su fe se fundara en el poder de Dios. Pablo, en realidad, conoce una sabiduría desconocida para el mundo, y revelada tan sólo por el Espíritu de Dios, que todo lo escruta; pero Pablo no se la comunica a los hombres carnales, sino a los espirituales; los corintios, en cambio, son todavía carnales, como *niños en Cristo* (3, 1), y no pueden recibir el alimento de los hombres maduros, como demuestra su conducta.

¿Quiénes son Pablo y Apolo, a cuyo nombre se dividen? Son igualmente ministros de Dios, cada uno a su modo. *Yo planté, Apolo regó, pero quien dió el crecimiento fué Dios* (3, 6). Pablo fijó los cimientos y otros después elevaron la construcción; pero los cimientos serán siempre Jesucristo, y las construcciones hechas con materiales nobles o con madera y paja se verán expuestas a la prueba del fuego en el día del Señor. Que no se dejen seducir los corintios por los nombres de que se alaban. *Nadie, pues, se glorie en los hombres que todo es vuestro; ya Pablo, ya Apolo, ya Cefás, ya el mundo, ya la vida, ya la muerte, ya lo presente, ya lo venidero, todo es vuestro; y vosotros, de Cristo, y Cristo, de Dios* (3, 21-23). Pablo y los demás apóstoles son ministros de Cristo y los ecónomos de los misterios de Dios; su conducta debe ser juzgada, pero no por los hombres, sino por el Señor, cuando venga. Y, sin embargo, los corintios son ahora ricos, poderosos, están saciados, mientras Pablo y los demás apóstoles se han convertido en el espectáculo del mundo, de los ángeles y de los hombres, y aparecen necios, flacos, innobles, padeciendo hambre, sed, desnudez y toda suerte de privaciones; pero les dice esto a los corintios con ironía admirable, queriendo exhortarles como un padre, entre los infinitos pedagogos que puedan tener, puesto que él ha sido su verdadero padre en Cristo. Les

dice después que les ha enviado a Timoteo (§ 477), en espera de poder ir él mismo (caps. 1-4).

479. Bruscamente Pablo pasa a la cuestión acerca de las costumbres (1). Ha sabido de graves hechos acaecidos entre los fieles de Corinto, tan graves que ni siquiera suceden entre paganos; un cristiano se ha atrevido a casarse con su propia madrastra, que había enviudado, y los hermanos se han alegrado de esta mala acción, en vez de expulsar de entre ellos al incestuoso. Pero Pablo, espiritualmente, entrega a Satanás el cuerpo del culpable, para que su espíritu sea salvo en el día del Señor. Sean cautos los corintios; expulsen de sí el fermento de malicia y consérvense como panes ácimos para su Pascua, que es Cristo. En su carta anterior Pablo les había recomendado que no tuvieran relaciones con fornicadores (§ 474), pero no se refería entonces a los paganos, sino a los neófitos que todavía no se han librado del vicio; los fieles, ni siquiera deben sentarse a la mesa con hermanos de tan mala conducta (cap. 5).

480. *Sigue la cuestión de los tribunales paganos* (2).—El cristiano que haya sido perjudicado en sus intereses por un hermano, ¿se atreverá a dirigirse, en busca de justicia, a los tribunales civiles, despreciando el juicio de los demás hermanos? Pero ¿no saben los corintios que los cristianos juzgarán un día al mundo y a los ángeles? Los más humildes fieles son capaces de juzgar sobre cuestiones de intereses materiales. Es ya un mal que semejantes cuestiones surjan entre los fieles. sería mejor soportar la injusticia con paciencia; de todos modos, no se recurra al juicio de los paganos. Pero, antes de nada, que no se hagan surgir estas cuestiones cometiendo fraudes e injusticias; también estas viejas costumbres de los corintios fueron abolidas cuando se hicieron cristianos (cap. 6, 1-11).

481. *Vuelve la cuestión de las costumbres.*—Algunos neófitos creen que habiendo conquistado la libertad en Cristo pueden también fornicar, lo cual, por lo demás y según su parecer, es cosa prevista y preparada por la Naturaleza, como la digestión de los alimentos: *los manjares para el vientre y el vientre para los manjares* (6, 13). Nada de

---

(1) El carácter brusco de esta transición es patente aun en una primera lectura. Teniendo en cuenta el estilo nervioso y cortante de Pablo, y el mucho tiempo empleado por él en el dictado de sus cartas, esta brusquedad puede explicarse como efecto de la concentración imprevista de su mente sobre un nuevo tema. Sin embargo, parece más verosímil explicarla como efecto de las noticias que le trajo, como se ha dicho (§ 477), la delegación de Corinto; esta hipótesis parece confirmada por las palabras introductoras del nuevo tema: *Es ya público que entre vosotros reina la fornicación, y tal fornicación cual ni entre los gentiles*, etc. (5, 1).

(2) También la cuestión de los tribunales parece estar en relación con las noticias traídas por la delegación que acababa de llegar: En Corinto, un cristiano había citado a un hermano ante un tribunal civil, compuesto, por tanto, de paganos. Para valorar la respuesta de Pablo, aun abstracción hecha de su elemento espiritual, téngase presente que los judíos tenían sus tribunales particulares, reconocidos por la autoridad de Roma, tanto en la Diáspora como especialmente en Palestina (cf.: *Historia de Israel, II*, §§ 197, 376).

esto: *El cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor.* Además, mediante el bautismo el cristiano se ha convertido en un miembro de Cristo: *¿Y voy a tomar yo los miembros de Cristo para hacerlos miembros de una meretriz?* No hay que profanar el templo del Espíritu Santo: *¿O no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros y habéis recibido de Dios, y que, por tanto, no os pertenecéis?* (cap. 6, 12-20). (1).

482. *Vienen a continuación las respuestas a varias cuestiones que propone la carta que ha recibido.*—Abstenerse del uso del matrimonio es cosa buena, pero recúrrase a aquel uso para abstenerse de la fornicación. El marido tiene deber hacia la mujer y la mujer hacia el marido; cada uno de los dos tiene potestad sobre el cuerpo del otro. Abstenerse, pues, es lícito, siempre que sea de común acuerdo, con fines espirituales y por breve tiempo. Pablo desea que sean como él (2); pero quien no se sienta en situación de imitarle, que se case. A los que están unidos en matrimonio les ordena, no ya Pablo, sino el Señor, *que la mujer no se separe del marido, y, de separarse, que no vuelva a casarse o se reconcilie con el marido, y que el marido no repudie a su mujer* (7, 10-11) (3). Entre los dos esposos, de quienes sólo uno se ha hecho cristiano, el matrimonio continúa; pero si el cónyuge no cristiano se separa, el cónyuge cristiano queda libre (4). En general, que permanezca cada uno en el estado en que estaba antes de hacerse cristiano; circunciso o incircunciso, esclavo o libre, todos son iguales antes Cristo (cap. 7, 1-24).

483. *Cuestión de la virginidad y de la viudez.*—Con respecto a la virginidad, Pablo no tiene ningún precepto del Señor que comunicar a los corintios; tan sólo les da consejos sacados de su propia experiencia. *Creo, pues, que por la instante necesidad* (διὰ τὴν ἐνεστῶσαν ἀνάγκην *es bueno que el hombre quede así* (7, 26), esto es, en las condiciones de Pablo, que está sin esposa (5). Quien tenga mujer, que no se

---

(1) Obsérvese como Pablo condena la fornicación únicamente por razones religioso-cristianas, sin alegar ninguna otra razón filosófica, social, higiénica, etc. Ciertamente, él conoce todas estas otras razones, sin embargo, le parecen de escasa eficacia frente a la majestad de las razones cristianas. La incorporación mística en Cristo es la base fundamental de la moral de Pablo.

(2) Esto es, libre del matrimonio. Véase cuanto dijimos en el § 244 a propósito del presunto matrimoino de Pablo.

(3) Para este pasaje en relación con la primitiva catequesis cristiana, cf.: *Vida de Jesucristo*, § 480.

(4) Es el conocido «privilegio paulino» de los juristas.

(5) Esta *instante necesidad* la interpretan los escatólogos como *hecho inminente o urgente*, que sería una alusión a la parusia, cuya inminencia desaconsejaría el contraer matrimonio. Pero limitándose a la expresión en cuestión, no se ha tenido en cuenta que vuelve poco después, en términos casi iguales, *necesidad... incumbe*, ἀνάγκη... ἐπίκειται (*I Cor.*, 9, 16), donde Pablo habla de la necesidad que le incumbe a él de anunciar el Evangelio. Incluso el paralelismo filológico es sorprendente: ἐνεσνῶσαν= *in-sita* ἐπίκειται, *sub-yace, in-cumbe*. Cuál sea la necesidad con respecto al matrimonio, se dice en el versículo siguiente: *pero tendréis así que estar sometidos a la tribulación de la carne*; son el conjunto de los cuidados materiales que comportan el matrimonio y la generación, y que en la mente de Pablo representan un obstáculo para una vida

separe de ella, y quien no la tenga, que no la tome; quienes se casan no hacen nada malo, pero *estarán sometidos a la tribulación de la carne*. El motivo del consejo de Pablo se explica inmediatamente después. *Dígoos, pues, hermanos que el tiempo es corto. Sólo queda que los que tienen mujer vivan como si no la tuvieran; los que lloran, como si no llorasen; los que se alegran, como si no se alegrasen; los que compran, como si no poseyeran, y los que disfrutan del mundo, como si no disfrutasen, porque pasa la apariencia* (τὸ σχῆμα) *de este mundo. Yo os querría libres de cuidados. El célibe se cuida de las cosas del Señor, de cómo agradar al Señor. El casado ha de cuidarse de las cosas del mundo, de cómo agradar a su mujer, y así está dividido* (7, 29-33) (1). Dígase lo mismo, relativamente, con respecto a la mujer. Un padre puede muy bien casar a su hija antes de que se marchite la flor de su juventud; sin embargo, mejor haría no casándola. También la viuda puede muy bien volver a casarse; sin embargo, haría mejor permaneciendo viuda, conforme a mi consejo, *pues también creo tener yo el espíritu de Dios* (cap. 7, 25-40).

---

cristiana de mayor elevación. De manera que mientras nada resulta de la expresión acerca de la parusia, por el contexto se ve que se alude a la vida matrimonial.

(1) Este pasaje es caballo de batalla de los escatólogos; según su interpretación, si *el tiempo es corto*, esto significa que la parusia es inminente; *si pasa la apariencia de este mundo*, esto significa que el mundo se derrumbará con ocasión de la parusia. Esta idea de la parusia inminente sería la «gran idea» de toda la visión conceptual de Pablo. Pero como no se puede hacer decir a Pablo lo que no dice, hay que juzgarlo por el conjunto de sus escritos y de su laboriosidad. Pablo ¿habla aquí, como han supuesto muchos, de la muerte de cada uno de los hombres, para quienes el mundo se derrumba con su muerte individual? Al afirmar esto, nos parece que se le hace decir a Pablo lo que en rigor no quiso decir. Indudablemente, habla de un «fin», y de un fin no lejano, pero no dice que pueda ser tan sólo la muerte individual. En efecto, no hay que olvidar nunca, que para él el tiempo de la parusia es absolutamente ignoto (§ 347), y que puede suceder tanto en breve como en *los siglos venideros* (§ 440); al enseñar esto respeta la incertidumbre que Jesús dejó con respecto a esta cuestión, en su sermón escatológico. Por tanto, el «fin» indudable lo realizará la parusia, si ésta sucede en breve; si, por el contrario, tarda, lo realizará la muerte de cada uno de los hombres. Pero tanto en un caso como en otro, *el tiempo es corto* (συνεσταλμένος, «reducido», «abreviado»), puesto que ya ha pasado bastante, y el «fin» no tardará en llegar de un modo o de otro: *Por consiguiente, mientras hay tiempo, hagamos el bien* (*Gál.*, 6, 10), incluso renunciando al matrimonio quien se sienta en medida de hacerlo. La interpretación que los escatólogos dan a este pasaje de Pablo es, pues, parcial; porque él escribía, y aun obraba, sin afirmar y sin excluir nada con respecto al tiempo de la parusia. Y si la certeza de la parusia fuera la «gran idea» de Pablo, debería aparecer en cada una de sus páginas, mientras que, por el contrario, no aparece ni siquiera en escritos fundamentales (*Gálatas*, *Efesios*, etc.), o bien aparece de pasada (*Romanos*, § 522, nota; *Filipenses*, § 633, nota), o más ampliamente (*Tesalonicenses*, § 431 sigs.); pero siempre en grado de ser interpretada en la manera unilateral mencionada. Además, en su conducta práctica, Pablo se regía como si la parusia no fuera ciertamente inminente; anunciaba que anteriormente a la parusia tendría lugar la conversión de la *plenitud de las naciones* e incluso de Israel (*Romanos*, 11, 25-26). Pero, ¿cómo podía suceder esto en el espacio de pocos meses o de pocos años? Además, en sus cartas pastorales más tardías, daba normas para organizar las diversas comunidades de manera firme y perdurable; pero si mañana el mundo fuera a derrumbarse, todo esto sería inútil, y valdría mucho más proclamar la huelga total como habían hecho los tesalonicenses (§ 434). (Es verdad que las cartas pastorales se han declarado apócrifas, sobre todo por este motivo; pero esto es una simple *petitio principii* que no merece ser tomada en consideración.) Cf. también, § 489, nota.

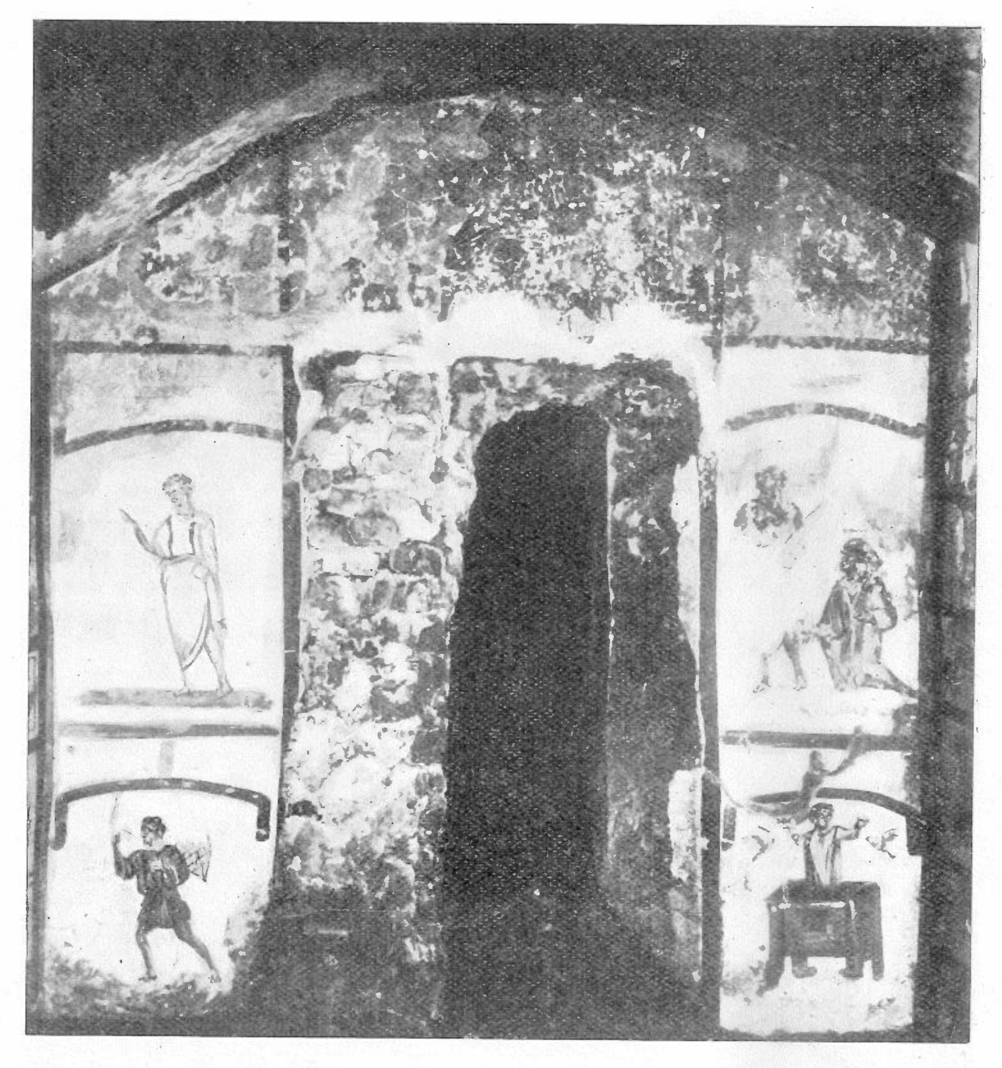


Fig. 104.—ENTRADA DE UN CUBICULO. A la izquierda, arriba, *EL MILAGRO DE LA FUENTE COMO SIMBOLO DEL BAUTISMO* (*inspirado en* I Cor., 10, 1-4); abajo, *EL PARALITICO CURADO QUE LLEVA SU LECHO A CUESTAS*; a la derecha, arriba, *LA HEMORROISA CURADA*; abajo, *NOE EN EL ARCA*.

Roma: Catacumba de San Pedro y Marcelino, sig. III.

(Pont. Instituto Archeologia Crist.)

484. *Cuestión de los alimentos sacrificados a los ídolos* (1).—Los corintios deben regirse con sabiduría, pero también con caridad. No les es lícito en sí comer carne que ha sido sacrificada a los ídolos, porque los ídolos no son nada, y existe Dios verdadero; sin embargo, como hay algunas gentes de ciencia imperfecta, que consideran ilícitas tales car-

(1) Para los alimentos sacrificados a los ídolos, véase § 360 sigs.

nes, habrá que abstenerse caritativamente de comerlas para no escandalizar a estos débiles. Como parangón presenta Pablo el ejemplo de sí mismo, en tanto que apóstol; los corintios le reconocen, sin duda, como apóstol, y por esto tendría derecho a hacer que le mantuvieran a su costa y a llevar consigo a una mujer cristiana que le sirviera, *igual que los demás apóstoles y los hermanos del Señor y Cefás. ¿O acaso solamente yo y Bernabé estamos obligados a vivir de nuestro trabajo?* (9, 5-6). Este derecho suyo lo muestra también acudiendo al Antiguo Testamento, y, sin embargo, Pablo no se sirve de él para no obstaculizar el evangelio de Cristo, y quiere evangelizar gratuitamente, haciéndolo todo a todos, para ganarlos a todos a Cristo. Como los atletas en el estadio se someten a duras privaciones para lograr el premio, así él esfuerza su cuerpo aceptando toda renuncia para obtener la corona incorruptible. Muchos hechos del Antiguo Testamento, prejuzgando el Nuevo, aconsejan huir de la concupiscencia y la idolatría y recurrir a la ayuda de Dios en las tentaciones. Es ilícito participar en las mesas de sacrificios idólatras, como demuestra por oposición el banquete de la Eucaristía: *El cáliz de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo?* Así, por oposición, quien participa en banquetes idólatras tiene comunidad con los demonios. *No podéis beber el cáliz del Señor y el cáliz de los demonios; no podéis tener parte en la mesa del Señor y en la mesa de los demonios* (10, 21). En la práctica téngase cuidado de no escandalizar a los demás, y cómanse libremente las carnes que vende el carnicero, sin preguntar si proceden o no de sacrificios, y así también acéptense invitaciones a comer, aun cuando vengan de paganos; pero si se da una pública advertencia de que la carne procede de

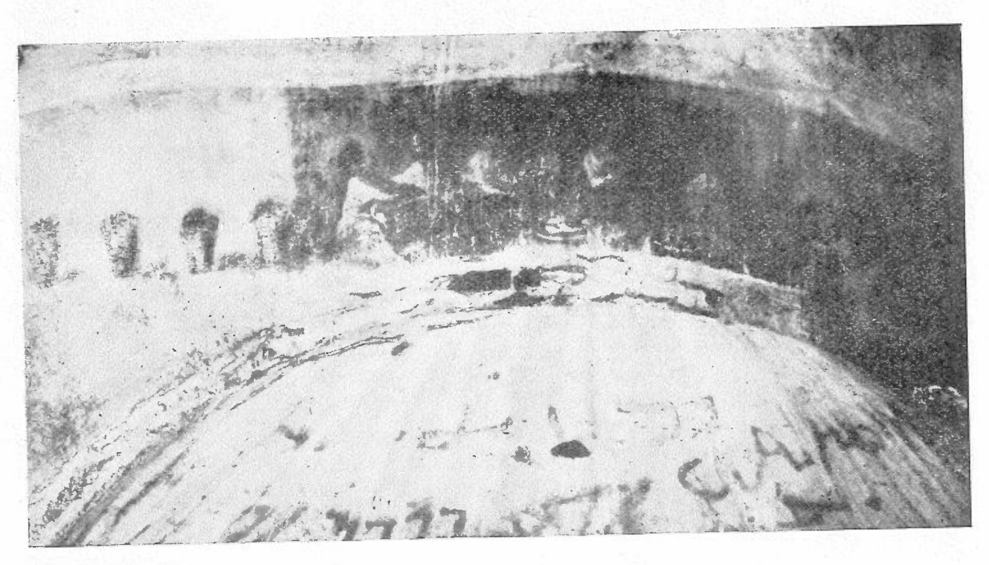


Fig. 105.—BANQUETE EUCARISTICO
Roma: Catacumba de Priscilla, Capilla griega, sig. II.
(Pont. Instituto Archeologia Crist.)

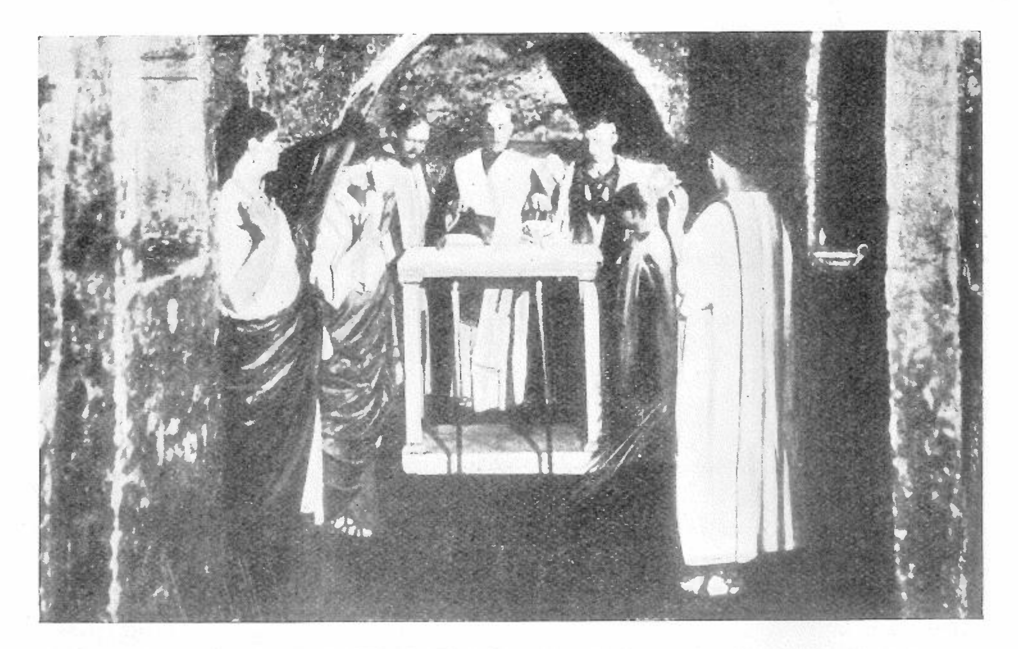


Fig. 106.—CELEBRACION DE LA EUCARISTIA EN LAS CATACUMBAS DE ROMA (Reconstrucción escénica por los «Amigos de las Catacumbas»)

un sacrificio idólatra, que no se coma, para no perturbar la conciencia de otros (1). Hágase todo por la gloria de Dios y por la caridad del prójimo, y en esto que le imiten a él, Pablo, como él imita a Cristo (capítulo 8-11).

485. *Cuestiones referentes a las reuniones cristianas; el velo de las mujeres, el ágape y la Eucaristía.*—En las reuniones religiosas la mujer debe intervenir con la cabeza velada, sea para demostrar su subordinación al hombre, sea *por (reverencia hacia) los ángeles* (11, 10) (2).

La comida en común o «ágape» (3) no se haga en diversos grupos,

(1) Las víctimas ofrecidas en los sacrificios paganos ascendían a veces a centenas y millares, y esta abundancia forzaba a entregar la carne a las carnicerías públicas para que se vendiera. Pablo, pues, permite que se compren estas carnes en los carniceros, sin cerciorarse de su procedencia; permite que se acepten invitaciones a comer en casa de paganos, sin investigar la procedencia de las viandas; en cambio, impone la abstención cuando se advierta explícitamente que la carne procede de sacrificios idólatras. Este último caso no se refiere a la carne en sí, sino al escándalo que puede ocasionar el que un cristiano la coma.

(2) En la pagana Tarso las mujeres salían de casa generalmente recubiertas de amplios peplos (§ 5), mientras en Corinto no se observaba este pudor femenino. Pablo exige que, al menos en las reuniones religiosas, las mujeres tengan la cabeza velada por razón de simbolismo jerárquico: en Oriente, ir con la cabeza descubierta era signo de autoridad y dominio, mientras que la cabeza cubierta demuestra subordinación y reverencia; la jerarquía cristiana afirma que a la cabeza de la mujer está el hombre, y a la cabeza del hombre, Cristo, y a la cabeza de Cristo, Dios (11, 3; cf.: *Ef.*, 5, 23). La alusión a los ángeles no está clara; pero parece indicar que se hallan invisiblemente presentes en las reuniones litúrgicas.

(3) Acerca del origen y naturaleza del «ágape» estamos poco informados; cierta-

aparte en los que intervengan algunos hambrientos y otros que están ya ebrios; cómase primero en las casas propias y hágase decorosamente la comida en común, con caritativa igualdad, y con el solo fin de celebrar *la cena del señor* (11, 20). Con respecto a esta *cena,* o sea, la Eucaristía, afirma Pablo: *Porque yo he recibido del Señor lo que os he transmitido, que el Señor Jesús, en la noche en que fué entregado, tomó el pan, y, después de dar gracias, lo partió y dijo: «Este cáliz es el Nuevo Testamento en mi sangre; cuantas veces lo bebáis haced esto en memoria mía». Pues cuantas veces comáis este pan y bebáis este cáliz. anunciais la muerte del Señor hasta que El venga. Así, pues, quien coma el pan y beba el cáliz del Señor indignamente será reo del cuerpo y de la sangre del Señor* (11, 23-27). Por esto, que el hombre se mire bien antes de participar en la cena del Señor, porque participando en ella indignamente come y bebe su propia condenación (cap. 11, 2-34).

486. *Cuestión acerca de los carismas; la caridad* (1).—Proceden todos los carismas del Espíritu Santo, y miran todos a la utilidad de la comunidad. Son diversos, como diversos son los miembros del cuerpo humano, aun cuando cada uno contribuye al bienestar del organismo. Aspiren los corintios a tener los mejores carismas, es decir, aquellos que más contribuyan a la edificación común. Pero hay una cosa más excelente que todos los carismas, y es la caridad; a ella dirige Pablo su «elogio» sublime, que literariamente tiene cadencias de himno:

—Si hablando lenguas de hombres y de ángeles
no tengo caridad
soy como bronce que suena, o címbalo que retiñe.
—Si teniendo el don de profecía,
y conociendo todos los misterios y toda la ciencia,
y teniendo tanta fe que traslade los montes,
no tengo caridad,
nada soy.
—Y si repartiese toda mi hacienda
y entregase mi cuerpo al fuego
no teniendo caridad,
de nada me serviría.
La caridad es paciente,
la caridad es benigna;
no es envidiosa,
no es jactanciosa,
no se hincha,
no es descortés,

---

mente era una comida tomada en común, sea en testimonio de fraternidad, sea en socorro de los más pobres; era diverso de la *cena del Señor,* en la que se celebraba el rito de la Eucaristía, si bien en los primeros tiempos se celebraba al mismo tiempo que ella, precediéndola o siguiéndola. Como persistieran los abusos que ya reprende aquí Pablo, más tarde se separó por completo el «ágape» de la *cena del Señor,* y con esto, poco a poco, cayó en desuso. Con respecto a lo que inmediatamente después dice Pablo de la Eucaristía, y a las relaciones entre su enseñanza y el resto de la catequesis, véase cuanto dijimos en la *Vida de Jesucristo,* § 544, 548.

(1) Para todo este asunto véase lo que dijimos antes, § 206-225.

no es interesada,
no se irrita,
no piensa mal,
no se alegra de la injusticia;
se complace en la verdad.
Todo lo excusa,
todo lo cree,
todo lo espera,
todo lo tolera.
La caridad no pasa jamás;
las profecías tienen su fin,
las lenguas cesarán;
La ciencia se desvanecerá.
Ahora, nuestro conocimiento es imperfecto,
imperfecta es la profecía;
cuando llegue el fin desaparecerá lo que es imperfecto.
Cuando yo era niño, hablaba como niño,
pensaba como niño, razonaba como niño;
cuando alcancé a ser hombre,
dejé como inútiles las cosas del niño.
Ahora vemos en un espejo y oscuramente,
entonces veremos cara a cara.
Ahora conozco sólo en parte,
entonces conoceré cómo soy conocido.
Ahora permanecen tres cosas:
fe,
esperanza,
caridad.
Pero la más excelente es la caridad (13, 1-13).

Entre los carismas, la profecía es preferible a la glosolalia; ésta edifica al invidiuo, aquélla beneficia a la comunidad. Que en las reuniones hablen dos o tres glosolalos sucesivamente, y después el intérprete exponga sus discursos; que hablen también dos o tres profetas. Que las mujeres no tomen la palabra en las reuniones (cap. 12-14).

487. *Problema de la resurrección de los muertos.*—Los corintios ya han sido catequizados por Pablo, y saben que Cristo murió por nuestros pecados, fué sepultado y resucitó; el resucitado se apareció a Cefás, después a los Doce, después a más de 500 hermanos a la vez, de los que todavía viven algunos, después a Santiago y a todos los apóstoles; finalmente se apareció a Pablo como a un aborto, puesto que él es el menor de los apóstoles, indigno de ser llamado apóstol, porque persiguió a la Iglesia de Dios (1). Si Cristo ha resucitado, ¿cómo pueden decir algunos corintios que no resucitarán los muertos? (2). La suerte

(1) Para esta serie de testigos de Jesús resucitado, cf.: *Vida de Jesucristo*, § 626.
(2) Esta noticia de que entre los cristianos de Corinto había quienes negaban la resurrección de los muertos, prueba sobre qué fondo moral estaba desarrollándose allí el cristianismo; esto explica, además, las risas con que fué recibido el discurso de Pablo en el Areópago (§ 414).

de Cristo es la de sus seguidores; si no hay resurrección de los muertos, tampoco Cristo ha resucitado. Y si Cristo no ha resucitado, es vana la predicación de Pablo, vana la fe de los cristianos; y si los cristianos esperan de Cristo tan sólo en esta vida, son los más desgraciados de los hombres. Pero Cristo resucitó: *Porque como por un hombre vino la muerte, también por un hombre vino la resurrección de los muertos. Y como en Adán hemos muerto todos, así también en Cristo, somos todos vivificados* (15, 21-22).

Cristo es la primacía de esta resurrección, y a esta primicia seguirá la mies—sus fieles—en su parusia. Triunfará Cristo de todos sus enemigos, el último de los cuales es la muerte; entonces consignará su reino al Padre. Por lo demás, la fe en la resurrección viene atestiguada por el uso que existe entre los corintios, algunos de los cuales se hacen bautizar en pro de sus muertos (1); lo atestigua también la vida de abnegación continua que lleva Pablo, sostenido por aquella fe.

488. Pero preguntarán algunos de qué manera resucitan los muertos y con qué cuerpo. Es una insensatez. Sucederá como le sucede al grano de simiente, que no brota si primero no muere, corrompiéndose en la tierra; así, el cuerpo humano se siembra en la corrupción de la muerte, y resurge después incorruptible: *Se siembra cuerpo «psíquico» y surge un cuerpo «espiritual». Pues si hay un cuerpo «psíquico», también lo hay «espiritual». Que por eso está escrito: «El primer hombre, Adán, fué hecho alma viviente» (Génesis, 2, 7); el último Adán, espíritu vivificante. Pero no es primero lo «espiritual», sino lo «psíquico»; después, lo «espiritual». El primer hombre fué de la tierra, terreno; el segundo hombre fué del cielo* (15, 44-47) (2). Los cristianos, que ya llevaban la imagen del hombre terreno, llevarán también la del hombre celestial. Sigue a continuación una comunicación solemne: *Voy a*

---

(1) De esta singular costumbre no tenemos más noticia que la alusión presente, de la que poco puede deducirse: si moría un catecúmeno antes de recibir el bautismo, era costumbre en Corinto que un pariente suyo se hiciera bautizar en provecho (ὑπέρ) suyo. No se trataba de una sustitución verdadera, pero era una especie de sufragio: cómo concebían este sufragio quienes lo practicaban, no lo sabemos. Pablo señala el hecho, sin juzgarlo: sólo extrae la conclusión de que quien lo practicaba admitía implícitamente la resurrección de los muertos. Más tarde pasó este uso a sectas heréticas, como verdadera sustitución de la persona.

(2) Los términos empleados en este pasaje, comunes en el mundo helénico, proceden de la filosofía platónica, que distinguía en el compuesto humano tres elementos: el cuerpo, la *psique* y el *pneuma*; la *psique* o alma era común al hombre y a los animales irracionales; pero el hombre se diferenciaba de ellos en virtud del *pneuma*, o espíritu. Los tres términos aparecen reunidos en *I Tes.*, 5, 23. Sin embargo, el término *psique* y el término *pneuma* recibieron a veces significados algo diversos de los primeros; también en los escritos de Pablo, sobre todo cuando emplea adjetivos derivados de estos términos, como en este pasaje; y no puede decirse que por *pneuma* entienda el Espíritu Santo, y el adjetivo *pneumático* menciona lo que se relaciona con él. Las expresiones principales de este pasaje se interpretan en un léxico especial de esta manera: «*Cuerpo psíquico* es el cuerpo sometido en esta vida terrena a la *psique*, esto es, al alma vegetativa, sometido a la generación y a la nutrición (opuesto al *cuerpo pneumático*, cuerpo sometido sólo al espíritu, al alma racional glorificada»; en cuanto al *cuerpo pneumático* «es el cuerpo informado por el *pneuma*, totalmente sometido y regido por el espíritu, y sometido a él por las operaciones más elevadas del alma glorificada (cf. el cuerpo del hombre arrebatado en éxtasis)» (Fr. Zorell: *Novi Testamenti lexicon graecum*, p. 635 y 469). Para lo demás, véanse los comentaristas.

declararos un misterio: No todos dormiremos, pero todos seremos inmutados. En un instante, en un abrir y cerrar de ojos, al último toque de la trompeta (1)—*pues tocará la trompeta—los muertos resucitarán incorruptos, y nosotros seremos inmutados. Porque es preciso que lo corruptible se revista de incorrupción, y que este ser mortal se revista de inmortalidad. Y cuando este ser corruptible se revista de incorruptibilidad y este ser mortal se revista de inmortalidad, entonces se cumplirá lo que está escrito: «La muerte ha sido sorbida por la victoria. ¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón?»* (cf. *Isaías*, 25, 8; *Oseas*, 13, 14). *El aguijón de la muerte es el pecado, y la fuerza del pecado la Ley. Pero gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por nuestro Señor Jesucristo* (cap. 15).

489. *Fin de la carta.*—Que también los corintios hagan una colecta para los hermanos, como ordenó Pablo que hiciesen los de las iglesias de Galacia; que cada uno guarde lo que pueda el primer día de la semana, y cuando Pablo vaya lo enviará todo a Jerusalén. Irá después de haber pasado por Macedonia, y tal vez inverne en Corinto; pero de momento se quedará en Efeso hasta Pentecostés. Les recomienda que reciban bien a Timoteo y que se lo devuelvan, porque le está esperando. Apolo, si bien insistentemente rogado por Pablo, no ha querido volver a Corinto. Siguen los saludos y recuerdos; y todavía: *El saludo es de mi mano, Pablo. Si alguno no ama al Señor, sea anatema. ¡Maran ata!* (cap. 16). (2).

---

(1) La lectura *No todos dormiremos, pero todos seremos inmutados* viene atestiguada por la mayoría de los códices griegos y de las antiguas citas, y concuerda plenamente con el texto que sigue: La lectura de la Vulgata latina, *todos ciertamente resucitaremos, pero no todos nos inmutaremos* no tiene en favor suyo ningún testimonio griego: muy pocos ofrecen una tercera lección, *todos ciertamente nos dormiremos, pero no todos nos inmutaremos.* Las dos últimas lecturas se deben a retoques antiguos hechos sobre el texto original (el de la primera lectura), habiéndose supuesto que Pablo habla de la suerte diversa de los justos y los pecadores en la resurrección final. Pablo, por el contrario, habla de la parusía que hallará en el mundo cristianos todavía en vida (*todos, ciertamente no nos dormiremos*) y otros ya muertos; anuncia una transmutación indistintamente para las dos categorías. Como él todavía vive, no puede no incluirse en la categoría de los vivos: esto es normal; pero el *todos* que está al comienzo de esta categoría muestra que se podía pasar muy bien de la categoría de los vivos a la de los muertos; lo cual valía tanto para Pablo como para los demás. Vuelve, pues, el modo de expresarse que ya señalamos a propósito de la carta a los *Tesalonicenses*, en el que Pablo habla considerando estas dos categorías perennes de la Iglesia, y naturalmente, situándose en la categoría a que todavía pertenece (§ 440). Aquí no aparece la menor preocupación acerca del tiempo en que acontecerá la parusía, y Pablo sigue siempre fiel a su enseñanza de no saber nada con respecto a este tiempo; pero en cualquier momento en que acontezca la parusía, hallará ciertamente estas dos categorías. La enseñanza a los corintios está de acuerdo con la dada a los tesalonicenses, y Pablo no muestra haber cambiado su pensamiento.

(2) La expresión *Maran ata* (μαρὰν ἀθά) es aramea, *Maran 'atha* significa *Nuestro Señor viene*, esto es, ha llegado, está aquí. Debía ser una exclamación de alegría, repetida entre los antiguos cristianos a manera de saludo, para atestiguar la venida del Salvador y su presencia en la Iglesia (más o menos como los cristianos rusos en Pascua, se saludan diciendo: «¡El Señor ha resucitado!»). También la *Didachè* consigna esta expresión (§ 207). Otros la interpretan, menos bien, como expresión de un deseo: ¡Señor nuestro, ven! (Cf.: *Apocal.*, 22, 20). Los escatólogos han visto también en esta expresión una prueba de su teoría: simple aplicación de un concepto previo.

490. La carta se envió a Corinto en la primera oportunidad, y debió llegar hacia la Pascua del 56. El efecto que Pablo se prometía alcanzar con ella debía ser reforzado por la acción de Timoteo, que con tal propósito se hallaba en Corinto; pero el efecto esperado falló por completo. Pocos meses después, en verano, Timoteo volvió a Efeso, refiriendo que ni él ni la carta de Pablo habían causado mayor impresión; los conventículos continuaban vigentes y los diversos abusos también, y Pablo, desde lejos, no tenía bastante autoridad para hacerse oír; en Corinto los intrigantes que se habían infiltrado mientras tanto deshacían y derrocaban todo, y si no se ponía pronto remedio a esta situación, todo se vendría abajo. Pero ¿cómo poner remedio?

Tal vez Timoteo sugirió a Pablo que fuese allá, siquiera muy poco tiempo, un salto; la presencia personal valía mucho más que una carta, y la autoridad de Pablo en Corinto era tan grande, que presentándose en persona podía conseguir mucho; en Efeso había mucho que hacer, pero siempre era posible ausentarse durante unas semanas; saldría en la primera nave que se hiciera a la vela para Grecia, dos o tres días de viaje, pocas semanas de estancia y helo aquí de nuevo en Efeso con la satisfacción de haber salvado la comunidad de Corinto.

491. Pablo se rindió ante estas razones, e hizo su «segundo» viaje a Corinto, que viene indirectamente atestiguado por sus propias palabras (1). Pero, ¡ay!, este viaje fué también una desilusión. Timoteo había calibrado mal el estado de Corinto, juzgándolo menos negro de lo que en realidad era.

No se explica claramente lo que sucedió al aparecer Pablo; se diría que quiere él mismo correr un velo de reserva vergonzosa sobre lo sucedido, tan grandes fueron el disgusto y el pesar. Alude genéricamente a uno que le ha contristado, no tanto a él, Pablo, cuanto a la comunidad (*II Cor.*, 2, 5); y cuando de nuevo alude a un *ofensor* y a un *ofendido,* si bien innombrados, se desprende del contexto que el *ofendido* fué el propio Pablo (ibíd., 7, 12). Por esto, cuando Pablo se presentó en Corinto no sólo debió hallar resistencia por parte de los afiliados a este o aquel conventículo, sino que fué pública y gravemente vilipendiado por un cristiano; podemos pensar que se trataría de algún depravado, a quien Pablo reprendió por sus costumbres.

Visto cuán grave era el mal y, por otra parte, no pudiendo detenerse mucho tiempo, Pablo salió bien pronto de Corinto para Efeso, anunciando, sin embargo, que volvería pronto a ejecutar el castigo que estaban mereciendo (ibíd., 1, 23). Por el contrario, reflexionando sobre ello retrasó por misericordia su vuelta, intentando de nuevo ganarse a los

---

(1) *He aquí que por tercera vez estoy para ir a vosotros* (*II Cor.*, 12, 14). *Por tercera vez voy a vosotros... Os lo he dicho ya, y ahora de antemano lo repito ausente, como cuando por segunda vez estuve presente, y declaro a los que han pecado y a todos los demás, que cuando otra vez vuelva no perdonaré* (ibíd., 13, 1-2). Estas palabras fueron escritas antes de la estancia de Pablo en Corinto, durante el invierno de los años 57 a 58, que es la *tercera vez* aquí mencionada. Pero en los *Hechos*, antes de esta estancia, se refiere tan sólo la primera, aquella en que Pablo evangelizó a Corinto; parece, pues, inevitable admitir una estancia intermedia, que es precisamente ésta de la *segunda vez* que aquí se menciona.

corintios; envió a Timoteo a Macedonia, y mandó a Corinto la carta escrita con *muchas lágrimas* (1); vinieron después los otros acontecimientos, como los hemos presentado en el esquema cronológico anterior (§ 473).

492. Los meses que siguieron a la carta de las *muchas lágrimas* fueron para Pablo borrascosos. A las tribulaciones mortales que padecía en Efeso (§§ 471-472) se añadía ahora la espina hiriente de Corinto. ¿Cómo sería recibida la carta de las *muchas lágrimas?* ¿Despertaría de la embriaguez a aquellos infelices hijos, reavivando en ellos su afecto pristino hacia él? O bien, ¿truncaría definitivamente las últimas ligaduras?

No pudiendo contenerse más en la espera, Pablo envió a Tito a Corinto para tener noticias; cuando él mismo se marchó de Efeso por el motín de los plateros, con gran dolor suyo no se encontró a Tito en Troade. En Troade vió abierto ante sí un magnífico campo de evangelización; pero la ausencia de Tito—esto es, de noticias de Corinto—no le daba paz, y continuó por Macedonia para encontrarse con él lo antes posible *(II Cor.,* 2, 12-13). Imagínese la turbación que durante todo aquel tiempo conturbó a Pablo. Se diría que su vida entera estaba pendiente de la llegada de Tito. *Pues aun llegados a Macedonia no tuvo nuestra carne ningún reposo, sino que en todo fuimos atribulados, luchas por fuera, por dentro temores* (ibíd., 7, 5).

493. Finalmente apareció Tito, como el arco iris entre las nubes de la tempestad. No traía la calma plena, pero anunciaba que lo peor del temporal había pasado; el sol apuntaba ya. Movido por estos sentimientos, y sobre el fondo histórico que hemos señalado, Pablo escribió nuestra *II Corintios,* poco después de su encuentro con Tito en Macedonia. He aquí un resumen.

Después de las salutaciones iniciales, Pablo da gracias a Dios por haberle consolado en sus grandísimas tribulaciones, y espera que en su consuelo participen los corintios, que fueron la causa del mal. Queriendo preparar su llegada a Corinto, Pablo pasa a justificar su propia conducta, después de los dolorosos acontecimientos ya superados, disculpándose de las acusaciones que sus adversarios han lanzado contra él (cap. 1, 1-12).

494. *Sección apologética.*—Pablo no es un veleidoso que mude fácilmente sus propósitos; había decidido ir a Corinto, pasar de allí a Macedonia, para volver después a Corinto, y quería poner en práctica

---

(1) Los antiguos intérpretes, y algunos modernos, consideran que la carta de las *muchas lágrimas* es la *I Corintios*; pero basta con referirse a su contenido, como hemos hecho, para ver que no parece merecer título tan patético: ni el incestuoso a quien se reprende (cap. 5) puede ser el *ofensor* que ha injuriado a Pablo públicamente, ni *I Corintios,* que está en relación con el envío a Corinto de Timoteo, puede ser la carta siguiente que provocó poco después el envío de Tito. Dígase, pues, que *I Corintios,* segunda en orden cronológico (§ 473), es diversa de la carta de las *muchas lágrimas,* que fué cronológicamente la tercera. Veremos más tarde (§ 499, nota) si parte de la carta de las *muchas lágrimas* se ha conservado en *II Corintios.*

este proyecto, porque él no vacila entre el «sí» y el «no»; su «sí» es un «sí» perenne, como el de Jesucristo ante Dios; sin embargo, renunció a su propósito no por capricho, sino para evitarse a sí mismo y a los corintios la tristeza del castigo que merecían; de modo que en lugar de ir él envió la carta de las *muchas lágrimas* (2, 4). El que contristó, no tanto a Pablo cuanto a la mayoría de la comunidad, ha sido castigado por ella; pero baste con este castigo y venga la misericordia para el culpable, a fin de que no le inunde la tristeza; Pablo le ha perdonado, por amor a los corintios. De tal manera le preocupan, que no quiso detenerse en Troade, donde tenía un gran campo de evangelización, sino que prosiguió por Macedonia al encuentro de Tito, que traía noticias de ellos; éstas fueron buenas, y de este modo se halla seguro de difundir por todas partes la fragancia de Cristo, porque él no es *como muchos que trafican con la palabra de Dios* (2, 17), sino que la predica con toda simplicidad, como viene de Dios a Cristo.

495. Aquí, como respondiendo a un secreto pensamiento, Pablo se pregunta improvisadamente: *¿Voy a comenzar de nuevo a recomendarme a mí mismo? ¿O necesito, como algunos, de cartas que nos recomienden a vosotros o en que vosotros me recomendéis? Mis cartas sois vosotros mismos, escritas en nuestros corazones, conocidas y leídas por todos los hombres* (3, 1-2) (1). La confianza de Pablo no está en sí mismo, sino en Dios, que le ha elegido ministro del Nuevo Testamento, basado no en la letra, sino en el espíritu; el Antiguo Testamento, aun cuando basado sobre la letra, tuvo el ministerio glorioso de Moisés; por esto será tanto más glorioso el ministerio del Nuevo, basado en el espíritu. Pero en el Antiguo Testamento Moisés hablaba a los hebreos cubriéndose la faz con un velo, y hoy semejante velo les ha quedado en el corazón cuando leen el libro de Moisés; por el contrario, los ministros del Nuevo Testamento hablan sin velo alguno, porque *donde está el Espíritu del Señor está la libertad* (17). Conscientes de su misión, los apóstoles se guardan de cualquier fingimiento y de toda astucia, y anuncian llanamente la palabra de Dios apelando a la conciencia de los hombres ante Dios; y si su evangelio permanece velado, está velado por quienes se están despeñando, cegados por el dios de este siglo.

496. Lo que auxilia a los apóstoles en su oficio es el poder de Dios; siempre perseguidos, pero jamás vencidos; siempre llevando en su cuerpo la pasión de Jesús, para que incluso la vida de Jesús se ma-

---

(1) La alusión a cartas de recomendación se dirige tan sólo a algunos de entre los adversarios de Pablo; pero se podían haber presentado otros en Corinto, incluso sin tales cartas. Probablemente, los primeros eran cristianos judaizantes venidos de Jerusalén como ya dijimos (§ 475); de todas maneras la lucha que hacían a Pablo tenía miras más personales que doctrinales, y Pablo, al contestarles, no entra en discusiones teóricas, como en la carta a los *Gálatas*, sino que considera los ataques lanzados contra su persona, autoridad y conducta. Es cierto, sin embargo, que estos adversarios, mientras desacreditan la persona de Pablo, además *trafican* (καπηλεύοντες) con *la palabra de Dios*; la expresión griega no excluye una falsificación como la que realiza un vendedor poco aprensivo con su mercancía, pero alude más directamente a una ganancia ilícita y fraudulenta. Eran, pues, además de todo, personas interesadas y venales. En contraste, Pablo hará resaltar su desinterés y su aversión frente a toda ventaja material.

nifieste en ellos, y como ha resucitado Jesús resucitarán también ellos. En ellos, mientras se va deshaciendo el hombre externo día a día, se renueva continuamente el hombre interior, no mirando a las cosas visibles y fugaces, sino a las invisibles y eternas. Cuando se gaste su morada terrena, como se gasta una tienda, serán recibidos en una morada imperecedera, en los cielos; mientras tanto, detenidos aún en la morada terrena, *gemimos en esta nuestra tienda, anhelando sobrevestirnos de aquella nuestra habitación celestial, supuesto que seamos hallados vestidos, no desnudos. Pues realmente, mientras moramos en esta tienda gemimos oprimidos por cuanto no queremos ser desnudados, sino sobrevestidos, para que nuestra mortalidad sea absorbida por la vida* (5, 2-4) (1). De todos modos, puesto que viviendo aún en el cuerpo se vaga desterrados del Señor, más valdrá alejarse del cuerpo y volver junto al Señor. Y, sea cual fuere nuestro término, agrádese al Señor, porque todos hemos de aparecer ante el tribunal de Cristo para recibir premio o castigo, según nuestras acciones.

497. Pablo espera que los corintios le juzguen sincero. Con esto no quiere de nuevo alabarse a sí mismo, sino ponerles en guardia contra los presuntuosos que le calumnian. A todo cuanto hace le impulsa el amor a Cristo, que ha muerto por todos, para que todos vivamos en él; Pablo no conoce a nadie según la carne, ni siquiera a Cristo (2); conoce sólo la nueva criatura salida de la reconciliación universal en Cristo: de esta reconciliación, *somos, pues, embajadores de Cristo como si Dios os exhortase por medio de nosotros* (5, 20). Reciban, pues, los corintios sus exhortaciones, y acepten su ministerio, que es el del apóstol siempre angustiado y difamado y derrotado; pero siempre generoso, verdadero y dominador. *Os abrimos, ¡oh corintios!, nuestra boca, ensanchamos nuestro corazón, no estáis al estrecho en nosotros, lo estáis en vuestras entrañas; pues para corresponder de igual modo—os hablo como a hijos—ensanchaos también vosotros* (6, 11). Que los corintios no hagan causa común con los infieles: ¿qué comunidad puede haber entre la luz y las tinieblas, entre Cristo y Belial? Que se fíen de él: *a nadie hemos agraviado, a nadie hemos perjudicado, a nadie hemos explotado* (7, 2). Ellos son su gloria, y en medio de sus tribulaciones sin fin se alegra gracias a ellos. En Macedonia, mientras le oprimían angustias indecibles, fué consolado por la llegada de Tito, que le transmitió sus sentimientos afectuosos para con él, y su tristeza por los funestos acontecimientos pasados. El les entristeció con su severa carta (la de *las muchas lágrimas*), pero está contento porque les ha entristecido llevándoles al arrepentimiento: *Ved cuánta solicitud os ha causado esa misma tristeza según*

(1) La *tienda,* o morada terrena, es el cuerpo presente en que viven los cristianos, y cuando éste se deshaga, serán recibidos en una morada imperecedera, en los cielos. Pero está entremedias el duro paso de la muerte. Por esto, los cristianos suspiran deseando ser *sobrevestidos* (ἐπενδύσασθαι) de la morada celeste, sin haberse despojado antes de la terrena; esto podrá suceder a quienes la parusia coja en vida, *supuesto que seamos* (εἴ γε καί) *hallados vestidos, no desnudos,* esto es, no privados del cuerpo presente. Vuelve aquí de nuevo la inmutable enseñanza de Pablo dada en las cartas anteriores (§§ 440, 488), según la cual la parusia encontrará cristianos aun vivos, sin que se sepa por esto cuándo vaya a acontecer.

(2) Este pasaje se discutió en el § 246.

Dios, y qué excusas, qué enojos, qué temores, qué deseos, qué celo y qué vindicaciones. Totalmente limpios os habéis mostrado en este asunto (1). *Pues si yo os escribí, no fué por el que cometió el agravio, ni por el que lo recibió, sino para que se manifestara vuestra solicitud por nosotros delante de Dios* (ibíd., 11-12). Tito, personalmente, también ha quedado consolado por la actitud de los corintios (Cap. 1, 13-7, 16).

498. Recomendaciones acerca de las colectas.—Los hermanos de Macedonia, si bien pobrísimos, han recaudado mucho para los pobres (de Jerusalén); los corintios, que comenzaron a recaudar desde el *año pasado* (8, 10; 9, 2) (2), que compitan en generosidad con los hermanos de Macedonia. No es una orden, sino una exhortación; piensen en Jesucristo, que de rico se hizo pobre, para que los hombres se enriquecieran con su pobreza. Tito, y otros dos hermanos enviados por Pablo están encargados de recoger los dones; son personas dignísimas, y Pablo lo ha dispuesto así, *para que nadie nos vitupere en esta colecta que promovemos* (3). *Pues procuramos hacer el bien, no sólo ante Dios, sino también ante los hombres* (8, 20-21). Volviendo a lo dicho, Pablo recomienda de nuevo la generosidad, y a sus enviados, recordando, entre otras cosas, la recompensa divina (Cap. 8-9).

499. Sección polémica.—De improviso, y sin anuncio previo, Pablo inicia un pasaje netamente polémico que se prolongará hasta el fin de la carta (4). El, de quien se dice que es tímido cuando está presente,

(1) Estas palabras muestran el efecto producido por la carta de las *muchas lágrimas*, y la subsiguiente presencia de Tito. Los corintios habían tratado enérgicamente de reparar lo sucedido, y separar su propia responsabilidad de la del *ofensor* para volver a la gracia del *ofendido* (Pablo); mencionado poco antes.

(2) Este importante dato cronológico, que se refiere a *I Cor.*, 16, 1, demuestra que entre *I Cor.* y *II Cor.* había transcurrido bastante tiempo, dentro del cual pudieron suceder los hechos que hemos examinado (segundo viaje de Pablo a Corinto, carta de las *muchas lágrimas*, etc.).

(3) Es una precaución contra las calumnias de los mencionados adversarios, avaros y aprovechados.

(4) El paso es brusco, como el que inicia el cap. V de *I Corintios* (§ 479), y es, además, un retorno al tema ya tratado en los siete primeros capítulos. ¿Cómo explicar este hecho evidente? Se pueden hacer hipótesis más o menos verosímiles. Tal vez, después del cap. IX, la lenta composición de la carta se detuvo debido a una causa extrínseca (¿viaje de Pablo a Iliria?); cuando volvió a ella, Pablo había recibido noticias más precisas acerca de sus astutos adversarios de Corinto, y por esto volvió con mayor fuerza y precisión sobre el tema de los siete primeros capítulos. Tal vez ex profeso, Pablo, satisfecho con las buenas noticias que le traía Tito, contestó primero en general a sus adversarios, reservándose el aniquilarlos metódicamente en esta última parte de la carta; se ha notado, en efecto, que algunos oradores griegos recurren a este proceder, al que Pablo recurrió instintivamente, llevado por su carácter impulsivo. Más o menos verosímiles, estas hipótesis están en perfecto acuerdo con la transmisión manuscrita, que unánimemente atribuye esta última parte a *II Corintios*; las hipótesis que suponen que esta parte es un fragmento de otra carta de Pablo no están de acuerdo con los manuscritos; esta carta, añadida tardíamente aquí, se habría escrito antes o después de *II Corintios*. No hay pruebas positivas que abonen esta hipótesis, ya que las pruebas aducidas—la brusquedad del paso de un capítulo a otro y la repetición del tema—pueden interpretarse en una de las maneras ya expresadas. Esto vale también para la hipótesis, ciertamente más precisa, que ve en esta parte de la carta una repetición de la carta de las *muchas lágrimas*; en efecto, la carta designada con tan patético título fué muy severa; pero para merecer este título debieron pre-

y violento desde lejos, desea no verse forzado a aparecer violento en su próxima venida. No se rige Pablo según la carne, y tiene a su disposición armas divinas capaces de abatir a cualquier protervo que se alce contra Dios; si sus adversarios se dicen de Cristo, también lo es él, y sabrá hacer valer su poder, y no es verdad—como se dice—que sus cartas son graves y fuertes, mientras su presencia es flaca y su palabra despreciable, puesto que sabrá mostrarse presente como ausente en sus cartas. Algunos se creen grandes, midiéndose consigo mismos, pero se equivocan: Pablo se mide con la medida que le ha asignado Cristo, esto es, con lo que ha hecho entre los corintios por el Evangelio sin invadir el campo ajeno.

500. Que le toleren los corintios si habla como necio. Pero ellos le preocupan como si fueran una virgen pura unida en esponsales con Cristo, y teme que su fe sea seducida como fué Eva seducida por la serpiente. Si otro llegara a predicar un Jesús no predicado por Pablo, otro Espíritu, o bien otro Evangelio, ellos lo soportarían tal vez. ¡Pues bien! *Yo creo que en nada soy inferior a esos preclaros apóstoles* (1); *y aunque imperito de palabra, no de ciencia, pues en todo y siempre la hemos manifestado entre vosotros. ¿O es que he cometido un pecado humillándome a mí mismo, para que vosotros fueseis ensalzados, predicándoos gratuitamente el Evangelio de Dios?* (11, 5-7). Cuando se halló necesitado en Corinto aceptó socorros, pero de los hermanos de Macedonia, y no de los corintios. *¿Por qué? ¿Por qué no os amo? Eso Dios lo sabe. Lo que yo hago ahora también lo haré en el futuro, para cortar toda ocasión a los que la buscan, de hallar en qué gloriarse al igual que nosotros* (2). *Pues esos falsos apóstoles, obreros engañosos, se disfrazan de apóstoles de Cristo, y no es maravilla, pues el mismo Satanás se disfraza de ángel de luz. No es, pues, mucho que sus ministros se disfracen de ministros de la justicia. Su fin será el que corresponde a sus obras* (ibíd., 11-15). Hablando así, habla sin consideración, lo sabe; pero ya que los corintios soportan a tantos que se alaban a sí mismos, que le dejen alabarse también un poco a él. *En aquello en que cualquiera ose gloriarse —en locura lo digo—también osaré yo. ¿Son hebreos? También yo. ¿Son israelitas? También yo...* (véase el pasaje entero en § 168). Pero, en

---

dominar en ella los sentimientos afectuosos de Pablo hacia los corintios; por el contrario, la parte que examinamos es un fragmento lleno de ira y desdén, sin un temblor de lágrimas, y Pablo podría decir más bien que lo ha escrito con el látigo en la mano (cf.: *I. Cor.*, 4, 21); por esto la hipótesis parece injustificada también bajo este aspecto.

(1) Estos *preclaros apóstoles*, como reconocieron ya los antiguos intérpretes, no son los adversarios contra quienes Pablo polemiza, sino los verdaderos apóstoles de Jerusalén, las *columnas* de la Iglesia como Santiago, Cefas, Juan, etc. (cf.: *Gálatas*, 2, 9); de estos nombres solemnes abusaban los adversarios de Pablo, contraponiéndolos a él. Desacreditando a Pablo intentaban quitar de en medio el obstáculo principal a sus ganancias materiales; por esto insiste después Pablo acerca de lo gratuito de su evangelización, y llama a aquellos adversarios falsos apóstoles, engañosos, fraudulentos, etc.

(2) Período confuso, cuyo sentido parece ser este: Pablo seguirá evangelizando gratuitamente, aunque no sea más que para hacer que sus adversarios no puedan imitarle; ellos se glorían de su apostolado y desacreditan el de Pablo, pero su codicia no les permitirá imitar el apostolado desinteresado de Pablo.

realidad, Pablo no intenta gloriarse sino de sus debilidades. Están, además, los hechos sobrenaturales: *Sé de un hombre en Cristo que hace catorce años...* (véase el pasaje entero en § 199).

501. Pablo ha hablado así para defender su apostolado, puesto que en nada es inferior a los *preclaros apóstoles,* si bien por sí no es nada. Su apostolado entre los corintios fué confirmado por toda suerte de hechos sobrenaturales, y aquella comunidad no es en nada inferior a las demás, salvo que ha sido evangelizada gratuitamente: que le perdonen los corintios esta ofensa. *He aquí que por tercera vez estoy para ir a vosotros, y no os seré gravoso, porque no busco vuestros bienes, sino a vosotros, pues no son los hijos los que deben atesorar para los padres, sino los padres para los hijos* (12, 14). El se prodigará enteramente para ellos, como ya ha hecho ciertamente Tito; sin embargo, teme encontrarlos, a su llegada, todavía divididos en partidos, con envidias, disputas, maledicencias y que tenga que llorar su impureza, fornicación y desvergüenza de pecadores empedernidos. Al venir esta tercera vez les previene, como ya hizo para la segunda, que no será indulgente; por esto, que se examinen cuidadosamente, ya que les escribe así para no mostrar rigor para con ellos. Termina con breves saludos generales (Cap. 10-14).

502. Esta carta, que llegó a los corintios a comienzos del otoño del 57, debió lograr plenamente su fin. La reconciliación entre padre e hijos fué cordial, y Pablo, poco después, marchó de Macedonia a Corinto, y pasó allí tres meses del invierno 57-58. No tenemos noticia de posteriores disensiones con aquella comunidad; es más, la carta a los *Romanos*. escrita precisamente desde Corinto durante aquellos tres meses, muestra una tranquilidad de espíritu que debía proceder de la reconciliación reciente, y refleja la paz de aquella comunidad. Todos los acontecimientos que habían llevado a Pablo a la victoria a través de dudas inquietantes y experiencias dolorosas, debieron influir sobre su ánimo, madurando en él conceptos especulativos cada vez más grandiosos, y desvelando horizontes prácticos más vastos.

503. La excursión de Pablo a Iliria sólo pudo tener lugar durante esta permanencia en Macedonia. En la carta a los *Romanos* (15, 19), trazando el área del apostolado que ha realizado hasta entonces, dice, a partir de *Jerusalén y hasta la Iliria,* o sea, Jerusalén es el límite sud-oriental, e Iliria, el confín nordoccidental. Iliria correspondía más o menos a la actual Dalmacia, extendiéndose inmediatamente después del Epiro y al nordnordeste de Macedonia. En qué sentido menciona Pablo a Iliria, ¿exclusivo o inclusivo? ¿Evangelizó el área señalada deteniéndose en los límites de Iliria, o bien penetró en ella y predicó el evangelio también allí? No podemos decirlo. Los *Hechos* nada dicen a este respecto, pero esto puede ser una de las frecuentes omisiones de ese libro, el cual, sin embargo, deja un período de tiempo (*Act.,* 20, 2) vacío suficiente para una rápida excursión de Pablo a Iliria, en donde fundaría en circunstancias favorables alguna comunidad cristiana como las de la

pequeñísima Macedonia. Después bajaría a Corinto desde Iliria pasando de nuevo por Macedonia.

504. Carta a los gálatas.—Los cuidados y ansiedades de toda clase que hemos visto que ocupaban hasta aquí a Pablo en los últimos meses de su permanencia en Efeso, no han terminado aún. Si Efeso bullía como presa de un terremoto, y Corinto oscilaba pavorosamente como una torre que se derrumba, tampoco llegaban buenas noticias de las comunidades más antiguas, sobre todo de los gálatas. Pablo había visitado por segunda vez a los gálatas el año 54, al iniciar su tercer viaje misional (§ 451); ciertamente prefirió dirigirse a ellos, dejando a un lado las comunidades de Pisidia y Licaonia, a causa de las noticias inquietantes que le habían llegado con respecto a los judaizantes, que habían penetrado allí y amenazaban corromper la fe de aquellos ingenuos montañeses; pero la presencia del padre querido había conjurado el peligro tan sólo de momento, y había marchado de allí con el propósito de vigilarles desde lejos también en el futuro.

Tenía motivos: la proverbial volubilidad de los gálatas pudo bien pronto con su sincero afecto hacia Pablo, y éste recibió un triste día la noticia de que allí los judaizantes hacían grandes estragos en los espíritus, y sus queridos neófitos cedían en masa ante sus engaños. ¿Qué hacer? Pablo no podía correr de nuevo a Galacia, dadas las circunstancias en que se encontraba a la sazón; enviar en lugar a alguno de sus colaboradores más fieles era también imposible, debido a estas mismas circunstancias; y tal vez lo considerase inútil, puesto que para impresionar a los gálatas hacía falta Pablo en persona y nadie más; no quedaba sino recurrir a la carta. Esto es lo que hizo Pablo, que les envió a los gálatas la carta que aún poseemos.

505. Pero, ¿cuándo y dónde fué escrita esta carta? ¿Durante los primeros tiempos de la estancia de Pablo en Efeso, entre el 54 y el 55? ¿O cuando estaba en Macedonia, o en Corinto, entre el final del 57 y comienzos del 58? Cada una de estas respuestas tiene probabilidades de ser verdadera. En favor de la primera está la exclamación de Pablo a los destinatarios de la carta: *Me maravillo de que tan pronto, abandonando al que os llamó a la gracia de Cristo, os hayáis pasado a otro evangelio* (*Gál.*, 1, 6); ciertamente, la primera impresión que producen estas palabras es que la deserción espiritual de los gálatas era cosa reciente, y, por tanto, Pablo debía haber abandonado Galacia hacía poco. En favor de una composición más tardía—hecha en Macedonia o en Corinto—está la semejanza conceptual evidente entre la carta a los *Gálatas* y la carta a los *Romanos*, tanto que la segunda parece una ampliación de los conceptos de la primera, ampliación de los hechos desde un punto de vista doctrinal, y sin preocupaciones individuales; esta semejanza induciría a creer que en el período transcurrido entre Macedonia y Corinto Pablo elaboró particularmente los conceptos comunes a ambas cartas, y los expuso después en modo un tanto diverso según el fin diferente de cada una de las cartas.

Esta segunda opinión, si bien no es cierta, parece más probable. En cuanto a la rapidez de la disensión de los gálatas, mencionada por

Pablo, podría interpretarse como un derrumbamiento imprevisto de éstos frente a las patrañas de los judaizantes: o bien referirse a noticias seguras orales o escritas, que Pablo habría recibido hacía poco con respecto a la constancia y fidelidad de aquellos neófitos suyos, desmentidas inmediatamente después. En conclusión, la carta a los *Gálatas* fué escrita a fines del 54, o más probablemente a fines del 57, poco antes de la carta a los *Romanos*. He aquí un resumen de la misma.

506. Pablo comienza enviando un saludo como *apóstol, no de hombres, ni por hombres, sino (elegido) por Jesucristo y por Dios Padre, que le resucitó de entre los muertos* (1, 1). Falta el «encomio» a los destinatarios, así como las otras fórmulas usuales, y en su lugar hay un reproche. ¿Cómo es que los gálatas, en tan poco tiempo, han cambiado sus sentimientos pasando a otro evangelio, que predican algunos que quieren tan sólo pervertir y perturbar el evangelio de Cristo? *Pero aunque nosotros o un ángel del cielo os anunciase un evangelio distinto del que os hemos anunciado, sea anatema* (8). Y tanto le muerde a Pablo este anatema, que lo repite inmediatamente después. ¿Acaso trabaja él por los hombres o por Dios? Si buscara agradar a los hombres, no sería siervo de Cristo. *Porque os hago saber, hermanos, que el evangelio por mí predicado no es de hombre, pues yo no lo recibí o aprendí de los hombres, sino por revelación de Jesucristo* (ibíd., 11-12) (1).

Los gálatas saben que él, siendo judío, ha perseguido ferozmente a la Iglesia; cuando después plugo a Dios, que lo llamó con su gracia, revelarle a su Hijo, a fin de que lo anunciara entre los gentiles, no tomó consejo de carne ni de sangre, ni subió a Jerusalén a ver a los que eran apóstoles antes que él, sino que marchó a Arabia y después volvió a Damasco; al cabo de tres años subió a Jerusalén para encontrarse con Pedro, y estuvo con él quince días, pero no vió entonces a más apóstol que a Santiago. Después fué a Siria y a Cilicia,, y las iglesias de Judea no le conocían, aun cuando se alegraban de su conversión. Al cabo de catorce años, con Bernabé y Tito, subió de nuevo a Jerusalén a causa de una revelación, y expuso allí el evangelio que había predicado a los gentiles. Con tal ocasión, Tito no fué circuncidado, si bien algunos falsos hermanos, intrusos, pidieron su circuncisión, tendiendo a abolir la libertad traída por Cristo; pero Pablo no cedió, defendiendo la verdad del evangelio.

507. Además, los principales de Jerusalén no le hicieron ninguna enmienda ni adición, y de común acuerdo se delimitaron los campos de evangelización respectivos (véase el pasaje relativo a esto en § 309). Más tarde, Pablo echó en cara abiertamente a Cefás su conducta, que parecía querer dar razón a los judaizantes (§ 364 sigs.), y le dijo: «Si tú que eres judío vives como un gentil, ¿cómo puedes obligar a los gentiles a judaizar? Nosotros, que hemos nacido judíos, sabemos que el hombre no está justificado por las obras de la Ley, sino por la fe de Jesucristo, creemos en El para ser justificados por la fe, y no por las

(1) Para el origen y la índole del «evangelio» particular de Pablo, véase cuanto se dijo en el § 307 y sigs. Para la autobiografía a continuación, cf.: § 152 sigs.

obras de la Ley; pero si buscando la justificación en Cristo, se nos considera pecadores, ¿acaso Cristo será ministro de pecado? ¡No! Por el contrario, si reconstruyo lo que he demolido, soy un transgresor; yo, en cambio, he muerto a la Ley, para vivir en mi Dios. He sido crucificado con Cristo, y lo que vive en mí no soy yo, sino Cristo: vivo, sí, en la carne; pero vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí. No rechazo la gracia de Dios, porque si la justicia se logra mediante la Ley, en tal caso Cristo murió sin motivo» (Cap. 1-2).

508. La Ley judía y la fe cristiana.—*¡Oh insensatos gálatas! ¿Quién os fascinó a vosotros, ante cuyos ojos fué presentado Jesucristo? Esto sólo quiero saber de vosotros: ¿Habéis recibido el Espíritu por virtud de las obras de la Ley o por virtud de la predicación de la fe? ¿Tan insensatos sois? ¿Habiendo comenzado en Espíritu, ahora acabáis en carne? ¿Tantos dones habéis recibido en vano? Sí que sería en vano. El que os da el Espíritu y obra milagros entre vosotros, ¿lo hace por las obras de la Ley o por la predicación de la fe?* (3, 1-5). También Abraham creyó y le fué tenido en cuenta con justicia (cf.: *Génesis*, 15, 6), y esto demuestra que los que aceptan la fe son los verdaderos hijos de Abraham. La Escritura, sabiendo anticipadamente que los gentiles se convertirían mediante la fe, le anunció que en él serían benditas todas las gentes (*Gén.*, 12, 3): de manera que cuantos tienen fe son benditos con el fiel Abraham, mientras quien se funda en las obras de la Ley está maldito, porque está escrito: «Maldito quien no persevera en todas las cosas escritas en el libro de la Ley para cumplirlas» (*Deuter.*, 27, 26). Cristo, por el contrario, asumiendo en sí con la muerte en la cruz la maldición de la Ley, nos ha liberado, transmitiéndonos la bendición de Abraham por medio de la fe.

Un pacto humano sancionado no puede ser rescindido, ni recibir adiciones; ahora bien, las promesas fueron hechas por Dios a Abraham y a su descendiente, que es Cristo; la Ley, pues, que vino cuatrocientos treinta años después de Abraham, no puede anular estas promesas, hechas graciosamente por Dios a Abraham. La Ley se añadió con vistas a las transgresiones, y es un contrato bilateral que requiere la intervención de un mediador, y no es capaz de conferir por sí la justicia. Fué como el pedagogo que nos condujo a Cristo, para que fuéramos justificados por la fe: pero una vez llegados a Cristo por la fe y el bautismo, el pedagogo es inútil, porque, todos, sin distinción de razas, ni de condición social, estamos revestidos de El.

509. El heredero niño es igual en todo a un esclavo niño, aun cuando sea dueño de todo, y está bajo tutela hasta que se haga mayor: *De igual modo, nosotros, mientras éramos niños vivíamos en servidumbre, bajo los elementos del mundo* (1); *mas al llegar la plenitud de los*

(1) La frase *los elementos del mundo* τὰ στοιχεῖα τοῦ κόσμου vuelve a aparecer (*Col.*, 2, 8-20; parcialmente en *II Pedro*, 3, 10-12). Entre los griegos los *stoicheia* eran los elementos en general, o los de la escritura (las letras alfabéticas), o de una determinada ciencia (los primeros rudimentos, el «a b c»; cf.: *Hebreos*, 5, 12) o de un objeto material (sus elementos constitutivos), y, en tiempos más tardíos, particularmente del cielo (los planetas de la astrología alejandrina); esta última acepción, desarrollándose

tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley, para que recibiésemos la adopción. Y por ser hijos, envió Dios a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que grita: «¡Abba, Padre!» De manera que ya no es siervo, sino hijo, y si hijo, heredero por la gracia de Dios (4, 3-7). En un tiempo, los gálatas fueron esclavos de los dioses falsos; pero ahora que han conocido al verdadero Dios, ¿cómo pueden volverse de nuevo hacia los *débiles y pobres elementos* para volver a ser esclavos? *Observáis los días, las estaciones y los años* (1). *Temo que hagáis vanos tantos afanes como entre vosotros pasé* (ibíd., 9-11). Que sean los gálatas para Pablo lo que Pablo es para ellos.

510. Recordarán los gálatas que la primera vez les evangelizó a causa de una enfermedad; y ellos le recibieron entonces con todo afecto, como si fuera un ángel del propio Jesucristo (§ 378). ¿Y adónde fué a parar aquel afecto? Entonces se habrían arrancado los ojos de las caras por él; ¿y ahora se ha convertido en su enemigo porque les dice la verdad? Guárdense de los seductores que quieren alejarles de él, y sepan que él será siempre una madre afectuosa para ellos, que padece de nuevo, por ellos, dolores de parto (§ 169).

La misma Ley les encamina a Cristo: Abraham, en efecto, tuvo un hijo, Ismael, nacido de la esclava Agar según la carne, y otro, Isaac, nació de la libre Sara según la promesa: esto es una alegoría de los dos Testamentos: Agar delinea el Antiguo, que engendra esclavos; y Sara el Nuevo, que engendra hombres libres; como Ismael persiguió a Isaac, así ahora la Sinagoga persigue a la Iglesia, pero será vencida como Agar. Nosotros somos hijos, no de la esclava, sino de la libre: por esto que los gálatas conserven la libertad que les ha traído Cristo. Si aceptasen la circuncisión, de nada les aprovecharía Cristo; quien se circuncida está obligado a observar toda la Ley, y decae de la gracia de Cristo, para quien sólo vale la fe que actúa en la caridad. Que los gálatas cuiden de no dejarse corromper: poca levadura fermenta toda la masa. El, Pablo, jamás predicó la circuncisión, porque entonces no tendría sentido el escándalo de la Cruz. Los que tanto la predican, que se castren del todo (§ 170) (Cap. 3-5, 12).

---

cada vez más, penetró en las concepciones rabínicas medievales, y llevó a los conceptos de los ángeles que guían los planetas, y de las influencias que ejercen éstos sobre los hombres. No hace falta decir que los críticos noveleros se han precipitado sobre estos tardíos conceptos, y anticipándolos en algunos siglos, se los han atribuído también a Pablo. Es probable, por el contrario, que Pablo emplee al mismo tiempo dos de los significados precedentes de la frase, fundiéndolos entre sí; esto es, entiende que por el primer período (el «a b c») del conocimiento de Dios ha pasado el mundo entero, esto es, tanto los paganos como los hebreos; pero este período rudimentario señaló también el imperio de la materia, porque paganos y hebreos fueron verdaderamente *esclavos bajo los elementos* constitutivos del *mundo*: los paganos porque, aun conociendo racionalmente a Dios, acabaron adorando ídolos materiales (*Rom.*, 1, 20 sigs.); los hebreos, porque estaban constreñidos a las observancias materiales de su propia Ley, que mandaba sobre ellos como un tutor sobre el amo todavía niño.

(1) Alude a las minuciosas prescripciones del calendario religioso judío, pero tal vez, secundariamente, a las de los calendarios paganos.

511. Consecuencias de la cuestión precedente. Admoniciones varias.—La libertad de los cristianos no es, sin embargo, licencia, sino que está al servicio de la caridad: toda la Ley se resume en el precepto: «Amarás al prójimo como a ti mismo.» La misma libertad exige que se sojuzguen los deseos de la carne, porque la carne tiene deseos contrarios al espíritu y el espíritu los tiene contrarios a la carne: obras de la carne son la desvergüenza, la idolatría, las contiendas, las sectas, la disolución, etc., y quien cometa tales cosas no heredará el reino de Cristo; frutos del espíritu son el amor, la alegría, la paz, la paciencia, etc. Los secuaces de Cristo Jesús han crucificado a la carne con sus pasiones, y obran según el espíritu. Que tengan paciencia los gálatas, y entre sí mansedumbre; que huyan de la vanagloria, y siembren en el espíritu para recoger la vida eterna (5, 13-6, 10).

El final de la carta es todo él de mano de Pablo: *Ved con qué grandes letras os escribo de mi propia mano* (§ 176). Con la pluma en la mano Pablo aprovecha para resumir a sus queridos hijitos casi toda la carta en pocas líneas autógrafas a los gálatas. Que no se dejen circuncidar; quienes les incitan a la circuncisión tienen miedo de ser perseguidos por la Cruz del Cristo, y tienen miras mundanales. En cambio. él, Pablo, no se gloría de la Cruz de Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para él, y él para el mundo. *Ni la circuncisión es nada, ni el prepucio, sino la nueva criatura.* Por lo demás que nadie le moleste, porque lleva en su cuerpo las señales de Jesús (345). Un breve saludo general concluye el añadido autógrafo (6, 11-18).

512. La carta a los romanos. Hemos dejado a Pablo en Corinto, donde pasó los tres meses invernales entre el 57 y el 58, en una tranquilidad relativa (§ 502). Pero la tranquilidad de Pablo, además de ser escasa, duraba poco, no podía estar inactivo: he aquí por qué mientras no tenemos durante este período noticias de hechos externos importantes, cae precisamente dentro de él la composición del escrito más largo y más grandioso elaborado por la mente de Pablo, la carta a los *Romanos.*

Los cálculos que ya mencionamos nos llevan a la conclusión de que el dictado y la escritura de esta carta ocuparon a Pablo durante cien horas, que, distribuídas convencionalmente en días, comprenden de treinta y dos a cuarenta y nueve días (§§ 177, 178); esto es, la mitad o poco menos de su permanencia en Corinto la dedicó a la elaboración de las ideas meditadas durante el día para ser dictadas por la noche a Terzo, amanuense de esta carta (§ 180).

Con esta carta Pablo quería trabar relaciones directas con la comunidad cristiana de Roma y preparar su llegada allá. Hacía tiempo que pensaba trasladarse a Roma, y había hecho proyectos serios durante el tercer año de su estancia en Efeso (§ 466); ahora, roturado ya casi todo Oriente, fijaba sus miradas en Occidente, que era, en primer término, Roma, pero que se extendía después hasta España. Diríase que aquel hombre, en el umbral de la vejez, no quería marcharse de este mundo sin haber logrado que resonara en todas partes su propio nombre, o, más exactamente, no tolera que en el mundo exista una sola región donde no resuene, bendecido, el nombre de Jesucristo. Pero en aquel

tiempo los hilos todos del mundo se unían en Roma: por esto Pablo tendía a ella.

513. En realidad el cristianismo había penetrado en Roma hacía varios años (§§ 381, 601); no conocemos sus primeros inicios, pero sin duda no fueron discípulos de Pablo los primeros evangelizadores de la ciudad de los Césares, y, por el contrario, todo induce a creer que procedían del grupo jerosolimitano de Pedro. En la división de las zonas de evangelización que se hizo en Antioquía (§§ 309, 355), a Pedro le había sido reservado el apostolado principalmente entre los judíos, y a Pablo, entre los gentiles: en principio Roma pertenecía más bien a la zona de Pedro, porque la primera propaganda cristiana se dirigía, sobre todo, a los judíos, numerosos y poderosos en aquella ciudad (1): sin embargo, bien pronto, la prevalencia de los ex judíos fué sustituída por la prevalencia de los ex paganos, de manera que, tanto por la proporción numérica como por la índole moral de aquella comunidad, se hizo análoga a las diversas comunidades fundadas por Pablo en Asia Menor, Macedonia y Grecia. Pablo tenía por norma no intervenir en campos roturados por otros, como él mismo recuerda a los romanos (*Rom.*, 15, 20; cf., *II Cor.*, 10, 13-15), y por esto, en rigor, no debía ocuparse de la comunidad romana; pero el carácter étnico-cristiano que adquirió recientemente aquella comunidad podía valer como título para que él se ocupara de ella, al menos ocasionalmente: por lo demás siempre se podían mantener relaciones cordiales entre evangelizadores y comunidades de diferentes zonas, para mutua edificación y en provecho de la fe común (cf., *Rom.*, 1, 11-12), y estas relaciones eran todavía más espontáneas con una ciudad eminentemente cosmopolita, como la capital del Imperio mundial.

Añádase a esto que Pablo había sabido que los acostumbrados instigadores y sembradores de discordias intentaban seducir también a los cristianos de Roma (ibíd., 16, 17-20), y por esto deseaba confirmar en la verdadera fe a estos cristianos, aun cuando no fueran directamente sus hijos espirituales. De todos modos, aun con estas justificaciones, Pablo se proponía en todo momento respetar el campo ajeno; entendía visitar la comunidad de Roma, no como habría visitado una de sus comunidades propias de Asia Menor, Macedonia y Grecia, sino sólo de pasada, *de camino* para España (ibíd., 15-24). La realidad fué luego muy otra; pero en este tiempo Pablo se había impuesto, con respecto a Roma, este limitado programa.

El conjunto de estas circunstancias hizo que la carta resultase una exposición doctrinal de carácter casi impersonal, escasa en datos históricos con respecto al autor y sin miras polémicas directas. Pero precisamente porque trata de temas que están a la base de la propia fe cristiana estaba destinada a perdurar, después de los evangelios, como el más amplio y más solemne documento del cristianismo primitivo. He aquí un resumen.

---

(1) Cf.: *Historia de Israel*, II, § 195.

514. El título, particularmente solemne, es también particularmente confuso (véase, literalmente, en §165). En el exordio, Pablo da gracias a Dios por la fe de los romanos, que es celebrada en todo el mundo, y les asegura que nunca les olvida, rogando para que se le ofrezca de una vez la oportunidad de visitarles; hace mucho tiempo que desea verles para comunicarles algunos de sus dones espirituales y consolarse en su fe común. Puesto que se siente deudor ante todos indistintamente, griegos o bárbados, está dispuesto a evangelizar también a quienes estén en Roma. No se avergüenza del evangelio: *que es poder de Dios para la salud de todo el que cree, del judío primero, pero también del griego, porque en él se revela la justicia de Dios, pasando de una fe a otra fe, según está escrito*: *«El justo vive de la fe»* (*Abacuc*, 2, 4) (Capítulo 1, 1-17).

515. La justificación está en la fe en el Evangelio.—Enunciada su tesis en el exordio, Pablo pasa a demostrarla. Los paganos no tienen la justificación, porque si bien conocen a Dios argumentando su existencia y sus atributos de las cosas creadas, sin embargo, no le guardan el honor debido y caen en la idolatría. Para cartigarlos, Dios los abandona a pasiones ignominiosas (véase su cruda enumeración en § 46) (Cap. 1, 18-32).

Pero, a su vez, aquel tal (judío) que condena a su hermano se condena a sí mismo, porque también él es culpable ante Dios de las obras condenables en el hermano pagano: el bien será premiado y el mal será castigado, primero en el judío, después en el griego, porque Dios no se fija en las personas. Los que pecaron sin la Ley perecerán sin ella, y los que pecaron en la Ley serán juzgados por ella: no quien odia la Ley, sino quien la observa es justo a los ojos de Dios. Los paganos, que no tienen Ley, tienen, sin embargo, sus normas escritas en sus corazones y oyen la voz de la propia conciencia, y todo esto aparecerá cuando Dios juzgue los secretos de los hombres con arreglo al Evangelio. Pero tú, que te llamas judío, y te glorías de tus prerrogativas, y estás educado en la Ley, y educas a los otros, ¿por qué no te educas a ti mismo? Tú, que enseñas a no robar y a no cometer adulterio, ¿porqué cometes estos delitos? Mientras te glorías de la Ley deshonras a Dios transgrediéndola, y por tu culpa se maldice su nombre entre los paganos. La circuncisión, sí, es una cosa buena, con tal de que a la vez se observe la Ley; pero si se transgrede, la circuncisión se hace incircuncisión. Por el contrario, el incircunciso que observa los preceptos de la Ley será considerado como circunciso, y juzgará al circunciso que no la observe; el verdadero judío no es el que aparenta serlo, ni la verdadera circuncisión es la de la carne, sino que el verdadero judío está en el interior, y la verdadera circuncisión, en el corazón. Sin embargo, la condición de los judíos es un privilegio, porque, aun cuando algunos de ellos fueron infieles, la fidelidad de Dios frente a ellos permanece invariable. De manera que todos se descarriaron igualmente, judíos y griegos; todos están en pecado, y ninguno puede gloriarse ante Dios (Cap. 2-3, 20).

516. Todos, sin embargo, judíos y griegos, están justificados por la fe en Jesucristo, que fué en su sangre víctima expiatoria. Por su fe

en El se justifica el hombre, y no por las obras de la Ley. ¿Dios es tan sólo de los judíos? ¿No es también Dios de los paganos? Y El justificará al circunciso a consecuencia de la fe, y al incircunciso, mediante la fe; con esto no se abroga la Ley, sino que se confirma. Abraham fué justificado no por las obras, que en tal caso tendría motivo de gloriarse ante Dios, sino por la fe, según lo que está escrito, que creyó en Dios y le fué computado a justicia (*Gen.*, 15, 6). Esta computación le fué hecha cuando todavía estaba sin circuncidar; la circuncisión vino después, como el sello de la justicia de la fe, de manera que se hizo padre de todos los creyentes incircuncisos y de los circuncisos que marchan sobre las huellas de su fe. Análogamente, las promesas le fueron hechas a Abraham no por la Ley, sino por la justicia de la fe; la Ley vino después de las promesas, no puede ser una condición de ellas, porque la Ley ocasionó su propia transgresión, lo cual impediría el mantenimiento de las promesas; éstas, en cambio, todavía se transmitirán a los descendientes espirituales de Abraham mediante la fe (Cap. 3, 21-4, 25).

517. La fe lleva consigo la esperanza de la gloria para los hijos de Dios por los méritos de Cristo; a su vez, la esperanza se afirma en

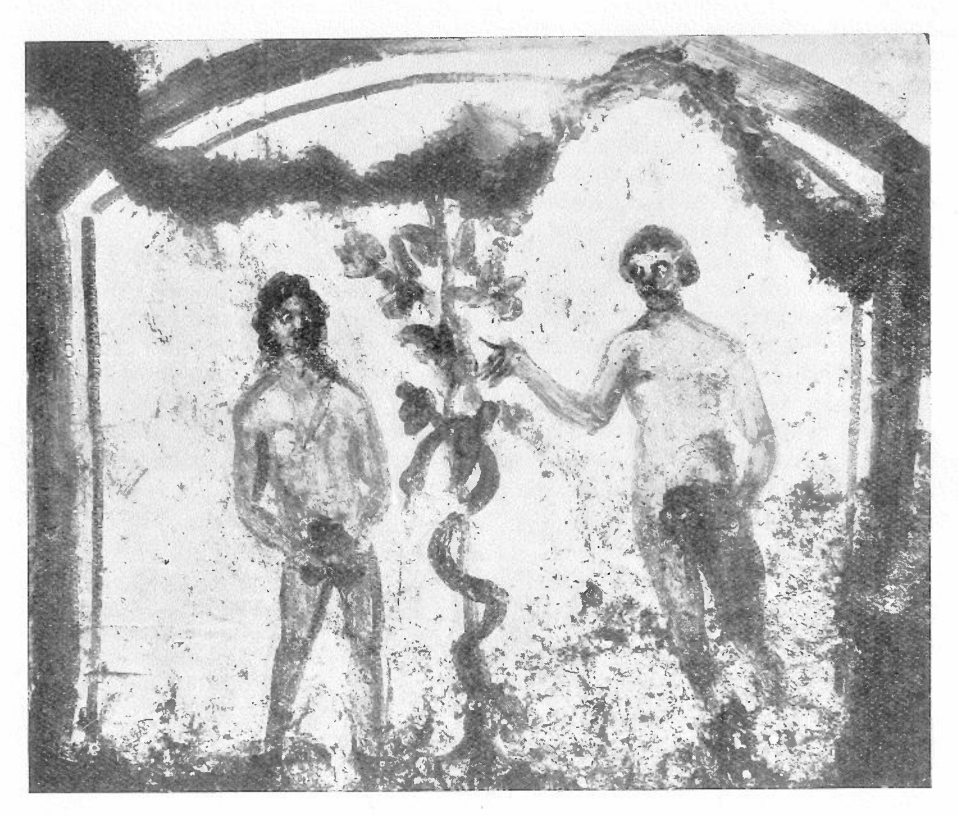


Fig. 107.—LA CAIDA DE ADAN Y EVA
Roma: Catacumbas de San Pedro y Marcelino (siglo IV)
(Pont. Instituto Archeologia Crist.)

las tribulaciones y *no quedará confundida, pues el amor de Dios se ha derramado en nuestros corazones por virtud del Espíritu Santo que nos ha sido dado* (5, 5). En efecto, si Cristo murió por nosotros cuando éramos impíos, tanto más debemos esperar la salvación ahora, que estamos justificados por su sangre. *Así, pues, como por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado, la muerte, y así la muerte pasó a todos los hombres por cuanto* (ἐφ'ᾧ) *todos habían pecado* (5, 12) (1); pero la muerte no es el castigo de los pecados actuales, porque reinó desde Adán hasta que fué dada la Ley por medio de Moisés y a semejanza de Adán, cayó también sobre los que no habían pecado actualmente; Adán es el «tipo» (§ 239) del futuro Adán, esto es, de Cristo. Pero el nuevo Adán restituyó sobreabundantemente lo que había sido quitado a causa del antiguo; así como la prevaricación del antiguo cayó sobre todos los hombres para su condenación, así la justicia obrada por el nuevo Adán se extiende sobre todos los hombres como justificación. El resultado práctico de la Ley fué que abundasen las transgresiones; pero donde abundó el pecado sobreabundó la gracia para que el reino de la gracia en la justicia por la vida eterna mediante Jesucristo sustituyera al reino del pecado en la muerte (Cap. 5).

518. La consecuencia de todo esto es que el cristiano no debe pecar más. Quién fué bautizado en Jesucristo fué bautizado en su muerte, sepultado con él en la muerte, el cristiano resucitó después a una nueva vida (2).

Injertado como un injerto en Cristo, el neófito que participó en la muerte de Cristo participará también en su resurrección. Por esto los cristianos deben considerarse muertos al pecado y vivos en Jesucristo; que no dejen reinar el pecado en el cuerpo mortal y empleen sus miembros como armas de justicia en favor de Dios. Antes del bautismo eran esclavos del pecado; pero ¿qué provecho sacaron? La muerte. Ahora, en cambio, rescatados del pecado, se han hecho esclavos de Dios y tienen como fruto la santificación y, por fin, la vida eterna (Cap. 6).

Los romanos, prácticos en leyes, saben que la ley fuerza al hombre sólo mientras vive; por ejemplo: una mujer casada está ligada al marido mientras éste viva; pero si el marido muere, está libre para volverse a casar. Pues bien, el cristiano ha muerto para la Ley mediante su incorporación a Cristo, para pertenecerle resucitado. No es que la Ley sea pecado, sino que la Ley hace conocer el pecado: yo no conocía deseos pecaminosos si la ley no me decía: «No desear»; pero el pecado, aprovechando la ocasión de este mandamiento, instigó en mí todos los deseos, porque *sin la Ley el pecado está muerto* (7, 8). Yo viví una vez

(1) La última proposición aparece en la Vulgata como *in quo omnes pecaverunt*, refiriendo *in quo* a Adán (puesto que es muy difícil que *in quo* esté aquí por *eo quod*); y hasta los tiempos de Cayetano fué ésta la interpretación corriente. El texto griego no deja lugar a dudas; debe ser traducido *por cuanto*, como, por lo demás, admite hoy todo el mundo (al menos quienes saben griego).

(2) Alude al significado simbólico del bautismo. El cual se hacía por inmensión, como significaba el verbo griego: el bautizado entraba en el agua y quedaba sumergido (símbolo del entierro); salía después (símbolo de la resurrección). Naturalmente, Pablo afirma que este rito produce efectivamente en el campo espiritual lo que muestra su simbolismo material.

fuera de la Ley (1); pero cuando vino el mandamiento, el pecado revivió, y yo, en cambio, estoy muerto, y el mandamiento que llevaba a la vida me condujo a la muerte. La Ley judía es buena en sí; pero el pecado toma ocasión en ella para acarrear la muerte; la Ley es espiritual, pero yo soy carnal y estoy vendido al pecado: no me explico lo que hago, porque no hago lo que quiero y hago lo que detesto (2).

Si, pues, detesto lo que hago, doy razón a la Ley, que es buena. *Pero entonces ya no soy yo quien obra esto, sino el pecado, que mora en mí. Pues yo sé que no hay en mí, esto es, en mi carne, cosa buena. Porque el querer el bien está en mí, pero el hacerlo no* (ibíd., 17-18). Yo me complazco en la ley de Dios según el hombre interior, *pero siento otra ley en mis miembros que repugna a la ley de mi mente y me encadena a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Desdichado de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?... Gracias a Dios por Jesucristo nuestro Señor...* (ibíd., 23-25) (3).

519. El Cristo Jesús, mediante su espíritu de vida, ha librado al cristiano de la ley del pecado y de la muerte. Lo que no podía hacer la Ley lo ha hecho Dios, que ha enviado a su hijo *en carne semejante a la del pecado, y por el pecado condenó el pecado en la carne* (8, 3). Por esto, los cristianos deben caminar no según la carne, sino según el espíritu, porque la carne se inclina a la muerte, y el espíritu, a la vida y la paz. Los cristianos no lo son en la carne, sino en el espíritu, porque el Espíritu de Dios habita en ellos, y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es cristiano; si el Espíritu de quien resucitó a Jesús de entre los muertos habita en los cristianos, quien resucitó a Jesús vivificará también sus cuerpos mortales en virtud de este su Espíritu que habita en ellos. A los que mueve el Espíritu de Dios, esos son los hijos de Dios; los cristianos no recibieron el espíritu de esclavitud para recaer en el temor, sino el espíritu de adopción filial, por el que gritan «¡Abba! ¡Padre!» Siendo, pues, hijos nosotros, los cristianos, somos también herederos de Dios y coherederos de Cristo, padeciendo con él para ser glorificados con él. Los sufrimientos del tiempo presente no pueden compararse con la gloria futura que se revelará a nosotros.

Hasta lo creado espera con ansiedad, suspirando, la manifestación de los hijos de Dios: lo creado fué sometido a la vanidad—no por su voluntad, sino por subordinación a quien lo ha sometido—, pero con la

---

(1) Ya dijimos que Pablo no está haciendo aquí su autobiografía (§ 243), si bien no está excluído que hable teniendo en cuenta la experiencia de su propia conciencia; hace más bien, bajo cierto aspecto, la autobiografía de la humanidad entera y no del individuo Pablo. El *yo* que habla aquí es convencional, oratorio; en el pensamiento de Pablo representa al judío, minado por el pecado, descompuesto por la concupiscencia, abandonado a sus solas fuerzas, y que por esto no consigue soportar el peso de la Ley judía.

(2) Entre los paganos se hallan aforismos de esta clase; además del conocidísimo de Ovidio: *Video meliora proboque, Deteriora sequor* (*Metamor.*, VII, 19-20), hay otro de Epícteto, todavía más semejante, según el cual el pecador *no hace lo que quiere, y hace lo que no quiere* (*Dissert.*, II, 26, 4).

(3) La respuesta a la interrogante está explícita en la Vulgata latina, que dice *La gracia de Dios*, etc. Pero son poquísimos los códices griegos que confirman esta lección. En la exclamación de la lección crítica del griego va implícita la respuesta.



Fig. 108.—MILAGRO DE LA FUENTE QUE SIMBOLIZA EL BAUTISMO (cf. *I Cor.* 10, 1-4)
Roma: Catacumbas de San Pedro y Marcelino (siglo IV)
(Pont. Instituto Archeologia Crist.)

esperanza de que lo creado será liberado de la esclavid de la corrupción y admitido a la libertad gloriosa de los hijos de Dios (1).

Pues sabemos que la creación entera hasta ahora gime y siente dolores de parto, y no sólo ella, sino también nosotros, que tenemos las

(1) La misma naturaleza fué perturbada a consecuencia de la primordial ruina del hombre; pero también ella espera con ansiedad que llegen las manifestaciones de los hijos de Dios, porque entonces, reintegrada al orden primitivo y liberada de los efectos del pecado, participará también ella en la gloria.

primicias del Espíritu, gemimos dentro de nosotros mismos, suspirando por la adopción, por la redención de nuestro cuerpo (ibíd., 22-23). Pero nuestra redención está en la esperanza y, por tanto, en la espera de lo que todavía no se ve. Por esto, el Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza: *porque nosotros no sabemos pedir lo que nos conviene; mas el mismo Espíritu aboga por nosotros con gemidos inefables, y el que escudriña los corazones conoce cuál es el deseo del Espíritu, porque intercede por los santos según Dios* (ibíd., 26-27). Para quienes aman a Dios todo coopera al bien, porque ha ordenado Dios con respecto a ellos la predestinación, la vocación a la fe y aquélla a la gloria. Y si Dios está a favor nuestro, ¿quién estará en contra nuestra? Si Dios nos ha dado a su propio Hijo, ¿cómo no nos dará lo demás? ¿Qué nos apartará del amor de Cristo? Nada: ni la tribulación, ni la angustia, etc. (véase una lista con entonación lírica en el § 167) (Cap. 7-8).

520. Cuestión de la incredulidad de los judíos (1). Pablo está entristecido porque sus connacionales judíos no creen en el Mesías Jesús (véase el pasaje correspondiente en § 167). Pero esta defección no hace fallar las promesas de Dios. Sus promesas no iban dirigidas indistintamente a todos los descendientes de Abraham por la sangre; entre sus hijos tan sólo a Isaac se hicieron estas promesas, y entre los hijos de Isaac, a Jacob y no a Esaú. Dios no es injusto; distribuye libremente sus favores, no con arreglo a los esfuerzos del hombre, sino según su propia misericordia. Pero dirás: «¿Por qué Dios entonces reprobará al hombre? ¿Quién puede resistir a Dios?» No; más bien: «¿Cómo tú, hombre, te atreves a pedir cuentas a Dios? ¿Acaso la estatua esculpida o el vaso de arcilla pedirán cuentas al escultor o al alfarero?» Dios, para mostrar su ira y su poder, soportó con longanimidad a quienes estaban predispuestos a la perdición, y lo hizo incluso para dar a conocer la riqueza de su gloria sobre quienes eran objeto de su misericordia, y éstos somos nosotros, llamados por él no sólo de entre los judíos, sino también de entre los gentiles. Esta llamada a los gentiles, como parcial sustitución del obstinado Israel, ya fué anunciada por los profetas del Antiguo Testamento. Los gentiles llegaron a la justicia por la vía de la fe, mientras Israel, aun cuando tenía una Ley de justicia, no llegó a ella, porque no se conmovió por la fe, sino por las obras.

Dolido por la obstinación de los judíos, Pablo atestigua que se preocupan de Dios, pero no según una ciencia exacta (ἐπίγνωσιν), sino que quieren casi sustituir la justicia de Dios por la suya propia. Puesto que el fin de la Ley es Cristo, existe una justicia para todo creyente. La justicia de la Ley consiste en realizar sus obras; pero la justicia de la fe—sin prescribir la subida al cielo o la bajada a los abismos a la bús-

---

(1) Pablo afronta la presente cuestión, no sólo por un sentir espontáneo de su sangre, sino mucho más como una cuestión teológica. La obstinación crece cada vez más por parte de los judíos que no reconocen al Mesías Jesús. Esto era una objeción gravísima contra la teoría de la redención universal operada por Jesucristo, y de la que Pablo ha tratado hasta ahora. ¿Por qué la nación que fué predilecta de Dios descomponía los planes de la redención divina? ¿Por qué, en la amplia visión luminosa, parmenece esta mancha oscura allí donde menos se esperaba?

queda de Cristo—enseña a creer en el Señor Jesús y a confesarlo abiertamente.

No hay distinción entre judío y griego, porque uno mismo es el Señor de todos, rico para todos los que le invocan (10, 12). Pero ¿cómo creerán los judíos en Cristo Jesús si no han oído su anuncio? No. Llegará este anuncio hasta los confines de la tierra; pero ellos no lo oirán, como ya han predicho los profetas del Antiguo Testamento (Cap., 9-10).



Fig. 109.—ESCENA DEL BAUTISMO (aumentada), s. II Roma: Catacumba de San Calixto; cubículo de los sacramentos; pared del fondo (Pont. Instituto Archeologia Crist.)

521. ¿Habrá que decir entonces que Dios ha repudiado a su pueblo? *No; cierto. Que yo soy israelita, del linaje de Abraham, de la tribu de Benjamín* (11, 1). En medio de la defección general se ha conservado un resto de fieles, como sucedió en tiempo de Elías: son los elegidos de la gracia, los que contemplaron lo que los demás, cegados, no vieron. Pero si los cegados se derrumbaron, su caída no fué infructuosa, ni durará eternamente: en primer lugar, *gracias a su transgresión obtuvieron la salud los gentiles para excitarlos a emulación* (ibíd., 11). Además, cuando se levanten, el mundo recibirá por esto más ventajas que no recibió daños por su caída; y por esto Pablo, si bien apóstol de los gentiles, hace todo lo que puede para salvar a los más israelitas posibles. Sigue después la comparación con el olivo doméstico seco, al que se ha injertado un olivo salvaje (véase § 166); las ramas del olivo salvaje, que son los gentiles, no sólo no deben insolentarse contra el olivo doméstico que es Israel, sino que deben recordar que las antiguas ramas deshojadas del olivo doméstico se injertarán de nuevo un día en ellos. *Porque no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio—para que no seáis presuntuosos* (1)*—, que el endurecimiento vino a una parte de Israel, hasta que entrase la plenitud de las naciones, y entonces todo Israel será sal-*

(1) La advertencia era oportuna tratándose de los cristianos de Roma; cuando Pablo escribía estas palabras, eran en su mayoría ex paganos (§ 513), y por esto fácilmente se inclinarían a despreciar a los judíos y a mantenerlos excluídos de la misericordia de Dios.

vo, según está escrito (ibíd., 25, 26) en la predicación profética. Los israelitas siempre son objeto de la predilección de Dios, a causa de sus antepasados; y así como los gentiles fueron en un tiempo rebeldes a Dios, mientras que ahora han obtenido misericordia, así los israelitas son ahora rebeldes; pero un día obtendrán misericordia en recompensa de la misericordia hecha a los gentiles. *¡Oh profundidad de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios e inescrutables sus caminos! Porque de El, y por El, y para El son todas las cosas. A El, la gloria de los siglos. Amén* (Cap 11).

522. Algunas admoniciones morales.—Que los cristianos de Roma ofrezcan sus cuerpos vivos, santos, gratos a Dios; éste es el verdadero culto que le deben. Son todos ellos otros tantos miembros de un cuerpo místico, y por esto que cada uno sirva, con arreglo a su propia función, al cuerpo entero; lo mismo vale decir en cuanto a los carismas varios que poseen (§ 211 y siguiente). Pero todas las diversas obligaciones se resumen en el precepto de la caridad, que hace olvidarse de sí mismo, servir a los demás, perdonarlo todo (Cap. 12).

En las relaciones con la autoridad civil, *todos habéis de estar sometidos a las autoridades superiores, que no hay autoridad sino por Dios, y las que hay, por Dios han sido ordenadas, de suerte que quien resiste a la autoridad resiste a la disposición de Dios, y los que la resisten se atraen sobre sí la condenación. Porque los magistrados no son de temer para los que obran bien, sino para los que obran mal* (13, 1-3). Y es preciso estar sometido a ellos, no sólo por miedo al castigo, sino por conciencia. Por la misma razón deben pagarse impuestos: *Pagad a todos lo que debáis; a quien tributo, tributo; a quien aduana, aduana; a quien temor, temor; a quien honor, honor* (ibíd., 7). Todos los deberes se resumen en el de la caridad, que es la plenitud de la Ley. *Y ya conocéis el tiempo, y que ya es hora de levantaros del sueño, pues nuestra salud está ahora más cercana que cuando creímos. La noche va muy avanzada y se acerca ya el día. Despojémonos, pues, de las obras de las tinieblas y vistamos las armas de la luz* (1); abandonando los vicios de toda especie, *vestíos del Señor Jesucristo* y no os déis a la carne para satisfacer sus concupiscencias (Cap. 13).

Que los fuertes en la fe acojan con tolerancia a los que son *débiles* en ella: si el débil se abstiene de ciertos alimentos y realiza ciertas observancias en días determinados no debe ser despreciado por el fuerte, y viceversa, el fuerte que no practica semejantes abstenciones y observancias no debe ser juzgado desfavorablemente por el débil; ambos tienen intención de servir al Señor, y esta intención debe respetarse. Para ellos no es impuro ningún alimento, pero no se escandalice al propio hermano comiendo una carne que le horripila; renúnciese más bien a ella, por amor de paz y por caridad. Como hizo Cristo, búsquese agradar a los demás más que a sí propio, y acójase indistintamente a todos, como Cristo acogió sin distinción a judios y paganos (Cap. 12-15, 13).

---

(1) Esta urgencia del tiempo no se refiere a la parusia, como quisieran los escatólogos, sino en general a un «fin» antes de cuya llegada es preciso obrar el bien; véase cuanto dijimos a este propósito sobre *I Cor.*, 7, 29-33 (§ 483, nota); cf.: también § 633, nota; § 489, nota.

523. Conclusión: noticias y saludos.—Pablo sabe muy bien que los cristianos de Roma están llenos de ciencia y en situación de aconsejarse mutuamente entre sí; sin embargo, ha querido recordarles algunas cosas, como apóstol de los gentiles, a los que dedica toda su labor. Ha anunciado el evangelio *desde Jerusalén hasta Iliria* (§ 503), allí donde no había resonado el nombre de Cristo, y no quiso construir nunca sobre cimientos ajenos. Muchas veces ha intentado, sin éxito, visitarles, aun teniendo este deseo desde hacía muchos años; ahora, como no halla más campo en las regiones donde se encuentra, se dirigirá a España, y de camino espera detenerse en Roma, para seguir después hacia su meta; pero, de momento, debe ir a Jerusalén a llevar las limosnas recogidas en Macedonia y en Acaya para los pobres de aquella comunidad. Les ruega que recen por él, para que pueda escapar a las insidias de los judíos de Palestina y su misión sea grata a los fieles de la ciudad santa (15, 14-33).

Les recomienda a Febe, diaconisa de la comunidad de Cencrea (§ 426) para que la reciban y la asistan amorosamente. Siguen los saludos a toda una larga lista de personas, encabezada por los nombres de Prisca y Aquila (1). A los saludos siguen admoniciones breves para que se guarden de los sembradores de discordias (§ 513), y vienen después los saludos de los compañeros de Pablo y una doxología (Cap. 16).

*

* *

524. Pasados los tres meses invernales, a principio de marzo del 58, Pablo dejó Corinto. Había decidido hacer el viaje por mar, embarcando en Cencrea y navegando directamente hacia Siria; pero en el último momento le dijeron—tal vez algún cristiano celoso de la seguridad del maestro—que los judíos le habían preparado insidias a lo largo del viaje (*Act.*, 20, 3).

No es muy probable que estas insidias tendieran a apoderarse de la suma considerable que Pablo llevaba a Jerusalén, fruto de las colectas; los judíos de la Diáspora no eran salteadores, y las miras de un lucro realizado con violencia y daño para un connacional no les habría llevado a la conjuración. Debió inspirarla, en cambio, una razón moral, y el mismo Pablo tenía un vago presentimiento cuando, escribiendo a los romanos, les invitaba a que rezasen por él, *para que me libre de los*

---

(1) La lista, excepcionalmente larga, se compone de unos veinticinco nombres. Esto ha bastado para que algunos eruditos supusieran que esta lista procedía de alguna otra carta de Pablo, dirigida a una comunidad muy conocida—tal vez la de Efeso—, mientras que en Roma no podía conocer a todas aquellas personas porque no había estado nunca allí. Este es todo su argumento, y, naturalmente, no sirve frente al testimonio concorde de los códices, que dan todos la lista mencionada como perteneciente a esta carta. Pero, al parecer, la norma jurídica *possessio pro titulo est* vale también en la crítica. En contra de esta hipótesis está también el hecho de que Pablo podía haber conocido a aquellas personas ocasionalmente durante sus viajes, y saluda a las más que puede, precisamente para mostrar a los romanos que no es un desconocido entre ellos; se ha observado también que algunos nombres de la lista (Junia, Ampliato, Urbano, etc.) son de origen claramente romano, y algunos los atestiguan inscripciones romanas.

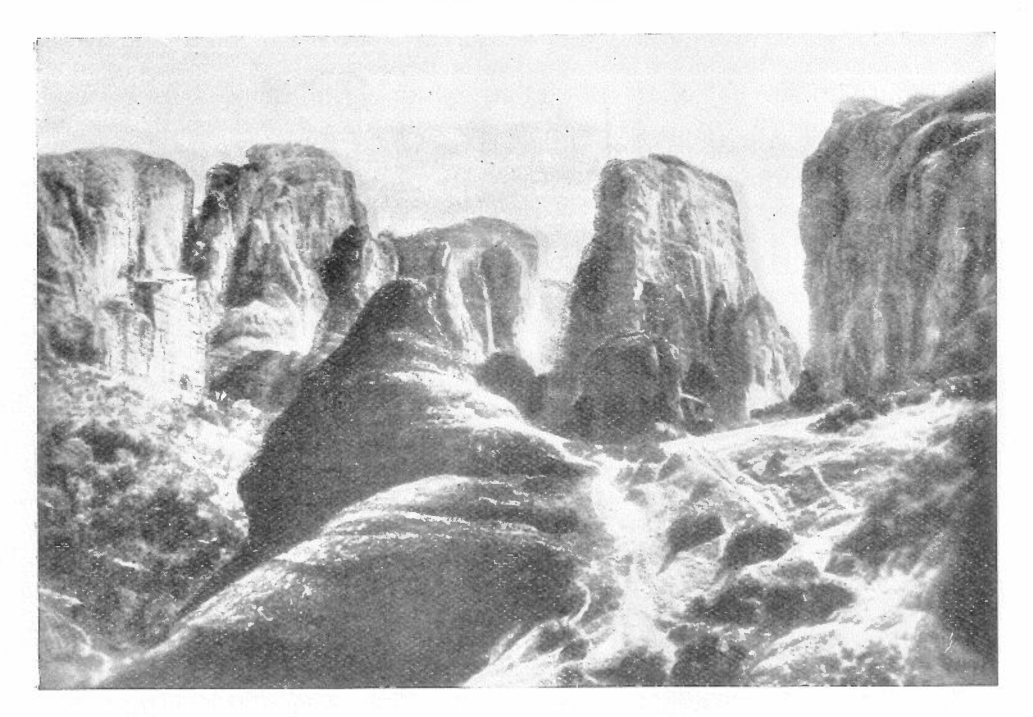


Fig. 110.—LOS «METEOROS» DE TESALIA

incrédulos en Judea (Rom., 15, 31); el motivo de la conjura fué el odio hacia el judío renegado y apóstol del Mesías Jesús.

Semejantes violencias, aun con respecto a una sola persona, eran frecuentes en aquel tiempo por parte de los zelotas-sicarios, que ya conocemos (1), los cuales no actuaban por amor al lucro, sino por fanatismo religiosonacionalista. Pablo debió ser designado como víctima por alguna banda zelota de Judea, que encargó la ejecución del proyecto a sus emisarios del extranjero. La ocasión era propicia: por la inminente Pascua, las naves que marchaban hacia Siria desde los diversos puertos del Mediterráneo venían cargadas de peregrinos judíos que se dirigían a Jerusalén; entre aquella muchedumbre, un golpe bien dado, de noche, en la oscuridad de una bodega, con la protección de los afiliados, quitaría de en medio al renegado de una vez por todas; después, su cadáver se hundiría en el mar.

525. La denuncia del celoso cristiano salvó a Pablo, que, renunciando al viaje por mar, tomó la vía de tierra, infinitamente más larga, porque le forzaba a volver a pasar por Macedonia; con esto se hacía imposible que estuviese en Jerusalén para Pascua. Le acompañaron en el viaje varios representantes de las comunidades fundadas por él: Sopratos de Berea, Aristarco y Segundo de Tesalónica, Gayo de Derbe, Timoteo, Tiquico y Trofimo, del Asia proconsular (*Act.*, 20, 4); pero en

(1) Cf.: *Historia de Israel*, II, § 381; 413.

una cierta etapa del viaje—que no es pocible precisar por falta de datos—se dividió el grupo, y unos de ellos aceleraron la marcha y esperaron a los demás en Troade. Pablo, subiendo a Tesalia y llegando a Filipos, se reunió allí con su querido Lucas, el cual, en efecto, a partir de este punto emplea en la narración la primera persona del plural (§§ 92, 379).

526. En Filipos se celebró la Pascua; pasados los ocho días de la fiesta, Pablo, con Lucas y tal vez con alguien más, se embarcó en el puerto de Neápolis (§381), dirigiéndose a Troade. Esta vez la travesía debió ser dura, porque duró cinco días; en Troade se encontraron los recién llegados con la otra parte del grupo que les había precedido, y se quedaron allí siete días.

El último día de su estancia resultó ser un día «después del sábado», esto es, nuestro domingo; era, por tanto, el día que dedicaban los cristianos primitivos a una reunión litúrgica de importancia particular (cf. *I. Cor.*, 16, 2), que en aquella ocasión fué más cordial por los adioses que Pablo hizo a la comunidad, puesto que debía marchar al día siguiente. Y aquí es preciso dejar la palabra al testigo Lucas: *El primer día de la semana, estando nosotros reunidos para partir el pan, platicando con ellos Pablo, que debía partir al día siguiente, prolongó su discurso hasta la media noche. Había muchas lámparas en la sala donde estábamos reunidos. Un joven llamado Eutico, que esta sentado en una ventana, abrumado por el sueño, porque la plática de Pablo se alargaba mucho, se cayó del tercer piso abajo, de donde le levantaron muerto. Bajó Pablo, se echó sobre él y, abrazándole, dijo: «No os turbéis, porque su alma está en él». Luego subió, partió el pan, lo comió y prosiguió la plática hasta el amanecer, y luego partió. Le trajeron vivo al muchacho con gran consuelo de todos* (*Act.*, 20, 7-12).

527. Nótese que la reunión de estos cristianos de Troade se celebraba en una sala superior (ὑπερῴῳ); no sabemos si esto era una norma usual entre cristianos, pero sabemos que en una sala elevada del suelo (ἀνάγαιον) Jesús había instituído la Eucaristía en la última cena (§ 306); en cuanto al rito de *partir el pan,* no puede ser más que la Eucaristía, designado por Pablo en otro lugar con las mismas palabras *(I Cor.,* 10, 16). El desarrollo de los hechos, pues, es bastante claro; aquel domingo la comunidad se reúne para celebrar el rito de la Eucaristía ya entrada la noche, esto es, en la hora en que Jesús la había instituído; Pablo está presente en la reunión, y como tiene que marcharse al día siguiente, aprovecha para despedirse de los hermanos y hacerles las últimas exhortaciones; éstas se hacen antes de la celebración eucarística, y se prolongan bastante; el joven Eutico, adormecido, se cae desde la ventana y muere; Pablo baja, le abraza y asegura que no está muerto; pero, subiendo inmediatamente a la sala de la reunión, celebra con los hermanos el rito eucarístico, conversa con ellos todavía hasta la aurora y se marcha; mientras tanto el infortunado joven yacería en un lecho de cualquier habitación próxima, y tan sólo se dice que escapó a la muerte, y esto llenó de consuelo a todos.

Hay que señalar en esta narración la poca importancia que se atribuye al episodio del joven, que nos parece a nosotros lo más importante; en cambio, se concede la mayor importancia al rito eucarístico, mientras que el episodio del joven no es más que un incidente venido a perturbar el desarrollo del rito. Pero la perturbación es mínima; apenas Pablo ha abrazado al muerto y tranquilizado a los vivos, el rito continúa como si nada hubiera sucedido, y la reunión se prolonga hasta la aurora. El médico Lucas dice escuetamente que primero estaba *muerto* y después *vivo,* sin entrar en detalles. Si Pablo lo abrazó estrechamente (συμπεριλαβών), podemos pensar que él, conocedor perfecto de la Biblia, tenía presente las figuras de Elías y de Eliseo, porque habían realizado aquel gesto simbólico sobre los dos muertos que resucitaron, gestos que eran usuales en el profetismo hebreo (I (III), *Reyes,* 17, 21-23; II (IV), *Reyes,* 4, 34-36).

Algún racionalista ha querido interpretar las palabras de Pablo *su alma está en él* como una afirmación de que el joven no se había muerto todavía; nada de esto: todo el contexto muestra que en la mente del narrador estas palabras significan que el joven estaba vivo después de haber estado muerto, esto es, que el ánima estaba presente porque había vuelto. Afirmaciones análogas atribuye la narración bíblica a Elías, cuando resucitó al niño.

528. El grupo partió de Troade hacia el Sur en una navegación en realidad de cabotaje. La primera escala se hizo en Asson, situada bajo el promontorio que se extiende al sur de Troade; se podía llegar allí por mar, costeando el promontorio, o por tierra, atravesándolo por su base en un camino de seis horas; no sabemos por qué razón Pablo quiso hacer el viaje por tierra, después de haber hecho embarcar a sus compañeros y haberse citado con ellos en Asson.

Cuando se reunieron en Asson zarparon para Mitilene, que era la ciudad principal de la isla de Lesbos, situada en su costa oriental.

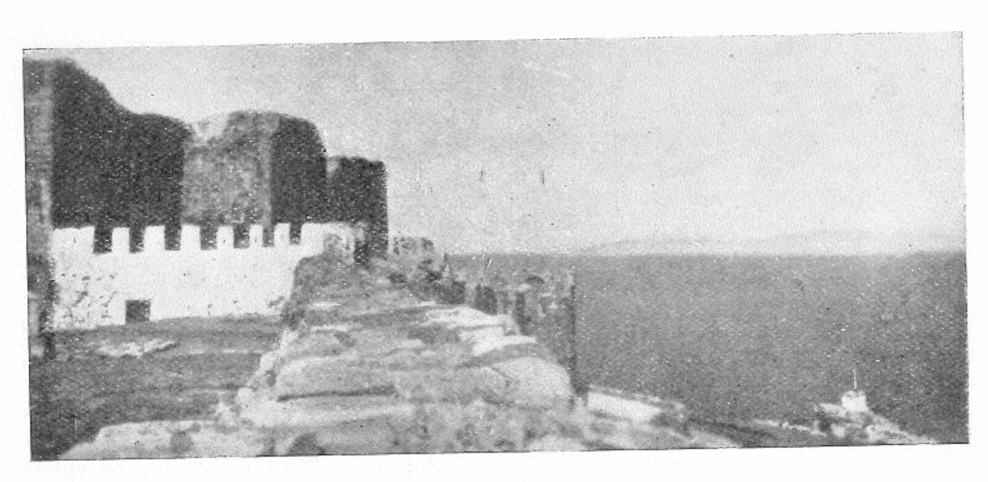


Fig. 111.—MITILENE (LESBOS)
(de MONMARCHE: *Les pays d'Asie*)

Al día siguiente navegaron frente a la isla de Chíos, a la altura de Esmirna.

Al otro, pasando de largo frente a Efeso, enfilaron el estrecho entre la isla de Samos y el promontorio de Micale, y, según una lectura particular, arribaron a Troglio (Santa María). Al día siguiente llegaron a Mileto.

529. Quien sigue hoy durante la estación florida el recorrido mismo de Pablo, costeando las regiones jonias del Asia Menor, desde Troya hasta Rodas, goza de panoramas encantadores, sugestivos por los fantasmas de tres milenios de historia que surgen en varios lugares. En tiempo de Pablo aquellas regiones eran menos ricas en fantasmas históricos, pero más ricas en todo lo demás, y especialmente más frondosas; sin embargo, Pablo, siguiendo su costumbre (§ 233), debió permanecer ajeno a cuanto le circundaba, porque el verdadero mundo en que él vivía lo llevaba dentro de sí. Ahora bien: este mundo suyo interior era en aquellos días todo lo contrario de plácido y sereno, y en su horizonte espiritual se alzaban nubes por doquier.

No quiso tocar en Efeso para ahorrar tiempo, deseando estar en Jerusalén para Pentecostés *(Act.,* 20, 16). Iba a Jerusalén no sólo a llevar los socorros recogidos desde hacía tanto tiempo y en tantos lugares, sino también empujado por una fuerza irresistible de su espíritu (ibíd., 22); sin embargo, preveía allí graves tribulaciones. En primer lugar, ¿cómo recibirían los hermanos de Jerusalén los socorros que les llevaba? El fin de la carta a los *Romanos* (15, 30-31), donde recomienda que rueguen por él para que su oferta sea bien recibida por los hermanos, demuestra que no se sentía tranquilo en este respecto. Podía suceder que la corriente rigorista, muy numerosa en Jerusalén, se mostrase hostil a Pablo, incluso en lo referente a los socorros que traía e hiciera de todo con tal de que los auxilios fueran rechazados de mala manera. Porque ¿no eran, en definitiva, regalos que procedían de incircuncisos? ¿No habían sido recogidos por quien quería abolir la Ley? A un bienhechor de esta especie podía responderle cualquiera de los más intransigentes como Pedro había respondido a Simón el Mago: *Pecuniam tua tecum sit in perditionem (Act.,* 8, 20). Las consecuencias de una respuesta semejante habrían sido gravísimas para ambas partes, y precisamente por ello Pablo estaba angustiado en su incertidumbre.

530. Pero esto no era todo. Además de los peligros internos, estaban los exteriores. El final de la carta a los *Romanos* apunta también a los infieles de Judea, o sea, los zelotas-sicarios, que ya habían tramado la conjura contra Pablo durante su navegación de regreso a Jerusalén, y Pablo debía saber algunas cosas con respecto a las insidias de estos fanáticos, porque aludirá a ellas incluso en el discurso que pronunció en Mileto *(Act.,* 20, 19). Por aquella vez el golpe había fracasado; pero cuando se presentara en persona en Jerusalén, ¿qué no eran capaces de hacerle aquellas fieras implacables? Morir sería para él menos que nada; es más, sería una ganancia *(Filip.,* 1, 21); pero, desaparecido él, ¿qué sucedería en las comunidades que había fundado

y vigilado desde lejos durante tantos años, día tras día? Y sus proyectos de evangelizar el Occidente hasta España, comprendida su visita a Roma, ¿debían desvanecerse por la puñalada de un zelota desconocido?

Basta; el Señor proveería a todo esto. Es verdad que sentía en su interior, incesantemente, el eco de una advertencia arcana: *Voy hacia Jerusalén, sin saber lo que allí me sucederá, sino que en todas las ciudades el Espíritu Santo me advierte diciendo que me esperan cadenas y tribulaciones (Act.,* 20, 22-23). Con esta perspectiva es claro que la navegación a lo largo de las costas jónicas no podía ser un viaje de placer, y Pablo, más bien que admirar los panoramas que se extendían en torno a su nave, debía meditar sobre su próximo futuro.

531. El discurso de Mileto (§ 12) refleja este estado de ánimo. Desde esta ciudad mandó llamar a los presbíteros de la vecina Efeso, porque, aun cuando la prisa con que viajaba no le permitía dirigirse en persona allí, no quería, sin embargo, alejarse de aquella región sin haber saludado y exhortado a los representantes de su querida comunidad; cuando llegaron les hizo un discurso que resume Lucas. Este discurso, muy semejante en su expresión a las cartas de Pablo, resume conceptualmente la actividad que desarrolló en Efeso y refleja con pre-



Fig. 112.—MILETO: TEATRO

cisión las condiciones espirituales del orador, conmovido por los recuerdos, turbado por negros presentimientos, sostenido por la esperanza, confortado por el testimonio de su conciencia.

Los reunidos, dice Pablo, saben cómo se ha comportado él desde el primer día que entró en la provincia del Asia, sirviendo al Señor con toda humildad en medio de las tribulaciones y las insidias de los judíos; no ha dejado de hacer nada que pudiera aprovecharles, enseñándoles en público y en privado e invitando a la vez a judíos y a griegos a la *metànoia* con Dios (cf. § 417) y a la fe en Jesús. He aquí que ahora se siente espiritualmente forzado a dirigirse a Jerusalén; no sabe qué le sucederá allí, pero el Espíritu Santo en todas las ciudades le manifiesta que le esperan cadenas y tribulaciones; sin embargo, él no se aferra a la vida, y sólo le importa realizar el cometido que le asignó el Señor Jesús: testimoniar el evangelio de la gracia de Dios. Sabe que los que él ha evangelizado no le verán ya más (1); por esto, mientras afirma que no tiene ningún remordimiento con respecto a ellos, les exhorta a que se cuiden a sí mismos y a la grey *sobre la cual el Espíritu Santo os ha constituído inspectores* (ἐπισκόπους, obispos) (2) *para apacentar la Iglesia de Dios* (20, 28). Sabe que después de su partida penetrarán en el rebaño lobos rapaces y que entre los que le escuchan se alzarán algunos enseñando perversidades para reunir discípulos; que estén atentos, que se acuerden de que durante tres años no dejó de exhortar a cada uno de ellos, de día y de noche. Ahora los encomienda a la gracia de Dios, que les asistirá. No ha buscado obtener de ellos bienes materiales, y saben que proveyó a sus necesidades y a las de sus compañeros con el trabajo de sus manos, porque quiso también mostrarles que precisamente con el trabajo de las manos se deben socorrer las necesidades, recordando las palabras del Señor que dicen: *Más vale dar que recibir* (§ 302, nota).

532. Acabado el discurso, Pablo se arrodilló y oró con los presbíteros. Después, todos le abrazaron y besaron llorando, afligidos por su predicción de que no volverían a ver su cara, y le acompañaron a la nave.

Al zarpar de Mileto, después de una parada tal vez de tres días, Pablo emprendió la navegación con una comitiva diminuta; en el relato que sigue aparecen aún presentes Trofimo, Aristarco y Lucas, mientras no se menciona a nadie más; es probable que se separasen de Pablo en Mileto. El primer día la nave hizo rumbo a la isla de Cos; al día siguiente llegaron a Rodas; al otro, marchando hacia Levante desde Rodas, atracaron en Patara, en Licia (§ 11). En Patara, *habiendo hallado una nave que hacía la travesía a Fenicia, nos embarcamos*

---

(1) Esta es una conjetura personal de Pablo, que después resultó fallida, porque volvió a Efeso al cabo de su primera prisión romana (§ 635). El hecho de que Lucas refiera objetivamente esta previsión, demuestra que está escribiendo el resumen del discurso, y los *Hechos*, antes de que estuvieran compuestas las cartas pastorales, por las que se conoce la vuelta subsiguiente de Pablo a Efeso: si Lucas hubiera conocido estas cartas, cuando resumía el discurso, casi con seguridad habría omitido la previsión.

(2) Como el discurso está dirigido a los «presbíteros» (πρεσβύτεροι =ancianos), es claro que los dos términos «inspectores» y «presbíteros» se equivalen.

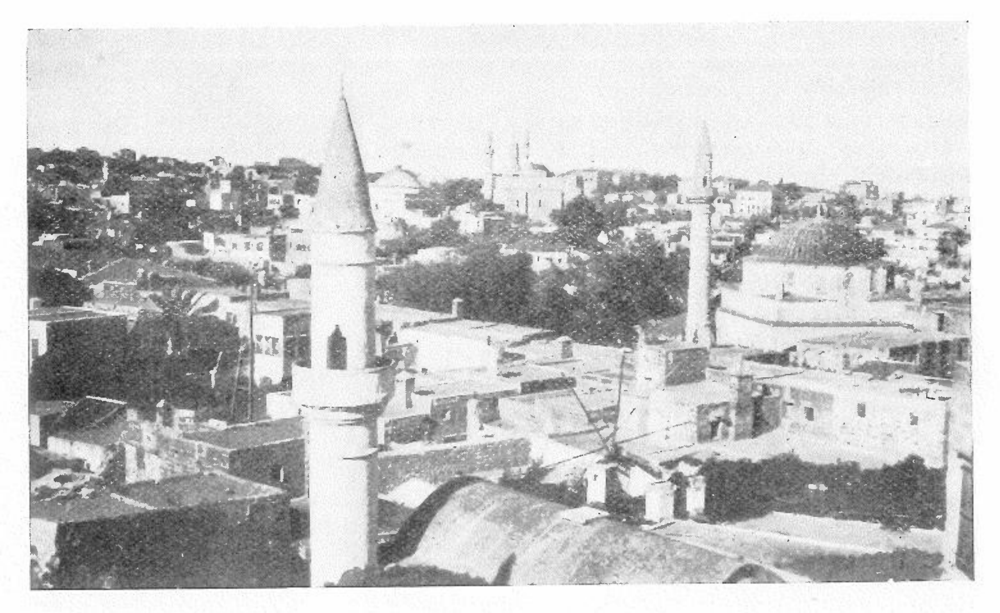


Fig. 113.—RODAS. LA CIUDAD

y nos dimos a la mar. Luego dimos vista a Chipre, que dejamos a la izquierda, navegamos hasta Siria y desembarcamos en Tiro, porque allí había de dejar su carga la nave (Act., 21, 2-3).

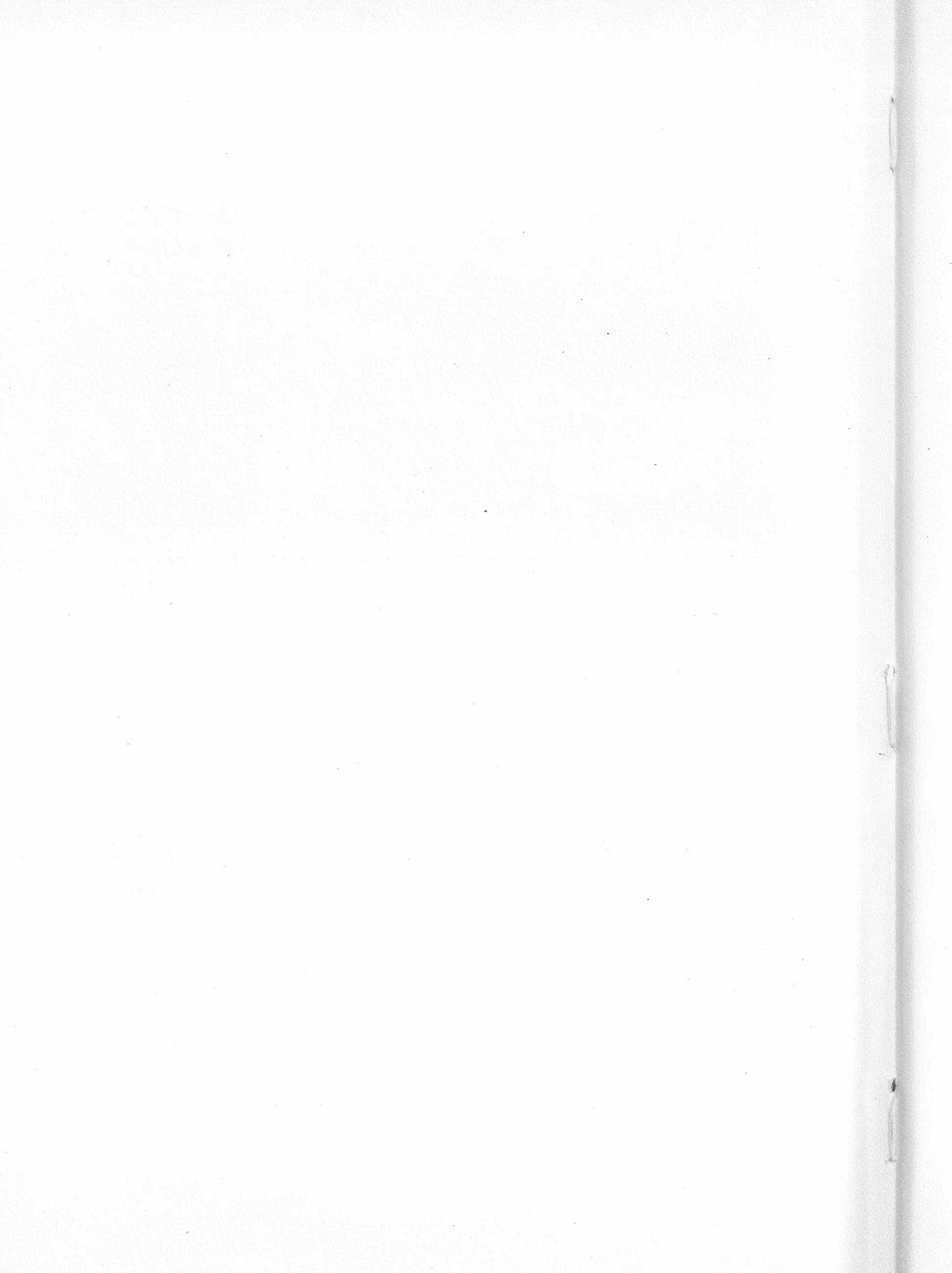
533. A pesar de la prisa de Pablo, la parada en Tiro fué larga, siete días, probablemente por las exigencias del servicio de la nave; pero los aprovechó para relacionarse con las comunidades locales, cuyos orígenes debían remontarse a la persecución de los cristianos, que el mismo Pablo había promovido (cf. *Act.,* 11, 19). Algunos de ellos, esclarecidos *por el Espíritu* acerca del futuro inmediato, exhortaban a Pablo a que no fuera a Jerusalén para evitar consecuencias tristes. pero no lograron detenerle; pasados siete días, *salimos e iban acompañándonos todos con sus mujeres e hijos hasta fuera de la ciudad. Allí, puestos de rodillas en la playa, oramos, nos despedimos y subimos a la nave, volviéndose ellos a su casa* (ibíd., 21, 5-6). La nave fué desde Tiro a Tolemaida, donde, al parecer, cesó el viaje por mar.

534. Se quedaron con la comunidad local un día, y después Pablo y sus compañeros marcharon por tierra hacia Cesarea, *entrando en casa de Felipe, el evangelista, que era uno de los siete, nos quedamos con él; tenía éste cuatro hijas vírgenes que profetizaban* (ibíd., 8-9). Un cierto Agabo tenía también el carisma de «profeta», el cual, mientras Pablo estaba en Cesarea, vino allí desde Judea; debía proceder de Jerusalén, y parece que es el mismo Agabo «profeta» que se presentó en Antioquía (§ 317). Ante Pablo realizó una de aquellas acciones simbólicas que habían sido realizadas por los profetas hebreos antiguos, especialmente por Ezequiel; tomó el cinturón de Pablo y, ligándose las

manos con él, sentenció: «*Así atarán los judíos en Jerusalén al hombre cuyo es este cinto y lo entregarán en poder de los gentiles*» (ibíd., 11). Al oír estas palabras de boca de un autorizado carismático, todos los asistentes, comprendido el narrador, Lucas, rogaron a Pablo que no fuera a *Jerusalén,* pero él respondió: *¿Qué hacéis con llorar y quebrantar mi corazón? Pues pronto estoy, y no sólo a ser atado, sino a morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús. Visto que no se dejaba convencer, los asistentes respondieron: ¡Hágase la voluntad del Señor!* (ibídem, 13-14). A las admoniciones exteriores, aun cuando procedentes indirectamente de comunicaciones del Espíritu, Pablo contraponía sus comunicaciones interiores, que le hacían tener absoluta certeza acerca de los caminos que debía seguir; su camino era el de Jerusalén, aun cuando le llevara a una prisión o bajo la guadaña de un lictor. Esta era la voluntad del Señor Jesús, y con esto le bastaba.

La última parte del viaje, de Cesarea a Jerusalén, se hizo, probablemente, con una parada intermedia, en compañía de algunos hermanos de Cesarea que se unieron a la caravana, tal vez para mayor seguridad en el camino. Estos fueron los que, una vez en Jerusalén, se ocuparon de alojar a Pablo en casa de Manson, un chipriota que era ya cristiano viejo. La casa de este Manase, de origen helenista, se consideró más propicia que otras para alojar a un grupo de cristianos, entre los que ciertamente no faltaban algunos incircuncisos; difícilmente serían éstos acogidos en casas de cristianos judaizantes, y aun cuando fueran acogidos podían surgir con demasiada facilidad ocasiones de disputas y conflictos.

Es la quinta visita, que sepamos, que hacía Pablo a Jerusalén, después de su conversión.



ENCARCELAMIENTO EN JERUSALEN. PRISION EN CESAREA

535. El recibimiento que hizo a Pablo la comunidad de Jerusalén fué un recibimiento «diplomático», en el sentido usual de la palabra; pero habría sido mucho peor—como el mismo Pablo había temido (§ 529)—de no haber intervenido una autoridad suma, que cambió si no el fondo de la situación, al menos las apariencias. La diplomacia conoce a veces situaciones de éstas.

Hay que tener presente que en Jerusalén vivían, hombro con hombro, helenistas cristianos y judeocristianos, con sus tendencias respectivas (§ 350 y siguientes); los segundos eran más numerosos y poderosos, pero por encima de ambas corrientes estaban las autoridades supremas, los apóstoles eminentísimos, ante quienes ambos grupos se inclinaban reverentes, aun cuando de hecho procuraban atraerlos cada uno a su campo. La prudente habilidad de aquellas sumas autoridades debía mostrarse en el modo de llevar a los dos grupos conjuntamente y con los menores roces posibles entre sí, induciendo hoy al uno y mañana al otro a que renunciase a cualquiera de sus predilecciones respectivas. El punto de convergencia donde podían encontrarse los pareceres diversos de ambos grupos existía, sin duda; era la mutua caridad, que la catequesis de Juan presentaba como el precepto distintivo de los secuaces de Jesús, enseñada por el Maestro la víspera de su muerte (*Jo.*, 13, 34-35; 15, 12), y que la catequesis de Pablo ponía por encima del carisma más excelso (§ 225); pero esto, si bien era clarísimo en teoría, en la práctica la pesadez de la humanidad no permitía que éste o aquel grupo se elevara hasta tan sublime cima. Y entonces los eminentes apóstoles proponían compromisos para hacer que ambos grupos se encontrasen en una línea intermedia y con satisfacción parcial para ambos lados; es lo mejor que podía obtener la diplomacia de la caridad para concordar el precepto distintivo de los cristianos con la pesadez de su humanidad.

536. El primer encuentro de Pablo y sus compañeros con los cristianos de Jerusalén fué cordial; *llegados a Jerusalén, fuimos recibidos*

por los hermanos con alegría (Act., 21, 17). Fácil es reconocer en estos hermanos a los cristianos helenistas, los cuales, apenas supieron que habían llegado los misioneros de los gentiles, vinieron a saludarles y se alegraron con ellos de las buenas noticias que traían; pero es un encuentro particular, entre fieles del mismo grupo, que se hablan de corazón a corazón y que no tienen responsabilidad directiva ni preocupación de mantener un equilibrio entre partidos opuestos. Mientras tanto, aquella misma noche cunde por toda la comunidad la noticia de la extraordinaria venida, y llega a los oídos de los dirigentes mayores y menores; y, como los recién llegados han expresado el deseo de ser recibidos oficialmente para entregar las sumas recaudadas, los dirigentes fijan el recibimiento para el siguiente día, y mientras tanto discuten entre sí acerca del carácter que deban dar a este recibimiento.

Sin duda hubo diferencia de pareceres, y no faltaría, entre los dirigentes menores, quien propusiera, sin más, rechazar las colectas recaudadas entre incircuncisos y renegar abiertamente de los criterios seguidos por Pablo en la evangelización de los paganos (§ 529); otros «presbíteros», por el contrario, habrán sido menos radicales y habrán propuesto no rechazar las colectas, pero al aceptarlas prescribir a Pablo un método diverso de evangelización entre paganos, imponiéndole al menos la observación de los puntos fundamentales de la ley judía; otros se contentarían aún con menos, preocupándose tan sólo de sus propios connacionales, y habrán propuesto que Pablo impusiera a los judíos convertidos por él que, aun después del bautismo, observaran la ley judía. Estos debieron ser los diversos pareceres expresados por los dirigentes menores, los «presbíteros» de la comunidad, que eran casi exclusivamente judeocristianos.

Pero asistía a la reunión el único de los *eminentes apóstoles* que se hallaba a la sazón en Jerusalén, Santiago, el «hermano» del Señor, el cual, mientras escuchaba todas estas proposiciones, debió pensar en su actitud propia con motivo del concilio apostólico (§ 358), y se dió cuenta de qué poco se seguía aquella actitud. Al fin tomó también él la palabra, expresando de nuevo sus antiguas opiniones y defraudando, una vez más, las esperanzas que fundaban en él los presbíteros; sin embargo, sintiendo que sobre él pesaba por entero la responsabilidad del momento presente, juzgó oportuno dulcificar la amargura de la desilusión con algunas concesiones de carácter práctico. Debieron elaborarse allí una especie de «consignas» acerca de la actitud que debía adoptarse al día siguiente, actitud de compromiso caritativo y de prudencia cautelosa.

537. *Al día siguiente Pablo, acompañado de nosotros, visitó a Santiago, reuniéndose allí todos los presbíteros. Después de saludarles, contó, una por una, las cosas que Dios había obrado entre los gentiles por su mano. Ellos, oyéndole, glorificaban a Dios...* Y hasta aquí todo era natural y claro; aquellos presbíteros oyen, felices, las noticias acerca de la expansión de la Buena Nueva y alaban a Dios; pero inmediatamente después tienen algo que replicar y lo hacen de modo burdo y oscuro, si bien respondiendo a su pensar íntimo. No se dice quién fué el orador, pero probablemente fué el mismo Santiago quien habló en

nombre de los presbíteros y conforme a la actitud prefijada la noche anterior.

Fuera quien fuese el orador, Pablo oyó que le dirigían estas palabras: *Ya ves, hermano, cuántos millares de creyentes hay entre los judíos y que todos son celadores de la ley.* Este hecho se le presenta a Pablo como respuesta a las noticias acerca de los muchísimos paganos que él ha convertido; y era un hecho que ciertamente había que tener en cuenta, puesto que tanto los ex judíos como los ex paganos reconocían a Jesús por Mesías; el hecho, además, era mucho más perceptible aquellos días en Jerusalén, donde, con ocasión de Pentecostés, habían confluído infinidad de judíos de la Diáspora, y buen número de ellos habían aceptado la doctrina cristiana, aun cuando seguían practicando las peregrinaciones prescritas por la ley judía. Pero a este hecho indudable se añade inmediatamente una información, que se atribuye a aquellos mismos judíos, con un prudente artificio: *Pero han oído de ti que enseñas a los judíos de la dispersión que hay que renunciar a Moisés, y les dices que no circunciden a sus hijos ni sigan las costumbres mosaicas.*

538. En verdad no eran precisamente éstas las enseñanzas de Pablo; sostenía, sí, que los paganos que se hacían cristianos no debían preocuparse de las observancias judías, pero con los judíos que se hacían cristianos, como buen psicólogo, era más remiso, y dejaba a la conciencia individual de cada uno de ellos la continuación o no continuación de las prácticas de la Ley, afirmando, sin embargo, que la Ley no traía la salvación y que con la venida del Mesías Jesús había sido abolida. Ciertamente, la afirmación de estos principios importaba como última consecuencia de la *apostasía de Moisés;* sin embargo, Pablo había puesto ante los secuaces de Moisés tan sólo los principios, dejando a sus conciencias que sacaran de ellos las consecuencias prácticas; agudo psicólogo, trataba a sus propios connacionales como hombres y no como máquinas, sabiendo cuánto le cuesta al hombre separarse de tradiciones antiguas y veneradas; él mismo, por devoción personal, había hecho y observado el voto de Cencrea (§ 448), así como por una condescendencia caritativa había circuncidado a Tito (§ 373). Pero la asamblea de los presbíteros pasó por alto todas estas distinciones sutiles y consideraciones humanas, y, aun atribuyendo fuentes anónimas a su información propia, se apoyó en la *apostasía de Moisés.*

A este diagnóstico del morbo siguió inmediatamente la propuesta de la medicina, bajo forma de consejo cariñoso. *¿Qué hacer pues? Seguro sabrán que has llegado. Haz lo que vamos a decirte: tenemos cuatro varones que han hecho voto; tómalos, purifícate con ellos y págales los gastos para que se rasuren la cabeza, y así todos conocerán que no hay nada de cuanto oyeron sobre ti, sino que sigues en la observación de la Ley. Cuanto a los gentiles que han creído, ya les hemos escrito nuestra sentencia de que se abstengan de las carnes sacrificadas a los ídolos, de la sangre, de los ahogados y de la fornicación* (ibíd., 18-25).

539. La medicina sugerida era, en resumen, la realización de un acto público que demostrara la observancia de una prescripción deter-

minada de la ley judía, esto es, del voto del «nazareo» (§ 448); no se pedían a Pablo declaraciones doctrinales acerca del vigor y de la eficacia de aquella ley; que pensase lo que quisiera, pero que hiciera esta demostración práctica para disipar las voces peligrosas que circulaban sobre él.

En realidad, lo que se pedía a Pablo no era gran cosa; es más: es posible que los presbíteros escogieran esta propuesta, entre otras muchas, porque casualmente sabían que Pablo había hecho el mismo voto hacía cinco años en Cencrea. Entonces Pablo había hecho el voto por devoción personal; pues bien: que se uniera ahora con aquellos cuatro cristianos que estaban en sus condiciones de entonces y que les ayudara a cumplir el voto. Porque sucedía que los pobres que habían hecho voto de «nazareo» no podían afrontar los gastos considerables de los sacrificios prescritos cuando se cumplía el voto; en estos casos, las personas pudientes se preciaban de poder proporcionar a aquellos pobres los medios necesarios para pagar los sacrificios, así como para que se raparan los cabellos y, de este modo, se desligasen del voto (cf. Flavio Josefo, *Antig. judías,* XIX).

Para dar más equidad a esta proposición, tan moderada en sí misma, los presbíteros al final de su discurso aludieron al decreto del concilio, que no imponía a los gentiles que se hicieran cristianos más que las cuatro prohibiciones citadas (§ 360); esta alusión, que podía significar para Pablo un *do ut des,* le recordaba que él era plenamente libre ante los paganos que había evangelizado, puesto que éstos no tenían obligaciones que cumplir, fuera de aquellas cuatro. Y esto es lo que dice explícitamente la redacción «occidental» (§ 119, nota), en la que se lee: *En cuanto a los gentiles que han creído, no tienen nada que decir en contra tuya, porque nosotros escribimos,* etc.

540. A pesar de todas estas aparentes suavidades, el trago era amargo para quien debía tragárselo. El prudente Lucas no alude a los titubeos de Pablo, y pasa inmediatamente a narrar cómo siguió el consejo recibido; pero, sin duda, Pablo tuvo dudas y vacilaciones interiores; no sería Pablo el hombre que era, de no haberlas tenido. Sin embargo, sobre el hombre Pablo se había superpuesto, desde hacía ya veinte años, el apóstol de Cristo, por tanto él, en aquel momento decisivo, se acordó de lo que había escrito a los corintios unos meses antes, que se hacía judío con los judíos, para ganárselos (*I Cor.,* 9, 20); después recordó que en la misma carta había declarado (13, 2) cómo nada valdría, aun cuando pudiera transportar montañas, de no tener caridad; por esto, en la hora de la prueba el apóstol contuvo al hombre, le obligó a hacerse una vez más judío y dejó que, sobre todo, triunfara la caridad.

Pablo aceptó la proposición, y al día siguiente tomó consigo a los cuatro judeocristianos que tenían el voto y realizó las ceremonias purificadoras prescritas, entró en el templo de Jerusalén para hacer la declaración necesaria con respecto a la terminación del voto y para fijar, de acuerdo con los sacerdotes, el día en que debían ofrecerse los sacrificios prescritos; en los siete días que siguieron, en espera de la terminación del voto, siguió frecuentando el templo con los cuatro naza-

renos (1). Casi habían pasado los siete días y estaba a punto de cumplirse el voto, cuando sucedió el hecho imprevisto que imprimió una dirección bien diversa a toda la vida de Pablo.

541. En aquellos días de Pentecostés el templo estaba lleno de peregrinos, venidos de todos los puntos de la Diáspora, y, como ya sabemos (2), el templo de Jerusalén era no sólo el único lugar del culto sacrificial para el judaísmo del mundo entero, sino el gran punto de reunión de los habitantes y de los visitantes de la ciudad. Su «atrio de los gentiles», donde podían entrar también los paganos, era para Jerusalén lo que el ágora para las ciudades griegas: allí podía concluirse cualquier asunto, podía encontrarse a culquier persona. En este período de la vida de Pablo, cuando la corriente de los zelotas-sicarios crecía gigantescamente de mes en mes, el templo y el «atrio de los gentiles» servían de observatorio internacional y de fortaleza moral, en espera de convertirse también en fortaleza material de los insurrectos durante la guerra del 70. Allí, los ardientes nacionalistas, exaltados por visiones mesiánicopolíticas, arengaban a las muchedumbres y allí ganaban individuos de acá y de allá; allí se ordenaban golpes de mano contra lejanos pueblos revueltos, y allí se decidía despachar con una puñalada misteriosa al empleado gubernativo o al judío eminente adverso a sus ideas. En el templo se anudaban todos los hilos de la Diáspora mundial, y por esto vigilar y dominar el templo equivalía a vigilar y dominar al judaísmo entero.

Los romanos, sabiendo muy bien que éste era el punto neurálgico de Palestina y de todo el mundo judío, mantenían permanentemente una cohorte armada en la fortaleza Antonia, situada al norte del templo y unida interiormente con él, y la cohorte, en especial con ocasión de las grandes solemnidades, estaba, más o menos, en estado de alarma permanente, porque la enorme afluencia de peregrinos, ardiendo en esperanzas nacionales, daba ocasión a tumultos continuos, muchas veces gravísimos.

542. Flavio Josefo recuerda varios de estos tumultos, y es inútil siquiera hacer su simple enumeración; en cambio, será útil referir uno, por las razones que veremos. He aquí cómo lo cuenta Flavio Josefo: *Mayor fué la desventura que atrajo sobre los judíos el falso profeta Egipcio. Sucedió que vino al país un hombre embaucador, y, ganando*

(1) Este período de *los siete días*, con artículo, se recuerda en *Hechos*, 21, 27, pero es oscuro para nosotros, que carecemos de más informaciones. Como ya se dijo (§ 448), la duración mínima del voto de nazareo era de treinta días (cf.: Mishna: *Nazir*, 1, 3), durante los cuales quien tenía el voto debía abstenerse de toda bebida fermentada, y de cortarse el pelo; pasado este tiempo se desligaba del voto sacrificando tres ovejas, y ofreciendo oblaciones en el Templo, rapándose la cabeza y quemando una trenza de sus cabellos en el altar, junto con el sacrificio. ¿Se admitían períodos más cortos, esto es, *de siete días*? Es posible, pero no tenemos pruebas. Sin embargo, no es seguro que en esta ocasión Pablo hiciera también voto de nazareo; su unión con los cuatro nazarenos puede interpretarse como participación de un señor que paga los gastos de los sacrificios, y que, por devoción personal, cumple—casi externamente—algún otro rito secundario en conexión con el voto.

(2) Cf.: *Historia de Israel*, § 348 sigs., 411 sigs; *Vida de Jesucristo*, § 48 sigs.

fama de profeta, reunió a 30.000 seducidos (por él); los condujo después desde el desierto al monte de los Olivos, y desde allí estaba en situación de penetrar en Jerusalén y, dominada la guarnición romana, se habría impuesto como dominador del pueblo, sostenido por los soldados venidos con él. Pero su rebelión fué prevista por el (procurador romano) Félix, que le salió al encuentro con la infantería pesada romana, mientras todo el pueblo tomó parte con él en la defensa; de modo que cuando tuvo lugar el encuentro el Egipcio se dió a la fuga con algunos pocos, y la mayoría de sus secuaces fueron muertos o hechos prisioneros, y el resto de la turba se dispersó entre sus propias casas. Dominada aquí la inflamación, como sucede en un cuerpo enfermo, se manifestó de nuevo en otro lugar. Embaucadores y bandidos, reunidos entre sí, empujaban a muchos a la rebelión y les incitaban a la libertad, amenazando de muerte a quienes se sometieran a la autoridad de los romanos, etc. (1).

Este episodio, en verdad, no sucedió precisamente dentro del templo, sino en sus inmediaciones, porque el monte de los Olivos, donde se había instalado el Egipcio, estaba exactamente frente al templo, y a él apuntaba, sin duda, como su primer objetivo. De todos modos el episodio es aleccionador, porque muestra tanto el fondo genérico de los tiempos que nos ocupan cuanto al procurador Félix y al falso profeta egipcio que se relacionan con Pablo.

543. Volviendo a Pablo, no nos queda sino dejarle la palabra a Lucas: *Cuando estaban para acabarse los siete días, judíos de Asia, que le vieron en el Templo, alborotaron a la muchedumbre y pusieron las manos sobre él, gritando: «¡Israelitas, ayudadnos! ¡Este es el hombre que por todas partes anda enseñando a todos contra el pueblo, contra la Ley y contra este lugar, y como si fuera poco ha introducido a los gentiles en el templo y ha profanado este lugar santo!» Era que habían visto con él en la ciudad a Trofimo, efesio, y creyeron que Pablo le había introducido en el Templo, y cogiendo a Pablo, le arrastraron fuera de él, cerrando en seguida las puertas* (*Act.*, 21, 27-30).

Por tanto, Pablo estaba vigilado; los peregrinos judíos, procedentes del Asia proconsular, especialmente de Efeso, habían visto por las calles a Pablo con Trofimo de Efeso (§ 525, 643), y desde entonces le vigilaban con la esperanza de hallarlo en el interior del Templo, donde se sentían fuertes. La acusación que gritaban a pleno pulmón: que Pablo había introducido a Trofimo en el Templo, era, naturalmente, falsa; pero al encontrar a Pablo creyeron que encontrarían también a Trofimo. De todos modos, el cristiano Trofimo, sin duda ex pagano y, por tanto, incircunciso, podía muy bien entrar en el «atrio de los gentiles»; pero no podía pasar de él ni penetrar en el atrio interior, porque inscripcio-

(1) *Guerra Judea*, II. El mismo episodio se refiere de nuevo en las *Antigüedades judías*, XX, donde se dice que de los secuaces del Egipcio, cuatrocientos fueron muertos y doscientos apresados, mientras no se da el número total de ellos; el número de treinta mil que se da aquí es, sin duda, exagerado, y en *Hechos*, 21, 38, se consideran cuatro mil. Esta es la precisión histórica de aquel Flavio Josefo, que algunos críticos prefieren a Lucas en los casos de disensión entre ambos; y hay además infinitos casos en que Josefo disiente de sí mismo.

nes griegas y latinas, colocadas sobre el parapeto que separaba los dos atrios, vedaba el acceso a los paganos bajo pena de muerte (1).

544. El grito de los enemigos de Pablo excitó a la muchedumbre reunida en el Templo, y el tumulto se propagó bien pronto fuera de allí; inmediatamente acudieron otros judíos de la ciudad y arrastraron a Pablo fuera del atrio interior del Templo para infligirle el castigo merecido. Todo hacía prever un tumulto con efusión de sangre, por esto los levitas de servicio, habituados ya a estas violencias populares, se apresuraron a cerrar las puertas del Templo para que la sangre no lo profanase.

Pero, además de los levitas, intervinieron también otras personas, menos afectas a los manifestantes, esto es, los soldados romanos. Los cuales no sólo estaban de guardia en la antigua fortaleza Antonia, sino que, según Flavio Josefo (*Guerra de Judea,* V), durante las festividades se distribuían, armados, por aquí y por allá, entre los pórticos, porque en aquellas ocasiones eran más de prever los tumultos, y ciertamente esto habían hecho también en aquella festividad de Pentecostés. Los soldados de guardia enviaron corriendo a uno de ellos a la fortaleza Antonia para avisar al tribuno que mandaba la cohorte de que había estallado uno de los acostumbrados tumultos; el tribuno, que se llamaba Claudio Lisias, tomó inmediatamente consigo unos soldados y centuriones y se personó en el lugar, donde halló un gran grupo de gentes que se lanzaba contra un hombre intentando matarle a golpes. Naturalmente, el hombre era Pablo.

Y aquí será mejor oír de nuevo a Lucas: *En cuanto vieron al tribuno y a los soldados cesaron de golpear a Pablo. Acercóse entonces el tribuno y, cogiéndole, ordenó que le echasen dos cadenas y le preguntó quién era y qué había hecho. Los de la turba decían cada uno una cosa, y, no pudiendo sacar nada en claro a causa del alboroto, ordenó llevarle al cuartel. Al llegar a las escaleras* (que llevaban desde el Templo a la fortaleza Antonia) (2), *en vista de la violencia de la multitud, Pablo es llevado por los soldados, pues la muchedumbre seguía gritando: «¡Quítalo!». A la entrada del cuartel, dijo Pablo al tribuno: «¿Me permites decirte una cosa?» El le contestó: «¿Hablas griego? ¿No eres tú, acaso, el egipcio que hace algunos días promovió una sedición y llevó al desierto cuatro mil sicarios?» Respondió Pablo: «Yo soy judío, oriundo de Tarso, ciudad ilustre de la Cilicia; te suplico que me permitas hablar al pueblo.» Permitiéndoselo él, Pablo, puesto en pie en lo alto de las escaleras, hizo señal al pueblo con la mano. Luego se hizo un gran silencio, y Pablo les dirigió la palabra en hebreo, diciendo... (Act.,* 21, 32-34).

545. Hombre extraordinario este Pablo, pero siempre igual a sí mismo. Está a punto de morir a golpes; se salva por la intervención inesperada de los soldados romanos; contuso y sangrando, es conducido en vilo a un lugar seguro, fuera del Templo de su Dios, que se ha

(1) Véase en la *Historia de Israel,* II, § 348, la fotografía de una de estas lápidas hallada en 1871.

(2) Esta escalera la recuerda también Flavio Josefo en la descripción de la fortaleza Antonia (*Guerra de Judea,* V); hay un gráfico de ella en la *Vida de Jesucristo,* § 54.

hecho para él ahora lugar peligroso; y, en vez de pensar en tomar aliento y curarse las heridas, piensa no tanto en el Templo material del que acaba de salir cuanto en el pueblo de sus connacionales que se deja allí dentro, como si se dejara allí dentro el alma. ¿Qué tendrá que decirles a aquellos connacionales suyos que quieren su sangre?

El tribuno Lisias, poco informado, le ha confundido con el egipcio revolucionario (§ 542); Pablo, por el momento, se contenta con decirle que es un judío de Tarso, sin informarle aún de una circunstancia más importante para el tribuno, y de la que le informará más tarde (§ 547). Obtenido el permiso, habla *en hebreo,* esto es, en arameo. Era el idioma usual en Palestina, y, naturalmente, apenas la masa oyó las primeras palabras en arameo, se mostró silenciosa y atenta, reconociendo en el que hablaba a uno de los suyos.

546. El discurso pronunciado por Pablo ante quienes aspiraban a ser sus asesinos fué, en resumen, una autobiografía apologética.

Se presenta como judío, nacido en Tarso, instruído en Jerusalén, a los pies de Gamaliel, según la exactitud de la ley de los padres, tan celoso de la causa de Dios como sus oyentes. Persiguió antes que ellos a la fe cristiana, encarcelando a sus secuaces, como pueden atestiguar todavía el sumo sacerdote y el colegio de los presbíteros. Enviado por ellos a Damasco para extender por allí la persecución, se convirtió (en las circunstancias que ya examinamos, § 267 y siguientes). Más tarde, mientras oraba en el Templo de Jerusalén, se le apareció Jesús en una visión, ordenándole que saliera de la ciudad, porque su predicación no sería oída allí y anunciándole, finalmente, que le enviaba a gentes remotas (§ 293) (22, 1-21).

Esta última afirmación de que Jesús había enviado a Pablo a las gentes paganas hizo estallar al auditorio, que hasta entonces se había mantenido tranquilo; fuese verdadera o falsa para aquel auditorio la aparición de Jesús, es evidente que en ningún caso podía admitir que gentes paganas fueran consideradas como una sustitución digna de la raza santa de Israel. La protesta se expresó con la acostumbrada teatralidad oriental: todos comenzaron a gritar, a agitar sus manteos, a tirar polvo al aire. Viendo el mal cariz que tomaba el asunto, el tribuno Lisias ordenó a los soldados que se llevasen a Pablo dentro del cuartel; por otra parte, Lisias no había podido comprender nada del discurso en arameo ni de los gritos, y, no sabiendo a qué se debía aquella nueva explosión de furor, quiso ver claro en todo el asunto. Pablo le había contestado que no era el egipcio; sería un revolucionario o un agitador de otro tipo. Pero ¿qué había hecho? ¿Por qué los judíos estaban furiosos contra él? Había que interrogar al acusado y sacarle alguna confesión. Pero, para evitar pérdidas de tiempo entre mentiras, reticencias o simulaciones, habituales en los interrogatorios hechos a individuos de aquella especie, Lisias juzgó oportuno recurrir, sin más, a la flagelación; un interrogatorio a golpes sería más fructuoso y explicativo. Dió, por tanto, las órdenes oportunas y el tribuno se alejó.

547. Los soldados encargados de la ejecución, al mando de un centurión, comenzaron a preparar al acusado, despojándole de sus ves-

tiduras y atándole, inclinado, a un pilar bajo. Pero en un cierto momento *dijo Pablo al centurión que estaba presente, ¿os es lícito azotar a un romano sin haberle juzgado?* Se repetía la situación de Filipos (§ 393); la gravedad del caso fué bien ponderada por el centurión, que, suspendiendo la ejecución, corrió al tribuno para decirle: *¿Qué ibas a hacer? Porque este hombre es romano.* Estupor y miedo por parte del tribuno, el cual se precipita hacia el acusado y, para asegurarse mejor de lo que le han referido, le pregunta: *«¿Eres tú romano?» El contestó: «Sí». Añadió el tribuno: «Yo adquirí esta ciudadanía por una gran suma». Pablo replicó: «Pues yo la tengo por nacimiento». Al instante se apartaron de él los que iban a darle tormento, y el mismo tribuno temió al saber que, siendo romano, le había encadenado* (22, 25-29).

Al tribuno ni siquiera le pasa por la mente que Pablo afirme en falso, atribuyéndose una ciudadanía falsa; sería una audacia enorme, y en los poquísimos casos en que sucedió fué castigada con la muerte (Suetonio, *Claudio,* 25); más bien, con una tristeza velada, piensa en la fuerte suma que le ha costado a él la preciada ciudadanía. En realidad, poco antes, en tiempo de Claudio, se habían vendido las ciudadanías y habían tenido, como cualquier otra mercancía, sus alzas y bajas (Dion Casio, LX, 17); al parecer, Lisias se la había comprado cuando estaba muy alta, esto es, a poco de comenzar a venderse, y por esto había pagado tanto por ella (1). De todos modos, seguro de que Pablo disfrutaba de la ciudadanía romana, el tribuno temió incluso por el simple hecho de haberle mandado atar (2). No sólo en esto, sino en todo el asunto, había empezado por cometer una violación del derecho romano, si bien después no la había perpetrado; había comenzado por dar orden de interrogar al acusado con azotes, mientras que el emperador Augusto había establecido que los procesos no debían iniciarse con torturas *(Digesto,* XLVIII, 18, 1).

548. Con esta preocupación encima, el pobre Lisias no durmió tranquilo aquella noche en la fortaleza Antonia, y tal vez se la pasó entera pensando cómo podría salir inmune de aquel peligroso incidente; el resultado de su meditación nocturna fué que lo mejor sería implicar en el asunto al mayor número de personas posible y después dejar a otros la resolución final del mismo.

Al día siguiente comenzó a actuar. *Al día siguiente, deseando saber con seguridad de qué era acusado por los judíos, le soltó y ordenó que se reuniesen los príncipes de los sacerdotes y todo el Sanedrín, y llevando a Pablo se lo presentó (Act.,* 22, 30). Vuelve a salir a luz el gran Sanedrín, como en el proceso de Jesús, hacía veintiocho años (3), y no

(1) El tribuno Lisias debía ser griego de nacimiento, como indica su nombre; a este nombre debió unir el romano de Claudio, cuando obtuvo la ciudadanía bajo el emperador de este nombre.

(2) Parece que debe entenderse la atadura para los azotes; en cuanto a las cadenas, Pablo aparecerá muchas más veces encadenado (por ejemplo, *Act.,* 26, 29); pero era por efecto de la *custodia militaris,* aplicada a un acusado aún no juzgado, que implicaba las cadenas (§ 561).

(3) Para todo lo que se refiere al Sanedrín de Jerusalén, su composición y funcionamiento, y sus relaciones con la autoridad romana, véase *Vida de Jesucristo,* § 57 sigs.

es imposible que en este tiempo vivieran aún algunos de sus miembros que habían asistido al proceso de Jesús. Si el tribuno hizo aparecer a Pablo ante este tribunal supremo de la nación judía, no fué para consignarlo a su poder; por el contrario, antes de nada quiso conocer cuáles eran precisamente las acusaciones que los judíos hacían a aquel ciudadano romano, y después deseó mostrar su deferencia hacia el Sanedrín; las acusaciones, en efecto, no podían ser más que de carácter religioso, esto es, tales que no interesaban para nada al tribuno, mientras que interesaban muchísimo al Sanedrín. El Sanedrín agradecería esta apelación a su autoridad y, además, de este modo, sin duda, protegería al tribuno, caso de que éste tuviera que rendir cuentas ante sus superiores de las irregularidades cometidas contra un ciudadano romano. De todas maneras, la última palabra sobre Pablo no la diría el Sanedrín, porque, aun cuando transferido a esta suprema asamblea judía, Pablo estaba protegido por la autoridad de Roma y, por tanto, salvaguardado por el tribuno.

549. Cuando Pablo se halló ante la asamblea, según el relato de Lucas (23, 1), lanzó una mirada a sus componentes; tal vez reconocía a algunos y buscaba a otros, con los que había tratado veintidós años antes, cuando recibió del Sanedrín las cartas para la persecución a los cristianos de Damasco (§ 260). Después comenzó a hablar, afirmando, en primer lugar, que su conciencia ante Dios estaba tranquila.

Al oír aquella apelación a un juez invisible en boca de un acusado que debía justificarse ante jueces visibles, se encolerizó el sumo sacerdote que presidía la asamblea y ordenó a los que tenía junto a sí que golpearan a Pablo en la boca. El sumo sacerdote era entonces Ananías (1), a quien Pablo no podía conocer, porque había sido elegido el año 47; tal vez Pablo oyó la orden, pero no distinguió claramente a la persona que la profería. Por tanto, cuando resonó en el aula la orden del sumo sacerdote, tuvo lugar una escena psicológicamente muy significativa: *Entonces Pablo le dijo: «Dios te herirá a ti, pared blanqueada; tú, en virtud de la Ley, te sientas aquí como juez, ¿y contra la Ley, mandas herirme?» Los que estaban a su lado dijeron: «¿Así injurias al pontífice de Dios?» Contestó Pablo: «No sabía, hermanos, que fuese el pontífice. Escrito está: no injuriarás al príncipe de tu pueblo» (Exodo,* 22, 28) *(Act.,* 23, 3-5). El epíteto de *pared blanqueada* recuerda la metáfora análoga empleada por Ezequiel (13, 10 y siguientes), dirigida precisamente contra el guía espiritual del pueblo judío; el judío que habla a judíos alude a este pasaje bíblico, e inmediatamente después citará otro, porque una alusión a los *sepulcros blanqueados* de Jesús nadie la habría entendido.

550. Al leer hoy este episodio no es posible dejar de confrontarlo con el semejante de Jesús, sucedido también ante el Sanedrín (2). El sumo sacerdote Annas se enfurece, y un servidor premuroso, tomando

---

(1) Para este Ananías véase *Historia de Israel* (§§ 408, 409, 416, 422). Flavio Josefo (*Antigüedades judías,* XX) lo describe como codicioso y violento; depuesto de su cargo el año 59, murió el 66, asesinado por los zelotas-sicarios (*Guerra de Judea,* II).

(2) Cf.: *Vida de Jesucristo,* § 563.

su partido, da una bofetada a Jesús, el cual, con calma divina, pide al que le ha pegado que le explique en qué erró; aquí, el sumo sacerdote Ananías se enfurece igualmente y ordena que peguen a Pablo, pero con toda probabilidad no se ejecutó la orden, y Pablo contesta como hemos dicho.

Se ha querido decir que Pablo tenía derecho a reaccionar, porque el acto era ilegal y porque debía defender su prestigio de ciudadano romano frente al tribuno, y por otras razones; así como también se ha querido ver en su contestación un anuncio profético de la muerte de Ananías, que acabó asesinado por sus connacionales. Todas estas consideraciones valen y todas estas circunstancias son dignas de ser tenidas en cuenta; pero la conclusión final es que Jesús es Jesús y Pablo no es más que Pablo. La consideración mejor es la que hizo Jerónimo, después del cotejo de ambas situaciones: *¿Dónde está aquella paciencia del Salvador, que, conducido como un cordero a la muerte, no abrió la boca y hasta respondió con dulzura a quien le pegaba?... No denigramos al apóstol, no, sino manifestamos la gloria del Señor, el cual sufriendo en su carne supera la injuria y la fragilidad de la carne* (*C. Pelagianos,* III, 4; en Migne, *Patr. Lat.,* 23, 600).

551. La «humanidad» de Pablo aparece inmediatamente después. La respuesta dada al sumo sacerdote había puesto cada vez más en contra suya a toda la asamblea. Para romper aquel odio compacto hacía falta romper la cohesión espiritual de la asamblea, enfrentando a dos partidos. *Divide et impera.* Pablo recurrió a este procedimiento, y hundió el cuchillo precisamente en el punto de sutura de aquellos dos partidos.

Sabemos que los setenta y un miembros del Sanedrín podían pertenecer sea a la corriente de los saduceos, sea a la de los fariseos (1), que eran absolutamente contrarios entre sí (2); por esto, tomando de nuevo la palabra, afirmó que era fariseo, hijo de fariseo y que había sido perseguido por la esperanza mesiánica y por la resurrección de los muertos; eran éstos dos puntos de doctrina, entre otros, acerca de los que disentían ambas corrientes. La piedra lanzada sobre aquella materia inflamable provocó un incendio, que era lo que el orador quería; inmediatamente surgió una de las interminables discusiones habituales entre sadúceos y fariseos, que hizo se olvidase el objeto principal de la reunión.

Pero ¿era verdadera la afirmación de Pablo? En realidad, él, aun después de ser cristiano, se seguirá diciendo fariseo (*Filip.,* 3, 5) aludiendo a su pasado, y tal vez diera aquí a su afirmación el mismo sentido cronológico; pero ¿le habían detenido por los dos puntos doctrinales que recordaba ahora? Desde su punto de vista, sí. El, apóstol del Evangelio, era perseguido en cuanto tal, en cuanto había puesto su esperanza en el Mesías Jesús, y creía en la resurrección de los muertos; si, además, los fariseos no cristianos esperaban un Mesías futuro, era cuenta suya; de todos modos existía un elemento común a la doc-

(1) Cf.: Ibíd., § 58.
(2) Cf.: Ibíd., § 28 sigs.

trina de los fariseos y a la de Pablo, y en su afirmación se refirió a este elemento. El sutil argumento de Pablo demuestra que los que han sido raptados al tercer cielo, como él, continúan, sin embargo, viendo en su realidad las cosas de esta tierra.

552. La disputa provocada por Pablo se hizo violentísima, siguiendo la costumbre oriental. Algunos escribas de la corriente farisea gritaban que no hallaban nada reprobable en Pablo; los adversarios replicaban aullando más fuerte y amenazando directamente al acusado. El tribuno, que asistía a este altercado y que tenía que responder de la incolumidad del ciudadano romano, *temiendo que Pablo fuese por ellos despedazado, ordenó a los soldados que bajasen, le arrancasen de en medio de ellos y le condujesen al cuartel (Act.*, 23, 10).

Inmediatamente después de la humillante escena humana tuvo lugar una escena divina confortadora. *Al día siguiente por la noche se le apareció el Señor y le dijo: «Ten ánimo, porque como has dado testimonio de mí en Jerusalén, así también has de darlo en Roma»* (Ibid., 11). Era la confirmación divina del antiguo propósito (§ 512).

553. De este modo, a los judíos que espiaban a Pablo se les había escapado la presa. Pero no estaríamos en tiempo de los zelotas-sicarios si los perseguidores hubieran abandonado la partida por tan poco; para hacerse una idea de la increíble obstinación de aquellas gentes, bastará recordar lo que hicieron unos años más tarde en la guerra contra los romanos. Al saber, pues, el fracaso de sus proyectos, los renovaron al día siguiente tramando una conjura regular de carácter religioso; reunidos más de cuarenta de los suyos, juraron, con imprecaciones sobre sus cabezas, que ni comerían, ni beberían hasta que no hubieran dado muerte a Pablo. Cuando acabaron de juramentarse acudieron al sumo sacerdote y a los ancianos—esto es, a los miembros del Sanedrín no fariseos y, por tanto, hostiles a Pablo—rogándoles que invitaran al tribuno a que les presentara de nuevo a Pablo ante la asamblea, como si quisieran interrogarle de nuevo; ellos se encargarían de matarle durante el camino. Pero los conjurados, en el fervor de la emoción, no guardaron el secreto debido; alguno habló y, de boca en boca, la noticia llegó a oídos de un sobrino de Pablo que estaba en Jerusalén (§ 229)

El joven corrió a la fortaleza Antonia para prevenir a su tío, el cual tenía un trato de favor, y por esto pudo recibir a su sobrino y hablar con él libremente. Cuando oyó de lo que se trataba, *Pablo llamó a un centurión y le dijo: «Lleva a este joven al tribuno, porque tiene algo que comunicarle». El centurión le llevó al tribuno y dijo a éste: «El preso Pablo me ha llamado y rogado que te trajera a este joven, que tiene algo que decirte». Tomándole el tribuno de la mano, se retiró aparte y le preguntó: «¿Qué es lo que tienes que decirme?»* (ibíd., 17-19). El joven descubrió la conjura.

554. Después de haberle oído, el tribuno despidió al joven, recomendándole que no dijese a nadie lo que a él le había comunicado, y, dándose cuenta de la situación, pasó a poner en práctica parte de su

plan, que era descargar sobre otros la decisión final de todo el asunto (§ 548).

Militar habituado al mando, llamó inmediatamente a dos centuriones y comenzó a darles órdenes: *¡Preparad doscientos infantes para que vayan hasta Cesarea!...*; en este punto, una breve reflexión: tal vez no bastan doscientos soldados contra aquellos zelotas-sicarios que circulan por los campos, y, además, son todos soldados de a pie; hará falta reforzar la tropa con gentes más veloces, y entonces añade: *¡Setenta jinetes y doscientos lanceros!...*; otra breve reflexión: ¿a qué hora la marcha? Inmediatamente se fija para *la tercera vigilia de la noche...*, o sea, hacia las nueve de la noche; con la oscuridad y el secreto, el viaje tendrá menos complicaciones; finalmente, un pensamiento también para el prisionero... *Asimismo preparad cabalgaduras a Pablo, para que sea llevado en seguridad al procurador Félix* (ibíd., 23-24).

Con estas órdenes todo está dispuesto, y Lisias se siente seguro. Tal vez en Cesarea juzguen excesiva una escolta de cuatrocientos setenta hombres; pero en los tiempos que corren, más vale que sobren hombres. Lo importante es que Pablo llegue sano y salvo a Cesarea; por lo demás, que se las arregle el procurador de allí; él, Lisias, está ya harto de todo este espinoso asunto. Es de esperar, además, que la atención que guarda a Pablo, haciendo preparar cabalgaduras para él y para el soldado de su guardia personal, induzcan a aquel ciudadano romano a no lamentarse ante el procurador de haber sido encadenado y casi sometido a los azotes al comienzo del proceso (§ 547).

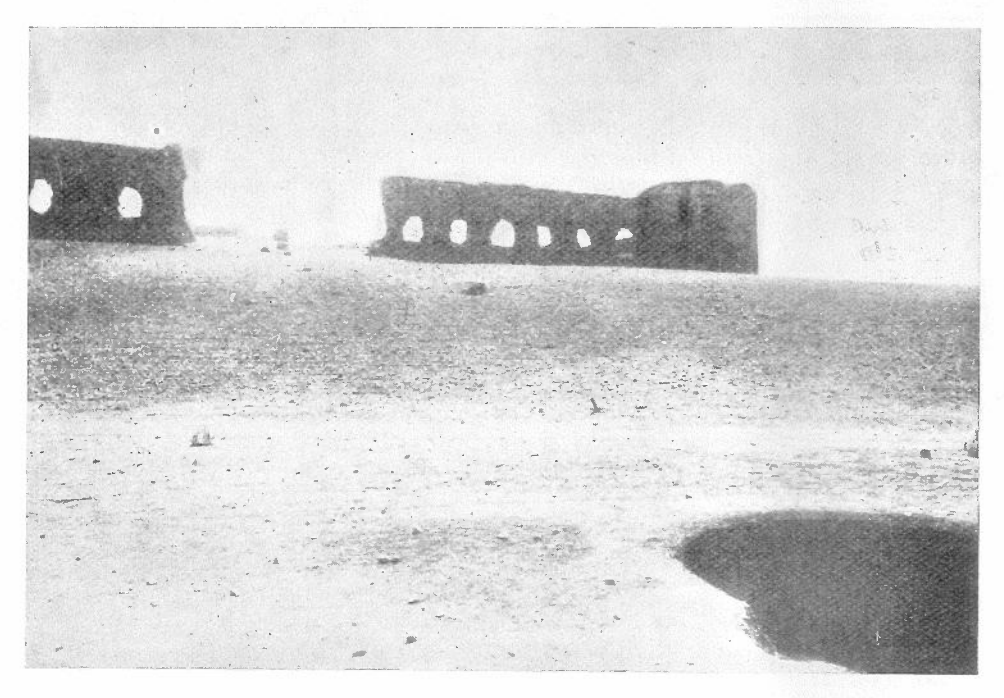
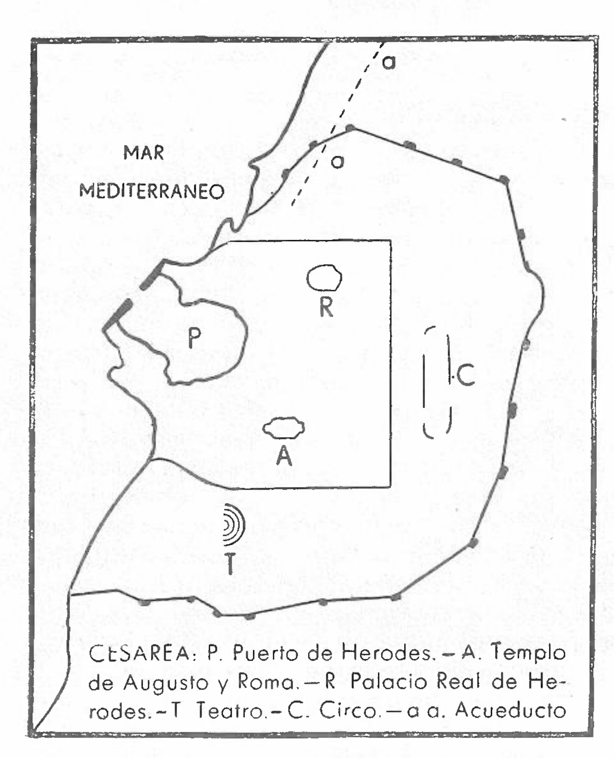


Fig. 114.—ANTIPATRIDAS (RAS EL-AIN): CASTILLO ARABE SOBRE RIGOPRENTE. RUINAS ROMANAS.



CESAREA: P. Puerto de Herodes. — A. Templo de Augusto y Roma. — R Palacio Real de Herodes. - T Teatro. - C. Circo. — a a. Acueducto

Fig. 115.—PLANO DE LAS RUINAS DE CESAREA DE PALESTINA

555. Hecho esto, no falta más que el escrito de presentación, el *elogium* de la ley romana con que un magistrado inferior debe acompañar al acusado que transfiere a un magistrado superior; el escrito es necesario para informar al superior de los hechos sucedidos, y generalmente contiene la opinión personal del inferior. Por esto, el tribuno escribe el correspondiente *elogium* sobre Pablo, dirigido al procurador Félix. Es el siguiente:

Claudio Lisias al muy excelente procurador Félix, salud: Estando el hombre que te envío a punto de ser muerto por los judíos, llegué con la tropa y le arranqué de sus manos. Supe entonces que era ciudadano romano, y para conocer el crimen de que le acusaban le conduje ante el Sanedrín, y hallé que era acusado de cuestiones de su Ley, pero que no había cometido delito digno de muerte o prisión, y, habiéndome sido revelado que se habían conjurado para matarle, al instante resolví enviártelo a ti, comunicando también a los acusadores que expongan ante tu tribunal lo que tengan contra él (ibíd., 25-30).

Este documento, que muestra todos los caracteres de autenticidad requeridos (salvo para los eruditos negativistas de profesión), contiene en primer lugar una pequeña deformación de los hechos en favor de Lisias: no había acudido a salvar a Pablo de manos de los judíos sabiendo que era romano, sino que lo supo más tarde, cuando ya le había salvado. Además, el documento no dice nada del encadenamiento de Pablo ni de los azotes que se le preparaban. Pero todo se explica muy bien: la pequeña deformación es para lucirse ante un superior, y las dos pequeñas omisiones son para no perjudicarse.

556. El viaje se realizó sin disturbio alguno. La primera etapa se cubrió a marchas forzadas y en su mayoría de noche; el primer descanso se hizo en Antipátrida, el actual Ras-el-Ain, a unos sesenta kilómetros de Jerusalén, donde realmente ya no había que temer asaltos de los conjurados (1). Por esto los soldados a pie dieron aquí por ter-

(1) También en Antipátridas los judíos sublevados dejaron de perseguir al ejército

minado el viaje, que continuaron al día siguiente tan sólo los caballeros de la escolta de Pablo. Llegados a Cesarea, el acusado y su *elogium* fueron presentados al procurador Félix, el cual, leído el *elogium,* preguntó a Pablo de qué provincia era, y cuando supo que de Cilicia, respondió que le escucharía cuando llegaran sus acusadores. Mientras tanto, ordenó que el acusado fuera custodiado en el *pretorio de Herodes* (ibíd., 35).

557. Este *pretorio de Herodes* era, en realidad, el palacio real erigido por Herodes el Grande, cuando reconstruyó totalmente la ciudad de Cesarea, empleando en él doce años de trabajos; ahora se designaba como pretorio, porque alojaba al supremo magistrado romano de Judea, y era costumbre de los magistrados romanos el instalarse en los palacios reales de las regiones sobre que mandaban (cf. Cicerón, *In Verrem,* IV, 5, 30). La construcción era bastante suntuosa, pero de inspiración helenística y pagana. El rey Herodes Agripa I lo había adornado hasta con estatuas de sus propias hijas, violando la conocida prohibición del hebraísmo; pero cuando murió, en el 44 *(Act.,* 12, 18-23), el pueblo invadió el palacio, abatió las estatuas y se las llevó a un lupanar, donde las había ultrajado obscenamente (Flavio Josefo, *Antigüedades judías,* XIX). El palacio tenía también prisiones y estancias para detenciones más o menos rigurosas, como convenía a la morada de un gobernante oriental. En una de estas estancias entró Pablo a esperar los acontecimientos, no imaginando, ciertamente, que esta espera iba a ser bastante larga.



Fig. 116.—CESAREA DE PALESTINA. PARTE SEPTENTRIONAL DEL PUERTO

romano de Cestio Gallo, combatido por ellos en Beth-horon (*Guerra de Judea,* II), al comenzar la gran guerra en el año 66.

Nada tenemos que añadir sobre el procurador Antonio Félix, a lo que ya dijimos en otro lugar (1). Basta con recordar el juicio que da Tácito sobre él cuando dice que «ejerció su poder real con alma de esclavo, recurriendo a toda sevicia y libídine» *(Hist.,* V, 9).

558. Los acusadores que esperaba Félix llegaron cinco días después. Vinieron de Jerusalén el sumo sacerdote Ananías y algunos ancianos del Sanedrín, acompañados de un tal Tertulo, abogado, que debía sostener la acusación contra Pablo. Félix les recibió, convocó al acusado y se abrió la sesión.

Tértulo comenzó su arenga con la habitual *captatio benevolentiae* respecto al procurador; gracias a su previsión y óptimo gobierno, la nación judía gozaba de paz profunda; aquel hombre pestífero, Pablo, se había alzado para turbar la paz, *excita a sedición a todos los judíos del orbe y es jefe* (πρωτοστάτην) de la secta de los *nazarenos*; incluso había intentado violar el Templo, pero los judíos le habían impedido hacerlo; por lo demás, bastaba con interrogar al propio acusado, que no podría negar sus palabras (*Act.,* 24, 2-8). Naturalmente, el séquito que había traído consigo el sumo sacerdote reforzó las acusaciones del abogado.

559. Después de esto se concedió la palabra al acusado. Pablo se defendió apelando sencillamente a los hechos, no sin aducir algún elemento doctrinal que ya había aducido ante Lisias en el Sanedrín.

Habla con confianza, sabiendo que Félix lleva muchos años gobernando a esta nación, y, por tanto, es práctico en semejantes cuestiones. Hace sólo doce días que Pablo subió a Jerusalén para adorar en el Templo; pero nadie le ha hallado discutiendo en el Templo, ni reuniendo gentes dentro de las sinagogas o por la ciudad. Sus adversarios no podrán demostrar lo contrario de lo que él afirma. Admite que, *según el camino* (del cristianismo) *que éstos llaman secta,* adoro al Dios de los padres y creo en todo aquello que está escrito en la Ley y en los profetas, y tengo la misma esperanza que allí se afirma, esto es, que habrá resurrección para los muertos, tanto justos como injustos, y por esto se cuida de conservar su conciencia irreprochable ante Dios y ante los hombres. Al cabo de muchos años de ausencia ha vuelto a Jerusalén para traer socorros materiales a sus connacionales y hacer ofrendas en el Templo; en esta ocasión algunos judíos del Asia proconsular le encontraron purificado en el Templo, sin gentes ni tumultos; estos judíos debían haberse presentado para sostener y probar sus acusaciones, pero no lo han hecho. Pues bien: al menos que digan los presentes qué culpa hallaron en él cuando fué conducido ante el Sanedrín, a menos que sea culpa lo que él proclamó allí en voz alta, que había sido juzgado por aquella asamblea a causa de la resurrección de los muertos (ibíd., 10-21).

560. El procurador Félix dió a las palabras de Pablo el mismo crédito que a las de Tertulo; sabía muy bien que el exordio de Tertu-

(1) Cf.: *Historia de Israel,* II, § 410 sigs.

lo, según el cual Judea gozaba de una paz profunda bajo su gobierno, sólo podía tomarse como una ironía; pero el servilismo de Tertulo valía para Félix tanto como los sueños acerca de la resurrección de los muertos de Pablo. De todos modos, puesto que se trataba de gentes que hablaban como el abogado y soñaban como el apóstol, esperaba utilizar la situación en provecho propio. Evidentemente aquellos judíos eran unos bribones repugnantes y Pablo era un iluso exaltado; sin embargo, tenía que no herir a aquellos peces gordos judíos con una rápida absolución del acusado, así como también había de asegurarse de si Pablo tenía tras sí una gran masa de admiradores o secuaces prontos a sostenerle. Por lo demás, con todas sus insensateces, aquel Pablo era un tipo interesante, y siempre sería bueno conversar con él para llenar los ocios del pretorio de Cesarea. La conclusión fué que se postpuso toda decisión.

El pretexto aducido para justificar esta decisión fué, naturalmente, de carácter burocrático. Acabada la discusión, el procurador se levantó y, con aire entristecido, dijo a los asistentes: «*Cuando venga el tribuno Lisias examinaré vuestra causa*» (ibíd., 22). Inmediatamente dió orden al centurión de que tuviera a Pablo preso, sí, pero con benignidad, y que no impidiera a sus conocidos que le prestasen asistencia.

561. Este tratamiento de Pablo se llamaba *custodia militaris.* Era mucho más leve que la *custodia pública,* que se cumplía en la cárcel común, como la que había sufrido Pablo en Filipos (§ 389); en la *custodia militaris,* por el contrario, el preso residía generalmente en una fortaleza o en otro lugar seguro, pero bastante cómodo, y habitualmente estaba atado a un soldado mediante una cadena, de manera que un extremo se ataba a la muñeca derecha del preso, y el otro, a la izquierda del soldado: *eadem catena et custodiam et militem copulat,* dice Séneca *(Spist.,* 5, 7). Esta *custodia militaris* podía dulcificarse en varios modos: por ejemplo, permitiendo al preso que residiera en una casa alquilada por él, y hasta que pasease o hiciera visitas, o incluso que permaneciera sin cadena en lugares cerrados. En estos casos la *custodia militaris* se aproxima, más o menos, a la *custodia libera,* que era la más suave de todas, porque en ella el prisionero vivía en casa de una persona respetable que se comprometía, mediante promesa formal o una señal en dinero, a custodiar al prisionero.

Por esto Pablo, tras una labor penosa prodigada en países lejanos, se veía forzado a una inacción casi dulce en el propio país de Israel, y esta situación suya estaba destinada a prolongarse durante dos años enteros. ¿Cuándo iba a tener lugar su viaje a Roma? Acerca de su realización, Pablo no abrigaba dudas, estaba segurísimo; el viaje a Roma le había sido confirmado por la reciente aparición de Jesús (§ 552). Ciertamente, miradas las cosas con ojos humanos, el viaje parecía ahora, más que nunca, inverosímil e improbable; pero precisamente su confianza sacaba nuevas certezas de esta improbabilidad humana, porque en ella reconocía el paradójico estilo del Sermón de la montaña, que consistía en deducir lo real de lo inverosímil (§ 405).



Fig. 117.—BARBARO ENCADENADO POR LAS MUÑECAS Y CUSTODIADO POR UN SOLDADO ROMANO
Roma: Arco de Septimio Severo (Foto Alinari)

562. Unos días después de esto Félix quiso celebrar con Pablo una conversación privada, sin carácter oficial; pero esta vez no estaba solo, sino acompañado de su mujer, Drusilla. Ya sabemos que Félix tenía la manía del plebeyo que llega a poderoso: la de emparentar con familias nobles, de manera que durante su vida fué «marido de tres reinas, como le llama Suetonio (1); esta Drusilla, de la familia de los Herodes, hija de Agripa I, era su tercera mujer, pero Félix era, a su vez, para ella el segundo marido; el primero había sido Azizo, rey de Emesa, que se hizo judío precisamente para casarse con ella, mas la joven esposa de quince años le había abandonado en el 54, tras dos años de convivencia, prefiriendo a Félix, pagano de religión y liberto de nacimiento. Sin embargo, esta tolerancia de costumbres, habitual en la familia de Herodes, no impedía a Drusilla sentirse judía; es más: en aquellos tiempos era moda entre las grandes damas judías interesarse por cuestiones religiosas bajo un aspecto histórico y filosófico, naturalmente como simple pasatiempo intelectual y no para preparar la adhesión de su propio espíritu. Es muy posible, pues, que este encuentro con Pablo lo buscara la propia Drusilla, que tenía curiosidad de conocer personalmente al «revolucionario» de su religión, del que había oído hablar muchas veces.

No se refiere detalladamente la conversación de estos tres personajes, pero, sin duda, fué larga, y en cierto aspecto eficaz; esto se deduce de las palabras de Lucas, según el cual Félix escuchó a Pablo, *acerca de la fe en Cristo, disertando él sobre la justicia, la continencia y el juicio venidero, se llenó Félix de terror. Al fin le dijo: «Por ahora retírate. Cuando tenga tiempo te volveré a llamar.»* (*Act.*, 24-25.)

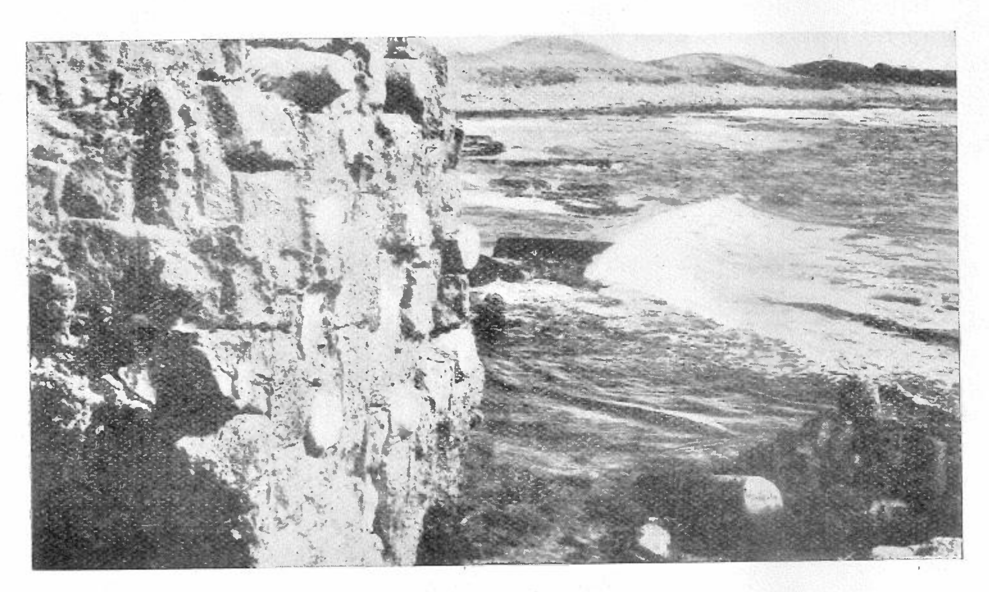


Fig. 118.—CESAREA DE PALESTINA: MURALLAS MEDIEVALES DEL PUERTO CONSTRUIDAS CON COLUMNAS ANTIGUAS

(1) Cf.: *Historia de Israel*, II, § 410.

¡Pues no hablaba Pablo de continencia (ἐγκρατείας) a aquellos dos que apenas la conocían de nombre! Es verdad que para ilustrar la justicia y la continencia, Pablo proyectaba el *juicio futuro* como sanción contra quienes no hubieran practicado tales virtudes; pero precisamente era la idea de semejante juicio, acaso nueva para aquellos oyentes, la que perturbaba la tranquilidad de sus turbias conciencias, y les molestaba. Si Félix hubiera hecho suyas las palabras de Pablo, habría tenido que renunciar a las rapiñas sobre sus súbditos y a la posesión de la mujer ajena; y sobre esto ni siquiera podía discutirse; prefería seguir con sus rapiñas y con la mujer de otro y renunciar a Pablo: *Por ahora, retírate...*

563. Es más, Pablo podía ser una buena ocasión para Félix de continuar en sus métodos lucrativos. Tal vez el predicador extranjero fuera rico, por su casa, o por dones que le hubieran hecho sus discípulos. ¿No había llevado hacía poco importantes sumas a Jerusalén para socorrer a sus correligionarios? Y entre tantos discípulos como contaba en las diversas regiones, ¿no habría algunos muy ricos dispuestos a abrir sus bolsas ahora que estaba preso? Y ¿acaso no intentarían librarle con grandes cantidades? ¡Magnífica perspectiva para Félix! ¡Mucho más atractiva que la justicia, la continencia y el juicio futuro predicados por Pablo! Tenía que trabajar en este sentido, pero discretamente y sin que se notara, disimulando su verdadero propósito bajo la apariencia de discusiones religioso-filosóficas. Es lo que nos dice Lucas, comunicándonos que Félix esperaba *que Pablo le diese dinero, y le hizo llamar muchas veces y conversaba con él* (ibíd., 26).

Pablo, sin duda, comprendió el juego al cabo de cierto tiempo; pero como no pensaba en ofrecer dinero, y probablemente tampoco lo tenía, no podía negarse a perder el tiempo en los coloquios con el procurador. ¡Qué humillación debió ser para un carácter orgulloso y ardiente como el de Pablo! En vez de hablar a esclavos honrados que tenían hambre y sed de justicia, se veía forzado a charlar con aquel bribón togado, que tenía tan sólo hambre de oro y sed de placeres. Las persecuciones que había padecido en Asia Menor, Macedonia y Grecia fueron materialmente más graves; sin embargo, no habían tenido el carácter humillante de ésta; pero Cristo pedía a su apóstol también esta prueba como condición de su ida a Roma. Pablo lo comprendió y soportó la larga prueba.

564. *Transcurridos dos años, Félix tuvo por sucesor a Porcio Festo; pero queriendo congraciarse con los judíos, dejó a Pablo en la prisión* (ibíd., 27). El cambio de los procuradores tuvo lugar a mediados del año 60 (§ 160); en cuanto a la decisión de dejar a Pablo preso, Félix debió tomarla tal vez por no haber conseguido de él el dinero esperado, tal vez por mitigar el rencor que sentían hacia él sus gobernados, que podía desahogarse en una avalancha de acusaciones enviados a Roma, y que llegarían al mismo tiempo que él, cuando fuese a dar cuenta de la gestión de su gobierno.

Unos pocos códices añaden una tercera razón, esto es, *a causa* (διά) *de Drusilla*; la expresión es similar a otra, *a causa de Herodías* (*Mar-*

cos, 6, 17), que aparece en el relato de la muerte de Juan Bautista, y su sentido sería que Drusilla, irritada por los discursos de Pablo acerca de la continencia y del juicio futuro, se habría vengado exigiendo—si no la muerte de su censor, como había hecho Herodías—, al menos, la prolongación de su encarcelamiento: y el hecho es muy posible, si bien no está bastante atestiguado.

565. El bienio de inmovilidad en Cesarea no fué de inacción. El permiso concedido a Pablo para que recibiera a las personas de su agrado, le ponía en situación, no sólo de ser asistido por sus discípulos queridos, sino de mantener relaciones, sea con toda Judea, sea con las cristiandades fundadas por él en el Mediterráneo. Cesarea, además de la sede del gobernador romano, era prácticamente el único puerto de Judea, y desde él se podía corresponder con todos los puntos del Mediterráneo, cosa magnífica para Pablo.

La noticia de su prisión llegaría inmediatamente a Corinto, a Macedonia, a Efeso, y de Efeso se propagaría por las regiones interiores del Asia Menor. ¿Cómo no pensar, pues, que de ésta o de aquella comunidad saldrían discípulos para llevar una palabra de consuelo o un socorro material al amadísimo maestro? Por ejemplo, la buena Lidia, la dueña del purpurario de Filipos, que ya había subvenido a la indigencia de Pablo (§ 383) en otra ocasión, ¿no le enviaría esta vez un dinerillo y una palabra de devoción? ¡Con qué alegría no habrá recibido Pablo a estos visitantes! Con cuánta ansiedad no habrá preguntado al uno, venido de Galacia, si aquellos niñotes gálatas habían renunciado definitivamente a la idea de hacerse circuncidar (§ 504 y sigs.); y al otro, venido de Corinto, si había desaparecido ya hasta el recuerdo de los viejos conventículos (§ 475 y sigs.), y así sucesivamente. Como se ve son hipótesis legítimas, si bien tan sólo hipótesis.



Fig. 119.—CESAREA DE PALESTINA. COLUMNAS ANTIGUAS ABATIDAS EN EL PUERTO

566. Lo mismo puede decirse de los escritos. Es muy natural que Pablo, al despedir a visitantes venidos de lejos, les confiara una carta para toda una comunidad, o un billete para una persona particular; pero, no tenemos noticias positivas, puesto que las cartas de la prisión no fueron escritas ni desde Efeso (§ 472) ni desde Cesarea, sino desde Roma (§ 613 sigs.).

No sabemos si el fiel Lucas se instaló establemente en Cesarea para acompañar asiduamente al prisionero; parece, sin embargo, más verosímil que, sin morar allí establemente, hiciera frecuentes visitas a la ciudad y, por tanto, a Pablo: lo cierto es que apenas se dicidió la partida del prisionero, Lucas estaba a su lado para acompañarle en aquella navegación, que de nuevo se refiere en primera persona del plural (27, 1 y siguientes), y por esto revela al testigo presencial. Es también muy probable que en sus frecuentes viajes a Cesarea y sus alrededores, Lucas aprovechara las ocasiones múltiples que se le presentaban para recoger en los lugares mismos y de diversas personas de Judea, el material para su gran obra histórica, integrada por el III evangelio y los *Hechos* (§ 95 y sigs.), cuya última redacción elaboró en Roma.

Este resumen histórico pudo también serle sugerido al autor por Pablo, el cual tuvo oportunidad, durante sus solitarias reflexiones del pretorio de Cesarea, y si existió tal sugerencia, iría seguida de consejos, indicaciones varias, que tendían a hacer el trabajo más adecuado y más digno. No es maravilla, pues, que una obra nacida bajo tal patronato llevara en sí cierta impronta del propio patrono (§ 100); lo cierto es que de entre todos los escritores del Nuevo Testamento, el que más se acerca a Pablo conceptual y literariamente es precisamente Lucas, como ya dijimos (1), tanto que Tertuliano podía afirmar en su tiempo: *Lucas digestum Paulo adscribere solent.* (*Adv. Marcion,* IV, 5.)

567. Porcio Festo, el procurador sucesor de Félix, fué un magistrado digno, pero no hizo todo el bien que hubiera podido hacer porque le sorprendió una muerte repentina cuando estaba aún en su cargo (2). Tres días después de su llegada a Cesarea subió a Jerusalén, la ciudad más difícil de su jurisdicción. Inmediatamente se presentaron ante él los judíos notables para hacerle las ofertas de rigor, y al mismo tiempo para presentarle sus peticiones más urgentes. Entre éstas pusieron en línea la cuestión de Pablo.

Aquel malísimo hombre llevaba dos años ya en Cesarea esperando una sentencia, que no podía ser sino condenatoria; pues bien, el procurador debía condescender y no retrasar más el merecido castigo, tan ansiado por los judíos todos; que hiciera venir al acusado a Jerusalén, el Sanedrín se reuniría inmediatamente y en una sola sesión acabaría con aquel interminable y vergonzoso asunto; así, el nuevo gobernador inauguraría su cargo con un proceder gratísimo al pueblo y se ganaría el reconocimiento de toda la nación.

Más o menos éstas debieron ser las palabras que dirigieron a Festo los notables; pero, en realidad, habían ido mucho más lejos, porque, vol-

(1) Cf.: *Vida de Jesucristo,* § 138.
(2) Cf.: *Historia de Israel,* II, § 414.

viendo a su proyecto de hacía dos años (§ 553), habían determinado dar muerte a Pablo en una emboscada que le prepararían durante el viaje de Cesarea a Jerusalén.

568. La contestación de Festo fué una pura y simple apelación a la ley. Pablo estaba en Cesarea, a donde él mismo volvería en breve; su causa había sido trasladada al tribunal de Cesarea, y, por tanto, no era preciso trasladar al acusado a Jerusalén; si los notables tenían alguna nueva acusación que hacer, que se presentaran en calidad de acusadores al tribunal de Cesarea; esto era todo, pero el procurador no estaba dispuesto a ser condescendiente con la ley para congraciarse al pueblo.

Al cabo de diez días volvió Festo a Cesarea, y al día siguiente hizo comparecer a Pablo ante su tribunal. Los judíos, venidos de Jerusalén, adujeron inmediatamente graves y múltiples acusaciones, que, sin embargo, no pudieron demostrar. Por la contestación de Pablo, que decía no haber cometido delito alguno *ni contra la Ley de los judíos, ni contra el Templo, ni contra el César* (25, 8), se comprende que las acusaciones aducidas se reducían a estas tres cosas; de las cuales tan sólo la tercera, que se refería al César, caía bajo la competencia directa del procurador; las otras dos importaban únicamente a la autoridad religioso-jurídica de la nación, que aun después de la dominación romana seguía funcionando libremente, si bien bajo la alta vigilancia del gobierno romano.

Era, pues, un caso de competencia mixta, en el que había que conducirse con prudencia y posiblemente de mutuo acuerdo. Por esto, Festo, dando oídos dentro de sí tanto al hombre de leyes como al prudente gobernador, intentó tomar por la vía de en medio, que tendría en cuenta tanto los derechos de su tribunal y del acusado, como la susceptibilidad de los judíos; volviéndose a Pablo le dijo: «*¿Quieres subir a Jerusalén y allí ser juzgado ante mí de todas estas acusaciones?*» *Pablo contestó:* «*Estoy ante el tribunal del César; en él debo ser juzgado. Ninguna injuria he hecho a los judíos, como tú bien sabes. Si he cometido alguna injusticia o crimen digno de muerte, no rehuso morir. Pero si no hay nada de todo eso de que me acusan, nadie puede entregarme a ellos. Apelo al César.*»

569. Se había pronunciado la fórmula solemne: *Caesarem appello*. Cuando un ciudadano romano, en cualquier región del Imperio, y ante cualquier tribunal, pronunciaba esta fórmula, se abolían todas las jurisdicciones que dependieran de la imperial; el ciudadano romano había invocado la suprema jurisdicción del emperador, su jefe y gobernante natural, y por consiguiente los demás gobernadores, delegados suyos, debían retirarse para dejar lugar al emperador y debían enviar al acusado a Roma (salvo casos especialísimos y extremadamente raros). Aun si el proceso visto en la provincia estaba a punto de terminarse con una condena, apenas se hubiera pronunciado la fórmula de apelación, todo cesaba, y el acusado que apelaba era transferido a Roma: ya no podía ser condenado, ni absuelto, por un tribunal inferior.

También en el caso de Pablo la fórmula pronunciada por él produjo su mágico efecto: *Festo, entonces, después de hablar con los de su*

Consejo, respondió: «*Has apelado al César, al César irás.*» (Ibíd., 9-12.) La breve consulta de Festo con los consejeros que le asistían en el proceso, y que solían ser jóvenes que comenzaban su *cursus honorum,* fué una simple formalidad, tan claro era el caso. Después de la respuesta de Pablo, Festo no podía ya sino enviarle a Roma; el procurador no contaba para nada más.

570. Si en el proceso de Jesús, Poncio Pilatos se había lavado las manos sin razón, Festo podía frotárselas ahora alegremente, viéndose fuera de todo el asunto sin haber perjudicado a nadie. Quienes, por el contrario, se las comían de rabia eran los acusadores judíos, que veían escapárseles la presa; es verdad que les quedaba la posibilidad de perseguir al acusado aun ante los tribunales del emperador; pero Roma no era Cesarea, aunque no fuera más que por la distancia. ¿Valdría la pena, para dar contra Pablo, de afrontar viajes y gastos enormes, y poner en juego las protecciones poderosas, pero costosísimas que tenían los judíos en el Palatino? Todo desaconsejaba el meterse en semejantes preocupaciones, y es probable que por esto, cuando se vió en Roma la causa de Pablo no se halló presente ninguno de sus acusadores judíos (§ 603)

Con este nuevo rumbo que tomaba el proceso, Pablo podía ahora ya estar seguro de ir a Roma; en el pasado, cuando pensaba en este viaje, no había imaginado nunca que lo haría en aquellas condiciones, pero ahora, reflexionando, se lo explicó todo, recordando una frase que había escrito a los romanos hacía tres años: *Dios hace concurrir todas las cosas para el bien de los que le aman* (*Rom.*, 8, 28). Todo había sido predispuesto por Dios, para el bien de Pablo que le amaba.

571. Antes de emprender el viaje sucedió algo que llenó aquellos días de la espera. A Cesarea llegaron, para saludar al nuevo procurador, *el rey Agripa y Berenice* (*Act.* 25, 13). Ya conocemos a estos dos desvergonzados, y podemos llamarles por el nombre que merecen (1): hijos ambos del rey Agripa I (§§ 557, 562), mantenían entre sí relaciones incestuosas, de las que se hablaba hasta en Roma. El hermano, esto es, Agripa II, era un espíritu cultivado que se interesaba también por las cuestiones religiosas judías, y en los escritos rabínicos se recuerdan algunos casos de leyes propuestas por él; pero se trataba de una erudición puramente intelectual, que no ejercía la menor influencia sobre su vida de escéptico, y que se sometía, sin más, al nefasto dominio de su hermana. Berenice tuvo durante su vida dos maridos legales, y tal vez tres, a los que añadió, además de la unión incestuosa con el hermano, la más célebre con Tito, iniciada en el 68, con ocasión de la guerra de Judea, y seguida más tarde en Roma: en conclusión, era una digna hermana de Drusilla, la mujer de Antonio Félix (§ 562), aun cuando superior a ella en libertinaje.

Pablo fué presentado a estos dos personajes, juntos, por una razón evidente. Como se prolongara durante varios días su estancia en Cesarea, Festo les habló del caso de Pablo: Félix le había dejado aquel

---

(1) Cf.: *Historia de Israel*, II, § 400 sigs. Hay allí también la reproducción de un busto de Berenice.

preso, del que no había logrado hacerse clara idea; los notables de Jerusalén pedían su condenación, pero él les había contestado que la ley romana no permitía condenas sin procesos regulares; cuando se abrió la discusión en Cesarea, los acusadores no habían aducido ni probado al acusado delito alguno, sino *tan sólo cuestiones sobre su propia religión* (*o bien superstición,* δεισιδαιμονίας) *y de cierto Jesús muerto, que Pablo asegura que vive*; él había preguntado al acusado si consentía en ser juzgado en Jerusalén, pero éste había apelado el César, al que estaba a punto de enviarle (25, 14-21). El elegante caso interesó a Agripa, que, además, debía conocer a Pablo de nombre, así como, sin duda, conocía los hechos de Jesús y del cristianismo primitivo (cf.: 26, 26), de modo que dijo a Festo: «*Tendría gusto en oír a ese hombre.*» «*Mañana—dijo* (*Festo*)*—le oirás.*» (Ibíd., 22.)

572. Al día siguiente se dió especial solemnidad al suceso, que, sobre todo, servía de diversión a los ilustres huéspedes y rompía la monotonía de la vida provinciana. Agripa y Berenice llegaron con gran pompa al aula de las audiencias, que se llenó de tribunos y de personalidades insignes de la ciudad; finalmente introdujeron a Pablo encadenado.

El procurador creyó oportuno decir dos palabras de presentación. Aquel era el hombre cuya muerte habían pedido los judíos varias veces, pero él, Festo, encontraba que no había cometido ninguna acción digna de la pena capital; mas como el acusado había apelado al emperador, efectivamente iba a enviarle a él; pero no sabía qué *elogium* (§ 555) podía escribir sobre él para presentarle al emperador; que le sugirieran, pues, qué podría decir a este propósito (ibíd., 24-27). Inmediatamente, Agripa, a quien el procurador, por deferencia, había cedido la presidencia, dió la palabra a Pablo.

El discurso que Pablo pronunció en esta ocasión, el último de los grandes discursos de los *Hechos,* se parece mucho al que pronunció ante los judíos amotinados en el Templo (§ 546), esto es, hizo, en resumen, la apología de su vida, no sin tener en cuenta su nuevo auditorio; el auditorio está representado aquí, sobre todo por Agripa, también judío, mientras que Festo y los demás paganos, se tienen presentes tan sólo en segundo lugar.

573. Pablo se considera feliz de poder hablar ante el rey Agripa, porque sabe que está versado en costumbres y cuestiones judías. Todos los judíos conocen los avatares de la vida del orador; vivió como fariseo, y ahora le quieren juzgar por su esperanza en las promesas hechas por Dios a los padres, y que esperan las doce tribus. ¿Es acaso increíble que Dios resucite a los muertos? Creyó primero que su deber era actuar contra el nombre de Jesús Nazareno; por consiguiente, encarceló a muchos en Jerusalén, y dió su voto para que se matase a otros (§ 255), y extendió la persecución aun por fuera de la ciudad. Enviado a Damasco se convirtió (en las circunstancias que ya examinamos, § 267 sigs.). Después, ha obedecido las órdenes divinas que recibió en su conversión, y ha predicado en Damasco, Jerusalén, en Judea y a los gentiles para que se arrepintieran y convirtiesen a Dios. Por esta razón los judíos que le

han capturado en el Templo querían matarle; pero él, con la gracia de Dios, seguirá siendo testigo suyo ante grandes y chicos, no enseñando nada que no haya sido predicho por los profetas y por Moisés; esto es, que el Mesías debe padecer, y que antes de la resurrección de los muertos debe anunciar la luz al pueblo de Israel y a los gentiles (26, 2-23).

574. El pacífico Festo, que hasta aquí había prestado moderada atención, cuando oyó hablar de resurrección de muertos y de una iluminación de los pueblos, imitó, sin saberlo, la actitud de los areopagitas (§ 414); interrumpiendo al orador exclamó a voces: «*¡Tú deliras, Pablo! Las muchas letras te han sorbido el juicio.*» *Pablo le contestó*: «*No deliro, nobilísimo Festo, lo que digo son palabras de verdad y sensatez. Bien sabe el rey estas cosas, y a él hablo confiadamente, porque estoy persuadido de que nada de esto ignora, pues no son cosas que se hayan hecho en un rincón* (1). *¿Crees, rey Agripa, en los profetas? Yo sé que crees.*» *Agripa dijo a Pablo*: «*Poco más* (ἐν ὀλίγῳ) *y me persuades a que me haga cristiano.*» (*Act.*, 26, 24-28.)

La exclamación de Festo es amistosamente irónica y de típico sabor romano (frases semejantes se pueden oír todavía hoy en boca de la plebe de Roma), mientras que la del rey Agripa es la de un escéptico cortés y elegante. Su significado no quiere indicar una impresión profunda, como si le faltara poco, o estuviera a punto de convertirse; es más bien una invitación a la desilusión; Pablo no le convertirá tan fácilmente. Habla un escéptico, pero con cortesía.

575. Pablo, pacientemente, replica empleando la expresión que ha usado Agripa: *Por poco más, o por mucho más pluguiese a Dios que no sólo tú, sino todos los que me oyen se hicieran hoy tales como lo soy yo, aunque sin estas cadenas* (ibíd., 29). Y suena la cadena que tiene el preso, mientras abre los brazos en un gesto oratorio final.

Agripa, Festo y los demás asistentes se levantan, y mientras salen del aula cambian impresiones entre sí: este Pablo será un soñador que tiene la cabeza en las nubes, pero nada ha cometido que merezca la muerte o la prisión. Agripa, el invitado principal, expresa a Festo su parecer en pocas palabras, puesto que el procurador ha dicho hace poco en público que atribuye tan gran importancia a su parecer; por esto le confía: *Podría ponérsele en libertad si no hubiera apelado al César* (32).

Sí, podía ser puesto en libertad desde el punto de vista de la ley, pero no desde el de la Providencia. Si hubieran libertado a Pablo, un incidente cualquiera, seguido después de otros más, le habrían detenido en Oriente quién sabe cuánto tiempo, y tal vez nunca hubiera llegado a Roma. La Providencia, por el contrario, había decretado que fuese a Roma, y que fuera precisamente como *civis romanus*.

(1) Alude a los hechos de Jesús y del cristianismo primitivo conocidos en Palestina.

LA NAVEGACION HACIA ROMA
EL NAUFRAGIO EN MALTA

576. *Cuando estuvo resuelto que emprendiésemos la navegación a Italia, entregaron a Pablo y a algunos otros presos en manos de un centurion llamado Julio, de la cohorte Augusta* (*Act.*, 27, 1). Lucas comienza con estas palabras su largo relato del viaje y de la llegada de Pablo a Roma, que se extenderá hasta el fin de su libro (§ 115). La descripción de la navegación es minuciosísima, y refleja, no sólo un testigo ocular, sino un hombre culto, exacto y atento en la observación de los hechos; riquísima en términos técnicos, Mommsen y otros historiadores consideran esta descripción como uno de los documentos más importantes relativos a la náutica de los grecorromanos; y navegadores modernos, cultos, la han examinado minuciosamente bajo su doble aspecto histórico y náutico, definiéndola como excelente (1). Se cuenta que Nelson leyó este pasaje de los *Hechos* la mañana de Trafalgar. Del libro inspirado, y precisamente de aquellas páginas que mejor reflejan su vida entera, sacaba el gran almirante los auspicios para la jornada que iba a ser la última de su vida, y la de su máxima victoria.

Flavio Josefo hizo, cuatro años más tarde, en el 64, un viaje semejante de Palestina a Roma, en el cual naufragó también, y pudo salvarse tan sólo con ochenta pasajeros de los seiscientos que había a bordo; pero el relato de Flavio Josefo sólo ocupa unas breves líneas (*Vida*, 14-16).

577. El centurión Julio, al que había sido consignado Pablo, se mostró durante el viaje como un hombre de sentimientos nobles y tuvo especiales consideraciones con respecto a Pablo. No se sabe con seguridad cuál fuese la *cohorte Augusta* o *Sebastena* a la que pertenecía; tal vez era una de las cinco cohortes a la sazón en Judea de guarnición permanente; pero también es posible que fuera una cohorte de pretorianos de Roma, y que Julio hubiera sido enviado con un destacamento como

---

(1) Señalamos, entre otras publicaciones: J. Smith: *The voyage and Shipwreck of St. Paul,* London 1886; A. Breusing: *Die Nautik der Alten,* Bremen 1886, p. 142-205; W. Stammler: *Apostelgeschichte 27 in nautischer Beleuchtung u. die ostdeutsche Bibelübers des Mittelalters,* Berlín 1931; U. y A. Cesarano: *Verso Roma con l'Apostolo delle genti,* Verona 1932.



Fig. 120.—EL CENTURION M. FAVONIO FACILE DE LA LEGION XX COMO APARECE EN SU PIEDRA SEPULCRAL (S. I d. J. C.)

escolta de honor de Porcio Festo en su viaje a Palestina; en este caso, el destacamento debía volverse a Roma, y Festo aprovechó la ocasión para confiar al centurión a Pablo y a los demás prisioneros. Estos tal vez fueran delincuentes vulgares, destinados a las fieras de los circos de Roma.

Estaba ya avanzado el verano del año 60, y había que apresurarse: a mediados de septiembre la navegación se consideraba peligrosa en el Mediterráneo; pasada la primera década de noviembre cesaba normalmente, para volver a comenzar a principios de marzo, cuando soplaban los vientos Favonii al comienzo de la primavera. Sin embargo, aun este período de «mar cerrado», como lo llamaban los antiguos, conocía excepciones: los primeros en violarlo habían sido los piratas, al decir de Plinio (*Natur. Hist.*, II, 47), el cual observa que en su tiempo los avaros seguían el ejemplo de los piratas; pero también Herodes el Grande, deseando salvar el propio trono, se había embarcado en pleno invierno del año 40, en Alejandría, camino de Roma, llegando allí después de haber corrido graves peligros a lo largo de Panfilia (Flavio Josefo: *Guerra de Judea,* I).

A falta de cosa mejor, Julio empleó una nave de Adramyttium, puerto de Misia (§ 17), que zarpaba de Cesarea para su puerto de origen, costeando el Asia Menor; en ella embarcaron los prisioneros, y junto con Pablo, Lucas y Aristarco de Tesalónica (§ 469). Estos dos embarcarían o bien como pasajeros particulares—puesto que se trataba de una nave de flete público—o más probablemente fueron admitidos por la benignidad del centurión, que fingió considerarles esclavos de Pablo, puesto que la ley permitía que un ciudadano romano fuera asistido por dos esclavos.

578. Al día siguiente de la salida atracaron en Sidón (1), y Julio permitió a Pablo que bajara a tierra para visitar a los hermanos de la comunidad local. Al zarpar de Sidón, la nave se dirigió hacia el Norte, pasó por encima de Chipre, a causa del viento que soplaba del Oeste, manteniéndose de este modo al repairo de la isla. Llegados a Mira, puerto de Licia (§ 11) (2), el centurión transbordó a sus prisioneros a una nave que encontró allí, y que venía de Alejandría y seguía a Italia. Después se dieron a la mar.



Fig. 121.—NAVE ROMANA CON TRES MARINEROS (enseña a proa, a la izquierda; a popa, uno de los dos timones)
Roma: Museo Torlonia (Fito Alinari)

El nuevo navío era una *navis oneraria,* afecta al transporte del grano de Egipto a Roma; ancha y pesada, como las naves de ese tipo, tenía un mástil central grueso y otro menor hacia la proa: podía cargar 300 toneladas más o menos. Pero como ya estaba cargada de trigo y sobrecargada por los pasajeros que habían llegado a ella, avanzaba bastante lentamente contra el viento, que se mantenía adverso; de manera que empleó *varios días* (*Act.,* 27, 7) para llegar a la altura de Cnido, en la punta sud-occidental del Asia Menor, frente a Rodas, cuando generalmente se tardaba hasta allí, desde Mira, sólo un día. Para hallar una ruta más libre, el piloto se inclinó a la izquierda, hacia el Sur, proyectando doblar Creta navegando al Sur de la isla, para mantenerse a sotavento; doblado Salmón, el promontorio oriental de Creta, que recuerda también Estrabon (II, 4, 3), avanzó bordeando a lo largo de la costa meridional de la isla, y así pudo llegar, no sin fatigas, a la bahía llamada *Puerto Bueno,* junto a la cual estaba la pequeña ciudad de Lasaia.

579. En Puerto Bueno se estaba seguro, porque era una pequeña bahía oval, bien resguardada, pero, sin embargo, el lugar no era adecuado para una larga permanencia. A valorar el conjunto de la situación nos ayuda una observación de Lucas, según el cual, *transcurrido bastante tiempo y siendo peligrosa la navegación, por ser ya pasado el ayuno* (27, 9); este *ayuno* es el día del Kippur o expiación, que impone ayuno

(1) Este viaje marítimo, hasta más allá de Creta, se sigue fácilmente en el mapa que hay en las guardas del libro.

(2) No se sabe de dónde procede el nombre de *Listra* que da la Vulgata en vez de *Mira*; no se conoce en estos parajes ningún puerto de ese nombre.

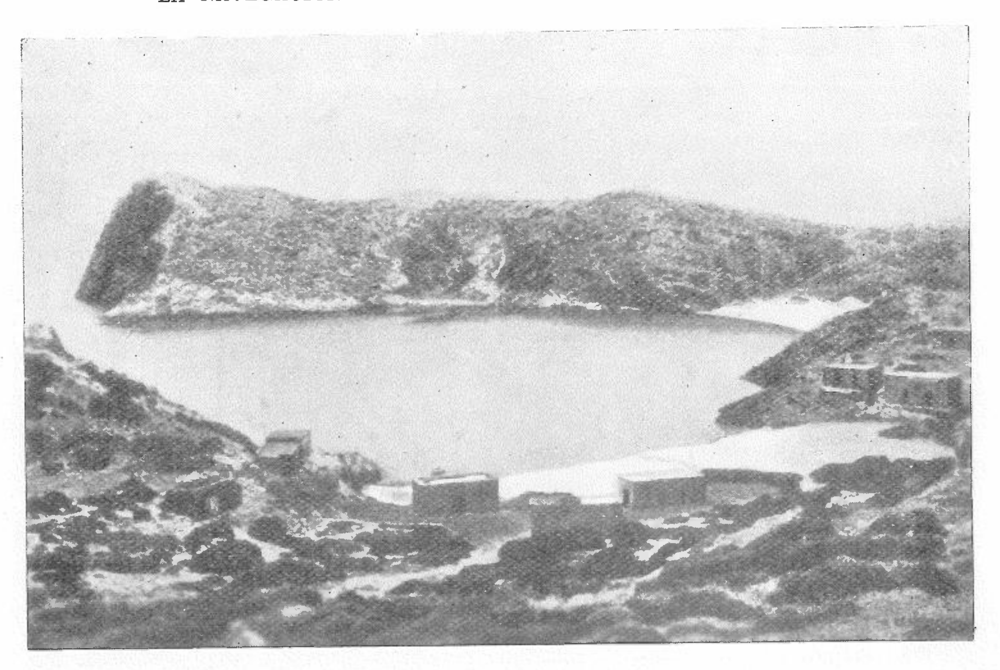


Fig. 122.—LA BAHIA DE PUERTO BUENO EN CRETA

a los judíos; como este día caía en el día 10 del mes Tishri, esto es, entre el final de agosto y el principio de octubre, se consideraba prácticamente como término final de la navegación, después del cual sería una imprudencia aventurarse en el piélago.

Los marineros de la nave sabían esto muy bien, pero tenían un proyecto que no les parecía tan imprudente; un poco más a Occidente, en la misma costa meridional de Creta, había otro puerto, llamado Fenice, que era mucho más cómodo y mucho más adecuado para invernar que Puerto Bueno, donde se encontraban; la distancia entre ambos, que era de unas cuarenta millas marinas, podía cubrirse en un día o poco más de navegación, apenas soplase un viento favorable. Con este intento nada temerario, se podía descargar la mercancía de la nave y protegerse bien para el invierno, mientras que en Puerto Bueno esto era muy difícil; además, la nave se guardaría mejor en Fenice, y los pasajeros podrían invernar con mayor comodidad.

580. Los hombres que tenían a bordo mayor responsabilidad o crédito celebraron consejo acerca del proyecto; oyeron en primer lugar al centurión, porque la nave pertenecía a la flota mercante imperial, y, por tanto, él era a bordo el superior militar; después, al capitán de la nave (ναύκληρος); al piloto (κυβερνήτης), y finalmente también escucharon a Pablo, probablemente fué a instancias del centurión, debido a la estima que este oficial sentía hacia él.

En la discusión, el centurión se mantuvo neutral desde el principio. mientras el capitán, el piloto y tal vez algún otro marinero intervinieron sosteniendo que debía intentarse el breve salto de Puerto Bueno a Fe-

nice; Pablo, en cambio, fué de parecer contrario, y lo expuso en estas palabras: *Veo, amigos, que la navegación va a ser con peligro y mucho daño, no sólo para la carga y la nave, sino también para nuestras personas* (27, 10). Pero la opinión de Pablo no produjo impresión; el centurión, a quien tocaba decidir, debió pensar que su prisionero era una persona moralmente digna, sí, y respetable, pero tal vez sintiera cierto miedo ante el mar, y en todo caso no tenía la experiencia de los marineros: de manera que—como dice Lucas—*el centurión dió más crédito al piloto y al patrón del barco que a Pablo* (ibíd., 11), y tomó su decisión final con arreglo a esta confianza.

De allí a poco, en efecto, se levantó un viento del Sur, que era precisamente lo que esperaban para poner en práctica su decisión: si se da-

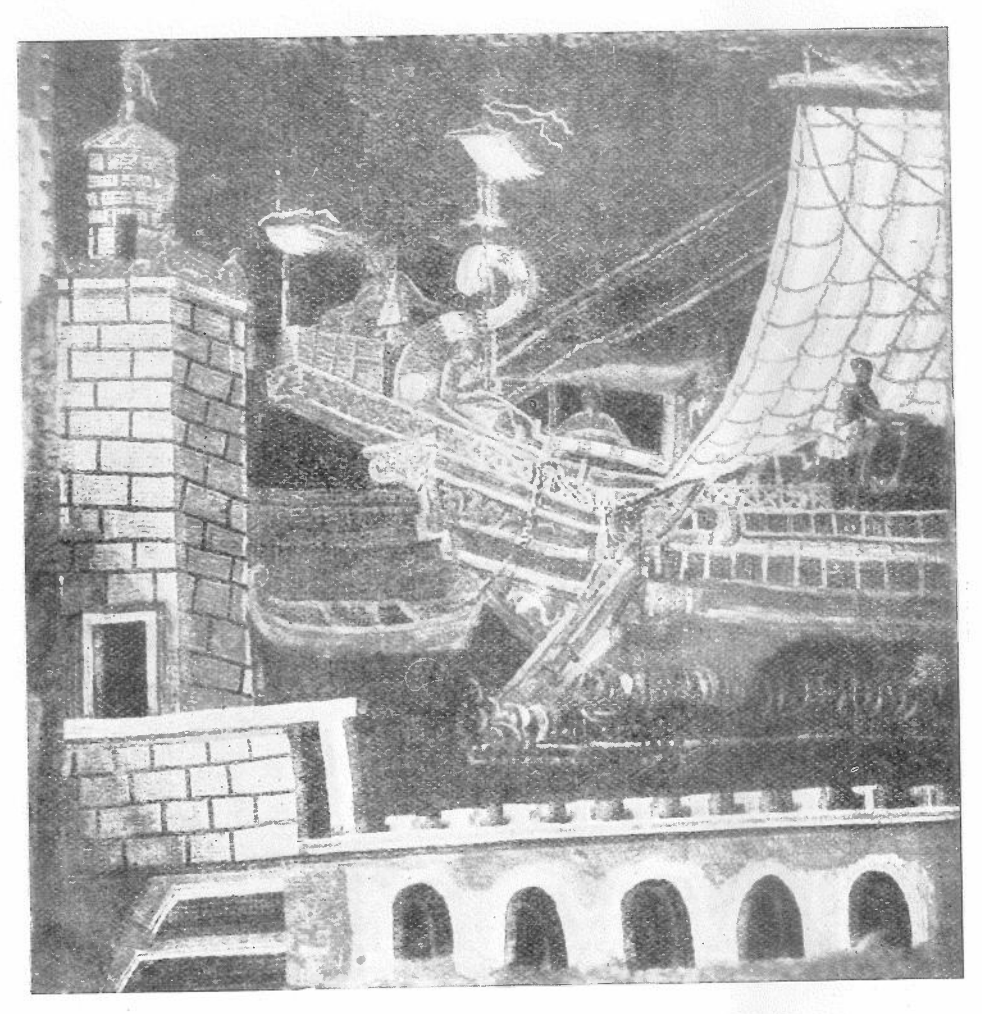


Fig. 123.—MOSAICO REPRESENTANDO UNA NAVE ROMANA EN UN PUERTO
Siglo III
(Nótese la chalupa atada a la popa, y junto a ella uno de los timones) (Foto Alinari)

ban prisa en pocas horas estarían en Fenice, y todo se realizaría como es debido. Se levó el ancla, y se dieron a la vela; al doblar el cabo de Matala, al oeste de Puerto Bueno, hicieron rumbo al Nordeste, manteniéndose próximos a la costa y apuntando hacia Fenice (1).

581. Pero de pronto la escena cambia de ese modo brusco y radical como suceden los cambios meteorológicos en aquella parte del Mediterráneo y en aquella estación. De repente, de las montañas de la isla *se desencadenó un viento impetuoso, llamado euraquilón,* esto es, que venía del Nordeste y se dirigía hacia el Sudoeste.

Las consecuencias fueron inmediatas: *arrastraba la nave sin que pudiera resistir, y nos dejamos ir a merced del viento* (ibíd., 15). En breve estuvieron a la altura de Cauda (hoy Gaudos), una islita al sudoeste de Puerto Bueno. Allí, la nave se encontró un poco a sotavento y se pudo realizar una maniobra importante: la nave había salido de Puerto Bueno llevando a remolque una chalupa destinada a los desembarcos; pero ahora, constituía un grave peligro, porque con la furia del oleaje, la chalupa daba contra el casco de la nave, dañándolo seriamente; por esto, en aquel pequeño intervalo, y con grandes trabajos, fué izada a bordo.

Amainando las velas se procedió a las operaciones de ceñir el casco de la nave, reforzándolo con cables por fuera y puntales por dentro. Los marineros temían que la nave, arrastrada por la corriente, fuera a en-

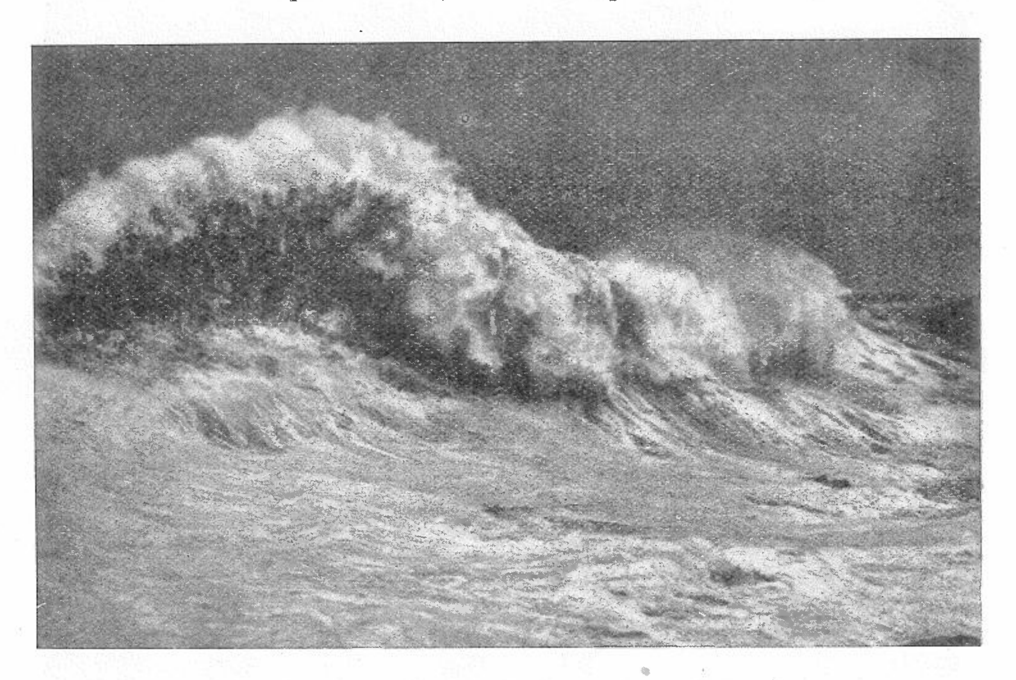


Fig. 124.—MAR TEMPESTUOSO AL SUR DE CRETA

(1) Esta proximidad se expresa en griego con ἆσσον, que en la Vulgata figura como un nombre propio, como si fuera *Assom,* la ciudad recordada en *Hechos,* 20, 13 (§ 528 siguientes) vecina a Troade.

callar derechamente en la gran Sirte líbica, la enorme ensenada que forma el mar entre Tripolitania y Cirenaica, llena de bajos y sin puertos; sería la pérdida de la nave, de la mercancía y de todo lo demás. Para impedir, o al menos para retardar esta carrera hacia la ruina, los marineros echaron al mar, por la popa, el llamado «instrumento» (σκεῦος), que, al parecer, era un lío de cuerdas, o un tabloncillo sostenido perpendicularmente gracias a dos anclas, que arrastrado por la nave hacía las veces de freno.

582. En tales condiciones, la nave, sin gobierno alguno, quedó a merced de la furia de los elementos durante catorce días seguidos.

Quien se haya encontrado en una ocasión semejante podrá hacerse una idea—agravando mentalmente su experiencia—de los sufrimientos padecidos por las personas que estaban a bordo durante aquellas dos semanas. Aquel barquichuelo de trescientas toneladas bailaba sobre las olas como un cascarón de nuez, cabeceando, rodando, crujiendo a los golpes de mar. Tan pronto se veía en la cresta de una ola rompiente, como se hundía entre dos negras murallas de agua. La falta de toda fuerza de impulsión interna hacía al barco más sensible a cualquier golpe exterior (1).

Durante la primera noche la tempestad arreció tanto que al día siguiente se consideró prudente aligerar el barco; se arrojó, pues, al mar la carga que estaba en el puente. El tercer día fué preciso seguir aligerando y se echaron al mar los aparejos que no eran indispensables para la maniobra.

Entonces, una monotonía espantosa cayó sobre la tripulación y sobre los pasajeros, sin que un día se diferenciara del siguiente: cualquiera podía ser el último. En el interior, cuerpos esposados que gemían en la oscuridad de la bodega, entre vómitos y suciedades. Fuera, tan sólo olas furiosas; nada a la vista, y perdido el Norte. ¿Qué podía hacerse? ¿Cuánto tiempo aún resistiría el barco los golpes de mar? *En varios días no aparecieron ni el sol ni las estrellas, y continuando con fuerza la tempestad, perdimos al fin toda esperanza de salvación* (27, 20).

583. Situaciones semejantes trastornan a un hombre corriente, y lo apartan, al menos durante algún tiempo, del mundo moral en que vive habitualmente. ¡Perturbarían también a Pablo aquellos días interminables? ¿Le apartarían, al menos de momento, del mundo espiritual de aquel Cristo en que él vivía? No parece. Por el contrario, de las palabras que añade Lucas inmediatamente después, resulta que Pablo encuadraba aquel suceso excepcional dentro de la amplia visión de su mundo espiritual; además—cosa sorprendente—, no se extrañaba de la realidad material, sino que se ocupaba de las pequeñas exigencias de la

(1) Si es lícito mencionar una pequeña experiencia personal, puedo recordar que viajando una vez al sur de Creta, un día con mucho mar, la nave hubo de permanecer quieta, en medio de la tempestad, durante dos horas, porque se había caído al agua un hombre, al que, naturalmente, no pudimos hallar; pero era una detención prescrita por el reglamento marino. Pues bien, detenida como estaba, la nave se resentía de las olas mucho más que cuando estaba andando, y la parada trastornó el estómago de muchísimos pasajeros; y, sin embargo, era una nave de 18.000 toneladas, esto es, sesenta veces mayor que la de Pablo.

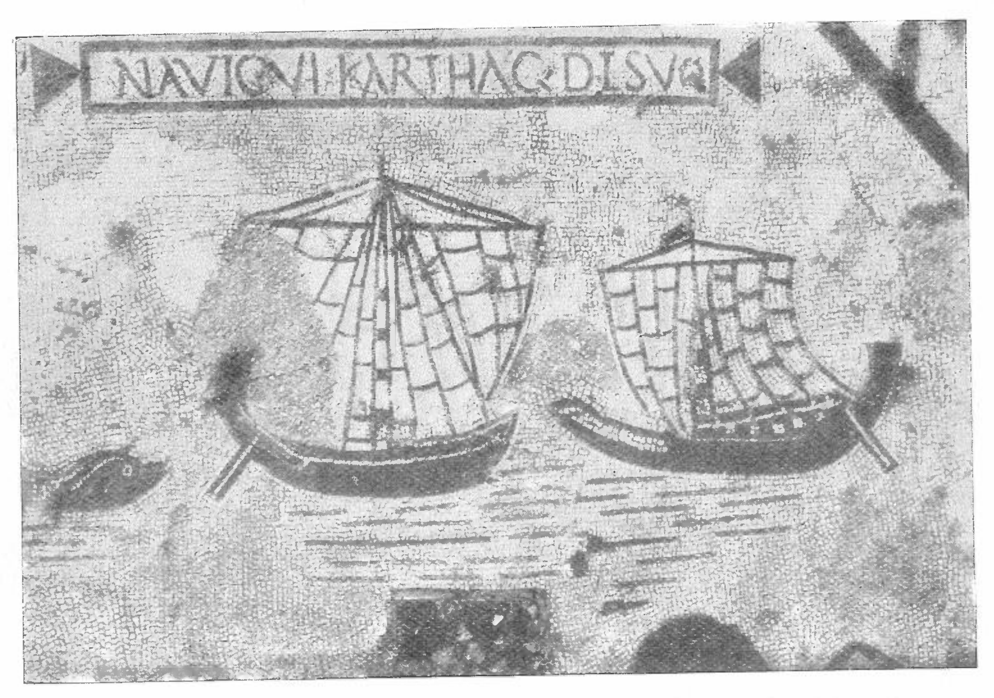


Fig. 125.—INSIGNIA EN MOSAICO DE LOS MARINEROS DE CARTAGO EN OSTIA ANTIGA
(de G. CALZA: *Ostia*)

vida que descuidaban los demás pasajeros. Como más tarde otros místicos cristianos, Pablo demostrará que además de tener la cabeza sublimada al tercer cielo, mantiene los pies bien apoyados en la tierra.

Habíamos pasado largo tiempo sin comer, cuando Pablo se levantó, y dijo: «Mejor os hubiera sido, amigos, atender a mis consejos: no hubiéramos partido de Creta, y nos hubiéramos ahorrado estos peligros y daños. Pero cobrad ánimo, porque sólo la nave, ninguno de nosotros perecerá. Esta noche se me ha aparecido un ángel de Dios, cuyo soy y a quien sirvo, que me dijo: No temas, Pablo, comparecerás ante el César, y Dios te hará gracia de todos los que navegan contigo. Por lo cual, cobrad ánimo, amigos, que yo confío en Dios que así sucederá como se me ha dicho. Sin duda daremos con una isla.» (Ibíd., 21-26.)

584. Es probable que muy pocos escucharan esta exhortación de Pablo, y que menos le dieran crédito: cuando durante muchos días se baila una danza infernal, y cuando el mareo ha extraído del cuerpo la última gota de linfa vital, nada impresiona ya, sino la liberación efectiva de este estado. Y ahora, aquel prisionero salía con que iban a dar con una isla. ¿Cuál? ¿Dónde? ¿Qué sabía él, después de tantos días de atontamiento, si los propios marineros, con toda su experiencia, nada sabían? ¿Se le había aparecido el ángel de su Dios? Sí, pero, ¿no sería más bien una alucinación de su fantasía debida a los calambres del estómago y a la excitación de sus nervios? Tal vez muy pocos de los que oyeron a Pablo pensaron que aquel prisionero podía haber hablado se-

riamente; entre ellos debía contarse el valiente Julio, que ya había percibido en Pablo alguna cosa extraordinaria.

Es también probable que la exhortación de Pablo tuviera lugar el día 13 de la partida de Puerto Bueno. Lo cierto es que cuando, *llegada la décimacuarta noche en que así éramos llevados de una a otra parte por el mar Adria, hacia la mitad de la noche, sospecharon los marineros que se les acercaba alguna tierra* (ibíd., 27). Esta última expresión es típicamente marinera: la tierra se acerca cuando un navío se dirige a ella; y era una expresión adecuada para gentes que desde hacía catorce días navegaban sin rumbo, esperando que de improviso les saliera al encuentro cualquier tierra. El mar que llaman *Adria* era, en aquellos tiempos, no sólo el Adriático, sino también la parte más baja, entre Sicilia a Occidente y Grecia y Creta a Oriente (1). Pero Lucas supo esta designación sólo más tarde, cuando descubrió el nombre de la tierra entonces entrevista; aquella noche, sin embargo, no estaba en situación de decir si el mar en que se encontraba era el Adria o bien la gran Sirte.

585. Temblando esperanzados, los marineros echaron la sonda, y en realidad encontraron que el agua sólo tenía 20 «cañas» de profundidad; como la «caña» (ὀργυιά), o sea, el «doble brazo», equivalía a 1,85 metros, la profundidad del agua era apenas de 37 metros. Repitieron el experimento y hallaron sólo 15 «cañas». No había duda; la tierra se acercaba rápidamente, si bien no se descubría por la oscuridad de la noche y de la tempestad.

Este acercamiento rápido demuestra que las olas empujaban la nave hacia alguna tierra, y entonces, por temor de ir a chocar contra escollos invisibles, los marineros detuvieron la nave, echando a popa cuatro anclas, en espera de que amaneciese y pudiera descubrirse la ansiada tierra. Pero estando tan próximos a ella los marineros sabían muy bien que en cierto sentido el peligro había aumentado. La nave, anclada, ¿resistiría los golpes de mar hasta que amaneciera? Y si empezaba a desguajarse, como era posible, ¿cómo y a dónde tranportar a los pasajeros, que se precipitarían en tropel a la chalupa? Los marineros pensaron que era, por tanto, mejor ocuparse de sí mismos, poniéndose a salvo; más tarde, si fuera posible, se ocuparían de los pasajeros.

Por esto empezaron a echar al mar la chalupa (§ 581), alegando como pretexto que debían extender las amarras de las anclas también a proa. Pero Pablo, que tal vez había pescado alguna palabra mientras se tramaba el asunto, *advirtió al centurión y a los soldados: Si éstos no se quedan en la nave, vosotros no podréis salvaros.* Esta vez el consejo de Pablo tuvo un efecto inmediato; los soldados, tratándose de su propia vida, sacaron las espadas y cortaron las cuerdas de la chalupa, dejándola caer al agua.

586. Despuntaba el día y era fácil prever que sería de grandes fatigas y grandes esfuerzos, en el intento de salvar la nave o, al menos, a las personas, entre mil incertidumbres y dificultades. Pero nadie ha-

(1) Flavio Josefo llama también *Adria* al mar en que naufragó, si bien recogido por una nave de Cirene, desembarcó en Pozzuoli (*Vida*).

bía pensado en que para estos trabajos inminentes los pasajeros estaban físicamente incapacitados, puesto que apenas se tenían en pie al cabo de catorce días de mareo, insomnio y excitación nerviosa. Pablo pensó en ello, místico y positivo a la vez. Sin embargo, no está excluído que su preocupación la confirmase alguna sugerencia del médico Lucas. Pablo dijo, dirigiéndose a la gente, que temblaba en la espera de poder desembarcar: «*Catorce días hace hoy que estamos ayunos y sin haber tomado cosa alguna. Os exhorto a tomar alimento, que nos es necesario para nuestra salud, pues estad seguros que ni un solo cabello de vuestra cabeza perecerá». Diciendo esto, dió gracias a Dios delante de todos, y, partiendo el pan, comenzó a comer. Animados ya todos, tomaron también alimento. Eramos los que en la nave estábamos doscientos setenta y seis*» (ibíd., 33-37).

Algunos exégetas han visto en la acción de Pablo el rito de la Eucaristía, realizado por él para sí mismo y para sus compañeros cristianos; la opinión, que también han compartido protestantes y racionalistas, no debe juzgarse absurda, puesto que era muy posible que en circunstancias excepcionales los primitivos cristianos practicaran para su confortamiento aquel rito sagrado, constriñéndolo a las acciones esenciales; sin embargo, parece más verosímil que la acción de gracias que antecede a la fracción del pan fuese no la fórmula de la Eucaristía, sino la oración habitual usada por los judíos ante las comidas, y empleada también por Jesús en la multiplicación de los panes de Emaús (1).

587. Si la nave contenía, además de la carga, doscientas setenta y seis personas, debía ser más pequeña que aquélla en la que naufragó Flavio Josefo, que contenía seiscientas (§ 578). En cuanto a la carga, Lucas dice inmediatamente después que apenas acabaron la comida, para aligerar la nave, tiraron el trigo al mar; y todo induce a creer que precisamente este trigo era la carga destinada a Roma. Algún erudito ha supuesto que esta mención repentina y única del trigo (σῖτον) se deba a un error del amanuense primitivo, porque tan sólo con cambiar una letra se leería árbol de la nave (ἱστόν), el palo mayor, que se cortó entonces y se tiró al mar para aligerar la nave; pero esta conjetura, aun cuando paleográficamente es atractiva, no se confirma en el contexto y permanece sola en el aire.

588. Lucas pasa ahora a describir con toda precisión la maniobra llevada a cabo por los marineros: *Llegado el día no conocieron la tierra, pero vieron una ensenada que tenía playa, en la cual acordaron encallar la nave, si podían. Soltando las anclas, las abandonaron al mar, y, desatadas las amarras de los timones e izado el artimón, empujados por la brisa, se dirigieron a la playa* (ibíd., 39-40). Los marineros, pues, cuando descubrieron una amplia ensenada, decidieron inmediatamente entrar en ella, aun sospechando que la entrada estuviese cerrada por bancos arenosos, apenas recubiertos, y, por tanto, difíciles de descubrir

(1) Cf.: *Vida de Jesucristo*, § 373, 630.

y de evitar; cuando la nave entrara en la ensenada, sería fácil atracarla con fuerza sobre la playa, que se divisaba al fondo, hundiéndola en la arena.

Por esto liberaron a la nave de sus amarras, soltando y abandonando las anclas en el fondo del mar; después hicieron funcionar de nuevo los timones—que en las naves de entonces eran dos en forma de gruesos remos, uno a babor y otro a estribor—, soltando las amarras que los mantenían fijos; finalmente, desplegaron el artimón, la pequeña vela que se sujetaba en el palo menor de proa, y bastaba para empujar con moderada fuerza la nave hasta dentro de la ensenada.

589. Al principio pareció que la maniobra había salido bien; pero apenas enfilaron la entrada, el peligro de los bancos de arena que ya habían sospechado se hizo realidad. *Llegados a un sitio que daba a dos*



Fig. 126.—MALTA Y GOZO
(de *Enciclopedia Italiana*)

mares, encalló la nave, e hincada la proa en la arena, quedó inmóvil, mientras la popa era quebrantada por la violencia de las olas (ibíd., 41).

Este *sitio que daba a dos mares* debía ser un bajofondo arenoso, de los que tanto abundan en las entradas de las bahías; se forman en la línea de choque de dos fuerzas contrarias, esto es, los golpes del mar de fuera y la resaca del agua inferior, y, por lo batido del lugar, son peligrosísimos para quien encalla en ellos. Los marineros, que no se habían dado cuenta del bajofondo, chocaron de golpe con él, encallando la proa de la nave, y los efectos se dejaron sentir inmediatamente, porque, mientras la proa encallada en la arena permanecía firme, la parte posterior de la nave empezó a desguajarse con los golpes de la marejada.

Cuantos estaban a bordo se dieron cuenta de la gravedad del peligro, y cundió entre ellos el pánico habitual en estas circunstancias. Cada uno no pensó más que en sí mismo. Los soldados de la escolta pensaron en su responsabilidad gravísima si se les escapaban los presos que les habían sido confiados; para librarse de preocupaciones, decidieron, pues, darles muerte. Pero el centurión, que quería salvar a Pablo, prohibió que lo hicieran; por esto dió orden de que los que pudieran ganar la orilla a nado, lo hicieran, y los demás les siguieran ayudándose de tablas o trozos que se separaban poco a poco de la nave. *Y así todos llegaron a tierra. Una vez que estuvimos en salvo, supimos que la isla se llamaba Melita* (27, 44-28, 1).

590. El nombre de Melita, después Malta, era de origen púnico, esto es semítico; el grupo de las dos islas, Gozo y Malta, se llamaba también, colectivamente, Gaudo-Melita.

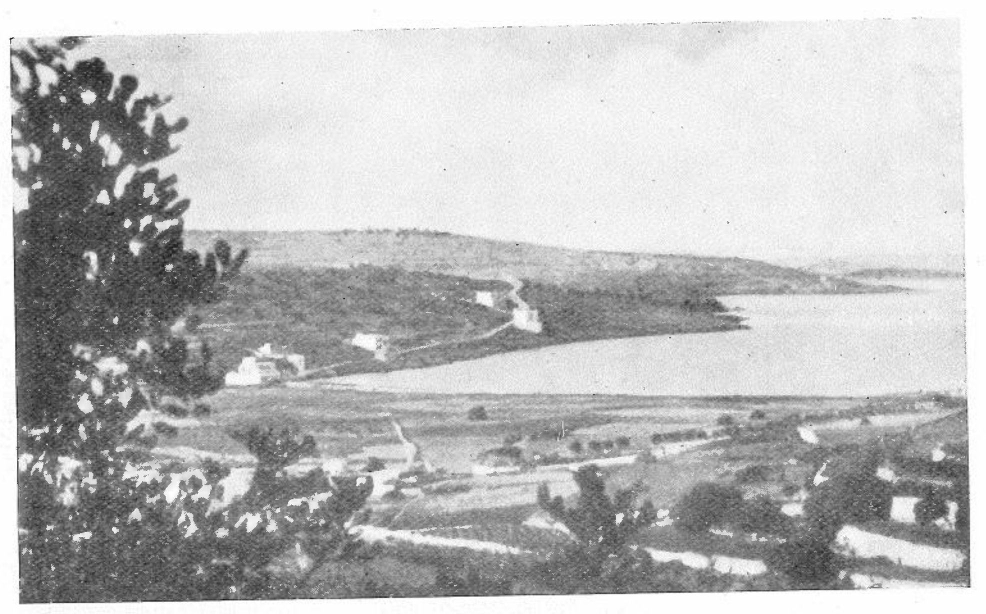


Fig. 127.—MALTA: VISTA GENERAL DE LA BAHIA DE SAN PABLO

Algún erudito diletante ha dicho que la isla en que naufragó Pablo no fué Malta, sino la isla de Meleda (griego, Μελίτη; latín, *Melite*; croata, *Mljet),* situada a lo largo de la costa de Dalmacia, un poco por encima de Ragusa, frente a la costa italiana de los Abruzzi; nos basta con mencionar esta opinión, que no tiene en favor suyo ningún fundamento serio y que fué sugerida principalmente por el orgullo local.

El lugar de Malta donde ocurrió el naufragio ha sido reconocido con gran probabilidad de verosimilitud, reforzada, a su vez, por una tradición antigua. En la costa septentrional de la isla se abre hacia Oriente (la dirección de donde venía la nave) la ensenada llamada bahía de San Pablo; naturalmente que el aspecto de la bahía puede haber cambiado a lo largo de los siglos en muchos detalles, pero, en términos generales, es un espejo de agua en forma de ángulo agudo que se insinúa en la tierra firme, y que está rodeado, en gran parte, por rocas quebradizas. Al pie de estas rocas hay arena en todos lados; pero es probable que la playa arenosa, hacia la que los marineros habían pensado dirigir la nave, se hallara en la parte septentrional de la bahía, en donde está el islote de Salmoneta (Selmunett), separado de la tierra firme por un canal; allí en la línea en que la corriente procedente del mar abierto se encuentra con las aguas de la bahía y del canal, era muy fácil la formación de bajofondos de arena, en uno de los cuales encallaría la nave de Pablo. Hoy día, una estatua de San Pablo, erigida junto al canal de Salmonetta, y, además, una fuente de San Pablo y una capilla en su honor, en la parte meridional de la bahía, recuerdan el dramático arribo de *San Bulos,* el protector de los malteses.

591. Cuando llegaron, por fin, a tierra, rendidos y calados hasta los huesos, los náufragos se vieron pronto rodeados por los habitantes del lugar. Lucas les llama *bárbaros,* siguiendo la costumbre grecorromana de llamar bárbaro a quien hablaba una lengua desconocida en el mundo helénico; pero inmediatamente añade, en honor de aquellos isleños: *Los bárbaros nos mostraron singular humanidad; encendieron fuego y nos invitaron a todos a acercarnos a él, pues llovía y hacía frío* (28, 2).

Hoy día la lengua que hablan los malteses es una mezcla de italiano y de semita, procedente este último de una antigua lengua púnica y de sucesivas y abundantes influencias árabes; en aquel tiempo la lengua de los isleños debía ser esencialmente púnica, o sea, la que hablaban los cartagineses, que empleaban un dialecto fenicio; pero los fenicios, instalados inmediatamente al norte de Palestina y limitando con los hebreos, hablaban una lengua estrechamente emparentada con el hebreo, de manera que la diferencia entre el púnico y el hebreo era, en proporción, más o menos, la que existe hoy día entre el italiano y el francés, que pertenecen ambos al grupo neolatino, como el púnico y el hebreo pertenecían ambos al grupo semítico nord-occidental. Por esto debió suceder que Pablo cambió las primeras palabras con los isleños que acudieron, premurosos, en torno a él, y halló que eran menos «bárbaros» de lo que le parecían a Lucas, puesto que, ayudándose con el hebreo y el arameo, Pablo lograba comprenderles más o menos y hacerse comprender; por lo demás, bien pronto acudirían isleños que ha-



Fig. 128.—MALTA: UNA ENSENADA DE LA BAHIA DE SAN PABLO

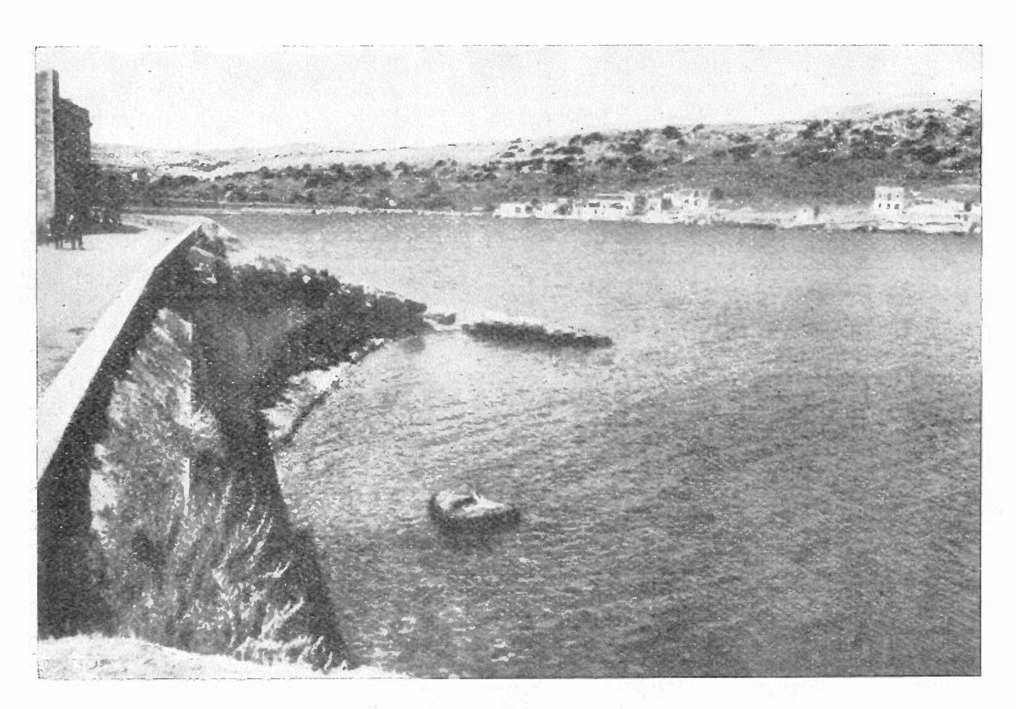


Fig. 129.—MALTA: OTRA ENSENADA DE LA BAHIA DE SAN PABLO

blaban griego y latín, y entonces las conversaciones se harían más generales y animadas.

592. Como estaban casi a primeros de noviembre (§ 579), los náufragos se confortaron con el buen fuego que habían hecho los isleños; era el socorro que necesitaban con más urgencia, después de la tempestad y bajo la gélida lluvia. Pablo, que no sabía estar sin hacer nada cuando veía trabajar a otros, quiso también él contribuir a alimentar el fuego: *Juntó Pablo un montón de ramaje y, al echarlo al fuego, una víbora que huía del calor le mordió en la mano. Cuando vieron los bárbaros al reptil colgado de su mano, dijéronse unos a otros: «Sin duda éste es un homicida, pues, escapado del mar, la Justicia le persigue». Pero él sacudió el reptil sobre el fuego y no le vino mal alguno, cuando ellos esperaban que pronto se hincharía y caería en seguida muerto. Luego de esperar bastante tiempo, viendo que nada extraño se le notaba, mudaron de parecer y empezaron a decir que era un dios* (28, 3-6).

La reflexión primera de los isleños era absolutamente natural. Aquel prisionero se salva del mar y, apenas llega a tierra, le muerde una sierpe. Pues es, sin duda, un homicida, al cual la *Dike*—la justicia personificada—quiere infligirle la pena que merece. Permitió que escapara de las olas tan sólo para que tuviera un fin peor: corroído y abrasado por el veneno. Pero como no se realizó este decreto de la Justicia, los isleños sacaron de aquí la conclusión contraria: que aquello no era un hombre que pudiera morir ahogado o envenenado; ¡era un dios! Los licaonios de Listra habían formado este mismo juicio sobre Pablo (§ 343).

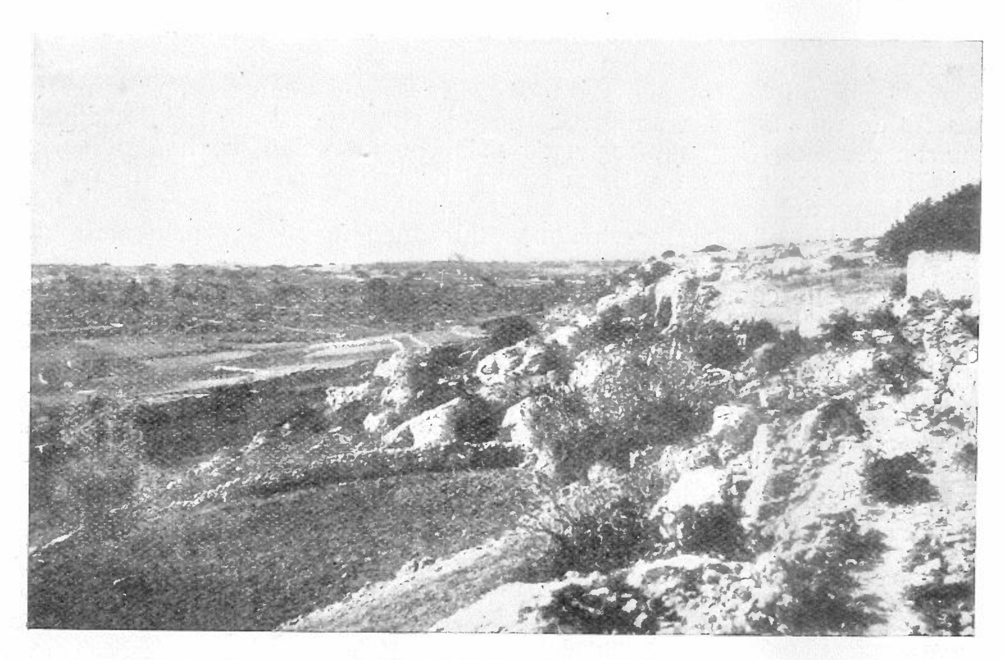


Fig. 130.—MALTA: ALREDEDORES DE CITTA VECCHIA CON RUINAS DE ANTIGUAS INSTALACIONES

593. En el relato griego de Lucas aparecen varios términos médicos, que no hace al caso señalar aquí; la descripción del testigo presencial es vívida, el cual, no sin miedo, descubre la víbora colgando de la mano de Pablo y el gesto tranquilo con que, sacudiéndosela, la vuelve al fuego.

Naturalmente, los racionalistas no creen en un hecho milagroso, y lo rechazan sin siquiera discutirlo; alguno ha objetado que hoy día en Malta no hay serpientes venenosas. La realidad es que la fauna de Malta hoy es pobrísima y está poco estudiada; otros han sostenido que hasta hace un siglo existían víboras; pero, sea cual fuere la realidad de hoy, no significa que hace veinte siglos fuera la misma. ¿Cuántos animales, sobre todo pequeños, han desaparecido en un tiempo mucho menor? (1). Los isleños, que eran expertos, esperaban ver a Pablo presa de las consecuencias del envenenamiento, y su experiencia vale más que las hipótesis tendenciosas de hoy.

594. Una vez calientes, los doscientos setenta y seis náufragos fueron recogidos, como nos ha dicho Lucas, en las casas de aquellos buenos isleños. Pero el episodio de la víbora causó efectos inmediatos, de manera que Pablo, con Lucas y Aristarco y tal vez con el centurión Julio y algún otro náufrago de mayor consideración, fueron recibidos en casa de Publio, que poseía tierras en aquella parte de la isla y era *el «principal» de la isla* (28, 7).

Este título de «principal» se ha encontrado en varias inscripciones de Malta (2), y designaba al representante «principal» de la autoridad romana que moraba en el lugar, puesto que la isla dependía del pretor de Sicilia; era un título de índole estrictamente romana, y no sería aventurado suponer que hay una continuación suya en el término de «principal» que el pueblo da todavía hoy, por ejemplo, en Roma al dueño de una tienda o taller. Es posible que la casa de Publio, donde fueron recibidos los náufragos de más consideración, se hallara cerca de Citta Vecchia. Esta antigua capital de la isla dista ocho kilómetros de la bahía del naufragio, y en sus proximidades se han encontrado algunas de las citadas inscripciones que mencionan al «principal» de la isla.

En aquella cómoda casa permanecieron los huéspedes tres días, tratados con amabilidad, que Pablo pagó inmediatamente en una ocasión que no podía dejar de atraer la atención del médico que narra. *El padre de Publio estaba postrado en el lecho, afligido por las fiebres y la disentería. Pablo se llegó a él y, orando, le impuso las manos y le sanó. A la vista de este suceso, todos los demás que en la isla padecían enfermedades, venían y eran curados* (28, 8-9). El término *fiebres*, en plural, alude a accesos intermitentes, y llevaría a pensar en la llamada

(1) Los malteses de hoy atribuyen a San Pablo la desaparición de las serpientes venenosas. Con todo respeto para esta opinión, puede pensarse que la desaparición obedece a la densidad de la población y a la escasez de fauna: la isla es una de las más pobladas del Mediterráneo, mientras que en ella sólo se conocen tres especies de serpientes, y es natural que la especie venenosa fuera la más perseguida en el pasado, hasta que desapareció por completo.

(2) *Corpus Inscr. Gr.*, III, 5.754; *Corp. Inscr. Lat.*, X, 7.495.

«fiebre de Malta»; pero no hay datos bastantes para un diagnóstico. El médico Lucas verifica el hecho, mas Pablo, haciendo uso del carisma de las «curaciones» (§ 216), cura al enfermo; inmediatamente después se ve forzado a emplear su carisma sobre otros muchos enfermos de la isla, que apenas tienen noticia de la curación, acuden al hombre de la víbora, que tan poderoso se ha mostrado sobre sí mismo y sobre los demás.

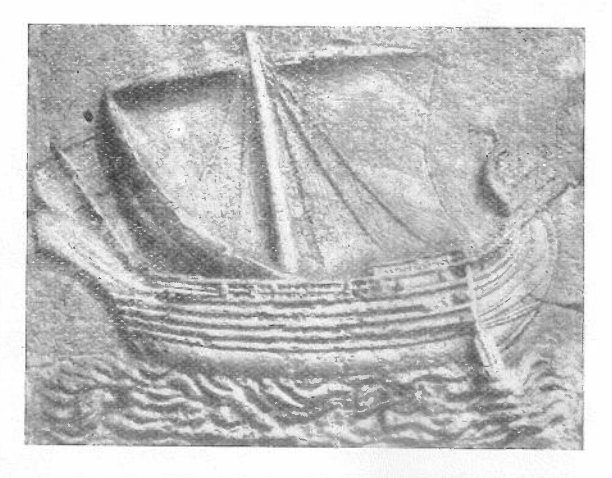


Fig. 131.—NAVE ROMANA CON LA VELA DESPLEGADA (la proa a la izquierda, lleva la bandera; hacia popa uno de los dos timones)
Beiruth: Museo (Foto Alinari)

Naturalmente, a semejantes bienhechores les trataron con toda deferencia. *Ellos, a su vez, nos honraron mucho, y, al partir, nos proveyeron de lo necesario* (ibíd., 10). Lo cual significa que les proveyeron de todo, porque todo lo habían perdido en el naufragio.

595. Esto, bajo el aspecto material. Bajo el aspecto espiritual, ¿cómo fueron las cosas? Pablo, al que le bastaba una parada de pocos días en un lugar para empezar a predicar a Cristo Jesús, ¿no habría hecho esto en Malta durante los tres meses que estuvo allí? Los *Hechos* no dicen nada a este respecto, y no tenemos noticias de ninguna otra fuente antigua; sin embargo, el silencio de Lucas no es nunca una negación, y es no sólo posible, sino probable que tras el paso de Pablo quedara en la isla una pequeña comunidad cristiana.

Apenas transcurrió lo más crudo del invierno, tuvo lugar la partida, esto es, en febrero del año 61. *Pasados tres meses embarcamos en una nave alejandrina que había invernado en la isla y llevaba por insignia los Dioscuros,* esto es, llevaba a proa la imagen de los númenes tutelares de los marineros, los dos Dioscuros: Castor y Polux. En verdad, la navegación comenzada generalmente un poco más tarde: a primeros de marzo; pero, tratándose de un trayecto breve, como el de Malta a la costa meridional de Italia, y tal vez aprovechando un mar tranquilo y un viento favorable, la nave de los Dioscuros quiso ganar tiempo y se arriesgó a la breve travesía.

Esta vez no hubo sorpresas, por esto el diario de viaje de Lucas se hace esquemático, como algunos pasajes del *Anabasis,* de Jenofonte, y de la *Guerra de Judea,* de Flavio Josefo (1). *Arribados a Siracusa, permanecimos allí tres días; de allí, costeando, llegamos a Regio, y un día después comenzó a soplar el Sur, con ayuda del cual llegamos al segundo día a Pozzuoli, donde encontramos hermanos que nos rogaron per-*

(1) Cf.: G. Ricciotti: *Flavio Giuseppe tradotto e commentato,* vol. I, *Introduzione,* págs. 69-71.

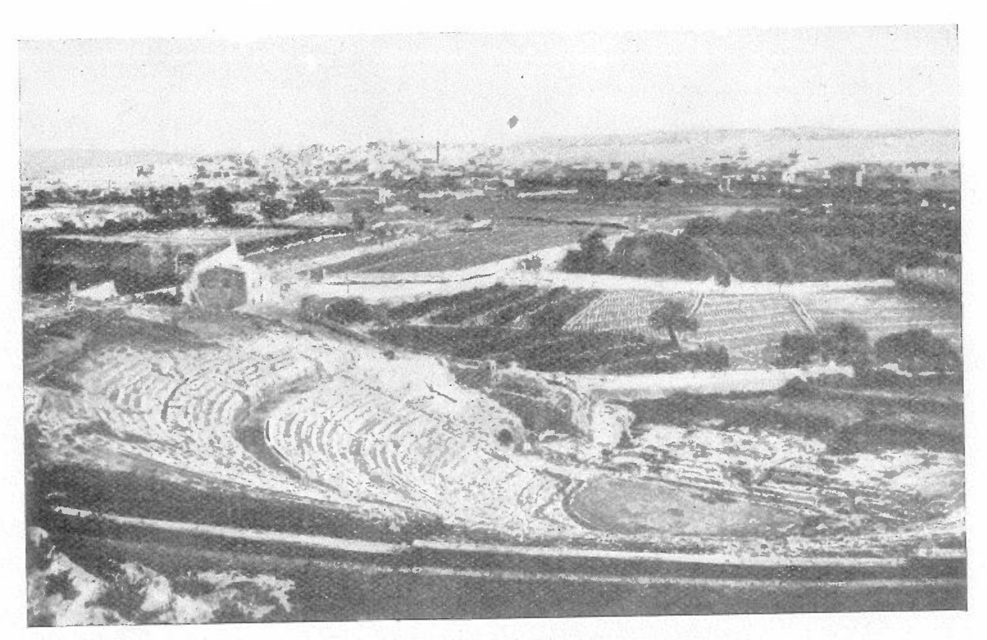


Fig. 132.—SIRACUSA Y SU TEATRO GRIEGO

manecer con ellos siete días (28, 12-14). En Pozzuoli dejaron la nave y el resto del viaje hasta Roma se hizo por tierra (1).

596. Es curioso que en Pozzuoli hallaran cristianos, pero su presencia allí se explica, como siempre, mediante la presencia de judíos; según una noticia de Flavio Josefo *(Guerra de Judea,* II), los judíos debían ser muchos y poderosos en Dicearchia (Pozzuoli), de donde se concluye que algunos de ellos, ya antes de la llegada de Pablo, se habían convertido al cristianismo. En los siete días que estuvieron allí, debido tal vez a razones de servicio que concernían a Julio y la escolta militar de los prisioneros, los cristianos de Pozzuoli se apresuraron a advertir por carta a los hermanos de Roma que Pablo acababa de llegar y estaba a punto de encaminarse hacia ellos, por esto algunos salieron de Roma para ir al encuentro del viajero en el camino, que no podía ser otro sino la vía Apia.

Estos representantes de la comunidad romana llegaron hasta *Tres Tabernas,* que era un lugar de descanso para los viajeros, recordado también por Cicerón *(ad Attic.,* 1, 13, 1; II, 10; 12), situado a treinta y tres millas de Roma, donde la vía Apia tenía una bifurcación que iba a Anzio; otros, en cambio, siguieron hasta el *Foro de Apio,* algunas millas más al Sur, que había sido fundado por Apio Claudio y que se había convertido en lugar de reunión de marineros, soldados y pícaros, como dice Horacio en su conocida descripción del lugar hecha después de su experiencia personal *(Sat.,* 1, 5, 2-4). El foro de Apio estaba en el

(1) Téngase presente que también Flavio Josefo desembarcó, después de su naufragio, en Pozzuoli (§ 584, nota).

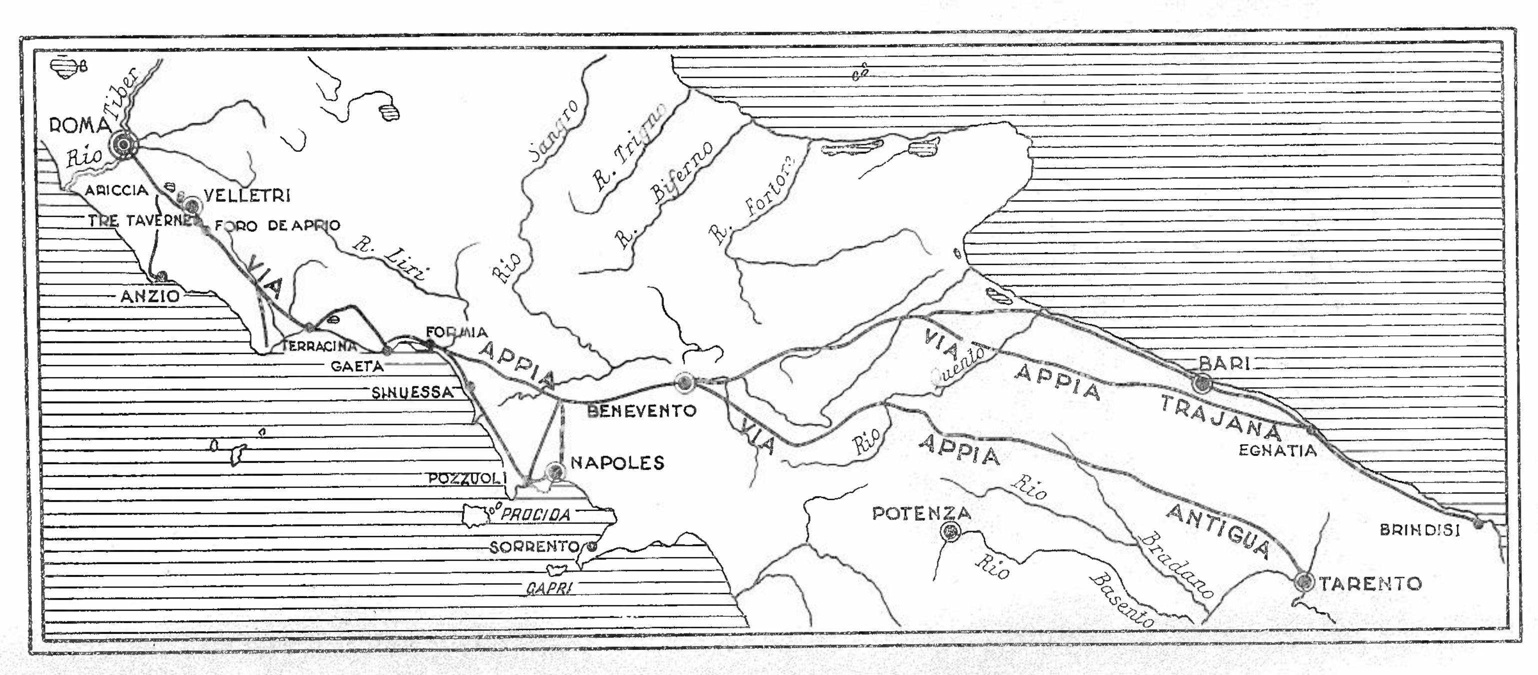


Fig. 133.—EL CAMINO RECORRIDO POR PABLO DESDE POZZUOLI HASTA ROMA, Y EL RESTO DE LA VIA APPIA

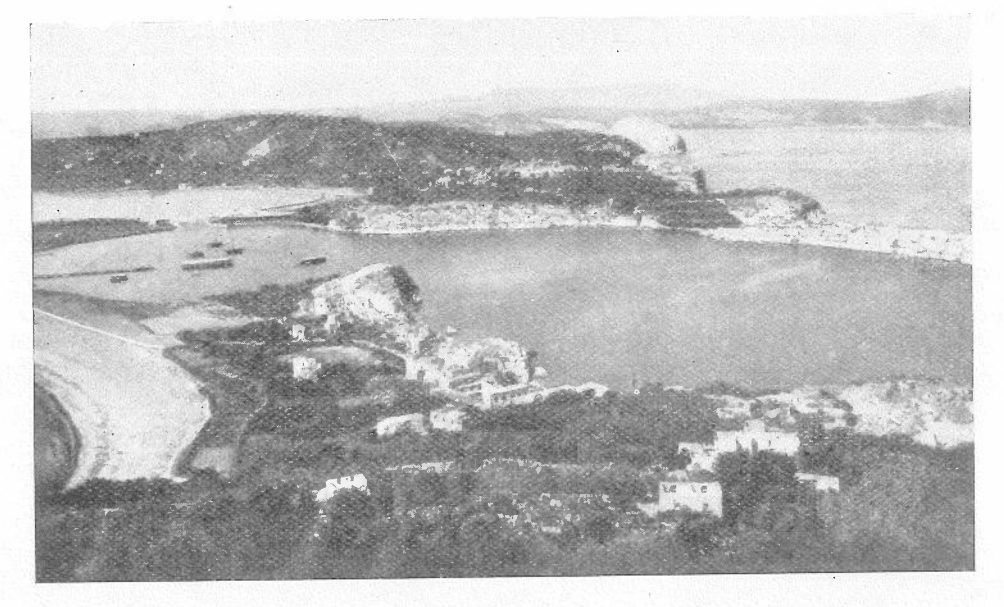


Fig. 134.—PANORAMA DEL CABO MISENO. AL FONDO, POZZUOLI

borde de las marismas Pontinias; desde allí comenzaba también el *decemnovium,* o sea, un pedazo de calzada rectilíneo a lo largo de diecinueve millas, a cuyo flanco corría un canal que llegaba hasta Terracina (Anxur) y que permitía a los viajeros ir embarcados en vez de seguir la calzada. Es probable que Pablo hiciese embarcado el trayecto de Terracina hasta el Foro de Apio. En Foro de Apio, y de nuevo en Tres Tabernas, tuvo lugar el encuentro con los cristianos de Roma, y *Pablo al verles dió gracias a Dios y cobró ánimo (Act.,* 28, 15).

Tras la parada en Tres Tabernas, la comitiva emprendió la subida de los Puertos Albanos, pasando por Velletri; la última parada, de las seis o siete que requirió el viaje desde Pozzuoli a Roma, fué probablemente en Ariccia (Horacio, ibíd.), situada a dieciséis millas de Roma. Pablo contempló por vez primera Roma desde lo alto de los Puertos Albanos.

597. Aquella Roma del año 61 estaba destinada a desaparecer casi toda ella por el incendio de Nerón, tres años más tarde; era una ciudad que había surgido a lo largo de los siglos, barrio por barrio, compacta, confusa, irregular. Salvo la mole del Palatino imperial, con el blancor del Foro a sus pies, poco debía discernirse desde lejos. Pero todo alrededor, por la campiña, corrían hacia ella una red finísima de hilos, procedentes de todas direcciones, con ansia de encontrarse en ella: eran los acueductos y los viaductos, que llevaban agua y gentes a la dominadora del mundo.

Tal vez Pablo, deteniéndose un momento a contemplar el panorama y reflexionando acerca de aquella red de acueductos y viaductos, pen-

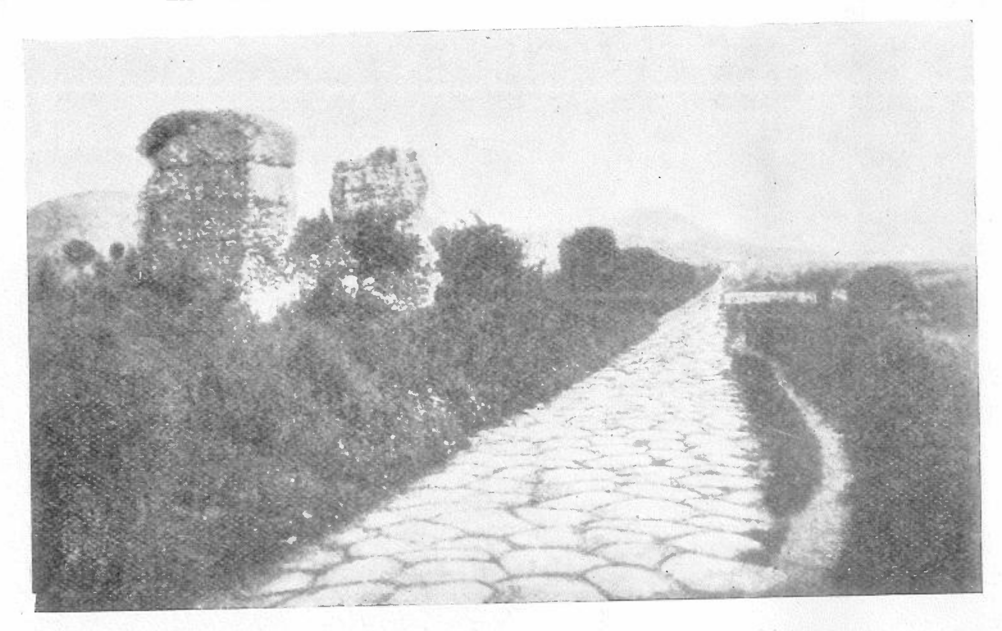


Fig. 135.—LA VIA APIA EN TERRACINA (ANXUR) CON LA ANTIGUA PAVIMENTACION ROMANA

só en el agua viva de que Jesús habló a la Samaritana (1) y en aquellas gentes que se dirigían a la casa del Dios de Israel, de las que habían hablado los antiguos profetas (§ 262), agua y gentes que hasta ahora llegaban a Roma en corta medida; y él había deseado tanto llegar a Roma precisamente para envolver aquella ciudad fatal en otra red de hilos inmateriales. El agua de la Samaritana había de tener su fuente perenne en Roma, y de allí se distribuiría hasta las regiones más distantes; las gentes se dirigirían ahora no a la montaña de Sión, sino a la ciudad que tenía siete colinas, como las siete lámparas del candelabro áureo del Templo de Jerusalén. Esta visión futura del prisionero que llegaba a Roma encadenado era una insensatez, y él lo sabía perfectamente, pero precisamente porque era una insensatez, Pablo tenía tan inquebrantable fe en ella (§ 419). Por lo demás, en Pablo contribuía otro recuerdo a sostener esta fe; lo mismo que él contemplaba ahora Roma desde los Albanos, así, hacía treinta años, Jesús había contemplado Jerusalén desde el monte de los Olivos, unos días antes de su muerte (2); si Jesús lloró entonces, su apóstol ahora se sonreía, pero el llanto antiguo del maestro justificaba la sonrisa del discípulo.

598. Al descender de los Albanos por la vía Apia, Pablo entró en Roma por la puerta Capena, que correspondía casi a la actual puerta de San Sebastián. Una vez en la ciudad, el centurión Julio consignó a Pablo y a los demás presos al oficial destinado a recibirlos.

Según algunos pocos manuscritos, este oficial debió ser un «coman-

(1) Cf.: *Vida de Jesucristo*, § 294.
(2) Cf.: *Vida de Jesucristo*, § 507.



Fig. 136.—LA ANTIGUA RED DE ACUEDUCTOS Y VIADUCTOS ENTRE ROMA Y LOS PUERTOS ALBANOS. VISTA AEREA



Fig. 137.—LA VIA CONSULAR EN LAS COLINAS ALBANAS

dante de campamento» (στρατοπεδάρχη), título que corresponde al *praefectus castrorum* de los romanos; pero ¿cuál era el campamento o *castra* a que se alude aquí? Se ha pensado en el campamento de los *milites peregrini* o *castra peregrinorum,* situado entre el Celio y el Palatino y destinado a recibir a los soldados de paso y a otros servicios de policía; y esto no es imposible, aun cuando no tengamos noticias seguras de estos *castra peregrinorum* hasta el siglo III. De todos modos, aun cuando Pablo fuera conducido a este campo, donde tal vez debían alojarse Julio y los soldados de su escolta, inmediatamente fué trasladado al campamento principal de los pretorianos, esto es, el Castro Pretorio, como se llama todavía hoy el lugar en la vía Nomentana; allí fué consignado al *praefectus castrorum,* que mandaba el campamento por delegación del prefecto del pretorio.

Era entonces prefecto del pretorio Afranio Burro, amigo de Séneca, y, como él, filósofo estoico y ya preceptor del joven Nerón. Burro, o su sustituto, debió recibir de manos de Julio a Pablo, y, con él, las informaciones oficiales que se relacionaban con su proceso; mas como el *elogium* redactado por Porcio Festo (§ 572) casi con seguridad acabó en el fondo del mar durante el naufragio, por el momento no cabía sino atenerse a la presentación verbal que del prisionero hizo el centurión. Sin duda debió ser óptima, conforme a los sentimientos que en más de una ocasión le había demostrado el buen Julio a lo largo del viaje; óptimo, pues, fué también el resultado de la presentación.

599. *Cuando entramos en Roma permitieron a Pablo morar en casa propia, con un soldado que tenía el encargo de guardarle* (28, 16). Esto significa que en vez de permanecer encerrado dentro del Castro Pretorio, Pablo fué sometido a una *custodia militaris* de las más benig-

nas (§ 561): podía residir en cualquier casa particular, pero si salía debía llevar siempre junto a sí el soldado al que estaba ligado por una cadena. Pablo, en efecto, alquiló una casa particular, que seguramente le aconsejaron los cristianos de Roma, y allí recibía libremente a cuantos venían a él, predicando el Evangelio y hablando de Jesucristo *con toda libertad y sin obstáculo* (28, 31). No tenemos la menor noticia de dónde estuviera esta casa particular; las tradiciones la colocan en Santa María en vía Lata, junto al actual Corso Umberto, o en San Pablo della Regola, junto a la actual Sinagoga, o en otro lugar; pero son tradiciones tardías y carentes de fundamento (1). Más bien habrá que pensar, suposición tan sólo, en una casa próxima al Castro Pretorio.

600. Apenas se instaló en aquella casa, Pablo empezó a actuar; antes de nada, deseaba aclarar su posición frente a los judíos de Roma, que eran numerosos y poderosos, y que contaban, además, con protectores en la corte imperial (2). Por esto, tres días después, hacía advertir a los principales de la colonia judía que les recibiría con mucho gusto, porque recién llegado de Judea, deseaba presentarse a ellos. Ciertamente, algunos de aquellos principales ya habían oído hablar de Pablo como de un innovador extraño, pero sin tener una idea muy clara de lo que pudiera ser; por tanto, aceptaron la invitación para juzgar por sí mismos.

Cuando llegaron, Pablo se presentó a ellos encadenado al soldado que le vigilaba; al hablar quiso, ante todo, poner de manifiesto que no tenía la menor hostilidad hacia la nación común, ni había venido a acusarla; encarcelado sin motivo alguno en Jerusalén, había sido enviado a los romanos, los cuales le hubieran querido libertar, hallándole inocente; pero como los judíos de Palestina habían protestado, se había visto obligado a apelar al César, y por esto le habían enviado a Roma; *por esto he querido veros y hablaros. Sólo por la esperanza de Israel llevo estas cadenas* (28, 20).

601. La presentación que Pablo había hecho de sí mismo era un poco general, de intento; una primera entrevista no era el momento oportuno para una discusión doctrinal a fondo. La contestación de los judíos fué igualmente vaga y ponderada, y no carente de delicadeza; dijeron que hasta entonces no habían recibido de Judea información alguna escrita con respecto a Pablo, y ni siquiera había llegado nadie que hubiera hablado mal de él; sería, pues, conveniente que él mismo, en un día señalado, hiciera una amplia exposición de su pensamiento, puesto que era conocido que la «secta» αἱρέσεως) a que él pertenecía hallaba hostilidades en todas partes (ibíd., 21-22).

Por esta contestación se sabe, accidentalmente, que era intensa la correspondencia epistolar entre las autoridades judías de Jerusalén y lo colonia de Roma (como por lo demás sucedía con todas las colonias de la Diáspora). Los convocados casi se asombran de no haber recibido

(1) Cf.: O. Marucchi: *Pietro e Paolo a Roma*, 4.ª ed. citata, p. 140-50; C. Cecchelli: *Gli Apostoli a Roma*, Roma 1938, p. 21-22.
(2) Cf.: *Historia de Israel*, § 195 sigs.

del Sanedrín información alguna con respecto a Pablo; se sabe también por ella que los judíos de Roma conocían bien el cristianismo, y para ellos era cosa sabida que, en general, en toda la Diáspora encontraba una oposición perpetua. En cambio, no aluden, por cortesía, al cristianismo de Roma, aun cuando la expulsión de los judíos de Roma, ordenada un decenio antes por Claudio (§ 157), fué motivada por tumultos sucedidos a causa de «Cresto», y se debió casi seguramente a tumultos de los judíos contra los «Crestianos», esto es, los cristianos (1).

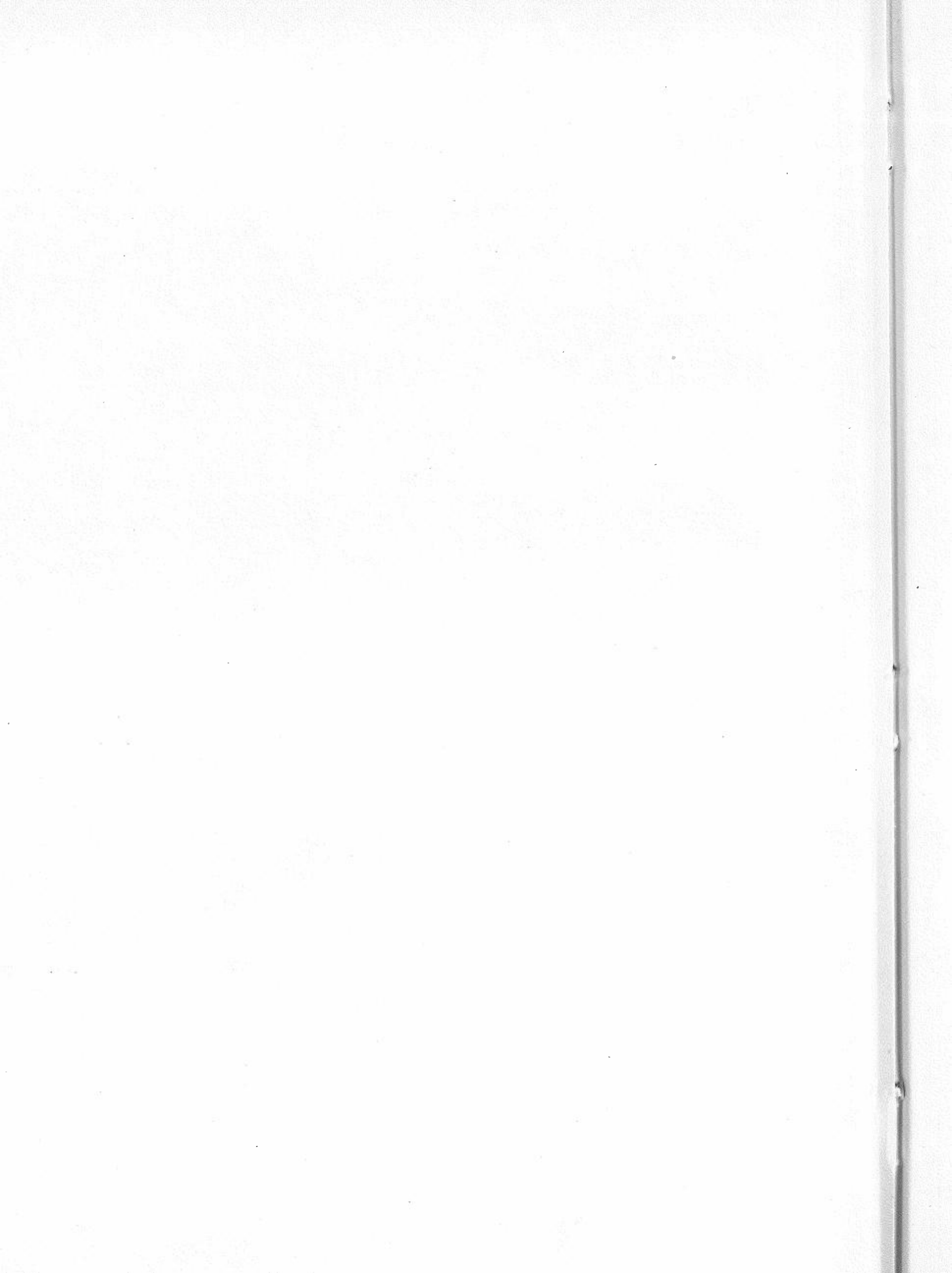
602. El día señalado, los judíos acudieron aún en mayor número para tomar parte en la discusión con Pablo, celebrada en su morada: y Pablo les *expuso la doctrina del reino de Dios, y desde la mañana hasta la noche los persuadía de la verdad de Jesús, por la Ley de Moisés y por los Profetas. Unos creyeron lo que les decía, otros rehusaron creer. No habiendo acuerdo entre ellos, se separaron, y Pablo les dijo estas palabras: «Bien habló el Espíritu Santo por el profeta Isaías a nuestros padres, diciendo...»* Aquí viene el pasaje de *Isaías,* 6, 9-10, citado según los Setenta, en el cual el profeta, en nombre de Dios, echa en cara a Israel su obstinación. Como discutimos ya en otro lugar, el verdadero sentido de esta cita, ya mencionada por Jesús, véase cuanto allí dijimos (2).

A la cita del profeta, Pablo añadió una frase final que tiene también un tono profético: *Sabed, pues, que esta salud de Dios ha sido ya comunicada a los gentiles, y éstos oirán* (28, 23-28).

En aquella discusión, inconscientemente, se había puesto en juego la suerte de Roma. Los judíos rehusaron ser ciudadanos *di quella Roma onde Cristo è Romano* (*Purgatorio,* 32, 102); por consiguiente, la misma ciudadanía se ofreció a los paganos, que se apresuraron a aceptarla. invitados a trasladarse de la colina de Sión a la del Campidoglio, los judíos aquéllos rechazaron la oferta; pero sucedió, en cambio, que el Campidoglio fué ocupado por los paganos que habían sido enviados allí, los cuales demolieron el templo de su Júpiter y alzaron una cruz, mientras en la colina de Sión se hundió para siempre el Templo único del Dios Jahvé, y se elevó la Media luna.

---

(1) Cf.: *Vida de Jesucristo,* § 92.
(2) Cf.: *Vida de Jesucristo,* § 363-364.



PRIMERA PRISION ROMANA

603. Cuenta el Dante que, después de haber visitado el Purgatorio, al llegar al Paraíso terrenal, se volvió un momento para hacer a Virgilio una de sus preguntas acostumbradas; pero inesperadamente se encontró con que no estaba ya a su lado: el fiel maestro había desaparecido de repente. Mas, por fortuna, Beatriz bajaba del cielo en aquel momento para sustituir en sus funciones a Virgilio, puesto que el poeta pagano no podía entrar en el paraíso para guiar por él al poeta cristiano. De manera que, en definitiva, Dante salió ganancioso, y Beatriz secó bien pronto las lágrimas derramadas por la desaparición de Virgilio.

Nosotros somos mucho más desgraciados que Dante. En este punto del relato, nuestro fiel guía, Lucas, desaparece de un modo no menos brusco que Virgilio, pero del cielo no baja ninguna Beatriz que le sustituya; henos, pues, abandonados, no ya en un paraíso terrenal, sino en una landa casi desierta, puesto que de ahora en adelante no tendremos como guías más que escritos doctrinales escasísimos en noticias históricas.

Vimos cómo Lucas, después de haber empleado 21 versículos en referir tan sólo los primeros días de la estancia de Pablo en Roma, resume en veinte palabras todo el bienio restante de la permanencia subsiguiente en la ciudad, sin hacer la menor alusión al proceso celebrado ante el tribunal del Emperador, si bien este proceso debería ser la conclusión natural de los últimos capítulos del libro: nos atrevimos, en su lugar, a proponer una explicación de este hecho curioso, y del corte final de todo el relato (§§ 118-119). Creemos que el proceso concluyó a comienzos del 63 con una sentencia absolutoria.

La interminable espera de la sentencia pudo tener más de una causa: una de ellas sería el dar tiempo a los acusadores de Judea a que se presentaran en Roma para mantener su acusación; otra, la espera de un nuevo informe escrito sobre Pablo, pedido al procurador de Judea, puesto que casi con seguridad el *elogium* confiado al centurión Julio se debió perder en el naufragio de Malta (§ 598). La absolución se debió, sin duda, a varias razones: primera de todas, la inocencia efectiva del condenado, aun con respecto a la ley romana, todavía no adversa al cristinismo; después, a los informes dados sobre el acusado por las autoridades romanas, tanto el informe oral del centurión Julio, como el es-

crito enviado por duplicado de Judea, y finalmente a la razón más que probable de que los acusadores de Judea no comparecieron en Roma (§ 116, 570), y por esto al proceso le faltó la causa principal, dado que los demás elementos todos eran favorables al acusado: el conjunto de estas razones sólo podía tener por resultado una absolución.

De este modo, en los primeros meses del año 63, Pablo reconquistó su libertad plena al cabo de cinco años de *custodia militaris,* y volvió a pensar en sus antiguos proyectos de evangelizar Occidente; pero durante el bienio de su estancia en Roma no había permanecido inactivo, y nos compete a nosotros ahora investigar—en la medida de lo posible—esta actuación suya con respecto a Roma y a los lugares alejados de Roma.

604. El estado de *custodia militaris,* si bien muy atenuado, debía impedir a Pablo dos cosas principales, entre muchas secundarias: el trabajo manual y las discusiones públicas en las sinagogas y otros lugares. Vimos en varias ocasiones que a Pablo le importaba mucho su independencia económica, y poder comer el pan que le procurase el trabajo de sus manos: sin embargo, no era esclavo de esta norma suya corriente, y si la Providencia lo disponía de otro modo, era capaz de humillarse a recibir socorros materiales y de dejarse mantener por otros. Así sucedió en Roma.

En aquella inmensa colmena humana, formada por casi dos millones de personas de todas las razas y condición, apenas un tercio vivía de sus propios medios; la mayoría nada poseía y vivía apoyándose de un modo o de otro sobre los pudientes: por una parte estaban los antiguos patricios y los nuevos ricos; por otra, los *clientes* con los proletarios y los esclavos. Pablo se convirtió en un *cliens* de la caridad cristiana; los gastos que ocasionaba el alquiler de su posada, y su propio mantenimiento, al principio, corrieron a cargo de los hermanos de Roma, que le admiraban y le querían ya desde que habían recibido la carta que les envió; más tarde proveyeron a ellos los hermanos de las comunidades de Oriente que él había fundado, los cuales, apenas supieron la larga detención sufrida por su amadísimo maestro, se apresuraron a enviarle socorros: los primeros fueron los filipenses (*Filip.*, 2, 25; 4, 14 siguientes) y entre los filipenses fué, sin duda, la primera la buena Lidia de siempre (§ 382-383).

605. Asegurada de este modo la vida material, Pablo se prodigó con más ardor que nunca en la espiritual. Su primer intento lo hizo también en Roma entre los judíos, como en otras partes, y el resultado de la reunión celebrada en casa de Pablo fué menos que mediocre (§ 602). Pero él no podía ahora frecuentar sus sinagogas del Trastevere o de otros barrios, arrastrándose tras el pretoriano de guardia, al que le ligaba una misma cadena; por esto intentaría actuar sobre sus connacionales mediante otras reuniones celebradas en su casa; pero al darse cuenta de que eran irreductibles se separaría de ellos, poco a poco, para dirigirse a los paganos.

Esto contribuyó a profundizar el corte que existía en Roma entre el judaísmo y el cristianismo; la separación no dejaba de producir envidia

en los judíos hacia los cristianos, que crecían por momentos en número y en poder, y en la primera ocasión la envidia se desahogó en acusaciones bien precisas. De hecho, treinta años más tarde, Clemente Romano (*I Cor.*, 5, 2-5) atribuye la muerte de Pedro y de Pablo a *celo y envidia*, y más exactamente, a *celo inicuo* el martirio de Pedro, y a *celo y contención* el de Pablo; no dice, en realidad, cuál era la fuente de este celo, envidia y contención; pero como inmediatamente después describe la persecución de Nerón, promovida tras del incendio del 64 (§ 118), la fuente que se ofrece primera a la investigación del historiador es el judaísmo romano, que corresponde en todo a las circunstancias coetáneas. Esta rivalidad era la última consecuencia de la repulsa del judaísmo local ante la aceptación de la ciudadanía *di quella Roma onde Cristo è Romano.*

606. Después de los judíos incrédulos, Pablo debió ocuparse de los judíos creyentes. En tiempo de su prisión, la comunidad de Roma contaba seguramente con más ex paganos que ex judíos (§ 513); por otra parte, no tenemos el menor indicio, ni siquiera en la carta a los *Romanos*, de que existiera un verdadero peligro doctrinal por parte de los judaizantes, y de que Pablo hubiera de polemizar con ellos. Mas he aquí que sucede un hecho extraño: la actividad incesante del encadenado Pablo convierte su morada bien pronto en el centro espiritual del cristianismo romano, y como una saludable epidemia induce a otros muchos a que le imiten en la difusión de la Buena Nueva; ahora bien, entre estos nuevos predicadores hay algunos—como dice Pablo—que *predican a Cristo por espíritu de envidia y competencia* (*Fil.*, 1, 15); éstos, no se ocupan tanto de la difusión de la Buena Nueva, cuanto de disgustar a Pablo, elevando frente a él un contraltar: *otros, por competencia, predican a Cristo, no con santa intención, pensando añadir tribulación a mis cadenas* (ibíd., 17). ¿Quiénes son estos predicadores mal intencionados?

Se habrá notado que las expresiones de Pablo, envidia, competencia, son las que ya señalamos como empleadas por Clemente cuando trataba del ambiente romano: no es que en ambos casos se refieran a las mismas personas, pero pueden muy bien referirse a una disposición de espíritu habitual en determinada clase de personas. Es la clase del judaísmo romano: Clemente alude a los judíos incrédulos, y Pablo, a algunos de entre los judíos creyentes. Estos, aun cuando cristianos, veían con pesar la rápida preponderancia alcanzada por Pablo dentro de la comunidad, y no podían tolerarla. No admitían que aquel revolucionario nómada, después de haberse enfrentado con Pedro en Antioquía, y haber causado toda serie de molestias a Santiago «hermano» del Señor, y a la comunidad-madre de Jerusalén, viniese también a Roma como si fuera el amo, congregando en torno suyo a toda la comunidad. Se propusieron, pues, demostrar con hechos que se podía muy bien ser difusor de la Buena Nueva sin depender de él. ¿Es que sin Pablo se acabaría la fe en Cristo?

607. Estas envidias humanas, en parte nacionalistas y en general mezquinas, no causaron la menor impresión sobre Pablo. Por ellas se

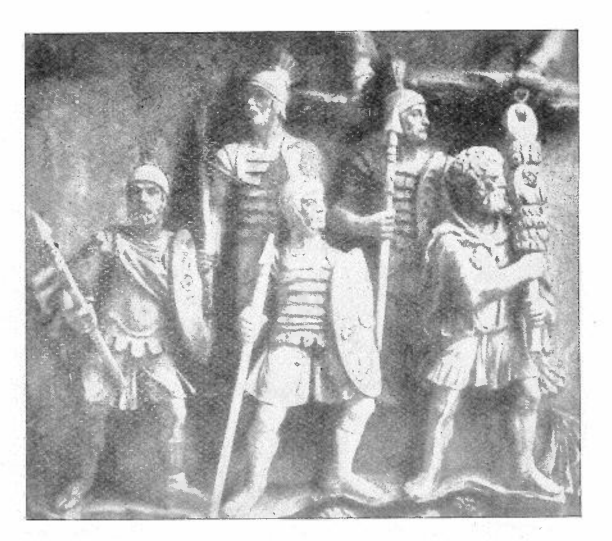


Fig. 138.—PRETORIANOS ROMANOS
Ruinas de la Columna Antoniana en Roma

difundía más la Buena Nueva, y esto, dejando a un lado la intención, le bastaba al prisionero de Cristo. El cual, por ello, contestaba con toda sencillez: *Pero ¿qué importa? De cualquier manera, sea hipócrita, sea sinceramente que Cristo sea anunciado, yo me alegro de ello y me alegraré* (ibíd, 18). Y tanto más se consolaba con esto cuanto que junto a tales predicadores por despecho habían salido, gracias a su buen ejemplo, otros predicadores *con buena intención* (ibíd., 15) que obraban *por caridad, sabiendo que estoy puesto para la defensa del Evangelio* (ib. 16).

Personalmente, Pablo predicaba a Cristo a cuantos caían dentro de su radio de acción: por esto, en primer lugar, a los pretorianos que le guardaban. ¿Cómo no? ¿Acaso estos soldados no eran también almas redimidas por Cristo, y no valían a los ojos de Cristo tanto como el Emperador de Roma o el sumo sacerdote de Jerusalén? Cada pocos días Pablo tenía a su lado un soldado nuevo que, procedente del Castro Pretorio y recibiendo la consigna del otro soldado que acababa la guardia, se ataba a la muñeca la cadena que le unía a Pablo, y se disponía a permanecer ligado a él durante unos días: a veces, podía ser un italiano cisalpino; otras, un nativo de Pannonia, o de Norico, o de Macedonia, o de Galacia, según el turno de servicio. Con la proximidad continua Pablo tenía ocasión de afirmar la «catolicidad» del mensaje de Cristo, y procuraba actuar sobre su compañero presente y paciente, atrayéndole a Cristo. Actuaría con palabras y con su ejemplo, con intención y sin ella, con éxito y con fracaso. En las conversaciones de Pablo con sus visitantes, el pretoriano de guardia asistiría, sin duda, a interminables discusiones sobre la Ley y sobre la gracia; sobre Moisés, y sobre Cristo; tal vez habrá cabeceado soñoliento, o tal vez escucharía con curiosidad.

608. Entre una visita y otra, Pablo pediría al pretoriano noticias de su país, que tal vez habría recorrido él; de su familia; de su religión, y entonces, bajo el rudo soldado, aparecía el hombre, que se enternecía con los recuerdos lejanos, y revivía un momento de su adolescencia para aquel prisionero desconocido, tan comprensivo y tan tierno. Además, el pretoriano, por viciado o bruto que fuera, admiraría en su prisionero a un valiente, de costumbres tan puras, que difícilmente se hallarían entonces en Roma, ni siquiera en una muchachita de dieciocho años; tan lleno de premura hacia los demás, olvidado de sí mismo, generoso.

¿Qué especie de hombre era éste? Sin duda era muy distinto de

aquellos hombres del Castro Pretorio y del Palatino, que mandaban sobre Roma y sobre el mundo entero. ¿Y por qué llevaba una vida tan singular, de la que al pretoriano no le pasaba nada desapercibido ni de día ni de noche? De aquí las preguntas del pretoriano curioso, a las que el prisionero respondía hablando de un tal Cristo que había sido tan pobre como el pretoriano en su casa, y, sin embargo, era más poderoso que el Prefecto del Pretorio y el Emperador del Palatino. Muchas veces el diálogo era un simple cambio de palabras; otras muchas, era la captación de un alma. Misterios de la gracia de Cristo.

609. Es evidente que al prolongarse durante muchos meses esta vida en común, se vieron los efectos sorprendentes: la captación de las almas, aquellas almas escondidas bajo la envoltura de soldados viciosos y embrutecidos, fué mucho mayor que los simples cambios de palabras. Escribiendo a los filipenses, Pablo podía darles esta buena noticia: *Y quiero que sepáis, hermanos, que mi situación ha contribuído al progreso del Evangelio, de manera que en todo el Pretorio y fuera de él, es notorio cómo llevo mis cadenas por Cristo, y la mayor parte de los hermanos en Cristo, alentados por mis cadenas, sienten más ánimos para hablar sin temor la palabra de Dios* (*Filip.*, I, 12-14).

El Pretorio a que alude Pablo no es tanto el campamento material del Castro Pretorio (§ 598), cuanto los 12.000 pretorianos allí acuartelados, que se turnaban para venir a hacer su guardia; al cabo de algunos meses de esta proximidad, en todo el Pretorio, más o menos, se sabía quién era Pablo y cómo estaba encadenado por Cristo. Ciertamente, no pretende Pablo decir que todos los pretorianos eran ya cristianos, o estaban dispuestos a serlo, tan sólo afirma que su persona y su causa eran notorias entre aquellos soldados, y que esta notoriedad no iba en descrédito, sino más bien en beneficio del Evangelio; por tanto, aun entre muchísimos hostiles o indiferentes, habrá habido algunos amigos y algunos ya conquistados. Además, en relación con esta penetración moral en el Pretorio nos hace saber que su ejemplo ha producido la saludable epidemia que ya conocemos, induciendo a muchos hermanos a imitarle, los unos con buena intención, los otros con envidia (§ 606).

610. Hay en las palabras dirigidas a los filipenses otra alusión de Pablo, preciosa, pero demasiado oscura: *Os saludan todos los santos* (los cristianos de Roma) *y principalmente los de la casa del César* (*Filipenses*, 4, 22). No hay duda de que la *casa del César* aquí aludida es el palacio imperial del Palatino, donde existían cristianos cuando Pablo podía escribir estas palabras, o sea, entre el 62 y el 63; pero no es posible decir cuántos, ni quiénes eran. Y ni siquiera puede presumirse que estos cristianos del Palatino fueran todos conquistas personales de Pablo, porque de un examen de la larga lista de saludos con que termina la carta a los *Romanos* (§ 523) se deduce que algunos de los cristianos allí mencionados ya estaban en relación con la casa del César aun antes de la llegada de Pablo a Roma: sin embargo, no está excluído que Pablo, personalmente, acrecentara este número.

Según una noticia de Clemente de Alejandría (1) fueron algunos «caballeros de César» los que invitaron a Marcos a que escribiera la catequesis de Pedro que ellos habían escuchado, y aceptando esta invitación Marcos escribió el II evangelio precisamente en aquel tiempo. Es muy probable que los cristianos de la casa del César recordados por Pablo fueran tan sólo esclavos o libertos, puesto que en Roma, como en otras partes, el cristianismo hizo sus primeras conquistas en las clases inferiores de la sociedad. Sólo más tarde se atestiguan los primeros cristianos de alto rango social en Roma, bajo los Flavios. En los tiempos anteriores, bajo Nerón, presumimos con bastante certeza, que era cristiana Pomponia Grecina, *insignis femina,* y mujer del cónsul Plauzio, que, al decir de Tácito (*Annal.* XIII, 32) fué sospechada de «superstición extranjera»; pero sometida a un tribunal de familia fué declarada inocente; sin embargo, esto sucedió el año 58, y, por tanto, antes de la llegada de Pablo.

611. También se consideran como cristianos otros patricios romanos (y alguno de ellos aparece junto a Pablo en la conocidísima novela *Quo Vadis*), pero más que por pruebas históricas, por una posibilidad evidente. Recordemos (§ 53) la correspondencia epistolar entre Séneca y Pablo; sin duda es una tardía falsificación, debida a las semejanzas superficiales entre el estoicismo y el cristianismo y a la permanencia coetánea en Roma del filósofo y el apóstol; es, en efecto, muy posible que se encontraran y se hablasen (téngase, además, presente que Pablo había conocido al hermano de Séneca, Galión, que entonces estaba en Roma; § 446 sigs.); pero no parece que hubo una influencia verdadera del apóstol sobre el filósofo. De todos modos, siempre resulta posible, y aun probable, que Pablo extendiera su actividad también por la clase patricia; podía salir de su casa y hacer visitas, aun cuando acompañado del pretoriano de guardia, y por esto podía tomar parte en reuniones de hermanos, que en los primeros tiempos del cristianismo romano se celebraban en las casas patricias que algunas neófitas fervientes cedían para tal fin.

Los compañeros habituales de Pablo—que conocemos—en esta su prisión, son sus antiguos colaboradores, alguno de los cuales vino ex profeso a Roma desde una región lejana. Además de los compañeros de navegación y de naufragio, Lucas y Aristarco (§ 577), nos encontramos gratamente sorprendidos con la presencia junto a él de Marcos, el primo de Bernabé (*Colos.*, 4, 10; *Filem.*, 24), lo cual demuestra que las antiguas diferencias (§ 370) se habían disipado sin dejar rastro; precisamente, en esta estancia en Roma, Marcos escribe su evangelio (§ 610). No faltan a la reunión de los fieles Timoteo (*Filip.*, I, 1; *Colos.*, I, 1), y aquel Tiquico (*Efes.*, 6, 21; *Colos.*, 4, 7) que había acompañado a Pablo durante una parte de su viaje (§ 525). Se nombra tan sólo a un «Jesús, llamado Justo», del que sólo sabemos que era de raza judía (*Colos.*, 4, 11), y un Dema que, al parecer no era judío (*Colos.*, 4, 14; *Filem.*, 24); este último abandonó más tarde a Pablo retirándose a Tesalónica *por amor de este siglo* (*II Tim.*, 4, 10): probablemente fué un apóstata.

(1) *Hypotyp ad I Petri,* 5; cf.: *Vida de Jesucristo,* § 130.

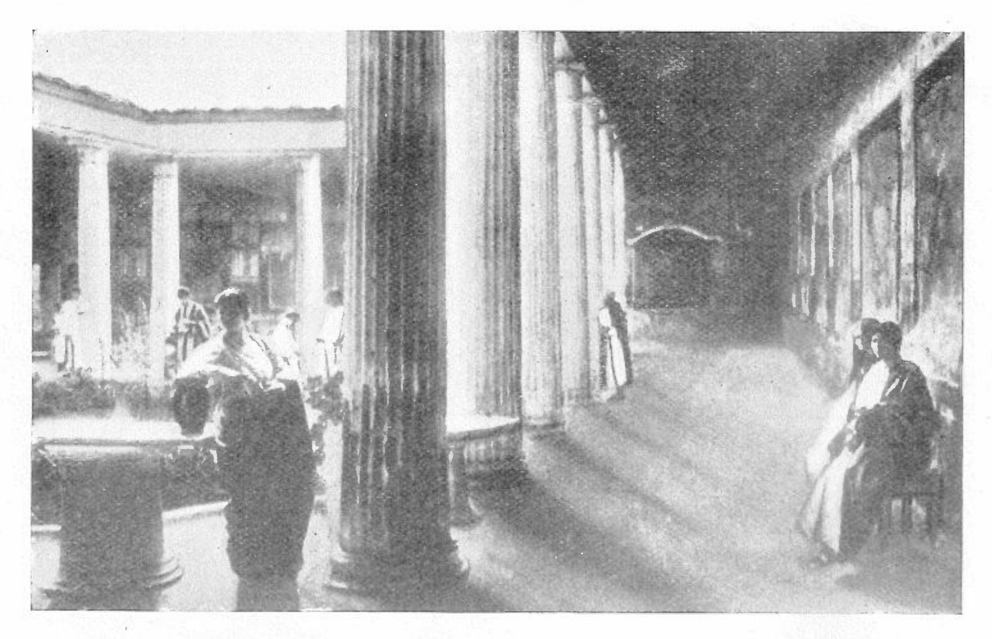


Fig. 139.—REUNION DE CRISTIANOS EN UNA CASA PATRICIA DE ROMA PARA LA CELEBRACION DE LA LITURGIA
(Reconstrucción escénica a cargo de los «Amigos de las catacumbas)

Para visitar al prisionero vinieron Epafrodito de Filipos (§ 384) y Epafra de Colosos (§ 461), de los que volveremos a hablar.

612. Estas personas aparecen mencionadas ocasionalmente, pero, sin duda, todos ellos fueron los que asistieron a Pablo en su prisión. Además, más que asistentes para consolarle, debieron ser considerados como colaboradores de apostolado, porque Pablo no era ciertamente hombre que mendigase compasión o conmiseración: en su fervor evangélico tenía necesidad de colaboradores para llegar en Roma allí donde sus cadenas se lo impedían, así como a los visitantes que llegaban a traerle el testimonio afectuoso de comunidades lejanas, les encargaba varias cosas en sus viajes de vuelta, siempre con fines apostólicos. Para él *la vida* (era) *Cristo* (*Filip.*, I, 21), y quien estaba junto a él, o el que se acercaba a él se veía envuelto en esta vida: quien, por el contrario, señalaba a su propia vida otra meta, acababa por abandonarle, como hizo Dema.

Pero su visión perenne de Cristo no le apartaba de la vida práctica, sino que, por el contrario, le dirigía y le inspiraba en los acontecimientos más humildes y vulgares. Tenemos un caso típico que nos ha sido conservado providencialmente.

613. La carta a Filemón.—Un día, cuando Pablo llevaba prisionero muchos meses, se presentó en su posada un hombre de aspecto extraño: vestía pobremente al modo oriental, parecía un esclavo como tantos otros que visitaban a Pablo; hablaba mal el griego, y con el particular acento de los frigios; además, tenía un aspecto recatado, som-

brío, como si temiera a quienes veía. Recibido en el interior de la casa, tuvo casi un sobresalto al hallarse frente el pretoriano que hacía la guardia a Pablo, y que en aquel momento, porque estaban en un lugar cerrado, había desatado la cadena que le unía al prisionero. Pablo, a las primeras palabras, comprendió el embarazo del visitante, y lo condujo a otra estancia para que le hablase sin testigos, con franqueza. No se ha referido textualmente cuanto ambos se dijeron en aquella ocasión, pero puede deducirse fácilmente por el resultado del coloquio. (Que los críticos noveleros, que se permiten tantas reconstrucciones contrarias a los documentos, me permitan esta pequeña reconstrucción, que se basa en un escrito auténtico del principal interlocutor.)

Pablo, al visitante:

—¿Quién eres? ¿Cómo te llamas?

—Mi nombre es Onésimo.

Pablo sonríe paternalmente:

—Entonces, ¿eres un esclavo?

«Onésimo» significa en griego «Provechoso», y a los esclavos se les ponían muchas veces estos nombres expresivos, como hoy día a los perros se les llama, a veces, «Fiel», etc.

—Sí, soy esclavo, y pertenezco a un hombre que tú conoces. Soy frigio, estoy en Colosos, y mi amo es Filemón, a quien tú convertiste a tu religión (§ 461).

—Le conozco muy bien y me quiere bastante. ¿Me traes alguna carta suya? ¿Te ha enviado él a mí?

—¡No! Todo lo contrario... Me he escapado de su casa... porque... porque he robado... Reconozco que fué un momento de locura, lo reconozco porque me trataban bien...; pero, ¿qué puedo hacer ahora?... Después del robo y de la fuga... si me cogen, ya sabes lo que me espera: con un hierro ardiendo me marcarán sobre la frente una F grandísima, para que todos sepan que soy *Fugitivus* (§ 345), y después me mandarán a un *ergastulum* o *ad metalla* para que trabaje como una bestia hasta que muera... (1) Filemón ha dado parte a la policía, y me buscan... He venido a Roma, porque todo el mundo viene a Roma, sobre todo los que se hallan en mi situación. Pero me doy cuenta de que me he metido en un peligro mucho mayor: precisamente, hace pocos días he visto desfilar por las calles de Roma a 400 esclavos de Pedanio Segundo, prefecto de la ciudad, condenados todos ellos a muerte porque uno de ellos había dado muerte a su amo... (2). Desde ese día espero que también a mí van a cogerme en cualquier momento... No puedo más, estoy cansado: meses y meses llevo huyendo como una bestia perseguida, sin casa, sin comida, sin... una buena palabra de nadie... nunca... nunca... (un sollozo); por eso he venido a ti.

—Has hecho bien. Pero, ¿cómo sabías que yo estaba en Roma?

—Hace pocos días me encontré con un amigo tuyo y de mi amo: Epafras de Colosos, que siguió también tu religión (§ 461). En Colosos

---

(1) En varios escritores clásicos se encuentran alusiones a esta costumbre: Valerio Máximo, IV, 8, 7; Cicerón: *De officiis*, II, 7; Marcial, VIII, 9, etc.

(2) Esta matanza, que votó expresamente la mayoría del Senado, y también Cicerón, tuvo la hostilidad del pueblo, pero se realizó, no obstante, el año 62. (Tácito: *Annal.*, XIV, 42-45.)

siempre había sido muy bueno conmigo; al verle, como no podía más, me he desahogado con él y le he dicho, en resumen, lo que acabo de contarte...; me aconsejó que viniera a ti, asegurándome que él mismo tratará de hablarte...

—Bueno, bueno... Epafras, efectivamente, lleva en Roma varias semanas, y me ha traído noticias de nuestros hermanos de allá... ¡Anímate, hombre! Ahora estudiaremos el modo de reparar el mal y de salvarte. Tu amo es muy bueno..., además es cristiano... ¡Tú, pobre Onésimo, no sabes lo que significa ser cristiano!

614. Aquel día el asunto quedó en esto. Onésimo cenó con Pablo; por la noche durmió sobre una yacija en un rincón del cuarto de Pablo; a la mañana siguiente se levantó como nuevo, y ya no temió tanto al pretoriano de la guardia. Pocas horas más tarde llegó Epafras, con el cual Pablo habló largamente y en secreto; después, llamaron ambos a Onésimo, y le comunicaron lo que habían decidido para ayudarle.

Onésimo se quedaría en casa de Pablo prestándole algún pequeño servicio, como si fuera su esclavo; en cuanto a su verdadero amo, Filemón, Pablo le escribiría que le cediera a Onésimo. La cesión era más que segura, dado el afecto que sentía Filemón por Pablo; y también Epafras, que era amigo de ambos, podía garantizarla eventualmente, y atestiguarla ante las autoridades. Por tanto, Onésimo podía estar tranquilo, porque desde ahora ya nadie le molestaría; pero que no se olvidara de que los tres, Pablo, Filemón y Epafras, hacían esto con él por amor de Cristo.

Al oír esta decisión, Onésimo quedó viendo visiones. Después miró en torno suyo y preguntó dónde podía encontrar a este Cristo, jefe de su religión, para hablarle y darle las gracias. Pablo se sonrió y le contestó diciendo que vería a Cristo allí, en aquella casa.

Al cabo de pocas semanas, Onésimo se había hecho cristiano. Oyendo a Pablo hablar día y noche de Cristo a sus innumerables visitantes, y aun más, considerando cómo Pablo vivía totalmente olvidado de sí mismo, inmerso en su Cristo, también él vió a Cristo con los ojos del alma, si no con los del cuerpo, y quiso ser seguidor suyo; y así, amo y esclavo se igualaron en Cristo.

615. Quedaba el antiguo amo, Filemón, al que Pablo no había escrito todavía porque no se le había presentado la ocasión. Pero pronto iba a haberla: Epafras, que había venido expresamente de Colosos, no podía volverse aún, pero en lugar suyo marcharía Tiquico (§ 611) con varios encargos para el Asia proconsular y una carta para la comunidad de Colosos; llevaría también la carta a Filemón. Sin embargo, cuando la partida fué inminente, Pablo volvió a pensar sobre todo el asunto, y encontró que la decisión que había tomado era justa mientras Onésimo estuvo fuera de la familia espiritual cristiana, y sujeto a las leyes humanas; pero había dejado de serlo cuando se había conuvertido en su hermano en Cristo, y estaba sujeto a la Ley divina de la caridad. Consultado Epafras, se decidió que Onésimo partiera con Tiquico, y así volviese a Filemón, quien le trataría ahora como le había tratado Pablo.

Con esta nueva decisión Pablo escribió una cartita a Filemón; un

billete. Esta cartita, que se considera una verdadera joya literaria, contiene, a pesar de su brevedad, los principios para la solución de graves cuestiones sociales a la luz de la moral cristiana, y en primer lugar de la esclavitud, arduo problema que el paganismo dejaba al cristianismo para su resolución (§ 50). He aquí la carta, y parece cierto que Pablo la escribió entera de su mano, trabajando en esta tarea un poco más de cuatro horas (§§ 177, 180).

616. *Pablo prisionero de Cristo Jesús, y el hermano Timoteo, a Filemón, nuestro dilecto y colaborador, a la hermana Apia, a Arquipo, nuestro compañero, y a la iglesia de su casa: Con vosotros sea la gracia y la paz de parte de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo.*

Haciendo sin cesar memoria de vosotros en mis oraciones, doy gracias a mi Dios, porque sé la fe y la caridad que tenéis hacia el Señor Jesús y hacia todos los santos (= cristianos). *Que la comunicación de tu fe venga a ser eficaz en el conocimiento* (ἐπιγνώσει) *de todo el bien que hay en vosotros en* (honor) *de Cristo. He recibido gran alegría y consuelo de tu caridad, hermano, porque las entrañas* (= intimidad) *de los santos recibirán por ti descanso.*

Por lo cual, aunque tendría plena libertad en Cristo para ordenarte lo que es justo, prefiero apelar a tu caridad. Siendo el que soy, Pablo viejo, y ahora prisionero de Cristo Jesús, te suplico por mi hijo Onésimo —que engendré en las prisiones— un tiempo inútil para ti, mas ahora para ti y para mí muy útil. Te lo mando, esto es (te mando) mis propias entrañas. Querría retenerlo junto a mí, para que en tu lugar me sirviera en mis cadenas por el Evangelio; pero sin tu consentimiento nada he querido hacer, para que ese favor no me lo hicieras por necesidad, sino por voluntad. Tal vez se te apartó por un momento para que por siempre le tuvieras, no ya como esclavo, antes como más que esclavo, hermano amado: amadísimo para mí; pero mucho más para ti, en la carne y en el Señor. Si, pues, me tienes por compañero, acógele como a mí mismo. Si en algo te ofendió, o algo te debe, ponlo a mi cuenta. Yo, Pablo, escribo de mi puño y letra, yo pagaré, por no decirte que tú mismo te me debes. Sí, hermano, que me regocije por ti en el Señor; da consuelo en Cristo a mis entrañas.

Te escribo confiando en tu obediencia, y sabiendo que harás más de lo que yo te digo. Pero, al mismo tiempo, prepárame también hospedaje, pues espero que gracias a vuestras oraciones (yo mismo) *os seré dado en gracia.*

Te saluda Epafras, cautivo conmigo en Cristo Jesús, Marcos, Aristarco, Demas, Lucas, mis colaboradores.

La gracia del Señor Jesucristo sea con vuestro espíritu. Amén.

617. No habrá pasado desapercibida la alegría que emana de este escrito de Pablo, íntimo, familiar cristiano, de tono tan diverso a la solemne epístola a los *Romanos*, y de la polémica candente de *II Corintios*.

Aludiendo al significado de «Onésimo», recuerda que el portador de ese nombre ha sido *inútil* a su antiguo amo, pero inmediatamente agrega que ahora es *útil* al antiguo y al nuevo; así, empleando la misma raíz griega del nombre «Onésimo», expresa su esperanza de sacar *rego-*

cijo (ὀναίμην) del antiguo amo de «Onésimo». Es verdad que éste huyó de su antiguo amo; pero fué un bien, porque ahora vuelve a él como hermano cristiano. ¿Le ha robado? ¿Debe restituir? Muy bien. Pablo saldará todas sus cuentas; por esto finge suscribir su propia garantía, firmando de su mano. Pero apenas lo ha hecho, cambia de tono, y como si golpeara el hombro de su acreedor, le recuerda que Filemón, él mismo, se debe a Pablo, porque Pablo le ha hecho cristiano. Insinúa después una sugerencia, pero de modo velado y delicadísimo, esperando ser comprendido al vuelo por quien comprendía el lenguaje de la caridad: Filemón hará, sin duda, aun más de lo que le dice Pablo. ¿Qué es esto, sino sugerir que debe dar la libertad oficialmente al esclavo que se ha convertido en su hermano?

Finalmente, Pablo invita a Filemón a que le prepare alojamiento para su venida: lo cual hace suponer que la cartita se escribió cuando estaba a punto de terminarse el proceso, y Pablo veía próxima su propia liberación y su viaje a Colosos.

618. La antigüedad nos ha conservado algunas otras cartas en las que paganos (Plinio el joven o Sabiniano) o cristianos (papiros) interceden en favor de esclavos fugitivos o cosa parecida; pero ninguna alcanza el valor moral y la finura de esta cartita de Pablo a Filemón. El que inmediatamente se veneró y respetó este escrito lo demuestra el hecho de que se ha conservado, mientras se han perdido otras cartas de Pablo—por ejemplo, a los Corintios (§§ 474, 491), a los Laodicenses (*Colos.*, 4, 16), y tal vez una a los Filipenses (*Filip.*, 3, 1; cf.: § 463, nota)—, si bien trataban de temas doctrinales y disciplinarios. En cambio, este billete familiar ha desafiado a los siglos, llegando hasta nosotros. Esto muestra que desde el principio el billete pasó de mano en mano y se copió muchas veces, hallando todos en él, además de la cordialidad habitual de Pablo, una frescura alegre que no aparece en ningún otro de sus escritos.

619. La carta a los colosenses y la carta a los efesios.—Cuando un poco después Tiquico partió de Roma acompañado por Onésimo, llevaba consigo, además del billete para Filemón, por lo menos otras dos cartas, una dirigida a los colosenses (*Colos.*, 4, 7) y otra a los efesios (*Efes.*, 6, 21), escritas por Pablo con un brevísimo intervalo de tiempo entre ambas; debió escribir primero a los colosenses y a Filemón.

Al escribir a Colosos, donde Pablo no había estado nunca (§ 461), tenía presentes las noticias que Epafras le había traído a Roma con respecto a aquella comunidad, y seguramente también con respecto a Laodicea, comunidad ligada a la de Colosos por varias razones. Los hermanos de aquellas comunidades eran fervientes en su fe y caridad; sin embargo, desde hacía algún tiempo mostraban una inclinación preocupante hacia las especulaciones teosóficas, que más desarrolladas podrían acabar por apartarles de la fe cristiana. No es posible saber en qué sistema doctrinal se inspiraban aquellas especulaciones, ni si existía siquiera un sistema tan bien delineado y completo; al menos no puede deducirse de las admoniciones de Pablo. En cambio, parece cierto que la costumbre que habían adquirido los colosenses obedeciera a

una circunstancia doble: en primer lugar, los frigios, aun cuando paganos, tuvieron siempre una gran propensión hacia las teorías iluministas de índole sincretista; además, esta vieja propensión había sido favorecida por la acción de los doctores, que, siendo judíos, tenían una gran influencia y autoridad sobre aquellos neófitos.

Ciertamente la mayoría de los cristianos frigios procedía del paganismo y no del judaísmo; sin embargo, en aquella región eran muy numerosos los judíos, porque hacía más de dos siglos que dos mil familias judías se habían trasladado de Lidia a Frigia, donde se habían multiplicado grandemente (Flavio Josefo, *Antigüedades judías,* XII). Algunos doctores de estos centros judíos, al ver surgir a su lado comunidades cristianas, se insinuaron en ellas y aportaron las ideas propias de su judaísmo, que no era el rígido y cerrado judaísmo de la escuela farisaica de Jerusalén, sino una forma más libre, imbuída de conceptos filosóficos y teosóficos, y, sobre todo, rica en especulaciones múltiples acerca de los seres angélicos que se hallan en los escritos del judaísmo tardío.

620. En general, podemos decir que los cristianos frigios gustaban de investigar las relaciones entre Dios y el mundo, entre el espíritu y la materia, y descubrían en todo el universo ejércitos de mediadores angélicos, diversos en su naturaleza y poder, que servían de escala de comunicación entre lo visible y lo invisible, entre lo humano y lo divino. Es probable que el conjunto de este mundo angélico hubiera encontrado un término técnico entre los colosenses, y fuera designado como la «Plenitud», el Pleroma (πλήρωμα); vemos, efectivamente, que Pablo emplea este término sin considerar necesario añadir explicación alguna, si bien en otras partes lo emplea en otros sentidos, en la acepción corriente de la palabra; pero Pablo, al recibir el término de sus neófitos, corigió su empleo, sobre todo en cuanto a su aplicación a la cristología.

Los neófitos de de Colosos, en efecto, no se contentaban con especular sobre aquel mundo angélico en sí mismo, sino que, recordando siempre que eran cristianos, buscaban también en qué relación se hallaba aquel mundo con Jesucristo, en quien creían; tal vez, personalmente, estaban dispuestos a sostener que el Cristo Jesús era superior a toda la plenitud angélica, pero aquí se descubre la intervención de los doctores judíos, que debieron suscitar en ellos algunas dudas a este respecto. El Cristo Jesús podía ser superior a algunos ejércitos angélicos menos nobles y excelsos, pero no a todos, y mucho menos a los nobilísimos de los tronos, dominaciones, principados y potestades; era, sí, anterior a todas las criaturas visibles, pero no a todas las criaturas comprendidas indistintamente en lo invisible, de otro modo sería una imagen de Jahvé el Dios invisible.

No tenemos datos más precisos acerca de las ideas o dudas de los colosenses, pero en estos elementos se reconocen ya algunos rasgos de los que en los siglos II y III integraron el gran sistema de la gnosis: sería, sin embargo, falaz atribuir a los cristianos frigios los conceptos precisos de los sistemas gnósticos subsiguientes, y mucho más asignar a algunos términos empleados por ellos o por Pablo en su contestación,

los significados técnicos que asumieron más tarde en las sutiles elucubraciones gnósticas. Con los sistemas especulativos se hallaban en conexión normas prácticas referentes a las observancias ascéticas y a las prescripciones legales judías.

621. He aquí la carta de Pablo a los *Colosenses,* escrita para obviar tales especulaciones.

El título menciona, después de Pablo, también a Timoteo; el exordio contiene un amplio «encomio» de los colosenses, dada su virtud, y menciona a Epafras (I, 1-8).

Pablo ruega siempre por los colosenses para que se hallen llenos de una ciencia perfecta de la voluntad de Dios *con toda sabiduría e inteligencia espiritual,* y se comporten de un modo adecuado a esto, dando gracias al Padre que les arrancó del poder de las tinieblas y los sacó al reino de su Hijo, *que es la imagen de Dios invisible, primogénito* (1) *de toda criatura; porque en él fueron creadas todas las cosas del cielo y de la tierra, las visibles y las invisibles, los tronos, las dominaciones, los principados, las potestades; todo fué creado por El y para El. El es antes que todo, y todo subsiste en El. El es la cabeza del cuerpo* (esto es) *de la Iglesia; El es el principio, el primogénito de los muertos, para que tenga la primacía sobre todas las cosas. Y plugo al Padre que en El habitase toda la plenitud* (πλήρωμα) (2). *Y* (*se complace en*) *por El reconciliar consigo, pacificando por la sangre de su cruz todas las cosas, así las de la tierra como las del cielo* (1, 15-20).

Así, los colosenses, alejados un tiempo por sus malas obras, se hallan ahora reconciliados por la muerte del Hijo divino, con tal de que perseveren en la fe del evangelio de quien es Pablo ministro. Al sufrir por ellos, goza Pablo, porque de este modo cumple lo que les falta a los sufrimientos de Cristo en favor de su cuerpo que es la Iglesia: porque él es ministro *del misterio escondido desde los siglos y desde las generaciones, y ahora manifestado a sus santos* (1, 26), y Pablo lucha con la energía que le da el Cristo para difundir el conocimiento de este misterio entre los gentiles. Ojalá los colosenses y los laodicenses, que no conocen personalmente a Pablo, se hallen, en virtud de sus trabajos, cada vez más confortados en sus corazones penetrados por el pleno conocimiento del misterio de Dios, de Cristo (1, 9-2, 3).

622. Que no se dejen seducir por razonamientos capciosos (πιθανολογίᾳ,) sino que se atengan a la doctrina de Cristo Jesús en que fueron instruídos. *Mirad que nadie os engañe con filosofías falaces y vanas, fundadas en tradiciones humanas, en los elemntos del mundo* (§ 509, nota primera) *y no en Cristo. Pues en Cristo habita toda la plenitud de la Divinidad corporalmente, y estáis llenos de El, que es la cabeza de todo principado y potestad* (2, 8-10). En Cristo fueron espiritualmente circuncisos, y sepultados con El en el bautismo, resucitaron después con

(1) *Primogénito*: entiéndase *ante-génito, engendrado antes de...*

(2) Pablo dirá poco después que en Cristo *inhabita toda la Plenitud de la Divinidad corporalmente*; aquí, en cambio, debe aludir a la plenitud *de gracia y de verdad* (Cf.: *Jo.*, 1, 14-16), que es consecuencia de la «Plenitud de la Divinidad».

El; Dios canceló el quirógrafo (§ 234) de nuestra condena, clavándolo en la cruz, y venció las fuerzas espirituales adversas. Que nadie, pues, perturbe a los colosenses con prescripciones de alimentos y bebidas, o con la observancia de las fiestas, de la luna nueva y de los sábados: estas instituciones antiguas eran una sombra de las cosas futuras; pero la realidad es Cristo; no se dejen engañar por quienes afecten humildad y culto hacia los ángeles, creyendo sus fantasías particulares, pero sin ligarse a Cristo, que es la cabeza de todo el cuerpo místico. Si murieron *con Cristo a los elementos del mundo,* ¿por qué deberán dar oídos —como si aún estuvieran vivos para el mundo—a prohibiciones o imposiciones de la superstición humana? Quien propone tales observancias, afectando sabiduría y ascetismo, mira a la satisfacción de la carne (2, 4-23).

623. Los colosenses que han resucitado con Cristo deben buscar las cosas de arriba, donde Cristó está sentado a la diestra de Dios, no las cosas de la tierra; murieron, y su vida está escondida con Cristo en Dios, y cuando aparezca Cristo, aparecerán también ellos en gloria. Den muerte en sus miembros a todos los vicios, despojándose del hombre viejo y revistiéndose del nuevo a semejanza de quien los creó: *en quien no hay griego ni judío, circuncisión ni incircuncisión, bárbaro o escita, siervo o libre, porque Cristo lo es todo en todos* (3, 11).

Que los colosenses se revistan de todas las virtudes y especialmente de la caridad: tendrán entonces paz, alegría, intimidad con Dios. Que las mujeres estén sometidas a los maridos; que los maridos sean benignos y afectuosos con sus mujeres; que los hijos obedezcan a los padres; que los padres traten bien a los hijos. Que los esclavos obedezcan a los amos con sinceridad y simplicidad; que los amos sean justos y equitativos con los esclavos, sin olvidar que ellos tienen también un amo en el cielo. Siguen después recomendaciones breves: que abunden en la oración y rueguen también por Pablo para que Dios le asista y pueda *anunciar el misterio de Cristo por amor del cual estoy preso*; y que sean prudentes cuando hablen con extraños (3, 1-4, 6).

Tiquico dará más noticias y consejos, que para esto le envía Pablo con Onésimo, *el hermano fiel y querido que es de los vuestros* (§ 615 siguientes). Transmite saludos de Aristarco, Marcos, primo de Bernabé; de Jesús, llamado Justo, todos los cuales son actualmente los únicos colaboradores de Pablo procedentes del judaísmo. Les saluda también Epafras, que ruega mucho y se esfuerza por las comunidades de Colosos, Laodicea y Jerápolis; saludos también de Lucas, *el médico amado,* y de Demas. *Saludad a los hermanos de Laodicea y a Ninfa, y a la iglesia de su casa* (§ 461). *Y cuando hayáis leído esta carta, haced que sea también leída en la iglesia de Laodicea, y la que he escrito a Laodicea, leedla también vosotros.*

El final breve, es autógrafo: *El saludo es de mi mano, Pablo. Acordaos de mis cadenas. La gracia sea con vosotros* (4, 5-18).

624. Como ya dijimos, Tiquico salió de Roma llevando, además de esta carta a los Colosenses, otra, conocida hoy como dirigida a los *Efesios* (§ 619); en efecto, para llegar a Colosos debía desembarcar en

Efeso. Pero al examinar esta carta se plantea la cuestión acerca de sus verdaderos destinatarios.

En una primera lectura se descubre inmediatamente una afinidad de forma y de contenido que une esta carta con la carta a los colosenses, y que es aún mayor que la existente entre la carta a los *Romanos* y la carta a los *Gálatas* (§ 505); el modo de distribuir los temas es idéntico en *Colosenses* y *Efesios*; además, los temas son los mismos, aun cuando en *Efesios* se traten más ampliamente. Aparte de esto, la carta a los *Efesios* tiene un carácter absolutamente general, sin que haya en ella dato alguno que la dirija, especialmente a los lectores de aquella ciudad, y no a los de otra cualquiera, de manera que por lo que hoy sabemos, esta carta lo mismo podían leerla los cristianos de Laodicea, de Jerápolis, de Mileto, o de otros centros del Asia proconsular (§ 12 siguientes), que los de Efeso. Faltan por completo saludos personales, aun cuando Pablo vivió tanto tiempo en Efeso, y era allí tan conocido de los cristianos y de los no cristianos (§ 469): precisamente todo lo contrario de lo que sucede en la carta a los *Romanos,* que tiene una larga lista de saludos (§ 523), aun cuando entonces Pablo no había estado todavía en Roma.

El único testimonio en favor de Efeso sería el encabezamiento de la carta, pero está muy lejos de ser una prueba segura; en las ediciones corrientes, la carta empieza así: *Pablo, apóstol de Jesucristo, por la voluntad de Dios, a los santos que están en Efeso...*; pero el inciso *en Efeso* lo ponen en duda las ediciones críticas y lo rechazan sin más eruditos de todas las tendencias. Las razones, además de la señalada acerca del carácter impersonal de la carta, son que este inciso falta en los dos códices unciales más antiguos, Vaticano y Sinaítico (del siglo IV), y en otro menor, y era desconocido para escritores antiguos tales como Orígenes, Basilio y tal vez algún otro; además, según testimonio de Tertuliano (*Adv. Marcion,* V, 11, 17), Marcion aceptaba en su canon esta carta, pero como dirigida a los laodicenses y no a los efesios. ¿Cómo explicar este conjunto de hechos?

625. Se ha intentado explicarlo de más de un modo.

Algunos han pensado que este escrito era una verdadera carta circular, dirigida a varias comunidades a la vez, de modo que se habrían hecho varias copias, dejando en el encabezamiento un lugar en blanco, donde está el inciso *en Efeso*; este lugar se llenaría cada vez añadiendo el nombre de la comunidad a que se dirigía cada copia; por ejemplo: *a los santos que están en Efeso...,* o bien *en Jerápolis...,* o en *Laodicea...,* etc.

Otros han pensado que esta carta es la dirigida a Laodicea de la que habla Pablo al final de la carta a los colosenses, como hemos visto (§ 623). Si más tarde se sustituyó en los códices la destinación *en Laodicea,* por *en Efeso,* se debió a una *domnatio memoriæ* a consecuencia de los graves improperios que recibió la iglesia de Laodicea en el Apocalipsis (3, 14-19) por su decadencia; en lugar del nombre nefasto se pondría el nombre de la iglesia metropolitana de aquella región, o sea, Efeso.

Otras explicaciones no han encontrado partidarios.

Por otra parte, es cierto que no sólo la gran mayoría de los códices contiene el inciso *en Efeso,* sino que la tradición eclesiástica atestiguada desde los primeros años del siglo II (cf.: Ignacio: *Efesios,* 12, 2) ha considerado la carta como dirigida a los efesios, y esto sucede también en algunos escritores (Orígenes, Tertuliano, Basilio, etc.), que no leyeron en el encabezamiento el inciso *en Efeso.* Este hecho tiene valor, y no hay que quitárselo.

Ciertamente, también valen las observaciones hechas en contra: todo consiste en ver si estas observaciones prevalecen sobre la tradición, y sin son legítimas las conclusiones que de ellas se han sacado.

626. Por de pronto es seguro que toda la antigüedad pagana y cristiana desconocía el método de las cartas circulares con un espacio en blanco, que debe llenarse según los diferentes destinatarios. Quienes han pensado en este método supusieron que los usos modernos existían en tiempo de Pablo. Ingenuidad.

La solución que supone esta carta dirigida a Laodicea es más brillante que firme: no explica qué autoridad pudiera haber ordenado aquella *damnatio memoriæ,* y cómo podía hacer que se siguiera tan puntualmente que sólo le escapara el testimonio de Marcion, tanto más cuanto que en el siglo II la iglesia de Laodicea se había levantado de su decadencia, y por esto desde entonces podía hacer valer sus derechos restituyendo su propio nombre en los códices. Además, Pablo desconocía personalmente la comunidad de Colosos y también la de Laodicea (§ 461), y vemos, sin embargo, que en la carta a los colosenses no faltan las notas personales y los saludos, los cuales, en cambio, faltan en la carta a los *Efesios* (si ésta estuvo dirigida originariamente a los laodicenses). Vemos, además, que Pablo recomienda a los colosenses que truequen su carta con la que ha escrito a los laodicenses (§ 623); pero en la hipótesis presente, las recomendaciones de Pablo no tendrían un motivo serio, puesto que las dos cartas son parecidísimas (§ 624), y el que lee una ha leído en esencia la otra.

627. El carácter indudablemente impersonal de la carta puede explicarse por el propósito que tenía Pablo de dirigirse, no sólo a la comunidad de Efeso, sino a todas las comunidades del Asia proconsular que dependían, en cierto modo, de Efeso, sin que por esto se tratase de una carta circular. Al ser inminente la marcha de Tiquico, Pablo quiso enviar sus consejos a todas aquellas comunidades, consejos que ya había escrito antes en la carta que tenía preparada para los *Colosenses*; por tanto, volvió sobre los conceptos de esta carta y los desarrolló (como había hecho en la carta a los *Romanos* con respecto de la carta a los *Gálatas,* § 505), pero dejando a un lado las notas personales tanto del remitente como del destinatario. Tiquico daría de viva voz noticias personales de Pablo, como se le había encargado expresamente (*Ef*, 6, 21-22), y tal vez llevaría saludos para los personajes más insignes; así, el fondo común de la carta se adecuaría mejor a cada una de las comunidades, gracias a las adiciones orales de Tiquico. En todo caso, la carta común se dirigió a Efeso, centro de irradiación para toda el Asia proconsular. Es verdad que Tiquico tenía el mismo encargo oral con

respecto a los colosenses (*Colos.*, 4, 7-9); pero en este caso se trataba también de Onésimo, mencionado allí personalmente.

Es también posible que la carta a los colosenses, un poco anterior, se escribiera cuando Pablo no pensaba en escribir la otra; como después se aproximara la marcha de Tiquico, Pablo pensó que era conveniente que llevara un escrito suyo también a las comunidades del Asia proconsular, y entonces dictó la carta a los Efesios, construída precisamente sobre la trama de la carta a los *Colosenses.*

En esta hipótesis se trataría de una carta colectiva, pero no «circular» en el sentido mencionado: en cuanto a la antigua falta del inciso *en Efeso,* se explicaría por el hecho de que alguna otra comunidad, no Efeso, al copiar la carta del original que llevaba Tiquico, omitió el inciso, no considerando oportuno aquella consignación individual: las demás comunidades, por el contrario, copiaron el original íntegramente, y de ellas dependen la mayoría de los códices que ofrecen este inciso.

628. He aquí un resumen esquemático de la carta a los *Efesios* (cf. la carta a los *Colosenses,* § 621 sigs.):

Primera parte.—Alabanza a Dios Padre que nos ha elegido antes de la creación del mundo para que seamos hijos adoptivos en virtud de la gracia de Cristo, en quien están recapituladas (ἀνακεφαλαιώσασθαι) todas las cosas celestes y terrenas. Los cristianos han recibido, mediante la fe al Espíritu Santo. Por esto deben comprender el misterio de la salvación operada en ellos por Cristo, que está a la diestra del Padre en los cielos *por encima de todo principio, potestad, virtud y dominación, y de todo cuanto tiene nombre, no sólo en este siglo, sino también en el venidero* (1, 21); además, El es el jefe de la Iglesia, que es su cuerpo. En la iglesia se hallan juntos gentiles y judíos, unidos en la gracia de Cristo: el muro de separación entre los dos grupos, esto es, la Ley hebrea, ha sido abatido por la muerte redentora de Cristo, y todos forman ahora parte del edificio espiritual basado sobre los cimientos de los apóstoles y de los profetas, sobre la piedra angular de Cristo. Pablo es el heraldo de este misterio, y ahora está prisionero; y de él tiene un conocimiento más profundo debido a revelaciones particulares (3, 2 sigs.); por esto ruega a Dios que fortalezca en los fieles al hombre interior (cap. 1-3).

Segunda parte.—Los fieles deben conservar *la unidad del espíritu mediante el vínculo de la paz. Sólo hay un cuerpo y un espíritu... una sola esperanza... sólo un Señor, una fe, un bautismo, un Dios Padre y Padre de todos* (4, 3-6). Normas con respecto a los carismas (cf. § 211 siguientes). Admoniciones para que no imiten costumbres paganas, y se despojen del hombre viejo para revestirse del hombre nuevo. Lista de vicios que hay que evitar y de virtudes que hay que practicar. Deberes de los cónyuges, de los hijos, de los padres, de los esclavos y de los amos (4-6, 9).

El cristiano es un guerrero espiritual que combate no contra la sangre y la carne, *sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus malos de los aires* (6, 12; cf. 2, 2); por esto, debe revestir una armadura completa, tomando un cinturón de verdad, una coraza de justicia, un calzado de

ligereza, un escudo de fe, un yelmo de salud y una espada de Espíritu (§ 233).

Tiquico dará noticias personales de Pablo. Saludos generales (6, 10-24).

629. Carta a los filipenses.—Cuando Tiquico marchó con estas cartas, quedaba junto a Pablo otro visitante que había venido de lejos para asistirle, pero que más bien tuvo gran necesidad de que Pablo le asistiera: era Epafrodito, venido de Filipos para traer al prisionero de Cristo los socorros materiales que le enviaban sus queridos hijos de aquel lugar (§ 604). Durante su estancia en Roma, Epafrodito sufrió una enfermedad gravísima acerca de la que no nos ha sido transmitido el menor detalle. (Algún erudito extranjero, que tal vez jamás estuvo en Roma, ha pensado sin más en la malaria; quien ha nacido y vivido en Roma tiene derecho a sonreírse oyendo semejantes diagnósticos tan precisos como arbitrarios.) Durante algún tiempo estuvo en peligro de muerte, y la convalecencia fué larga; tanto, que la noticia de su enfermedad llegó a Filipos, y desde allí volvió a Roma la comunicación de que todos los fieles temblaban por él, lo cual entristeció al convaleciente. Pero como Dios lo quiso, la enfermedad pasó, volvieron las fuerzas, y Epafrodito se halló en condiciones de emprender el viaje de vuelta. Había transcurrido mucho tiempo: estaba terminando el bienio de la prisión de Pablo, y preveía como próxima la terminación de su proceso.

Naturalmente, al partir el querido visitante, no podía faltar una carta de Pablo que le acompañase. Las noticias que Epafrodito había traído con respecto a la comunidad eran buenas, y el socorro en metálico había sido muy oportuno; Pablo debía contestar a todo esto, y especialmente debía satisfacer su propio sentir, su cariño especial hacia aquellos hijos, que eran sus primogénitos de Europa. En estas condiciones Pablo dictó la carta a los *Filipenses,* afectuosa, serena, calmante, mucho más que escrito alguno, y con esto no carente de ciertos pasajes que representan cimas supremas del pensamiento religioso de Pablo: parece una conversación entre amigos al amor de la lumbre, lumbre cristiana sobre la que se halla colocado un Crucifijo. He aquí un resumen:

630. Pablo, en el título, junto con Timoteo, augura gracia y paz *a todos los santos en Cristo Jesús que están en Filipos con los obispos* (§ 531, nota segunda) *y los diáconos.*

Siempre les recuerda y ruega por ellos, por la afectuosa comunidad que muestran para con él desde el primer día hasta el de hoy, confiando en que Dios, que inició en ellos la obra de salvación, la llevará a feliz cumplimiento; él siente hacia ellos un afecto igual, puesto que participan en sus cadenas y en la defensa del Evangelio. Dios es testigo de que les quiere en las entrañas de Cristo Jesús, y ruega que su caridad abunde siempre en ciencia plena y discernimiento, y que sean puros e irreprochables para el día de Cristo. Les hace saber que sus asuntos de Roma se han desarrollado en provecho del Evangelio: se habla de él, Pablo, en todo el Pretorio y muchos hermanos, por buena voluntad, o por envidia, se han puesto a anunciar a Cristo (estos pasajes han sido examinados en los §§ 606, 609). En esto le asistirán las oraciones de los filipenses, pues él no desea más que glorificar a Cristo con la vida y

con la muerte. Para él la vida es Cristo, y la muerte una ganancia: si vive, es para trabajar en provecho de Cristo, pero si muere, se verá libre, y se unirá a El; esto es mucho mejor para Pablo, pero para los filipenses vale más que no suceda, y por esto acepta el permanecer aquí abajo. Que se comporten de un modo digno del Evangelio, para que tanto si va a verles, como si permanece alejado de ellos, sepa que están unidos en un solo espíritu, luchando juntos por la fe del Evangelio y padeciendo por Cristo (cap. 1).

631. Que tengan, por tanto, caridad, comunión de espíritu, abnegación mutua, estimando a los demás más que a sí mismo, y no preocupándose de sus cosas, sino de las de los demás. Este es el ejemplo de Cristo Jesús, *quien existiendo en la forma de Dios, no estimó rapiña* (1) *el ser igual a Dios, antes se despojó* (ἐκένωσεν) *tomando la forma de siervo, y haciéndose semejante a los hombres. Y en la condición de hombre se humilló, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios le exaltó y le otorgó un nombre sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús doble la rodilla cuanto hay en los cielos, en la tierra, y en los abismos, y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre* (2, 6-11). Que también los filipenses sean, pues, obedientes cooperando a su propia salud con lo que Dios hace en ellos; que se muestren irreprochables y sinceros en medio de una generación perversa, cumpliendo el deseo de Pablo a su respecto y la alegría común.

Espera que pronto les enviará a Timoteo, que tanto les quiere, y que es su dilecto colaborador; espera poder ir él mismo. Pero mientras tanto les envía inmediatamente a Epafrodito, que ha estado bastante enfermo, pero Dios ha tenido piedad de él, y también de Pablo, para no darle un dolor más sobre los suyos; sin embargo, Epafrodito está triste porque ha sabido que ellos están angustiados por él. Que le reciban con toda cordialidad y gratitud, por cuanto ha hecho por ellos (Cap. 2).

632. Que se guarden de los perros, de los malos compañeros. de los mutilados (1). Los verdaderos circuncisos somos nosotros, que prestamos culto al Espíritu de Dios, no confiando en la carne. También él, Pablo, podría confiar en la carne y vanagloriarse: circuncidado al octavo día, de la raza de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo, hijo de hebreos, según la Ley, fariseo; por celo, perseguidor de la Iglesia; irreprènsible según la justicia de la Ley. Pero estas cosas, frente a Cristo, las considera no una ganancia, sino una pérdida; así, para él todo es pérdida en comparación del conocimiento excelso de Cristo Jesús, por

---

(1) *Rapiña* (ἁρπαγμόν), en el sentido de «objeto codiciado», esto es ávidamente poseído y celosamente custodiado, del que no quiere uno privarse nunca. Este concepto, en sentido metafórico, se aduce como término de comparación con respecto a la conducta de Cristo Jesús; el cual no se aferró codiciosamente a su paridad con Dios, *sino más bien* (ἀλλά) *se despojó a sí mismo*, etc. Es claro que de lo que Cristo *se despojó a sí mismo*, no es de la paridad de naturaleza con Dios, sino de la manifestación exterior de las prerrogativas de esta paridad; de hecho tomó *forma de esclavo* (opuesta a la *forma de Dios*) y *se humilló*, etc.

(2) Alude a los judaizantes, infiltrados también en Filipos: «mutilados» es una alusión despectiva a los circuncisos: véase lo que dice inmediatamente después, y cf.: § 170.

quien lo ha perdido todo, y todo lo considera σκύβαλα (§ 170). Tan sólo estima la justicia que proviene de la fe en Cristo, y el conformarse a Cristo, imitándole: ojalá pudiera él asirle, como fué por El asido (§ 283). Sin duda, aun no ha alcanzado esta meta, pero la ansía como los corredores en el estadio. Por esto que le sigan los filipenses, imitándole; y que, en cambio, se guarden de los enemigos de la cruz de Cristo, que tienen por dios al vientre y no piensan más que en cosas terrenas. Por el contrario, nuestra ciudadanía está en los cielos, de los que esperamos a Jesucristo como salvador que transformará nuestro mezquino cuerpo, y lo hará glorioso, semejante al suyo (cap. 3).

633. Que los filipenses, sus hermanos queridos y añoradísimos, su alegría y su corona, permanezcan firmes en el Señor. Aquellas dos buenas mujeres, Evodia y Sintique, que tienen entre sí viejas disensiones, que se pongan de acuerdo de una vez en el Señor (§ 384); que les ayude el *genuino Syzygo* (§§ 244, 383). Que estén alegres siempre: el Señor está próximo (1). Recen, disfruten de la paz de Dios, y amen cuanto es noble, justo, puro (4, 1-9).

La solicitud que los filipenses mostraron ya en el pasado frente a las necesidades materiales de Pablo, ha encontrado ahora una nueva oportunidad de manifestarse. Pablo, en verdad, es capaz de vivir tanto con privaciones como con abundancia; pero les ha agradecido los socorros que le envían, como coparticipación suya en sus tribulaciones. Saben cómo él, desde que se alejó de Macedonia, tan sólo ha aceptado socorros materiales de ellos, ya los recibió un par de veces en Tesalónica. Lo que le ha traído ahora Epafrodito es más que suficiente: ha sido, en verdad, una oferta santa; acepta de Dios, y Dios les recompensará.

Saluden a todos en Cristo Jesús. *Os saludan todos los santos, y especialmente los de la casa del César* (§ 610). *La gracia del Señor Jesucristo sea con vuestro espíritu. Amén* (4, 10-23).

*
* *

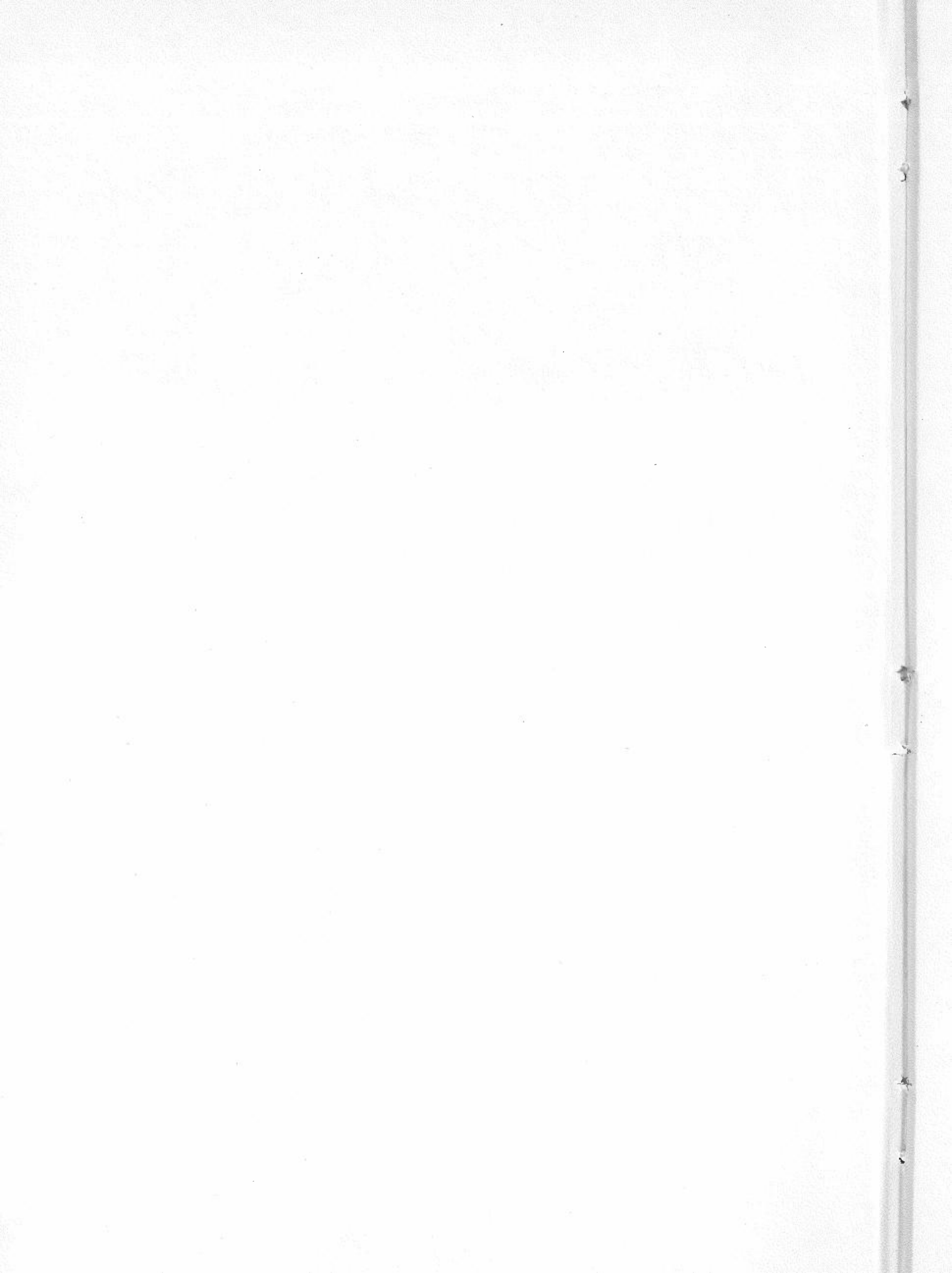
634. La autenticidad de las cuatro cartas de la prisión ha hallado, como era de esperar, muchos adversarios entre los críticos radicales, especialmente por lo que se refiere a las cartas a los *Colosenses* y *Efesios*. Los testimonios de la tradición más antigua, que concordemente atribuyen los cuatro escritos a Pablo, se rechazan sin más; mientras que las razones que se aducen en contra consisten en apreciaciones estrictamente personales con respecto a los conceptos expresados en los escritos que rechazan, y en segundo lugar en observaciones filológicas.

Por ejemplo, si en *Colosenses,* y especialmente en *Efesios,* se halla mucho más desarrollada la doctrina cristológica y del cuerpo místico de Cristo, en comparación con las cartas anteriores de Pablo; esto induce ya a sospechar que no se trata de obras suyas (como si Pablo hubiera

(1) *El Señor está próximo* es otro argumento de los escatólogos; en contra suya vale cuanto se dijo para la carta a los *Corintios* (§ 483, nota) y a los *Romanos* (§ 522, nota); cf.: también § 489, nota.

tenido que expresar desde su primer escrito todo cuanto tenía en la mente, o si sus conceptos no pudieran desarrollarse con el tiempo). El hecho de que la carta a los *Efesios* sea una ampliación puntual de la carta a los *Colosenses,* muestra la labor de un falsario que ha bordado el escrito anterior, tal vez auténtico (como si un mismo autor no pudiera, en circunstancias especiales, reelaborar y enriquecer un escrito suyo, conservando la misma trama general). Además, en estas cartas, principalmente en *Efesios,* se hallan vocablos que Pablo no emplea en ningún otro sitio: es verdad, pero también es verdad que se hallan vocablos y frases usadas en otros sitios por él, mientras que el empleo de términos nuevos está plenamente justificado, puesto que trata nuevos temas (como Lucas tiene numerosos términos nuevos cuando refiere la navegación y el naufragio; § 99).

Por lo demás, es inútil insistir sobre estas respuestas a las objeciones, porque la razón verdadera de estas objeciones es más profunda que las histórico-conceptuales o filológicas que se mencionan (§ 120 y sigs.).



LOS ULTIMOS AÑOS. SEGUNDA PRISION ROMANA. MUERTE

635. El sol que declina tras una cadena de montañas no nos sume de pronto en la oscuridad, sino que a ésta le precede un período de luz media, durante el cual permanecen iluminados tan sólo algunos picos de aquellas montañas: cuando también aquellos picos se envuelven en sombras, sabemos que el sol ha desaparecido por completo, aun cuando no veamos el punto preciso en que se escondió. Lo mismo sucede con Pablo. Al acabar su primera prisión romana, y cuando cesan las indicaciones que nos dan sus cartas escritas entonces, comienza el período de media luz, durante el cual tenemos todavía a nuestra disposición noticias seguras, pero escasas en número y sin franca relación entre sí; son los pocos picos que permanecen aún iluminados sobre un mar de oscuridad que ha invadido por abajo todo lo demás.

Las noticias seguras después de la *custodia militaris* romana son las siguientes:

Pablo estuvo en cierto momento en Efeso, con Timoteo; después marchó de allí a Macedonia, dejando a Timoteo en Efeso (*I Tim.*, 1, 3).

En otro momento estuvo en la isla de Creta con Tito, y marchó dejando allí a Tito (*Tito,* 1, 5).

Después de Creta fué a Nicópolis, sin duda Nicópolis de Epiro (§ 43); antes de llegar, había escrito a Tito, a Creta, ordenándole que se encontrara con él en Nicópolis (*Tito,* 3, 12).

Cuando Tito no estaba ya en Creta, sino en Dalmacia, Pablo, de nuevo prisionero en Roma, escribió a Timoteo, rogándole que viniera urgentemente junto a él; antes había estado en Troade, y había pasado también por Corinto y Mileto (*II Tim.*, 1, 17; 4, 9-21).

Además de estas informaciones seguras, hay que tener en cuenta los dos proyectos que había hecho Pablo anteriormente, y que tal vez realizara en este tiempo; esto es, su antiguo proyecto del viaje a España (§ 513, 523), y el más reciente de visitar en Colosos a Filemón, a quien había pedido hospitalidad (§ 617).

¿Cuál fué, pues, la sucesión de todos estos acontecimientos seguros o probables?

636. Algunos han supuesto que Pablo, apenas libertado en Roma, marchó a Colosos, porque este era el último proyecto que había anun-

ciado a Filemón. Es verdad que era el último proyecto; pero es también verdad que Pablo, siempre lleno de proyectos, tenía en su mente el otro más antiguo, y por tanto más acariciado, del viaje a España. ¿Cuál de los dos proyectos se habrá decidido a realizar primero, puesto que uno le llevaba a Oriente y el otro a Occidente? No lo sabemos; pero la verosimilitud abstracta daría precedencia al viaje a España, sea por la razón arriba mencionada, sea porque España era para él un campo nuevo y, por tanto, más sugestivo; sea, finalmente, porque era más fácil el viaje a ella desde Roma, que desde otro lugar.

Es casi seguro que Pablo realizó este viaje a España. Ya a fines del siglo I, Clemente Romano (*Corint.*, 5, 7) afirma que Pablo, *después de haber enseñado la justicia al mundo entero, y de haber llegado a los confines del Occidente, dió testimonio, etc.* La designación geográfica de *confines del Occidente,* para quien escribe desde Roma, no tiene sentido sino referida a España. El Fragmento Muratoriano del año 180, aproximadamente (1), habla del viaje de Pablo a España, y concuerdan con él los apócrifos *Hechos de Pedro,* los *Hechos de Pablo,* y los testimonios sucesivos de muchos padres (Atanasio, Epifanio, Crisóstomo, Jerónimo, etc.). Se ha pretendido decir que estos testimonios se basan tan sólo sobre el propósito expreso de Pablo de ir a España (*Rom.,* 15, 24, 28); pero debería demostrarse esta unicidad de fundamentos, no sólo afirmarla, mientras que los testimonios más antiguos, que son de origen romano, inducen a pensar que se fundan sobre otros documentos locales.

No sabemos nada preciso acerca de este viaje, ni de sus resultados. Tal vez se realizó por vía de mar y no duró mucho; Pablo debía estar de regreso en Roma al cabo de algunos meses, pues es muy difícil que embarcara desde España directamente hacia Grecia y Oriente.

En cuanto a las noticias seguras, que hemos mencionado antes, no queda sino conjeturar una sucesión de hechos en la que encajen convenientemente. Una de estas conjeturas puede ser la siguiente.

637. Pablo marchó a España en el año 63, poco respués de su liberación, y regresó en la primera mitad del 64, encontrándose en Roma a Lucas, que estaba terminando la redacción de los *Hechos* (§ 118). En julio del 64 estalló el incendio de Roma, seguido de la persecución a los cristianos; entonces los *Hechos* se concluyeron bruscamente por la razón que ya expusimos (§ 118), e inmediatamente después, Pablo se alejó de Roma, deteniéndose en algún lugar de Italia, desde donde envió la carta a los *Hebreos* (§ 650 sigs.).

Este lugar fué probablemente un puerto marítimo en donde ya existía de antemano una comunidad cristiana, del estilo de Pozzuoli (§ 596), o de Ostia, o de Porto, lugares donde las inscripciones atestiguan la presencia de judíos ya en tiempos antiguos; allí se refugió Pablo, tanto para escapar a las investigaciones de la policía imperial, especialmente interesada en su captura, como para esperar una ocasión propicia de embarcarse hacia Oriente. Ambos fines se lograron, y a principios del 65 Pablo estaba en Efeso con Timoteo; aquí comienzan las noticias seguras en cuanto a los hechos, si no en cuanto al tiempo.

(1) Cf.: *Vida de Jesucristo,* § 136.

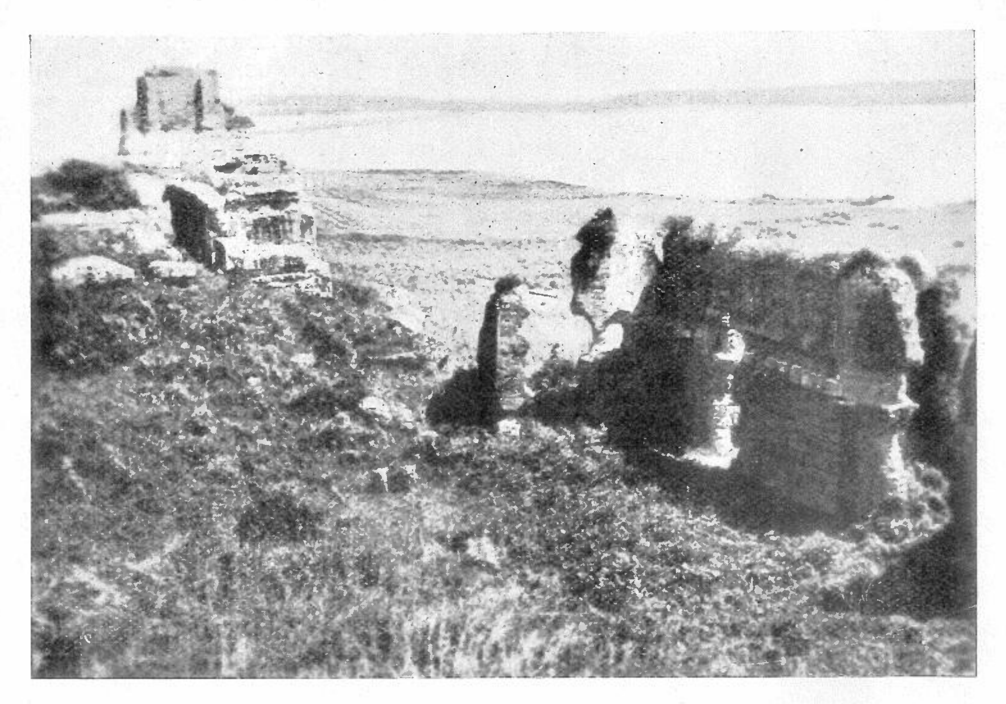


Fig. 140.—NICOPOLIS: RUINAS DEL TEATRO

Después de una estancia de duración incierta, Pablo dejó a Timoteo en Efeso y marchó a Macedonia, desde donde escribió la carta *I a Timoteo*. De Macedonia, pasando tal vez por Corinto, se dirigió a un campo nuevo hasta entonces, y fué a evangelizar, con Tito, la isla de Creta, en la que acaso pensaba desde que atracó en ella camino de Roma (§ 578). Cuando la evangelización estuvo bastante adelantada dejó a Tito en Creta y se dirigió no sabemos a dónde; pero como había decidido pasar el invierno en Nicópolis (§ 635), probablemente el invierno del 65 al 66, escribió a Tito que se reuniera a él allí. Pablo debió pasar el invierno de Nicópolis en actividad intensa, difundiendo el Evangelio por las regiones más remotas, especialmente las del septentrión, puesto que más tarde Pablo enviará a Tito a Dalmacia (*II Tim.*, 4, 10) que está por encima de éstas.

638. Improvisamente, Pablo aparece de nuevo prisionero en Roma, desde donde envía su último escrito, *II Timoteo* (1, 17). Las noticias acerca de este nuevo arresto suyo son oscurísimas; casi con seguridad no tuvo lugar en Roma, sino lejos de ella, donde le alcanzó la policía imperial que le estaba buscando desde que había desaparecido de Roma.

Tal vez algunas alusiones de su último escrito proyecten un tenue rayo de luz. Dice en él, que se ha dejado en Troade (§ 526 sigs)., en casa de un tal Carpio, su propio abrigo, con sus libros y pergaminos (*II Timoteo,* 4, 13), y por esto ruega a Timoteo que le traiga estas cosas al venir a Roma; esta salida de Troade, tan repentina que no da tiempo

siquiera a coger el abrigo de viaje, y los escritos que Pablo tenía siempre a mano, hace pensar en un caso de fuerza mayor, esto es, una detención. El detenido debía ser conducido de Troade a la capital de la provincia, o sea, Efeso (§§ 18, 21), donde se reunieron los primeros elementos del proceso abierto ante el tribunal del procónsul. Pero se había disipado la antigua popularidad de que Pablo gozó allí, aun entre los paganos (§ 469); esta vez fueron pocos sus defensores, entre los que se cuentan Timoteo (ibíd., 1, 4), Onesiforo, Aquila y Priscilla (1, 16-18; 4, 19); muchos fueron, en cambio, los que se alejaron de él, y entre ellos hombres que nunca debieran haberlo hecho, como Figelo y Hermógenes (1, 15); el enemigo más hostil fué Alejandro el herrero (§ 469, nota segunda), que le hizo *mucho mal* (4, 14-15). Desde Efeso, el ciudadano romano prisionero, acompañado del consabido *elogium* oficial (§ 572), debía ser enviado a Roma por mar, y un pequeño grupo de discípulos le dieron escolta; pero el grupo disminuyó ya durante el viaje, porque Trófimo (§ 543) se puso enfermo y hubo de quedarse en Mileto; Erasto (§ 426, cf. 466) se quedó en Corinto, su ciudad (4, 20); otros se alejaron pusilánimes, o por obediencia, después de llegar a Roma, de manera que un cierto día no quedó junto al prisionero sino el fidelísimo, *sólo Lucas* (4, 11).

Este cuadro de Pablo encadenado en Roma y asistido por Lucas es el último que nos ofrecen de él sus escritos. Debía ser el final del otoño del 66 y comienzos del 67.

Repitamos que esta concatenación de los hechos, desde el año 63 al 67, no es más que una reconstrucción hipotética, a la que faltan demasiados datos, tanto en la cronología como en la consecución de los hechos, y no pretende ser segura.

639. LAS CARTAS PASTORALES.—Los tres escritos de donde proceden estas pocas noticias se designan hoy con el nombre de *Cartas pastorales,* porque su tema general es el gobierno de las iglesias, tanto en su constitución interna, como respecto a los peligros exteriores. He aquí un resumen:

I Timoteo.—Después del título y el exordio, Pablo recuerda a Timoteo que le ha dejado en Efeso para que se oponga a los que enseñan *fábulas y genealogías inacabables* (1, 4) inútiles y perjudiciales. Algunos se presentan como doctores de la Ley, pero son charlatanes, los cuales ignoran que la Ley es buena si se usa en buen sentido, y que existe no para el justo, sino para los varios tipos de pecadores; ésta es la doctrina del Evangelio de que Pablo es ministro, habiendo sido elegido para ello por misericordia de Dios, siendo como era antes su perseguidor. El transmite ahora a Timoteo el mismo oficio, para que lo ejercite a diferencia de otros que naufragaron en la fe, entre ellos *Himeneo y Alejandro a quienes entregué a Satanás para que aprendan a no blasfemar* (Cap. 1).

Ruéguese por todos los hombres, comprendido el rey y aquéllos que están constituídos en autoridad, puesto que Dios quiere que todos se salven: Dios es único, y único es el mediador Jesucristo, que se entregó a sí mismo para rescate de todos. Los hombres deben rezar elevando las



Fig. 141.—DIFUNTA EN ACTITUD ORANTE
Roma: Catacumba de Domitila. Siglo III
(Pontificio Instituto di Archeologia Cristiana)

manos, y las mujeres con vestidos modestos y no ostentosos. Las mujeres que escuchen y no enseñen (en las reuniones cristianas), porque son inferiores al hombre y su misión es la prole. El «inspector» (§ 531, nota segunda) debe ser irreprensible, no bígamo (sucesivo), adornado de muchas virtudes, ejemplar en el gobierno de la propia familia: los diáconos deben hallarse dotados de calidades análogas (Cap. 2-3, 13).

640. Pablo espera reunirse pronto con Timoteo; pero caso de que se retrasara, debe comportarse siempre siguiendo la norma de que la casa de Dios es la *Iglesia de Dios vivo, columna y fundamento de la verdad.* Sigue un breve pasaje referente al *misterio de la piedad* en tono lírico y sacado tal vez de algún cántico cristiano primitivo; este misterio se centra en Jesucristo:

manifestado en la carne,
justificado por el Espíritu,
apareció a los ángeles;
predicado a las gentes,
halló fe en el mundo,
fué ensalzado en gloria (3, 16).

Pero el Espíritu anuncia para los últimos tiempos muchos engaños y muchas hipocresías: se alzarán impostores predicando que están prohibidas las bodas, y que son vitandos ciertos alimentos. Timoteo debe oponerse a tales doctrinas; debe detestar las antiguas patrañas de viejas y ejercitarse en la piedad. A pesar de su corta edad, debe servir a todos de modelo, y no descuidar el carisma que posee, que le fué concedido mediante las profecías con la imposición de las manos del presbítero (3, 14-4, 16).

Timoteo debe tratar a cada fiel de modo adecuado a su situación. Debe cuidarse de que las viudas lleven vida ejemplar; en la clase de las viudas, asistidas por la comunidad, incluya a las de edad menor a sesenta años, de conducta irreprochable: las viudas jóvenes deben casarse otra vez; si algún fiel tiene una pariente viuda, que trate de mantenerla y no gravar a la comunidad. Los «presbíteros» deben gozar de particular respeto, especialmente los que predican y enseñan, y no se dé oídos fácilmente a las acusaciones que se hagan contra ellos; Timoteo no debe imponer las manos sino sobre hombres seguros. Que no beba sólo agua pura, sino con un poco de vino, a causa de sus continuas enfermedades (cap. 5).

Siguen después consejos sueltos referentes a los esclavos y a los amos, a los predicadores de doctrinas nuevas, a la codicia; exhortaciones a Timoteo para que se conduzca ejemplarmente, amoneste a los ricos, proteja el depósito de la fe contra los falaces seguidores de la falsa ciencia.

641. TITO.—Título solemne, en el que Pablo recuerda ampliamente sus prerrogativas de predicador evangélico (recuerdo oportuno en una comunidad de fundación reciente) (1, 1-4).

Pablo ha dejado a Tito en Creta para que establezca en todas las ciudades «presbíteros», a los que se llama después «inspectores» (obispos, cf. § 531, nota segunda). El elegido para tal oficio que sea irreprensible, no bígamo (sucesivo), con hijos creyentes y ejemplares, carente de soberbia, ira, etc., y dotado de las virtudes contrarias. Estos doctos son necesarios para que se opongan a los múltiples charlatanes. procedentes en su mayoría del judaísmo, y son mucho más necesarios entre los cretenses, porque de ellos dijo un «profeta»: *Cretenses siempre falaces, malas bestias, vientres perezosos* (§ 232). Tito debe amonestarles para que se conserven firmes en la fe sin dar *oídos a las fábulas judaicas y a los preceptos de los hombres que reniegan de la verdad* (1, 14); porque de palabra veneraban a Dios, pero no de obras (capítulo 1).

Deberes particulares a cada condición, a los viejos, a las mujeres ancianas y a las jóvenes, a los jóvenes, a los esclavos; todos deben vivir con justicia y piedad en el siglo presente, *con la bienaventurada esperanza en la venida gloriosa del gran Dios y de nuestro salvador Cristo Jesús* (cap. 2).

Los cristianos deben ser obedientes a los magistrados, indulgentes y misericordiosos con todos, y deben despojarse de los antiguos vicios. Ha aparecido la benignidad y la «filantropía» del salvador nuestro DIOS, que por su gracia nos salvó mediante un baño de regeneración

y renovación del Espíritu Santo difundido en nosotros. Tito debe insistir en esta doctrina y evitar *cuestiones necias y las genealogías y las contiendas y debates sobre la Ley*. Amoneste una y dos veces al hereje, y después evítelo como pervertido (cap. 3, 1-11).

Cuando Pablo le haya enviado a Artemas o a Tiquico, que venga a encontrarse con él en Nicópolis, donde piensa invernar. Asista solícito a Zenas, el jurisconsulto, y a Apolo, cuando vayan a marcharse. Saludos generales (cap. 3, 12-15).

642. II TIMOTEO.—Después del título, Pablo da gracias a Dios, afirmando que se acuerda continuamente de Timoteo y ansía volver a verle; Pablo piensa en sus lágrimas y en su fe firme, y en la de su abuela Loida y su madre Eunice (§ 372). Que haga revivir en él el carisma de Dios que posee, recibido mediante la imposición de las manos de Pablo; que no se avergüence de dar testimonio del Señor y de su prisionero, Pablo, y tome parte en los trabajos por el Evangelio; confíe en la fuerza de Dios que le ha llamado en virtud de la gracia dada a Cristo Jesús antes de los siglos, y manifestada ahora con la aparición del salvador Jesucristo. Por esto Pablo padece estas cosas, pero es seguro que el Cristo guarda para *aquel día* el depósito que le ha confiado a Pablo; análogamente, que Timoteo custodie el buen depósito de la doctrina recibida de Pablo (1, 1-14).

Timoteo sabe que se han alejado de Pablo todos los que están en el Asia (proconsular), entre los cuales Figelo y Hermógenes; por el contrario, Onesíforo ha permanecido constantemente fiel a él, sin avergonzarse de sus cadenas, y hasta ha venido a Roma y le ha encontrado, después de buscarle ansiosamente; ¡Dios se lo premie! Por lo demás, Timoteo sabe muy bien todo lo que Onesíforo hizo por Pablo en Efeso (1, 15-18).

Timoteo debe transmitir a hombres seguros las enseñanzas que ha recibido de Pablo. Combata como buen soldado de Cristo Jesús; el que sirve de soldado, que no se mezcle en los asuntos de la vida para lograr éxito con quien le ha inscrito en el ejército; de modo análogo se comportan los atletas en el estadio y los agricultores en los campos. Que se acuerde Timoteo de que Jesucristo ha resucitado de entre los muertos, según el evangelio de Pablo, por quien Pablo sufre cadenas como un malhechor, aun cuando la palabra de Dios no está encadenada; si morimos con él, viviremos también con él, y si permanecemos fieles a él, reinaremos con él (2, 1-13).

Timoteo no debe hacerse cuestión de palabras, sino que dé buen ejemplo como recto dispensador de verdad. Himeneo y Fileto se extraviaron de la verdad, diciendo que ya había sucedido la resurrección, y apartaron de la fe a algunos; pero Timoteo no debe asombrarse por la presencia de malignos, porque en la Iglesia sucede como en una gran habitación donde se hallan, a la vez, vasos de oro y de plata, pero también de barro; que enseñe con moderación, evitando las cuestiones necias (2, 14-26).

643. En los últimos días vendrán tiempos difíciles; los hombres estarán llenos de vicios, tras una apariencia de piedad. De esta clase

son los que se insinúan en las casas, cautivando a mujercillas que tienen las cabezas llenas de errores y de deseos múltiples; como Jannes y Mambres se levantaron contra Moisés (§ 241), así se levantan éstos contra la verdad; pero quedan confundidos. Timoteo, en cambio, sabe por experiencia cuál es la conducta de Pablo y aun sus sufrimientos padecidos en Antioquía (Pisídica), Iconio y Listra, de los que le sacó el Señor. Quien quiere vivir piadosamente en Cristo Jesús es perseguido; por esto, que permanezca firme en las doctrinas y el ejemplo recibidos. Desde niño conoce las sagradas Escrituras, que enseñan la salvación mediante la fe en Cristo Jesús; *Toda la Escritura es divinamente inspirada y útil para enseñar, para argüir, para corregir, para educar en la justicia* (cap. 3).

Pablo conjura a Timoteo para que sea activo en la difusión y defensa de la buena doctrina. Vendrá, en efecto, el tiempo en que los hombres no tolerarán la verdad y se buscarán maestros que acaricien sus oídos; pero él debe permanecer fiel en su oficio, haciendo obra de evangelista. *Cuanto a mí, a punto estoy de derramarme en libaciones, siendo ya inminente el tiempo de mi partida...* (Véase el pasaje entero en § 171).

Que se apresure Timoteo a venir junto a Pablo, porque Demas le ha abandonado (§ 611), Crescente está en Galacia (¿Galia?), Tito en Dalmacia, y sólo Lucas está a su lado. Que traiga consigo a Marcos, porque le servirá a Pablo de gran ayuda. Le hace saber que ha enviado a Tiquico a Efeso. Que al venir le traiga el abrigo que se dejó en Troade, en casa de Carpo, junto con sus libros y pergaminos. Alejandro, el herrero, le ha hecho mucho daño. Que se guarde de él Timoteo. *En mi primera defensa nadie me asistió, antes me desampararon todos. No les sea tomado en cuenta. El Señor me asistió y me dió fuerzas, para que por mí fuese cumplida la predicación y todas las naciones la oigan. Así fuí librado de la boca del león* (4, 16-17). Pablo, finalmente, envía saludos a Prisca y Aquila y a la casa de Onesíforo. Comunica que Erasto se quedó en Corinto, y Trofimo en Mileto, porque estaba enfermo. Ruega a Timoteo que se apresure a venir antes del invierno. Envía saludos para Eubulo Pudente, Lino y Claudia.

*
* *

644. Las tres cartas pastorales las atribuye a Pablo una tradición concorde, cuyo testimonio comienza en la primera mitad del siglo II. El único disidente, incluso entre los heréticos, fué Marción (en cuanto a Tanciano, la cosa es dudosa), el cual, como de costumbre, rechaza los tres escritos, no porque tenga testimonios históricos que disientan de la tradición en cuanto a su procedencia, sino porque las ideas que hallaba en ellos no concordaban con las suyas propias. En el siglo XIX volvió a tener vigencia el juicio de Marción, y, junto con él, su método, con la única diferencia de que a los antiguos conceptos teológicos de Marción se sustituyeron cánones fijos de determinadas escuelas.

Los más importantes de estos cánones son: que la organización jerárquica eclesiástica que se muestra en las cartas pastorales está de-

masiado desarrollada para ser de tiempo de Pablo, y sólo puede pertenecer al siglo II adelantado; además, que los herejes mencionados en estas cartas son, en realidad, los secuaces de los grandes sistemas gnósticos del siglo II, y particularmente de Marción, y, por tanto, las cartas son posteriores a estos sistemas. Se aducen otras razones como argumentos más convincentes: que la lengua y el estilo difieren de la lengua y el estilo de las cartas seguras de Pablo; que la doctrina de una Iglesia encuadrada y organizada no puede ser de Pablo, que se ocupaba tan sólo del mensaje libre de la fe en Cristo (y esperaba una parusia inminente, añaden los escatólogos); finalmente, que en toda la vida de Pablo no se halla un período adecuado dentro del cual quepan estas cartas.

645. Pero, como sucede siempre, después de la negación furibunda en masa viene el período de la reflexión vacilante; no se podía aceptar la autenticidad que afirmaban concordes los testimonios antiguos; pero tal vez era excesiva la *tabula rasa* decretada por los modernos. Entonces se tomó la vía media, el compromiso; muchos eruditos supusieron que en las tres cartas—sobre todo en *Tito* y *II Timoteo*—han sido incorporados algunos «billetitos» auténticos de Pablo, pero retocados y arreglados por una mano posterior. Y así podía aplicarse el método de la «extracción» separando lo auténtico de lo falso.

Fueron varios los fragmentos debidos a este procedimiento,, pero, como era inevitable, variaban según los eruditos, y las cartas «reconstruídas» resultaron diversas entre sí. Es inútil detenernos a señalar la falta de base crítica objetiva que encierran estos métodos, después de lo dicho anteriormente (§ 120); queda sólo la pregunta, que surge espontánea, de cómo estos pacientes astrólogos de la crítica esperan hallar crédito para sus afirmaciones gratuitas, desde el momentos en que no han hallado crédito entre ellos los autorizados testimonios de la antigüedad. Un «sí» pronunciado en el siglo II por el Fragmento Muratoriano (junto con tantos otros documentos, como en nuestro caso), vale por cien «no» decretados por los seguidores de las teorías modernas, destinadas a marchitarse al cabo de algunos decenios.

646. Los argumentos aducidos para rechazar en masa las tres cartas son más aparentes que reales.

¿No hay en toda la vida de Pablo un período al que atribuirlas? Lo hay, naturalmente, con tal de que no se trunque la vida de Pablo con el corte de los *Hechos* (§ 116 y sigs.); si, con arreglo a lo que sugieren diversas fuentes, Pablo vivió todavía varios años después de la liberación de su primera prisión romana, tenemos un período más que suficiente dentro del que caben las tres cartas, las cuales exigen por sí mismas este período. El que la primera prisión acabara no con una condena a la pena capital, sino con una absolución, lo había previsto ya Pablo y expresado en sus cartas escritas durante la prisión.

¿No puede ser de Pablo la doctrina de una Iglesia encuadrada y organizada? Es posible que no sea ésta la doctrina de Pablo que han inventado la escuela de Tubinga o la escatológica, pero no es evidente que estas escuelas hayan delineado un Pablo más auténtico que el que

delinean los documentos. Reuniendo los elementos de la doctrina eclesiológica de Pablo esparcidos en sus cartas precedentes y en los *Hechos*, se ve que concuerdan con cuanto dice—en forma más insistente y más amplia—en las cartas pastorales.

¿La lengua y el estilo de las pastorales difiere de las otras cartas? Es verdad y no lo es. También aquí se han contado las palabras y alistado las frases; de 897 palabras, 133 no aparecen en los otros escritos de Pablo (fuera de la carta a los *Hebreos*) y 171 no aparecen ni en los escritos mencionados ni en el resto del Nuevo Testamento; por tanto, un total de 304 palabras forma el patrimonio lexicográfico particular de las pastorales, con respecto a las otras cartas de Pablo. El número de las frases especiales y de los *hapax legomena* es considerable.

647. Estas afirmaciones son ciertas (si bien cómputos realizados más modernamente difieren algo y tienden a disminuir la divergencia lexicográfica entre los dos grupos de escritos) pero no es verdad la conclusión que se saca de ellas acerca de un escritor diverso.

En primer lugar, siempre queda que la gran mayoría de palabras, casi dos tercios, aparece en las cartas anteriores. Además, ¿qué influencia no han ejercido sobre la lengua y el estilo, en todo tiempo y sobre todo escritor, el tema, la edad y las circunstancias exteriores? Abundan los ejemplos, pero serían superfluos. ¿Acaso Pablo ya viejo debía escribir como cuando estaba en plena posesión de su energía? Y ahora que provee premurosamente a la vida interna de las comunidades, ¿debería emplear el mismo vocabulario y la misma fraseología que empleó cuando polemizaba con los judaizantes de Galacia? Y los nuevos temas ahora tratados, ¿no exigen términos nuevos o nuevas adaptaciones de los términos antiguos?

Finalmente, se ha notado que la divergencia de léxico entre las pastorales y las cartas de la primera prisión es mucho menor que con respecto a las cartas más antiguas; y el hecho es muy explicable, porque en las cartas de la prisión tenemos un Pablo ya entrado en años y que trata temas más próximos a los pastorales que no los temas de las cartas antiguas. Además, es notable la falta de conexión en la trama conceptual de las pastorales, que proceden casi a saltos, sin un verdadero plan esquemático previo; pero esto corresponde a su carácter y a las circunstancias en que fueron escritas; Pablo da en ellas preceptos prácticos ocasionales, a medida que le vienen a la mente, aun interrumpiéndose y volviendo sobre lo ya dicho; no se olvide que la *II Timoteo*, escrita en la última prisión, bastante dura, debió componerse en medio de grandes dificultades materiales.

648. Quedan las principales razones aducidas en contra de la autenticidad de las pastorales.

No es verdad que la organización y la jerarquía eclesiásticas preconizadas en estas cartas sean prematuras, porque corresponden a las situaciones que maduraron sólo en el siglo II, muy entrado; en cambio, es verdad, por el contrario, que ya en el primer decenio del siglo II nos encontramos con una situación más avanzada que la preconizada en las cartas pastorales. En las cartas de Ignacio de Antioquía, escritas

entre 107 y 108, nos hallamos con que se presenta con toda precisión la jerarquía del episcopado monárquico, estable y residencial (1) en el vértice superior de la jerarquía; está el «inspector» (obispo, episcopo), que hace las veces de Dios y de Jesucristo; separados de él, y subordinados suyos son los «ancianos» o presbíteros, que representan el colegio de los apóstoles; por debajo están los diáconos, dispensadores de los misterios de *Cristo. Sin estos* (tres grados) *no se llama iglesia* (*Trallian,* 3, 1). Todo esto no se halla en las cartas pastorales, donde se llama a la misma persona, indiferentemente, «anciano» e «inspector» (*Tito,* 1, 5, 7); así también en *Hechos* (§ 531, nota segunda), donde Tito y Timoteo son tan sólo vicarios de Pablo y representantes de su autoridad, y no están circunscritos a una sede estable, sino privados de residencia permanente; todo esto descubre un período de organización aun incompleta, y, por tanto, anterior a la organización realizada ya, que resulta de las cartas de Ignacio.

La organización iba difundiéndose más o menos rápidamente, según las diversas regiones, y no puede pretenderse que en tiempo de las cartas pastorales (años 64-67) se hubiera realizado ya la labor ultimada cincuenta años más tarde, en tiempo de Ignacio; el mismo Clemente Romano, escribiendo a los corintios entre los años 96-98, habla, sí, del grado de los diáconos como distinto del de los «inspectores» obispos (*Corint.*, 42, 4-5), pero a los que pertenecen a este grupo les llama en otro lugar «ancianos» o presbíteros. En conclusión, las cartas pastorales revelan una organización eclesiástica menos elaborada y perfecta de la que estaba vigente en el primer decenio del siglo II, y por esto se refiere a un período anterior, confirmando de este modo lo que la tradición dice con respecto a la fecha de su composición.

649. La otra razón aducida contra la autenticidad es todavía menos fundada Las cartas pastorales no combaten los grandes sistemas gnósticos del siglo II, ni el de Marción, ni el de Valentín o de otros, sino algunos elementos doctrinales anteriores a aquellos sistemas. Los precedentes de la gnosis del siglo II son muy poco claros, pero, sin duda, se remontan más allá de los grandes sistemas estructurados en aquel siglo; señalamos ya sus huellas en las cartas de la prisión (§ 619 y siguientes). A su vez, las pastorales indican que los representantes de estas ideas proceden del judaísmo (*Tito,* 1, 10), son doctores de la Ley (*I Tim.,* 1, 7), luchan acerca de la Ley (*Tito,* 3, 9), imponen preceptos de hombres (*Tito,* 1, 14) y cuentan fábulas judías y genealogías interminables (*I Tim.,* 1, 4; *Tito,* 1, 14; 3, 9). En todos estos elementos es clarísimo el color judío, que, por el contrario, está casi totalmente ausente de los grandes sistemas gnósticos; las genealogías judías a que aluden las pastorales son más bien las relativas a los patriarcas de la nación hebrea, entretejida por la *haggadah* (§ 76) y conservadas en varias *midrashim* judaicas, especialmente en el *Libro de los Jubileos,* apócrifo compuesto en Palestina en el siglo II a. de C. Naturalmente, con estos elementos judíos podían haberse mezclado otros de procedencia varia,

(1) Textos y precisiones en A. Casamassa: *I Padri Apostolici,* Roma 1938, páginas 150-153.

y el todo sería cimentado por elaboraciones personales, a las que aluden las pastorales varias veces, pero de un modo demasiado vago para nosotros. De todas maneras estamos todavía muy lejos de los minuciosos sistemas gnósticos que surgirán en el siglo siguiente.

650. La carta a los hebreos.—A ningún período de la vida de Pablo, salvo a este período de penumbra que estamos examinando, puede atribuirse un escrito singularísimo, que la mayoría de los testimonios antiguos atribuye a Pablo: la carta a los *Hebreos.*

Sucede a veces que frente a un gran hemiciclo alpino se encuentra un enorme macizo solitario que se levanta en medio de una llanura, y no muestra ningún ligamento visible con las montañas que lo rodean desde lejos. Son las llamadas «masas erráticas», separadas de aquellas montañas en tiempos prehistóricos y transportadas a los valles mediante fenómenos geológicos varios. Hoy no es posible ver ligamentos del macizo con las montañas; pero si se analiza la constitución interna de su piedra, se halla semejante a la de las montañas en torno. Es señal de que el macizo procede de ellas.

Este parangón surge espontáneo a la mente de quien resuma lo que la tradición externa y el análisis interno afirman de la carta a los *Hebreos,* en relación con los otros escritos de Pablo.

Pero también viene a la mente otro parangón a quienes están ya familiarizados con aquellos escritos y leen la carta; y es un parangón bíblico. El *Génesis* cuenta que Jacob se cubrió de pieles de oveja para hacerse pasar por su peludo hermano Esaú, y obtener así de su padre Isaac, ciego, la bendición que correspondía a su hermano primogénito; pero Isaac, al oír la voz del que pedía la bendición, quedó maravillado y quiso palpar el peticionario para cerciorarse de su persona; mas, aun después de palparlo, el ciego permaneció turbado y expresó su estado de ánimo exclamando: *La voz, es la voz de Jacob; pero las manos, son las manos de Esaú* (*Gen.,* 27, 22). Más o menos, esta es la impresión que se tiene al leer la carta a los *Hebreos:* palpando, se palpa a Pablo; escuchando, no se oye su voz.

651. La impresión no es nueva, sino que se percibió ya en el siglo II, y frente a ella titubeó la tradición, que durante algunos siglos no mostró con respecto a esta carta la misma certeza que mostró con respecto a los demás escritos de Pablo, porque muchas veces no reconoció a Pablo por su autor y a veces hasta negó la canonicidad de la carta. Sin embargo, hay que distinguir entre la Iglesia occidental y la oriental, porque las dos grandes partes de la cristiandad adoptaron una actitud precisamente contraria, no sólo frente a la carta a los *Hebreos,* sino también frente al *Apocalipsis.* Mientras no pocos griegos negaron que el *Apocalipsis* fuese de Juan, apóstol, y lo excluyeron del canon; los latinos, por el contrario, lo aceptaron como obra de Juan y como escrito canónico. Por el contrario, mientras muchos latinos o ignoraron la carta a los *Hebreos,* o la atribuyeron a otros que no fueran Pablo, o expresamente la excluyeron del canon, los griegos, en cambio, de común acuerdo, aceptaron la carta como canónica y la atribuyeron a Pablo, si bien a veces supusieron que su estructura literaria no se debía a Pablo.

Limitándonos al caso que aquí nos importa (esto es, *Hebreos*), sería demasiado largo citar los nombres de los griegos que aceptan la carta como canónica y de Pablo, a los cuales podrían añadirse los de algunos sirios del siglo IV; pero sería también demasiado largo citar a los latinos anteriores al siglo V que no la consideran canónica o de Pablo y por esto nos limitaremos a poquísimos nombres, entre los más representativos.

652. El autorizadísimo Fragmento Muratoriano ignora la carta, y lo mismo hace Cipriano de Cartago. Tertuliano la cita, pero atribuyéndola a Bernabé, no a Pablo, y probablemente no considerándola escrito canónico (*De pudic.*, 20); Gregorio de Elvira (1) la atribuye también a Bernabé. En 392 Jerónimo afirma que la carta *entre los Romanos y hasta hoy se considera como no siendo del apóstol Pablo (De viris illustr.*, 59) pero aquí Jerónimo, y aun en otro lugar donde repite esta idea, es demasiado breve; se ve por otros testimonios no suyos y por estas palabras suyas, escritas en otra parte: *Hay que decir que esta carta, que lleva por título «A los Hebreos», la consideran no sólo las iglesias de Oriente, sino todos los escritores que fueron eclesiásticos de lengua griega como del apóstol Pablo, si bien muchos la creen de Bernabé o de Clemente; no importa de quien sea, desde el momento en que es de un hombre eclesiástico y se celebra todos los días en la lectura de las iglesias. Pues si la costumbre de los latinos no la acoge entre las Escrituras canónicas, tampoco la iglesia de los griegos, con la misma libertad, acogen el Apocalipsis de Juan; sin embargo, no los acogen ambos siguiendo la costumbre de estos tiempos, sino la autoridad de los escritores antiguos (Ad Dardan.*, epist. 129, 3; en Migne, *Patr. Lat.*, 22, 1.103).

Todavía dudaba Agustín a primeros del siglo V, no acerca de la canonicidad de la carta, sino de su paternidad; hasta el año 407 la había mencionado entre las catorce de Pablo, citándola bajo su nombre, pero a partir de 409 en adelante evita el citarla bajo este nombre y recuerda expresamente las dudas de otros con respecto a su paternidad. Para valorar justamente su actitud hay que tener presente que asistió como sacerdote al concilio de Ippona, en 393, y como obispo al de Cartago, en 397, en los cuales se habían declarado canónicas las trece cartas de Pablo apóstol *y una del mismo a los Hebreos*. A partir de Agustín, se hace opinión cada vez más corriente entre los latinos que la carta a los *Hebreos* sea de Pablo, y, dejadas a un lado las antiguas dudas, todos, prácticamente, abrazan esta opinión; desde el siglo V en adelante, pues, la Iglesia occidental se halla de acuerdo con la oriental.

653. La razón principal de esta incertidumbre se indica ya en el siglo III, y no la da un latino, sino un griego, Orígenes, que se expresa así: *La índole de la elocución en la carta titulada «A los Hebreos» no tiene la impericia de la palabra del apóstol, que confesaba ser imperito de palabra, o sea, de elocución; por el contrario, la carta es, en cuanto a su composición y dicción, perfectamente griega. Quien sepa juzgar*

(1) O quien fuere el autor del *Tractatus Origenis de libris SS. Scripturarum*, editado por P. Batiffol, en París, 1900 (p. 108).

acerca de estas diferencias de expresión, podrá atestiguarlo. Por otra parte, el que los pensamientos de la carta sean admirables, y no inferiores a los de los escritos apostólicos incontestables, lo tendrá por cierto también quien esté habituado a la lectura de textos apostólicos... Yo, por lo tanto, por mi cuenta, diré que los pensamientos son del apóstol, pero la redacción y la composición son de alguien que se acordaba de los (pensamientos) apostólicos, o como de quien redactara por escrito los dichos del maestro. Si, por tanto, alguna iglesia considera esta carta como de Pablo, sea encomiada también por esto, puesto que no sin razón los antiguos la trataron como de Pablo. Pero sólo Dios sabe con certeza quién ha escrito la carta; han llegado a nosotros noticias de algunos según las cuales Clemente, que fué obispo de los romanos, escribió la carta, y de otros según los cuales la (escribió) Lucas, el escritor del evangelio y de los Hechos (en Eusebio, *Hist. Eccl.*, VI, 25, 11-14). Estas observaciones de Orígenes, que, por lo demás, hicieron otros antiguos, conservan todavía hoy su valor.

654. El estilo y la lengua de la carta son muy diferentes de los del epistolario de Pablo; muy rica en *hapaxlegomena,* la carta contiene también muchas expresiones de griego literario que nunca aparecen en el epistolario; la fraseología es flúida, compuesta, rítmica y apenas conoce los saltos y cortes habituales en el epistolario; por el contrario, conoce la elocuencia elaborada de los griegos—no la ruda y espontánea de Pablo—, y desde las primeras líneas alcanza una grandiosidad de elocución que no aparece en ningún otro lugar del Nuevo Testamento.

No hay hebraísmos; el mismo modo de citar la Biblia difiere del usual de Pablo, tanto en las fórmulas introductoras de las citas como en la fidelidad verbal de éstas, y en el empleo exclusivo de la versión de los Setenta. En resumen: Orígenes tiene completa razón al definir esta carta como *perfectamente griega* (Ἑλληνικωτέρα), puesto que esta calidad suya no es igualada siquiera por Lucas, el escritor más helenista del Nuevo Testamento. Pasando de la lectura de *I Corintios* o de *Gálatas* a la de *Hebreos,* se tiene la impresión de pasar casi de un texto popular conservado por los papiros—por ejemplo, la carta de Apión a Epimaco (§ 174)—al discurso de algún orador griego clásico.

¿Habrá, pues, que conceder que Pablo, antes de escribir a los *Hebreos,* permaneció algún tiempo en la escuela de algún rector alejandrino para rehacer *ab imis* su estilo?

Añádase, finalmente, el carácter impersonal de la carta, que carece de exordio con la mención de los destinatarios y saludos, cosas habituales en Pablo: faltan también los acostumbrados saludos finales, de parte de quien los envía, o dirigidos a personas determinadas, y tan sólo se dice que *los de Italia* envían saludos (*Hebr.*, 13, 24). Análogamente, casi al final de la carta se hace saber que el hermano Timoteo ha sido liberado (sin duda de una prisión), y que si llega pronto, el escritor de la carta espera ir junto con él a visitar a los destinatarios (*Hebr.*, 13, 23); pero como no sabemos absolutamente nada de esta prisión de Timoteo, la indicación no da la menor luz acerca de la carta.

655. Las cosas cambian por completo si del examen de la forma se pasa al del contenido. En él encontramos fundamentalmente al Pablo del epistolario; los conceptos expresados ocasionalmente allí, con respecto a la justificación, a la Ley, a la mediación salvadora de Cristo, a su persona, aparacen en *Hebreos*; algunos de estos puntos se tratan aquí de manera más amplia—por ejemplo, el oficio sacerdotal de Cristo—; pero esto, evidentemente, lo exige el fin particular de este escrito: de todos modos, los conceptos respectivos son los mismos que se expresaron más resumidamente en el epistolario. Los comentadores han sacado de ambas partes largas listas de pasajes paralelos (que no podemos dar aquí, pero que pueden ser consultadas directamente), por las que resulta con toda evidencia que los conceptos doctrinales expresados en *Hebreos* hallan casi todos su correspondencia en los conceptos expresados en el epistolario.

Tan grande es esta semejanza de conceptos, que no en vano ejerce influencia hasta sobre la forma, que aun en su finura recuerda expresiones del epistolario. Y esto sucede desde el principio, en el prólogo solemne, donde se llama al Hijo *rayo de la gloria e impronta* (χαρακτήρ) *de la sustancia* de Dios (1, 3), como ya en el epistolario había sido llamado *imagen de Dios, o de Dios el invisible* (*II Cor.*, 4, 4; *Colos.*, 1, 15); después, el mismo Hijo es *hecho tanto mayor que los ángeles, cuanto heredó un nombre más excelso que ellos* (*Hebr.*, 1, 4), así como el epistolario había afirmado ya que Cristo es superior a toda especie de ángeles y a todo nombre (*Efes.*, 1, 21) y ha recibido un nombre que está sobre todo nombre (*Filip.*, 2, 9). Y semejantes correlaciones existen aun fuera del prólogo.

Por tanto, sumando cuanto dicen los testimonios externos con respecto a la carta, y los signos negativos y positivos que muestra en sí misma, nos vemos obligados a repetir el juicio de Isaac: *La voz, es la voz de Jacob; pero las manos, son las manos de Esaú*; esto es, el timbre de la voz es de un desconocido que habla en nombre de Pablo; pero lo que dice este desconocido procede de la mente de Pablo. Es el juicio que ya en la antigüedad dieron Orígenes y otros, según los cuales los conceptos de la carta son de Pablo, pero la composición es de otra mano.

656. ¿Quién es este desconocido? Los antiguos pensaron ya en varios nombres, tales como Bernabé, Lucas, Clemente Romano. Algunos pensaron también que Pablo había escrito la carta en arameo, lengua usual entre los hebreos a que iba dirigida, y uno de los mencionados colaboradores la tradujo al griego, dándole la forma elegante que tiene: hipótesis ésta justamente abandonada hoy día, porque son muchas las razones filológicas para considerar el texto como elaborado de primera mano, y no como una traducción.

Recientemente, se han propuesto otros muchos nombres, Apolo, Sila, el diácono Filipo, Aristión, etc. Caballerosamente se ha dado lugar hasta a una mujer, Priscilla, por la razón de que la carta contenía algo de «feminidad»; pero Harnack, que propuso esta hipótesis, olvidó tal vez la norma de Pablo, que prohibía a las mujeres enseñar en las reuniones cristianas (*I Cor.*, 14, 33-34; *I Tim.*, 2, 12). En realidad, se trata de simples vuelos de la fantasía, cada uno de los cuales es abstractamente más

o menos posible, pero ninguno es concretamente demostrable; por ejemplo, Apolo, el fino alejandrino alegorizante, recordado por Pablo con deferencia aun en los últimos años (*Tito,* 3, 13), pudo muy bien ser el redactor de la carta; pero, ¿quién puede demostrar de hecho que fué él? Será, pues, más razonable, repetir con Orígenes: *Sólo Dios sabe con certeza quién ha escrito la carta.*

657. Indudablemente, la carta está dirigida a los hebreos, como dice el título, aun cuando el título no es primitivo, sino del siglo II; pero ¿a qué hebreos y de qué región?

Los destinatarios son cristianos procedentes del hebraísmo y el carácter de su argumentación, montada sobre citas del Antiguo Testamento, lo demuestra claramente. Esto nos pone en vías de reconocer un grupo particular de judeo-cristianos a los que ha sido dirigida la carta; debía ser, pues, una comunidad cristiana cuyos miembros procedían exclusivamente del judaísmo, o casi exclusivamente. Ahora bien, comunidades de este género no podían existir más que en Jerusalén o en Alejandría, los dos centros más poderosos y numerosos del judaísmo de entonces (1); pero no sabemos que Pablo tuviera jamás relaciones directas con Alejandría, y acerca de los orígenes históricos del cristianismo de esta ciudad no tenemos más que noticias muy vagas y escasas. No queda, pues, más que Jerusalén, a cuya comunidad cristiana iría dirigida la carta.

Pero, naturalmente, también aquí las opiniones se han dirigido hacia otras metas, y dirigen la carta a Roma, a Antioquía, a Efeso, a Corinto, a Tesalónica, a Chipre, a Galacia, a Liconia, a España y aun a otros lugares. Son vuelos de la fantasía, que no pueden tomarse en serio, ni discutirse. Tan sólo la destinación de Roma no es arbitraria, si bien, no parece probable a la luz de los documentos. Vimos que la comunidad de Roma, cuando Pablo le dirigió la carta a los *Romanos,* estaba constituída, en su mayoría de ex paganos (§ 513), lo cual no corresponde a la indicación vista más arriba; tampoco la descripción vivísima del culto en el Templo de Jerusalén, como si estuviera aún vigente, parece un argumento bueno para unos lectores que en su vida habían asistido a aquel culto. Añádase el hecho de que el escritor envía saludos de parte *de los de Italia* (13, 24); lo cual, en rigor, pudiera indicar personas oriundas de Italia y que vivían ahora fuera de ella, y que desde su nuevo país enviaban saludos a los romanos; pero es más fácil que se trate de judíos que desde Italia envían saludos a los destinatarios de la carta, o sea, a los jerosolimitanos.

658. Esta designación geográficamente vaga, *de Italia,* puede servir de tenue sugerencia. ¿Por qué no nombra el escritor la ciudad precisa en que se encuentra, añadiendo los diversos lugares en que se hallan los que envían los saludos? La designación *Italia* dice demasiado y demasiado poco, porque en Italia estaban los judíos de Roma y los de Pozzuoli, y los de tantos otros lugares de la península, y no es probable que de todos ellos enviaran saludos; ¿qué inconveniente había para nom-

(1) Para la importancia de Alejandría, véase *Historia de Israel,* § 190.

brar el lugar o los lugares de donde procedían los saludos? Como supusimos (§ 637), había un inconveniente, y consistía en el peligro de que la carta cayese en manos de la policía imperial, que estaba buscando a Pablo, el cual se escondía esperando marchar a Oriente; con la designación general de *Italia*, la carta, aun cuando fuera interceptada, habría sido de poco auxilio a la policía. Si esta indicación tiene algún valor, la carta debió ser escrita entre los años 64 y 65.

659. A esta fecha corresponden las condiciones generales de Jerusalén y de Palestina. Las cosas iban allí muy mal, y se estaba en vísperas de la gran guerra que estalló en el 66 y terminó en el 70 con la destrucción de Jerusalén y del Estado Judío; en todas partes había aires de tormenta y los cristianos de las comunidades locales presentían claramente que eran los más expuestos al inminente huracán. Yo en el 62, habían padecido una persecución, en la que había sido muerto Santiago, el «hermano» del Señor (1); ese mismo año había sustituído al buen Porcio Festo, como procurador, el pésimo Albino (62-64), del que dice Flavio Josefo que «no hubo ninguna clase de maldad que no practicara»; a Albino le había sucedido Gessio Floro, que también, según Josefo, superó en maldad al propio Albino, y llegó a Judea como si fuera «un verdugo enviado para ajusticiar a los condenados». Mientras tanto, desde el año 62, circulaba por los caminos Jesús, hijo de Anano, gritando incesantemente: *¡Voces de Oriente! ¡Voces de Occidente! ¡Voces de los cuatro vientos! ¡Voces sobre Jerusalén y sobre el Templo! ¡Voces sobre el esposo y la esposa! ¡Voces sobre todo el pueblo! Repetía esta tétrica predicción noche y día, por todos los caminos... y en las fiestas gritaba más que nunca; y ni enronqueció, ni se cansó gritando esto durante siete años y cinco meses* (Flavio Josefo), a pesar de las cruentas penas a que fué sometido. Al mismo tiempo, los zelotas-sicarios arreciaban, cometiendo por todas partes robos y rapiñas, y la anarquía se difundía cada vez más por Jerusalén y por toda la región.

Por esto, en el 66, *muchos judíos ilustres, como tirándose al mar desde una nave que naufraga, abandonaron la ciudad* (*Guerra de Judea*, II 556); a su vez, y en el mismo tiempo, los judeo-cristianos de Jerusalén, advertidos por una comunicación carismárica recibida por sus jefes, se trasladaron a Pella, ciudad de Perea, *y de este modo la metrópoli real de los judíos y toda la región de Judea fueron abandonadas por los hombres santos* (= cristianos). (Eusebio: *Hist. Eccl.*, III, 5, 3.)

660. Nuestra carta no fué dirigida a estos cristianos cuando, ciertamente, todavía no habían emigrado a Pella, pero cuando las circunstancias ya hacían muy dura su vida, especialmente dentro de Jerusalén. Por otra parte, aun cuando cristianos, sentían correr por sus venas la sangre de Abraham, y no habían olvidado que pertenecían a aquella nación predilecta de Dios, que podía gloriarse—como decía el propio Pablo—de haber recibido *la adopción y la gloria y la legislación y el culto y las promesas, etc.* (*Rom.*, 9, 4-5). ¿Es que estas prerrogativas solemnes se desvanecerían como el humo? Es verdad que de todas partes ve-

(1) Para todos los hechos que siguen véase *Historia de Israel*, II, § 415.

nían presagios de una catástrofe inminente; pero el Templo estaba todavía allí, atestiguando con su culto grandioso la indefectible fidelidad con que Dios mantenía sus promesas. En verdad, el Mesías anunciado ya había venido, Jesús, y ellos creían en El; pero su venida no habría podido abolir las instituciones antiguas del hebraísmo, sino que las confirmaría y corroboraría, habiendo llegado la plenitud de los tiempos, y el reino de Dios sobre la tierra. Así, estos judeo-cristianos conservaron en medio de los tristes presagios y de las tribulaciones más duras, una esperanza, y esperaban ver en breve iniciarse una era en la que el Mesías Jesús hiciera triunfar sobre toda la tierra la religión hebrea un tanto cristianizada.

Estas eran—a nuestro parecer—las circunstancias materiales y espirituales en que se hallaban los destinatarios de la carta a los *Hebreos*, que fué escrita para obviar estas circunstancias y para llevar una *palabra de consuelo* (13, 22). He aquí un breve resumen:

661. Falta en todos los códices el título con el exordio, en donde habitualmente Pablo se presenta en otros escritos como el apóstol de Cristo Jesús, etc. No es imposible que se haya perdido, pero es más posible que nunca haya existido. Algunos antiguos explican esta falta suponiendo que Pablo, apóstol especial de los gentiles, omite a propósito esta calidad suya, porque aquí se dirige a los judíos; la explicación parece justa, sobre todo si se piensa en las antiguas divergencias existentes entre la comunidad de Jerusalén y Pablo con respecto a su apostolado, y ahora, en tiempos tan tristes, no era oportuno aludir, ni siquiera indirectamente, a aquellas divergencias; nótese, en efecto, que la carta presenta al mismo Jesús, como *apóstol... de nuestra confesión* (3, 1).

662. Contraposición entre Cristo y los ángeles. — Dios, habiendo hablado en varios modos a los patriarcas hebreos, les habló últimamente por medio de su Hijo. La Ley antigua había sido promulgada por medio de los ángeles; pero el Hijo divino es superior a ellos, como se demuestra por muchos pasajes bíblicos. Sí, pues, transgredir la Ley antigua era una grave falta, será mucho más grave transgredir la palabra de Cristo. El Hijo divino, a quien todo fué sometido, se humilló transitoriamente en su pasión y muerte para que se obrara la salvación de los hombres, sus hermanos; pero inmediatamente después fué constituído sumo sacerdote junto a Dios, para obtener propiciación a los pecados del pueblo (Cap. 1-2).

663. Contraposición entre Cristo y Moisés. — Fieles ambos a su misión, Cristo es superior a Moisés, porque en la casa de Dios Cristo es Hijo y Señor, mientras que Moisés fué siervo. Si aquellos que antiguamente en el desierto endurecieron sus corazones a la voz de Moisés fueron excluídos, y no entraron en la tierra prometida, con mayor razón quienes no escuchen la voz de Cristo no entrarán en su descanso (Capítulo 3-4, 13).

664. Contraposición entre el sacerdocio de Cristo y el sacerdocio hebreo.—Jesús, Hijo de Dios, es el supremo sumo sacerdote que penetró en los cielos para implorar misericordia en favor de los hombres cuya debilidad compadece; a este oficio le llamó Dios, como Arón, y fué elegido sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec. Los destinatarios de la carta comprenderán difícilmente este punto, porque aun son incapaces de tan alta doctrina, y, en cambio, se hallan en peligro de volver a sus antiguas ideas; pero que recuerden que no hay penitencia para quien conscientemente rechaza la fe ya recibida, y crucifican para sí mismos al Hijo de Dios y le exponen a la afrenta (6, 6). Sin embargo, el escritor confía en que superarán la prueba, recordando las promesas que hizo Dios a Abraham. El sacerdocio de Melquisedec es una prefiguración del sacerdocio de Cristo: así, como Melquisedec aparece en la Escritura como superior a Abraham y a Leví, así el sacerdocio de Cristo es superior al levítico, y El es sacerdote para siempre (4, 14-7,28).

665. Contraposición entre el sacrificio del Nuevo Testamento y el del Antiguo.—El sacerdote Cristo, sentado a la diestra de Dios en los cielos, ofrece el sacrificio en el verdadero tabernáculo, fabricado por Dios y no por el hombre. El tabernáculo de la Ley mosaica tenía dos partes, en la primera podían entrar corrientemente los sacerdotes, mientras en la segunda entraba una sola vez al año únicamente el sumo sacerdote, a esparcir la sangre de la expiación; esto era una prefiguración del futuro, porque Cristo entró realmente en virtud de su propia sangre en el tabernáculo no hecho por mano de hombre, operando la redención y estableciendo el Nuevo Testamento; de modo que mientras el Antiguo Testamento fué ratificado con la sangre de los animales inmolados, el Nuevo fué ratificado con la sangre del testador y sumo sacerdote. El sacrificio de expiación se renovaba todos los años en el Antiguo Testamento, mientras en el Nuevo, Cristo se ofreció a sí mismo de una vez para siempre, porque en el primer caso existía una eficacia limitada, pero en el segundo había una virtud perfectiva infinita (Cap. 8-10, 18).

666. Exhortaciones a la perseverencia.—Los destinatarios deben mantenerse fieles a la justicia operada por Cristo, acordándose del castigo que amenaza a quien se haga infiel; que vuelvan a pensar en su primitivo fervor para soportar las tribulaciones, y vuelvan a encenderlo, porque el fin está próximo. Tengan presentes los maravillosos ejemplos de fe dados por los patriarcas, Abel, Enoc, Noé, Abraham, Sara, Isaac, Jacob, José, Moisés, Josué, los Jueces y, en general, de los demás personajes del Antiguo Testamento. Que recuerden, sobre todo, el ejemplo dado por el *autor y consumador de la fe, Jesús, el cual, en vez del gozo que se le ofrecía, soportó la cruz sin hacer caso de la ignominia, y está sentado a la diestra del trono de Dios* (12, 2). Que resistan, pues, la prueba de la sangre, que les purificará y acrecentará su justicia. No imiten a Esaú en su insensatez, ni a los antiguos hebreos, que quedaron aterrados ante la voz del Dios del Sinaí; están en la ciudad de Dios vivo, más santa que el Sinaí (10, 19-20, 29).

Diversas recomendaciones.—Se recomiendan la caridad, la hospita-

lidad, la castidad, la liberalidad, la obediencia a los superiores. No se dejen trastornar por las doctrinas *varias y peregrinas,* y preocúpense de la gracia y no de los inútiles preceptos referentes a los alimentos. Sigan el ejemplo de Jesús, muerto fuera de la puerta de la ciudad; salgan en pos de El, llevando consigo su oprobio, porque no tienen ahora una ciudad permanente, sino que esperan la ciudad futura.

El escritor exhorta a que rueguen por él, *para que os sea pronto restituído.* Comunica que el hermano Timoteo ha sido liberado, y si se reúne pronto con él, irán los dos a visitarles. Les saludan *los de Italia* (Cap. 13).

*

* *

667. La segunda prisión romana debió prolongarse algunos meses, entre el 66 y el 67. La persecución de Nerón se desencadenó furiosa primero el año 64, inmediatamente después del incendio de Roma; pero no terminó aquel año; había establecido, al menos implícitamente, el precedente jurídico *non licet esse christianos* (Tertuliano: *Apolog.,* IV, 3), y este precedente podía aplicarse siempre por las autoridades civiles cuando lo requirieran las autoridades políticas o policíacas; a partir de ahora el nombre de cristiano era un nombre incriminado, que llevaba consigo los *flagita cohaerentia nomini* (Plinio el Joven: *ad Trianum,* 2).

En medio de la escasez de noticias con que nos hallamos, podemos suponer que Pablo, a quien la policía imperial buscaba desde el comienzo de la persecución, y capturó en el 66, fuera sometido en Roma a un proceso bastante minucioso, sea porque se trataba de un representante insigne de la religión perseguida, y además, ciudadano romano; sea porque habiendo terminado el período de las ejecuciones sumarias se procedía ahora con un método más minucioso.

668. Parece que hay una alusión a este método, y a la longitud del proceso en las palabras de Pablo a Timoteo: *En mi primera defensa nadie me asistió... El Señor me asistió, y me dió fuerzas... Así fuí librado de la boca del león* (§ 643). Ya algunos antiguos, siguiendo a Eusebio (*Hist. Eccl.,* II, 22, 2-4), interpretaron esta primera defensa como referida a la primera prisión romana, y el león, como un símbolo de Nerón, entonces imperante; sin embargo, es seguro que la frase *boca de león* es una simple cita del salmo 22 (Vulg. 21), y alude, en general, a un peligro gravísimo. En cuanto a la *primera defensa,* no parece que pueda aludir a la primera prisión romana, porque después de aquella prisión Pablo se había encontrado con Timoteo (§ 635), y sin duda le habría hablado de aquella prisión y de su liberación: de modo que no necesitaba comunicarle ahora esta noticia. Esta *primera prisión* debe aludir, en cambio, a una audiencia anterior a este segundo proceso, en la que Pablo logró defenderse bastante bien, y alejar la condena inmediata gracias a un conjunto de circunstancias que desconocemos: sin embargo, él mismo no se hacía ilusiones, y comprendía muy bien que la condenación tan sólo había sido retardada, pero al variar las circunstancias hubo una nueva audiencia: *Cuanto a mí, a punto estoy de de-*

rramarme en libaciones, siendo ya inminente el tiempo de mi partida (§ 643).

Que el *león* no sea individualmente Nerón se comprende por el hecho de que Nerón no estuvo en Roma entre el 66 y el 68, sino en Grecia, haciendo alarde de sus bufonadas heroicas. A este propósito se ha querido ver una alusión a esta ausencia de Nerón de Roma en las palabras de Clemente Romano (*Corint.*, 5, 7) cuando dice que Pablo, después de haber enseñado al mundo entero, y haber llegado a los confines del Occidente (§ 636), *dió testimonio bajo los gobernadores* (μαρτυρήσας ἐπὶ τῶν ἡγουμένων); estos *gobernadores* serían los representantes de Nerón, nombrados por él para que gobernasen Roma, esto es, el liberto Elio y el prefecto del Pretorio, Sabino, porque Tigellino, el otro prefecto del Pretorio acompañó a Nerón a Grecia. Si fuera cierta la intención de Clemente de aludir a estos dos gobernadores de Roma, tendríamos un precioso dato cronológico, porque nadie estaba mejor informado que Clemente, el cual escribía desde el lugar del suceso, y sólo treinta años después de haber ocurrido; pero es preciso decir que esta intención suya dista mucho de ser cierta. Es posible, y tal vez más probable, que aluda tan sólo al conocido pasaje evangélico donde Jesús amonesta a los apóstoles diciéndoles que serán llevados ante el rey y los *gobernadores* (ἡγεμόνας) por su culpa, para que den *testimonio* (*Mt.*, 10, 18; cf.: *Mc.*, 13, 9; *Lu.*, 21, 12, y *I Pedro*, 2, 14); por esto, Clemente haría notar que Pablo realizó el mandato de Jesús, pero no aludiría personalmente a los dos gobernadores de Roma durante la ausencia de Nerón.

669. Después de la *primera defensa* la prisión continuó en medio de previsiones cada vez más tristes, y en condiciones bastante duras. No era la mitigada *custodia militaris* de la vez anterior, sino la *custodia publica*, cumplida en la cárcel común junto con los delincuentes vulgares (§ 561), que difícilmente admitía visitas de parientes y amigos de los detenidos. Una tradición afirma que esta cárcel era el Tulliano, llamado en la Edad Media «Carcere Mamertino», pero no está atestiguada antes del siglo v, y por esto tiene poca autoridad como dato positivo; sin embargo, abstractamente no es imposible su designación (1).

La dureza de trato que Pablo padeció esta vez se desprende de alguna alusión de *II Timoteo*. Onesiforo, venido a Roma expresamente para asistirle, no le halló sino con grandes dificultades, después de muchas indagaciones (ibíd., 1,17); a Pablo le hubiera venido bien el abrigo que se dejó en Troade para el frío de la prisión subterránea, y por esto pide que se lo traigan, a la vez que sus libros y pergaminos, de los que se veía privado (4, 13); deseó tener junto a sí a Marcos, ya práctico en Roma, para tener ayuda en el ministerio que seguía realizando aún desde la cárcel, puesto que el bueno de Onesiforo, probablemente se había vuelto a marchar, y *sólo Lucas* estaba junto a él, insuficiente para realizar los múltiples encargos que le confiaba el prisionero (4, 11); por la misma razón deseó tener junto a sí a Timoteo, urgiéndole para que llegara antes del invierno a causa de las tristes previsiones (4, 21). Sin em-

(1) Cf.: O. Marucchi: *Pietro e Paolo a Roma*, 4.ª ed. citata, p. 142-44. Simón Bar-Ghiora fué ejecutado el año 71 en el Tulliano, y era el jefe de la insurrección de los judíos contra Roma, cf.: *Historia de Israel*, § 480, con fotografía del Tulliano.

bargo, el dinero que distribuían generosamente a la guardia Lucas y otros hermanos, debió hacer que también los demás discípulos pudieran visitar de cuando en cuando al amado prisionero; entre éstos pueden mencionarse a Eubulo, Pudente, Lino y Claudia, que enviaron saludos por medio del prisionero (4, 21), y que debían contarse entre los miembros más insignes de la diezmada comunidad romana.

¿Llegó Timoteo a tiempo de entregar al querido anciano su raído abrigo y sus descoloridos pergaminos? No lo sabemos.

*

* *

670. Pocos meses después de este último escrito, sus tristes previsiones—o mejor su esperanza suprema—se realizó. La segunda audiencia del proceso, conforme a lo previsto, se cerró con la sentencia de la pena capital.

Al día siguiente, o en uno de los días inmediatamente sucesivos, Pablo, según la costumbre romana, fué llevado fuera de la ciudad para la ejecución pública de la sentencia (1). Un centurión, un manípulo de pretorianos; en medio, el anciano que se arrastraba encorvado y encadenado; probablemente, junto a los pretorianos, un grupo numeroso y ruidoso de judíos del Trastevere; tal vez, poco más detrás, un grupo exiguo y silencioso de hermanos cristianos.

La sentencia de muerte para un ciudadano romano era sólo la decapitación, pero ésta debía ir precedida de la flagelación. Por eso, al llegar el pelotón al lugar de la ejecución, desnudaron al prisionero; su cuerpo flaco, atado a una argolla, padeció la última de sus múltiples flagelaciones, la más cruel de todas, tratándose de un *exlex,* de un hombre expulsado para siempre de la ley y de la humanidad entera.

Aquel cuerpo ensangrentado se inclinó después, para ofrecer el cuello. Una orden del centurión; un golpe de espada; ruido. La cabeza rodó; el cuerpo se anegó en un lago de sangre.

Gritos de escarnio en el grupo de los judíos. Paz serena en el rostro de los hermanos cristianos.

Esta fué la muerte de Pablo de Tarso, judío de sangre, ciudadano romano por derecho, antiguamente maestro de la Ley mosaica por libre elección, después apóstol del Evangelio cristiano por vocación suprema. Cada una de estas cuatro prerrogativas se reflejó en su muerte.

671. Los antiguos testimonios acerca del año de su muerte son vagos y poco concordes.

Teniendo en cuenta a Eusebio (*Chronicon,* I, II, Olympiad. 211; en Migne, *Patr. Gr.,* 19, 544), Pablo murió en el año XIV de Nerón, esto es, entre julio de 67 y junio del 68. Jerónimo da expresamente el año XIV de Nerón (*De viris illustr.,* 5), que ofrece una confirmación indirecta, afirmando que Séneca murió dos años antes que Pablo (ibíd., 12); como

(1) Tácito describe con estas palabras la ejecución de un ciudadano romano, que casi podrían aplicarse a Pablo: *Custodia militaris cinctus, ni in ipsa urbe conspectior mors foret, ad quadragesimum ab urbe lapidem, via Appia, fuso per venas sanguine, extingitur* (*Hist.,* IV 11).

Séneca murió en abril del 65, nos hallamos de nuevo en el año 67, que fué parte del XIV de Nerón. Otros testimonios, en cambio, indican el año 66 ó el 68.

Algunos eruditos modernos prefieren el 64; pero son los que en su mayoría niegan la autenticidad de las Cartas pastorales y la existencia de los últimos viajes de Pablo, atestiguados en ellas y, por tanto, no necesitan de este tiempo para situar en él estos viajes; suponen que Pablo cayó víctima de la persecución desencadenada por Nerón después del incendio del 64. Nosotros, por el contrario, considerando auténticas las pastorales, encontramos que la consecución de los últimos viajes, como la hemos propuesto arriba, concuerda sin mayor dificultad con el año 67, asignado como año de la muerte; que, por lo demás, es el mejor atestiguado también por los discordantes testimonios antiguos, y el preferido por muchos eruditos modernos. No se sabe nada con respecto al día de la muerte. El 29 de junio, fecha que ha entrado en la liturgia de las iglesias occidentales, es convencional y debido a los hechos que mencionaremos a continuación.

672. En cuanto al lugar del martirio, una tradición constante, atestiguada desde el siglo II, lo sitúa en las *Aquas Salvias,* un lugar en el camino de Ardea, a poco más de tres millas de Roma, a la izquierda, y poco distante del camino de Ostia. Esta tradición uniforme, basada sobre innumerables testimonios de escritores antiguos y visitantes de Roma, resulta plenamente acorde con los últimos datos acerca de la vida de Pablo, y con las costumbres romanas del tiempo; por tanto, deja poco lugar a dudas (1).

Inmediatamente después del martirio el cuerpo se llevó a un lugar más próximo a Roma, a poco más de una milla de la ciudad, al lado de la vía Ostiense, y allí fué sepultado en un área sepulcral abierta, que ha sido descubierta recientemente, y donde han salido a luz colombarios bien conservados. Esta tumba se hizo inmediatamente objeto de especial veneración para los cristianos de Roma y los forasteros, y lo mismo sucedía con la tumba del apóstol Pedro.

Hasta el siglo IV ninguna construcción notable recubrió estas tumbas, pero los cristianos las distinguían de otro modo; no podemos decir de qué modo, pero sin duda se trataba de signos bien visibles y no carentes de cierta solemnidad; esto se deduce de las palabras del presbítero Gayo, que a principios del siglo III, dirigiéndose a Proclo, hereje catafrigio, dice: *Puedo mostrarte los trofeos de los apóstoles. Si quieres ir al Vaticano, o a la Vía Ostiense, hallarás los trofeos de quienes fundaron esta iglesia* (*romana*) (en Eusebio: *Hist. Eccl.*, II, 25, 7). El término *trofeo* (τρόπαια) dos veces repetido, podía designar tanto la victoria obtenida sobre el enemigo como los despojos tomados al enemigo, y colgados sobre las palas, al uso de los legionarios romanos, después de los triunfos; pero es evidente que si Gayo envía aquí a su contradictor al Vaticano o a la vía Ostiense, es seguro que el enviado hallará signos claros y bien visibles que recordarán a los dos vencedores y sus victorias res-

(1) Múltiples textos sobre todo este tema se hallarán en O. Marucchi: *Pietro e Paolo a Roma,* 4.ª ed. citata, cap. III-IV, y Apéndice I.



Fig. 142.—INSCRIPCIONES DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO III CON INVOCACIONES A PEDRO Y A PABLO EN LA «MEMORIA APOSTOLORUM»
Basílica de San Sebastián en Roma
(de A. FLICHE y V. MARTIN: *Storia della Chiesa,* traducción italiana)

pectivas; en nuestro caso, estos *trofeos* no pueden ser sino los signos honoríficos, desconocidos, que los cristianos colocaron sobre ambas tumbas.

673. En la segunda mitad del siglo II sucedió un hecho nuevo, puesto que en un lugar llamado *ad Catacumbas,* en la tercera milla de la vía Apia, a una milla aproximadamente del cementerio de Calixto, se formó un centro de veneración simultánea de Pedro y Pablo. El hecho se explica hoy, generalmente, pero no indudablemente, suponiendo que en el año 258 ambos sarcófagos fueron transportados a dicho lugar por razones desconocidas, y estuvieron allí durante un breve tiempo; después de lo cual volverían a sus tumbas primitivas. Este lugar de veneración simultánea se llamó *Triclia apostolorum,* y sobre él se levantó en época cristiana la *Basílica apostolorum* (hoy San Sebastián); allí una inscripción (*latomia*) dictada por el Papa Dámaso, atestiguaba:

Hic habitasse prius sanctos cognoscere debes
Nomina quisque Petri pariter Paulique requiris... (1)

(1) Otras copias de la inscripción dicen: *Hic habitare...* (en vez de *habitasse*), lo que induciría a pensar que en el tiempo en que el Papa Dámaso dictaba la inscripción,

Numerosas inscripciones debidas a los antiguos peregrinos contienen invocaciones a Pedro y a Pablo; como las inscripciones están bajo la *Triclia,* y son anteriores a la basílica constantina, prueban la antigua veneración hacia aquella *Memoria apostolorum.*

En el siglo IV el *Depositio martyrum,* y más tarde el *Martirologio Geronimiano,* atestiguan una fiesta *ad Catacumbas,* fijada el 29 de junio. Confrontando las diversas lecturas de los códices puede suponerse que su texto primitivo era: *III Kal. Jul. Roame natale sanctorum apostolorum Petri in via Aurelia in Vaticano, Pauli vero in via Ostiensi, utrumque in Catacumbas, Tusco et Basso consulibus.* Se trata del consulado del año 258, bajo el cual se supone tuvo lugar la traslación. Este día *III Kal. Jul.,* o sea, el 29 de junio, se convirtió después, convencionalmente, en la fecha del martirio de ambos apóstoles en la liturgia occidental, mientras que en las liturgias orientales la fiesta se celebraba, según los lugares, el 28 ó el 27 de diciembre, o bien el 29 de junio, como en occidente. Es probable que en 258 se celebrara por vez primera en Roma a los dos apóstoles en común *ad Catacumbas,* independientemente de la veneración de las tumbas respectivas del Vaticano y la vía Ostiense.

674. Constantino, después de su victoria, hizo construir una basílica sobre la primitiva tumba de Pablo en la vía Ostiense; que, sin embargo, era de proporciones bastante modestas, porque la construcción

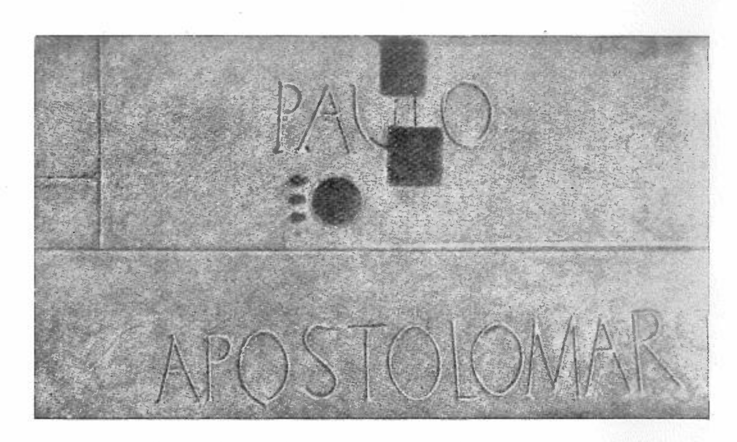


Fig. 143.—INSCRIPCION DE LA TUMBA DE PABLO
(Siglo IV)

entera ocupaba el espacio entre el ábside y el altar papal de la actual basílica; además, estaba orientada en sentido contrario al de hoy, por-

los dos sarcófagos se hallaban todavía en las *Catacumbas.* Recientemente se ha vuelto a plantear la cuestión acerca del momento del traslado y de la duración de la permanencia de los dos sarcófagos *ad Catacumbas*; no podemos entrar en ella, y nos limitaremos a seguir la opinión que—como decíamos arriba—si bien es corriente, no es indudable. Elementos de la discusión actual en G. Belvederi: *La tomba de S. Pietro e i recenti lavori nelle grotte vaticane,* en el *Bollettino degli amici delle catacombe,* 1943, p. 29-64; ídem: *Le cripte de Lucina,* en *Rivista di Archeologia cristiana,* 1944, p. 3-46.

que tenía la entrada sobre el antiguo trazado de la Ostiense, donde hoy está el ábside. Esta pequeña basílica duró poco, y todo lo que queda hoy de ella es la inscripción sobre la tumba.

El año 386, el emperador Valentiniano II demolió la basílica de Constantino, y en el mismo lugar construyó otra mucho mayor y orientada en sentido inverso a la anterior, y conforme al moderno. La construcción fué continuada por Teodosio y otros, hasta Gala Palcidia, como atestiguan las inscripciones que perduran hoy día en el arco triunfal. Después de varias restauraciones, realizadas a lo largo de los siglos, la basílica se destruyó en el incendio de 1823; las partes que quedaron se incorporaron después a la reconstrucción subsiguiente, que dió origen a la basílica moderna.

En el centro de esta basílica, alrededor de la tumba de Pablo, están esculpidas aquellas palabras que resumen admirablemente su vida: *Para mí la vida es Cristo, y la muerte, ganancia* (*Filip.*, 1, 21).

*

* *

El visitante que transita por la silenciosa y solitaria basílica desflora con sus ojos el brillante pavimento de mármol en el que se reflejan las bien pulidas columnas; si levanta los ojos, ve arriba la ondulación de los arcos, y contempla los techos dorados, y los viejos mosaicos supervivientes del incendio; pero los ojos de su espíritu tienen una única visión. Contemplan la figura de Pablo, que se yergue hasta la cintura fuera de su sepulcro, y con el pecho y la frente aparece como dominador del tiempo y del aspacio. *Defunctus adhuc loquitur* (*Hebr.*, 11, 4).

Antes de entrar en la basílica, a poca distancia de ella, el visitante habrá observado una torre de acero, destinada a lanzar noche y día a los espacios etéreos sus mensajes de impalpable materia. No es más que un símbolo. En el interior de la basílica se alza la milenaria torre más firme que el acero, el muerto siempre vivo, que lanza incesantemente al mundo entero su mensaje del espíritu.

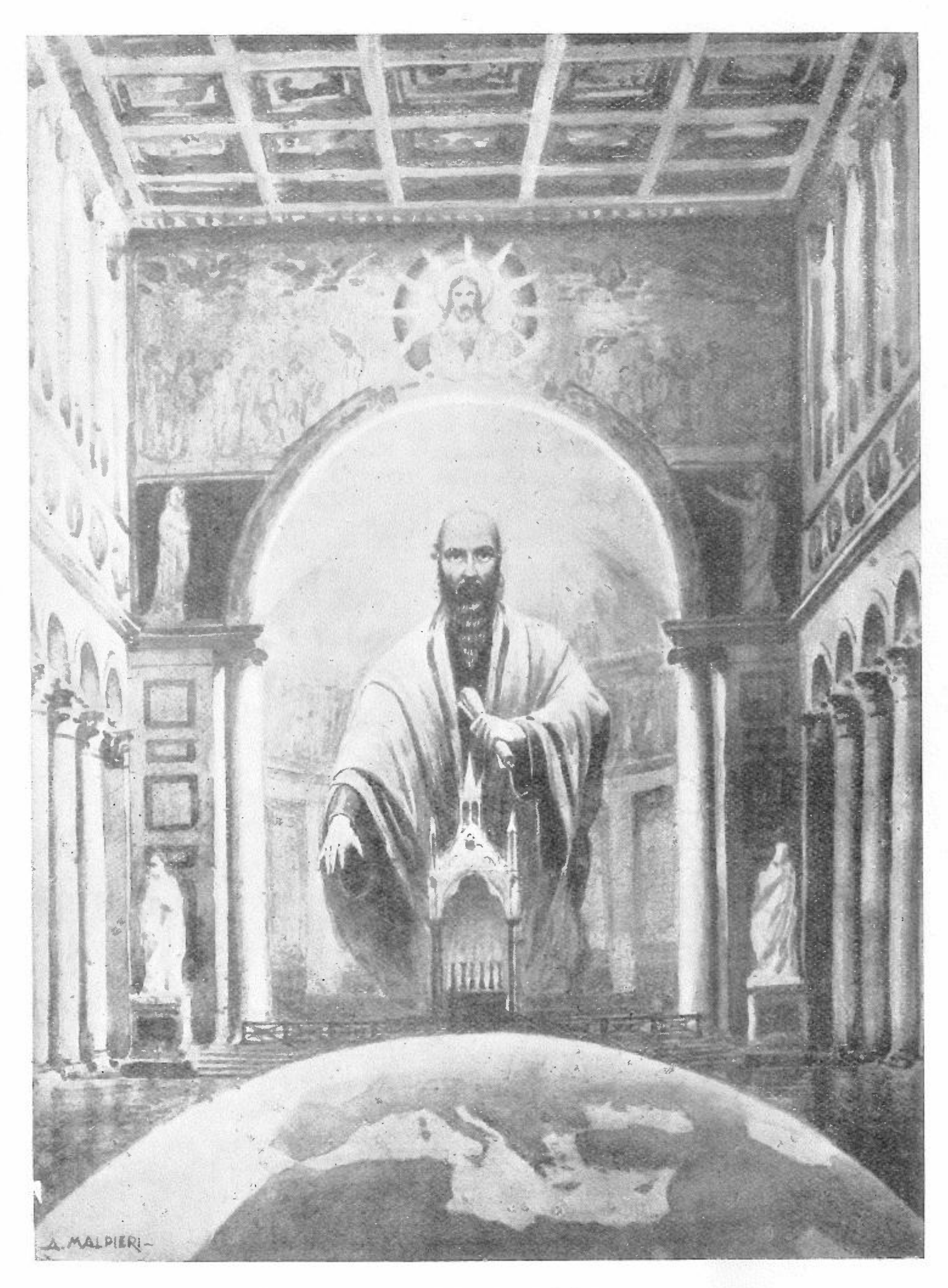
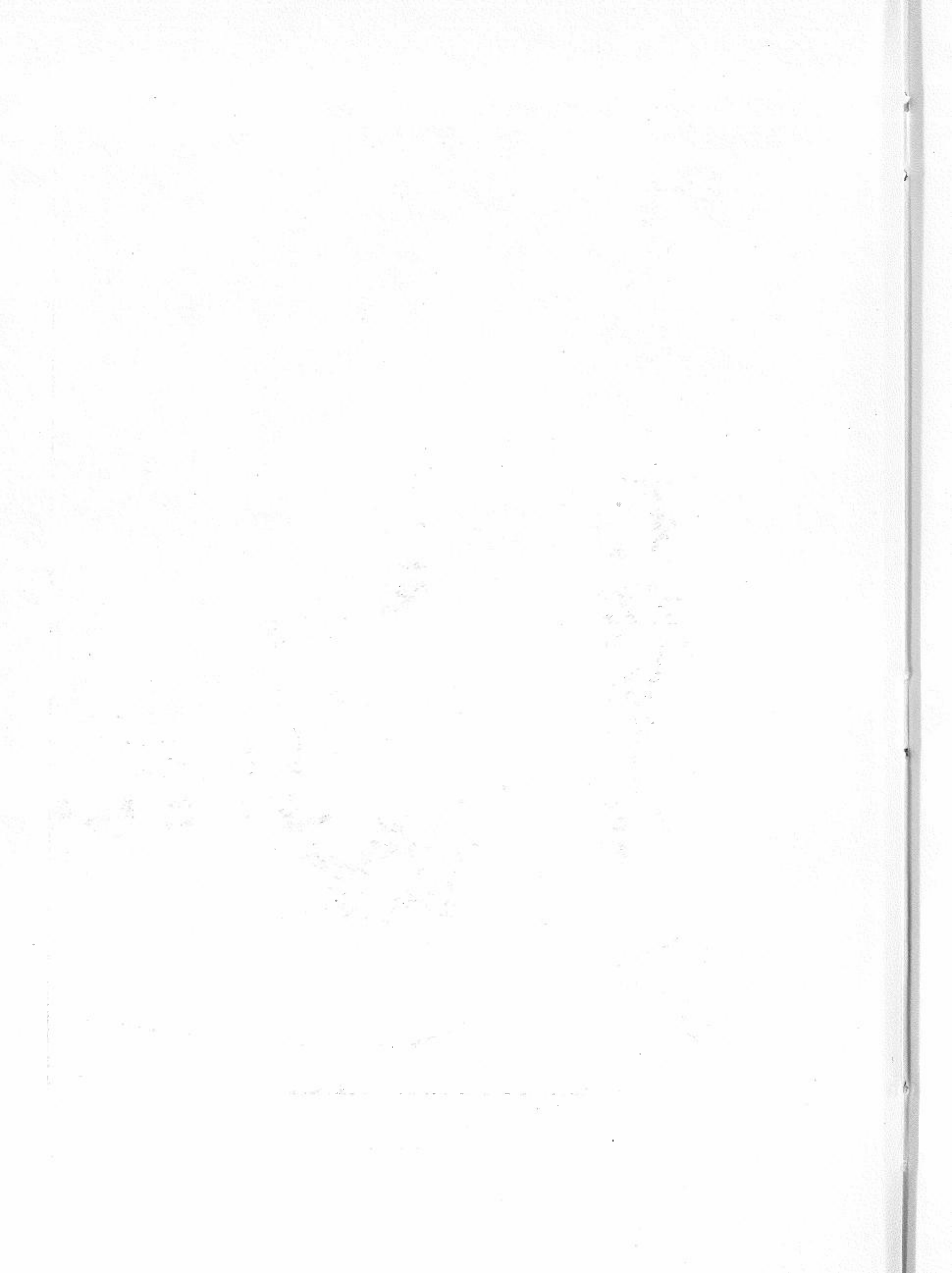


Fig. 144.—«DEFUNCTUS ADHUC LOQUITUR»
(*Hebr.*, 11, 4)



MIRADA RETROSPECTIVA

¿Qué queda hoy de la obra de Pablo?

Materialmente casi nada. Hoy han desaparecido las numerosas y fervientes cristiandades que fundó en Asia Menor y en Macedonia, donde el cristianismo tuvo su segunda cuna; el *Corán* de Mahoma expulsó al Evangelio de Pablo, y está a su vez a punto de ser expulsado por el laicismo ateo. De las demás comunidades fundadas por Pablo en otros sitios, hoy sólo queda una sombra; tan sólo la comunidad de Roma sigue siendo el eje del cristianismo, pero no fué fundada por Pablo, quien la consideró siempre basada sobre los cimientos de otro.

Espiritualmente nos hallamos con todo lo contrario. La obra de Pablo, no sólo permanece hoy día íntegra, sino que ha crecido y se ha dilatado extraordinariamente; si se comparan sus proporciones actuales con las que tenía a la muerte de Pablo, viene a la mente la parábola evangélica del grano de mostaza desarrollado en inmenso árbol. Hoy día, cristianismo significa, en su mayor parte, Pablo, así como civilización humana significa en máxima parte cristianismo; el hombre verdaderamente civilizado, consciente o inconscientemente, en mayor o menor medida, es hoy seguidor de Pablo.

Pero esta ley histórica del fracaso aparente, seguido del triunfo real ha regido siempre los destinos del cristianismo, y aun antes de Pablo puede aplicarse al mismo Jesús.

Los judíos, a quienes se dirigía inmediatamente la misión de Jesús, no se convirtieron; la misión fracasó, y en el propio suelo de los judíos no sólo no arraigó la doctrina de Jesús, sino que cuarenta años después de su muerte hasta la judía fué expulsada de aquella tierra. El fracaso, pues, parece completo. Pero había sido previsto: *en verdad, en verdad os digo que si el grano de trigo en la tierra no muere, quedará solo* (*Jo.*, 12, 24). Es, pues, un fracaso al que va subordinado el triunfo, una muerte que lleva subordinada la vida: muere el grano, para que florezca la espiga. Los mortales mezquinos buscan el triunfo inmediato y caduco; Dios, el futuro y perenne.

Así sucede en Jesús, y así en su discípulo Pablo. Mientras vivió, llenó el espacio con su acción; pero todas las obras hechas sólo en el espacio son caducas, porque están grabadas en la materia, mientras que son perennes las obras inmateriales, grabadas en el espíritu. He aquí, pues, que muerto Pablo y muertas sus obras que llenaron el espacio, sigue llenando el tiempo de aquellos cuyos espíritus están marcados con su pensamiento.

La analogía entre el Maestro y el discípulo es sorprendente, incluso

en el modo como se presentan al historiador, y por la posición que ocupan en la primitiva documentación cristiana. Se ha observado con absoluta exactitud que el Nuevo Testamento, a diferencia del Antiguo, consta sustancialmente de dos grandes biografías, la biografía de Jesús, contenida en los cuatro evangelios, y la biografía de Pablo contenida en los *Hechos* y en el epistolario; lo poco que queda sirve casi para dar relieve a estas dos biografías, y se apoya a su vez en ellas. En realidad, Pablo no había estado junto a Jesús, ni lo había visto jamás en su vida mortal, mientras los demás apóstoles habían sido día y noche compañeros del Maestro durante todo su ministerio público; y sin embargo, de los demás apóstoles sabemos poquísimo, a veces sólo el nombre, mientras que de este décimotercero compañero, de este *aborto* de apóstol (*I Cor.*, 5, 8), tenemos una biografía rica, que es, en parte, una autobiografía. Privilegio tan excelso no fué concedido a nadie más, ni siquiera al adolescente apóstol predilecto, que debía morir viejísimo, después que Pablo, y en lugares roturados por Pablo; pero tal vez Dios lo dispuso así para que junto al retrato del verdadero modelo hubiese el retrato parecidísimo de un modelo humano, y de la superposición de ambos retratos surgieran mejor algunas líneas espirituales del rostro único. *Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo* (*I Cor.*, 11, 1).

*

* *

Desde el punto de vista histórico Pablo tiene la ventaja sobre los demás apóstoles de tener a su servicio un narrador como Lucas, el cual, ciertamente, no quiere hablar sólo de Pablo, pero acaba de hecho por concentrarse totalmente en él. Por otra parte, si Lucas dice mucho de Pablo, no lo dice todo; pero aquí, para integraciones parciales, sirve el epistolario de Pablo. Para demostrar lo incompleto de Lucas basta comparar el *curriculum vitae* que Pablo mismo hace un decenio antes de su muerte (*II Cor.*, 11, 23 sigs.), con lo que Lucas cuenta; Pablo recuerda en su *curriculum* haber padecido cinco flagelaciones de judíos, tres fustigaciones, una lapidación, tres naufragios, un día y una noche pasados en los abismos, además de varias pruebas aludidas sólo en general; pero de todos estos hechos, Lucas sólo refiere la fustigación de Filipos, tal vez la lapidación de Listra y nada más, ni siquiera uno de los tres naufragios de los que no tenemos la menor noticia, y no sabemos dónde ni cuándo sucedieron (el naufragio de Malta es posterior al *curriculum*).

Pero a su vez, también los escritos de Pablo son fragmentarios en cuanto a los hechos y a la doctrina. Jamás se propuso exponer minuciosa, ni resumidamente su biografía o su doctrina entera; tan sólo toca incidentalmente puntos de la una y de la otra, porque le hacen falta para el fin que se propone, pero que no habría expuesto de no haberse presentado la ocasión. Siempre habla escasamente de sí mismo, a veces de mala gana, y como excusándose de haberlo hecho; la noticia de su rapto al tercer cielo casi parece dada a la fuerza, y la comunica después de su *curriculum vitae,* y dice luego, inmediatamente, que se ha visto forzado por las circunstancias a escribir aquello.

Por tanto, las dos grandes biografías que integran la mayor parte

del Nuevo Testamento se parecen también en su inacabamiento, porque ni la de Jesús ni la de Pablo exponen todos los hechos ni toda la doctrina de sus respectivos biografiados; análogamente, en una y en otra hallamos algunas secciones que dan mayor relieve a los hechos, como sucede en el evangelio de *Marcos* para Jesús, y en los *Hechos* y *Gálatas* para Pablo, mientras otras secciones se extienden, sobre todo, o exclusivamente, acerca de la doctrina, como sucede con *Juan* en el caso de Jesús, y con *Romanos* en el de Pablo.

*

* *

El Pablo que conocemos es, antes de nada, el Pablo cristiano, mientras sólo podemos echar una mirada fugaz y nebulosa sobre el Saúl judío, y, sin embargo, basta esta mirada para hacernos reconocer en ambos sujetos la misma persona humana. El hombre escondido dentro de Pablo es el mismo hombre escondido dentro de Saúl, con las mismas notas características y con las mismas contraseñas morales; algunos perfiles se habrán acentuado, o esfumado; el colorido se habrá reforzado aquí y difundido allá, pero la *facies* es siempre la misma, en el rabino y en el apóstol.

Temperamento nervioso, extremadamente sensible a todas las impresiones, Pablo era por naturaleza un impulsivo. Físicamente era resistente a toda fatiga; no sólo sus continuos y trabajosos viajes, sino sobre todo su labor intensísima y realizada en pésimas condiciones en Corinto, en Efeso y en otras partes, presuponen una constitución fisiológica de temple excepcional para salir adelante de tanto agobio, aun dejando de lado otras causas. Sin embargo, desde el tiempo de su gran experiencia mística del año 43, cuando hacía seis años ya que era cristiano, hubo de soportar el *aguijón de la carne,* la misteriosa enfermedad que surgió probablemente en relación con aquella experiencia. Esta enfermedad, con manifestaciones periódicas, mas en general fácilmente ocultable, duraba todavía en el año 57 y probablemente acompañó a Pablo hasta su muerte; no le apartó de sus fatigas materiales y morales porque su férrea voluntad prevalecía sobre todo.

La voluntad se hace dominadora en hombres de un temple semejante, cuando están invadidos por una gran idea. En el rabino Saúl, la gran idea de la Ley y la tradición judía; y para que triunfe esta idea excita al Sanedrín, perturba Jerusalén, registra calles y casas para arrestar a hombres y mujeres, presta asistencia a la lapidación de Esteban, hace que le envíen a Damasco para continuar allí su lucha defensiva y ofensiva. En el Pablo cristiano, la gran idea de Cristo, y a ella encamina con ardor todavía más intenso todas y cada una de sus acciones a lo largo del resto de su vida. Para él ahora vivir es Cristo (*Filip.*, 1, 21), y el resto carece de valor. ¿Quién podrá imponer barreras a su idea? ¿Qué vale contra la idea la materia bruta? Aun encadenado exclamará lleno de esperanza: *Pero la palabra de Dios no está encadenada* (*II Tim.*, 2, 9).

La seguridad en sí mismo y en su misión lleva a Pablo a colocarse siempre en primera línea. No quiere nunca depender de nadie económicamente, y trabaja *con sus manos* para ganarse el pan; moralmente evi-

ta el construir sobre *los cimientos de otros,* no queriendo adornarse con méritos ajenos. Sale para su primer viaje misional en compañía de Bernabé, como colaborador suyo; pero he aquí que ya en Chipre, todavía al comienzo del viaje, se invierten las relaciones, y Bernabé se convierte en el colaborador de Pablo, que prácticamente ha tomado el primer puesto. En el viaje siguiente se preparan ambos para marchar juntos; pero se separan aún antes de ponerse en camino, porque Pablo no halla oportuna una proposición de Bernabé y no quiere en modo alguno acomodarse a su parecer. Esta vez resiste al autorizado Bernabé, como poco antes, en Antioquía, ha resistido al autorizadísimo Pedro, públicamente, no mirando a la cara al jefe de los apóstoles, él el «minimo» en los apóstoles (*I Cor.*, 15, 9), sino mirando tan sólo a la idea que le domina.

Junto a él permanecen sólo discípulos llenos de docilidad y entrega, y que se hallan animados, más que por las propias ideas originales, por la gran idea que Pablo ha sabido transfundirles. No dura mucho junto a él Apolo, pensador de ideas originales, y ni siquiera el estacionado Bernabé; permanecen, en cambio, y se ligan a él de por vida, el adolescente Timoteo, el novicio Tito, el asimilador Lucas, ex-pagano, que se convierten en ampliaciones de la personalidad de Pablo.

Sin embargo, un hombre como éste, nacido para imponerse y mandar, es un amante por excelencia; necesita amar a los hombres, y sentirse amado por ellos, sin lo cual la vida carece para él de sentido. Su «encomio» de la caridad (*I Cor.,* 13) está ciertamente inspirado en su temperamento natural; este himno lírico contempla a los hombres como hermanados en Dios, pero los siente también como compañeros de destierro en esta tierra. El amor de Pablo hacia los hombres no está hecho de afectaciones y blanduras, sino de sacrificio, de entrega, de renuncia; su amor, en resumen, no es sólo una inclinación espontánea, sino, ante todo, una caridad querida.

Los cánones fundamentales de esta caridad, según Pablo, son los siguientes: no atienda cada uno a su propio interés, sino al de los demás (*Filip.,* 2, 4). Alegraos con los que se alegran, llorar con los que lloran (*Rom.,* 12, 4). Los fuertes debemos sobrellevar las flaquezas de los débiles, sin complacernos a nosotros mismos. Cada uno se cuide de complacer al prójimo para su bien, para su edificación (*Rom.,* 15, 1-2).

Pablo halla en todas partes cariño y simpatía, no sólo como apóstol, sino como simple hombre. En Efeso, algunos de los asiarcas son amigos suyos, aun cuando paganos, y se preocupan de salvarle en el motín de los plateros. Los neófitos de todas las comunidades están unidos a él con toda su alma, los de Galacia estaban dispuestos a *arrancarse los ojos* por él, y los de Corinto lloran y se afligen por haberle disgustado; para entristecer hasta las lágrimas a los fieles de una comunidad basta con que Pablo les diga que no prevé volver a verles, como sucede en Mileto, y para alegrarles desde lejos basta con que les anuncie una próxima visita, como sucede con los filipenses.

Pero si un hombre es querido se debe a que antes supo hacerse querer, siendo esta la ley del *amor che a nullo amato amar perdona* (*Inferno,* 5, 103): por esto la simpatía que Pablo encuentra en todas partes no es más que la consecuencia del afecto demostrado antes por él hacia los demás. Escritor poco pulido, al dirigirse desde lejos a sus neófitos sabe

hallar expresiones de una ternura transparente; dice que son hijos de sus entrañas y que los mece en sus brazos como una nodriza (*Gál.*, 4, 19; *I Tes.*, 2, 7), dice que *los lleva en el corazón* y que les *ama a todos en las entrañas de Cristo Jesús* (*Filip.*, 1, 7-8), ha puesto en ellos sus esperanzas, su alegría, su corona de gloria (*I Tes.*, 2, 19-20). Todas sus cosas repercuten en él, y cuando enferma uno de ellos, enferma él mismo, y cuando uno de ellos atraviesa una crisis espiritual, él se abrasa (*II Cor.*, 11, 29). Y no son sólo palabras; cuando llega la crisis de la comunidad de Corinto, que amenaza separarse de él, Pablo, de verdad, se abrasa y atraviesa meses tormentosos a principio del año 57; careciendo de noticias, envía mensajes y mensajeros, y no pudiendo soportar más la espera sale él mismo al encuentro del suspirado mensajero para abreviar el tiempo angustioso.

Los diversos sentimientos de un hombre tan impresionable se reflejan todos en sus borrascosos escritos. De improviso, pasa de la agitación afanosa a la calma confiante, del desdén amenazador, a la expansión cariñosa, de la ironía mordaz a la exhortación afligida. Aquí parece deshecho y aterrado; pero helo inmediatamente después, elevándose como un dominador de todo y de todos. Escribe *entre muchas lágrimas* y no se avergüenza de confesarlo, pero no esconde que también tiene un *látigo* a mano (*I Cor.*, 4, 21).

Estas tempestades sucedían en un espíritu que no era novato en el gobierno de sí mismo, y la moderación de los sentimientos propios. Desde que había nacido a Cristo, un «hombre nuevo» había surgido y se había agigantado inmediatamente dentro de él; pero el «hombre viejo» permanecía aún, y entre ambos se había declarado una lucha sin cuartel y destinada a prolongarse hasta el último día de su vida. Hubo combates internos, sensuales y espirituales (*Rom.*, 7, 14 sigs.); el estratega que vigilaba la lucha dió un tironcito para doblegar la híspida y ruda naturaleza a los dictámenes de la Gracia: el «hombre viejo» se fué limando en provecho del «hombre nuevo» y acabó por hallarse absolutamente sometido a la voluntad de éste, pero jamás fué totalmente vencido y sojuzgado el «hombre viejo».

Sin duda, el Pablo de los umbrales de la vejez es muy diferente del Pablo recién convertido; psicológicamente está más pulido en sus asperezas, y las experiencias múltiples le han hecho más flexible, más dúctil; pero, en último análisis, es el mismo Pablo de antes. Se diría más bien que es un Pablo redoblado, porque está suministrado por el «hombre viejo» y por el «hombre nuevo»; pero éste dominó a aquél. *¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos corren, pero uno sólo alcanza el premio?... Y yo corro, no como a la ventura; así lucho, no como quien azota el aire, sino que castigo mi cuerpo y lo esclavizo, no sea que habiendo sido heraldo para los otros, resulte yo descalificado* (*I Cor.*, 9, 24... 27).

*

* *

Dotado de estas calidades morales Pablo se hizo propagador del evangelio. Como propagandista, tuvo visiones de amplitud ilimitada, tales que suscitaron titubeos e incluso abiertos reproches en otros propagan-

distas, igualmente sinceros; pero no tan perspicaces. Dirigirse a los paganos incircuncisos, excluídos del recinto sagrado de Israel, era una audacia inaudita, casi una profanación para la mayoría de los primeros cristianos palestinos. Pablo, por el contrario, no sólo se dirigió a los paganos, sino que descubrió en ellos la esperanza mayor del Evangelio, el campo principal donde triunfaría Cristo. Es más, va mucho más lejos: ya rabino y celador de la Ley judía, afirma la incompatibilidad del espíritu nuevo con la letra antigua, y propugna la separación clara entre ambas, porque no es tiempo de echar el vino nuevo sobre el viejo. El corte espiritual por el que la Iglesia cristiana quedó separada de la Sinagoga judía estuvo a cargo de Pablo.

Este teórico intransigente se muestra un organizador incomparable en el terreno práctico. Trabajador infatigable, arrastra con su ejemplo a los demás; organizador instintivo, dirige todo por sí solo, quiere estar en todas partes, y a donde no puede llegar en persona envía sus cartas o sus representantes.

La estrategia de su propaganda es desastrosa, la táctica horrible. No se preocupa ni de los medios financieros ni de los apoyos políticos o de otra suerte; con las manos encallecidas en el telar, y con las agujetas del trabajo a cuestas, dirige la palabra a los proletarios, a los esclavos, al desecho de la sociedad, y les dice cosas que debían sonar como la mayor insensatez del mundo. En Corinto, donde los habitantes viven en plena lujuria como peces en el agua, recomienda, no sólo la castidad matrimonial, sino hasta la virginidad; además, recomienda estas cosas, no por razones sociales, higiénicas o filosóficas, sino aduciendo por motivo únicamente el obsequio a Cristo. En otras partes, y sea donde fuere, enseña que tanto vale un judío como un griego, y tanto un griego como un bárbaro o un escita; que era el modo más seguro de que el judío, el griego, el bárbaro y el escita le contestaran a la vez con un insulto. ¿Podían predicarse enseñanzas más ridículas, más tontas que éstas y otras del mismo estilo?

Además, hay que decir que Pablo sabía muy bien la insensatez de sus enseñanzas. Pero precisamente de esta insensatez saca la certidumbre de su victoria: está absolutamente cierto de que la insensatez de la cruz triunfará sobre la sabiduría del mundo, porque esta sabiduría es insensata para Dios (*I Cor.*, 3, 19). La paradoja, pues, es total y absoluta; sin embargo, no es nueva, porque es una ampliación y una derivación de la paradoja contenida en el Sermón de la montaña. En virtud de los principios enunciados en aquel Sermón, está Pablo seguro de vencer.

Seguro en su convencimiento, obtiene éxitos mayores o menores allí donde extiende su labor. Su intento, realizado en el centro de la sabiduría humana, en el Areópago de Atenas, es casi estéril; en cambio, halla en otras partes éxitos y triunfos, sea entre los rudos montañeses de Galacia o entre los ciudadanos sumergidos en negocios y en vicios como los de Corinto y los de Efeso.

Pero antes de triunfar, atraviesa obstáculos de toda suerte; conoce las cárceles, padece lapidaciones y flagelaciones, y hasta insurrecciones populares. Ante estos acontecimientos no muestra una actitud petulante, ni aparece impasible, por el contrario, las teme y las siente profun-

damente: *no tuvo nuestra carne ningún reposo, sino que en todo fuimos atribulados, luchas por fuera, por dentro temores* (*II Cor.*, 7, 5). Pero también aquí aplica su divina paradoja; Pablo, hombre flaco, debería quedar abatido en todas estas penas, y, sin embargo, su flaqueza se verá ayudada por un poder externo, y acabará por triunfar: *por lo cual me complazco en las enfermedades, en los oprobios, en las necesidades, en las persecuciones, en las angustias, por Cristo; pues cuando parezco débil, entonces es cuando soy fuerte* (*II Cor.*, 12, 10).

*
* *

Entre los grandes amores de Pablo, inmediatamente después del que sentía por Cristo Jesús, e íntimamente ligado con él, está el amor que siente hacia sus connacionales hebreos, los cuales, por el contrario, son siempre, y en todas partes, sus enemigos más implacables. Pablo no sólo no olvida nunca que es hebreo, sino que considera ésta su máxima prerrogativa humana, menos útil, pero superior a la de ser ciudadano romano. Por consiguiente, quiere a sus connacionales enemigos de Cristo Jesús, con un amor que irrumpe de la sangre y del espíritu, hecho de ternura y de pena; su obstinación contra Cristo le produce *una gran tristeza y un dolor constante en el corazón,* y preferiría ser él mismo «anatema» y maldito por Cristo en provecho de los judíos, para que se conviertan. (*Rom.*, 9, 2-3.)

No sólo le combaten los judíos, sino también algunos cristianos. Su indiscutible superioridad moral suscita inevitables envidias, denigraciones y calumnias; desde el momento en que prácticamente su vida toda es una renuncia y privación por el triunfo de Cristo, no puede ser igualada, se sofistica sobre sus acciones, se tergiversan sus intenciones, se escarnecen sus métodos. En su espíritu, sensibilísimo a la amistad, repercuten íntimamente estas enemistades. Ni de su temperamento humano ni del sobrehumano puede esperarse que se calle frente a sus adversarios, no lo harán ni el «hombre viejo» ni el «hombre nuevo»; por esto responde con el viejo furor contenido por la nueva conciencia, y responde del modo más ecuánime y a la vez más eficaz, esto es, apela a los hechos. Tres veces responde a sus enemigos contando su propia vida, pasada y presente (*I Cor.*, 4, 9 sigs.; *II Cor.*, 6, 3 sigs.; 11, 2 sigs.). Esta es su conducta, pasada y presente, y es de todos conocida: ¿Quién puede reprocharle nada?

Es intransigente con los errores, magnánimo con los que yerran. Y hasta se alegra de que los cristianos, rivales suyos, se hayan hecho misioneros en Roma por despecho hacia él (*Filip.*, 1, 18). Excomulga tan sólo dos veces; al incestuoso de Corinto, para que se salve su espíritu (*I Cor.*, 5, 5), y a los que naufragaron en la fe (*I Tim.*, 1, 19-20).

*
* *

Pablo, en cuanto apóstol, no es un manantial que mane por una sola fuente; es más bien la aportación de varias fuentes procedentes de dife-

rentes lugares, que se unen finalmente para formar un majestuoso río.

En él, ante todo, existe el hombre con sus dotes naturales; después, cronológicamente, obran en él la educación familiar y la rabínica; en este punto ocurre el gran hiato que separa las dos partes de su vida, su adhesión a Cristo Jesús, que obra en él una verdadera palingenesia espiritual; coetáneamente a la conversión se inician los grandes hechos místicos, que acompañan y desarrollan cada vez más esta palingenesia; a los hechos místicos interiores corresponde en el exterior la influencia de la catequesis cristiana común, de la que Pablo adquiere conceptos para su nueva mentalidad cristiana; añádase, finalmente, la reelaboración personal hecha por Pablo en su meditación sobre los conceptos que poseía, tanto por su educación judía cuanto por la experiencia mística y la catequesis cristiana. Todos estos factores diversos, que se superponen progresivamente en Pablo, acaban de formar al Apóstol.

Antes de su conversión—ateniéndonos a lo que podemos percibir—, Pablo debía tener una mentalidad esencialmente dialéctica; dados unos principios, él extraía de ellos hasta sus últimas consecuencias. Después de su conversión sigue siendo dialéctico, pero, además, se muestra intuitivo: desde que se convierte en místico, aplica a sus experiencias místicas los procedimientos de raciocinio y desarrollo conceptual. En la contemplación se aferra a las grandes ideas básicas, y se las apropia; pero después las profundiza cada vez más, gracias a su reflexión meditativa; las dilata en el conocimiento especulativo, y después las lleva a la vida práctica.

Su contemplación se abisma en Dios, como su especulación se extiende al universo entero. El poeta cristiano exclama después de haber contemplado la Divinidad:

O abbondante grazia, ond'io presunsi
Ficcar lo viso por la luce eterna
Tanto, che la veduta vi consunsi!

(*Paradiso*, 33, 82-84.)

Pablo prorrumpe en una exclamación análoga después de haber especulado acerca de una disposición misteriosa de la Provindencia, como si cegado, se recogiera en sí mismo, murmurando:

¡Oh profundidad de la riqueza,
de la sabiduría y de la ciencia
de Dios!
¡Cuán insondables son sus juicios,
inescrutables sus caminos!...
De El y por El y para El
son todas las cosas.
A El la gloria por los siglos.
Amén.

(*Rom.*, 11, 33... 36.)

Pero este audaz especulador de la Divinidad, este gigante que tiene la cabeza inmersa en la luz celestial, tiene los pies bien implantados en la tierra, y tiene, sobre todo, un corazón humano en el que vibra la vida

de la humanidad entera. Con su acostumbrada audacia aborda los problemas más grandiosos con respecto a la humanidad, y los resuelve con maestría única. ¿Qué es el hombre? ¿De dónde viene? ¿A dónde va? ¿Por qué tanto dolor en torno y dentro del hombre? ¿Podrá el hombre liberarse por sí sólo? ¿Necesita el hombre un libertador? ¿Ha venido Dios al encuentro del hombre? ¿Qué será un día del hombre y del universo entero?

Pablo meditó tal vez sobre éstos y sobre problemas análogos en su período rabínico, pero, sin duda, fueron el tema perpetuo de sus meditaciones durante el período cristiano. Sus conclusiones nos han sido comunicadas sólo en parte y ocasionalmente, y por lo poco que se dice nadie podrá explorar a fondo su mente y descubrir por completo su pensamiento.

Por lo demás, él se consideraba a sí mismo, desde el punto de vista espiritual, en un constante *fieri*, semejante a un corredor en el estadio que se acerca continuamente a la meta, y que no la ha alcanzado aún. Ya de edad avanzada, en el 62, escribía: *No es que la haya alcanzado ya* (la meta), *es decir, que haya logrado la perfección, sino que la sigo por si le doy alcance, por cuanto yo mismo fuí alcanzado por Cristo Jesús. Hermanos, yo no creo haberla aún alcanzado; pero dando al olvido lo que ya queda atrás, me lanzo en persecución de lo que tengo delante, corro hacia la meta, hacia el galardón...* (*Filip.*, 3, 12-14). Mientras antes de su conversión Pablo corría alejándose cada vez más de Cristo, después de su conversión no hace sino correr hacia El; un día se encontró con El en Damasco, y fué misteriosamente asido; pero él, Pablo, no ha logrado asir al Cristo, al menos total y permanentemente. Es verdad que otras muchas veces ha recibido arcanas comunicaciones de Cristo, pero son de tal naturaleza que aguzan cada vez más el deseo de la posesión total y permanente. Y, sin embargo, el Cristo que de cuando en cuando se le pone delante en el camino de la vida, como se le puso en el camino de Damasco, parece que progresivamente se vuelva a alejar de él; de manera que se ve forzado a proseguir y acelerar su carrera, hasta que un día lo pueda asir. ¿Cuándo llegará ese día? *Estar con Cristo es lo mejor* (*Filip.*, 1, 23).

Toda la vida de Pablo, a partir de su conversión, no es sino una carrera hacia Cristo; *para mí la vida es Cristo* (*Filip.*, 1, 21); *ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí* (*Gál.*, 2, 20). Cristo mismo es, en realidad, quien encamina y dirige esta carrera, y varias veces interviene directamente en ella. En cuanto a sus experiencias místicas, Pablo siente una especie de pudor espiritual, y habla poco de ellas y de mala gana; pero no hay duda de que fueron frecuentes y magníficas. Por lo demás, aun psicológicamente hablando, habría sido imposible del todo soportar durante treinta años la vida durísima que llevó Pablo, si no le hubiera socorrido un *quid* excepcional, que mantuvo siempre ardiente su entusiasmo, si bien alejado de las intemperancias de los fanáticos exaltados. La vida de Pablo, pública y secreta, afianza sus raíces en los carismas y en sus experiencias místicas; sin esto, no es explicable.

Pablo tenía más carismas que sus neófitos (*I Cor.*, 14, 18), carismas de aquellos que eran frecuentes en el cristianismo primitivo; pero, además de esto, estaba asistido por continuas visiones y revelaciones. Si

en su rapto al tercer cielo oye voces inefables que ningún labio humano puede repetir (*II Cor.*, 12, 4), en otras ocasiones recibe órdenes precisas acerca de la conducta que deba seguir, mediante una comunicación secreta (*Gal.*, 2, 2; *Hechos*, 16, 6-7-9; 20, 23; 22, 17). Análogamente, le vienen comunicados por vía mística hechos de la vida mortal de Jesús, que tienen importancia fundamental para la fe y la liturgia de sus comunidades (*I Cor.*, 11, 23); tal vez, incluso, recibió normas acerca de la vida moral de sus neófitos (cf.: *I Cor.*, 7, 10-12); de todos modos, su evangelio particular no lo aprendió de los hombres, *sino mediante revelaciones de Jesucristo* (*Gál.*, 1, 11).

Los conceptos adquiridos por Pablo mediante estas vías arcanas, se elaboraban en su reflexión raciocinante, y sacaba de ellos amplias visiones de los sucesos de la humanidad en relación con los designios divinos. Así está en situación de hablar de su *inteligencia del misterio de Cristo, que no fué dado a conocer a las generaciones pasadas, a los hijos de los hombres, como ahora ha sido revelado a sus santos apóstoles y profetas en espíritu*; pues bien, a él, el menor entre todos los cristianos *fué dada esta gracia, de evangelizar a las gentes la incalculable riqueza de Cristo, y darles luz acerca de la dispensación del misterio oculto desde los siglos en Dios...* (*Efes.*, 3, 4... 9; cf.: *Col.*, 1, 26). Si estos conceptos se trasladan al campo histórico aplicándolos a los grandes acontecimientos de la humanidad entera, se tendrán grandes síntesis históricas del tipo de la contenida en la carta a los *Romanos*.

Tan amplia es esta visión de la humanidad, y tan excelsa la cima desde donde la contempla Pablo, que no puede ser oscurecida por los vapores que ascienden del pantano político inferior. Pablo ignora la política humana. *Nuestra ciudadanía está en los cielos* (*Filip.*, 3, 20), no en la tierra. Es verdad que en la tierra hay quien manda en tono divino y se atribuye el título de Dios y de Señor, como se lo atribuyó aquel soberano que desde el Palatino de Roma mandaba sobre casi todo el mundo; pero ¿sobre quién mandaba? Todo lo más sobre el mundo de la materia, no ya sobre el del espíritu, del único que se ocupa Pablo. *Porque aunque algunos sean llamados dioses y muchos señores, para nosotros no hay más que un Dios Padre, de quien todo procede y para quien somos nosotros, y un solo Señor Jesucristo, por quien son todas las cosas y nosotros también* (*I Cor.*, 8, 5-6).

No extraña hallar la oposición más neta a la idea idólatra en un contemplativo y raciocinador de este género; pues, ¿qué comunión puede haber entre Cristo y Belial, entre el templo de Dios y el del ídolo? (*II Cor.*, 6, 15-16). Pablo se preocupa incluso de evitar las analogías aparentes con prácticas idólatras, para que el rito cristiano no se ensombrezca siquiera con apariencias falsas. Los adeptos de las religiones paganas de misterios realizaban sus ritos tenebrosos en secreto, pero *lo que éstos hacen en secreto repugna decirlo* (*Ef.* 5, 12); los cristianos, en cambio, obran a plena luz, porque la luz es lo que confunde las tinieblas. Los cristianos deben abstenerse de todo exceso, aun en la manifestación de los carismas (*I Cor.*, 14, 23-24), para no parecerse ni siquiera exteriormente a aquellos paganos que en estado de exaltación mántica se muestran en sus templos, o a los adeptos de los misterios paganos que se ven invadidos de frenesí durante sus ritos.

Aun absorto en su visión cristiana, Pablo no es un fanático intolerante. Reconoce que pueden existir cosas bellas, decorosas, honestas, que no dependan directamente de sus principios: y acoge bien estas cosas, estando seguro de que ellas también acabarán por encuadrarse en su visión y contribuirán al triunfo de su idea. *Por lo demás, hermanos, atended a cuanto hay de verdadero, de honorable, de justo, de puro, de amable, de laudable, de virtuoso, de digno, de alabanza; a eso estad atentos* (*Filip.*, 4, 8). Si para quienes aman a Dios *todo coopera al bien* (*Rom.*, 8, 28), inclusive las cosas adversas, ¿cuánto más no cooperarán al bien las cosas honrosas y justas?

*

* *

En el centro de la visión de Pablo está el Cristo Jesús.

Al nombre de Jesús se doblan las rodillas de todos los seres del universo, tanto *celestiales* como *terrenos* o *subterráneos* (*Filip.*, 2, 10), correspondientes a las tres partes en que los hebreos dividen el universo (1). Jesús *es la imagen de Dios invisible, primogénito de toda criatura, porque en El fueron creadas todas las cosas del cielo y de la tierra, las visibles y las invisibles, los tronos, las dominaciones, los principados, las potestades; todo fué creado por El y para El. El es antes que todo, y todo subsiste en El* (*Colos.*, 1, 15-17). Por tanto, en Cristo se resume y *recapitula* (ἀνακεφαλαιώσασθαι) el universo entero, celestial y terreno.

Nel suo profondo vidi che s'interna
Legato con amore in un volume,
Ciò che per l'universo si squaderna.

(*Paradiso,* 3, 85-87.)

El Cristo Jesús que recapitula el universo es un hombre verdadero; nacido de mujer, y descendiente de David (*Gál.*, 4, 4; *Rom.*, 1, 3). Mas siendo tal, es, sin embargo, la contraposición de Adán, el primer hombre, y se presenta como nuevo Adán que revoca la situación creada por el primer hombre.

En primer lugar, existe una diferencia intrínseca entre los dos Adanes. *Que por eso está escrito*: «*El primer hombre, Adán, fué hecho alma viviente*»; *el último Adán, espíritu vivificante... El primer hombre* (hecho) *de la tierra,* (fué) *terreno*; *el segundo hombre* (es) *del cielo,* o sea, su persona, procede del cielo (*I Cor.*, 15, 45-47). Después hay una diferencia en las obras. El primer Adán, en efecto, trajo una condenación de muerte a sus descendientes; el nuevo Adán, por el contrario, trajo la resurrección y justificación (*I Cor.*, 15, 20-21; *Rom.*, 5, 12-21).

Todos los descendientes de Adán pecaron en el pecado del primer Adán, y por esto, como él, se vieron sometidos a la muerte (*Rom.*, 5, 12), y esta decadencia no atañe tan sólo a la humanidad, sino que afecta al resto de lo creado, porque *sabemos que la creación entera hasta ahora gime y siente dolores de parto, y no sólo ella, sino también nosotros,*

(1) Cf.: G. Ricciotti: *L'Apocalisse di Paolo siriaca*, vol II. *La Cosmologia della Bibbia,* Brescia 1932, p. 13-14.

que tenemos las primicias del Espíritu, gemimos dentro de nosotros mismos, suspirando por la adopción, por la redención de nuestro cuerpo (ibíd., 8, 22-23). Habiendo decaído el hombre, rey de lo creado, también la creación se resiente de esta decadencia, y anhela la restauración de su amo real. Pero el nuevo Adán, obrando inversamente al antiguo, ha reconciliado a Dios con la humanidad, ofreciéndose a sí mismo en la cruz, en expiación de la culpa cometida por el antiguo Adán; Dios aceptó su expiación, y *Plugo al Padre... por El reconciliar consigo, pacificando con la sangre de su cruz todas las cosas, así las de la tierra como las del cielo.* (*Col.*, 1, 19-20).

La muerte redentora de Cristo ha extendido sus efectos indistintamente sobre toda la humanidad, tanto sobre los judíos como sobre los gentiles de cualquier estirpe, abatiendo el muro de separación que se alzaba entre estos grupos de la humanidad, o sea, el odio mutuo que había ocasionado la Ley judía (*Ef.*, 2, 14-15); esta Ley que representaba el escrito de condenación, fué rota y clavada en la cruz de Cristo (*Col.*. 2, 14). Además, los efectos de la redención de Cristo se extendieron hasta los seres espirituales invisibles, adversos a la humanidad, porque Dios *despojando a los principados y a las potestades, los sacó valientemente a la vergüenza, triunfando de ellos en la cruz* (*Col.*, 2, 15).

El Cristo que *re-capitula* (ἀνα-κεφαλαιο-) el universo es también *la cabeza* (κεφαλή) de la Iglesia, la cual, por su parte, es el *cuerpo* Suyo (*Ef.*, 1, 22-23; cf.: *Col.*, 1, 18). Por tanto, Cristo con la Iglesia constituye un cuerpo místico compuesto de cabeza y miembros inferiores; estos miembros diversos son los fieles, cada uno con su función específica, como sucede a los miembros del cuerpo humano; pero todos unidos y compaginados bajo la cabeza de Cristo en virtud de la caridad (*Ef.*, 4, 15-16; 5, 30; *I Cor.*, 12, 12 sigs.).

Esta caridad que unifica y compagina los miembros, es efecto del Espíritu: *un solo cuerpo y un solo Espíritu* (*Ef.*, 4, 4), así como *un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos* (*Ef.*, 5-6). Dios Padre envió al Espíritu, y es el *Espíritu de su Hijo*; fué enviado al corazón de los fieles para que recibieran la adopción filial con respecto a Dios Padre; por esto el Espíritu clama a Dios desde el interior de aquellos corazones: *Abba!*, o sea *¡Padre!* (*Gál.*, 4, 5-6; *Rom.*, 8, 14-16).

La unión estrechísima entre la cabeza y los miembros hace que sean comunes los aconteceres de una y de otros; lo que sucede en la cabeza, sucede también en los miembros que son los fieles. Como Cristo murió, fué sepultado, resucitó vivificado, y heredó el reino del Padre, así los fieles *co-murieron* con El, y fueron *co-sepultados* en el bautismo, y *co-resucitados*, y *co-vivificados*, y son *co-herederos*, y *co-partícipes*; conceptos de acciones realizadas con Cristo, expresadas mediante veinte términos griegos diferentes, formados siempre con la partícula con (συν-).

Esta comunión entre la cabeza y los miembros halla su expresión más clara, y al mismo tiempo su actualización más completa, en la Eucaristía. La doctrina que Pablo transmite a sus neófitos acerca de este rito, la recibió él personalmente del Señor (*I Cor.*, 11, 23), naturalmente que como confirmación y profundización de cuanto sabía ya por la co-

mún catequesis. En la Eucaristía, instituída por Jesús *en la noche en que fué entregado,* y que precedió a su muerte, los fieles comen el cuerpo y beben la sangre del Señor, y anuncian mediante este rito la muerte del Señor, hasta que venga en su parusia gloriosa (ibíd., 26). El rito hace entrar a los fieles en comunidad con Cristo, de modo que *quien coma el pan o beba el cáliz del Señor indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor* (ibíd., 27). Y esta comunión no existe tan sólo entre la cabeza y los miembros, sino también entre los miembros entre sí, los cuales, en virtud del rito, se compaginan entre sí y están ligados con la cabeza: *El cáliz de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo? Porque el pan es uno, somos muchos un solo cuerpo, pues todos participamos de ese único pan* (*I Cor.*, 10, 16-18).

La nueva vida infundida por el Espíritu de Cristo en los fieles es la consecuencia de su unión en el cuerpo místico de Cristo. Esta vida se inicia con el bautismo y se alimenta con la Eucaristía. La vida de la carne, que es toda la existencia para los hombres no unidos a Cristo, se convierte en un hecho casi accidental para los fieles injertos en el cuerpo místico de Cristo. *Vosotros no vivís según la carne, sino según el espíritu, si es que de verdad el espíritu de Dios habita en vosotros. Pero si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, eso no es de Cristo. Mas si Cristo está en vosotros, el cuerpo está muerto por el pecado, pero el espíritu vive por la justicia* (*Rom.*, 8, 9-10). Esta vida infundida por el Espíritu, no cubre tan sólo el alma del fiel, sino que se extiende también sobre su cuerpo material, por lo cual éste queda inserto en el cuerpo místico de Cristo: *¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿Y voy a tomar yo los miembros de Cristo para hacerlos miembros de una meretriz? ¡No lo quiera Dios! ¿No sabéis que quien se allega a una meretriz se hace un cuerpo con ella?... Pero el que se allega al Señor se hace un espíritu con El... ¿O no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros y habéis recibido de Dios, y que, por tanto, no os pertenecéis?* (*I Cor.*, 6, 15... 19). Pero todo esto no es más que la consecuencia del cambio de vida recíproco entre la cabeza y los miembros, un efecto espontáneo de la simbiosis espiritual de Cristo y los fieles insertos en El: *Uno murió por todos; luego todos son muertos, y murió por todos para que los que viven, no vivan ya para sí, sino para Aquél que por ellos murió y resucitó* (*II Cor.*, 5, 14-15).

Por lo demás, Pablo debía entrever la idea de este intercambio de vida entre la cabeza y los miembros desde el día de su conversión. Cuando cayó al suelo en el camino de Damasco, y preguntó al aparecido quién fuera, oyó que le respondía: *Yo soy Jesús, a quien tú persigues.* ¿Era esto verdad? No lo parecía, porque Pablo estaba persiguiendo a unos herejes, cristianos, que iban tras el espectro de un muerto; pero no perseguía, en modo alguno, al muerto, que como estaba muerto no le interesaba lo más mínimo. Mas por las palabras del aparecido, Pablo debió comprender que persiguiendo a los cristianos perseguía al mismo Jesús, porque uno y otros constituían un *quid unum,* como la cabeza y los miembros constituyen un solo cuerpo. Lo confesó él mismo más tarde, exclamando: *no soy digno de ser llamado apóstol, pues perseguí*

a la Iglesia de Dios (*I Cor.*, 15, 9). Es verdad, persiguiendo a Jesús perseguía a su cuerpo místico, esto es, la *Iglesia de Dios.*

La Iglesia es para Pablo el reino de Dios en su primer período, que es de expansión y de lucha, al que seguirá un segundo período, que será de triunfo visible. Cuando está preso por vez primera en Roma, incluso encadenado, trabaja intensamente en la difusión de la Buena Nueva, menciona a algunos discípulos procedentes del judaísmo, que tiene junto a sí, y que son sus *únicos colaboradores en el reino de Dios* (*Col.*, 4, 11), éstos colaboraron en la difusión de la Iglesia, colaboraron en el reino de Dios. Otros, en Roma misma, habían hecho consistir lo esencial del Evangelio en la abstención de determinados alimentos y bebidas; pero Pablo había enseñado que el *reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia y paz y gozo en el Espíritu Santo* (*Rom.*, 14, 17); por tanto, el reino de Dios correspondía a aquella vida cristiana efectiva que recomendaba en las comunidades fundadas por él, esto es, correspondía a la Iglesia viviente. Este reino de Dios no se funda en palabrería, sino en práctica eficaz y poderosa: *que no está en palabras el reino de Dios, sino en realidades* (*I Cor.*, 4, 20), y estas son precisamente las enseñanzas *en Cristo Jesús, por doquier en todas las iglesias* (ibíd., 17), para extender el reino de Dios sobre la tierra.

Esta expansión, que ocupa el primer período del reino de Dios, será larguísima. *A fin de mostrar en los siglos venideros la excelsa riqueza de su gracia* (*Ef.*, 2, 7); los siglos venideros verán entrar en el reino de Dios a la *plenitud de los gentiles*, después de lo cual se convertirá a Cristo Jesús también el pueblo de Israel, hasta entonces obcecado (*Romanos*, 11, 25-26; cf.: 11, 14). Evidentemente, todos estos hechos se cumplirán en un futuro bastante remoto, según el pensamiento de Pablo, porque en su tiempo apenas estaba iniciada la conversión de los gentiles, y el pueblo de Israel se hacía cada vez más obstinado contra Cristo Jesús. Además, Pablo, preveía que la expansión del reino de Dios sería penosísima; como los heraldos de este reino serán asediados por los hombres (*II Cor.*, 6, 4 sigs.), así, todos sus súbditos tendrán que luchar contra poderes espirituales adversos.

Pero Cristo triunfará de todos sus enemigos, y entonces tendrá lugar el paso del primero al segundo período del reino de Dios, del período de lucha al de triunfo. En el día de la parusia gloriosa de Cristo, como triunfará El, que es la cabeza de la Iglesia, triunfará también ella, que es el cuerpo místico ligado indisolublemente a la cabeza. En la resurrección final, *el primero Cristo; luego los de Cristo, cuando El venga; después será el fin cuando entregue a Dios Padre el reino, cuando haya reducido a la nada todo principado, toda potestad y virtud* (adversa a su reino). *Pues preciso es que El reine hasta poner a todos sus enemigos bajo sus pies. El último enemigo reducido a la nada será la Muerte* (*I Cor.*, 15, 23-26). En esta dramática escena, el reino que Cristo entrega a Dios y Padre suyo es la Iglesia, a quien ama como a su esposa (*Efes.*, 5, 25-29); que habiendo *co-padecido* con El, ahora se *co-glorifica* con El, y es por esto *coheredera* de Cristo (*Rom.*, 8, 17) el día de su triunfo. Este día mostrará Cristo abiertamente que ha *recapitulado* en sí mismo al universo entero, celestial y terrestre (*Ef.*, 1, 10), llevándolo y entregándoselo al Padre.

Pablo afirma constantemente que no sabe cuándo amanecerá ese día, ni cuándo será la parusia gloriosa de Cristo, acompañada de los hechos subsiguientes. Anhela ese día y lo considera posible en cualquier momento, pero no sabe si está próximo o lejano. ¿Acaso, como en muchos primitivos cristianos, su anhelante espera se convierte en una esperanza personal? No parece; por el contrario, parece que se ingenió para calmar en los tesalonicenses la espera febril de la parusia. Pero la tensión amorosa de Pablo hacia el *día del Señor* se fué distendiendo poco a poco, y cada vez contempló ese día más desde el punto de vista de la Iglesia perenne que desde su propia existencia fugaz. El ansia de él, sin embargo, es tan intensa como al principio, porque, en realidad, *aquel día* representa el fin último de su existencia, la cima suprema desde donde levantaría el vuelo hacia Dios. Pocos meses antes de morir, resumiendo su vida entera, afirma que ha luchado el buen combate, y ha terminado la carrera: ahora no le queda sino recibir la corona destinada al atleta vencedor, que el Señor le entregará *en aquel día* (*II Tim.*, 4, 8).

La fe en *aquel día,* o sea, la fe en lo invisible, preferido a lo visible, es el secreto de Pablo (*II Cor.*, 4, 18); pero es también el secreto del cristianismo.

*

* *

En conclusión, ¿qué es Pablo?

Mirado en conjunto no es ni típicamente un místico, ni un especulativo, ni un misionero, ni un organizador, ni un asceta, ni un pastor de almas; en ninguna de estas categorías puede ser englobado totalmente, pero estas mismas categorías se hallan en él reunidas todas en una vida concreta.

Es un místico, como Catalina de Siena, que tantas analogías muestra con él; pero, a la vez, es un especulativo como Tomás de Aquino, que comenta con talento insuperable la carta a los *Romanos*; además, es un misionero en regiones nuevas para el cristianismo como Francisco Xavier; pero es también un organizador del interior de la Iglesia, como Carlos Borromeo; es un asceta individual, como Tomás de Kempis; pero no deja de ser un pastor colectivo de almas, como Felipe de Neri. ¿Qué no es? ¿Y en cuántos modos no interpretó la posteridad cada una de sus actitudes? Cuando Felipe de Neri encendía su lámpara cotidiana ante la imagen de Savonarola, ¿no creería, demasiado ingenuamente, que el hermano de San Marcos había imitado la actitud de Pablo frente a Pedro en Antioquía? Y cuando Jerónimo expresaba de modo tan rudo sus disensiones frente a Ambrosio, Agustín y otros, ¿no habrá creído también él imitar la actitud de Pablo frente a Bernabé?

En realidad, Pablo es un hombre de alma multiforme, y cada repliegue de su espíritu refleja, como un prisma en sus facetas, su gran idea de Cristo Jesús. Es un hombre que resume en sí muchos hombres, poniéndolos todos al servicio de Cristo.

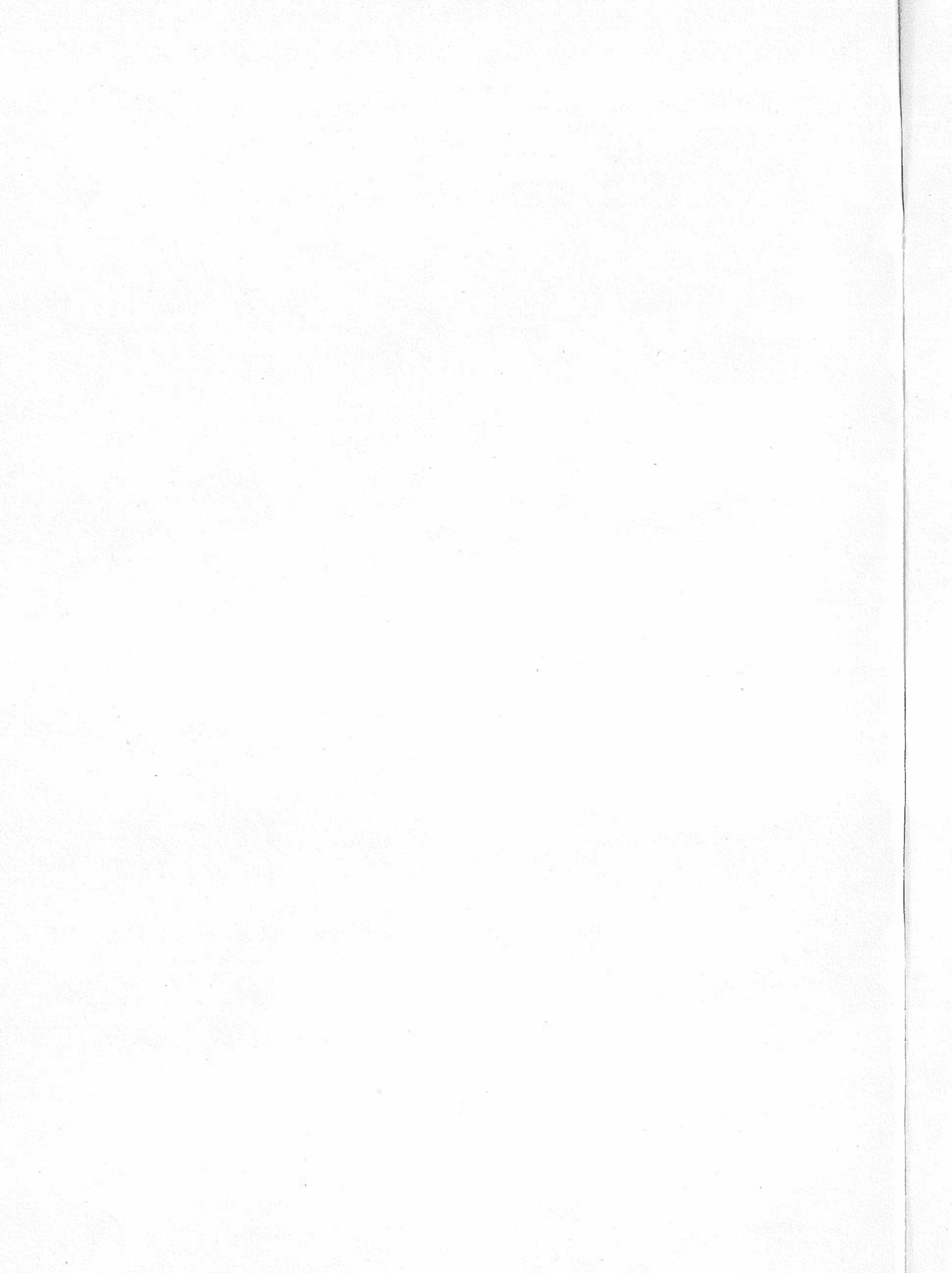
Los eruditos de hoy, casi siempre cerebrales, investigan sobre todo el Pablo teórico, y buscan en él sus ideas abstractas. No es, sin duda, ni lo más ni lo mejor. En todo tiempo el cristianismo ha conquistado a los hombres no sólo mediante ideas abstractas—como podría hacer cualquier

sistema filosófico—, sino mediante vidas concretas: éstas hicieron resplandecer en la realidad práctica las ideas fundamentales del cristianismo que han conquistado a los hombres.

Los magnos espíritus que más influyeron en la difusión del cristianismo, sobre todo en épocas críticas, enseñaron, no tanto con teorías, sino con práctica. Benito de Norcia dejó escritas pocas ideas abstractas, pero las llevó a la práctica él mismo, y arrastró con su ejemplo turbas numerosas en todos los siglos y en todas las regiones. Francisco de Asís escribió aún menos; pero también él hizo resplandecer sus ideas con su propio ejemplo práctico, y el resultado fué que sus descarnados hombros sostuvieron el edificio de la Iglesia que se venía abajo. Para limitarme sólo a Italia, en épocas igualmente decisivas, Felipe de Neri y Juan Bosco escribieron muy poco con la pluma, pero escribieron muchísimo con sus obras, incrustando sus ideas en las mentes humanas. Pablo hizo lo mismo antes que ellos, porque escribió poquísimo en comparación de lo que realizó en su vida. Pero, también en esto Pablo, y todos los que le siguieron, fueron imitadores de Jesús, el cual no dejó nada escrito y—como dice con ponderada mesura el inteligente Lucas—comenzó a *hacer y a enseñar* (*Act.*, 1, 1). Para Cristo, como para sus seguidores, las enseñanzas son en primer lugar obras.

El único verdadero libro que compuso Pablo fué su vida, en él las páginas son las obras realizadas por él, y de vez en cuando, entre estas páginas, hay algunas notas aclaratorias, que son las cartas. El tema de todo el libro lo designan unas palabras de Pablo: *Sed mis imitadores como yo lo soy de Cristo* (*I Cor.*, 11, 1); por esto el libro requiere el título clásico, *De imitatione Christi*; sin embargo, el nombre sabido del autor, Tomás Hemerken de Kempis, deberá sustituirse por otro, con el cual comienzan las ediciones corrientes de las cartas de Pablo, *Pablo, esclavo de Cristo Jesús* (*Rom.*, 1, 1).

INDICES



INDICE ANALITICO

Contiene sólo los nombres y pasajes principales. Los números hacen referencia a los párrafos.

I

J

K

L

M

N

O

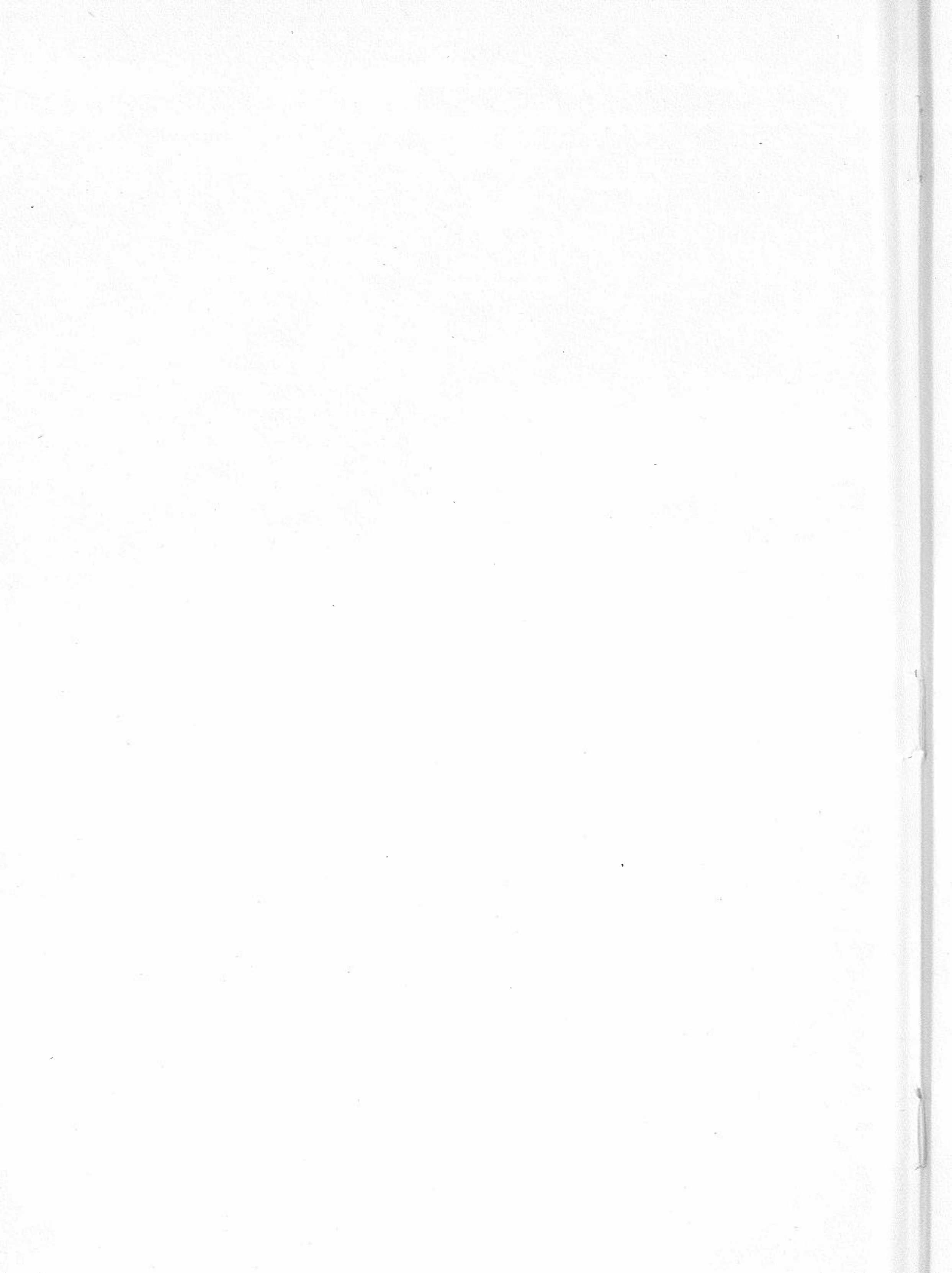
P

Q

R

S

T



ILUSTRACIONES

INDICE GENERAL

INTRODUCCION

BIOGRAFIA

ACABOSE DE IMPRIMIR
ESTE LIBRO EN LA IMPRENTA DE GREGORIO
SAEZ, BUEN SUCESO, 14,
MADRID, EL DIA 7 DE
MARZO DE 1950, FESTIVIDAD DE SANTO TOMAS
DE AQUINO